

КРУПСКАЯ

Editorial Progreso-1979

КРУПСКАЯ

L. Kunétskaya, C. Mashtakoza



КРУПСКАЯ

*L. Kunétskaya,
C. Mashtakoza*

Editorial Progreso



Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya (Uliánova) (1869-1939) participó en el movimiento revolucionario y fue miembro del PCUS desde 1898. Conocida personalidad estatal y del partido, figuró entre los fundadores del sistema soviético de instrucción pública; doctor en Ciencias Pedagógicas (1936) y miembro honorario de la Academia de Ciencias de la URSS (1931).

Este libro, en el que se recoge información de nuevos documentos de los archivos, está dedicado a la multifacética e interesante vida de *Nadezhda Krúpskaya*, la compañera de lucha más cercana, fiel amiga y esposa de *V.I. Lenin*, a la vez que personalidad activa del movimiento comunista internacional, delegada a los II, IV, VI y VII congresos de la Internacional Comunista, destacada publicista y oradora.

Clara Mashtakova, colaboradora científica del museo *Despacho y vivienda de V.I. Lenin en el Kremlin* desde el día de su fundación en 1955. Entrevistó a personas que conocieron de cerca a *Vladimir Ilich*, conversó con *L. Fótieva*, *G. Krzhizhanovski*, *V. Karpinski*, *A. Maiski*, y también con personalidades extranjeras, como *O. Grimlund*, *W. Gallaher* y otras.

Es autora de muchos libros y artículos, escritos en colaboración con *Liudmila Kunétskaya*. En 1974 le fue concedido el título honorífico de Trabajadora Emérita de la Cultura de la Federación Rusa.

Liudmila Kunétskaya, colaboradora científica del museo *Despacho y vivienda de V.I. Lenin en el Kremlin*, en el que trabaja desde 1955. En el transcurso de su labor en él conversó con colaboradores de *Lenin*, como *V. Bonch-Bruévich*, *V. Karpinski*, *G. Krzhizhanovski*, *A. Zapotocký*, *O. Grimlund*, así como con hombres de Estado de la URSS y de otros países.

Es autora de varios libros y artículos, algunos de ellos vertidos a diversos idiomas, como *Grande y sencillo (Despacho y vivienda de V.I. Lenin en el Kremlin)*, *En el Kremlin vivió y trabajó Lenin* y otros. En 1974 le fue concedido el título honorífico de Trabajadora Emérita de la Cultura de la Federación Rusa.

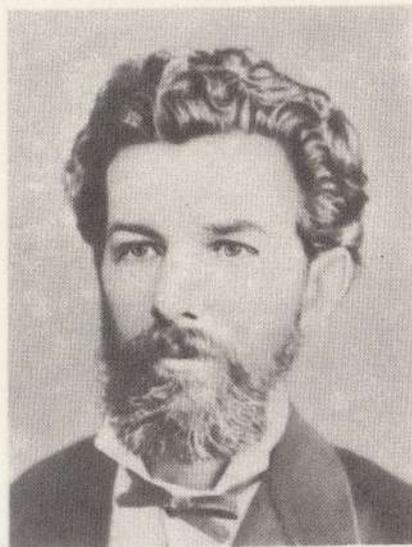
КРУПСКАЯ

*L. Kunétskaya,
G. Mashtakova*

E. V. Krúpskaya,
madre de Nadezhda
Konstantínovna



K. I. Krupsky,
padre de Nadezhda
Konstantínovna



Nadia Krúpskaya a los cinco años



E. V. Krúpskaya
(1872-1953)

Foto de la madre
de la que vivió
en Krúpsky
E. V. Nadezhda
Konstantínovna

N. Krúpskaya (1876)



N. K. Krúpskaya
(1882-1883)



Casa de campo
en la que vivieron
los Krupsky.
Dibujo de Nadezhda
Konstantínovna



Н. К. Кру́пская
(1867-1932)

N. K. Krúpskaya (1895)



V. I. Lenin (1897)



Habitación de V. I. Lenin
en la travesía Kazachi.
San' Petersburgo (1893)



N. K. Krúpskaya.
Ficha antropométrica (1896)



N. K. Krúpskaya después de salir
de la cárcel (1898)



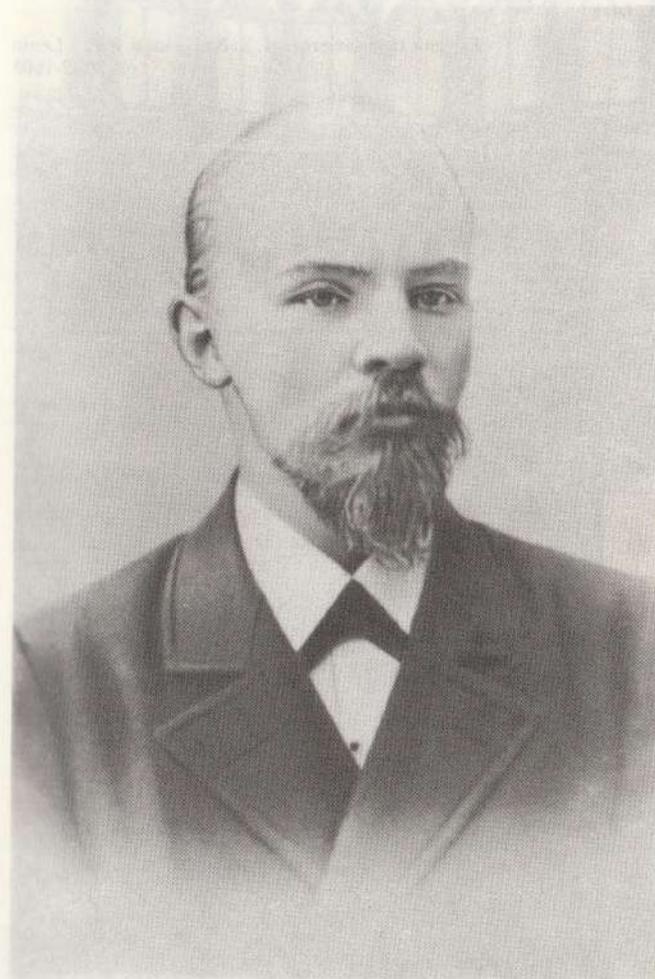
N. K. Krúpskaya
con su madre
(San Petersburgo, 1898)



Shúshenskoe. Casa
de la viuda Petrova,
en la que vivieron
V. I. Lenin
y N. K. Krúpskaya



V. I. Lenin (Moscú, 1900)



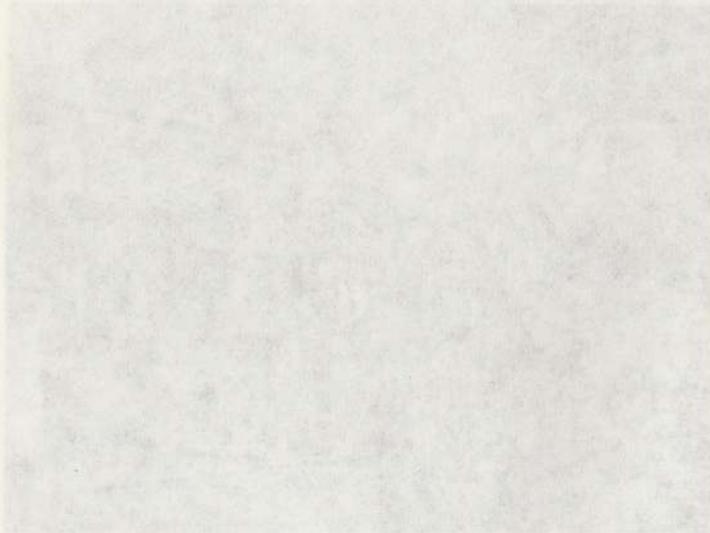
Primer número
del periódico
leninista *Iskra*

Sala de lectura del Museo Británico,
en la que trabajaba Lenin

En esta casa vivieron N. K. Krúpskaya y V. I. Lenin
en 1902-1903



Lago de Brintz, Izelshvald,
donde los Uliánov vivieron en el verano de 1903



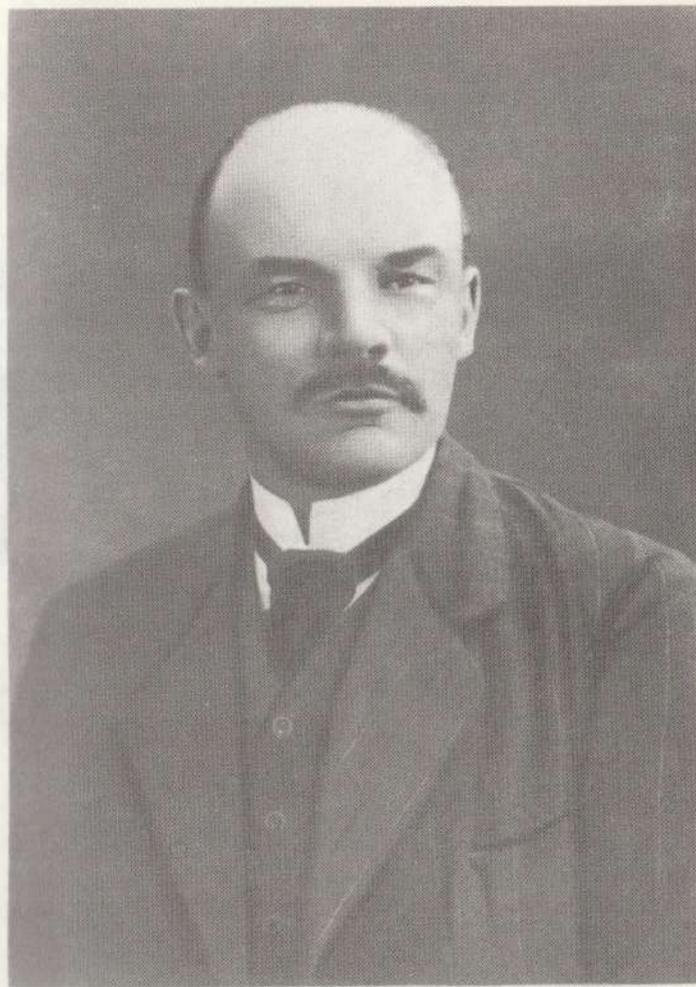
N. K. Krúpskaya y su madre en Stirsuden (1907)



Nadezhda Konstantínovna
y Elizaveta Vasílievna (1907)



V. I. Lenin (1910)



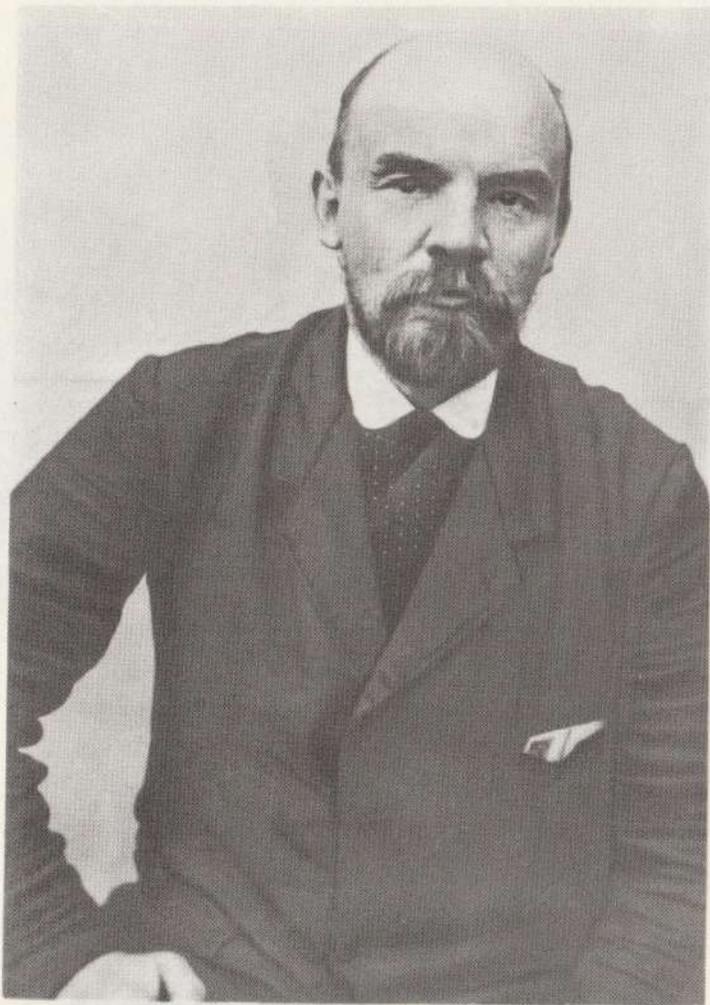
Poronin, Beli Dunáets.
Casa en la que V. I. Lenín y N. K. Krúpskaya vivieron
en 1915-1916



N. K. Krúpskaya (1915-1916)



V.I. Lenin el día que salió
de la prisión de Novi Targ (1914)



Zurich. Spigelhase, 14



V. I. Lenin y N. K. Krúpskaya en Estocolmo,
entre los emigrados políticos rusos
que se repatriaban (1917)



Ultima vivienda conspirativa
de V. I. Lenin (en la casa de M. V. Fofánova).
Octubre de 1917



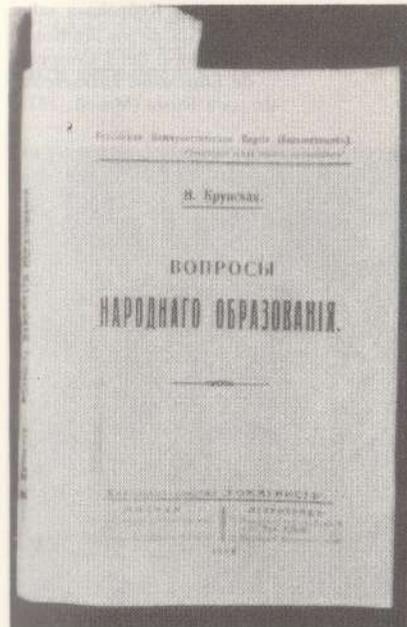
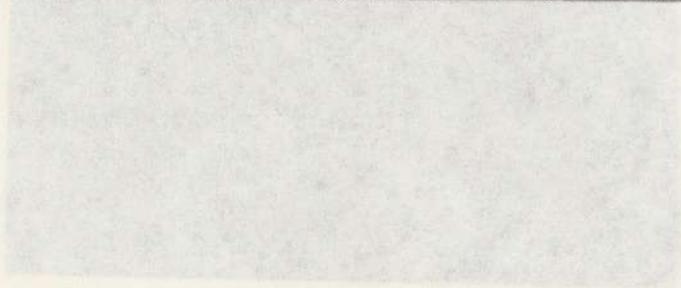
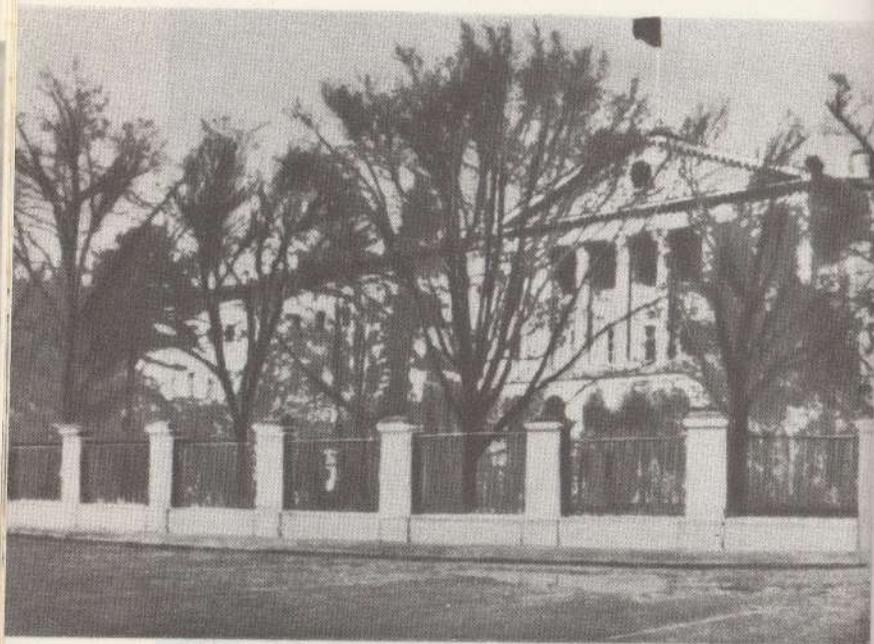
N. K. Krúpskaya: Agafia Atamánova (1917)



V. I. Lenin maquillado (1917)



Petrogrado. El Instituto Smolny



Cuestiones de instrucción pública.
Recopilación de artículos de N. K. Krúpskaya

N. K. Krúpskaya entre los participantes en el viaje de propaganda "Krásnaya zvezdá" (1919)



V. I. Lenin y N. K. Krúpskaya salen
de la Casa de los Sindicatos
después de una sesión del I Congreso
de Educación Extraescolar
de toda Rusia (Moscú, 1919)



V. I. Lenin y N. K. Krúpskaya
en su vivienda del Kremlin conversan
con el periodista norteamericano L. Eir. (1920)



V. I. Lenin, N. K. Krúpskaya y M. I. Uliánova
después del desfile de unidades del Ejército Rojo
en el campo de Jodinka (1918)

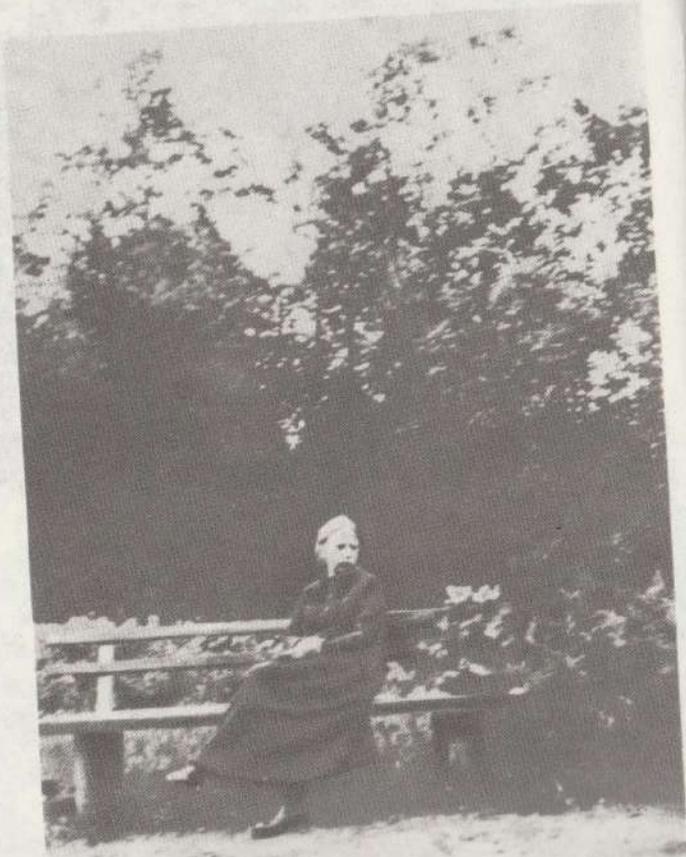
V. I. Lenin y N. K. Krúpskaya
entre los campesinos del pueblo de Káshino (1920)



V. I. Lenin, N. K. Krúpskaya
y A. I. Uliánova-Elizárova en Gorki (1922)



N. K. Krúpskaya
en Gorki
(1923)



N. K. Krúpskaya y C. Zetkin
en la presidencia de la III Conferencia
de Educación Preescolar
de toda Rusia (Moscú, 1926)

N. K. Krúpskaya en su despacho
del Comité Principal de Educación Política
(Moscú, 1927)



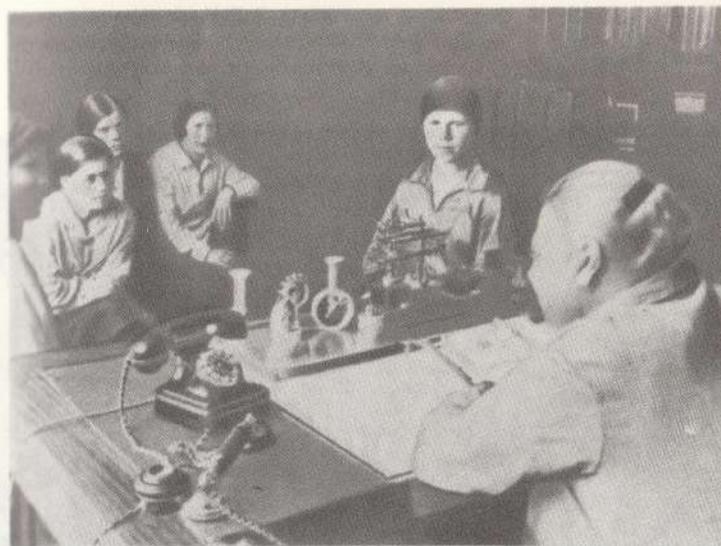
N. K. Krúpskaya entre delegadas
al XV Congreso del PC(b) de la URSS
en el Kremlin (1927)

N. K. Krúpskaya con miembros
de la sociedad *Acabemos con
el analfabetismo*, (1927)



N. K. Krúpskaya conversa
con unas trabajadoras
en su despacho (1928)

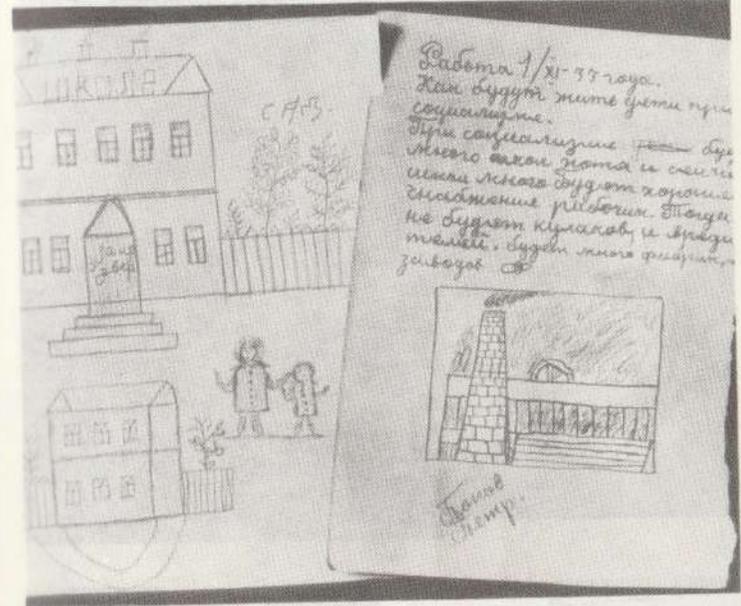
N. K. Krúpskaya
con unos niños (1929)



N. K. Krúpskaya y A. V. Lunacharski
entre los participantes
en el Pleno del CC del Komsomol (1925)



En la habitación de N. K. Krúpskaya
en el Kremlin se conservan composiciones
(con dibujos)
de niños de Magnitogorsk



N. K. Krúpskaya
entre camaradas
en un sanatorio
(Zheleznovodsk, 1929)



N. K. Krúpskaya
y M. I. Uliánova
(de pie, segunda
a la izquierda)
entre trabajadoras
de las fábricas *Triojgórnyaya*
manufaktura e Internatsional,
que saludaron
al XV Congreso del PC(b)
de la URSS
(el Kremlin, 1927)



M. I. Uliánova,
D. I. Uliánov y N. K. Krúpskaya
(Gorki, 1935-1936)



N. K. Krúpskaya
en la casa de reposo
Mujolathka
(Crimea, 1936)



N. K. Krúpskaya
con unas niñas,
en la casa de reposo
Arjánguelskoe
(en los alrededores
de Moscú, 1936-1937)

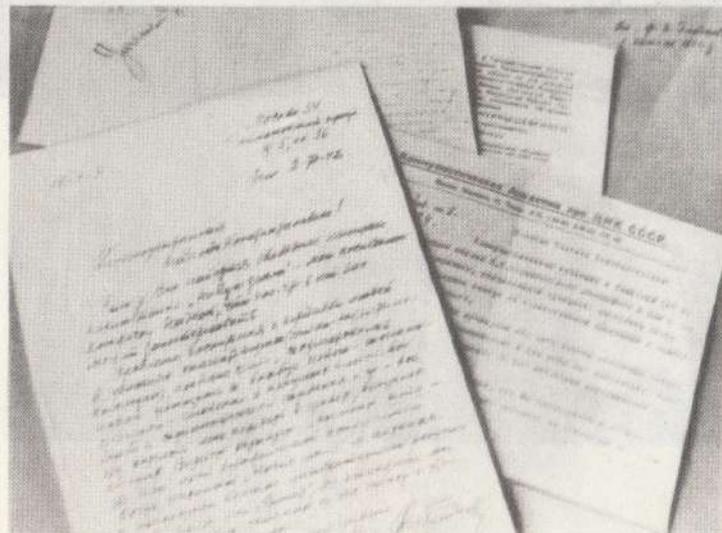


N. K. Krúpskaya
en su despacho (1937)



Tercera edición de las *Obras* de V. I. Lenin
con señales y acotaciones de N. K. Krúpskaya

Carta de Fiódor Gladkov a N. K. Krúpskaya



N. K. Krúpskaya (1937)



Интерьер комнаты в доме Н. К. Крупской.
Она сидит и работает за столом.
Habitación de N. K. Krúpskaya
en la vivienda del Kremlin



N. K. Krúpskaya (1936)



1702РСД

1979

N. K. Krúpskaya (1938)



KRUPSKAYA

*L. Kunétskaya,
C. Mashtakova*

Las largas y oscuras pasillos del edificio del Cuadro de Caballos les parecieron insostenibles a los dos muchachitas. Se les puso lagartos a San Petersburgo desde la época de su llegada de Kazán. Los hermanos Krupsky y también el hijo menor, el pequeño, arribaron a las ciudades con la intención de ir a la escuela del hijo del Cuadro de Caballos Krasavtínovskí. Sin embargo, cuando llegaron, los muchachos se les adelantó por sus estudios y expensas del Estado si podían hacer los exámenes de ingreso. Como podían una buena preparación. No fue fácil para ellos de las pruebas. Y así, los pequeños Krupsky quedaron completamente solos en la ciudad desconocida. Con la natural amargura por el parte se les desahucó a compañías distintas.

Comenzó una vida nueva y fueron llegando los años de estudio. Era difícil acostumbrarse al ambiente nuevo. Cada momento tenía un carácter aparte y por ello los muchachos sólo podían verse durante los pocos minutos de su tiempo libre. Alexander y Romanos Krupsky pronto encontraron amigos. Una vez en la escuela de química fueron conocidos con Alexander un compañero nuevo de clase, Vasílav Dabovskí. Navegaba el barco con gran habilidad y entusiasmo, pero cuando llegó a la escuela se quedó en la escuela de química. Después de eso, se fue a la escuela de física y matemáticas. Después de eso, se fue a la escuela de física y matemáticas. Después de eso, se fue a la escuela de física y matemáticas.

*Editorial
Progreso*

1979

Traducido del ruso por Federico Pita

Л. Кунецкая, К. Маштакова

КРУПСКАЯ

на испанском языке

© Traducción al español. Editorial Progreso. 1979.

10202-960
К 290-78
014(01)-79

0902030000

Los padres

Los largos y resonantes pasillos del edificio del Cuerpo de Cadetes les parecieron interminables a los dos muchachuelos hacía poco llegados a San Petersburgo desde la lejana provincia de Kazán. Los hermanos Krupsky y también su tío, que les acompañaba, sintieron cohibidos en la inmensa antesala del jefe del Cuerpo de Cadetes Konstantínovski. Sus palabras resonaron fríamente: los huérfanos serían admitidos para estudiar a expensas del Estado si rendían bien los exámenes de ingreso. Como poseían una buena preparación casera, les fue fácil salir airoso de las pruebas. Y así, los jóvenes Krupsky quedaron completamente solos en la ciudad desconocida. Con la natural amargura por su parte, se les destinó a compañías distintas.

Comenzó una vida nueva y fueron alargándose los años de estudio. Era difícil acostumbrarse al adiestramiento militar. Cada compañía tenía edificio aparte y por ello los hermanos sólo podían verse durante los pocos minutos de tiempo libre. Alexandr y Konstantín Krupsky pronto encontraron amigos. Una vez, en la lección de esgrima formó pareja con Konstantín un compañero suyo de compañía, Yaroslav Dabrowski. Manejaba el florete con gran habilidad y entusiasmo, pero encontró en Krupsky un rival que le igualaba en destreza. Echándose hacia atrás las caretas, los mozalbetes sonrieron y se dieron la mano. Yaroslav preguntó: "Dicen que tú también eres de la provincia de Vilna". "No —le contestó Konstantín—. Soy de Kazán, pero en Vilna vivió mi padre mucho tiempo".

Así nació una amistad que habría de prolongarse largos años. Sería precisamente Yaroslav quien, más tarde, introdu-

jera a escondidas en el Cuerpo de Cadetes los airados artículos de Herzen y las poesías de Ogariov y ayudara al futuro oficial a entrar en contacto con la I Internacional.

Después de terminar los estudios en el Cuerpo de Cadetes dejaron de saber uno del otro durante mucho tiempo. Sin embargo, Konstantín Krupsky no se extrañó nada al enterarse de que Yaroslav combatía junto con Garibaldi en la lejana Sicilia. Al cabo de largos años llegó a conocimiento de Krupsky que Dabrowski había muerto heroicamente en las barricadas de la Comuna de París. El segundo amigo de Konstantín fue Andréi Potebniá, futuro miembro de la sección rusa de la I Internacional. Cayó en combate por la causa de los polacos insurrectos en 1863.

El Cuerpo de Cadetes Konstantínovski no era una excepción entre los centros de enseñanza militar interna. En él también existía una sorda hostilidad entre los educandos pobres, mantenidos por el Estado, y los hijos de padres que podían costear sus estudios y que cada lunes volvían al Cuerpo de Cadetes en coches tirados por briosos trotones.

En los recreos hablaban jactanciosamente de los conciertos y bailes infantiles caseros, de convites y regalos. Aquellos relatos eran insoportables para los cadetes que pasaban todo el verano en campamentos militarizados. Konstantín reparó en que a Mijaíl Béideman le causaba hondo sufrimiento su pobreza.

Más tarde Krupsky pensaría que Mijaíl presintió entonces su destino: fue sepultado vivo en las mazmorras de la fortaleza de Pedro y Pablo, donde se le encerró sin nombre y sin tiempo definido.

Corrieron los años. Crecieron, haciéndose hombres, los cadetes. Fueron moldeándose sus ideas y convicciones. En el Cuerpo, donde se exigía la constante y más estricta observancia de todos los ritos religiosos, la asistencia a todos los oficios y el buen conocimiento de la ley divina, reinaba un manifiesto ateísmo.

Los cadetes odiaban al cura, el padre Innokenti, hombre obtuso y presuntuoso. Protestaban contra el espíritu de burocratismo imperante en el Cuerpo. La política les interesaba vivamente.

Lo más difícil para ellos era proporcionarse publicaciones prohibidas y que ningún jefe del Cuerpo supiera cómo las

pasaban a él. Pese a todos los obstáculos, fue allí precisamente donde Konstantín Krupsky conoció la revista *Kólokol* ("La Campana") y otras publicaciones revolucionarias.

En 1856, una vez finalizados los estudios en el Cuerpo de Cadetes, a Konstantín Ignátievich Krupsky se le dio recomendación para el ingreso en la Academia de Artillería Mijáilovski, siendo admitido en ella sin exámenes.

Esta academia la terminó en 1857 con el grado de subteniente.

Fue destinado al regimiento de infantería Smolenski, acantonado en la pequeña ciudad polaca de Kielce. Sólo llegó a ella en febrero de 1858, pues había caído gravemente enfermo de pulmonía.

Kielce le recibió convertida en un lodazal y calada por el agua nieve. El regimiento tenía su cuartel en las afueras de la ciudad. Krupsky se presentó al coronel Chengueri, que le dispensó una afable acogida. El joven y apuesto oficial le había causado una grata impresión. Hablaron del estudio y de las novedades de la capital. El coronel advirtió a Krupsky que Kielce, por supuesto, no era el mejor sitio para empezar la carrera militar. En Polonia se atravesaba una situación grave: fermentaba el descontento entre los campesinos y los intelectuales polacos. También estaban agitados los ánimos de la pequeña nobleza. Lo que no le dijo del todo el coronel, Konstantín lo supo por Alexandr, que llevaba dos años destinado asimismo en Polonia. Su hermano le habló con franqueza: "Se avecina la insurrección. Me siento horrorizado. Habrá que disparar contra el pueblo. Y eso cuando la gente sólo lucha por los derechos humanos elementales".

Inteligente y sociable, Konstantín Krupsky se granjeó muy pronto la simpatía de los oficiales progresistas y de los soldados subordinados a él. También hizo conocimiento fácilmente con naturales del país. Al despedirse de él en el Cuerpo de Cadetes, Yaroslav Dabrowski le dio algunas direcciones de intelectuales polacos, y Krupsky anudó relaciones amistosas con varios de ellos. Aprendió rápidamente el polaco y leía complacido a Mickiewicz en su lengua vernácula. Oía gozoso la música de Chopin. Y nadie podía sospechar que aquel teniente (fue ascendido en mayo de 1859) mantenía contacto con dirigentes de la I Internacional.

Marx y Engels seguían con atención el desarrollo del movimiento de liberación nacional en Polonia. Consideraban que la lucha de los polacos deberían apoyarla los revolucionarios rusos.

En Polonia se formó entre los oficiales rusos una organización secreta. En un cuaderno de notas de Ogariov, escrita a mano por Andréi Potebniá, condiscípulo y amigo de Konstantín Krupsky, figura una lista de los miembros de esta organización, en la que, debajo del número 13, leemos: "7ª división de infantería: regimiento de infantería Smolenski: teniente Krupsky, alférez Polódiev, capitán ayudante Tukátévich".

Konstantín Ignátievich veía mejor que otros cómo iba acercándose la insurrección. Ayudaba en lo que podía a los amigos polacos, pero era un oficial del ejército ruso y temía verse obligado a participar en el aplastamiento de la sublevación. Sus amigos le aconsejaron que pidiese el traslado a las provincias centrales de Rusia. Krupsky presentó la solicitud al jefe del regimiento, que le apoyó, pues estaba al corriente de que los gendarmes traían entre ojos al joven oficial. Ya en diciembre de 1862 la primera sección del estado mayor de las tropas rusas en el Reino de Polonia había abierto un expediente secreto con el número 2.285 "Acerca del traslado del teniente Krupsky y del subteniente Sirotenko, del regimiento de infantería Smolenski, a las tropas dislocadas en las provincias rusas..." Pero el parte llegó tarde. Empezó la insurrección.

Aunque obligado a participar en las operaciones, el teniente Krupsky mantuvo una actitud de simpatía hacia los polacos y ayudó a los prisioneros a que se evadieran.

La insurrección fue aplastada. A muchos de los polacos conocidos se les desterró a Siberia. Desde entonces los jefes vieron con desagrado que los oficiales tuviesen amistades polacas. Por su parte, los terratenientes rusos que vivían en la provincia invitaban de continuo a los oficiales a sus bailes.

Uno de los más hospitalarios era el terrateniente Rusánov. A una de sus fiestas llevó un amigo a Konstantín Ignátievich, pues había oído decir que acudirían a ella todas las jóvenes casaderas, polacas y rusas, de los alrededores.

Fue allí donde Krupsky conoció a Elizaveta Vasílievna Tistrova, institutriz en la familia de Rusánov. Ya en la

primera conversación entre ellos, los dos jóvenes se enamoraron, y poco tiempo después contrajeron matrimonio.

Oyendo más tarde a Elizaveta Vasílievna contar las vicisitudes de su niñez y juventud, a Konstantín le asombró la analogía de sus destinos. En la tierna infancia quedó huérfana de padre y madre. Cuando cumplió nueve años, a ella y a su hermana Olga las llevaron a un orfanato militar, el Instituto de Doncellas Nobles Pávlovski, en San Petersburgo, en el que permaneció ocho años. Por su régimen de vida, este instituto apenas se distinguía del Cuerpo de Cadetes, en el que estudiara Konstantín Krupsky. La única diferencia consistía en que en vez de esgrima e instrucción de orden cerrado, a las alumnas se les daban clases de gobierno del hogar y de labores. Posteriormente, la hija de los Krupsky recordaría, refiriéndose a su madre: "Siendo muy buena estudiante, le rebajaban las notas por su conducta, pero, en cambio, era la chica más querida de la clase. En sustraer picadillo de arenque a la preceptora y ofrecérselo a las amigas hambrientas, en organizar el bombardeo de la puerta de la directora, a la que apodaban "Estropajo", en aguantar sin pestañear los gritos y las amonestaciones de la preceptora, una alemana, en no contestar a las lecciones porque las demás chicas no las habían estudiado y en tomar sobre sí las culpas de otras, era la que se daba más arte".

Elizaveta poseía una bella y sonora voz, y por eso las clases de canto significaban para ella un respiradero en la vida gris del instituto.

En 1858 terminó los estudios en él, recibiendo el diploma de institutriz. Sin embargo, encontrar trabajo no resultó nada fácil; faltaban buenos empleos fijos y hubo de contentarse con dar alguna que otra lección, que le robaban muchas energías y tiempo, sin proporcionarle ingresos seguros. Por ello, sin dudarle un instante, Elizaveta aceptó la invitación de Rusánov, rico terrateniente de Vilna, para ir a su hacienda, en Polonia, y encargarse de la educación de sus tres hijos.

En el primer tiempo todo se desarrolló bien; los niños le tomaron cariño y los dueños se mantuvieron aparentemente en pie de igualdad con la institutriz procedente de las "doncellas nobles". Mas poco a poco Elizaveta fue descubriendo la otra cara de la vida de la familia del terrateniente.

Allí, como en millares de otras haciendas, azotaban a los siervos y les humillaban. Muchos años después, contando a la pequeña Nadia* este período de su vida, Elizaveta Vasilievna diría: "Qué fieras eran los terratenientes".

En 1867 se fundó en San Petersburgo la Academia Jurídica Militar. Los hermanos Krupsky fueron los primeros que solicitaron el ingreso en ella y se les admitió en el primer curso. Konstantín y Elizaveta vivieron al principio en casa de unos parientes de ella, en la calle Ofitsérskaya (hoy, calle de los Decembristas), cerca de la academia, situada en el malecón del río Moika. El 26 de febrero de 1869 tuvieron una hija, a la que dieron el nombre de Nadezhda.

* *Nadia*: diminutivo ruso de Nadezhda.

La niñez

Durante todos los años de estudio en la academia, Konstantín Krupsky mantuvo contacto con oficiales rusos de ideas avanzadas y con miembros de la organización populista Tierra y Libertad. Esto no podía dejar de saberlo la dirección de la academia, y, quizá por ello, su jefe, devoto reaccionario y monárquico, diera a Konstantín al finalizar los estudios título de segunda clase, que le privaba automáticamente de la posibilidad de ser jurista militar.

Le propusieron un cargo administrativo: el de jefe del distrito de Grojec, en Polonia. Krupsky actuó allí no como correspondía a un funcionario fiel. Hizo construir en Grojec un hospital para pobres, en el que se les curaba gratuitamente. Por orden suya fue vallado el cementerio polaco, al que antes se llevaba a los cerdos. Prohibió todo escarnio a los judíos.

Continuó su relación con la I Internacional. En 1872 recibió la resolución de la conferencia de esta asociación sobre el censo estadístico de los obreros agrícolas. Aprovechando la posibilidad que le ofrecía su cargo, hizo una encuesta en su distrito. Esta actitud desagradó a los terratenientes y latifundistas, ya que ponía al desnudo el sistema de explotación del trabajo asalariado en la agricultura y lesionaba sus intereses. Quejas y denuncias llovieron sobre Varsovia y San Petersburgo. Konstantín Ignátievich fue destituido sin explicación alguna y procesado.

La causa se vio ante la Cámara Judicial de Varsovia. Le fueron presentados 22 cargos (entre las acusaciones figuraban cosas como éstas: que sabía el polaco, que bailaba la mazurka y que su oficina no estaba iluminada el día del

santo del emperador). De todas las inculpaciones contra Krupsky sólo pudieron mantener la de abuso de poder, por la realización de la encuesta estadística de la provincia. Esto sirvió de pretexto para condenarle a la prohibición de ejercer cargos administrativos y al pago de las costas judiciales. Krupsky apeló al Senado Gobernador, pero éste no se apresuró a conocer del pleito. Empezó el martirio de la busca de trabajo entre dueños privados. Para pagar las costas judiciales los Krupsky tuvieron que vender cuanto poseían.

Los tres años de bonanza en Grojec se acabaron. Los Krupsky marcharon a Varsovia y se alojaron en el barrio de los pobres. "Cuando tenía cinco años, vivíamos en Varsovia, muy pobremente. Ocupábamos apartamentos ajenos —habría de recordar Nadezhda Krúpskaya—... Yo jugaba en el patio con chicos y chicas polacos, judíos y tártaros. Jugábamos muy amigablemente y nos divertíamos mucho. Nos agasajábamos unos a otros con lo que podíamos".

Uno de los amigos populistas presentó a Krupsky a Konstantín Vargunin, fabricante de papel, habiéndole advertido de antemano que se trataba de un hombre culto y liberal, pero que en su fábrica quien llevaba los asuntos era su socio, el inglés Howard. Vargunin y Krupsky se agradaron mutuamente, y Krupsky aceptó el cargo de inspector fabril en Uglich que le ofreció Vargunin.

La madre y el padre procuraban inculcar en su hija la honradez, la laboriosidad y la actitud justiciera hacia los que creaban todas las riquezas. Los Krupsky deseaban que empezase a desenvolverse en la vida siendo una persona con firmeza de carácter y teniendo su propia opinión sobre todo. "A los seis años aprendí a odiar a los fabricantes", escribiría Nadezhda Krúpskaya. Ante ella los padres expresaban a menudo su indignación por las iniquidades del régimen fabril y hablaban de la falta de derechos de los obreros. Estas mismas conversaciones las oía Nadia cuando, en unión de las obreras, escogía trapos viejos destinados para la producción de papel.

Después de haber puesto en orden los asuntos de Vargunin, Konstantín Ignátievich se trasladó con su familia a Kíev. No tenía derecho a residir en Moscú y San Petersburgo.

Surgió el problema del estudio de la hija. Al principio fue

Elizaveta Vasílievna la que se ocupó de su instrucción. A fin de acostumbrar a Nadia a un régimen del día, ya en 1874 escribió para ella un librito compuesto de doce cuartetos con estampas. Por aquel mismo tiempo el librito se editó en Varsovia con el título *El día infantil. Regalo a los niños en versos y doce estampas*. En el libro, aunque pecaba de cierta ingenuidad, se dedicaba mucha atención a la educación laboral del niño y no se decía nada de Dios.

La primera escuela de Nadia estaba en la calle Kreschátik; le pareció terriblemente aburrida a causa de sus absurdas poesías francesas y la interminable enseñanza de la religión.

La apelación de Krupsky seguía aún sin ser vista, por lo que empezó a hacer gestiones su hermano mayor, que a la sazón desempeñaba el cargo de auditor militar de la provincia de Nóvgorod. A Nadia era preciso prepararla para el ingreso en el liceo. Por primera vez se separó Konstantín Ignátievich de su hija y de su esposa. Marcharon a San Petersburgo y alquilaron un apartamento barato en la travesía de Usachiov. El conocido filólogo Nikolái Tistrov, primo hermano de Elizaveta Vasílievna, preparó en tres meses a Nadia para los exámenes del segundo año del liceo.

Una circunstancia hizo insoportable desde el principio la estancia de Nadia en el liceo Ekateríninskaya, centro docente del Estado. A la pregunta del cuestionario "¿Quién paga por la alumna?", Elizaveta Vasílievna se vio obligada a contestar: "Su madre, E. V. Krúpskaya", para no mencionar al padre, sometido a proceso. Inmediatamente, la preceptora, los profesores y las condiscípulas empezaron a mirar de reojo a Nadia. Ella sentíase extraña en el liceo, y aunque estudiaba con afán las lecciones, contestaba mal en clase, ya que sus pensamientos estaban prendidos en cosas muy distintas.

El padre, por fin, fue llamado a San Petersburgo y se señaló la fecha de la vista de su apelación. En la familia no se hablaba de otra cosa que del próximo juicio. Los amigos de Konstantín Ignátievich procuraron ayudarle, aprovechando todas sus relaciones. El juicio se celebró el 28 de abril de 1880. El último día, el abogado de Krupsky se negó a intervenir, fingiéndose enfermo. Konstantín Ignátievich tuvo que defenderse él mismo. Elizaveta Vasílievna y Nadia no estuvieron en el Senado Gobernador, ya que el pleito se vio a puerta cerrada. Las horas se hicieron interminables. Al fin,

Krupsky volvió a casa. Le ardían los ojos y tenía brillantemente sonrosadas las mejillas (ya entonces padecía la tisis). “¡Victoria, me han absuelto!”

Las emociones de aquellos días no pasaron sin dejar huella en ellos: Krupsky empeoró de su dolencia pulmonar, y Nadia hubo de guardar cama a consecuencia de la depresión nerviosa. Decidieron sacarla del liceo y llevarla a la hacienda de los terratenientes Kosiakovski, en la provincia de Pskov, donde el padre debería arreglar los asuntos de una pequeña fábrica de papel. Primeramente enviaron sola a Nadia. “Me sentía un poco cohibida de las personas ajenas, pero viajar en coche de caballos era maravilloso; íbamos a través del bosque y de campos; en los cerrillos había florecido ya la siempreviva y olía a tierra, a verdor. Para dormir la primera noche me destinaron una cama ostentosa en una alcoba espléndida, señorial. No se podía respirar, hacía calor. Me acerqué a la ventana y abrí sus hojas. En la alcoba irrumpió un olor a lilas; comenzó a cantar delicadamente un ruiseñor. Permanecí largo rato junto a la ventana. A la mañana siguiente me levanté muy temprano y salí al jardín, que descendía hasta el río. En el jardín me encontré con una muchacha de unos dieciocho años, de frente baja y pelo oscuro ondulado; llevaba un sencillo vestido de percal. Habló conmigo. Resultó que era la maestra local, Alexandra Timoféevna, o, como se le llamaba allí, “Timofeika”. A los diez minutos ya me sentí con “Timofeika” sin ninguna timidez, igual que con una amiga, y le conté todas mis impresiones”.

Nadia asistió a la clase en la que “Timofeika” enseñaba a los chicos de la aldea que se preparaban para los exámenes. Por las tardes la maestra leía obras de Nekrásov a los adolescentes y a los jóvenes del lugar y charlaba con ellos.

Durante el verano Nadia recobró fuerzas y se repuso. El padre terminó el examen de los asuntos en la fábrica de los Kosiakovski y la familia regresó a San Petersburgo.

A Nadia le fue penoso separarse de “Timofeika”; las dos sintieron esperanzas en que volverían a verse, pero no habría de ocurrir así. Al poco tiempo Alexandra Timoféevna Yavórskaya fue encarcelada. Durante un registro en su domicilio la policía encontró publicaciones prohibidas y un retrato del zar en el que estaba escrita la solución de un problema escolar.

Nadia volvió a estudiar el segundo grado, pero en otro liceo, sito en una casa de la avenida Liteini, que hacía esquina con la calle Basséinaya. En este liceo estudiaba también su prima hermana Liolia. Otra alumna era Masha Yurkóvskaya, que en el futuro sería la actriz María Andréieva, del Teatro de Arte.

El asesinato del zar Alejandro II fue un acontecimiento que conmocionó a toda Rusia, removiendo a todas las capas de la sociedad rusa.

“Recuerdo claramente la tarde del 1 de marzo de 1881, en la que afiliados a la Voluntad del Pueblo mataron con una bomba al zar Alejandro II... No dormí durante toda la noche y pensaba que entonces, después de que habían matado al zar, todo marcharía de otra manera y que el pueblo recibiría la libertad.

Sin embargo, no sucedió así. Todo quedó igual que antes, e incluso peor. La policía prendió a los afiliados de la Voluntad del Pueblo y fueron ejecutados los que dieron muerte al zar. Les llevaron al patíbulo pasando por delante del liceo donde yo estudiaba”.

En casa de los Krupsky se discutía continuamente acerca de las vías de desarrollo de la sociedad y de la acción revolucionaria. Los padres procuraban mandar a Nadia fuera de casa cuando acudía a ella algún revolucionario, pero fue imposible aislarla de la vida de la familia.

En el liceo de la avenida Liteini Nadia también estudió nada más que un año. Los maestros veían con malos ojos a la hija de un hombre que había sido perseguido por el Gobierno, a pesar de que ella estudiaba magníficamente; sólo un cura, que no perdonaba sus miradas irónicas y falta de atenciones, le ponía obstinado la calificación de “regular”.

Después de aconsejarse de unos amigos, Konstantín Ignátievich trasladó a su hija al liceo de Obolénskaya, que era particular. Este liceo, que tan provechoso fue para ella, Nadezhda Konstantínovna lo recordaría siempre con efusión.

La figura más atrayente entre los profesores del liceo era su director, Alexandr Guerd. Había iniciado la actividad pedagógica como encargado de una colonia para delincuentes de poca edad, y en ella se granjeó el cariño y la estimación de todos. Lo principal en su sistema pedagógico consistía en crear un clima de confianza y respeto mutuos

entre los maestros y los alumnos. Desterró del liceo la escucha a hurtadillas, las delaciones y los castigos. Nadie gritaba a las alumnas ni pretendía doblegar su voluntad. Todo esto distinguía grandemente al liceo de Obolénskaya de otros centros docentes oficiales y particulares de Rusia y del extranjero.

Alexandr Guerd explicaba ciencias naturales y sus clases transcurrían con animación e interés. En el grado superior daba a conocer a las alumnas nociones generales de darwinismo, de manera que comprendieran la teoría evolucionista de Darwin. Nina, hija de Guerd, era una de las mejores amigas de Nadia, y más de una vez Nadezhda Konstantínovna visitó la casa de su maestro, en la que se reunían pedagogos avanzados y personalidades sociales de San Petersburgo.

Nadia y Alexandra Grigórieva, su amiga más íntima, llenaban muchos cuadernos copiando las poesías de Ogariov y Polezháev y leían las novelas de Sheller-Mijáilov. A los doce años, Nadia empezó a leer a León Tolstói y Turguénev. Todo cuanto leía lo comentaba animadamente con sus amigas.

La poesía ejercía singular influjo sobre Nadia. Cuando se quedaba sola, andaba por su cuarto recitando versos de Lérmontov y Pushkin. Impresionada por *Evgueni Oneguín*, decidió formar su carácter en aquella apariencia de impassibilidad de Tatiana que tanto conmovió a Evgueni al encontrarse con ella en el baile en San Petersburgo. Empezó a cuidar de que sus sentimientos no se le reflejaran en el rostro; aprendió a dominarse a sí misma, sin revelar apasionadamente indignación, ni pena, ni alegría. Toda la riqueza de su alma quedaba al descubierto únicamente en presencia de las personas a las que amaba y en las que tenía fe. Para los ajenos parecía fría e incluso pasiva. Algunos años después esta reserva exterior y la tranquilidad imperturbable le ayudarían a engañar a los gendarmes.

Los Krupsky eran muy aficionados al teatro y asistían con frecuencia a la ópera. Siempre compraban las entradas más baratas. Una vez, terminados ya sus estudios en el liceo, Nadia y Alexandra Grigórieva fueron al Teatro Mijáilovski a ver la adaptación de *La taberna* de Zola, interpretada por una compañía francesa. Este espectáculo concilió a Krúpskaya con la obra del escritor (el primer cuento de él que cayó

en sus manos, *Una página de amor*, le quitó por mucho tiempo las ganas de leer sus novelas). Mas *La taberna* presentaba un cuadro tan brillante de la vida de los obreros franceses que, sobre el fondo de ella, las estampas de libertinaje, que en Zola aparecen bastante ampliamente descritas, cobraban otro aspecto, el de ilustraciones de la penosísima situación de la clase obrera en el capitalismo...

En casa de los Grigóriev y en la suya, Nadia oía hablar constantemente de la revolución y veía publicaciones clandestinas.

Tiempo antes, a los Grigóriev les visitaron a menudo el destacado revolucionario populista ruso Zheliábov, el populista liberal Yuzhakov y muchos literatos progresistas, entre ellos Schigalióv, uno de los poetas de *Iskra* ("La Chispa").

Los últimos años de su vida, Konstantín Ignátievich los pasó gravemente enfermo y no trabajó. A vivir le ayudaban su hermano y los camaradas artilleros. En aquellos años el padre y la hija estrecharon más que nunca los lazos que les unían y estaban mucho tiempo juntos, comentando los libros leídos y los acontecimientos y forjándose ilusiones. Krupsky hablaba con Nadia como si fuese una persona adulta. Soñaba con ir a Lago Maggiore acompañado de ella, con la esperanza de que allí se curaría y podría volver a trabajar.

Konstantín Ignátievich se consumía a ojos vistas. Hacía tiempo que los médicos habían dicho a Elizaveta Vasílievna que su estado era desesperado. La esposa y la hija procuraron embellecer como pudieron los últimos días del moribundo.

Falleció el viernes 25 de febrero de 1883, en plena posesión de su conocimiento. La esposa, arrodillada junto a la cama, le cambiaba una compresa tras otra. Nadia miraba sin interrupción al padre con los ojos llenos de lágrimas. "La vida os será difícil, amadas mías", fueron las últimas palabras de Konstantín Ignátievich.

Por la tarde se congregaron en la casa los familiares y amigos íntimos del finado. De todas las diligencias se encargó Alexandr Ignátievich, también gravemente enfermo entonces. Eligió el sitio de la sepultura en el cementerio del monasterio Novodévichi, no lejos de la entrada a la ciudad por la carretera de Moscú.

En aquellos trágicos días se vio claramente cuántos

amigos tenía Konstantín Ignátievich. Alguien recogió dinero para pagar el sitio de la sepultura en el cementerio; uno pagó la misa de cuerpo presente; otro llevó las flores...

Hasta el cementerio Novodévichi llevaron el ataúd muchos camaradas artilleros, relevándose. Elizaveta Vasílievna y Nadia estaban de pie, abrazadas, junto a la sepultura recién abierta. No lloraron: era demasiado profundo su dolor.

La juventud

Madre e hija quedaron privadas casi completamente de medios de subsistencia. Alquilieron un apartamento grande y empezaron a tomar como huéspedes a telefonistas, estudiantes, costureras y enfermeras.

La primera lección en casa de señores ricos la obtuvo Nadia, la mejor alumna de su clase, a través del liceo. Aunque la maestra, muy joven aún, poseía magníficos dotes pedagógicos, habría de pasar dificultades en su trabajo. Amaba y comprendía a los niños y sabía adaptarse a ellos. Sobre todo daba con acierto las lecciones de matemáticas. Sin embargo, los padres de los alumnos no confiaban en su juventud ni en sus conocimientos y se entrometían en el curso de las clases. Mas no tenía posibilidad de elegir, ya que para las alumnas de los liceos era muy complicado lograr lecciones particulares: había exceso de estudiantes repetidores.

Un día, cuando, después de volver del liceo a casa, se sentó para preparar los deberes, llamaron a la puerta. Abrió. Era un señor de edad, desconocido. "Quisiera ver a Konstantín Ignátievich Krupsky", dijo. Nadia palideció: "Papá falleció". "Discúlpeme, yo conocía bien a su padre y quisiera hablar con usted y con Elizaveta Vasílievna". Ya en la habitación, el desconocido miró alrededor y comenzó a hacer preguntas a Nadia sobre su padre y acerca de los recursos con que vivían. Nadia mantenía la conversación con dificultad. "Mamá le contará mejor todo, tenga usted la bondad de venir cuando ella vuelva". Pero el desconocido no se fue. Propuso a Nadia una buena lección. "Le llevará poco tiempo y le pagarán bien". Nadia aceptó con alegría. Y, en

efecto, la lección resultó verdaderamente magnífica: en casa de una familia de intelectuales, que trató con atención y respeto a la maestra. Aquella lección sirvió de apoyo económico a la madre y la hija, ayudando a Nadia a creer en sus fuerzas. Más tarde se enteraría de que el visitante había sido Nikolái Utin, uno de los dirigentes de la sección rusa de la I Internacional.

Nadia rindió óptimamente los exámenes de final de carrera. En la decisión del consejo pedagógico se decía de Nadezhda Krúpskaya: "...en las pruebas finales ha mostrado conocimientos sobresalientes en todas las asignaturas. Ha obtenido la nota media de cinco. De las asignaturas facultativas ha estudiado francés con calificaciones sobresalientes. Recibe certificado de terminación del curso completo del liceo y segunda medalla de oro".

Nadezhda Konstantínovna estudió un año más en el liceo, y en 1887 terminó el VIII grado pedagógico, especializándose en lengua rusa y matemáticas. Se le dio el título de preceptora. Los dos primeros años siguientes a la terminación de los estudios, Krúpskaya logró obtener dos buenas colocaciones. Durante el día daba clases en la escuela de oficios femenina de Pospélova, donde se enseñaba costura a las niñas, y por las tardes instruía a las alumnas residentes en la pensión del liceo en que ella acababa de graduarse. Nadia se sintió muy inquieta por sus alumnas, pero los exámenes transcurrieron felizmente. Las alumnas obtuvieron el diploma de la enseñanza secundaria y su joven maestra recibió el 20 de mayo de 1889 una certificación en la que se decía: "...la preceptora N. K. Krúpskaya ha enseñado durante dos años por las tardes a diez alumnas del liceo de Obolénskaya que viven en la pensión de M. G. Guérstfeld, adjunta a este liceo. Los buenos resultados de sus alumnas son testimonio de las notables dotes pedagógicas de Krúpskaya, de la solidez de sus conocimientos y de la actitud sumamente escrupulosa en su labor".

En los últimos años de estudio en el liceo y los primeros de trabajo independiente, Nadia buscó con tesón su camino en la vida, buscó respuesta a las cuestiones que surgían diariamente ante ella: la riqueza de unos y la miseria de otros, la arbitrariedad de los funcionarios y las autoridades zaristas y la inexistencia de las libertades democráticas elementales. En estos años leyó mucho, leyó sin sistema

alguno las obras más diversas, desde *La revolución neerlandesa* de Motley, hasta la historia de la navegación aérea. Durante todo este tiempo no interrumpió las relaciones con los amigos de su padre, asistiendo a las reuniones caseras de los antiguos miembros de la Voluntad del Pueblo. Mas, sin tomar parte en las discusiones, sino limitándose a escucharles con veneración, captaba para sí misma que en sus discursos resonaban acentos de cansancio y fatalidad, de renuncia a la gran lucha activa. Una vez se atrevió a preguntar a uno de los viejos *pervomártovtsi**, que había pasado muchos años en las mazmorras zaristas, qué se debía hacer y cuál era el camino a seguir. Y lo que oyó de él fue poco consolador: se puso a desarrollar la teoría de las "pequeñas acciones". "De sus consejos y de todos aquellos hombres del pasado emanaba melancolía; eran buenas personas, pero con el alma vacía. Yo, aunque adolescente aún, me daba perfecta cuenta de esto".

Ya en aquellos años Nadezhda comprendió también otra cosa: el camino de los *pervomártovtsi* estaba condenado al fracaso, el terror individual no podía hacer cambiar nada, sólo arrancarían de las filas de los luchadores a sus mejores hombres. ¿Cuál era, pues, el camino?

Por entonces conoció Krúpskaya las obras de León Tolstói en las que criticaba con la mayor crudeza el régimen existente. En su alma encontró eco la exhortación de Tolstói al perfeccionamiento de sí mismo, a renunciar al lujo, a ayudar a la instrucción del pueblo. Las alumnas del liceo leyeron y releieron la contestación de Tolstói *A las señoritas de Tiflís*, reproducida por el periódico *Novoe Vremia* ("Tiempos Nuevos"), de San Petersburgo, el 21 de marzo de 1887. Contestando a la pregunta de cómo aplicar los conocimientos adquiridos, León Tolstói escribía: "...para los que han obtenido conocimientos hay otra ocupación: la de compartir estos conocimientos, devolverlos al pueblo, que nos ha educado. Pues bien, yo tengo una ocupación de esas..." Tolstói proponía a las jóvenes incorporarse a la labor de corrección y perfeccionamiento de los libros editados para el pueblo y, si consideraban que esto era un asunto apropiado para ellas, les prometía enviarles varios libros.

* *Pervomártovtsi*: nombre con que se designa en la literatura histórica a los organizadores y participantes del acto terrorístico del 1 de marzo de 1881.

Unos días después de la publicación del llamamiento de Tolstói en el periódico de San Petersburgo, Nadezhda Konstantínovna le envió una carta:

“Muy respetado Lev Nikoláevich:

Usted, en su contestación a la súplica que le dirigieron las señoritas de Tiflís, pidiéndole una ocupación, dice que tiene una para ellas: corregir en lo que sea posible los libros editados para el pueblo por Sytin.

Quizá pueda usted darme posibilidad también a mí de participar en su trabajo.

En el último tiempo percibo más y más vivamente cada día cuánto trabajo, energías y salud costó a muchos hombres el que yo me haya servido hasta ahora de esfuerzos ajenos. Me serví de ellos y parte del tiempo lo empleé para adquirir conocimientos, pensaba que con ellos aportaría después alguna utilidad, y ahora veo que los conocimientos que poseo parece que no hacen falta a nadie y no sé aplicarlos en la vida, incluso no sé cómo reparar un poco con ellos el mal causado con mi ociosidad, no sé que se debe comenzar a hacer para esto...

¡Me alegré tanto cuando leí su carta a las señoritas de Tiflís!

Sé que la obra de corregir los libros que serán leídos por el pueblo es una obra seria, que exige mucha habilidad y grandes conocimientos, mas yo tengo 18 años y sé tan poco aún...

Sin embargo, le hago a usted este ruego porque creo que, quizá, merced al amor a la obra logre de alguna manera ayudar con mi inexperiencia y desconocimiento.

Por eso, si fuera posible, envíeme, Lev Nikoláevich, uno o dos de esos libros, y haré con ellos todo lo que pueda. Lo que mejor conozco es historia, literatura...

N. Krúpskaya”

Al poco tiempo Nadezhda Konstantínovna recibió contestación de Tatiana Lvovna Tolstaya y un paquete postal que contenía un grueso tomo: *El conde de Montecristo*, de A. Dumas.

Emprendió con entusiasmo el trabajo, comprobando escrupulosamente la edición de Sytin con el original (conocía magníficamente el francés), restableció el hilo general de la

narración, inexistente en el libro, y limpió a este de las absurdidades introducidas en él y sin demora, mandó su trabajo a Tolstói a Yásnaya Poliana.

Pero ya en el curso de su labor con el libro, Nadezhda Konstantínovna comprendió que aquello era la misma teoría de los adeptos de la Voluntad del Pueblo: la teoría de las “pequeñas acciones”. Su naturaleza dinámica era reacia al “tolstoísmo” en conjunto, con su no empleo de la violencia ante la maldad y su visión religiosa del mundo.

En el otoño de 1889, Krúpskaya ingresó en la sección de Matemáticas de los Cursos Superiores Femeninos Bestúzhev*, de San Petersburgo, y al mismo tiempo asistió como oyente a las clases de su Facultad de Filología. Allí conoció a muchas jóvenes llegadas de diferentes ciudades y pudo apreciar que experimentaban las mismas inquietudes que ella. Allí se encontró también con una antigua conocida, Olga Vímer, hermana de Alexandra Grigórieva. Olga llevó a Krúpskaya a un círculo de estudiantes tecnólogos, dirigido por Mijaíl Brúsnev.

Brúsnev no parecía estudiante. Descendía de una familia de cosacos del Don, y por su sencillo aspecto podía pasar fácilmente desapercibido en una muchedumbre obrera. Los obreros le acogían como a uno de los suyos. Era uno de los marxistas más instruidos de aquel tiempo. Su grupo ya tenía influjo sobre veinte círculos obreros de San Petersburgo.

A Nadezhda Konstantínovna le era difícil adaptarse a las reuniones de mucha gente —se lo impedía su timidez natural—, pero en la pequeña habitación que Brúsnev tenía alquilada con otro compañero tecnólogo se sentía como en su casa. Mijaíl Brúsnev tardaría poco en convencerse de que Krúpskaya no era una ingenua cursante deseosa de hacer bien al pueblo, sino una persona de firmes convicciones, dispuesta a cualquier sacrificio que exigiera la lucha. Para empezar le propuso incorporarse al círculo de Korobka, que se dedicaba a estudiar los problemas éticos. Hicieron un análisis crítico de las *Cartas históricas* de Mírtov (Lavrov), que produjeron gran impresión a Nadezhda Konstantínovna.

* Centro docente superior femenino de la Rusia zarista, que fue dirigido por el profesor K. Bestúzhev-Riumin, del que tomó el nombre. Las mujeres graduadas en estos cursos adquirían el derecho de enseñar en los centros docentes de segunda enseñanza femeninos.

El estudio en el círculo atrajo a Krúpskaya, y dejó de asistir a los Cursos Superiores Bestúzhev, convencida de que el círculo le daría más conocimientos necesarios.

En el círculo oyó por primera vez hablar de la I Internacional y pronunciar los nombres de Carlos Marx y Federico Engels, supo que existía toda una serie de ciencias que trataban sobre los problemas de la vida social, conoció la Economía política y sintió interés por ella.

Las obras de Marx no era posible lograrlas en ningún sitio; no las daban en ninguna biblioteca pública. Una vez más ayudó a Krúpskaya la familia Grigóriev. Nadezhda Konstantínovna se había acordado de que en casa de los Grigóriev coincidió varias veces con Yuzhakov, conocida personalidad social. Este no se había olvidado de ella y recordaba que en las reuniones siempre permanecía callada. Y de pronto aquella gentil y modesta joven le pedía con aspecto impasible el primer tomo de *El Capital*, de Marx. "Mademoiselle, ¿está usted segura de que necesita realmente a Marx?" Nadia se sonrojó y, procurando contener su turbación, le contestó en un tono casi desafiador: "Y no sólo a Marx, sino todo lo que pueda ser útil para comprender el desarrollo social". "Bueno, si es así, encantado".

Nadia volvió a casa como si tuviera alas, pues Yuzhakov le dio, además de *El Capital*, *Esbozos de la cultura primitiva*, de Ziber, *Destino del capitalismo en Rusia*, de V.V. (Vorontsov) y *La propiedad campesina en el Extremo Norte*, de Efimenko.

Apenas comenzar la primavera de 1890 Elizaveta Vasílievna y Nadia alquilaron una isba en una aldea de la provincia de Pskov y vivieron allí todo el verano. A los dueños de la isba les faltaba mano de obra, y Nadia les ayudaba en el campo y cuidaba de sus niños. En las horas libres leía los libros que le había prestado Yuzhakov.

Empezó por *El Capital*, pero los dos primeros capítulos le parecieron muy difíciles; el tercero lo leyó con más facilidad. "Parecía exactamente como si hubiese bebido agua viva —escribiría—. No es en el terror de individuos aislados ni en el autoperfeccionamiento tolstoyano donde hay que buscar el camino. El poderoso movimiento obrero: ahí es donde está la salida.

Empieza a anochecer, estoy sentada con el libro en los peldaños del porche y leo: "Suena la hora mortal del

capitalismo: a los explotadores se les expropia". Oigo cómo me late el corazón...

El marxismo me dio la mayor felicidad que puede desear el hombre: el conocimiento de adónde hay que ir, la tranquila seguridad en el desenlace final de la obra a la que había consagrado mi vida. El camino no habría de ser siempre fácil, pero nunca dudé de que fuese justo. Quizá diera pasos equivocados, pues esto era inevitable; más los errores se subsanaban y el movimiento iba hacia su fin como una gran ola..."

En otoño se reanudó el estudio en los círculos estudiantiles y marxistas; Nadezhda Konstantínovna se incorporó a esta labor.

En aquellos años el Instituto Tecnológico de San Petersburgo era el centro de difusión del marxismo.

En el círculo marxista del que formaba parte Krúpskaya se estudiaba *El Capital*; era casi imposible conseguir otra literatura. A manos de Nadia llegó un cuaderno con el texto de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de F. Engels, escrito a mano. Para poder leer el *Anti-Dühring*, Krúpskaya estudió alemán.

Nadezhda Konstantínovna aspiraba a llevar a las masas obreras los conocimientos adquiridos, ardía en deseos de participar en el trabajo activo, y por eso pidió que se le encargase de un círculo obrero, a fin de probar sus fuerzas en la obra propagandística.

"¿Y por qué no intenta usted enseñar en la escuela nocturna dominical que hay en el arrabal de Névkaya Zastava?", le preguntó Mescheriakov, de la Voluntad del Pueblo, que estaba en contacto con el grupo Emancipación del Trabajo*, de Plejánov. Al oírle, los ojos de Krúpskaya chispearon. "¿Cómo se podría realizar esto prácticamente?", le preguntó. Mescheriakov prometió lograr una carta de recomendación para Nikolái Vargunin, que sufragaba los gastos de mantenimiento de la escuela. Nikolái era hermano de Konstantín Vargunin, dueño de la fábrica de Uglich en la que trabajó de inspector el padre de Nadezhda Konstantínovna. Esta circunstancia permitía abrigar esperanzas en el éxito.

* Primera organización marxista rusa; existió desde septiembre de 1883 hasta agosto de 1903. Se fundó en Ginebra.

Nikolái Vargunin, conocido ilustrador, hombre culto e inteligente, aunque estaba lejos de la revolución, hizo mucho para instruir a los obreros en el arrabal de Névkaya Zastava. Se interesaba constantemente por la escuela y, gracias a él, allí se reunió un grupo de magníficos y desinteresados pedagogos. Vargunin no podía dejar de ver la paulatina acción revolucionadora de la escuela, pero ni una sola vez expresó su protesta ni entorpeció la educación política de los obreros. Como escribiría después Krúpskaya, "él lo veía todo y lo encubría con su silencio".

Vargunin recibió a Nadia amablemente, le dijo que su hermano había elogiado la actuación de Konstantín Krupsky en Uglich y le dio una esquila para Olga Pomórskaya, que desempeñaba las funciones de directora de la escuela.

Allí, en el arrabal de Névkaya Zastava, Nadezhda Konstantínovna conoció a personas admirables, que dedicaban a los obreros sus conocimientos, su salud y todas sus energías y tiempo. Por la enseñanza en la escuela no recibían un solo kopek y se veían obligadas a dar lecciones particulares. Si algunas lograban una colocación fija, eso constituía una felicidad. Lo primero que hubo de hacer Nadezhda Konstantínovna fue renunciar a su lección en el liceo, la única que le permitía tener un ingreso permanente, pues su hora coincidía con la de las clases en la escuela obrera. En 1894 se le ofreció la oportunidad de colocarse en la Dirección General de Ferrocarriles.

La primera persona que Mescheriakov presentó a Krúpskaya fue Anna Chechúrina, con la que posteriormente se casaría. Eran de la misma edad. Anna ayudó a Krúpskaya a relacionarse con el grupo estudiantil de Karaváeva. En la escuela se habían juntado muchos populistas de la Voluntad del Pueblo, como P. Kudelli, N. Mescheriakov, L. Knipóvich y otros. Intentaron poner de su parte a Nadezhda Konstantínovna. Con frecuencia, Krúpskaya había de ir a la escuela en compañía de Mescheriakov. He aquí cómo él hablaría posteriormente de esto.

"En aquel tiempo ella ya era marxista. Después de conocerlos, inicié en seguida obstinados ataques para atraerla al populismo e incorporarla a nuestro grupo. Ella, a su vez, procuraba inclinarme hacia el marxismo. A menudo teníamos que ir juntos a la escuela, situada lejos del centro, y estos largos viajes transcurrían siempre entre encendidas

discusiones. Sin embargo, no pude lograr nada de Nadezhda Konstantínovna. Esta muchacha, sumamente modesta en apariencia, mostró poseer buenos conocimientos (en todo lo que era posible entonces) de marxismo y populismo. Rechazaba con sabiduría y destreza todos mis ataques y acto seguido pasaba a la ofensiva. Estuvimos todo un año combatiendo de esta manera. Ya entonces me asombraron su tenacidad y cordura".

Al principio Krúpskaya observó atentamente a los maestros y a los alumnos. El edificio de la escuela se asemejaba a una nave fabril. Las aulas se iluminaban con lámparas de keroseno y estaban amuebladas con la mayor modestia, sólo con bancos y mesas. Tres veces a la semana, por las tardes, asistían a la escuela los obreros, que sólo eran hombres. Formaban grupos. Junto a hombres barbudos entrados en años se sentaban mozos muy jóvenes, poco antes llegados de las aldeas. En aquellos años, en los alrededores de Névkaya Zastava había tres escuelas: dos, una masculina y otra femenina, en el pueblo de Smolénskaya y una en el pueblo de Alexándrovskoe, en las que se instruían unos mil hombres de las empresas de los alrededores: la de Pal, las manufacturas de Maxwell, la fábrica de paños de Thornton, la fábrica de Alexándrov y la de Semiannikov, la fábrica de tabacos, el depósito de Grómov y otras.

Finalmente, a Nadezhda Konstantínovna se le encargó de un grupo de obreros completamente analfabetos. Al principio le sucedieron cosas curiosas. Nunca había enseñado a adultos, muchos de los cuales podían ser padres de ella. No comprendía su modo de razonar, se turbaba, explicaba todo demasiado esquemáticamente. Entonces muchos maestros practicaban en las escuelas de adultos los métodos de enseñanza de las escuelas infantiles.

El primer año resultó muy difícil. Poco a poco, Nadezhda Konstantínovna fue adoptándose y se hizo querer de sus alumnos. Era muy recta y sincera y su entusiasmo se transmitía a los escolares. Pronto dejó de satisfacerle la enseñanza de los rudimentos de la instrucción elemental. Quería extender los límites del programa. Un día, durante el intervalo entre las clases, surgió una discusión acerca de lo que se podía y debía enseñar a los alumnos. Una maestra muy inteligente, Ekaterina Schépkina, afirmó que se podía explicar cualquier cosa, siempre que fuese expuesta con

interés y en forma comprensible. "Si quieren —propuso con ardor—, dedicaré la lección siguiente a la numismática, ¡y verán cómo nadie se va!"

Así fue. Durante dos horas habló tan vivamente de las sutilezas de una ciencia de la que los obreros no tenían la menor idea que todos la escucharon sin moverse siquiera. Después de la lección, unos felicitaron a Schépkina, otros mostraron su sorpresa, y Krúpskaya, siempre tranquila y ponderada, expresó su indignación: "¡Cómo no le avergüenza a usted jugar a este juego! Han trabajado catorce horas, han venido aquí a adquirir unas migajas de conocimientos, y usted presume por egolatría y les roba en vano el tiempo". Todos quedaron pasmados; nadie esperaba aquello de Nadezhda Konstantínovna. "¿Quizá proponga usted algo nuevo?", le preguntaron. Y, en efecto, lo propuso. Los jueves se reunía en la escuela a todos los grupos y se les daban lecturas con la "lámpara mágica" (así se llamaba en aquel tiempo a la lámpara de proyección). De ordinario, se leían obras literarias, principalmente de León Tolstói. Krúpskaya sugirió que, en vez de las lecturas, a los obreros se les hablase de diversos países.

El primer informe lo hizo Nadia. Tuvo que hurgar mucho en las bibliotecas y estudiar por las noches. Al fin, llegó el jueves señalado. En la sala entraron los obreros y se asombraron: en vez de la "lámpara mágica" de siempre vieron un gran mapa. Cohibida por la emoción, Krúpskaya pronunció las primeras frases casi susurrando. Mas, al advertir la gran atención con que la miraban los obreros, recobró la calma.

La primera lección "geográfica" estuvo dedicada a Suecia. Nadezhda Konstantínovna habló no sólo de la naturaleza y de las ciudades de este país, sino también de su régimen político, y, apoyándose en ejemplos de la vida de los obreros suecos, hizo una exposición de la lucha de clases. Así terminó la lección. Miró el reloj y se asombró: en vez de la hora y media fijada, sólo había hablado cuarenta y cinco minutos. Se fue rápidamente a una aula vecina. Y allí, en la habitación oscura, dejó escapar en llanto la emoción que acababa de vivir. Comprendió entonces que tenía fuerzas y que el arte y la tranquilidad le vendrían con el tiempo.

Desde entonces, la "geografía" se convirtió en materia diaria de estudio. A estas clases acudían hasta doscientas

personas. Para engañar a la vista, tenían abiertos los manuales de geografía, mas luego seguían relatos sobre la vida y la lucha de los obreros en los países europeos, sobre el Parlamento inglés, sobre la función de las máquinas y otras cosas.

Al año siguiente, Nadezhda Konstantínovna pidió que se le encargase del grupo más preparado. Lo integraban jóvenes alfabetizados que deseaban ampliar sus conocimientos y obreros de cierta edad, poco instruidos, anhelantes de saber más de la vida. Entre ellos había también obreros que ya estuvieron desterrados de San Petersburgo.

Aquellos hombres iban a la escuela directamente desde su puesto de trabajo, sin tener tiempo para cambiarse de ropa y descansar. Y si el maestro les explicaba aburrida y monótonamente la lección, los alumnos se dormían con frecuencia...

Era raro que todos los obreros siguieran el curso de estudios hasta el fin; ya después de Navidad incluso las mejores maestras veían menguar sus grupos.

Entre los alumnos de Nadezhda Konstantínovna había muchos tejedores. Casi todos ellos oían mal y eran analfabetos, por lo que enseñarles resultaba muy complicado. Krúpskaya decidió conocer las condiciones en que trabajaban sus alumnos. Con otra maestra, fue un día a la fábrica. Se detuvieron largamente en cada taller; en ellos, los obreros, sin separarse de las máquinas les explicaban el proceso productivo. El ruido en los talleres no dejaba oír bien, faltaba aire y la luz apenas penetraba a través de las ventanas sucias. Nadezhda Konstantínovna y su acompañante andaban con dificultad por los estrechos pasos entre las máquinas. Los obreros miraban extrañados a las dos mujeres jovencitas, que se interesaron por todo.

Krúpskaya llegó a sentir que le faltarían las fuerzas para pasar a lo largo de aquel infierno. ¡Y en tales condiciones tenían que trabajar de diez a doce horas! Aquello hizo que empezara a mirar de un modo completamente distinto a sus alumnos cuando, inclinados sobre sus cuadernos, hacían las letras con sus dedos callosos.

Una vez, volvieron juntos a casa Krúpskaya, Chechúrina y Mescheriakov. Su conversación giraba en torno de los asuntos escolares. "¿Por qué no pruebas, Nadiusha, a llevarles libros de la sala de lectura?" —dijo Chechúrina—. Pues sino leen disparates como *El calvario de la Madre de Dios*. Se puede sacar un abono en la biblioteca urbana; son

setenta y cinco kopeks por cinco libros". A Nadezhda Konstantínovna le sedujo esta idea. En la clase siguiente reunieron dinero; los obreros dieron tranquilamente kopeks ganados con su trabajo. Para aquello no les penaba, así beberían menos. La escuela trataba de combatir también este azote de los suburbios urbanos.

Bastante tiempo dedicó Krúpskaya a elegir los libros del abono. Llevó a la escuela obras de sus escritores predilectos: Tolstói, Turguénev, Julio Verne. Y esperó impaciente los ecos de los obreros. Al cabo de varios días se acercó a su mesa un obrero de edad propecta, que había tomado *La guerra y la paz*, dejó el libro y, como ofendido incluso, dijo: "Vaya una tontería para leer tumbado en el sofá. Esto no vale para nosotros". Nadezhda Konstantínovna se desconcertó: Tolstói no vale. Pero por más que trató de convencer a su alumno, todo fue en vano. "Es muy largo, incomprensible, extraño", replicaba él. En cambio, para leer *Espartaco*, de Giovagnoli, a Julio Verne y *El año doce*, de Mordóvtsev, hubo que hacer lista. Nikolái Stremnev, de 18 años, al dársele el libro *Veinte mil leguas de viaje submarino*, lo abrazó y así lo tuvo durante toda la lección, sonriendo beatíficamente. No apareció en clase hasta dos semanas después. "¿Has estado enfermo?" "No, que va —contestó, turbado—. Tenía poco tiempo, he leído dos veces el libro".

A los obreros les complació mucho la *Historia de un campesino*, de Erckmann-Chatrian. Por cierto que con este libro sucedió toda una aventura. Un ingeniero sorprendió al obrero Serguéiev leyendo el libro, lo hojeó y vio que en el margen de la página donde se describía la ejecución de Luis XVI alguien había escrito: "Esto es lo que habría que hacer con los nuestros". El ingeniero fue a ver a Vargunin, y éste, con gran dificultad, valiéndose de sus relaciones, logró echar tierra al asunto.

Entre los alumnos de Nadezhda Konstantínovna había personas de gran talento, que buscaban la justicia y querían "mirar el fondo de las cosas". Un día, comprobando las composiciones, una de las maestras vio este epígrafe: "Campesino... de las aldeas de Terpigórevo, Neélovo, Gorélovo y también Neurozhaika"*. A su exclamación "¡Ah,

* En esta frase de Nekrásov los nombres de las aldeas son figurados y significan derivadamente "Aguanta la desgracia", "Hambrienta", "Desdichada" y "Sin cosechas".

ha leído usted a Nekrásov!", Fúntikov, un obrero alto y de buena planta, contestó que todos debían leer a Nekrásov y que no lo hacían únicamente por impedirlo los capitalistas. El tema de "los capitalistas y los obreros" era el predilecto de Fúntikov, y se las ingeniaba para encajarlo incluso cuando contaba el cuento *El pescador y el pez*, de Pushkin. A veces, este tema le ponía en situaciones violentas. Por ejemplo, cuando celebraron el décimo aniversario de la actividad social de Vargunin recitó una poesía de su propia cosecha, en la que figuraban estrofas como éstas: *Explota, explota si quieres, pero siempre recordando todas las tareas que tienes para con los proletarios*. Los patrocinadores del homenaje se indignaron, en tanto que a Vargunin se le saltaban las lágrimas de risa.

La escuela nocturna dominical inculcaba en los obreros el ateísmo. El grupo de profesores que hacía la propaganda del ateísmo lo dirigía L. Knipóvich; formaban parte de él P. Kudelli, N. Krúpskaya, A. Katánskaya, A. Yakúbova y Z. Nevzórova. La propaganda debía llevarse a cabo con gran tacto y habilidad, pues muchos obreros creían en Dios y eran completamente analfabetos. Sobre todo transcurrían muy animadas las clases de geografía, en las que era más fácil explicar a los obreros los problemas filosóficos, aprovechando ejemplos concretos de las ciencias naturales y de la astronomía. El conocimiento de las ciencias naturales influía revolucionariamente en la conciencia de los alumnos.

Todos los alumnos estaban obligados a asistir a la clase de religión. Sin embargo, del grupo de Krúpskaya no iba nadie. El pope armó un escándalo y se quejó a los jefes. Oficialmente podían disolver el grupo. Nadezhda Konstantínovna persuadió a sus discípulos de que debían asistir a ella. Empezaron a hacerlo por parejas, y en la clase discutían con el pope. Luego, riéndose, se decían unos a otros: "Es inaguantable. No se puede discutir, pero sólo cuenta tonterías. Hasta con Darwin se ha metido. ¿Acaso, dice, si se echa una gallina al agua le van a crecer membranas palmeadas?" Las teorías de Darwin se hicieron muy populares en la escuela gracias a las magníficas lecciones de ciencias naturales que daba B. Vítmér.

En abril de 1891 Nadezhda Konstantínovna participó por primera vez en una gran manifestación: el entierro de Nikolái Shelgunov, publicista y personalidad social que

gozaba de cierto prestigio entre los jóvenes. A su voz se prestaba oído con particular atención, como a la voz de un hombre que había pasado por muchas pruebas, manteniéndose inmutablemente fiel a las convicciones de su juventud. A aquel entierro asistieron las hermanas de Lenin: Anna Ilínichna y Olga Ilínichna.

El interminable cortejo desfiló en silencio por las calles de la capital. Junto a los estudiantes e intelectuales podían verse numerosos grupos de obreros. Poco antes de morir, el escritor recibió un mensaje de los obreros de San Petersburgo, en el que se decía: "Hemos comprendido que nosotros, los obreros rusos, al igual que los obreros de Europa Occidental, no debemos confiar en ninguna ayuda exterior, sino sólo en nosotros mismos, para mejorar nuestra situación y alcanzar la libertad".

Tras el ataúd, unos obreros llevaban una corona, en cuya cinta roja tornasolaban las palabras de la inscripción escrita por los propios obreros: "A N. Shelgunov, que señaló el camino de la libertad y la fraternidad".

Desfilando entre la muchedumbre con otros camaradas de su círculo, Nadezhda Konstantínovna percibía con todo su ser la fuerza que constituían los hombres inspirados en un mismo ideal y movidos por idéntico fervor. Y sentíase una partícula de un todo único inmenso y poderoso.

La Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera

A la par que trabajaba de maestra en la escuela del arrabal de Névkaya Zastava, Nadezhda Konstantínovna seguía participando en la actividad de los círculos marxistas. En casa de Brúsnev conoció de cerca a los mejores representantes de la clase obrera: N. Bogdánov, F. Afanásiev, V. Shelgunov y otros. El tejedor Fiódor Afanásiev era uno de los organizadores del círculo formado en el sector del Obvodni Kanal. Reuníanse en la pequeña habitación ocupada por Afanásiev en el cuarto piso de una casa para obreros. Una tos seca cortaba el discurso del tejedor cuando hablaba, y sus finos dedos nerviosos descubrían el hábito de largos años de trabajo con los hilos de algodón del telar. La vida de Afanásiev estaba enteramente consagrada a la obra de despertar la conciencia de la clase obrera, a la lucha por organizar a los trabajadores. A pesar de su poca salud era un hombre que poseía inagotables reservas de energía. Se hacía infinidad de planes, organizaba círculos y cajas de ayuda mutua, aprovechaba cada acontecimiento de la vida fabril y cada número de los periódicos para señalar a los obreros sus intereses y exhortarles a agruparse, a luchar por sus derechos. Fue uno de los organizadores más activos de la primera celebración clandestina del Primero de Mayo en Rusia (en 1891), que promovió el grupo de Brúsnev.

Unos doscientos obreros se reunieron en un barranco más allá del arrabal de Névkaya Zastava, en un paraje escondido e inhabitado. Al tocón que servía de tribuna subió primero el herrero Egor Afanásiev, que postuló la unión política para luchar por los ideales socialistas. Luego hablaron el obrero Bogdánov, de la fábrica de Lessner, y

otro obrero. Finalmente ocupó la "tribuna" Fiódor Afaná-siev. Habló con voz sorda, tosiendo a menudo, pero en sus palabras palpitaban la pasión y la ira: "Camaradas: Vemos que todos nuestros sufrimientos provienen del régimen económico existente, que ofrece ancho campo a la despiadada explotación. Hay que cambiarlo por el régimen socialista, mejor y más justo. Mas para convertir en realidad este régimen económico necesitamos adquirir los derechos políticos de que hoy carecemos...".

Estos cuatro discursos fueron impresos al año siguiente por G. Plejánov.

A Brúsnev se le encarceló en 1892, siendo condenado a seis años de prisión. La joven organización recibió un duro golpe, pero resultó ser lo bastante vigorosa para soportarlo. Miembros de ella se reunieron durante las Pascuas en casa de Stepán Rádchenko a fin de constituir un nuevo grupo. Eran personas que se conocían bien: Vasili Shelgunov, Gleb Krzhizhanovski, Semión Fúntikov, Guerman y Leonid Krasin, Vasili Starkov, Piotr Zaporózhets e Iván Rádchenko. Se presentaron juntas las maestras de la escuela dominical: Nadezhda Krúpskaya, las hermanas Sofía y Zinaída Nevzórova y Apollinaria Yakúbova. Stepán Rádchenko las recriminó que hubiesen ido juntas, faltando a las reglas conspirativas. "Basta, basta —se justificó Sofía Nevzórova—, ahora todos van en grupos por la calle, nadie se ha fijado en nosotras".

En el acogedor apartamento olía a vainilla y la luz de la araña caía sobre la mesa servida para celebrar la fiesta. No obstante, los rostros de los reunidos reflejaban seriedad.

Aquella tarde se comprobaron y precisaron una vez más las direcciones clandestinas y fue decidido quiénes dirigirían los círculos y dónde se reunirían. A las maestras y los alumnos de la escuela dominical se les encomendó la tarea de atraer a los círculos a los obreros más conscientes. Precisamente en 1893/94 empezaron a asistir a las clases hombres tan magníficos como Iván Bábushkin, los hermanos Bodrov, Gribakin y otros, futuros miembros de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera.

Iván Vasílievich Bábushkin fue incluido en el grupo de Lidia Mijáilovna Knipóvich, persona muy instruida y luchadora experta y probada. Observaba atentamente a los obreros y procuraba escoger a los más desarrollados y de espíritu combativo. La escuela se había hecho famosa entre

los trabajadores de San Petersburgo. Para oír las lecciones de "geografía" en el grupo de Krúpskaya asistían a él incluso obreros de la fábrica de Putílov.

Estaba formándose un tipo completamente nuevo de obrero. Era un obrero que sabía y no temía luchar por sus derechos. Al discutir con el administrador de la empresa o el contra maestre operaba sin dificultad con conceptos como "intensidad de trabajo", "explotación" y otros.

Entre los maestros y los alumnos se habían establecido unas relaciones de verdadera camaradería. "Los alumnos eran selectos —escribiría Nadezhda Konstantínovna— y hablábamos con ellos de muchas cosas. Luego; todos pasaron por la cárcel en distinto tiempo, todos se incorporaron al movimiento. Por las tardes cerrábamos con llave la puerta principal y sólo dejábamos abierta la de servicio; de este modo nos acorazábamos contra el inspector que pudiera llegar de súbito y contra visitantes indeseables.

De la vigilancia interior se cuidaban los propios alumnos. "Hoy no diga nada —me advertía cualquiera de ellos—, ha venido uno nuevo y todavía no lo conocemos bien, pero dicen que fue monje". No sólo me prevenían a mí. "Tenga cuidado con ese moreno —dijo a Lidia Knipóvich un obrero creyente, entrado en años—. Anda con la policía secreta".

"En fin, que llegábamos a enterarnos de todo lo que se hacía por aquellos lugares: qué partidos trabajaban entre las masas obreras, cuáles eran la actitud y la reacción de los obreros ante ellos, qué les complacía y qué no les gustaba de su actividad. Cuando empezaron a aparecer volantes, a través de la escuela —y sin preguntarlo siquiera— obteníamos la información más detallada sobre cómo se habían propagado y qué impresión causaban".

Las lecciones de Nadezhda Krúpskaya tenían gran aceptación. Uno de los obreros, V. Shelgunov, que después sería un destacado revolucionario, comentó su trabajo en la escuela: "Conocí a Nadezhda Konstantínovna —dijo— en las clases nocturnas para obreros, donde ella leía el curso de literatura rusa, eligiendo siempre, por cierto, a los autores que más hablaban de la situación de los obreros y los campesinos. Recuerdo bien sobre todo su conferencia sobre Nekrásov, en la que contó cómo los campesinos eran explotados por los terratenientes y oprimidos por el Gobierno zarista. En sus clases, Nadezhda Konstantínovna se

expresaba siempre en un lenguaje muy sencillo, y por eso los obreros se sentían a gusto oyendo sus lecciones. Muchas eran las maestras en las escuelas nocturnas, pero a las lecciones de Krúpskaya se asistía con particular agrado”.

Iniciábase el auge del movimiento obrero revolucionario, y por esto se hacía sentir vivamente la dispersión de algunos círculos, la falta de una organización coherente de los revolucionarios profesionales y la existencia de distintas tendencias ideológicas. Una de ellas era la que propagaba la concepción mecanicista sobre las fases del desarrollo social, que niega la dialéctica revolucionaria del marxismo. Luchar contra los partidarios del mecanicismo constituía una tarea muy difícil. A excepción del tomo primero de *El Capital*, nadie había leído las obras de Marx, y ni siquiera habían visto el *Manifiesto Comunista*, no traducido al ruso.

En los círculos se discutió animadamente el problema de los mercados. Esta cuestión estaba estrechamente ligada con el problema general de la interpretación del marxismo. De mano en mano corría un cuaderno “sobre los mercados”, en el que se exponían las opiniones del tecnólogo Guerman Krasin, marxista de San Petersburgo. Nadezhda Konstantínovna le conocía muy bien, formaban parte del mismo círculo. El cuaderno lo leyeron muchos.

Krúpskaya leyó también con gran atención las notas y objeciones escritas al margen con letra apretada y clara. Unos camaradas le explicaron que las objeciones eran de Uliánov, un marxista muy entendido, recientemente llegado a la capital desde la región del Volga. Nadezhda Konstantínovna sintió deseos de conocer de cerca a aquel forastero y saber cómo pensaba. A fines de febrero, durante las carnestolendas, en casa del ingeniero Robert Klasson se reunieron marxistas de San Petersburgo con el forastero. Fueron agasajados con hojuelas rusas, pues en aquellos días era un buen pretexto para congregarse en un hogar. Se invitó también a Nadezhda Krúpskaya y Zinaída Nevzórova.

Aquella tarde quedaría grabada para siempre en la memoria de Nadezhda Konstantínovna. Hacía mucho frío, un viento glacial soplaba desde el Neva y el sol parecía un brillante globo carmesí que iba descendiendo lentamente tras el horizonte. Después de las clases, Krúpskaya se apresuró, porque debía pasar primero por su casa para advertir a la

madre que llegaría muy tarde: la familia Klasson vivía lejos, en el suburbio de Ojta.

Enrojecida, saliéndosele el esponjoso cabello por debajo del gorro, entró en el piso de Klasson. Fue acogida con alegres exclamaciones. Ya habían llegado casi todos.

En el primer momento a todos les pareció que Vladímir Uliánov tenía más edad: posteriormente se le daría en el partido el sobrenombre de “El viejo”. En casa de Klasson se mostró un tanto cohibido, violento, oyendo a los demás y callando la mayor parte del tiempo. Nadezhda Konstantínovna también participó poco en la discusión, pero estuvo con los oídos abiertos a cada palabra. Uliánov había acudido allí para ponerse de acuerdo con los marxistas petersburgueses, pero no logró entenderse con ellos. Muchos de los presentes vacilaban, temían la lucha abierta. En réplica a alguien que propuso participar en los comités de alfabetización resonó, fustigante y seca, la risa del forastero. En el súbito silencio que se hizo tras ella oyóse una respuesta intransigente: “Bueno, quienes deseen salvar a la patria en los comités de alfabetización que lo hagan si quieren, nosotros no les estorbamos”.

Todos se sintieron incómodos. Nadezhda Konstantínovna comprendió en seguida que aquel hombre no vacilaría, que veía claramente el objetivo y las vías de la lucha y que se había trazado un programa de acción que cumpliría sin escatimar fuerzas. Por primera vez la revolución le pareció próxima y posible. No, no serían los hijos y los nietos, sino ellos, los que entonces estaban sentados en aquella habitación, quienes realizarían la revolución. Era de presumir que estos mismos sentimientos se albergaban en muchos de los presentes.

En aquella reunión no se llegó a ningún acuerdo. Regresaron tarde. Los camaradas cambiaban impresiones, hablando sobre todo de Uliánov, y Nadezhda Konstantínovna se enteró de que pertenecía a una familia magnífica y de la trágica muerte de Alexandr, su hermano mayor. Lamentó con ternura puramente femenina no haber tenido oportunidad de decirle algunas palabras cálidas, confortadoras. Se explicó al instante su intransigencia y aparente rigor. Al llegar a casa contó este encuentro a su madre —Nadia no tenía ningún secreto para ella, la consideraba su mejor amiga—; en Nadia se había revelado una imagen nueva de

Uliánov. Recordó que durante la reunión sus miradas se cruzaron inesperadamente varias veces.

El verano transcurrió veloz. En otoño, también en casa de Klasson, se congregaron los marxistas más granados de San Petersburgo. Uliánov leyó su última obra: *Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas*. Se le escuchó con atención concentrada. Hasta aquellos que aún no habían abandonado completamente el populismo comprendieron que la nueva obra de Vladímir Ilich hacía el balance de toda una etapa del movimiento revolucionario ruso. Uliánov demostraba admirablemente que a fines del siglo XIX el populismo, movimiento revolucionario hasta entonces, había degenerado en un movimiento liberal. A la vez de expresar lo mucho que apreciaba la experiencia de los populistas de los años 70, a los que tenía en alta estima por su abnegación, heroísmo y entereza revolucionaria, Vladímir Ilich hizo ver que los populistas liberales se habían convertido en los ideólogos de la pequeña burguesía. Combatió asimismo la teoría de los populistas sobre los héroes que hacen la historia, mostrando que el verdadero creador de la historia es el pueblo.

Con grandes dificultades se imprimió clandestinamente el libro en hectógrafo, y los "cuaderno amarillos" circularon de mano en mano. Esta admirable obra teórica fue difundida sin la firma de su autor.

Muy pronto, Nadezhda Konstantínovna se enteró de que sus mejores alumnos asistían al círculo de Vladímir Ilich. Un día, cuando después de las clases se disponía a marchar a casa, vio en el pasillo de la escuela a Bábushkin, que le cogió el atado de libros que ella llevaba. "Le ayudaré a llevarlos hasta el tranvía de caballos". Recorrieron despacio los dos kilómetros de camino. Bábushkin le habló del dirigente del círculo. "¡Oh, qué inteligente es nuestro conferenciante! Todo lo explica de modo muy comprensible y siempre procura suscitar la discusión. Así, no sólo aprendes conocimientos, sino también a pronunciar discursos". "Bueno, y sin eso usted no los pronuncia mal", rióse Nadezhda Konstantínovna.

Días después, al acudir a la Biblioteca Pública para preparar una lección sobre Negrásov, vio sentada junto a una mesa la conocida figura de Uliánov.

Aquella tarde, después de salir de la biblioteca, hablaron

de muchas cosas. Atraído por los relatos de Krúpskaya sobre sus alumnos, Vladímir Ilich sintió deseos de asistir a las clases de la escuela de Smolénskaya. Según recuerdos de contemporáneos, Lenin estuvo en la clase que daba Praskovia Kudelli.

A la maestra le causó gran impresión el rostro del desconocido, muy vivo, frente grande y ojos inteligentes y atentos. Por él se podía juzgar al instante qué le había parecido la lección. Oía con interés, asentía, sorprendiase o, de pronto, adquiría una expresión de tedio.

Una tarde de abril de 1895, Vladímir Ilich celebró una reunión con un grupo de maestras de la escuela dominical. Hablaron de las formas y los métodos de la propaganda revolucionaria. Lenin escuchó atentamente los relatos sobre los obreros. Nada era insignificante para él. Por ejemplo, se mostró interesado por lo que dijo Anna Chechúrina acerca de las composiciones de los obreros sobre el tema *Mi vida*. Eran auténticos documentos humanos, cada uno de los cuales presentaba palpitantes estampas de la vida de los campesinos y los obreros. Más tarde pediría que se le facilitasen estas composiciones.

Aquella tarde convinieron cómo procederían en adelante: no reunirse colectivamente para tomar el té o celebrar charlas entre intelectuales. Sólo tendrían reuniones en casos extremos, poniendo gran atención en no llevar "rabos" tras de sí. En aquel tiempo la vigilancia era enorme; muchos porteros estaban al servicio de la policía secreta.

Vladímir Ilich no tardó en convencerse del fino sentido de observación de Nadezhda Konstantínovna, su virtud de reparar en los detalles característicos de la vida, la conducta y el estado de ánimo de los obreros. Una vez pidió a Krúpskaya que, acompañada de alguna de las maestras, fuera a la vivienda colectiva de los obreros a fin de recoger datos para imprimir octavillas. Para los intelectuales era peligroso aparecer en las barriadas obreras; inmediatamente despertarían el recelo de la policía secreta. Por eso, Nadezhda Konstantínovna y Apollinaria Yakúbova se vistieron con ropa de obreras.

En el grande y sombrío edificio de la vivienda colectiva casi se asfixiaban las dos maestras. Aire viciado, sofocante. Ventanas sucias, cubiertas de telarañas. Camastros dobles superpuestos, en los dormitorios. De la cocina se expandía el

olor de las sopas de col recalentada. Las obreras, cansadas, sin fuerzas, estaban tendidas sobre los camastros de tablas; allí mismo lavaban la ropa. La situación era más terrible en los dormitorios para familias. Cada una de ellas estaba separada de las otras únicamente por cortinas de percal. Pestilencia, olor a pañales sucios, incesante rumor de voces. ¿De qué descanso, de qué autoperfeccionamiento podía pensarse allí? Nadezhda Konstantínovna y Apollinaria Alexándrovna iban pasando de una habitación a otra, fingiendo buscar a una conocida. En la cocina común, una cocinera enrojecida y cansada estaba sentada junto a un enorme horno ruso, sobre el que había numerosos potes de hierro fundido. Cada familia le pagaba dos rublos para que cuidara de los guisos. “¿Pero si estos pucheros están casi fríos?”, expresó Krúpskaya. “¿Y a ti qué te importa? —alzó el gallo la cocinera—. Dónde los voy a poner: ¿en la cabeza? No te apures, por un rublo bien pueden sorberlos así”.

Por la tarde, el humilde apartamento que ocupaban las Krúpskaya en Staro-Neviski lo visitó Vladímir Ilich. Nadezhda Konstantínovna le presentó a su madre. Luego le contó en detalle la visita a la vivienda colectiva. “¡No se puede imaginar usted lo importante que es esto —exclamó Vladímir Ilich—. Para que nuestra propaganda llegue al corazón del obrero debemos conocer a fondo su vida”. Todos los datos reunidos por Krúpskaya y los miembros del círculo de Uliánov sirvieron de base para los volantes que él mismo escribiría.

Elizaveta Vasílievna se ganó en seguida la simpatía del visitante. Y por primera vez en muchos años Vladímir Ilich habló largamente de su familia, de Alexandr, su amado hermano, y de cómo hacía muy poco había asistido allí, en San Petersburgo, al entierro de su hermana menor, Olga, que apenas había cumplido 19 años. Con admiración, Vladímir Ilich la describió como una joven de gran talento y extraordinaria laboriosidad, que se preparaba para ingresar en la Universidad de Estocolmo.

Lenin comenzó a visitar este apartamento casi cada domingo, tanto más cuando él mismo vivía no lejos de él, en una travesía próxima a la estación de Moscú. “Yo vivía entonces en Staro-Neviski —recordaría Krúpskaya—, en una casa con patio abierto, y Vladímir Ilich cada domingo, al volver de la reunión de estudio en el círculo, de ordinario

venía a verme, y en casa entablábamos interminables conversaciones. Entonces yo estaba enamorada de la escuela, y se me podía dejar sin comer con tal de permitirme hablar de ella, de los alumnos, de la fábrica de Semiannikov, las de Thornton y Maxwell y otras fábricas ubicadas en la zona de la carretera del Neva. A Vladímir Ilich le interesaba cada cosa más pequeña que diera idea de las condiciones y el modo de vida de los obreros; uniendo los rasgos sueltos procuraba abarcar la vida del obrero en conjunto, encontrar lo que podía ser utilizado para acercarse al obrero con propaganda revolucionaria”.

Mas una vez Vladímir Ilich desapareció, precisamente cuando estaba preparado su viaje al extranjero. No fue a la biblioteca ni acudió a la entrevista con Starkov y Vanéiev. Gleb Krzhizhanovski fue una tarde a la escuela. Llamó aparte a Nadezhda Konstantínovna y Zinaída Nevzórova y les dijo: “El viejo” ha caído enfermo y empieza a tener pulmonía. Debemos organizar que se le atienda, pues en su cuartito está solo, en cama”. Al día siguiente, las dos maestras, llevando una cesta con alimentos, se dirigieron a la conocida travesía próxima a la estación de Moscú.

A Vladímir Ilich le alegró su visita. Zinaída, buena ama de casa, entró inmediatamente en faena, poniéndose a guisar. Nadia se sentó junto al lecho, dándole a conocer las novedades y hablándole del trabajo y de los camaradas. Durante unos días el estado del enfermo fue grave. Nadezhda Konstantínovna, las hermanas Nevzórova y Yakúbova acudían diariamente a cuidar de él. Luego, al mejorar Vladímir Ilich, resultó como algo natural que sólo fuera Nadezhda Konstantínovna la que le visitara. Le leía los periódicos y traducían juntos artículos alemanes.

Un día, al entrar en el apartamento de Uliánov, Krúpskaya oyó una voz femenina desconocida. Detúvose indecisa, y se turbó mucho cuando la dueña del piso le anunció: “Ha venido a verle su madre”. Junto a la cama de Vladímir Ilich estaba sentada una mujer de edad, de agradable aspecto, que llevaba prendido a su cabello completamente cano un adorno de encaje negro. Apenas conocerse, entre María Alexándrovna y Nadezhda Konstantínovna nació la simpatía recíproca que se tendrían en el transcurso de largos años.

Una vez repuesto de su enfermedad, Vladímir Ilich se

dispuso a marchar a Ginebra para entrevistarse con Plejánov. Insistió en que durante su ausencia debía servir de enlace una persona "limpia" por entero de sospechas policíacas. Se discutió detenidamente sobre el candidato más apropiado, viéndose que sólo Krúpskaya no había estado sometida nunca a vigilancia. "No has tenido "contacto" con la policía —se sonrió Silvin—. Bueno, pues, encárgate del asunto, Nadezhda Konstantínovna".

Aquella reunión de activistas de la futura Unión de Lucha tuvo lugar en Tsárskoe Seló, en la modesta vivienda de Silvin, que daba lecciones en casa del conocido escritor Garin-Mijailovski. Eran seis personas, que habían acudido a la cita yendo en distintos vagones del tren, como si no se conociesen.

Vladímir Ilich dio los últimos consejos y enseñó a Nadezhda Konstantínovna a cifrar las cartas y los documentos.

El viaje de Vladímir Ilich al extranjero tuvo gran importancia, pues de este modo los socialdemócratas de Rusia establecieron un contacto más estrecho con el grupo Emancipación del Trabajo.

Vladímir Ilich regresó a comienzos de septiembre. Le esperaban no sólo los camaradas. La policía ya no le quitaba los ojos de encima. Al día siguiente de la llegada de Vladímir Ilich, a Nadezhda Konstantínovna fue a verla su prima Elena. Charlaron de las novedades de San Petersburgo. "Sabes, Nádeñka, hoy ha pasado una cosa interesante durante mi guardia de noche —le contó Elena, que era empleada del Registro de domicilios—. Yo estaba leyendo una novela. De pronto, a las dos de la madrugada, entró un señor, me enseñó la placa de policía y me pidió el fichero de la letra U. Empezó a ufanarse: "Al fin dimos con la pista de Uliánov, importante delincuente de Estado. A su hermano le ahorcaron. Ha venido del extranjero, y ahora no se nos escapa"". A Nadezhda Konstantínovna, aunque estaba preparada para todo, se le heló el corazón. A malas penas pudo esperar hasta que se marchara su prima. Vistióse rápida y salió de casa, con una sola idea en la cabeza: "¡Que me dé tiempo a prevenirle!" "No hay que inquietarse —le dijo Vladímir Ilich—. Esto era de esperar, pero hasta ahora no tienen pruebas. Procuraremos no darles motivo para que me detengan".

El trabajo avanzaba a pasos de siete leguas. A iniciativa de Uliánov, todos los círculos marxistas de San Petersburgo se integraron en una organización socialdemócrata única, que en el mes de diciembre adoptó el nombre de Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera. Su núcleo directivo lo formaron N. K. Krúpskaya, G. M. Krzhizhanovski, Y. O. Mártoy, A. N. Potrétsov, S. I. Rádchenko, V. V. Starkov, A. A. Vanéiev y P. K. Zaporózhets. Dirigía el grupo V. I. Uliánov.

Una de las primeras huelgas organizadas por la Unión fue la de 500 tejedores de la fábrica de Thornton, que estalló en noviembre de 1895.

La Unión difundió dos octavillas dirigidas a los huelguistas: *¿Qué exigen los tejedores?* y *A los obreros y obreras de la fábrica de Thornton*, esta última escrita por Uliánov.

En la distribución de volantes participaban obreros, miembros de la Unión e intelectuales. Por ejemplo, una proclama dirigida a los obreros de la fábrica de Semiannikov, escrita a mano con letras mayúsculas, la difundió Bábushkin. En la tarde de aquel día le contó a Krúpskaya: "No me salió muy bien. Dos octavillas las lancé con poca fortuna y las recogieron los vigilantes, pero las otras dos cayeron en buenas manos; las leían y se las daban a los camaradas".

La Unión tomó el acuerdo de publicar su órgano de prensa: *Rabócheie Delo* ("La Causa Obrera").

El primer número lo prepararon muy cuidadosamente. Vladímir Ilich escribió los artículos principales y redactó todos los materiales restantes, hasta la última línea. Escribieron artículos Zaporózhets, Królikov, obreros de la fábrica de Thornton y muchos otros camaradas. El 8 de diciembre se reunieron en casa de Nadezhda Konstantínovna para leer el ejemplar preparado.

Rabócheie Delo fue escrito a mano en dos ejemplares. Con qué júbilo les brillaban los ojos a los presentes; cada uno quería leer él mismo una y otra vez los artículos y comprobar la impresión que producía todo lo escrito. Un ejemplar se lo llevó Vanéiev. El otro quedó en poder de Nadezhda Konstantínovna.

Aquella tarde se celebró un gran baile estudiantil en la Asamblea de la Nobleza. Decidieron aprovecharlo para entrevistarse con los dirigentes de los círculos estudiantiles. "Y de paso, nos divertiremos un poco —bromeó Mijaíl Silvin—. Quiérase o no, la juventud se va". Nadezhda

Konstantínovna no se sentía bien y no pudo ir. Vladímir Ilich le prometió que la esperaría al día siguiente en la sala de lectura de la biblioteca.

Por la mañana Uliánov no fue a la sala de lectura. Krúpskaya, sin sospechar nada todavía, se dirigió a ver a Vanéiev para recoger una revista. Al acercarse a su casa observó que había un hombre en la entrada de paso al patio, pero ya era tarde para retroceder y llamó a la puerta del piso. Abrió el ama, que, sin contestar siquiera a su saludo, le espetó: "Se marchó ayer, por la tarde", y cerró de un portazo. Sintiendo en la espalda que era seguida, Krúpskaya fue andando lentamente, sin apresurarse. Pensó que podía visitar a Chebotariov, pues trabajaba con ella en la Dirección General de Ferrocarriles, y quizá la policía no supiese que él también conocía a Uliánov. Pero aquella mañana Vladímir Ilich no había pasado por su domicilio. Era evidente que le habían detenido. Nadezhda Konstantínovna regresó a casa y, procurando no descubrir ante su madre la pena y la inquietud que le embargaba, comió tranquilamente. Luego, llevando el ejemplar de *Rabócheie Delo* y otros documentos, fue a visitar a Nina Guerd, su amiga del liceo. La casa del director del liceo era un refugio seguro, pues Nina, aunque no pertenecía a la Unión, compartía las opiniones de Krúpskaya.

Por la tarde se reunieron en casa de las hermanas Nevzórova. Se pudo determinar que había sido encarcelada toda la Directiva de la Unión. "Hay que proseguir el trabajo —dijo resueltamente Krúpskaya—. Que la policía comprenda que somos muchos, que los detenidos no están solos y que no se les puede atribuir únicamente a ellos todas las acciones contra el Gobierno".

Nadezhda Konstantínovna no durmió en toda la noche. Nunca lloraba en los momentos difíciles, trágicos. Supo dominarse. Era necesario trabajar, nada más que trabajar.

En la escuela, antes de empezar las clases, Bábushkin se acercó a ella. Con disimulo, la llamó aparte, debajo de la escalera. Le entregó un volante escrito por los obreros con motivo de la detención del grupo de camaradas y, susurrando, le dijo: "Nadezhda Konstantínovna, es urgente hacer copias del volante y difundirlas inmediatamente". Después de las clases, tarde ya, Krúpskaya se dirigió al piso de Stepán Rádchenko. Allí se había reunido un grupo. El volante fue

leído en voz alta. Empezaron a discutir, y Liajovski se excitó mucho. "Cómo se va a imprimir esta proclama si toda ella trata de un tema puramente político". La mayoría decidió imprimir el volante, ya que expresaba el estado de ánimo de los obreros y su voluntad.

Aunque todo el núcleo principal del grupo estaba encarcelado, el trabajo no cesó. Con los presos se estableció rápidamente el contacto más estrecho. La correspondencia era cifrada, utilizándose libros. La cifra se hacía con leche entre líneas. Todo se desenvolvía muy bien, sin ningún fracaso.

En la cárcel, Vladímir Ilich era el eje de las relaciones con los que estaban en libertad. Los paquetes los recibía a través de Anna Ilínichna y María Alexándrovna. Pedía muchos libros y material informativo. Allí continuaba escribiendo su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Nadezhda Konstantínovna también le enviaba libros por medio de Anna Ilínichna. Casi siempre, en ellos iban mensajes cifrados sobre asuntos de trabajo. Mas a veces ponía en los libros alguna carta suya, sentía gran preocupación por Vladímir Ilich, le quería mucho y deseaba aliviar con cálidas palabras su reclusión en la cárcel.

En las cartas a los camaradas, Uliánov casi siempre preguntaba cómo le iban las cosas a "Minoga", o si no le había pasado nada a "Ryba".*

Al fin, en una de sus cartas pidió a Nadezhda Konstantínovna que, a la hora que señalaba, fuese a la acera que había frente a las ventanas de la prisión y se parara en ella. Vladímir Ilich observó que cuando sacaban a pasear al patio a los reclusos, desde la ventana de la escalera se veía bien la acera del lado opuesto de la calle Shpalérnaya.

Krúpskaya fue varios días seguidos a la cárcel, deteniéndose en la acera de enfrente. Los transeúntes volvíanse a mirar, extrañados, a aquella muchacha sola parada delante del edificio de la cárcel. Nadezhda Konstantínovna, sin prestar la menor atención a nadie, tenía prendida la mirada en las ventanas de la prisión. Tras ellas pasaban rápidamente algunos rostros, pero a Vladímir Ilich no le vio ni una sola vez. Resultó que, como a propósito, en aquellos días no se

* "Minoga" ("Lamprea") y "Ryba" ("Pez") eran los sobrenombres de Krúpskaya en la Unión de Lucha.

sacó a los presos a pasear al patio porque habían cometido algunas infracciones.

En mayo de 1896, cumpliendo una misión de la Unión de Lucha, Nadezhda Konstantínovna marchó al sur: a Kíev y Poltava. Preparábase la convocación del I Congreso del POSDR.

En Kíev debía verse con Vera Krzhizhanóvskaya y Tuchapski a fin de convenir con ellos los preparativos para la publicación de un periódico clandestino. Al principio, Nadezhda Konstantínovna fue a Poltava, pues allí vivía una tía suya, por lo que su aparición en la ciudad les sería fácil atribuirle al deseo de visitar a los parientes. En Poltava se entrevistó con un numeroso grupo de socialdemócratas: Tuchapski, Rumiántsev, Lurié, Sámmér y otros. Celebró una serie de reuniones y se puso de acuerdo con ellos sobre todas las tareas. Inesperadamente, recibió una carta de Yakúbova, en la que le comunicaba que la huelga de los tejedores estaba próxima a estallar y prometía ser muy activa. Pedía a Krúpskaya que regresara a San Petersburgo.

En cuanto llegó a la capital y se cambió la ropa de viaje, Nadezhda Konstantínovna fue al "cuartel general", a ver a Stepán Rádchenko, encontrándose con una escena insólita. Lengnik, el representante de la provincia de Chernígov, estaba sentado en la peana de una ventana; Tajtariov, junto a la mesa, y varias personas más, miembros de la Unión en San Petersburgo, iban y venían por las habitaciones, hablando en voz alta. Rádchenko, que de ordinario exigía escrupulosamente que se cumplieran las reglas de la conspiración (no acercarse a las ventanas, no hacer ruido, no ir en grupos), en aquellos momentos no fijaba la atención en nada de esto. La huelga de los obreros textiles había unido a todos los grupos socialdemócratas. Discutían cómo y dónde imprimir proclamas y de qué modo deberían difundirlas.

—¡Al fin! ¡Al fin! —exclamó Rádchenko—. Pero hay malas noticias para nosotros: en Lajti ha sido destrizada la imprenta. Lidia Mijáilovna, su hermano y Zinaída Nevzórova fueron detenidos. Allí la policía encontró también once direcciones a las que se enviaban las publicaciones impresas". Nadezhda Krúpskaya decidió en el acto: "Me voy a Valdaika, a ver a los Knipóvich, hay que salvar a la familia y hacer lo que se pueda". Rádchenko y todos los presentes se opusieron: ir a ver a los Knipóvich equivalía a naufragar, allí

habría confidentes a montones. "No puedo dejarles abandonados en la desgracia, haré la prueba, mi aspecto ahora es el más veraniego: me he tostado en el sur".

Al bajar del tren, Krúpskaya notó en seguida una "animación" infrecuente en el andén. Junto a la taquilla estaba de pie un señor de edad y clavaba la vista en todos. En el banco descansaba un joven de "corte policial", que hojeaba melancólicamente un periódico, y por el andén paseaban dos gendarmes. En actitud imperturbable, Krúpskaya salió del andén y, sin premura, se encaminó hacia el chalet de los Knipóvich. La recibió llorosa la esposa de Nikolái Mijáilovich. "De hora en hora espero el registro, y los vecinos han traído toda una cesta de literatura clandestina, sin que se les haya ocurrido quemarla". "Llegué a tiempo", respiró con alivio Nadia, y le pidió que dejara libre a la sirvienta para ir a la fiesta en el pueblo vecino.

Rápidas y hábiles, Krúpskaya y Anna Jristofórova, joven alumna de los cursos de enfermeras, encendieron el horno y prepararon la masa, como si se dispusieran a cocer bollos. Arrastraron la cesta, en la que habían metido un cajón con tipos de imprenta, un manuscrito de Vladímir Ilich y muchísimos folletos nuevecitos. Daba lástima quemar unas publicaciones en las que se había puesto tanto trabajo. Deberían quemar también el manuscrito de Vladímir Ilich, pero a Nadezhda Konstantínovna le faltó ánimo para hacerlo. Imaginóse que aquellas líneas estaban vivas, que de cada una emanaba el pensamiento de Uliánov, su emoción. Decidieron esconder los tipos de imprenta y el manuscrito. Era preciso que enterraran todo, pero ¿cómo sacarlo de la casa? Comenzó a gotear. Krúpskaya se alegró: "Pronto, pronto, Anechka, ponte la capa". Las largas capas de hule ocultaron completamente sus figuras. Jristofórova disimuló una pala bajo la capa, y Nadezhda Konstantínovna llevó el pesado cajón con los tipos y el manuscrito de Uliánov. Charlando despreocupadamente, salieron del jardín del chalet: el bosque estaba al lado contrario de la vía férrea y hubieron de cruzarla. El polizonte que leía el periódico avanzó unos pasos hacia ellas. "¿Cómo se les ocurre a las señoritas pasear cuando llovisna?" Anna sonrió, coqueteando: "Al señalar la cita no sabíamos que iba a llover". El polizonte, indeciso, se paró y, no viendo nada sospechoso, volvió al andén cubierto. Entre tanto, las "señoritas" se

internaron en el bosque y enterraron felizmente su peligrosa carga.

Al día siguiente, Krúpskaya se presentó en el departamento de policía para que le autorizaran a visitar a Lidia Mijáilovna. Dijo que la presa era prima segunda suya. Tuvo que esperar la respuesta una semana. Los gendarmes comprobaron si las relaciones entre ellas no eran sólo familiares. No encontraron nada, contra la hija del asesor civil Krupsky no figuraba nada... hasta entonces. Fue autorizada la visita. Al ver a Lidia Mijáilovna, Krúpskaya se horrorizó y comprendió que a la policía no le podía alarmar lo más mínimo su entrevista. Knipóvich estaba enferma, padecía una grave depresión nerviosa. Con dificultad reconoció a Nadia y sollozó. Krúpskaya la visitó una vez a la semana, llevándole comestibles y libros.

La policía no dejaba de vigilar a las personas "sospechosas" que habían quedado en libertad. Aparecían con regularidad proclamas, folletos y llamamientos a los obreros. Amplióse la ola de paros y huelgas. En uno de los partes al gobernador de San Petersburgo, S. Zvolianski, se decía que los miembros de la Unión de Lucha preparaban un nuevo llamamiento y se enumeraba a los que todavía no habían rendido las armas: Silvin, las hermanas Nevzórova y el matrimonio Rádchenko. "...Estos son los informes que posee el departamento del que soy responsable sobre los individuos que en el último tiempo han participado en la criminal propaganda entre los obreros. Según los informes de los agentes, a ellos hay que añadir a Apollinaria Yakúbova, hija de un cura, laboratorista de los Cursos Superiores Femeninos; Nadezhda Krúpskaya, hija de un asesor civil; Elizaveta Fiódorova, de la clase media de Shádrinsk..."

Así fue como apareció por primera vez en un expediente policiaco el nombre de Nadezhda Konstantínovna. La policía no había fijado especial atención en ella y todavía no recelaba en Krúpskaya ningún peligro. Por eso, en la lista de las personas señaladas para ser detenidas en la noche del 11 al 12 de agosto, a Nadezhda Krúpskaya se la incluyó "por si acaso", para comprobar.

El 11 de agosto, Krúpskaya, a la hora de cenar, volvió a casa desde la biblioteca, en la que se había visto con los camaradas. Como de costumbre, contó a Elizaveta Vasílievna todo lo ocurrido durante el día. Ya se disponían a acostarse,

cuando llamaron a la puerta. Nadia comprendió en seguida que venían a detenerla. Tranquilamente dijo: "Abre, mamá, no encontrarán nada".

El registro duró unas horas, volvieron todo patas arriba y sacudieron cada libro. Madre e hija, sentadas, abrazándose, observaron tranquilamente lo que sucedía. En efecto, los gendarmes no encontraron nada. No obstante, se llevaron a Nadezhda Konstantínovna.

Las sombrías paredes del edificio de la prisión preventiva con ventanas enrejadas cobraban un aspecto más siniestro aún entre la luz crepuscular de la noche de agosto petersburguesa. Rechinamiento de las llaves de la prisión, inacabables pasillos. En uno de ellos, una puerta abierta. Un gendarme, en silencio, dejó pasar delante a Krúpskaya y, sin decir palabra, cerró fuertemente la puerta.

Aquella noche Nadezhda Konstantínovna no se acostó. Andaba de un rincón a otro de la celda, abismada en reflexiones. Pensaba que allí mismo, muy cerca de ella, estaban en algún sitio Volodia* y los amigos. No sabían nada aún del nuevo fracaso. ¿Por qué se había producido? ¿Dónde incurrieron en error? Eslabón tras eslabón fue examinando Krúpskaya la cadena de los enlaces clandestinos; ante ella desfilaron los rostros de camaradas y obreros. No, entre ellos no se podía encontrar a un traidor, no había personas extrañas...

Iban pasando los días sin que le tomaran declaración. Los gendarmes se preparaban, procurando obtener informaciones suplementarias. Nadezhda Konstantínovna fue acostumbrándose al régimen carcelario, no se dejó abatir. Pidió a su madre que le llevara libros.

El correo de la prisión —transmisión de noticias por medio de golpes— le dio a conocer que, además de ella, allí estaban encerradas 32 personas: Zinaída Nevzórova, Apollinaria Yakúbova, Mijaíl Silvin y algunos obreros alumnos de Krúpskaya, entre otros camaradas. Decidieron negar todo en los interrogatorios.

A los gendarmes les fue difícil interrogar a Krúpskaya, ya que las confidencias de los agentes sobre ella eran pobres en extremo. Nadezhda Konstantínovna se mantuvo firme, negando absolutamente todo. El interrogatorio duró varias

* *Volodia*: diminutivo ruso de Vladímir.

horas. Sin embargo, el acta de él no llenó más de un folio: "Acta. 1896, 2 de septiembre, en la ciudad de San Petersburgo, yo, el teniente coronel Filátov, del Cuerpo Especial de la gendarmería, en conformidad con el artículo 1.035 del Código de Procedimiento Criminal y en presencia de V.I. Nosóvich, fiscal suplente del Tribunal Distrital de San Petersburgo, interrogué a la acusada, que declaró:

"Me llamo Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya. No me reconozco culpable de pertenecer a ninguna asociación delictiva, en particular a la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera. Hace casi cinco años que soy maestra de la escuela dominical sita en la carretera de Schlisselburgo, pero no he tenido conocidos personales entre los obreros y no han estado en mi casa. No conozco a Konstantín Konstantínovich Bauer y nunca estuvo en mi domicilio, en la calle Veréiskaya". A continuación, Krúpskaya explicaba que sólo le vio una vez para entregarle unos libros de parte de Kalmykova. Y luego: "No conozco a Izótova-Vinográdova, antigua oyente de los Cursos Superiores Femeninos y nunca estuve en la casa número 39 de la calle Podólskaya. Al estudiante Mijaíl Silvin no le conozco, y nunca estuvo en mi casa".

En el interrogatorio siguiente se le pidió que explicase por qué había ido a Poltava. Con gran naturalidad, Krúpskaya contestó que fue allí con su madre para visitar a la hermana de Elizaveta Vasílievna. Y de regreso se llegó a Valdaika para ver a su prima segunda Knipóvich, simplemente quería visitarla. Y así, día tras día. Negó todo.

Los camaradas mostraron igual firmeza. Silvin trenzó una sarta de embustes y no mencionó ni un solo nombre. Los obreros fingieron ser unos inocentones semianalfabetos. El 10 de septiembre, los gendarmes, no habiendo encontrado razones de peso para acusarla, pusieron en libertad a Nadezhda Konstantínovna bajo vigilancia especial de la policía.

De nuevo se entregó al trabajo, esforzándose por restablecer los enlaces y organizar a los que se hallaban en libertad. Recogió dinero para los huelguistas de la fábrica de Zótov en Kostromá y envió allí, junto con la cantidad reunida (105 rublos), la proclama *A los obreros de la hilandería de algodón de Zótov*.

Mijaíl Silvin, que era uno de los miembros más antiguos

de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, escribió sobre la actividad de Krúpskaya en San Petersburgo: "... no era una propagandista en el estricto sentido de la palabra, pero realizaba un trabajo responsable y muy importante para nosotros. Aprovechaba su situación en la escuela nocturna del arrabal de Névskaia Zastava para atraer a nuevos obreros a nuestros círculos; a ella afluían todas las informaciones muy valiosas o urgentes para nosotros que daban los obreros participantes en los círculos. Todos los obreros más destacados la conocían personalmente y mostraban hacia ella profundo respeto y plena confianza. Mantenía y restablecía los enlaces rotos, era, en realidad, el eje principal de toda nuestra organización..."

Cargadas nubes se cernían sobre todos los que aún estaban en libertad. Uno de los obreros, incapaz de resistir los interrogatorios con torturas, cantó de plano. El 28 de octubre, Nadezhda Krúpskaya fue detenida otra vez. Volvió a negar todo. Sin embargo, la declaración de Bugorkov, uno de los alumnos de la escuela del arrabal de Névskaia Zastava, reveló la misión especial que desempeñaba Krúpskaya en la organización de los socialdemócratas de San Petersburgo. En una de las actas del interrogatorio de Bugorkov se decía: "...El 5 de mayo del año en curso me examiné en la escuela dominical de la que es maestra Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya, y, cuando al terminar el examen, salí del aula, me paró Vlas Scheglov, que estaba en el vestíbulo, y me pidió que dijera a Krúpskaya que nombrase a un intelectual para dirigir el círculo de la casa número 25 de una calle cuyo nombre ya no recuerdo. Inmediatamente volví a la escuela y, después de encontrar a Krúpskaya, le di el encargo de Scheglov, a lo que me contestó: "Bien, ya lo sé: dígame a Scheglov que enviaré al intelectual y que se dará a conocer por "Forja el hierro"".

La prueba más dura fue el careo. Nadezhda Konstantínovna miró a Bugorkov, macilento, con los ojos escondidos, y sólo sintió lástima de él. Saltaba a la vista que los gendarmes le habían escarmentado con rigor. Ante ella aparecía un hombre espiritualmente destrozado. Krúpskaya dijo: "Le conozco. Es alumno mío en la escuela. No puedo agregar nada más". El instructor miró atentamente a la detenida. Nada tembló en su rostro; sólo un leve sonroseo encendió sus mejillas y le brillaron más vivamente los

ojos. El instructor no se pudo contener e ironizó: "Se ve que en usted, señorita Krúpskaya, bajo el frío exterior se oculta, como en las mujeres de Negrásov, una fulgente llama. Por desgracia, su energía le ha empujado hacia un camino indigno". Nadezhda Konstantínovna le miró cara a cara. El instructor cortó la frase y dijo secamente: "Así pues, sigamos".

La celda individual oprime. No es posible acostumbrarse al sonido de las llaves y al andar por el pasillo. Krúpskaya se esforzaba por guardar un régimen de vida severísimo: se levantaba, hacía gimnasia y leía... Pero observaba que, estando sentada, quedaba, cada vez con más frecuencia, con la vista puesta en un punto fijo. No podía comer el rancho carcelario, le dolía el estómago. Apareció apatía en ella. Aun queriéndolo, no podía ocultar su estado a la madre. Durante las visitas se mostraba animosa, pero Elizaveta Vasílievna percibía cuán duro era para Nadia simular aquella animosidad.

Elizaveta Vasílievna escribía una solicitud tras otra al departamento de policía. Los funcionarios las cosían metódicamente en el atestado de la "hija del asesor civil". La resolución dictada era siempre la misma: "No procede satisfacerla". Por último, Elizaveta Vasílievna pidió un dictamen médico; en su quinta solicitud decía: "Mi hija es débil de salud en general, muy nerviosa y padece desde la niñez gastritis y anemia. En la actualidad, su depresión nerviosa, al igual que su estado general de salud, han empeorado tanto, como lo he podido apreciar personalmente, que infunden el mayor temor. Estoy segura de que cualquier médico al que se encomiende examinar el estado de salud de mi hija reconocerá que su continuación en prisión puede acarrearle las consecuencias más graves, y a mí, la posibilidad de perder a mi única hija".

A pesar de que el médico que reconoció a Nadezhda Konstantínovna el 31 de marzo de 1897 consideró que su estado era "sumamente insatisfactorio" (había adelgazado, estaba muy débil a causa de indigestión y su agotamiento nervioso le impedía dedicarse a trabajos mentales), Krúpskaya no fue puesta en libertad provisional bajo caución.

Elizaveta Vasílievna la visitaba dos veces a la semana. Le preparaba cuidadosamente la comida, afanosa de llevarle algo apetitoso. Le escribía cartas entre las páginas de los

libros, contándole las novedades. Sonreíase amargamente: "Tengo que escribir cartas conspirativas a mi propia hija". Hacía tiempo que conocía a todos los amigos de Nadia, y en aquellos meses de su encarcelamiento trabó relación también con los familiares de muchos de ellos. Tristes eran sus conversaciones en los pasillos de la casa de prisión preventiva. Pero un día se dispuso a ir allí con alegría. A Vladímir Ilich le habían concedido tres días de libertad para que arreglase sus asuntos personales antes de ser enviado a Siberia. Hizo detalladas preguntas sobre Nadia y dejó una carta para ella, escrita "químicamente" también. Uliánov había adelgazado y tenía mal aspecto, pero se mostró animoso, rebosante de fuerza y energía. Brillándole los vivos ojos castaños, habló de los planes para el futuro. Como sólo cada madre sabe hacerlo, Elizaveta Vasílievna había adivinado que Nadia y Vladímir se amaban. Le inquietaba y hacía temer su futuro, mas se sentía dichosa por la felicidad de su hija.

Aquel día Elizaveta Vasílievna fue andando despacio por la avenida Liteini. Había recorrido tantas veces este camino que seguramente podría hacerlo con los ojos cerrados. Y llegó una vez más a la puerta de la prisión.

Shúshenskoe. Ufá

Nadezhda Konstantínovna se despertó y continuó tendida inmóvilmente, prestando oído a los habituales ruidos de la prisión. Era muy temprano aún, la celda estaba oscura y sólo una estrecha cinta de luz penetraba por debajo de la puerta. Oíanse el tintineo de las llaves y los pasos de los celadores. En San Petersburgo la alborada invernal es larga, pero en la celda apenas entraba a gotas, prendida en la reja metálica de la ventana.

Era día de visita. Como siempre, Elizaveta Vasílievna se mostraba tranquila. Los gendarmes no debían ver sus lágrimas. Comunicó a Nadia que Vladímir Ilich había sido puesto en libertad. Le condenaron a tres años de confinamiento en Siberia. Al entregar su carta a Nadezhda, la madre le hizo una seña apenas perceptible. Quería decir que la carta llevaba texto químico.

En la celda, Krúpskaya no podía contener su impaciencia. Para revelar la carta se precisaba agua muy caliente, mas sólo la daban por la tarde. ¡Al fin, la dieron! Nadezhda Konstantínovna, de espaldas a la puerta, sumergió rápidamente en el jarrillo la carta partida ya en estrechas tiras. Aparecieron las letras de color canela. Sus ojos corrieron veloces de una línea a otra. Leyó la carta otra vez, otra, y otra más. Era necesario destruirla: de ningún modo podía caer en manos de los gendarmes.

Volvieron los días abrumadoramente largos del cautiverio solitario. La sacaban raras veces a pasear. Sólo hablaba con el instructor. La sometían a algunos careos. Entonces los labios decían una cosa y los ojos hablaban de otra. Los camaradas daban prueba de firmeza. La cárcel vivía su vida. Casi cada

día, sesiones de comunicación: el lenguaje político entre ellos, por medio de golpecitos, transmitiéndose las noticias. ¿Qué era aquello? Golpes a una hora inusitada. Golpeaban a derecha y a izquierda, desde las ventanas se expandía el eco de unos gritos. Nadezhda Krúpskaya abrió los oídos, oyendo una terrible noticia: la presa política Vetrova, recluida en la fortaleza de Pedro y Pablo, se había prendido fuego a sí misma, desesperada por los escarnios de los gendarmes. Se decidió protestar.

Durante la visita, Elizaveta Vasílievna logró comunicar a su hija que San Petersburgo bullía, exigiendo investigaciones, la amnistía y el mejoramiento de la situación de los presos políticos.

Los gendarmes se acobardaron. Bajo caución y sometidas a la vigilancia de la policía, algunas mujeres fueron puestas en libertad hasta la pronunciación de la sentencia. Krúpskaya también salió de la cárcel. Aquel día Nadia y su madre fueron lentamente por la avenida Liteini. Nadia sentía mareos. Era abril. Brillaba el sol y la ciudad estaba hermosa.

Madre e hija no se apresuraban. A Nadia le faltaban las fuerzas. Era tan grande el contraste entre los agobiantes silencio y humedad carcelarios y aquella riqueza de sonidos, de luz y de aromas.

Descansó durante unos días para recobrase. Luego, a pesar de que dos polizontes no la dejaban a sol ni a sombra, empezó a buscar a los camaradas. Bajo la dirección de Vladímir Ilich se había adiestrado en una buena escuela de conspiración e invariablemente burlaba a sus vigilantes. Ni una sola vez llevó algún "rabo" tras de sí.

Tiempo después, Nadezhda Konstantínovna escribiría: "Encontré a la organización en el estado más lamentable. De los antiguos dirigentes sólo quedaba Stepán Rádchenko, con su esposa. El mismo ya no podía hacer ninguna labor, por razones conspirativas, pero seguía siendo el centro y mantenía el enlace". Mas el enlace, después de las detenciones de muchos, era difícil organizarlo y mantenerlo.

Krúpskaya esperaba con impaciencia cada carta procedente del lejano pueblo siberiano de Shúshenskoe. Cumplía muchos encargos de Vladímir Ilich, que concernían en lo fundamental a la adquisición y el envío de libros, revistas y periódicos.

Unos días después de salir de la cárcel fue a ver a Piotr Struve, que entonces era socialdemócrata, aunque sus opiniones de "marxista legal" le arrojaban cada vez más en brazos de los liberales. En aquel tiempo no se interponía entre Struve y Vladímir Ilich el abismo insalvable que posteriormente habría de llevarles a los lados opuestos de las barricadas. Por eso, Struve satisfacía las numerosas peticiones de Vladímir Ilich. Presa todavía, Krúpskaya se enteró de que Struve había contraído matrimonio con Nina Guerd, con la que ella hizo amistad en el liceo. Le extrañó, pues eran personas diferentes.

Cuando Nina habló a su marido de la mala situación económica de Krúpskaya, Struve le procuró una traducción e incluso se encargó de redactarla. Sin embargo, se vio claramente que este trabajo era desagradable para él.

Las Krúpskaya marcharon a pasar el verano a un lugar ya "disfrutado" anteriormente, al pueblo de Valdaika, de la provincia de Nóvgorod. Tras ellas fue transmitida con premura al jefe de policía del distrito la instrucción secreta de comunicar inmediatamente todo lo sospechoso que se observara en el modo de vida de N. K. Krúpskaya, hija del asesor civil Krupsky. Al jefe de policía del distrito le faltó tiempo para comunicar a la gendarmería de Nóvgorod dónde se había domiciliado Krúpskaya, con quiénes se trataba y que era objeto de vigilancia especial. Mas hasta entonces no se había notado en ella nada censurable.

En aquellos meses estivales Elizaveta Vasílievna hizo todo lo posible para que su hija descansara y se robusteciese. En réplica a los suspiros de la madre a propósito de su palidez, Nadia sólo se reía: "Pero qué quieres, mamá, soy como la naturaleza nórdica, ¡no tengo colores brillantes!"

Toda la vida de Nadezhda Konstantínovna giraba en torno a las cartas de allá lejos, de Shúshenskoe. Mas las cartas recorrían lentamente el camino: once días enteros de un extremo a otro. En ellas, Vladímir Ilich hablaba de Siberia, de los camaradas, de cómo se había acomodado. Hacía muchos encargos y expresaba sus sentimientos. En una de las cartas pidió a Nadezhda que aceptase ser su esposa y se fuera a vivir con él a Shúshenskoe. ¡Cuánto cuadraba aquello con el carácter de Volodia! Su petición le pareció tierna y, a la vez, pasada de moda para ellos, revolucionarios profesionales. El sabía muy bien que bastaba una sola

palabra —"ven"— para que ella marchara a su lado a cualquier parte: al destierro, a la emigración, a presidio. ¿Qué importancia podía tener que se casaran o no? Su respuesta fue breve: "Dices que esposa, bueno, pues esposa".

Cuando madre e hija regresaron a San Petersburgo todavía no habían dictado resolución sobre el sumario contra Krúpskaya. Ella y Vladímir Ilich solicitaron del departamento de policía que se autorizara a Nadezhda Konstantínovna a cumplir la "pena", en caso de que fuese condenada a ella, en el pueblo de Shúshenskoe, del distrito de Minusinsk, ya que eran novios. Mientras su solicitud iba pasando por las correspondientes instancias, Nadia y Elizaveta Vasílievna se preparaban poco a poco para el viaje. Sus amistades les aconsejaban cómo y cuándo era mejor emprenderlo, qué debían llevar y dónde podrían alojarse en Krasnoyarsk. En una de sus cartas a María Ilínichna Uliánova, Nadezhda Konstantínovna escribió apenada: "En cuanto a mi marcha... No sé nada, querida Mania*. Aquí vive una señora de Minusinsk y dice que no deberemos salir después del 10 al 12, pues se corre el riesgo de quedar atascadas en el camino. Yo esperaba que la sentencia sería atascada el 4 de marzo, y entonces nos habríamos ido el 10 por la tarde. Pero la han aplazado hasta el 11 de marzo (sin que esto sea seguro), y en el departamento dicen lo siguiente: mi solicitud "*posiblemente* sea tomada en consideración; si se me autoriza a marchar a Siberia no será antes de que se pronuncie la sentencia, y quizá se me permita marchar directamente desde San Petersburgo, y no desde la provincia de Ufá (!). Mañana iré otra vez al departamento. Deseo tanto que mi viaje no se aplase hasta la primavera. Hoy tengo mucha prisa, pero mañana por la tarde escribiré a Anna Ilínichna y le contaré los resultados de mi visita al departamento".

A los policías les asombraba la premura de Krúpskaya por marchar de San Petersburgo a Siberia. Mas para ella era precioso cada día. El retraso no sólo demoraba el ansiado encuentro; aumentaba también el intervalo entre la terminación del confinamiento de Vladímir Ilich y el plazo del de ella. Ya sin eso la diferencia llegaba casi a un año. De ahí que Nadezhda Konstantínovna fuera de una institución a otra, rogase y procurara la más rápida resolución del

* Mania y Maniasha son diminutivos rusos de María.

tribunal y pronuncia de la sentencia, que sólo se dictó en abril de 1898. Fue condenada a tres años de confinamiento en la provincia de Ufá, autorizándosele a expiar la pena en el lugar donde se hallaba su novio. Hacía tiempo que tenían dispuesto todo para el viaje. Resultó difícil lograr el dinero con que pagarlo, pues como Nadia no iba sola, sino acompañada de su madre, debía costearlo ella misma.

Elizaveta Vasílievna decidió marchar con la hija: ¿cómo podría quedarse en San Petersburgo, sola, cuando su Nadia se iba a la lejana y desconocida Siberia? Pasáranlo bien o mal allí, juntas sufrirían mejor cualquier desgracia. La familia no tenía ahorros. Sólo poseían algo de valor, un bien propio: el sitio que Elizaveta Vasílievna comprara para la tumba en el cementerio Novodévichi junto a la sepultura de Konstantín Ignátievich. Mas quién sabía dónde le sorprendería la muerte. El destino de la hija revolucionaria era incierto. Podría ocurrir que después del confinamiento marcharan al extranjero. Y Elizaveta Vasílievna no lo dudó más: pidió la devolución del dinero pagado por el pedacito de tierra en el cementerio. Ella y Nadia estuvieron largo rato ante la modesta sepultura de Konstantín Ignátievich, despidiéndose de él. ¿Les depararía la suerte volver a San Petersburgo, la ciudad que tanto amaban, con la que les vinculaba tanta amargura y felicidad? Ante ellas se abría un lejano camino, comenzaba toda una vida.

Les costó bastante conseguir que les autorizasen a detenerse en Moscú aunque sólo fuera un día para ver a los familiares de Vladímir Ilich, despedirse de ellos, recoger cartas y paquetes y cumplir algunas misiones de partido. ¿Qué motivo podría parecer justificado a la policía? Nadezhda Konstantínovna escribió una solicitud más.

"A la Comisaría de Policía de Moscú. Solicitud. Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya, hija de asesor civil, solicita que sea autorizada durante veinticuatro horas su permanencia en Moscú en el domicilio de sus parientes, los Uliánov, que viven en Sobáchaya ploschadka, en la casa de Romanovski, N° 18, apartamento 4, a causa del estado enfermizo de su madre, Elizaveta Vasílievna Krúpskaya. 17 de abril de 1898. N. Krúpskaya. Me comprometo a presentarme mañana 18 de abril a recoger el certificado de tránsito".

Aquel mismo día, 17 de abril, en la sección de protección de la seguridad y el orden públicos en Moscú, dependiente

de la Dirección de Policía de Moscú, se abrió el expediente N° 222, sobre Nadezhda Konstantínovna. Cuando salió de la Dirección de Policía, Krúpskaya estaba segura de que se había acordado vigilarla.

Después de dejar el equipaje en la estación, las Krúpskaya fueron a casa de la familia Uliánov. Nadia había estado poco en Moscú, y, acostumbrada a las anchas avenidas de San Petersburgo, las travesías del distrito de Arbat le parecieron un enredado laberinto sin fin.

María Alexándrovna recibió muy amablemente a las viajeras, procurando para ellas la mayor comodidad posible, al objeto de que descansaran en la víspera del largo camino que les esperaba. Expresó su pesar por no poder ir con ellas, pero prometió marchar allí en verano. Su edad pasaba ya de sesenta años, tenía el cabello casi todo blanco y un temblor de cabeza apenas perceptible. Nadia, siempre muy contenida, besó con ternura y amor a María Alexándrovna, por cuyo valor, inteligencia y nobleza siempre había sentido rendida admiración. María Alexándrovna sonrióse: "Allí Volodia está cansado de esperarles, en cada carta lo dice". Las mujeres se retiraron a otra habitación, dejando a Nadezhda Konstantínovna sola con las cartas. ¡Qué extraño parecía que no fuese necesario revelarlas y destruirlas! La madre las guardaba celosamente en un cofrecito especial. Leyó la carta del 24 de enero: "A Nadezhda Konstantínovna le dan esperanza de que le permutarán los tres años en la provincia de Ufá por dos años en "Shusha", y la espero, acompañada de Elizaveta Vasílievna. Incluso les preparo alojamiento: la pieza contigua en la misma casa"*. Al leer las líneas siguientes, Krúpskaya se rió: "Una divertida pugna ha surgido entre nosotros y el pope local, que también pide una habitación a nuestros caseros. Yo protesto e insisto en que esperen hasta que se pongan en claro definitivamente mis asuntos "familiares". Mas no sé todavía si lograré desplazar a mi competidor"**.

La carta siguiente era larga. "Aniuta pregunta cuándo es la boda e incluso ¡a quiénes "invitamos"! ¡Qué prisa tiene! Ante todo, debe llegar Nadezhda Konstantínovna; luego es necesario obtener el permiso de las autoridades para ca-

* V. I. Lenin. *A. M. A. Uliánova y a. A. I. Uliánova-Elizárova. Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 55, pág. 69.

** *Ibidem*.

sarse: somos gente privada de todos los derechos. ¿Cómo puedo, pues, "invitar"?"*

Algunas cartas anteriores se las había remitido María Alexándrovna a Nadia a San Petersburgo. Vladímir Ilich confiaba en que Krúpskaya ya estuviese en Moscú y acompañó las cartas para ella a las que enviaba a su madre. Leyendo y releendo las entrañables líneas, Nadia quedó pensativa. De pronto, oyó una voz que resonó alegremente detrás de la puerta. "Al fin, llegaron. He venido corriendo desde la oficina. Pero, ¿dónde está Nadia?" Presurosa, con los colores encendidos, Maniasha fue hacia Nadezhda Konstantínovna y, abrazándola, le hizo girar por la habitación. Viva, enérgica, de preciosos ojos castaños, apuró a la visitante para que contase todo en detalle. Mas Nadia, con pesar, miró el reloj. "Debo salir por poco tiempo, y luego charlaremos". En aquel hogar, donde todo se comprendía a medias palabras, nadie intentó detenerla. El deber ante los camaradas estaba sobre todas las cosas.

La policía seguía alertamente los pasos de Krúpskaya. En el expediente N° 222 apareció aquel día la primera hoja: "En 1898, durante el trayecto a Siberia, Nadezhda Krúpskaya fue autorizada a quedarse en Moscú por un día, habiéndose comprobado merced a la vigilancia establecida sobre ella que visitó a algunos individuos sospechosos".

Por la tarde, en el pequeño piso de la Sobáchaya ploschadka se congregó toda la familia de los Uliánov, a excepción de Dmitri Ilich, que estaba preso. Les dominaban sentimientos mezclados de tristeza y alegría. Les unía el trabajo común, la fidelidad a las mismas ideas, la identidad de pensamientos, propósitos y aspiraciones. Desde la más joven —Maniasha— hasta la de más edad —María Alexándrovna— todos pensaban en una sola cosa. Era una familia en la que nunca hubo un abismo entre los padres y los hijos, a pesar de que todos éstos eran diferentes. Aquella tarde, reunidos en torno a una mesa, Elizaveta Vasílievna, llevando la mirada desde Anna Ilínichna hasta Maniasha, mirando luego a Mark Timoféievich y finalmente a Nadia, se alegraba de la armonía con que su hija había entrado en la familia y del cariño y la solicitud que todos mostraban hacia ella. Mark Timoféievich, ingeniero de ferrocarriles, les habló de Siberia,

* *Ibidem*, pág. 73.

donde había estado muchas veces, y les dio consejos útiles para el viaje. Anna Ilínichna echó la última ojeada a la lista de libros pedidos por Volodia. "¿No se nos habrá olvidado algo?" María Alexándrovna se ocupaba de preparar ropa de abrigo y golosinas: ansiaba tanto mimar un poco a su hijo. Maniasha procuraba bromear para que en la velada de despedida no se dejaran sentir dejos amargos. Pues era el confinamiento, un largo confinamiento, lo que les esperaba a Nadia, Volodia y Elizaveta Vasílievna. La última noche nadie durmió.

Por la mañana, en dos coches de punto, fueron a la estación de Yaroslavl. El equipaje lo habían facturado antes. Los libros ocupaban gran espacio. Sólo las herramientas encargadas por Vladímir Ilich pesaban más de quince kilos: las pidió para Oscar Engberg, un confinado finlandés, que tenía muy buenas manos e incluso era un magnífico orfebre.

Sus billetes eran de IV clase, en vagón sin asientos reservados. En el vagón iba la gente más diversa, sobre todo campesinos pobres. Llevaban a sus niños y todos los bártulos que poseían. Unos marchaban en busca de trabajo; otros, con la esperanza de que les sería más fácil vivir en Siberia.

Sonaron la campana de la estación y el pito de la locomotora, el tren se deslizó lentamente por el andén y fueron alejándose los rostros de los seres queridos que acababan de despedirlas. "¡Adiós, Moscú!" Habrían de recorrer millares de kilómetros, entre muchas provincias, ciudades y pueblos.

El viaje hasta Krasnoyarsk fue largo, sólo llegaron el 1 de mayo. Las Krúpskaya ignoraban cuánto tiempo deberían vivir allí. Alojáronse en casa de unas marxistas locales, alumnas de la escuela de enfermeras, en la calle Málaya Kachénskaya, en el apartamento de Lida Mijáilova, hija de un carpintero de Irkutsk. Allí Nadezhda Konstantínovna encontró a las personas más encantadoras y leales; muchas de ellas ya conocían bien a Vladímir Ilich, pues había vivido unos dos meses en Krasnoyarsk. A Nadezhda Konstantínovna le presentaron a Piotr Krásikov, con el que Lenin y ella se mantendrían unidos durante largos años por el trabajo común y una cordial y sincera amistad. Krásikov dijo a Krúpskaya que debería detenerse en Krasnoyarsk, ya que el curso superior del Yeniséi estaba aprisionado aún por el hielo y no había comenzado la navegación.

Los días transcurrieron entre discusiones y charlas. Nadia refería a las muchachas cómo trabajaban en San Petersburgo, les dio algunos libros políticos recién aparecidos. Ellas le contaban la labor que se hacía en el territorio de Krasnoyarsk y le hablaban de las personas dedicadas por entero a la lucha contra la autocracia. En Krasnoyarsk leyó Krúpskaya por primera vez a Pisarev. Tiempo después recordaría: "Cuando iba a Shúshenskoe, que fue a comienzos de la primavera, no se había derretido aún el hielo en los ríos y hube de pasar unas dos semanas en Krasnoyarsk. Viví entonces en casa de unas enfermeras y leí asiduamente a Pisarev, del que tenían unos libros sobre la mesa. Antes sólo había oído hablar de él, y allí empecé a leerlo con mucho agrado".

En Krasnoyarsk, lugar de tránsito de confinados desde el que éstos seguían a los puntos más apartados de Siberia, vivían muchos hombres magníficos. Allí podía verse también a aquellos camaradas que estaban de tránsito en la ciudad. Piotr Krásikov llevó a Nadezhda Konstantínovna a visitar al matrimonio Tiútchev, experimentados conspiradores, que residían hacía tiempo en Krasnoyarsk y estaban en contacto con diversos círculos de confinados. Fueron los Tiútchev quienes ayudaron a Krúpskaya a verse con Silvin y Lengnik, camaradas de la Unión de Lucha, llegados una semana después que ella.

Había un sitio al que acudían sin falta todos los desterrados: la fotografía de Heinrich Koepfel. En Krasnoyarsk era costumbre por entonces retratar a todos los confinados políticos que pasaran por allí, aunque un mes antes se les hubiera fotografiado en Moscú o San Petersburgo. Es más, se les permitía comprar no sólo las fotografías propias, sino también las de sus camaradas, incluso de aquellos que posaron ante la cámara muchos años antes. Allí se retrató a Vladímir Ilich y a sus amigos, y también a Nadezhda Konstantínovna. La antesala de la fotografía, con muebles ligeros y cómodos y álbumes de fotografías sobre la mesa, era un lugar propicio para encuentros "casuales" de los confinados.

Krúpskaya fue a la fotografía acompañada de los Tiútchev. En la antesala vio en seguida a Silvin, que hojeaba un álbum. Desde el cuarto contiguo, que servía de taller, llegaba la voz de bajo de Lengnik, que decía algo al

fotógrafo. Unos hombres más esperaban en la antesala. Eran camaradas que iban conducidos a otro lugar de confinamiento, y los escoltas estaban allí con ellos, de pie, un tanto perplejos.

Nadezhda Konstantínovna se sentó al lado de Silvin. Tiútchev desenvolvió un paquete que llevaba y ofreció pan y embutido a los soldados. Estos, al tiempo que comían, miraban con indiferencia a sus custodiados (Lengnik había salido del taller y se mezcló complacido en la conversación), que recordaron las vicisitudes vividas y trazaban planes para el futuro. Supieron que vivirían cerca unos de otros (cien verstas no son distancia en Siberia): los Krzhizhanovski, los Starkov, Silvin, Vanéiev, Lengnik y muchos más. En cambio, Mártoev no había tenido suerte. Le enviaron al territorio de Turujansk. El tiempo se les pasó volando. Uno de los soldados se acercó al grupo de amigos, que ya habían intercambiado cartas y direcciones entre ellos. Despidiéronse con la confianza de que pronto volverían a verse.

Nadia iba diariamente hasta la orilla del Yenisei. Miraba cómo se deshacía el hielo y crecía el agua. Cada día era más templado y los barcos se preparaban para la navegación. Compraron los billetes para el *San Nicolás*, el mismo barco que un año antes llevara a Vladímir Ilich a Minusinsk. El río se estrechaba a veces, oprimido por las rocas monolíticas de basalto, o de pronto se extendía ampliamente entre las inmensas estepas. En rededor no se veía una alma; decenas de kilómetros separaban a una aldea de otra. Y al revés, en cada desembarcadero se agolpaba la gente. Nadezhda Konstantínovna sólo abandonaba la cubierta al anochecer, cuando el agua negra se confundía con el negro cielo bajo.

El aire era fresco todavía. Desde los lejanos montes Sayanes, de cuando en cuando, soplaba bruscamente un viento impetuoso, pero ya iba templándose. La primavera cobraba fuerzas. Verdeaban los pinos albares y los alerces; los abetos seculares parecían más jóvenes. Pronto llegarían a Minusinsk.

El barco atracó. Nadezhda Konstantínovna subió a cubierta y miró sorprendida el pueblo que se alzaba en la orilla. "¿Esto es Minusinsk?", preguntó a un marinero. "No, señorita, no iremos hasta Minusinsk, son aguas bajas. Esto es Soróokino. Minusinsk está a dos pasos: unas setenta verstas". Nueva detención, otro transbordo. Llegaron a Minusinsk al

declinar el día. La pequeña ciudad era algo mayor que Soróokino y había en ella casas de ladrillo. En el centro urbano se alzaba un edificio de ladrillo rojo, de dos plantas: el museo y la biblioteca de Martiánov.

En Minusinsk vivía confinado Arkadi Tyrkov, que participó en el atentado a Alejandro II. A Tyrkov le alegró mucho la llegada de Krúpskaya, que había sido compañera de estudios de su hermana en el liceo. A todos los hacía felices acoger a una persona nueva, tanto más si era un revolucionario, un confinado.

Nadezhda Konstantínovna se encontró allí también con Félix Kon, destacado revolucionario polaco.

Al fin, después de recorrer las últimas 55 verstas de un camino vecinal, se acercaron a Shúshenskoe a la caída de la tarde. Al principio, pasado el recodo del camino, vieron brillar, sobre el fondo del cielo atenebrado, la cúpula de la pequeña iglesia del pueblo, y luego empezaron a crecer los oscuros contornos de sus casas. Las casas campesinas eran consistentes, de gruesos troncos. No vieron siquiera un arbolillo, ni un solo huerto. Sólo a lo lejos, detrás del pueblo, negreaba una franja boscosa que se perdía en el horizonte. Paráronse ante la casa del campesino Zyriánov, que ya conocían por la descripción que se les había hecho de ella, pero nadie salió a recibirles. El cochero tocó en la ventana con su largo látigo. Surgió un rostro femenino. “¿Qué quieren?” — “¿Acaso no esperan huéspedes?” — “¡Ay, Señor mío! —abrió los brazos el ama de la casa—. Pues claro, pues claro, si estamos cansados de esperar”. Al porche salió el amo, un hombre apuesto, ancho de hombros y con barba cerrada. Mientras les ayudaba a descargar el equipaje, se dolía: “Mira qué pena, espera que espera Vladímir Ilich, y hoy le invitan a cazar. Pero no se apuren, que volverá pronto. Entre tanto, vayan acomodándose”.

La isba relucía de limpieza. El piso de tablas, raspado hasta blanquear, estaba cubierto con alfombrillas caseras. Aromáticas ramas de pino albar adornaban las paredes.

Nadezhda Konstantínovna empezó a sacar de las maletas lo más necesario, pero Elizaveta Vasílievna vio cómo todo se le caía de las manos, con qué impaciencia miraba por la ventana y cuánta atención ponía en oír el habla pausada de

los vecinos, pues la isba se había llenado de gente. ¡Y cómo no, si eran viajeros del propio San Petersburgo!

Al aproximarse a la casa, Vladímir Ilich se extrañó: en su habitación había luz. El amo, que salió a recibirle a la puerta, le dijo, escondiendo una sonrisa entre la barba: “Corre, corre, que Oscar Alexándrovich ha venido borracho y está tirando todos tus libros”. Vladímir Ilich apretó el paso, y en el porche apareció la fina figura tan conocida.

Al día siguiente se presentaron visitas. Quien primero acudió a saludarles fue Oscar Engberg, obrero de la fábrica de Putílov. Era un hombre alto, rubio, de bondadosos ojos azules. Sin embargo, cuando se le exaltaba la cólera, volvía temible, y había sido desterrado a Siberia por su resistencia a la policía durante una huelga. Entró cohibido en la casa y preguntó: “¿No he venido demasiado pronto? Disculpen, no podía aguantar más a conocer las novedades”. — “¿O quizá a recibir el equipaje?” — rió Vladímir Ilich. Se notaba que Engberg había leído mucho, pero desordenadamente, y que tenía una idea muy confusa sobre el socialismo. Aquel mismo día, tomando el té, quedaron de acuerdo en que Nadezhda Konstantínovna le daría lecciones. “Bueno, ahora ya se puede recibir el equipaje”, dijo Engberg al final de la visita. Levantó con ligereza, cual una pluma, el saco de más de quince kilos, se excusó por haber causado tantas molestias y les dejó. Al poco rato llegó Prominski, un socialdemócrata de Lodz, que vivía allí con su mujer y seis hijos. Era una persona tranquila y prudente, poco leída e ilustrada, pero con un infalible instinto proletario que le ayudaba a encontrar siempre la solución justa. Al marcharse Prominski, Vladímir Ilich quiso mostrar los alrededores a Nadezhda Konstantínovna. En el porche se tropezaron con un visitante nada grato: el jefe de la policía local. Después de haberse cerciorado de que la confinada había llegado al punto de destino, le hizo algunas observaciones para cubrir las formas y preguntó: “¿Cuándo se dispone a formalizar el matrimonio?” Nadezhda Konstantínovna miró a Vladímir Ilich. “¿Qué es, en realidad, lo que le preocupa?”, preguntó Lenin al jefe de policía. “Hay orden de que contraigan matrimonio inmediatamente, pues de otro modo su novia deberá marchar a Ufá. Les aconsejo que se apresuren”. Y se fue.

Días después Vladímir Ilich escribió a su madre: “Como sabes, a N.K. le han puesto en una situación tragicómica: o

contraer matrimonio *inmediatamente* (¡sic!) o volver a Ufá. Y como no estoy dispuesto a permitir eso, iniciamos ya las "gestiones" (principalmente para obtener la documentación, sin la cual no podemos casarnos), de modo que podremos desposarnos antes del ayuno (*antes* de San Pedro): ¿cabe esperar, no obstante, que las severas autoridades consideren que este casamiento es suficientemente "inmediato"! Invitaré también a los de Tesínskoe (ya escriben diciendo que sin duda necesitaré testigos); confío en que los dejarán venir.

Saludos a todos los nuestros.

Te beso fuertemente. Tuyo, V.U.*

Más tarde, Nadezhda Konstantínovna escribiría:

"Me autorizaron a marchar a Shúshenskoe con la condición de que me casara. Según las leyes vigentes entonces, sólo las esposas podían acompañar a los hombres en el destierro. Cuando llevaba dos meses viviendo en Shúshenskoe se recibió una comunicación oficial en la que se me invitaba a casarme o marchar a Ufá. Nos reímos y nos casamos. Eramos marido y mujer y queríamos vivir y trabajar juntos".

Esta apostilla puesta en uno de los libros de recuerdos sobre Lenin se conserva en el dormitorio de N. K. Krúpskaya en el Kremlin.

Entre tanto los documentos iban y venían por organismos administrativos, Krúpskaya fue conociendo Shúshenskoe, a sus vecinos y los alrededores. Aquellos contornos estaban bastante pelados, pero Nadia y Vladímir Ilich eran excelentes andarines y daban paseos de varios kilómetros, hasta el Yeniséi o por el bosque. Allí el Yeniséi no es muy ancho y en él vierten sus aguas muchos afluentes, formando islotes. El agua es fría y transparente. Se puede estar sentado horas enteras a la orilla y observar el caprichoso espumeo de las corrientes plateadas. ¡Y qué bello panorama se ofrece desde el cerro Zhuravlínaya, tan pintoresco! Extensiones inmensas. Bosques, prados, lagos, cauces secos de ríos en los bosques. En los lagos hay cisnes salvajes. Constantemente pasan volando gansos y ánades, muy abundantes allí. En sus paseos, Nadezhda Konstantínovna y Vladímir Ilich iban siempre acompañados de "Eugenín", un hermoso perro perdiguero.

* V. I. Lenin. *A M. A. Uliánova*. 17. V. 1898. O.C., t. 55, pág. 89.

Los tres volvían a casa con botín. Ilich era portador de los trofeos de caza, Nadia, de flores, y "Eugenín" llevaba en la boca su propia trailla.

El jefe de policía, queriéndose vengar de que Vladímir Ilich ejercía la abogacía, causando desazones a las autoridades, no autorizó la asistencia a la boda de ninguno de los confinados que vivían en los alrededores. Los amigos hubieron de limitarse a enviar sus felicitaciones por escrito. Prohibió también que fueran a Minusinsk para comprar las alianzas. El sacerdote expresó su perplejidad: ¿qué nupcias eran aquellas sin alianzas? Engberg les sacó del apuro. "Camaradas, ¿no desdeñarían alianzas de cobre? Entonces las prepararé en un abrir y cerrar de ojos". Los anillos de boda, hechos de monedas corrientes de cinco kopeks, ¡salieron a la perfección! Krúpskaya los conservó, y únicamente poco antes de fallecer hizo entrega de ellos al Museo Central Lenin, donde se guardan hasta ahora.

Se acercaba el día de la boda. Por entonces la familia se había mudado, pues vivir en casa de los Zyriánov era incómodo: ocupaban habitaciones pequeñas y a través de sus paredes se oía el ruidoso parloteo de las frecuentes tertulias de los amos. Se hospedaron en la casa de P. Petrova, construida por el decembrista Falberg, quien en su tiempo también estuvo desterrado allí. Era limpia, espaciosa y con un patio grande; se alzaba en la misma orilla del estrecho y pintoresco río Shusha. Desde ella el 10 de julio de 1898 se dirigieron a la iglesia.

Por parte de la novia hizo de testigo un hombre muy interesante y original, Stepán Zhuravliov, al que Vladímir Ilich tenía gran afecto. Había sido escribano y hablaba correcta y elocuentemente. Era expansivo y no toleraba ninguna injusticia; a todo reaccionaba con fogosidad. Contando la última de sus habituales agarradas con los ricachones del lugar, se acaloraba y le ardían en las mejillas brillantes manchones de color tísico. Poco tiempo después la enfermedad le llevaría a la tumba, cuando sólo tenía algo más de treinta años. En la boda pronunció un discurso, diciendo que la llegada de personas como aquellas a Siberia transformaría el modo de pensar del pueblo; deseó a los jóvenes largos años de vida y éxitos en su escabroso camino.

La vida familiar fue ordenándose. Los Uliánov formaron incluso su propia hacienda. "En el verano no se podía

contratar a nadie que ayudara en las faenas de la casa —escribió Krúpskaya más tarde—. Mamá y yo teníamos que luchar con el horno ruso. Al principio me ocurría a veces que volcaba el puchero de la sopa de *kliotski** con la horquilla para introducir las ollas en el hogar, y los *kliotski* se desparramaban por el suelo del horno. Luego me acostumbré. En nuestro huerto cultivábamos toda suerte de plantas: pepinos, zanahorias, remolacha, calabazas. Yo estaba muy orgullosa de mi huerto”.

Un día, en medio del asombro de los naturales del país, los Uliánov alquilaron un carro y llevaron lúpulo del bosque al pueblo. Se les había ocurrido una cosa que, según los campesinos, era inútil: en un ángulo del patio armaron un cenador y plantaron lúpulo alrededor de él. El lúpulo arraigó. ¡Qué grato les sería trabajar allí en los calurosos días estivales!

A veces, Nadezhda Konstantínovna y Vladímir Ilich iban por las mañanas a bañarse en un brazo del río algo distante. Al volver, se desayunaban y empezaban a trabajar.

En agosto de 1898 Vladímir Ilich terminó *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, estudio fundamental que comenzó a escribir en la cárcel. En Shúshenskoe se había acostumbrado a leer todos sus trabajos en primer lugar a su esposa y a oír su opinión objetiva y exigente. Consideraba que ella era su primero y riguroso crítico. En una de sus cartas a María Alexándrovna, Krúpskaya decía: “...en el último tiempo se ha metido de cabeza en sus mercados y escribe desde la mañana hasta la noche. El primer capítulo ya está listo, me ha parecido muy interesante. Yo hago de “lector no entendido” y debo juzgar de la claridad de la exposición sobre los “mercados”, procuro ser lo “menos entendida” posible, pero la verdad es que no encuentro motivos para poner reparos”.

Estando aún en San Petersburgo, a Krúpskaya le encargaron traducir *Teoría y práctica del tradeunionismo inglés*, voluminoso estudio sociológico de Sidney y Beatrice Webb. En Shúshenskoe los Uliánov se dedicaron a verterlo al ruso. Esto les permitiría ganar algún dinero y, al mismo tiempo, entregarse de lleno al estudio del inglés. Hasta entonces Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna habían

* *Kliotski*: bolitas de pasta cocidas en caldo, leche, etc.

estudiado este idioma únicamente en la cárcel. Para traducir el libro les sirvió de gran ayuda la edición alemana de la obra de los Webb. Esta labor les sedujo y lograron una versión afortunada. Sin embargo, el inglés aprendido sin maestro suscitaba muchas discusiones entre ellos, principalmente sobre la pronunciación. Vladímir Ilich decía que recordaba bien cómo pronunciaba la inglesa que dio clases a su hermana Olga, y que Nadia tenía pronunciación francesa. Más tarde, Nadezhda Konstantínovna recordaría con agrado que dejó de discutir y volvió a aprender el idioma, y también que se burló un poco de su marido cuando fueron a Inglaterra y se puso en claro que nadie les entendía y que ellos no entendían a nadie. Hubieron de explicarse por escrito hasta que encontraron un maestro y reanudaron el estudio del inglés.

En 1899 dieron cima a la traducción de la obra de los Webb. El libro tuvo éxito y se vendió rápidamente. Los autores recibieron un ejemplar en ruso. En aquellos años el apellido del traductor —V. Uliánov— no les dijo nada. ¡Cuál no sería su asombro cuando en 1917 supieron que al frente de la revolución rusa estaba aquel mismo Uliánov que había traducido su libro! Iván Maiski, embajador soviético en Inglaterra, evocaría que en la villa de los Webb había una gran biblioteca y que a toda persona que les visitaba por primera vez la llevaban a ella y la enseñaban ante todo el libro *Teoría y práctica del tradeunionismo inglés* vertido al ruso por el propio Lenin. En la biblioteca de Nadezhda Konstantínovna en el Kremlin se conserva hasta ahora otro libro del matrimonio Webb, *El comunismo soviético*, en inglés, segunda edición, aparecida en 1934. Los autores enviaron esta obra a Krúpskaya en 1937.

Cuando trabajaban en el cenador verde, cubierto por los tallos de lúpulo enredados a él, un día Vladímir Ilich propuso a Nadezhda Konstantínovna que escribiera un libro, aunque fuese pequeño, sobre la misión de la mujer en la lucha revolucionaria. Adujo que Krúpskaya tenía ya reunida abundante información sobre el tema, eran muchas sus observaciones personales y poseía experiencia de trabajo de propaganda entre las mujeres. Nadezhda Konstantínovna se mostró indecisa, no había escrito nada hasta entonces, no había probado sus fuerzas en la literatura política. Sin embargo, Vladímir Ilich la convenció: era un tema de

palpitante actualidad. Poco a poco Nadia fue perfilando el proyecto de su primer libro.

Vladimir Ilich seguía atentamente el trabajo de su esposa, y entonces fue él quien hacía de “lector no entendido”, oyendo los capítulos terminados.

“Cuando escribía en el destierro mi primer folleto, *La mujer obrera* —recordaría Krúpskaya—, Vladimir Ilich me daba toda clase de consejos..., decía: “¿No te parece que este pasaje sería mejor expresarlo así?” Al saber que yo escribía sobre uno u otro aspecto, a menudo encontraba para mí algún material interesante: un recorte de periódico extranjero, un cuadro estadístico u otra cosa...”

En su folleto, el primer trabajo marxista sobre la situación de la mujer en Rusia, Nadezhda Konstantínovna hizo un profundo análisis de las causas de la falta de derechos de las mujeres en el régimen zarista de la época. Llamaba a las mujeres a unirse a los obreros en las filas de los luchadores por una vida mejor. “La mujer obrera —se decía en el folleto— es miembro de la clase obrera, y todos sus intereses se entrelazan con los intereses de esta clase”. Krúpskaya hablaba de la penosa situación de la mujer en el seno de la familia, de su apocamiento, de su total supeditación al marido. Y “en la vida campesina a la mujer se la mira como una propiedad —escribía más adelante— y lo que más se aprecia en ella es únicamente la fuerza de trabajo”. La campesina o la obrera no tenían realmente posibilidad de educar a sus hijos, dejándoles abandonados el día entero a su propia suerte. Refiriéndose al dependiente y agotador trabajo femenino y a su funesto influjo en la mentalidad y la salud de la mujer, Nadezhda Konstantínovna pintaba en bellas imágenes la sociedad futura, en la que el trabajo dejaría de ser una carga impuesta, que mataba todo lo vivo en el obrero, y se convertiría en una condición imprescindible de la vida pletórica del hombre. El trabajo reportaría felicidad y satisfacción a los hombres, coadyuvaría al desarrollo armónico del individuo. La sociedad se haría cargo solícitamente de los débiles, los enfermos y los ancianos. Desaparecería por entero el secular temor al futuro.

El original del folleto de Nadezhda Konstantínovna lo llevó más tarde al extranjero Vladimir Ilich. Desde Munich escribió en una carta cifrada que la redacción de *Iskra* había

decidido editar clandestinamente el folleto, y comunicó la opinión de Vera Zasúlich. El folleto le había gustado, creyó posible modificar algunos fragmentos, pero, en general, dijo que estaba escrito “a dos manos”.

La mujer obrera se editó en 1901 en la imprenta de *Iskra* en Ginebra, sin indicar el nombre de la autora. Por testimonio de los viejos bolcheviques I. Bábushkin, G. Krzhizhanovski, P. Lepeshinski y M. Liádov, apenas recibirse clandestinamente el folleto a través de la frontera, se agotó en las ciudades de Rusia. Obreros y obreras lo leyeron con interés e hizo un buen servicio a los propagandistas y agitadores en su trabajo revolucionario de partido.

“Este era mi primer librito —escribió posteriormente Krúpskaya— y me inquietaba mucho si saldría bien. Vladimir Ilich me animaba. Imprimirlo legalmente no era posible, pues entonces me habrían encarcelado; sólo se podía editar en secreto, en impresión clandestina... *Iskra* lo editó, y luego, en seguida, lo imprimieron también en Rusia. Tan sólo en 1905 pudo salir a la luz abiertamente. Como nombre del autor se puso un apellido imaginario, Sáblina, con el que se me llamaba a veces. Después volvieron a prohibir el folleto”.

Un ejemplar de *La mujer obrera* se conserva en la librería de Krúpskaya. En la cubierta, de papel gris, el seudónimo N. Sáblina está tachado, y en su lugar aparece “N. Krúpskaya”, escrito a mano por Nadezhda Konstantínovna. En la cubierta y la portada está el ex libris que estampaba Lenin en sus libros en los años de emigración: “Vl. Oulianoff”.

En las páginas del folleto hay acotaciones de Nadezhda Konstantínovna, hechas, probablemente, durante la preparación del mismo para su reedición.

Krúpskaya realizaba en Shúshenskoe otra labor: enseñaba a Oscar Engberg, que desconocía en absoluto la literatura socialista y no tenía la menor idea de la doctrina de Marx. Un día, al volver de la cabeza del distrito, estuvo en casa de los Uliánov para contarles las novedades y les dijo, de pasada, que había aparecido un nuevo escribano, hombre inteligente e instruido, y que coincidieron completamente en sus opiniones. “¿Qué quiere decir?”, le preguntó Nadezhda Konstantínovna. “Sí, él y yo estamos en contra de la revolución”. Krúpskaya cambió una mirada con Vladimir Ilich y propuso a Engberg: “Oscar, venga mañana por la mañana, leeremos alguna cosa juntos”.

Aquella noche Nadezhda Konstantínovna se quedó hasta muy tarde repasando el *Manifiesto Comunista*: preparaba la primera lección. Por la mañana, tradujo del alemán el texto para Engberg, al que admiró la facilidad con que lo hacía. Al principio, la lección se desarrolló con dificultad, luego se animaron los dos y ya fue más fácil. Uliánov entró por un momento en la habitación, sin que ellos se dieran cuenta siquiera. Sonriendo, escuchó unos instantes y se retiró silenciosamente.

Estudiaban con regularidad. Los domingos, cuando en la habitación grande Vladímir Ilich daba consultas jurídicas, que eran muy apreciadas por los habitantes pobres de los alrededores, Krúpskaya y Engberg ocupaban la pieza contigua.

Después de haber pasado el *Manifiesto Comunista* se pusieron a estudiar *El Capital*. Aunque Nadezhda Konstantínovna explicaba sencilla y comprensiblemente, el estudio de esta obra era complicado para un hombre que no conocía literatura de aquel género y no había adquirido una prolongada experiencia de la lucha de clases. Cuando terminó el plazo del confinamiento de los Uliánov, Oscar, turbado, ofreció a Nadezhda Konstantínovna un presente: un pequeño broche de bronce, labrado con primor, con la imagen de *El Capital*. "Acéptelo, por la paciencia con que me ha instruido y lo mucho que me ha enseñado". Y sin esperar a recibir las gracias, fue a ayudar a Vladímir Ilich a empaquetar los libros.

En el destierro se sentía la necesidad acuciosa de leer obras literarias. Con frecuencia, en las largas tardes invernales releían en voz alta poemas de Pushkin y Lérmontov. "Un tanto espontáneamente nos fue atrayendo Lérmontov", rememoraría Krúpskaya. Vladímir Ilich había llevado al destierro un tomito de poesías de Nekrásov y oía con placer cómo Nadezhda Konstantínovna recitaba *Rey de la Helada*, *Nariz Colorada* y *Quién vive bien en Rusia*.

En su pequeña biblioteca tenía Uliánov la novela *¿Qué hacer?*, de Chernyshevski, que había leído varias veces. En Shúshenskoe pudo apreciar Krúpskaya lo bien que Vladímir Ilich conocía la literatura rusa y extranjera. Con frecuencia, uno a otro se recitaban poesías de memoria y leían en voz alta a Tolstói y Chéjov. A veces se unía a ellos Elizaveta Vasilievna, que recordaba infinidad de magníficas poesías y

conocía bien la obra de Gógol, Dostoievski y los poetas de *Iskra*.

En Shúshenskoe se recibía el correo dos veces a la semana. A los Uliánov les llegaban en raudal interminable cartas y paquetes de libros, revistas y periódicos. Primeramente cada cual leía las cartas que iban dirigidas a él, y luego las intercambiaban, ya que tanto las novedades políticas como las noticias familiares les interesaban a los dos.

Las cartas no sólo procedían "de Rusia", como se decía allí, sino también de amigos que vivían confinados en el distrito de Minusinsk, en Turujansk, en Krasnoyarsk y Ufá. Los Uliánov estaban al corriente de todos los acontecimientos políticos. Con los amigos cambiaban impresiones de todo en cartas conspirativas y en las raras entrevistas que lograban celebrar. Para poder verse era preciso buscar pretextos. Una vez, los Krzhizhanovski escribieron que en Tes había un monte interesante en el aspecto geológico y que estaría bien que pidiesen autorización al jefe de policía para ir a verlo. Vladímir Ilich le escribió en broma, diciéndole que deseaba explorar el monte y solicitando que se permitiera ir también a su esposa para que le ayudase. La alegría y la hilaridad fueron inmensas cuando el jefe de policía envió urgentemente el permiso. "¡He aquí lo que significa venerar a la ciencia!", rió Vladímir Ilich.

Cuánto gozaron y charlaron en Tes. De qué no hablarían. Con Baramzín, que también estudiara en Kazán, Uliánov recordó los círculos que había entonces allí. Conversaciones, recuerdos, canciones. Lengnik cantó espléndidamente emotivas canciones y romanzas rusas. Regresaron a Shúshenskoe con una nueva carga de energía.

A unas veinte verstas de Shúshenskoe, en la fábrica de azúcar, trabajaba Víctor Kurnatovski, un hombre extraordinario. Inteligente, delicado y de bella presencia. Su vida había sido dura. Vivió una triste niñez, con un padre que era un monstruo. Luego emprendió el camino del revolucionario profesional, empedrado de encarcelamientos y destierros continuos.

Fueron a visitarle en octubre. Ya los ríos estaban helados y había nevado.

Kurnatovski era ingeniero químico, trabajaba doce horas diarias, sin domingos ni días festivos. Alegróse mucho de la visita y les enseñó la fábrica.

Nadezhda Konstantínovna, siempre muy discreta ante personas ajenas, tomó sincera simpatía a Víctor Kurnatovski y no se sintió cohibida con él. A Kurnatovski le admiraron los conocimientos enciclopédicos de Krúpskaya, la justedad y sutileza de sus juicios y su inexhausto sentido del humor. Al despedirse, prometió que pasaría sin falta por Shúshenskoe para charlar con ellos, descansar e ir de caza.

La colonia de confinados celebró alegremente la entrada del año 1899, el último año del destierro de Lenin. Bajo diversos pretextos se reunieron en Minusinsk, en casa de los Krzhizhanovski. ¡Cuántos fuertes abrazos, exclamaciones, diálogos y risas! Fueron allí los Lepeshinski, Lengnik y muchos otros. A una misma mesa se sentaron de doce a dieciséis invitados y, como escribiría Krúpskaya, al final dejaron "molidos" enteramente a los anfitriones. Bebieron vino tinto caliente con especias, cocido por ellos mismos, cantaron y bailaron al son de una guitarra.

Al enterarse de que Vladímir Ilich había recibido su recopilación *Estudios y artículos económicos*, publicada en San Petersburgo, le levantaron en el aire. Al ver cómo volaba hasta el techo, Nadezhda Konstantínovna se reía y gritaba: "¡No matad a mi marido! ¿Quién va entonces a pelear contra el oportunismo?" Organizaron incluso paseos en troikas. En ellas corrieron osadamente por la estepa, y en el aire glacial resonaron canciones estudiantiles revolucionarias, alborozadas risas y alegres donaires. Patinaron sobre hielo. Vladímir Ilich jugó al ajedrez sin parar. Todos jugaron y hasta convencieron a Nadezhda Konstantínovna para que ella también jugara una partida. Lepeshinski les hacía cada día simpáticas caricaturas, que eran acogidas con júbilo unánime. Aquella celebración de Año Nuevo la recordarían durante mucho tiempo.

El motivo del encuentro siguiente fue, por el contrario, muy desagradable. Después de recibir el acostumbrado paquete de libros y cartas, Krúpskaya se puso a descifrar los textos secretos. Lo hacía más rápidamente que Vladímir Ilich, y por ello cumplía esta tarea con más frecuencia. Empezó a leer el *Credo de los jóvenes*, enviado por Anna Hínichna. Al leerlo, no podía dar crédito a sus ojos. Era difícil imaginar que aquello hubieran podido escribirlo personas que se consideraban marxistas. Los "jóvenes" declaraban sin ambages que los obreros eran un rebaño, y

los marxistas rusos, unos eruditos a la violeta, que no habían formado todavía ninguna organización.

Vladímir Ilich decidió inmediatamente escribir una respuesta: una carta abierta a todos los socialdemócratas.

Aquella noche estuvo encendida hasta muy tarde la luz en la habitación de los Uliánov. Vladímir Ilich iba y venía de un extremo a otro, "pronunciando" la carta. Luego se sentó a escribir. Así nació un admirable documento, rebosante de indignación: *Protesta de los socialdemócratas de Rusia*, que habría de ejercer enorme influjo en la cohesión de las filas de los verdaderos marxistas. Nadezhda Konstantínovna escribió a los camaradas desterrados, invitándoles a una reunión.

Acordaron que se congregarían en el pueblo de Ermakóvskoe, ya que Anatoli Vanéiev, que vivía allí, estaba gravemente enfermo y no podía ir, aun acompañado de su esposa, a ninguna parte. Esta vez pretextaron la celebración del cumpleaños de Olga, la hija de los Lepeshinski. Reuniéronse diecisiete personas: de Shúshenskoe, Vladímir Ilich, Nadezhda Konstantínovna y O. Engberg; de Minusinsk, V. Starkov, A. Starkova, G. Krzhizhanovski y Z. Krzhizhanóvs-kaya; del pueblo de Tes, A. Shapoválov, N. Panin, F. Lengnik y E. Baramzín; en Ermakóvskoe vivían A. y D. Vanéiev, P. y O. Lepeshinski, M. Silvin y V. Kurnatovski. La primera reunión, en casa de los Lepeshinski, fue muy larga. Al principio, Lenin leyó el *Credo*, lo leyó airadamente, pero sin comentarios, dejando a los camaradas que calaran en su esencia, que percibieran toda la profundidad de la traición, del oportunismo. Todos estaban agitados y hervían de indignación. Allí, en Rusia, la situación se complicaba porque los gendarmes habían conseguido aplastar la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera en San Petersburgo; en muchas otras ciudades habían sido destrozadas las organizaciones marxistas y sus militantes estaban encarcelados o en el destierro. Por eso, prosperaban el "marxismo legal"* y el "economismo".** Acordaron reunirse al día siguiente en ca-

* "Marxismo legal": desfiguración liberal-burguesa del marxismo, surgió en los años 90 del siglo XIX entre la intelectualidad liberal-burguesa de Rusia.

** "Economismo": corriente oportunista en la socialdemocracia de Rusia a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

sa de los Vanéiev, una isba muy pobre en las afueras de Ermakóvskoe. Domenika, la esposa de Vanéiev, era una mujer pequeña, callada, con los ojos llenos de amargura. Esperaba un niño y no creía que Anatoli llegara a conocerlo. Llevaron la cama de Vanéiev a la habitación grande; él estaba semitumbado sobre almohadas y le fulguraban los ojos. Nadezhda Konstantínovna, resueltamente, no dejó hacer nada a Domenika y ella misma se ocupó de atender todo.

Vladímir Ilich empezó a leer la carta de respuesta; su voz resonaba segura y firme. "Ultimamente se vienen observando entre los socialdemócratas rusos desviaciones de los principios fundamentales de la socialdemocracia rusa, principios que fueron proclamados por los fundadores y luchadores de vanguardia, miembros del grupo Emancipación del Trabajo, así como por las publicaciones socialdemócratas de las organizaciones obreras rusas de la década del 90".*

Lenin explicó que sería mejor reproducir íntegramente el texto del *Credo* para no imponer el criterio propio a los lectores y dar posibilidad a cada uno de convencerse del liberalismo lacayuno del "documento de los jóvenes".

Discutieron cada frase y acordaron adónde mandarían ante todo la carta de protesta. Todos los presentes la firmaron. "Invitamos a todos los grupos socialdemócratas y a todos los círculos obreros de Rusia a analizar el "credo" arriba citado y nuestra resolución y a manifestar concretamente su posición con respecto al problema planteado, a fin de eliminar toda clase de discrepancias y acelerar la organización y el fortalecimiento del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia"**.

Cada uno de ellos sacó copia de la protesta de los 17, a fin de reproducirla en muchos ejemplares y enviarla por todo el país. Regresaron a Shúshenskoe a la mañana siguiente. Había salido el sol, cegando con su resplandor, en el bosque emanaba el olor a pino y todavía hacía fresco. Hablaron del trabajo que tenían por delante, de la formación del partido. Vladímir Ilich se mostraba pletórico de energía y de seguridad en la victoria.

* V. I. Lenin. *Protesta de los socialdemócratas de Rusia*. O.C., t. 4, pág. 165.

** *Ibidem*, pág. 176.

Más tarde, en septiembre de 1899, volvieron a reunirse en Ermakóvskoe para dar sepultura a Anatoli Vanéiev, uno de los organizadores de la Unión de Lucha de San Petersburgo, que consagró toda su vida, corta, pero hermosa, a la creación del partido proletario en Rusia.

Los Uliánov regresaron tristes a Shúshenskoe. La muerte segaba las vidas de los luchadores, ¡mas cuántas batallas deberían reñir aún! Era doloroso pensar en las víctimas ya inmoladas y en los muchos amigos que todavía habrían de perder.

En los tres años pasados en el destierro, Vladímir Ilich reflexionó todo el tiempo sobre el proyecto de organización de un periódico para toda Rusia, que debería servir de cimiento para la formación del partido. Lenin y Krúpskaya trazaron el plan del futuro trabajo, calculando los detalles más pequeños. Vladímir Ilich comprendía que en Rusia no le sería posible incorporarse activamente a la labor en él porque, sin duda alguna, le someterían a vigilancia. Por eso, decidió procurarse autorización para marchar al extranjero. De esto escribió a Potrésov y a Mártoev, acordando de antemano con ellos la salida del país.

Saboreando las futuras batallas y acciones masivas, los Uliánov, también allí, a millares de kilómetros de las urbes industriales, estaban en el centro de la vida social, estaban junto con todos sus amigos.

La pequeña colonia celebró solemnemente el Primero de Mayo de 1899. Se despertaron temprano, alegres, de buen ánimo. Todos se ataviaron, Elizaveta Vasílievna también, e incluso Pasha, la muchachita que ayudaba a los Uliánov en los quehaceres domésticos. Llegó Prominski, afeitado y luciendo una camisa almidonada. Los tres fueron a casa de Oscar, y después de comer se dirigieron al campo. Aquel pequeño grupo se sentía una partícula de la masa de millones de luchadores y soñaba con vivir hasta el día que el Primero de Mayo lo celebrasen centenas de millares de obreros.

Dura vida la del destierro, pero los Uliánov eran jóvenes, se amaban, poseían una radiante vitalidad y sabían tomar de la vida todo lo bello que ella les ofrecía.

"... No se olvide que éramos recién casados —escribió Nadezhda Konstantínovna, evocando aquellos tiempos—, y

esto embellecía el confinamiento. Que no hable de ello en mis memorias no significa en modo alguno que en nuestra vida no hubiese poesía y pasión juvenil. No podíamos soportar el espíritu pequeñoburgués, y mamá tampoco. En nuestra vida no hubo trivialidad. Ilich, y yo nos conocimos siendo marxistas revolucionarios ya formados: esto marcó su sello en nuestra vida conyugal y en nuestro trabajo común”.

Muchos años después, en una carta a Inna, hija de I. Armand, Krúpskaya hablaría del destierro: “Qué vivo se alza ante los ojos aquel tiempo de integridad primitiva, virginal, y de alegría de la existencia. Todo era como primitivo: la naturaleza; la acedera, los hongos, la caza, los patines; el apretado e íntimo círculo de camaradas; los viajes a las fiestas —hace exactamente treinta años de aquello—; el compacto y estrecho círculo de camaradas-amigos en Minusinsk; los paseos y canciones conjuntos y unas ingenuas diversiones comunes; en la casa, mamá, la hacienda doméstica primitiva, seminatural; nuestra vida; el trabajo común, idénticas emociones y las mismas reacciones: recibimos libros de Bernstein, nos excitamos, nos indignamos, y así todo... Y, por cierto, ha quedado mucho de aquella época. La misma inquietud: leo y releo a Vladímir Ilich, muchas cosas las comprendo mucho más profundamente: el pensamiento está orientado a lo mismo: a mirar la vida de las masas, que ahora crece con singular ímpetu...”

En el territorio de Minusinsk no se habría encontrado un solo hombre que no fuera aficionado a la caza. En los primeros tiempos, a Nadezhda Konstantínovna le asombraban las interminables conversaciones venatorias, pero luego ella misma se sintió atraída por este arte y en las cartas a los familiares hablaba de los éxitos cinegéticos de Vladímir Ilich.

En las largas tardes invernales, cuando sobre el pueblo aullaba la ventisca, arropando las casas con un espeso manto de nieve, Vladímir Ilich tallaba figuras de ajedrez en las horas de descanso. Nadezhda Konstantínovna y él se sentaban junto a la estufa, con el hogar abierto. Manejando hábilmente el cuchillo de caza, Lenin hacía figuras de ajedrez, tallándolas de gruesas cortezas de árbol.

Los confinados jugaban al ajedrez cuando se reunían. Vladímir Ilich jugaba por correspondencia con Lepeshinski. Krúpskaya decía bromeando que Ilich, dormido o despierto, sólo hablaba de los enemigos políticos o de ajedrez.

Los días y los meses fueron encadenándose en años. Se acercaba la fecha final del destierro de Vladímir Ilich. Durante todo este tiempo la policía no dejó de fijar su atención en los Uliánov. Cada día se presentaba en su casa el representante de la autoridad, un campesino acomodado del pueblo, y en un cuaderno especial anotaba que las personas vigiladas se hallaban presentes. Para salir de Shúshenskoe, aunque sólo fuera por un día, era necesario pedir autorización al jefe de policía de Minusinsk, que no siempre la daba. Verdad es que el representante local observaba con bastante calma la práctica jurídica de Vladímir Ilich, aunque de manera sistemática informaba al jefe de policía sobre quiénes y cuándo visitaban a los Uliánov.

Todo discurría normalmente. Mas, de pronto, en la noche del 2 al 3 de mayo de 1899 los gendarmes irrumpieron en la casa para hacer un registro. Se les recibió con gran tranquilidad, e incluso Pasha no dejó ver su susto. Inicióse el procedimiento conocido: rebuscaron por doquier, en la cocina, en el comedor, en el dormitorio.

Siguiendo una vieja costumbre petersburguesa, los Uliánov guardaban aparte la literatura clandestina, dejándola en el anaquel inferior de la librería. Cuando un gendarme se aproximó a ella, Vladímir Ilich le puso un taburete para que le fuese más cómodo empezar la busca por el anaquel superior. El gendarme hojeó perplejo las numerosas recopilaciones estadísticas, las obras de economía y los libros en lenguas extranjeras. No había nada peligroso en ninguno de los anaqueles. “¿Y qué tienen ahí?”, preguntó uno de los agentes, señalando el anaquel inferior. Adelantándose al marido, Nadezhda Konstantínovna respondió: “Mi literatura pedagógica. Puedo mostrársela”. “No hace falta”, sacudió la mano el gendarme, y pasó a registrar el escritorio. Al fin, allí encontraron lo que buscaban, al parecer como pretexto: una carta de Y. Liajovski, de Verjolensk, a Vladímir Ilich, en la que se hablaba de un monumento a Fedoséiev.

Los gendarmes se llevaron la carta, aunque en ella no había nada censurable. Hasta que se hizo de día estuvieron los Uliánov poniendo en orden las habitaciones. Les preocupaba que pudiesen agarrarse a aquello para aumentar el plazo del confinamiento. Esto frustraría todos los planes, pues ya se habían puesto de acuerdo sobre todo con los camaradas. Fugarse no tenía sentido, porque antes de

marchar al extranjero era preciso realizar un gran trabajo en Rusia y para ello se necesitaba estar en situación legal. Por fortuna, no se prolongó el confinamiento.

Los Uliánov prepararon alegremente su marcha. Embalaron los libros, para enviarlos por transporte separado. Al pesar el cajón donde iban la báscula marcó cerca de ¡250 kilos!

El destierro de Vladímir Ilich terminaba el 29 de enero. Decidieron marchar ese mismo día, por la mañana. Elizaveta Vasílievna y Pasha, con el rostro abotagado por las lágrimas, prepararon rabioles rusos para el viaje. Oscar y Prominski les ayudaron a hacer el equipaje.

29 de enero de 1900. Era un día de sol y templado, en la escala de las temperaturas siberianas: nada más que 28 grados bajo cero. Acudieron a despedirles Engberg, la familia Prominski, los vecinos, el maestro. Todos estaban emocionados. Las últimas palabras de despedida, los últimos abrazos. Nadezhda Konstantínovna y Elizaveta Vasílievna se sentaron en el trineo, arropándose con la gran manta de piel de oveja. Vladímir Ilich, que llevaba abrigo de pieles y botas altas de fieltro, se colocó junto a ellas. Tinteneó la campanilla del caballo y partió el trineo. En el recodo del camino desaparecieron de la vista los acompañantes y la casa. ¡Adiós, Shúshenskoe!

Atardecía... A lo lejos se divisaba Minusinsk. El trineo fue deslizándose hacia la casa donde vivían los Starkov. Les esperaban. Sobre la mesa hervía el samovar.

Allí, a los Uliánov se unieron Vasili Starkov y Olga Alexándrovna, mujer de Mijaíl Silvin, que ya tenían dispuesto todo el equipaje. El 30 de enero, también por la mañana, salieron para la estación de Achinsk. Este camino era duro: centenares de verstas en cuatro días. Descansaban en las isbas destinadas para los viajeros. A veces, para animarles, Vasili Starkov desenfundaba su inseparable guitarra y todos se ponían a cantar a media voz. Y de nuevo el camino, el frío glacial, la nieve. Raramente se cruzaban con algún trineo. Al fin llegaron a Achinsk, justamente a la hora de la salida del tren Irkutsk—Moscú, que partía a las siete de la mañana. Los Uliánov iban a Ufá. Había sido denegada la solicitud de Vladímir Ilich y María Alexándrovna para que se autorizara a Krúpskaya a marchar con su marido hasta Pskov.

Ufá recibió a los Uliánov con el cielo despejado y un frío que helaba los huesos. Cubierta de nieve, ofrecía el aspecto de ciudad engalanada para una fiesta, pero también de lugar apartado, perdido.

Los camaradas les hablaron de la situación en la ciudad, que aun siendo un centro provincial de comercio, contaba ya con industria propia: fábricas de ladrillos, funderías de hierro y serrerías. Por consiguiente, tenía también clase obrera.

En los dos días que estuvo en Ufá, Vladímir Ilich pudo discutir con los camaradas el plan de organización del periódico político clandestino para toda Rusia y acordar cómo estarían enlazados con él y le prestarían ayuda y qué trabajo realizarían. Gracias al esfuerzo común se logró encontrar un piso pequeño y barato para Nadezhda Konstantínovna y Elizaveta Vasílievna. Lenin las dejó alojadas y pidió a los camaradas que se preocuparan de ellas. La despedida fue penosa. Nadia supo dominarse y procuró no mostrar su tristeza. La separación era dura para ella, pero ni siquiera llegó a pensar que Vladímir Ilich pudiera quedarse en Ufá, a su lado. Pasaron la noche entera conversando, aunque, en verdad, todo lo habían convenido ya muchas veces, previendo las más diversas situaciones. Por la mañana, Nadia fue a despedir a su marido.

Madre e hija empezaron a adaptarse a la vida en la nueva ciudad. Los amigos las visitaban diariamente, ayudándolas en lo que podían. Como siempre, carecían de medios de existencia. Nadezhda Konstantínovna volvió a dar clases particulares, pero ya en el mes de marzo tuvo la desgracia de enfermar gravemente. La prisión se dejaba sentir todavía. El médico le aconsejó que ingresara en una clínica. Nadia escribió a Vladímir Ilich, diciéndoselo. A Lenin le inquietó mucho la dolencia de su esposa y quiso marchar inmediatamente a Ufá, mas para ello hacía falta una autorización especial. En los archivos policiales se conserva una solicitud de Vladímir Ilich en la que pedía permiso para vivir en Ufá durante mes y medio con motivo de la enfermedad de su esposa.

Nadezhda Konstantínovna y su madre seguían sin dinero. Con sus ingresos no podían cubrir siquiera los gastos de la vida más humilde. Por añadidura, entonces necesitaban una suma importante para costear la curación de Nadia. Esto lo

previó Lenin y envió a su esposa el dinero que había recibido de la editora Vodovózova.

Tres semanas estuvo Nadezhda Konstantínovna en la clínica. El doctor principal de ella confirmó el diagnóstico del médico de Minusinsk: afección de la glándula tiroidea y de todo el sistema endocrino. Por fortuna, el organismo triunfó sobre la enfermedad. Enflaquecida y pálida, salió de la clínica. Encontró desconocida a Ufá. Habíase adelantado la primavera y las calles se habían convertido en un lodazal intransitable. Las aceras de troncos eran resbaladizas y sólo se podía ir por ellas con extraordinaria precaución.

Ufá constituía el centro de una inmensa región. En rededor de ella —en Sterlitamak y en Belebéi— había muchos desterrados. Era, además, lugar de tránsito de confinados, y los que regresaban del destierro iban a ella para lograr algún trabajo. Allí fueron Márto, que no había podido abandonar rápidamente Turujansk, G. Okúlova, Panin y muchos otros.

A la sazón Lenin ya había empezado a formalizar los documentos para marchar al extranjero. Pese a todas las trabas, consiguió que le dejaran visitar a su esposa, recibió, al fin, la autorización oficial. A Ufá fueron tres: su madre, su hermana mayor y él. Nadezhda Konstantínovna les recibió en el desembarcadero. Con su ligero vestido claro, la gruesa trenza que le caía hasta la cintura y el sombrero de ancha ala parecía realmente una muchacha.

María Alexándrovna y Anna Ilínichna regresaron días después. Vladímir Ilich vivió en Ufá unas tres semanas. Ayudó a Nadia a arreglar su vida, conoció a los que tenían trato con ella y estuvo a veces con sus alumnos, grandes y pequeños. Como siempre, en muy poco tiempo supo ganarse la simpatía de los niños.

Casi cada día, Lenin se entrevistaba con los socialdemócratas de la ciudad. Una y otra vez precisaron cada detalle del contacto entre ellos. Acordaron que toda la correspondencia y todas las informaciones se transmitirían por medio de Nadezhda Konstantínovna. Charlaron largamente aquellos días, paseando en las tardes templadas por la pintoresca ribera del río Biélaya.

Llegó el día de la nueva separación, que aquella vez sería prolongada, por ocho meses. En la última decena de julio

Lenin ya estaba en Austria. Krúpskaya prosiguió el trabajo, procurando agrupar a todos los socialdemócratas, que en Ufá estaban divididos en varios grupos. Alrededor de ella se estructuró un fuerte núcleo, muy ligado con los obreros de las empresas de la ciudad. Por ejemplo, en los talleres ferroviarios se formó un círculo de doce personas, entre las que destacaba por su actividad Iván Yakútov. Este obrero era un auténtico revolucionario. Odiaba más que a nada la jactancia, los gritos, las palabras altisonantes. Todo lo hacía a conciencia, sólidamente, sin ruido. Yakútov estaría durante la revolución de 1905 al frente de la república proclamada en Ufá.

Le ahorcaron en la prisión urbana. Durante su ejecución, de toda la cárcel, de todas las celdas, se elevaron canciones: los hombres juraban al valeroso revolucionario que continuarían su obra y le vengarían.

A casa de Krúpskaya iba con frecuencia el encuadernador Krylov. Era un magnífico camarada y conspirador, un hombre realmente inapreciable para el trabajo clandestino. Más tarde, Krylov recordaría: "...Ayudé a Nadezhda Konstantínovna a enviar a Lenin cartas secretas. Esto lo hacíamos así: Krúpskaya escribía la carta con tinta china en papel opaco y yo preparaba cubiertas dobles para los libros, colocando entre ellas el papel opaco, que embadurnaba con engrudo, y remitía los libros a Lenin. El ya estaba advertido: introducía las cubiertas en agua hirviendo, el engrudo se disolvía, la tinta china no se borraba y podía leer las cartas. Una vez le mandamos de este modo una carta en la novela *Resurrección*, de León Tolstói". Krúpskaya se hacía querer de todos los que la rodeaban. Con ella, mejor que con nadie, se deseaba hablar de lo más íntimo. Sabía escuchar, sabía compartir los sentimientos... y, con una o dos frases, infundir ánimo en el hombre, inculcarle seguridad en el futuro. No fue casual que los demócratas de Ufá, a los que había unido Nadezhda Konstantínovna, se hicieran firmes y abnegados iskristas, no temblaran en los años de la más cruel represión y se mantuviesen fieles a la bandera de Lenin. Con muchos de ellos, como Alexandr Tsiurupa y su familia, conservaría la amistad largos años.

Cada revolucionario que pasaba por Ufá de camino constituía un motivo de gran alegría para Krúpskaya. En su casa estuvieron los socialdemócratas Rumiántsev y Portugá-

lov, así como Leontóvich y Borózdich, miembros de la organización Voluntad del Pueblo.

Un día, a primera noche, Nadezhda Konstantínovna oyó que llamaban con precaución a la puerta. Elizaveta Vasílievna, que cosía, levantó alarmada la cabeza. "No vayas, mamá, abriré yo misma". Nadia se puso en pie y con una lámpara en la mano fue hacia la puerta. En el porche había una figura femenina. Nadia alzó la lámpara sobre la cabeza, escrutó con la mirada el rostro de la visitante y dejó escapar un grito de sorpresa: "¿Eres tú, Lidia!" Sí, era Lidia Knipóvich, que acababa de llegar clandestinamente de Astrajan. "He venido para saber de buena tinta qué está tramando tu Uliánov con lo del periódico, cómo puedo ayudar y qué debemos hacer los de Astrajan".

Nadezhda Konstantínovna le expuso el grandioso plan de agrupación de toda la socialdemocracia de Rusia mediante la publicación de un periódico clandestino. A esta obra cada uno podía y debía contribuir con su aporte. Crónicas, propagación del periódico, reimpresión del mismo y discusión de sus artículos e informaciones: todo esto ofrecía el más amplio campo de acción a los que luchaban en la clandestinidad y debería unir a quienes estaban dispuestos a trabajar minuciosamente y con riesgo para la vida cada día y a cada hora. Knipóvich marchó unos días después. Krúpskaya quedó tranquila: ¡en Astrajan habría un centro de *Iskra*!

El importante papel que desempeñó Krúpskaya en la organización de puntos de apoyo de *Iskra* en diferentes ciudades de Rusia lo señaló A. Piskunov, que se vio con ella en Ufá y luego trabajó en Nizhni Nóvgorod.

Las cartas de Vladímir Ilich desde el extranjero llegaban con lacerante tardanza. Además de la lentitud del correo, de que se perdían y eran retenidas por la policía, estaban escritas con discreción (por razones conspirativas). De ahí que centenas de preguntas esperaban largos meses hasta obtener respuesta.

Nadezhda Konstantínovna sentía gran inquietud: ¿Cómo habría transcurrido el encuentro de Vladímir Ilich con Plejánov? ¿Qué actitud habrían mantenido los miembros de Emancipación del Trabajo hacia el proyecto de publicación del periódico? ¿Habrían aceptado colaborar en él? Entre las discretas líneas de las cartas de Lenin adivinaba Krúpskaya sus dificultades y amarguras. Todo sucedía con mucha

menor rapidez de la prevista y no tan llanamente como se había pensado. Lenin escribió en el extranjero unas notas para su esposa sobre sus conversaciones con Plejánov, titulándolas *Cómo por poco no se apagó "Iskra"*.

En septiembre de 1900, Nadezhda Konstantínovna, por encargo de Lenin, organizó el envío a Plejánov del mandato de delegado de los veinte socialdemócratas de Ufá para participar en las labores del V Congreso Socialista Internacional, que se celebraría en París. Después, Plejánov publicaría en la revista *Zariá* ("La Aurora") el artículo *Unas palabras sobre el último Congreso Socialista Internacional de París (carta abierta a los camaradas que me enviaron el mandato de delegado)*. En este artículo Plejánov parecía rendir cuenta de su gestión ante los socialdemócratas de Ufá.

El primer número de *Iskra*, aparecido en diciembre de 1900, lo recibió Krúpskaya ya en febrero, y a través de ella llegó a los socialdemócratas de Ufá y a los camaradas de muchas ciudades y centros obreros de Bashkiria. Más tarde, desde Bashkiria se enviarían con regularidad crónicas obreras al periódico leninista.

En los últimos meses de su estancia en Ufá, Krúpskaya desempeñó el cargo de tesorero de la organización socialdemócrata local, a la par que recaudaba dinero para la edición de *Iskra*: este dinero ingresaba en el fondo común del periódico, que estaba muy necesitado de recursos. La recepción de ayuda dineraria de los camaradas de Ufá aparece confirmada en una nota sobre los ingresos y gastos de *Iskra* hecha por Lenin. En la partida de ingresos se lee: "427 marcos 88 pfennings, de Rusia (Ufá)".

Nadezhda Konstantínovna informaba en detalle a Ilich de todos los acontecimientos en Rusia y le hablaba de su vida. Mas casi toda su correspondencia se ha perdido para nosotros.

Las condiciones de la conspiración exigían destruir cuanto pudiese comprometer ante la policía. Y con gran dolor de corazón, después de saber casi de memoria cada carta de Vladímir Ilich, Krúpskaya las quemaba.

Entre tanto, la vida en Ufá discurría por su cauce habitual. A las lecciones dedicaba Krúpskaya seis horas al día. Eran varias, y, como escribió Nadezhda Konstantínovna, le resultaban "bastante agradables y no mal pagadas (62 rublos)". Una de ellas la daba en casa de un comerciante

millonario, en la que enseñaba a cinco niños de diferente edad.

El talento pedagógico de Krúpskaya se perfeccionaba y desarrollaba. Daba clases de ruso, literatura, matemáticas, historia, geografía y latín. Al éxito de las lecciones contribuía en gran medida la calurosa simpatía que se creaba entre la maestra y los alumnos. En su afán de que las clases fueran entretenidas, Nadezhda Konstantínovna hacía con estampas "jardines zoológicos" para los niños.

Una de las lecciones la tenía por la tarde, lo cual, en otoño, con el suelo enfangado, le causaba muchas molestias. Durante casi una hora debía ir por calles apartadas y oscuras, que, a menudo, el barro hacía intransitables. A veces era acompañada por alguno de los amigos, pero ella siempre protestaba: ¿para qué dejarnos ver juntos por la policía?

Durante la confinación en Ufá Krúpskaya se dedicó intensa y tesonosamente al estudio de idiomas. Sviderski le dio la dirección de un ingeniero alemán, que trabajaba en una de las fábricas de Ufá. Un domingo fue a casa de "el berlinés". Se negó porfiadamente a darle lecciones, pero al final se pusieron de acuerdo en que conversarían los domingos. El señor ingeniero resultó ser un profesor innato y un hombre muy hablador, lo que coadyuvó bastante a los progresos de su alumna. Krúpskaya escribía en alemán composiciones de diez páginas, leía bellas letras; el alemán le proporcionó poesías de Goethe y Heine y diversas novelas. Al mismo tiempo estudiaba francés, como comunicó a María Alexándrovna: "He ingresado aquí en unos cursos de francés... tres veces a la semana, a razón de una hora: seis rublos al mes. Son cursos orales, y hasta ahora estoy muy contenta. Formo parte del grupo superior, en él somos cuatro. El profesor francés tiene experiencia y lleva las clases muy vivamente, pero los alumnos son flojillos. Lo único lamentable es que no tengo ningún libro francés, y el profesor nos da para leer periódicos del mes de junio (la carta fue escrita el 1 de octubre de 1900.— *N. de las Aut.*) o revistas a las que les falta el principio y el fin".

Así iban transcurriendo los días, henchidos de trabajo revolucionario, de instrucción propia y de enseñanza a los niños. En agosto Nadia y su madre se mudaron de piso, trasladándose a otro con habitaciones cómodas y espaciosas. Incluso tenían piano.

Uno de los socialdemócratas desterrados, A. Petrenko, escribiría, refiriéndose a aquellos días:

"El apartamento en el que vivía ella (*N. K. Krúpskaya. — N. de las Aut.*) con su madre viejecita, a la que amaba tiernamente, servía de lugar de enlace entre los confinados políticos y Vladímir Ilich. A través de Nadezhda Konstantínovna nos carteábamos con él y por ella conocíamos las novedades políticas más interesantes, que no podían leerse en la prensa legal.

Desde la llegada de Nadezhda Konstantínovna a Ufá se establecieron entre nosotros buenas relaciones de camaradería a base de nuestra labor conjunta diaria para traducir textos de Engels o de Kautsky, y de tiempo en tiempo yo recibía de ella cartas breves, pero enjundiosas, informándome de los acontecimientos de actualidad".

Casi no disponía de tiempo para descansar. A veces se reunían los amigos y tocaban música. Krúpskaya leía casi siempre por las noches; lo hacía con deleite, apasionadamente. En Ufá escribió su primer artículo periodístico: *El aspecto social de las cuestiones pedagógicas*. Luego escribió otro artículo analítico sobre la novela *Los tres*, de Máximo Gorki. Se titulaba *La escuela y la vida*; lo envió a *Samárskaya gazeta* ("La Gaceta de Samara"), donde apareció en el N° 36, del 16 de febrero de 1901.

Posteriormente, Krúpskaya escribiría a Máximo Gorki, hablándole de su primera experiencia periodística: "Recuerdo que en 1900-1901, cuando cumplía la pena de confinación en Ufá, leí el comienzo de su novela *Los tres*, y me cautivó tanto que incluso escribí algo para *Samárskaya gazeta*, aunque entonces no tenía aún nada de escritora. Seguramente escribí algo absurdo. En aquel tiempo sentía pasión por la literatura, y al leer me olvidaba de todo en el mundo".

Tocaba a su fin el confinamiento, y cada día quedaban menos hojas en el calendario, aproximándose la radiante fecha de la marcha. A millares de kilómetros de Ufá esperaba inquieto Vladímir Ilich, contando los meses, semanas y días que faltaban para volver a estar reunidos. El 27 de enero de 1901 escribió a su madre: "Ya quedan menos de dos meses hasta el fin del destierro de Nadia; pronto irá ahí y, por supuesto, se verá contigo" *.

* V. I. Lenin. *A M. A. Uliánova. 27.I. 1901. O.C.*, t. 55, pág. 202.

En carta del 9 de febrero, Vladímir Ilich pidió a su madre que presentase con tiempo una solicitud en el departamento de policía para que autorizasen a Nadezhda Konstantínovna a parar por unos días en su casa en Moscú. El 20 de febrero escribía: "Pronto se cumplirá el plazo de destierro de Nadia (el 24.III según el calendario de aquí, y el 11.III por el ortodoxo). En estos días enviaré la solicitud para que le expidan el pasaporte"*. ni en Munich ni en Praga había cónsul de Rusia, y al objeto de legalizar la firma en la solicitud de pasaporte para el extranjero, Lenin tuvo que ir a Viena.

En uno de los libros enviados por vía oficial, a través de un conocido que era funcionario del zemstvo**, Vladímir Ilich comunicó a Krúpskaya su dirección detallada y le explicaba cómo era mejor hacer el viaje.

Krúpskaya ansiaba recobrar la libertad. En sus cartas, quisiera o no, se le escapaban acentos románticos. Así, escribiendo a María Ilínichna decía: "... aquí todo sigue igual, si no es que el sol parece brillar alegremente, como en primavera, y que yo sueño con ella y vuelvo una y otra vez al mismo pensamiento: mes y medio, y allí... allí, la felicidad me vuelve completamente tonta, sobre todo al imaginarme mi viaje hasta donde está Volodia... La calle empieza a tirar de mí, a veces, en lugar de sentarme a trabajar, me voy a vagar por las calles, un día incluso me puse a leer una novela ya por la mañana".

En la carta siguiente, a la hermana menor de Lenin, Krúpskaya escribía: "Queda un mes. ¿Verdad que es maravilloso? ¡Y habrá un momento en que sólo quedará un día! Sí, todo llegará".

Acercábase este día tan anhelado: el 11 de marzo de 1901. Al igual que en Shúshenskoe, no esperaron ni una sola hora. Todo lo embalaron de antemano, enviaron el equipaje, compraron los billetes. Con antelación concordó todo con los amigos: las direcciones, el transporte, la difusión del periódico. En la última tarde, todos los amigos, en grupos o de uno en uno, estuvieron en casa de Krúpskaya. La tristeza se mezclaba con la alegría. De muchos se despediría para

* Ibidem, pág. 204.

** Zemstvo: organismo administrativo local de la provincia o el distrito en la Rusia zarista.

siempre: no vivieron hasta la Gran Revolución de Octubre, pero ofrendaron a su victoria todas las energías y su propia vida.

Nadezhda Konstantínovna y su madre marcharon directamente a Moscú. Al principio, Nadia pensó pasar primero por Astrajan para ver a Lidia Knipóvich, pero en las últimas semanas, de pronto y por motivos ignorados, Vladímir Ilich había dejado de escribir, y Krúpskaya, alarmada, se apresuraba a reunirse con él. Detuviéronse unos días en Moscú, en casa de María Alexándrovna, que a la sazón vivía sola, pues su hija María estaba presa y la otra, Anna, había salido para el extranjero. El encuentro fue muy cordial, ya que se tenían gran cariño. Pasáronse horas enteras hablando del pasado, del presente y del futuro. María Alexándrovna pidió a Nadia que en adelante le escribiese cartas tan detalladas como las que le enviara desde Shúshenskoe. Nadezhda Konstantínovna, de todo corazón, le aseguró que lo haría y le prometió también cuidar de su hijo.

Nadia acompañó a Elizaveta Vasílievna a San Petersburgo para dejarla acomodada allí, porque ignoraba dónde y cómo iban a vivir en el extranjero. En seguida marchó a reunirse con Vladímir Ilich.

Como se aclararía después, el funcionario del zemstvo * se había apropiado del libro en el que Lenin comunicaba a Nadezhda Konstantínovna su dirección exacta, y por eso ella salió para Praga, telegrafando previamente a Vladímir Ilich. Estaba segura de que vivía allí con el apellido de Modraček, pues a este nombre le había dirigido las cartas desde Ufá. En San Petersburgo hacía frío y nevaba todavía, y Krúpskaya emprendió el viaje llevando abrigo de piel y todos los atributos del atuendo invernal.

La inquietud le invadía al acercarse a las fronteras del Imperio Ruso. ¿Y si, de pronto, los gendarmes cambiasen de idea, le quitaran el pasaporte para el extranjero y la destinasen a un lugar de residencia completamente distinto? Sin embargo, todo transcurrió felizmente. ¡Era libre!

Llegó a Praga. Con todas sus cestas y maletas descendió al andén. Nadie la esperaba. Poco a poco fue quedándose vacío el andén, sin que apareciese Vladímir Ilich. Quedó sola allí. Por último pidió a un mozo de cuerda que le ayudara a alquilar un coche. La reluciente chistera y el rostro imperturbable del cochero turbaron a Nadezhda Konstantí-

novna. Atravesaron toda la ciudad. Su desasosiego impedía a Krúpskaya admirar las calles antiguas, los espléndidos puentes y las iglesias medievales. La casa que buscaban estaba en una estrecha travesía de un arrabal obrero. Subió rápidamente al quinto piso y, cobrando aliento, llamó a la puerta. Abrió una checa rubia, sin duda el ama de la casa. Krúpskaya describió así este episodio: "Yo insistía: Modraček, el señor Modraček". Salió un obrero y dijo: "Yo soy Modraček". Desconcertada, mascullé: "No, Madraček es mi marido". Al fin, el obrero comprendió. "¡Ah! Usted, por lo visto, es la esposa del señor Rittmeyer. Vive en Munich, pero le mandaba los libros y las cartas a Ufá por mediación mía".

Hasta la salida del tren de Munich quedaba todo el día. Los Modraček acogieron a Nadezhda Konstantínovna con gran cordialidad.

En Munich, naturalmente, no la esperaba nadie.

A fin de evitar nuevos equívocos, entregó su equipaje en la consigna y se dirigió en tranvía a la dirección que le había dado Modraček. Los pasajeros miraban con asombro no disimulado su "toilette siberiana". En Munich ya hacía calor, y la gente iba a cuerpo. En cambio, ella llevaba todavía su abrigo de piel.

El conocimiento del alemán le fue útil. Sin gran dificultad encontró la calle y la casa que buscaba, pero el apartamento № 1 resultó ser una típica cervecería bávara. Por suerte, en ella había poco público, y la escena siguiente casi no tuvo testigos. Tras el mostrador recubierto de cinc, lleno de bocks de cerveza, estaba el dueño de la cervecería, un alemán grueso y grande, con un paño sobre el hombro. Nadezhda Konstantínovna se acercó indecisa a él y, en respuesta a su asombrada mirada, dijo entre dientes: "Quisiera ver al señor Rittmeyer". El alemán hizo una hospitalaria reverencia: "Soy yo". Krúpskaya apenas tuvo fuerza para susurrar: "No, Rittmeyer es mi marido". A esto siguió una escena a la manera gogoliana. En ayuda de ella acudió la mujer del cervecero. Tendiendo fijamente la mirada sobre la visitante, levantó las manos: "Seguramente es usted la esposa del señor Meyer. El espera que llegue de Siberia".

Acompañada por la señora Rittmeyer, Krúpskaya atravesó el patio de una casa enorme y entró en otro patio interior. El aspecto de aquel sitio le pareció incómodo e inhabitado. Llamaron a una puerta y oyó la voz conocida: "Pasen, por

favor". Al entrar, vio a Vladímir Ilich, Anna Ilínichna y Márto, sentados en torno a una mesa. El ama, al oír las jubilosas exclamaciones, se retiró discretamente. Llovieron las preguntas recíprocas. "¿Por qué no me escribiste cómo encontrarte?", preguntó Nadezhda Konstantínovna. Lenin se sorprendió: "Te lo escribí todo. Tres veces al día he estado yendo a recibirte". Fue en ese momento cuando se aclaró la faena que les había jugado el funcionario del zemstvo, quedándose con el libro destinado a Nadeshda Konstantínovna.

Empezaban los largos años de emigración.

“Iskra”

Después de la llegada de Nadezhda Konstantínovna, los Uliánov vivieron primeramente en una pequeña habitación del piso de una familia obrera numerosa, que subarrendaron al leer su oferta en un anuncio. En la casa reinaba una “insólita” limpieza, pero también desde todos los rincones saltaba a los ojos una lúgubre indigencia. Los niños pronto tomaron cariño a Krúpskaya. Ella había organizado la vida doméstica y aparecía a menudo en la cocina, donde, en realidad, se albergaba toda la familia. Al principio, los niños, muy educados y disciplinados, la recibían en silencio y recelosos, pero pronto empezaron a hablarle animadamente de sus asuntos. Con gran interés preguntaba a los chicos mayores por la escuela, los maestros y las materias que estudiaban y leía atentamente sus manuales.

Para empadronarse en Munich era preciso tener pasaporte. Los Uliánov vivían clandestinamente, temerosos de que la policía rusa pudiera ponerse de acuerdo cuando quisiera con la alemana a fin de que se les enviara a su país como “extranjeros indeseables”. Los amigos les facilitaron un pasaporte búlgaro a nombre del doctor Iordánov, en el que estaba incluida su esposa, Márítsa. Muchos emigrantes rusos vivían entonces con pasaportes búlgaros, y a los alemanes no les extrañaba que aquellos búlgaros no hablaran su lengua vernácula, o, posiblemente, los idiomas ruso y búlgaro sonaban igual para ellos.

Los Uliánov vivían lejos de la colonia rusa, al objeto de no violar las reglas de la conspiración, y procuraban no encontrarse con compatriotas de los diversos grupos políticos.

A los primeros días de su llegada, ya Vladímir Ilich expuso a Nadezhda Konstantínovna la situación creada en torno de *Iskra*. En Munich sólo había vivido hasta entonces Vera Ivánovna Zasúlich. Luego, directamente desde el destierro, llegó Mártov. Plejánov y Axelrod insistían en trasladar la impresión de *Iskra* a Suiza, pues querían que estuviera por entero bajo su influencia, aunque a la sazón no atribuían gran importancia al periódico. Lenin dijo con gran entusiasmo a su esposa: “Ya verás a Vera Ivánovna. Es una persona de pureza cristalina”. Y, en efecto, agradó mucho a Nadezhda Konstantínovna. Vera Zasúlich tenía el aspecto típico de la nihilista de Turguénev: iba vestida con descuido, fumaba sin cesar y se distinguía por el completo desorden de su vida. Sin embargo, del grupo Emancipación del Trabajo era la única persona que no se había adaptado a la vida en el extranjero y ardía en deseos de volver a Rusia, la echaba de menos. En 1900 logró ir a la patria clandestinamente, pero esto era poco para ella.

Cuando Vladímir Ilich presentó una a otra, Zasúlich dijo sin ambages a Krúpskaya: “Ande, cuénteme. De nuestros hombres se saca poco: sólo tratan de política, pero usted me hablará de Rusia, de los campesinos. ¿Cómo van todas las cosas por allí?” Oculta tras la densa cortina del humo de los cigarrillos, Nadezhda Konstantínovna le habló de Moscú, de San Petersburgo, del Yeniséi y del Neva, de los obreros y las obreras. Con el sentido del humor innato en ella contó lances de sus choques con la policía. Luego, sin poderse contener, abrazó a Zasúlich por la espalda y le preguntó: “Ahora, usted, Vera Ivánovna, dígame cómo disparó contra Trépov”. “¡Ah, eso es lo que quiere saber! —exclamó evasivamente—. Fue hace tanto tiempo. Me indignaba la indiferencia general por la suerte de los presos políticos. Estaba terriblemente agitada. Además, no me propuse matarle. Sólo pretendía que aquel disparo despertara la conciencia pública”. Así seguía siendo Vera Zasúlich, no sabía hacer nada a medias, se entregaba por entero al trabajo. La participación en *Iskra* significaba para ella el contacto vivo con Rusia, era una cuestión de vida o muerte.

Entonces Krúpskaya y Zasúlich se veían de continuo. El nihilismo de Zasúlich impresionaba a Krúpskaya mucho más que el “espíritu doméstico” de algunas esposas de los

políticos residentes allí, que chismorreaban sobre la revolución en los intervalos entre la cocción de mermelada y las labores de punto.

Nadezhda Konstantínovna, muy indulgente, bondadosa y sensible, era intransigente en su actitud hacia las personas. Se metía en su concha, "erizaba las púas", como decía, riéndose, Anna Ilínichna, si alguien suscitaba en ella la protesta espiritual. Una vez dejó perplejo a Vladímir Ilich con una pregunta inesperada: "¿No te parece que Yuli es un charlatán?" Lenin estimaba a Márto, hacia muchos años que le conocía, estaba acostumbrado a sus rarezas y apreciaba su talento periodístico; por todo esto le perdonaba su in exhausta verborrea. A Krúpskaya le asombraba que se pudiese hablar de todo horas enteras, saltando de un tema a otro, sin ningún sentido. Márto iba a casa de los Uliánov a la una de la tarde y acudían también Zasúlich y Potrészov. Las reuniones se alargaban a cinco o seis horas de discusión. Krúpskaya veía que Vladímir Ilich se cansaba y perdía la capacidad de trabajo. Intentó implantar un nuevo orden en las reuniones, pero Yuli no podía prescindir de las conversaciones generales. Por eso, Nadezhda Konstantínovna le parecía seca: sólo hablaba directamente de los asuntos de *Iskra*. Por fortuna, pronto llegó Dan con su familia, y Márto empezó a pasar con ellos días enteros.

En Munich Krúpskaya conoció a la magnífica revolucionaria alemana Clara Zetkin. Esta mujer, pequeña, distinguida, de grandes ojos negros y siempre vestida elegantemente, se apasionaba al hablar de las batallas clasistas y de la defensa del marxismo. Krúpskaya se habituó pronto a su rápido alemán y charlaba a menudo con ella. Zetkin le hablaba de la situación política en Alemania y caracterizaba atinadamente a los jefes de la II Internacional. Serían Clara Zetkin y Adolfo Braun, director de la *Gaceta Obrera de Sajonia*, quienes ayudaran a Lenin a encontrar un local para la imprenta de *Iskra*.

La imprenta, de un socialdemócrata alemán, se hallaba en Probstheida, suburbio de Leipzig, en la calle Hauptstrasse, 48. Entre el 15 y el 23 de diciembre de 1900, Lenin estuvo varias veces en Leipzig para comprobar personalmente cómo se imprimía el primer número de *Iskra*.

Los tipos rusos se los proporcionaban los obreros en dos grandes imprentas donde editaban libros eclesiásticos rusos.

El cajista era Joseph Blumenfeld, socialdemócrata polaco. Vivía en Leipzig con el apellido de Werner. El primer número de *Iskra* fue remitido clandestinamente a Bélgica y Suiza.

Por razones conspirativas, la sucesiva impresión de *Iskra* se trasladó a Munich, a la imprenta de Maximus Ernst. Allí fue también el cajista Blumenfeld. Conocía bien su oficio y enseñó rápidamente a un cajista alemán los tipos rusos. Y él empezó a participar en el transporte clandestino de *Iskra*. Todas las instrucciones como agente del periódico las recibía de Krúpskaya, y con frecuencia estuvo en casa de los Uliánov, en un apartado arrabal de Munich. Blumenfeld relacionó a Lenin y Krúpskaya con muchos socialdemócratas polacos.

Gran ayuda a *Iskra* prestó también Julián Marchlewski, que entonces formaba parte del órgano directivo del Partido Socialdemócrata Alemán, perteneciendo al ala marxista del partido, junto con Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y otros. Fue por entonces cuando los Uliánov conocieron a Bronislawa, la esposa de Marchlewski, que contribuyó activamente a la organización y difusión de *Iskra*. La amistad con los Marchlewski duraría muchísimos años.

Iskra formó una recia base del partido. Bajo la dirección de Lenin, a comienzos de 1901 se constituyó el grupo de ayuda a *Iskra*, cuyos agentes trabajaban en Rusia.

Iskra agrupaba en torno suyo y atraía no sólo a las mejores fuerzas de la socialdemocracia de Rusia, sino también a socialdemócratas muy destacados de Europa. En Munich, los "Ilich" (así llamaban los amigos a los Uliánov) tuvieron que trabajar mucho, y cuando disponían de algunos minutos libres, recorrían por las tardes las angostas callecitas empedradas del Munich antiguo. Vladímir Ilich enseñaba a su esposa los monumentos y lugares notables de la vieja capital de Baviera, extendida pintorescamente a orillas del río Isar.

Mas durante estos paseos, a cualquier sitio que fuesen, no dejaba de vivir en ellos la pasión por su obra y conversaban sobre todo de cosas relacionadas con ella. Como hiciera en Shúshenskoe, Vladímir Ilich hablaba a su esposa de lo que escribía, le explicaba detalladamente sus planes y pensamientos y desarrollaba ante ella una u otra tesis del libro *¿Qué hacer?* Lenin sentía la necesidad imperiosa de confiar a

Nadezhda Konstantínovna lo que le inquietaba y dolía. Por supuesto, hablaban más que nada de *Iskra*.

Hasta que llegó Krúpskaya, el trabajo de secretaria del periódico lo desempeñó Inna Smidóvich, esposa del doctor Lehman, pero Vladímir Ilich advirtió desde el principio que esa labor la cumpliría Nadezhda Konstantínovna cuando llegara. A ella le podía confiar esta tarea de la mayor importancia. Felizmente, Plejánov no tenía candidato para el cargo, y además veía en *Iskra* algo de segundo orden, ocupándose ante todo de la revista *Zariá*.

Poco a poco el trabajo de la secretaria fue aumentando enormemente. De Rusia se enviaban cartas a diferentes direcciones de muchas ciudades de Alemania, desde ellas se remitían a Berlín al doctor Lehman y éste las mandaba por correo a la redacción del periódico. Era preciso descifrar cada carta, copiarla y sacar de ella la información para las crónicas. Las respuestas dirigidas a Rusia también seguían varias etapas: se enviaban cartas corrientes sobre novedades familiares, pero en ellas, por medio de la "química", se escribían cartas cifradas de Lenin o contestaciones de la redacción. Por añadidura, de cada carta cifrada se sacaba copia obligatoriamente.

Krúpskaya dedicaba muchas horas a cifrar la correspondencia. De ordinario, como clave se utilizaba alguna poesía; a veces, páginas determinadas de obras en prosa. Exteriormente, la cifra era sencilla: cada letra se escribía en forma de quebrado, de acuerdo con la poesía convenida previamente: el numerador indicaba el renglón; el denominador, la letra. Exigíase rigurosamente que una misma letra estuviera representada por diferentes quebrados. Desconociendo la clave, en realidad era imposible leer la carta; el descifrado lógico lo excluía precisamente la distinta designación de una misma letra. Sólo Nadezhda Konstantínovna conocía las claves. Para Dmitri Ilich, la clave era la poesía *Instante*, de Nádson; para Iván Rádchenko, *Meditación*, de Lérmontov; para Krasin, *Canción de Ekaterina*, de Nekrásov. Más complicada clave tenía la Unión de Socialdemócratas Rusos del Norte: la obra *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, de Lenin. Lidia Knipóvich y el comité de Járkov tomaron como clave la *Biografía de Spinoza*, editada por Pavlénkov. "Me parecía que yo había nacido con la pluma en la mano", diría una vez Nadezhda Konstantínovna, hablando de este período de su

trabajo. Hasta en sueños veía las cifras escritas con "química", temía olvidar las poesías necesarias. Al despertarse, seguía tumbada un rato en la oscuridad, haciendo memoria de los asuntos urgentes. Cada texto cifrado era un hilo que se extendía hasta Rusia.

Las copias de las cartas sacadas por Krúpskaya llenaban unas veinte libretas escolares. Conservadas durante los numerosos cambios de residencia, constituyeron posteriormente una parte muy valiosa e importante del archivo del partido. La correspondencia de las redacciones de *Iskra* y *Zariá* con destinatarios extranjeros y rusos confirman el contacto de Lenin con inmenso número de personas.

Así como en el primer tiempo, cuando llegó al extranjero, sus destinatarios en Rusia eran sobre todo personas que conocía por el trabajo en la región del Volga, San Petersburgo y Moscú y con las que había tratado en el destierro, después, a partir de la publicación de *Iskra*, el círculo de sus partidarios fue ampliándose extraordinariamente. Al examinar la correspondencia se puede ver y aquilatar el papel de Krúpskaya como secretaria del periódico. Organizaba el transporte, enlazaba a los grupos dispersos, recaudaba dinero. Escribía cartas propias o añadía notas a las de Vladímir Ilich. Cada carta contenía abundante información. He aquí, por ejemplo, una de las cartas más características, enviada por Krúpskaya el 28 de mayo de 1901, desde Munich, a Lidia Knipóvich, a Astrajan: "A Persia se ha remitido literatura (desde Berlín), en cuatro paquetes, todo como se había convenido (se ha mandado el número 3 de *Iskra*, *Zariá*, *Apuntes de Witte*, *La mujer obrera* y *Los días de mayo*), o sea, que ya se ha mandado todo. Comunica si se ha cumplido todo. ¿Cómo se puede hacer llegar más rápidamente la literatura? Es importante saber todo esto a fin de esclarecer si esta vía es útil para el envío de los números de *Iskra* o sólo para los folletos, etc. Escribe lo que sepas.

Desde (Bakú) lo mejor sería enviar a Poltava las publicaciones recibidas, mandándolas por correo o con una persona. Dirección clandestina y para el correo, la contraseña... (En las copias, Nadezhda Konstantínovna no señalaba las direcciones, los nombres verdaderos y las contraseñas.— *N. de las Aut.*) Estaría bien verse con Liuba (Leiba), encontrarla en Járkov. Además, hemos escrito a Samara, pensamos

organizar allí un depósito de publicaciones para el centro (para el norte ya lo tenemos, están en Pskov y Smolensk). Con el centro se puede entrar en contacto a través de Vorónezh (dirección), y con los Urales, a través de Ufá (dirección)".

A diferencia de Plejánov y de su grupo, que llevaban viviendo largo tiempo lejos de la patria y habían perdido toda clase de relaciones allí, Lenin estaba al tanto de todo lo que sucedía en Rusia. *Iskra* se hacía eco de todos los acontecimientos del país.

El 17 de junio de 1901, Lenin y Krúpskaya escribieron a Bábushkin, que residía en Pokrov.

Lenin le pedía que escribiese un artículo sobre la vida de los obreros de Ivánovo-Voznesensk como réplica al comentario calumnioso aparecido en la revista *Rússkoe Bogatstvo* ("La Riqueza Rusa"), en el que se pretendía presentar a los obreros como hombres sin inquietudes ni aspiraciones, a los que era ajena la solidaridad. "...Escriba acerca de ellos un artículo o una nota, procure reunir el mayor número posible de datos reales. Sería muy importante publicar en *Iskra* o en *Zariá* un desmentido a esa patraña escrito por un obrero que conozca de cerca la vida de Ivánovo-Voznesensk. Sus crónicas fueron publicadas. ¿Recibió la carta del 3.VI? ¿Ha visto los nuevos números? ¿Tiene usted salario?"* (Las palabras "artículo o" y "o en *Zariá*" están intercaladas por Lenin en la carta; la palabra "obrero" la subrayó con tres líneas. —N. de las Aut.).

Al poco tiempo la letra de Krúpskaya era conocida en muchos lugares del inmenso país. El departamento de policía, al hacer los registros, encontraba con creciente frecuencia cartas en las que iba estampada una corta firma: "Katia". Y al expediente abierto a Krúpskaya por la policía se añadió una nueva denuncia: "Viviendo durante el segundo semestre de 1901 en el extranjero, mantuvo con el nombre de "Katia" desde diversas ciudades extranjeras una animada correspondencia conspirativa con todos los comités del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia que actúan en Rusia y ocupó una situación central en la organización de *Iskra* en el extranjero".

* Correspondencia de V. I. Lenin y de la Redacción del periódico "Iskra" con las organizaciones socialdemócratas de Rusia. 1900-1903.

De día en día aumentaban y se robustecían las relaciones de *Iskra*. En la patria se había formado un amplísimo círculo de partidarios del periódico y de corresponsales y propagadores suyos. Todo el enlace con ellos lo tenía en sus manos Nadezhda Konstantínovna. Con frecuencia sólo ella sabía dónde vivían algunas personas, con qué nombre, por qué vías circulaban las cartas y cómo se transportaban las publicaciones clandestinas.

El pequeño apartamento del "doctor Iordánov" siempre estaba lleno de gente. Establecíase relación no sólo con corresponsales de Rusia, sino también de Alemania, Suiza, Bélgica y Francia. *Iskra* salía a la palestra internacional.

El envío del periódico se hacía principalmente en maletas de doble fondo. Desde el momento de la aparición de *Iskra* hasta febrero de 1902 fueron remitidas sesenta maletas de esta clase. Se enviaron con agentes especiales o aprovechando cualquier ocasión. Mas esto último era incómodo y poco seguro, ya que entonces las maletas no iban directamente a los lugares donde se necesitaban en aquel momento las publicaciones, sino adonde se dirigían las personas que habían aceptado llevarlas. Muchas de esas personas eran casuales, carecían de experiencia y creaban mucha confusión. Más tarde, Nadezhda Konstantínovna y Elizaveta Vasílievna organizaron la "producción" de los llamados "corsés". Eran cinturones anchos con grandes bolsillos, en los que a veces se metían hasta una centena de números de *Iskra* impresos en papel de fumar. El "corsé" se llevaba directamente sobre el cuerpo, debajo de la ropa, y se utilizó con bastante seguridad, ya que a quienes pasaban la frontera no se les cacheaba, porque para ello hacía falta una orden taxativa de la policía. Por el contrario, se miraban todas las maletas.

Las vías por las que iban a Rusia *Iskra* y sus publicaciones parecen ahora simplemente fantásticas. El transporte de los letones, a través de Memel, preveía en su último eslabón los servicios de un contrabandista; el grupo del periódico *Russki Rabochi* ("El Obrero Ruso"), de Kishiniov, organizó el transporte a través de Rumania. El transporte "Caballos", por tierras de Persia, antes de llegar a Bakú pasaba por Viena y Tabriz. El último recorrido se hacía en caballos, y de ahí le venía el nombre. Uno de los transportes se efectuaba por Suecia; otro, a través de Egipto.

¡Cuántas energías hubieron de dedicarse con el fin de obtener dinero para editar *Iskra* y *Zariá*! “La empresa no se amortiza”, escribió Krúpskaya en una de sus cartas. La imprenta necesitaba un raudal constante de recursos, pero llegaban a ella como pobres riachuelos. He ahí por qué los Uliánov vivían tan estrechamente en el extranjero. De la caja del partido no querían tomar ni un centavo, y los ingresos de Lenin por su trabajo de escritor eran pequeños e irregulares. Les ayudaba Elizaveta Vasílievna, que tenía asignada una modesta pensión, y también recibían ayuda de María Alexándrovna. El periódico absorbía todas las fuerzas de Lenin y Krúpskaya, todo su tiempo, y ocupaba todos sus pensamientos. Mas no por eso dejaban de observar atentamente la vida de los obreros en los países donde habrían de vivir quince años. En 1901, el Gobierno autorizó por primera vez a la socialdemocracia alemana para que celebrara un desfile el Primero de Mayo.

El desfile fue permitido fuera de la ciudad, con objeto de evitar que los obreros se agolparan en las calles. Lenin y Krúpskaya, que habían esperado con impaciencia aquel día, miraron con asombro las columnas bastante grandes de obreros, que marchaban rápidamente, acompañados de sus mujeres e hijos. Iban a beber cerveza a un restaurante de las afueras de Munich. No se percibía cohesión ni entusiasmo; aquello era un simple paseo de mayo, que no se parecía en nada a una manifestación invocadora del triunfo de la causa de la clase obrera. Volvieron defraudados a casa y siguieron acariciando la ilusión de que un día habría otras manifestaciones de Primero de Mayo: masivas, cohesionadas, marcharían por todo el globo terrestre, mostrando la fuerza de la unidad de los trabajadores.

En mayo llegó a Munich Elizaveta Vasílievna. Ya antes, cuando paseaban, los “Ilich” fueron impensadamente a un arrabal tranquilo de la ciudad, Schwabing, al lado de un bosque y un río. En una casa muy grande, recién construida, vieron un apartamento cómodo desde el punto de vista de la conspiración. El alquiler era moderado. Los dueños no les prometieron ningún confort, pero allí había muchos inquilinos, no se conocían unos a otros y nadie metía la nariz en las vidas ajenas. Era lo contrario de lo que ocurría en las casas pequeñas, donde toda la vida estaba al descubierto. Esta circunstancia les venía muy bien a los Uliánov. Verdad es

que hubieron de adquirir el ajuar. Los muebles los compraron baratos, en una almoneda. Krúpskaya describió así su habitación: “... la habitación era pequeña y alargada, en medio había una mesa larga, de madera, como las sillas, de las paredes no colgaba ningún retrato (vivíamos con el apellido de Iordánov). De lo pobre que era el ajuar da idea el que, al marcharnos, lo vendiéramos todo por doce marcos”.

A comienzos de 1901 se recibió un paquete de Kishinióv, donde se había logrado organizar una imprenta para editar publicaciones clandestinas. El envío alegró infinitamente a Nadezhda Konstantínovna: en él se incluía su primer libro, *La mujer obrera*, y carecía de importancia que su cubierta fuese de papel gris y tuviera las hojas amarillas. Le agradó mucho tener en las manos su libro —oliendo aún a tinta de imprenta—, que era el fruto de noches en vela y la expresión de sus pensamientos. A Nadezhda Konstantínovna la felicitaron su madre y Vladímir Ilich.

Empezaron a remitir el folleto a direcciones conspirativas. A L. Goldman, organizador de la imprenta de Kishinióv, Krúpskaya le escribió: “A Akim. Querido camarada: ¡Qué alegría me ha dado usted con su paquete! Está hecho magníficamente, esto lo ha dicho incluso Tsvétov”.

Por segunda vez, entonces legalmente, el folleto de Krúpskaya se editó en Rusia en 1905, en el fragor de la primera revolución rusa, y en seguida llamó la atención de las “autoridades del poder”. El gobernador de Vólogda preguntó a la Dirección General de Prensa si estaba autorizada la libre circulación de este folleto o había sido prohibido. El 22 de agosto de 1906 se celebró una reunión especial del Comité de Prensa de San Petersburgo, en la que P. Vórshev, consejero civil retirado, informó: “Este folleto no fue presentado al Comité de Prensa de San Petersburgo. Su autora describe la vida penosa y sin derechos de las mujeres obreras de Rusia en la familia, en su condición de madres y esposas, y como trabajadoras en las fábricas y en el campo, llegando a la conclusión de que sólo el cambio de la situación de la clase obrera sobre la base del régimen socialista permitirá mejorar la vida de las mujeres obreras”.

El Comité de Prensa consideró que en el contenido del folleto se daban todos los elementos del delito señalado en el artículo 128 del Código Penal de 1903. Este artículo

castigaba por "la irreverencia insolente al poder supremo o la reprobación del modo de gobierno establecido por las leyes fundamentales del Estado". Se acordó procesar a N. Sáblina, autora del libro, y a todas las personas participantes en su edición y secuestrar el folleto. El 18 de septiembre de 1906 la Cámara Judicial de San Petersburgo revalidó el secuestro. El zarismo procedía con las publicaciones bolcheviques igual que contra un enemigo eficaz, fuerte y vivo, y por eso no se olvidaron de la obra de Krúpskaya. La persecución judicial cesó con motivo de la amnistía concedida en 1913 al cumplirse el tricentenario de la dinastía de los Romanov. Sin embargo, el 28 de noviembre de 1914 se dictó la orden de destruir el cuerpo del delito, orden que se cumplió el 2 de abril de 1915 en la imprenta del gobernador de Petrogrado* "rompiendo en pedazos pequeños" el folleto.

Desde que Elizaveta Vasílievna llegó a Munich, Krúpskaya dispuso de más tiempo para el trabajo de partido y otras ocupaciones propias, pues su madre se encargó de los quehaceres domésticos.

Ya en los primeros meses de su estancia en el extranjero, Krúpskaya comenzó a pensar en el estudio de la organización de la instrucción pública en Europa. En carta a María Alexándrovna fechada el 11 de junio de 1901 en Munich, le hablaba de sus proyectos: "Me propongo visitar las escuelas locales. Esto es como un reino de los niños. Toda la gente se muestra muy atenta con ellos, y los chiquillos son encantadores y sanos. Conocí nuestras escuelas urbanas y, al hacer comparaciones involuntariamente, creo que aquí los niños viven mucho mejor".

Por mediación del socialdemócrata alemán Parvus, que era vecino suyo, fue autorizada a visitar centros docentes del Estado y particulares. Con gran interés leía los manuales y observaba los métodos de enseñanza. Un día Nadezhda Konstantínovna visitó la pinacoteca de Munich (Lenin había estado varias veces en ella con anterioridad). Placíanle aquellos momentos de reflexión silenciosa y tranquila. Iba lentamente por las grandes salas, casi vacías. Entendía la pintura, sabía percibir el estado de espíritu del artista y apreciar el valor de su obra.

* En 1914 a San Petersburgo se le cambió el nombre por el de Petrogrado.

En una de las salas un grupo de escolares, conducidos por una maestra, estaba parado ante el cuadro *Llanto por la muerte de Jesucristo*, obra maestra de Durero, orgullo de la pinacoteca de Munich. Krúpskaya prestó oído a lo que explicaba la maestra. Todo era éxtasis religioso, enternecimiento por "la Pasión de Cristo, Nuestro Señor", pero ni palabra de los albores del siglo XVI, cuando se pintó el cuadro, nada de los sentimientos comunes a todos los humanos que logró expresar el genial artista, peculiaridad que distingue a este cuadro de otros lienzos dedicados al mismo tema. Los chicos estaban de pie ante la pintura, dóciles y silenciosos, con indiferencia total en sus ojos, sin sentir el júbilo de conocer lo nuevo, de entrar en contacto con la belleza. Miraba Nadezhda Konstantínovna las caritas serias de los niños y acudían a su memoria aquellas largas conversaciones sobre pintura con su padre y cómo Konstantín Ignátievich sabía tender siempre un puentecillo invisible desde el pasado al presente y al futuro. Krúpskaya volvió meditabunda a casa. Reflexionaba sobre la educación estética del niño, sobre el inmenso influjo que puede y debe ejercer el arte en la formación del ideario del hombre.

Desde entonces empezó a visitar con frecuencia también la Biblioteca de Munich, en la que estudiaba obras de pedagogos alemanes y hacía guiones. A menudo charlaba con la madre de los problemas pedagógicos y de su experiencia como educadora.

Entre tanto la situación política en el seno de la emigración socialdemócrata rusa iba caldeándose. Cada vez se hacía más precisa la diferenciación entre sus diversos grupos.

Algunos de los amigos de ayer empezaron a suscitar desconfianzas y sospechas. Por ejemplo, a Krúpskaya le alarmaron las cartas de Apollinaria Yakúbova, que en otro tiempo fuera maestra de la escuela del arrabal de Névskaia Zastava. Su marido, Tajtariov, editaba en el extranjero la revista *Rabóchaya Mysl* ("El Pensamiento Obrero"). Esta revista iba deslizándose cada vez más hacia las posiciones bernsteinianas. Verdad es que tanto los socialdemócratas agrupados en torno a *Rabóchaya Mysl* como los de otros grupos comprendían que sin *Iskra* no les sería posible conquistar una situación firme en las masas.

En octubre de 1901 se reunió en Zürich el congreso de unificación de las organizaciones socialdemócratas rusas en el extranjero. Asistieron representantes de *Iskra* y *Zariá* (en total, cinco personas), entre ellos Lenin, Krúpskaya y Márto; ocho miembros (Plejánov, Zasúlich, Axelrod y otros) de la organización *Sotsial-Demokrat* ("El Socialdemócrata"); dieciséis delegados de la Unión de Socialdemócratas de Rusia (intervinieron más activamente Krichevski y Akímov, redactores de *Rabócheie Dielo* ("La Causa Obrera"), y tres miembros del grupo *Borbá* ("Lucha"), de Riazánov. Allí vio Nadezhda Konstantínovna por primera vez a Gueorgui Valentínovich Plejánov.

En Zürich se alojaron todos en un solo hotel. Por las tardes se encontraban en el restaurante, sentados a la misma mesa. Vera Zasúlich y Lenin hablaban de la extraordinaria inteligencia, del talento de Plejánov y de sus méritos ante el movimiento socialdemócrata ruso y europeo. "Gueorgui es un titán —repetía Zasúlich—, un Prometeo". Krúpskaya se había acostumbrado hacía mucho a admirar al iniciador, al hombre que había descubierto a Marx para Rusia. Sin embargo, ese hombre, allí, sentado en el restaurante, cegando con el fulgor de su ingenio y apabullando con su erudición, sugería en ella la imagen de un monumento de granito.

Krúpskaya escribiría más tarde: "No salió ninguna unificación. Akímov, Kryshevski y otros llegaron al absurdo. Márto se acaloró terriblemente cuando intervino contra los de *Rabócheie Dielo*, incluso se quitó la corbata... Plejánov brilló por su ingenio. Redactaron una resolución sobre la imposibilidad de unificarse. Dan, con voz inexpressiva, la leyó en la conferencia. Sus enemigos le gritaron: "El nuncio del Papa".

Esta escisión resultó completamente indolora. Márto y Lenin no trabajaban juntos con *Rabócheie Dielo*, por lo que, en realidad, no se produjo ninguna escisión, ya que no había trabajo conjunto.

Plejánov se sentía a sus anchas, puesto que el adversario contra el que tanto había tenido que luchar medía el suelo. Plejánov estaba alegre y locuaz.

Vivíamos en el mismo hotel, comíamos juntos y, en cierto modo, el tiempo transcurrió muy bien.

Sólo que a veces se traslucía un poquito, como una gota, la diferencia en el enfoque de algunos problemas".

A iniciativa de Vladímír Ilich, los miembros de las organizaciones de *Iskra*, *Zariá* y *Sotsial-Demokrat* constituyeron la Liga de la Socialdemocracia Revolucionaria Rusa en el Extranjero, que se planteó las tareas de hacer prosélitos de *Iskra* entre los socialdemócratas residentes en el extranjero, prestar apoyo económico al periódico, organizar su envío a Rusia y editar literatura marxista de divulgación.

Llegó la tarde de despedida. Habíanse congregado en un café acogedor. Junto a él, en un gimnasio, los obreros hacían esgrima, combatiendo con espadas de cartón. Gueorgui Plejánov bromeó: "Así combatiremos nosotros también en el futuro régimen". Cada uno interpretó a su modo aquel comentario, pero nadie replicó a él. Cuando volvían al hotel, Axelrod, que iba al lado de Krúpskaya, dijo, desarrollando el tema de la humorada de Plejánov: "En el futuro régimen nos aburrirémos solemnemente, no habrá ninguna lucha". Krúpskaya no quiso discutir, pero pensó: "¿Por qué habla así? ¿Será porque esto lo ven muy lejano, y por eso sólo se permiten bromear sobre el futuro? ¿O acaso interpreten la dialéctica marxista de una manera demasiado particular?"

Cuando regresaron a Munich, Vladímír Ilich se dedicó a terminar *¿Qué hacer?*, y Nadezhda Konstantínovna se entregó de lleno a *Iskra*, que iba adquiriendo una influencia gigantesca. A la orden del día estaba la cuestión de elaborar el programa del partido y de preparar su congreso. Fue en este período cuando empezaron a profundizarse las discrepancias en la redacción. En las manifestaciones de Márto resonaban crecientes acentos oportunistas; Zasúlich se balanceaba entre Lenin y Plejánov, y Axelrod rehuía definirse en los problemas fundamentales. Lenin y Krúpskaya conversaban largamente, procurando encontrar la fuente de las discrepancias, y se convencían cada vez más de que las grietas eran demasiado hondas y de que no se podía enmasillarlas. Además, no creían que debiera hacerse esto.

Al llegar de Rusia, donde habían realizado un gran trabajo práctico, los Uliánov, lejos de perder su contacto con la clase obrera del país, reforzaron su relación con ella. *Iskra* empujaba a participar en la vida política a amplias masas obreras, y era precisamente de ellas de quienes Lenin quería hacer los cimientos del partido, de un partido auténticamen-

te revolucionario, marxista, eficaz. Plejánov había echado raíces en la vida en el extranjero. Creía que el obrero ruso seguía siendo igual al de la década 80. Por eso, las tesis combativas y eficientes del programa de Lenin le parecían prematuras e infundadas.

En enero de 1902, Axelrod y Plejánov llegaron a Munich para discutir el programa del partido. La cordialidad inicial del encuentro pronto cambió por completo.

“Plejánov atacó algunos puntos del esbozo hecho por Lenin —escribió Krúpskaya—. Vera Ivánovna no estuvo de acuerdo en todo con Lenin, pero tampoco coincidió por entero con Plejánov. La reunión fue tensa. Vera Ivánovna quiso objetar a Plejánov, pero él, adoptando una actitud intransigente y cruzándose de brazos, la miró de tal manera que ella se embrolló completamente. Llegó el momento de votar. Antes de la votación, Axelrod, que había coincidido con Lenin en el punto que se debatía, dijo que le había entrado dolor de cabeza y deseaba pasear un poco”.

Krúpskaya sabía que el cambio en las relaciones con Mártoov dolía a Vladímir Ilich y, percibiendo claramente que las cosas serían peores en el futuro, procuraba preservar a su marido de la amargura por el desengaño que le causaba aquella actitud. Veía cuán celosamente reaccionaba Mártoov a las observaciones sobre lo redactado por él, cómo discutía hasta enronquecer el más pequeño matiz en una palabra y cómo le hervía la sangre al recibir alguna crónica de Rusia e intentar minimizar su importancia. Era muy lamentable también que el hábito, adquirido en largos años, de escuchar a Plejánov como a un oráculo le impidiera a Zasúlich formarse un criterio objetivo y justo.

A la par de someter a un análisis crítico el programa del partido hecho por Plejánov, Vladímir Ilich escribió su propio proyecto de programa: el llamado “Proyecto Frei” (uno de los seudónimos de V.I.Lenin. —*N. de las Aut.*). Lenin introdujo en el programa un punto cardinal sobre la dictadura del proletariado y la misión dirigente de la clase obrera.

A consecuencia del trabajo tan intenso y de la lucha contra los camaradas más cercanos —Zasúlich, Mártoov y Plejánov, con quienes las discrepancias llegaban cada vez más lejos—, a Vladímir Ilich “se le pusieron los nervios de punta”. Más tarde escribiría a Plejánov desde Londres: “Mis

nervios están “hechos guiñapos” y me siento verdaderamente enfermo”*.

Vladímir Ilich insistió en que se aprobara el proyecto marxista del programa del POSDR. La discusión terminó a fines de mayo, y en junio, cuando los Uliánov ya estaban en Londres, el proyecto de programa del POSDR apareció en el Nº 21 de *Iskra*.

Entre tanto, en Munich empeoró mucho la situación de *Iskra*. La policía había dado con la pista del periódico. El dueño de la imprenta se negó categóricamente a seguir editándolo, temeroso de que le detuvieran y multaran. Surgió la cuestión de trasladar la edición de *Iskra* a otro lugar. Plejánov y Axelrod porfiaron por que apareciera en Suiza, pero la mayoría votó por Londres.

A fines de marzo todo estaba preparado para el traslado. En Munich imprimieron todavía unos cuantos números de *Iskra*, para los que ya habían elegido material. Nadezhda Konstantínovna envió a su madre a San Petersburgo. “No está claro cómo nos arreglaremos en Londres”. Elizaveta Vasílievna compartía plenamente las ideas de su hija y de su yerno y sentía gran pesar cada vez que debía separarse de ellos.

“Este período de Munich lo recordaremos después como una época radiante. Los años siguientes de emigración fueron mucho más duros”, escribiría Krúpskaya al cabo de muchos años.

El 30 de marzo de 1902 salieron para Londres a través de Colonia y de Lieja.

* V. I. Lenin. A G. V. Plejánov. 23.VI.1902. O.C., t. 46, pág. 190.

El II Congreso del partido

En Lieja les esperaba un encuentro muy grato con Nikolái y Anna Mescheriakov, antiguos amigos suyos.

En la ciudad no había tranquilidad, cosa que se notaba en seguida. Los Mescheriakov les explicaron que poco tiempo antes las tropas reprimieron una huelga obrera, empleando las armas, en tanto que los líderes socialdemócratas mantenían una actitud apaciguadora. Los obreros querían reunirse en la Casa del Pueblo, pero fue decidido celebrar asambleas en todas las barriadas obreras. Vladímir Ilich expresó el deseo de ver sin falta la Casa del Pueblo y quedó disgustado de su emplazamiento, considerado desde el punto de vista de la insurrección. La casa se alzaba en una especie de callejón sin salida, una plaza que formaba un círculo cerrado en el que era fácil apresar a los obreros como en una trampa.

Al marchar de Munich, los Uliánov enviaron un telegrama a N. Alexéiev, miembro de la Unión de Lucha que en 1899 huyó del destierro y residía en Londres, pidiéndole que les recibiese y ayudara a encontrar un sitio para alojarse durante el primer tiempo. Alexéiev llevaba más de dos años en la capital de Inglaterra, conocía perfectamente la situación y dominaba el inglés. Desde la estación les condujo a una de las llamadas "habitaciones para dormir", que subarrendaban los inquilinos de grandes apartamentos. Por fortuna, no se exigía pasaporte. Al día siguiente estuvieron con Apollinaria Yakúbova y su marido, que se alegraron mucho de verles. Aunque procuraron no hablar del periódico *Rabóchaya Mysl*, en el que Tajtariov sostenía las opiniones de los "economistas", en sus relaciones se percibía, no obstante, cierta tirantez. Tajtariov les ayudó a encontrar un

piso cómodo y relativamente barato, a cuya dueña no le preocupaba nada el régimen de pasaportes y les registró en el libro de inquilinos como los esposos Richter, aunque le causó gran extrañeza que señora Richter no llevara anillo de boda. Yakúbova tuvo que advertir a la dueña que sus arrendatarios eran esposos legítimos y que si ella lo ponía en duda podrían querellarse ante los tribunales por difamación. Esto hizo calmarse a la dueña, que, sin embargo, se tomó el despique con los visillos. Le causó verdadero estupor la modestia del ajuar de los nuevos inquilinos y no podía consentir en modo alguno que no pusieran visillos en las ventanas. Hubo que colgarlos en ellas para evitar continuos altercados con la "respetable" dueña.

A los Uliánov se les hacía difícil acostumbrarse a Londres, a pesar de que la enorme mole humeante del principal centro industrial de Europa despertaba infinito interés en Vladímir Ilich. Allí el contraste entre los ricos y los pobres saltaba a la cara más crudamente.

Lenin y Krúpskaya fueron conociendo la vida de Londres siguiendo su método habitual: adentrándose profundamente en la vida y observándola en todas sus manifestaciones. Al principio chocaron con la fonética inglesa. Entonces Lenin insertó un anuncio en la revista *Athenaeum*: "Doctor en Derecho ruso y su esposa tomarían lecciones de inglés dadas por un inglés (o inglesa) a cambio de lecciones de ruso. Diríjase las cartas a Y. Richter, 30, Holford Square, Pentonwille"*.

Contestaron tres personas, entre ellas Raymond, empleado de una editorial.

A los Uliánov les asombró el arraigo del espíritu pequeñoburgués en diferentes estratos de la sociedad inglesa. Después de varias lecciones, mister Raymond dijo a Nadezhda Konstantínovna que él era socialista de corazón, pero que no manifestaba sus convicciones porque el socialismo llegaría sin ayuda suya, y si las declaraba podría perder el empleo, ya que su patrono no admitía a socialistas. Mister Raymond se extrañó mucho al ver que Nadezhda Konstantínovna reía sinceramente después de oírle su parecer. A Raymond no le cabía en la cabeza que hubiese algo de jocoso

* V. I. Lenin. *Crónica biográfica*, ed. en ruso, t. 1, pág. 387.

en su opinión, pues tenía mujer e hijos y ante todo debía pensar en ellos.

Lenin y Krúpskaya asistían a diversos mítines obreros y oían a los oradores en el famoso Hyde Park. Por supuesto, visitaban los museos más interesantes. Su procedimiento preferido para conocer Londres era viajar en la parte alta de los ómnibuses de un extremo a otro de la ciudad.

En Londres se reunió casi toda la redacción de *Iskra*. Márto y Zasúlich formaron comuna con Alexéiev en un mismo apartamento. De la habitación mayor hicieron el cuarto común, en el que tenían lugar las reuniones de trabajo y las discusiones. Plejánov puso a este cuarto el atinado nombre de "la leonera", por el tremendo desorden que imperaba en ella.

La primera parte del día Lenin la pasaba trabajando en la biblioteca del Museo Británico; Krúpskaya se ocupaba de los asuntos de la redacción, y, con Márto, examinaba y discutía la correspondencia.

El pequeño piso de los "Ilich" (llegó Elizaveta Vasílievna y volvieron a organizar su vida doméstica) se convirtió muy pronto en el centro de atracción de los emigrantes rusos. Lo mismo que en Munich, todo el enlace y toda la correspondencia estaban en manos de Nadezhda Konstantínovna. A ver a Lenin llegaban continuamente partidarios de *Iskra*, y era tarea de Krúpskaya conocer a través de cada camarada cuál era la situación en el comité del lugar de su procedencia y proveer a todos de direcciones y literatura. En los años transcurridos desde su fundación, la Unión de Lucha se había extendido y reforzado extraordinariamente.

Ya no era posible ocultar la escisión en la redacción de *Iskra*, y en aquellas circunstancias todo dependía del apoyo que prestaran a unos u otros los comités de socialdemócratas en Rusia. Mas por entonces estos comités se hallaban aislados, actuando cada cual por su cuenta y riesgo. Además, complicó la situación el duro golpe sufrido en 1902, cuando se apresó a gran parte de los agentes del periódico. Refiriéndose a la labor de Krúpskaya en aquel período, M. Essen escribiría: "Nadezhda Konstantínovna era la secretaria insustituible de la redacción de la vieja *Iskra* y de *Vpered* ("Adelante") y recaía completamente sobre ella todo el inmenso trabajo de organización del enlace con los comités del partido en Rusia, la distribución de fuerzas y los

preparativos para los II y III congresos del partido. Tenía en sus manos todos los hilos, todos los contactos con la organización bolchevique clandestina, que se rompían continuamente a causa de la detención de camaradas y el descubrimiento por la policía de pisos francos y direcciones clandestinas, que ella, con asombrosa paciencia y tesón bolchevique, restablecía una y otra vez. Solía ocurrir que apenas concertado el enlace con comités del norte llegaban noticias sobre la caída de comités del sur. A Nadezhda Konstantínovna se la veía apesumbrada, triste, pensando en quién enviar a Odesa, Kíev o Nikoláev para remplazar a los camaradas presos. Se ponía en marcha el trabajo en el sur y empezaban los fracasos en Rusia Central, el Cáucaso o los Urales. A veces, los camaradas, abrumados por la continua actividad cotidiana, no podían escribir a tiempo, y Nadezhda Konstantínovna empezaba a alarmarse, temiendo alguna contrariedad: "Parece que están tardando mucho las noticias de San Petersburgo y de Moscú". Había momentos en que incluso nos reíamos de su infundada inquietud, pero, por desgracia, en la mayoría de los casos resultaba justificada".

Iskra iba teniendo cada vez más influencia en los comités del POSDR en Rusia. El "economismo" había sido derrotado ideológicamente y estaban echados los cimientos de un partido proletario coherente y combativo. Por ello, Lenin planteó la tarea de convocar el II Congreso del partido. Previendo que en él sería inevitable una porfiada lucha ideológica, explicaba a los marxistas rusos por qué era necesario aprobar el programa y los principios de organización presentados por *Iskra*.

En agosto de 1902 Lenin se reunió en Londres con representantes del Comité de San Petersburgo del POSDR, de la organización rusa de *Iskra* y de la Unión del Norte del POSDR. En esta reunión se formó el núcleo iskrista del comité encargado de preparar el II Congreso.

Todos los días se los pasaban Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna trabajando intensamente. En los pocos ratos de descanso salían casi siempre a pasear por los alrededores de Londres, lo más lejos posible de la "mole humeante".

El otoño de 1902 en Londres fue soleado y seco, cosa rara en el país de la niebla. "Aquí el tiempo es sorprendentemente bueno para otoño, quizá como desquite por el mal verano. Nadia y yo fuimos ya más de una vez a buscar —

los encontramos— hermosos parajes en la “verdadera naturaleza””*, escribió Vladímir Ilich a su madre.

Alguna que otra vez se reunían los amigos y marchaban juntos en bicicleta fuera de la ciudad. Estas excursiones le gustaban mucho a Nadezhda Konstantínovna. Permitían, aunque fuese por poco tiempo, librarse del agobiante ritmo de trabajo, descansar un poco y distraerse. Había días en que se llevaban con ellos a Elizaveta Vasílievna y marchaban de Londres para todo el día, pero este reposo sólo lo disfrutaban algunos domingos. Raramente lograban ir al teatro o a un buen concierto. En Londres los Uliánov oyeron por primera vez la VI Sinfonía de Chaikovski. A Nadezhda Konstantínovna y a Vladímir Ilich les placía mucho la música. “Como si hubiéramos estado en Rusia”, comentó Lenin en voz baja sobre aquel concierto. Los dos añoraban la patria. Mas cuánto habrían aún de vivir fuera de ella.

En una carta a María Alexándrovna, Krúpskaya dio rienda suelta a sus sentimientos. Hablándole de su vida, de que Vladímir Ilich había marchado a París y de que Elizaveta Vasílievna estaba enferma, escribía de un tirón: “...¡Con qué placer estaría ahora con ustedes! En su última carta habla del piso, y me he imaginado muy vivamente cómo vive usted ahí, me he pintado todo un cuadro, cómo en la calle hace frío, cómo en la habitación está encendida la estufa, cómo espera usted que Mania vuelva del trabajo, cómo Mania llega de la calle helada. Seguramente la vida en Samara es parecida a la de Ufá. “Dadme alas de aves de paso”... Mas empiezo a decir tonterías. Hay momentos en que Rusia tira tremendamente de mí, sobre todo hoy. Por lo demás, siempre me pasa igual: me siento atraída hacia alguna parte”.

El mundo espiritual de Nadezhda Konstantínovna era rico. Sentía inmenso interés por la gente, pero se consumía en presencia de las damas nihilistas politequeantes y no podía soportar en modo alguno el espíritu pequeñoburgués de muchos líderes de la socialdemocracia europea occidental y de sus esposas. Le pasmaba que el hombre dedicado a la política fuera en su hogar un típico pequeño burgués.

Años después, en una sesión del Comité Principal de Educación Política del Comisariado del Pueblo de Instrucción, diría:

* V. I. Lenin. A M. A. Uliánova. 14. IX. 1902. O.C., t. 55, pág. 223.

“De la II Internacional era característico el divorcio entre el modo de vida y las cuestiones teóricas. Cualquier informante socialdemócrata habla en las asambleas y expresa opiniones muy radicales, pero llega a casa y se convierte en un pequeño burgués de lo más corriente. Durante la emigración, Vladímir Ilich y yo vivimos en Londres. Nos visitaba un camarada que había escrito un libro magnífico (al nivel de aquel tiempo) sobre el movimiento obrero inglés. Si llegaba estando ausente Vladímir Ilich, hablaba conmigo de temas “femeninos”: que era malo vivir solo, que se vivía como un perro, que la ropa blanca estaba sin lavar y la hacienda doméstica abandonada, que tenía que casarse y llevar un ama al hogar”.

Krúpskaya y Vladímir Ilich consagraron toda su vida a la lucha revolucionaria, y era en esta lucha ante todo donde residía su felicidad. Al cabo de muchos años, Nadezhda Konstantínovna escribiría sobre Lenin: “Nunca habría podido amar a una mujer con la que discrepara por sus convicciones y no hubiese sido un camarada de trabajo”. Todos los que conocían bien a los Uliánov señalan su plena unanimidad, la identidad de ideas y las grandes atenciones y la solicitud del uno hacia el otro.

1902 no fue fácil en Londres para los Uliánov.

Vladímir Ilich seguía preparando tesoneramente la argumentación para las tesis fundamentales del programa del partido. Ateniéndose al principio de la dirección colectiva, envió su trabajo a Plejánov y los otros miembros de la redacción de *Iskra* a fin de concordarlo con ellos. Plejánov hizo sus observaciones en tal tono que Lenin, sin poderse reprimir, le escribió: “Recibí el artículo con sus observaciones. (Se trata del artículo *El programa agrario de la socialdemocracia rusa. —N. de las Aut.*) ¡Buena idea tiene usted sobre el tacto en las relaciones con los colegas de la redacción! Ni siquiera repara en la elección de las expresiones más despectivas, sin hablar ya de la “votación” de las propuestas que usted no se ha molestado en formular, y hasta de la “votación” en orden al estilo. Me gustaría saber qué diría si yo respondiese en forma similar a su artículo sobre el programa. Si usted se ha propuesto hacer imposible nuestro trabajo común, por el camino que ha elegido podrá alcanzar muy pronto ese objetivo. En lo que se refiere a las relaciones personales, y no de trabajo, las ha estropeado usted definitivamente, o, más bien, ha

conseguido que cesen por completo. *N. Lenin**.

La carta fue escrita el 14 de mayo de 1902 y enviada de Londres a Ginebra. Estas frágiles relaciones (Plejánov escribiría una carta conciliadora) continuarían hasta la ruptura definitiva en 1903. Todo esto no podía dejar de reflejarse en el estado de salud de Vladímir Ilich.

Nadezhda Konstantínovna se alegró mucho al enterarse de que María Alexándrovna y Anna Ilínichna irían a Francia, pues de este modo Lenin tendría posibilidad de descansar y, principalmente, de ver a su madre, con la que ansiaba encontrarse. Krúpskaya habría querido partir con él, pero no era posible dejar la redacción en aquel tiempo de trabajo febril. La preparación del congreso se hacía a toda marcha y era preciso tener constantemente a Lenin al tanto de todos los acontecimientos. Krúpskaya disimulaba su fatiga y su pesar. Nadie debía darse cuenta de esto.

Una tarde, a comienzos de octubre de 1902, llamaron a la puerta. Abrió Nadezhda Konstantínovna: ante ella estaba Iván Vasílievich Bábushkin. Cuando se quitó el sombrero, Vladímir Ilich rió alegremente, incluso Elizaveta Vasílievna, siempre tan discreta, también se rió: el cabello de Bábushkin era de brillante color frambuesa. “¿Y con este aspecto ha atravesado usted toda Europa?”, le preguntó Krúpskaya. “Por esto de la conspiración, después de fugarse de la cárcel de Ekaterinoslav, me tiñeron con no sé qué producto patentado, y aquí tienen el efecto. Yo mismo me asombro de haber podido escabullirme de la policía”.

Bábushkin era ya un luchador político firme, se había templado en una buena escuela revolucionaria, tenía su propia opinión sobre todo y sabía mantenerla. De los asuntos de Rusia, Bábushkin prefería hablar solamente con Lenin. Y siempre sus observaciones eran prácticas y atinadas; en él no hacían mella las habituales ironías de Plejánov, como la de que “cuando su mamá no había conocido todavía a su papá yo era ya un revolucionario”. En respuesta a esta burla, lanzada durante una conversación seria, Iván Bábushkin preguntó tranquilamente: “¿Y qué tiene eso que ver con lo que yo estoy diciendo?” Aquello hizo que Plejánov empezara

* V. I. Lenin. *A G. V. Plejánov. 14.V.1902. O.C.*, t. 46, pág. 186.

a mirar atentamente a Bábushkin: era la primera vez que veía a un obrero como él. La figura de Bábushkin se elevó en el concepto de Plejánov un día que éste llegó a “la comuna” y vio un orden ideal en “la leonera”. Vera Zasúlich señaló a Bábushkin con un movimiento de cabeza.

En el otoño de 1902 tuvo lugar también la aparición en Londres de nueve iskristas que se habían escapado audazmente de la prisión de Kíev: Bauman, Krojmal, Litvínov, Tarshis (Piátnitski) y otros.

En noviembre se formó un comité organizador especial encargado de preparar el congreso, al que *Iskra* transmitió todos sus enlaces con Rusia. Lenin encomendó a Krúpskaya que escribiera el informe de la organización de *Iskra* al II Congreso del POSDR sobre la labor de organización en Rusia desde abril de 1901 hasta noviembre de 1902. Inmediatamente emprendió esta laboriosa tarea, pero hubo de interrumpirla con motivo del traslado de la redacción de *Iskra* a Ginebra, lo que había exigido el grupo Emancipación del Trabajo.

Días antes del traslado enfermó Vladímir Ilich: se hizo sentir el gran agotamiento nervioso y físico. En aquel tiempo los Uliánov vivían tan escasos de dinero que acudir a la consulta de un médico inglés resultaba demasiado caro para ellos.

En Ginebra asistió a Lenin un doctor emigrante. Guardó cama dos semanas, aquejado de un gravísimo acceso de enfermedad nerviosa: inflamación de las extremidades nerviosas en el pecho y en la espalda.

Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna se domiciliaron en Sesheron, un arrabal obrero (en la calle du Foillette, 10), donde vivieron hasta el 17 de junio de 1904.

En Sesheron empezaron a congregarse los delegados al congreso que llegaban de Rusia. Quienes se habían apresurado para asistir al congreso del partido deseaban ante todo ver a dos hombres, a Plejánov y a Lenin, y estas dos entrevistas eran decisivas a menudo en la elección de la vía a seguir.

Muchos no sospechaban que la redacción de *Iskra* estaba lejos de mantenerse unida.

Plejánov recibía a los delegados cordialmente, pero no podía ni quería ocultar su altivez, no toleraba una sola palabra de objeción y, de cuando en cuando, descargaba

sobre los forasteros una cascada de agudezas, no siempre inofensivas.

Mas en cuanto los delegados se veían con Lenin, su estado de ánimo cambiaba grandemente. Por parte de él encontraban plena comprensión, en su casa apreciaban que allí vivían vinculados con el movimiento revolucionario ruso. Se daban cuenta de quién era en realidad el dirigente de *Iskra* y el jefe del partido. Resaltaba también el profundo contraste entre Plejánov y Lenin. El primero, cuando invitaba a alguien a su casa lo hacía en plan de "recepción". A casa de Lenin iban como a ver a un camarada, sin ceremonias. Les impresionaba asimismo la modestia del hogar de los Uliánov. Véase cómo lo describió M. Essen:

"En tanto que en Ginebra todos vivían al modo europeo, en buenas habitaciones y durmiendo en colchones de muelles, ya que la vivienda y la vida eran allí relativamente baratas, Lenin habitaba en una casa parecida a las casas de una ciudad rusa tranquila y apartada. Abajo estaba la cocina, que servía también de comedor, muy limpia y arreglada, pero casi sin muebles; al lado de ella, en una pieza pequeña, vivía la madre de Nadezhda Konstantínovna; arriba, el dormitorio y el cuarto de trabajo de Ilich. Dos modestas camas estrechas, algunas sillas, estantes de libros en las paredes y una mesa grande, en la que se amontonaban libros y periódicos. Allí se percibía naturalidad e intimidad, nada cohibía, y esta naturalidad ambiental influía favorablemente sobre todo en los obreros. Todos se sentían como en su propia casa. De ordinario, la situación diaria era esta: Vladímir Ilich se quedaba en casa, enfrascado en el trabajo, o se iba a trabajar en la biblioteca; Nadezhda Konstantínovna se ocupaba de la correspondencia o cifraba cartas, y la madre atendía los poco complicados quehaceres domésticos".

En aquellos meses precedentes al congreso, Nadezhda Konstantínovna, además de cumplir el trabajo cotidiano de *Iskra* y de recibir a los forasteros y ayudarles a alojarse y aclimatarse al extranjero, terminaba su informe al II Congreso del partido. El solo hecho de que ella lo escribiera para Márto (éste debía intervenir en el congreso sobre las cuestiones de organización) caracterizaba la situación en el periódico. Nadie, a excepción de Krúpskaya, conocía tan bien el estado de los asuntos en cada lugar. Por fortuna, se ha conservado el original de este informe, escrito en 65

hojas, que llenaba dos cuadernos. En el preámbulo a la edición de 1928, Nadezhda Konstantínovna escribió: "El informe de la organización de *Iskra* al II Congreso lo escribí yo. Vladímir Ilich lo leyó (hay un par de correcciones estilísticas que hizo a mano)... El informe abarca el período comprendido entre abril de 1901 y el momento de la formación de un centro en Rusia —el Comité de Organización (CO), o sea, noviembre de 1902. El informe sólo se refiere al aspecto organizativo. Ahora me parece poco acertado. De todos modos, ofrece un cuadro del trabajo de unificación realizado por la organización de *Iskra* en el susodicho período".

En el informe Krúpskaya seguía atentamente la ampliación y la profundización de los contactos de *Iskra*, daba una característica de los centros formados por los socialdemócratas, hablaba del heroísmo y la abnegación de los que se entregaron al gran objetivo de unificar a todos los socialdemócratas de Rusia sobre una verdadera base marxista. Las páginas del informe de Krúpskaya son estampas de una lucha rigurosa y despiadada, son testimonio de la fe infinita en el triunfo de la justa causa.

Krúpskaya citaba cartas de diversos lugares, en las que se subrayaba que los obreros, precisamente los obreros, pedían *Iskra*, la leían y destinaban para ella dinero de sus cajas clandestinas. Al mismo tiempo, los comités compuestos en su mayoría por intelectuales inclinados hacia el "economismo" procuraban ocultar el periódico a los obreros, acusando a *Iskra* de todos los pecados, incluso de que estaba de acuerdo con los liberales! Krúpskaya escribía cómo *Iskra* enseñaba poco a poco a los militantes locales a participar en el trabajo de todo el partido, cementándolos, uniéndolos, cómo les desacostumbraba de la estrecha actividad local, y calificaba la labor de algunos comités. Aducía, por ejemplo, lo que desde Nizhni Nóvgorod comunicaba Piskunov, antiguo conocido de Ufá: "Los que eran partidarios de *Rabócheie Dielo* opinan con reserva sobre él y no pueden dejar de reconocer que *Iskra* es mucho más interesante, comedida y talentosa. De todos modos, por ahora dicen de ella "este periódico" y no "nuestro" periódico".

Krúpskaya cerraba su discurso con unas líneas optimistas: "Confiamos en que el congreso del partido pondrá fin a todas las incomprensiones de este género y que el Partido

Obrero Socialdemócrata de Rusia, renovado y vigoroso por su unidad y la precisión de su programa, marchará adelante por el camino trazado a paso rápido y con fuerzas decuplicadas”.

Terminó el informe, se discutió y fue aprobado. Como siempre, Nadezhda Konstantínovna seguía ocupada con la correspondencia de *Iskra*. Una tras otra llegaban comunicaciones de adhesión de los comités a la plataforma de *Iskra*. Por ejemplo, el comité de la Unión Socialdemócrata de Siberia escribía: “Camaradas: En enero de 1903, como ya saben ustedes, la Unión de Siberia se declaró comité del partido, expresó su plena solidaridad con *Iskra* en las cuestiones de la teoría y la práctica de la lucha revolucionaria y reconoció a este periódico como su órgano dirigente”. Una declaración del comité de Ekaterinodar manifestaba el deseo de que en el congreso se produjera la auténtica unificación de todos los socialdemócratas en base al programa de *Iskra*, que era el único justo. El comité de Sarátov dio a conocer su lucha contra los socialistas revolucionarios*. Los obreros pedían que se les explicaran cuáles eran las plataformas de los socialdemócratas y de los socialistas revolucionarios, y por ello el comité rogaba a la redacción que le enviara literatura sobre esta cuestión. Muchas cartas anunciaban el envío de delegados al congreso.

Después del 1 de mayo empezaron a llegar a la redacción cartas en las que se daba cuenta de fracasos y detenciones durante las manifestaciones. Y una vez más Nadezhda Konstantínovna, como secretaria de *Iskra*, vuelve a unir los hilos rotos, manda a otras personas y exige exactitud en la información.

En Ginebra se había congregado un grupo numeroso de delegados al II Congreso del partido. A Vladímir Ilich le causó inmensa alegría la llegada de Dmitri Ilich. “Las conversaciones eran interminables”, escribió Krúpskaya. En su pequeño piso, la tetera no se quitaba de la mesa. Y cuando querían hablar íntimamente, rodeados de silencio, se iban al parque o a la orilla del lago de Ginebra.

* *Socialistas revolucionarios (eseristas)*: partido pequeño burgués surgido en 1902 en Rusia como resultado de la unificación de diversos populistas. En el proceso de desarrollo de la lucha se convirtió en un partido contrarrevolucionario, aliado con la burguesía imperialista.

Recordando este período, M. Liádov escribió que “a veces, en las discusiones precedentes al congreso se encendía la polémica entre Lenin y Márto, y se daba el caso, como algo natural, de que todos los que, dedicados al trabajo local, acababan de llegar de los distritos donde ya había prendido el movimiento de masas y donde ya se percibía la proximidad de la revolución, se agrupaban más y más estrechamente en torno de Lenin y comprendían cada vez mejor cuán importante era para el naciente partido que fuese precisamente Lenin quien estuviese al frente de él. Por el contrario, todos los que vivían en el extranjero o habían llegado de lugares donde no había aún movimiento de masas, todos ellos se pronunciaban contra Lenin, sin comprender el gran alcance de las tesis planteadas por él. Y, en efecto, después, al agravarse las relaciones, todos los militantes locales se hicieron bolcheviques, y todos los del extranjero, mencheviques”.

Llegó el momento de marchar a Bruselas, donde fue previsto celebrar el congreso. Uno de los partidarios de Plejánov que residía allí, Koltsov, se había puesto de acuerdo con Vandervelde, líder de los socialdemócratas belgas, para que se garantizase la seguridad del congreso. De Ginebra se salió por grupos. La cita clandestina era en casa de los Koltsov. Cuando Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna llegaban a la calle donde vivían, vieron en la esquina a la esposa de Koltsov. Dijo que la dueña del piso había prohibido terminantemente que fueran a verles tantas personas. Hubo que organizar piquetes, y a todos los que iban llegando se les dirigía inmediatamente al hotel El Gallo de Oro, que pertenecía a los socialdemócratas de Bélgica.

Lenin estaba muy inquieto: el congreso del partido es un grandioso acontecimiento. Varias veces había leído su discurso a Nadezhda Konstantínovna, pero no había sido posible prever todo lo que sucedería en el congreso.

Posteriormente Krúpskaya escribiría: “La juventud de hoy, que no sabe lo que significa esperar años enteros la posibilidad de discutir en común, con todo el partido en conjunto, las cuestiones fundamentales del programa y de la táctica del partido, y que no se imagina con qué dificultades fue convocado el congreso clandestino en aquellos tiempos, es improbable que pueda comprender por entero... la actitud de Ilich respecto a los congresos del partido”.

En este aspecto sobre Nadezhda Konstantínovna también recayó el trabajo de organización: todos los delegados actuaron de secretarios por turno, y luego los apuntes sobre los informes y las intervenciones se entregaban a la presidencia. Krúpskaya pasó tardes enteras leyendo enteramente y comprobando los apuntes. Por esto tuvo que relacionarse con delegados de los diversos grupos. Sólo su energía, dominio de sí, tacto y prestigio personal permitieron redactar un detalladísimo documento histórico: las actas del II Congreso del partido.

El congreso se abrió en el edificio de un depósito, enorme y de bastante mal aspecto, en el que había simples bancos para los delegados y una mesa para la presidencia.

El significado histórico del congreso y el lugar que ocupa en la historia del partido son ampliamente conocidos, y en este libro no es posible pararse a examinar cómo transcurrió y qué cuestiones se plantearon en él. La situación era tirante y la correlación de fuerzas no estaba clara. El Bund* y los representantes del periódico *Yuzhni Rabochi* ("El Obrero del Sur") pretendían ocupar un lugar especial en el partido, y tanto unos como otros no querían subordinarse a principios generales. Ellos ayudaron a los partidarios de Mártoev a ganar el combate en la discusión del primer artículo de los estatutos del partido.

En plena labor del congreso se supo que la policía vigilaba a los delegados. Koltsov fue enviado a entrevistarse con Vandervelde, y éste dijo que el Gobierno ruso había prevenido al belga de la celebración de una asamblea de "anarquistas rusos" en Bruselas y le pedía su extradición. En vista de ello, decidieron trasladarse a Londres.

Salieron de Bélgica en pequeños grupos y desde distintos puertos. Lenin y Krúpskaya marcharon con Bauman y Liádov. Por supuesto, durante todo el viaje hablaron de la situación en el congreso. Lenin ya había estudiado a los delegados y los caracterizó con exactitud. Sin embargo, no supo ver en algunos de ellos a futuros mencheviques.

En Londres todos fueron al domicilio de Alexéiev, cuya

* *Bund* (Unión General Obrera Hebrea de Lituania, Polonia y Rusia). Fundada en 1897, siguió una política oportunista, menchevique, e intentó aislar a los obreros judíos de los obreros de las demás nacionalidades que poblaban la Rusia zarista.

dirección se había comunicado a los delegados. Como de costumbre, Nadezhda Konstantínovna se preocupó de la alimentación de los forasteros. El propio Vladímir Ilich intervino para alojarles en hoteles.

Por razones de conspiración, el congreso desarrolló sus labores en diferentes lugares. Krúpskaya y Lenin ayudaron a los camaradas que no hablaban lenguas extranjeras.

En las sesiones se desataron las pasiones. Lenin tuvo que presidirlas muchas veces, porque Plejánov se ponía nervioso, discutía por menudencias y soltaba agudezas cada vez más malévolas y acerbas.

Se llegó al último combate: la elección del CC y del OC. Lenin insistió en que para integrar el Organó Central debía ser elegida una comisión de trabajo eficiente, compuesta por tres personas. La noche anterior a la última votación los Uliánov la pasaron en vela.

Por la mañana, a la puerta del local donde se celebraba el congreso esperaba a Lenin un grupo de partidarios; con fervor trataron de convencerle de que se quedara en *Iskra*. En la elección de los órganos centrales los partidarios de Lenin obtuvieron la mayoría. Ellos constituían el núcleo del partido de nuevo tipo. Mártoev se negó inmediatamente a participar en el trabajo de la redacción del periódico. La escisión era un hecho.

Antes de marchar de Londres, la fracción bolchevique visitó el cementerio Highgate, donde está la tumba de Marx. El camino hasta la sepultura lo conocían bien Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna, pues fueron muchas veces allí cuando vivieron en Londres. Lenin, adrede, aconsejó a los camaradas que preguntaran a los vigilantes cómo se iba al sitio donde se hallaba la tumba, pero les contestaron que sólo sabían donde estaban enterradas las personas conocidas, cuyas sepulturas eran visitadas con frecuencia. Los delegados del histórico congreso guardaron solemne silencio en torno a la vieja lápida de mármol bajo la que yacían Carlos Marx, su esposa, Jenny, su pequeño nieto y Hélène Demuth, fiel y constante amiga de la familia.

Había terminado el congreso, que, en realidad, fue constituyente. Mostró que en el movimiento socialdemócrata de Rusia existían dos tendencias: la marxista, al frente de la cual estaba Lenin, y la oportunista, de la que Mártoev había sido en el congreso su apologista principal.

Muchos delegados bolcheviques volvieron a Rusia, por lo que entre quienes vivían en el extranjero los mencheviques contaban con la mayoría y pensaron dar la batalla a los leninistas en el congreso de la Liga de socialdemócratas revolucionarios rusos constituida en el extranjero. Los partidarios de MártoV acordaron contraponer la Liga a los órganos centrales del partido y traspasar a ella la función de editora de las publicaciones del partido. Inicióse el trabajo de captación de todos los miembros de la Liga. Piátnitski relataría posteriormente cómo Blumenfeld, que en un tiempo compuso los primeros números de *Iskra* y luego fue agente de ella, se pasó largas horas convenciéndole de que la Liga debía controlar la labor de los órganos centrales del partido.

Lenin y Krúpskaya regresaron a Ginebra. Por allí pasaron representantes de las organizaciones de Rusia y del extranjero. Deseando fijar su propia actitud, oían a Lenin, a Plejánov, a MártoV y a Trotski. Y una vez que adoptaban el programa bolchevique o el menchevique, se incorporaban a la lucha. A veces se daban casos cómicos. Por ejemplo, un miembro del comité de Kíev fue a ver a los Uliánov. No quería hablar con Lenin, sino con Krúpskaya. "Dígame, ¿cuáles son los cambios en la técnica que condujeron a la escisión en el congreso?" Nadezhda Konstantínovna creyó haberle oído mal. "¿Cómo entrelaza usted la técnica con las discrepancias teóricas?", le preguntó. "¿Acaso no reconoce usted la tesis de Marx sobre la base y la superestructura?", replicó él. "No pienso que aquí sea aplicable la tesis de Marx". El camarada de Kíev quedó perplejo y se marchó.

Los mencheviques hablaban a voz en grito de las discrepancias. Recurriendo a los procedimientos más indignos, procuraban ganar simpatizantes.

Krúpskaya, con Litvínov y Deich, formaba parte de la junta directiva de la Liga. Ella y Litvínov se opusieron categóricamente al congreso. Entonces Deich, sin decirles nada, escribió a otros dos miembros de la junta directiva que vivían uno en Berlín y el otro en París. Y ellos, desde lejos, votaron por la celebración del congreso, sin atribuir importancia a esta cuestión. Al congreso de la Liga asistieron quince bolcheviques, que contaban con dieciocho votos, y dieciocho mencheviques, con veintidós votos.

En el congreso se creó una situación anormal. Durante el

informe de Lenin sobre el congreso del partido, los mencheviques gritaron, golpearon en los pupitres y llenaron de insultos a Vladímír Ilich. En el coinforme de MártoV se contenían infundios y trozos de conversaciones particulares. Los mencheviques aprobaron los estatutos de la Liga y la proclamaron independiente del CC del partido. Lengnik, en nombre de los bolcheviques, declaró disuelta la Liga.

Dos días después, Plejánov, que durante todo este tiempo se había mantenido al lado de Lenin, no aguantó más. Primeramente habló de conciliación, pero luego se pasó directamente al campo de los mencheviques. Cooptó la antigua redacción de *Iskra*. Entonces Vladímír Ilich salió de ella. Sólo Nadezhda Konstantínovna sabía lo que le costó tomar esta decisión. *Iskra*, a la que Lenin dio vida y dedicó tantas fuerzas y su talento, empezaba a combatirle a él y atacar a sus partidarios. Dijérase que Krúpskaya hubiera debido abandonar automáticamente la redacción del periódico, pero algún tiempo después Plejánov se dirigió a ella, pidiéndole que siguiera desempeñando la labor de secretaria. Los miembros de la redacción eran incapaces de llevar el trabajo con la infinidad de cartas que se recibían y realizar las tareas prácticas. Lenin tuvo que insistir mucho sobre Nadezhda Konstantínovna para que ella aceptara. Lo hizo, al fin, porque esto permitía que continuasen en sus manos los amplísimos enlaces y estuviera al corriente de todo lo que acontecía. Durante cierto tiempo prosiguió escribiendo y cifrando correspondencia.

La situación se caldeaba más y más. Krzhizhanovski, miembro del CC, a quien Krúpskaya había pedido que fuera a Ginebra, no se imaginaba que la escisión fuera tan profunda. Los representantes de la mayoría llegados a Ginebra se reunieron en casa de los Uliánov y examinaron la situación. Su estado de ánimo no era bueno. A veces, para descansar un poco marchaban juntos de excursión fuera de la ciudad.

Era imprescindible que Lenin descansara, y a comienzos de enero los Uliánov decidieron ir a la montaña en bicicletas. Más tarde, Vladímír Ilich escribiría a su madre: "Hace pocos días, con Nadia y un amigo (F. V. Lengnik. — *N. de las Aut.*), dimos un magnífico paseo hasta el Salève. Abajo, en Ginebra, todo era oscuridad y niebla, pero en la montaña (unos 1.200 metros sobre el nivel del mar), un sol

espléndido, nieve y esquíes, completamente igual que un buen día de invierno en Rusia. Al pie de la montaña, *la mer du brouillard*, un verdadero mar de niebla, y nubes, a través de las cuales no se veía nada; sólo se dibujaban las montañas, pero únicamente las más altas. Incluso el pequeño Salève (900 metros) estaba envuelto en niebla” *.

Después de aquel corto descanso reanudaron la vida de incesante e intenso trabajo.

El partido debía conocer la verdad sobre el II Congreso. Por ello, Lenin, en febrero de 1904, empezó a escribir el libro *Un paso adelante, dos pasos atrás*. En la literatura mundial no se conoce un comentario de tanta altura a las actas de un congreso de partido. Es un modelo de sutilísimo análisis de la lucha reñida en el congreso y después de él. Desarrollando las ideas de Marx y Engels sobre el partido proletario, Lenin creó una doctrina sobre él, aplicada a las condiciones de la lucha del proletariado en el período del imperialismo, y elaboró las normas de la vida del partido.

Aun en los penosos meses de lucha que siguieron al congreso, Krúpskaya no dejó de ocuparse del estudio de la instrucción pública. Sobre su mesa de escribir tenía libros de pedagogía alemanes, ingleses y franceses y obras de Juan Jacobo Rousseau.

Un día Nadezhda Konstantínovna leyó casualmente un anuncio por el que supo que en una de las escuelas de Ginebra se había organizado una biblioteca infantil. A esta escuela la subían hasta la luna, y Krúpskaya se dispuso a visitarla.

Era una escuela particular, instalada en un local confortable y muy limpio. La directora trató durante largo rato de averiguar con qué propósito visitaba la escuela aquella *madame*, y al enterarse de que era una maestra rusa, la acompañó a una de las aulas. Los niños, con lindos uniformes, se pusieron de pie y saludaron a la visitante.

Krúpskaya fijó la atención en la indiferencia de los niños: no mostraban curiosidad por nada. La maestra dictaba lentamente, por sílabas. Los niños escribían con la misma lentitud, esperando inmóviles en las pausas. Otro tanto observó en la clase de lectura. Ninguna pregunta, silencio absoluto. Después de la lección, Krúpskaya pidió a la maestra

* V. I. Lenin. *A. M. A. Uliánova. 8.I.1904. O.C.*, t. 55, pág. 233.

que le enseñara la biblioteca. Aquella señorita se turbó un poco. “En realidad, no tenemos biblioteca. ¿Qué falta les hace a los niños leer libros? Fíjese en nuestros manuales, mire en qué buen papel están impresos. Que los niños conozcan los manuales, esto será bueno para ellos”.

Krúpskaya salió defraudada de la escuela ejemplar. Al llegar a casa, después de contar a los suyos lo que había visto, comentó: “Esa educación, que quiere encerrar al niño en el estrecho marco de la escuela, no es la educación de un hombre consciente, sino la educación de un esclavo que no se atreve a pensar por sí mismo”.

Por las tardes, a veces, en casa de los Uliánov se reunían los amigos y dejaban volar la imaginación por el futuro, enfrascándose en lo que harían después de triunfar la revolución. Nadezhda Konstantínovna aspiraba a un cambio radical en la enseñanza, a nuevos métodos de estudio, a la formación de maestros de nuevo tipo.

Las pasiones políticas seguían al rojo vivo. Los mencheviques no desechaban ningún medio para continuar la lucha contra los leninistas. Intentaban falsear las noticias que se recibían de Rusia, donde la mayoría de los comités abrazaban la causa de los bolcheviques. Empezaron a acosar en toda regla a Lenin. Hacíase necesario, aunque fuese por algún tiempo, escaparse de aquella atmósfera. A Lenin y Krúpskaya se les ocurrió entonces recorrer a pie algunos cantones de Suiza. Se pertrecharon de una guía Baedeker del país y trazaron el itinerario.

El 12 de junio, habiéndose puesto de acuerdo con Bonch-Bruievich y Lepeshinski para que les tuvieran al corriente de los asuntos, se encaminaron hacia Lausanne, desde la que Krúpskaya escribió a María Alexandrovna: “En general, sueño con el otoño, pienso entregarme de lleno al trabajo. (Los estudios pedagógicos no abandonaban sus pensamientos. —*N. de las Aut.*) Ideo cualquier cosa para evitar el constante ajeteo, que cansa terriblemente. Ahora estamos en Lausanne. Hace ya una semana que logramos escaparnos de Ginebra y descansamos en el pleno sentido de la palabra. Los asuntos y las preocupaciones quedaron allí, y aquí dormimos diez horas al día, nadamos, paseamos. Volodia ni siquiera lee la prensa como se debe. Sólo traímos el mínimo de libros, y aun éstos los enviaremos

mañana a Ginebra, sin haberlos leído. Nosotros, a las cuatro de la mañana, nos pondremos las mochilas y marcharemos por unas dos semanas a la montaña. Iremos a Interlaken, y de allí a Luzern... En una semana ya nos hemos "renovado" considerablemente, incluso tenemos un aspecto saludable. El invierno fue tan duro, teníamos tan destrozados los nervios, que no estaba mal descansar un mes, aunque a mí ya empieza a darme vergüenza descansar". Esta frase es muy característica de Krúpskaya: "dar vergüenza" descansar.

Al hablar a María Alexándrovna de su pleno descanso, fingían un poco, pues allí, a Lausanne, irían Bonch-Bruievich y Lepeshinski, a petición de Lenin. Encontraron a los Uliánov en una pequeña pensión, ya preparados para continuar la marcha. "Cuando entré en su habitación —evocaría Vladimir Bonch-Bruievich— Lenin ponía las cosas en la mochila. Estaban también Nadezhda Konstantínovna y un camarada, por lo visto, recién llegado. Junto a la pieza de Vladimir Ilich había otra, desocupada, que era como un comedor común. Como siempre, los Uliánov nos acogieron muy cordialmente. Vladimir Ilich nos llevó a su habitación y nos preguntó a media voz por todos los asuntos..."

Los Uliánov sólo dejaron completamente de ocuparse de los asuntos del partido cuando llegaron a la montaña, a un lugar perdido. Parecían verdaderos turistas: con las mochilas a la espalda, trajes cómodos y sencillos y calzado de gruesa suela. Eran jóvenes, rebosaban de energía. No les cohibía disponer de poco dinero. Se alimentaban sobre todo de fiambres, de queso, de huevos. A veces los acompañaban con vino, pero casi siempre bebían agua de los cristalinos arroyos y cascadas de la montaña. En una pequeña taberna, un obrero les aconsejó que comieran en los hoteles no con los turistas, sino con el personal de servicio, donde lo hacían los cocheros y peones. Los Uliánov siguieron este consejo, riéndose alegremente al observar las miradas de reojo de los turistas burgueses. Allí comían mucho más barato y nutritivamente. Por añadidura, las conversaciones eran interesantes, se hablaba de la vida y del trabajo.

Poco a poco los viajeros fueron atezándose y se fortalecieron. Ya en Lausanne habían convenido que no hablarían palabra de política, pero así y todo tenían puestos sus pensamientos en Ginebra, y unas veces Lenin y otras Krúpskaya se paraba de pronto y empezaba: "pues sabes...",

mas al sorprender la irónica mirada reprobativa de él o de ella, se reían y dejaban el tema.

A fines de julio Vladimir Ilich recibió la noticia de que el CC menchevique le había privado del derecho de mantener comunicación con Rusia y de expresar libremente su opinión en *Iskra*. Entonces se retiró del CC. Ante los bolcheviques se planteó la tarea de crear su propia prensa (habían logrado reconquistar de los mencheviques la biblioteca y el archivo del CC del POSDR), su organización y su Comité Central, para lo cual era necesario celebrar un congreso. Lenin y el grupo de bolcheviques que le apoyaban convocaron una conferencia. Haciéndose pasar por alpinistas se reunieron en una pequeña hostería de las afueras de Ginebra. Asistieron veintidós bolcheviques-leninistas. Entre ellos, el matrimonio Lepeshinski, V. Bonch-Bruievich, M. Liádov, M. Olminski, S. Gúsev, V. Vorovski, A. Lunacharski y R. Zemliachka. La conferencia, que pasó a la historia como la Conferencia de los 22, aprobó una resolución sobre la convocatoria del III Congreso del POSDR. Liádov relata: "Para todos hubo tareas en la labor iniciada. Alrededor de Nadezhda Konstantínovna se formó toda una oficina, ocupada en mantener correspondencia urgente con las organizaciones de Rusia. Los literatos se dedicaron a elaborar la resolución. Ilich se encargó de redactar un llamamiento en nombre de la conferencia". El texto de este llamamiento fue enviado a Rusia con camaradas seguros.

Todo el mes de agosto lo pasaron Lenin y Krúpskaya en una apartada aldea, a la orilla del Lac de Bret. Allí se reunió un buen grupo: los Bogdánov, Olminski y Pervujin. Se preparaba un órgano de prensa propio, y a la colaboración en él fueron incorporados Lunacharski, Bazárov y Stepánov.

El periódico bolchevique *Vperiod* apareció en diciembre de 1904. Además, se organizó una editorial de publicaciones bolcheviques, cuya dirección ideológica correspondía a Lenin y la gestión administrativa corría a cargo de Bonch-Bruievich.

Al volver a Ginebra, los Uliánov se domiciliaron en la calle de Carouge, donde vivía toda una colonia bolchevique: los Vorovski, Lunacharski, Krásikov y Olminski; allí había también un comedor abierto por los Lepeshinski para los emigrantes rusos. En aquel tiempo, cuando los asuntos iban arreglándose y en Rusia eran cada vez más los comités que se

ponían de parte de Lenin, en la colonia reinaba el entusiasmo. A cada ataque de los mencheviques se replicaba con una de las alegres caricaturas, que hacía Lepeshinski con gran maestría. Obra suya fue toda una serie: *Cómo los ratones enterraron al gato*, *La vida del reverendo Gueorgui el Invencible* y otras.

Y de nuevo las cartas de Krúpskaya fueron llegando a la patria; eran cartas que animaban, vinculaban, daban noticias y exigían. Cruzaban las fronteras y pasaban a través de los muros de las cárceles.

En la rigurosa y porfiada lucha, cuando caían en ella los amigos, cuando el futuro era incierto y los días estaban henchidos de trabajo, con frecuencia imperceptible, pero que requería todas las energías, el alma de aquella admirable mujer era alumbrada por una inextinguible seguridad en la justedad del camino elegido. El 4 de marzo de 1905, al enterarse de la muerte de Alexandra Grigórieva, escribió a Olga Vítker, con la que en un tiempo tuvo amistad: "Era mucho lo que yo quería a Alexandra en aquella época, y estos afectos no se pierden nunca... Maldita vida en la que mueren tan estúpidamente los seres humanos y no se les puede ayudar... Claro, si de nuevo tuviera que empezar a ordenar mi vida, otra vez la ordenaría tal y como es, no querría otra vida, no me lamento de nada ni nada quisiera cambiar (en un todo), amo mi pasado y mi presente..."

Corría el mes de enero del nuevo año, 1905...

En Rusia se avecinaban acontecimientos revolucionarios.

La primera revolución rusa

En la mañana del 10 de enero de 1905, cuando Nadezhda Konstantínovna y Vladímir Ilich se dirigían como de costumbre a la biblioteca, vieron que los Lunacharski iban rápidamente hacia ellos. Lejos todavía, Anatoli Vasílievich les gritó: "¡El zar ha ametrallado a una manifestación! ¡Horrible! Hay muchos muertos".

"Fuimos —recordaría Krúpskaya— adonde instintivamente se encaminaron todos los bolcheviques a los que había llegado la noticia de los sucesos en San Petersburgo: al comedor de emigrantes de los Lepeshinski. Querían estar juntos. Los reunidos casi no hablaban entre sí; era demasiado grande la emoción que les embargaba. Cantaron *Vosotros caisteis en la lucha fatal...*, con rostros graves. Todos eran conscientes de que la revolución había empezado, de que se habían roto las trabas de la fe en el zar y de que ya estaba muy cerca el tiempo en que "caerá la tiranía y se alzará el pueblo, grande, poderoso y libre..."

Allí mismo, en el comedor, se acordó enviar a Rusia a dos emisarios de los bolcheviques: V. Nevski a Moscú y D. Lazúrkina a San Petersburgo. Sin embargo, no tenían dinero para el viaje. Mas era tanto su entusiasmo que esto no turbó a nadie. Decidieron recaudar dinero en cafés, restaurantes, panaderías, entre los emigrantes rusos de todas las tendencias residentes en Ginebra. No hubo una sola persona que se negara a dar dinero para la revolución rusa. Por la tarde se congregaron todos en casa de Lenin y contaron el dinero, con el que llegaba de sobra para costear el viaje. Nadezhda Konstantínovna cosió unas bolsitas en las que pusieron el dinero. Aquella misma tarde Nevski y Lazúrkina salieron

para Rusia. Al despedirse de ella, Krúpskaya dijo a Lazúrkina: "Fíjese en todo, escriba sobre el trabajo, sobre el estado de ánimo de los obreros, escriba de todo, de lo que se hace en cada lugar, de las dificultades y de los progresos". Ella misma y Vladímir Ilich ansiaban ir a Rusia, pero ante todo era preciso preparar y reunir el congreso del partido. Se previó celebrarlo en abril de 1905.

La revolución acentuó las discrepancias entre bolcheviques y mencheviques. El oportunismo de éstos se manifestó en su táctica y en su criterio sobre las fuerzas motrices de la revolución. En sus obras y en toda su actividad, Lenin puso al desnudo el oportunismo de los mencheviques. Defendió la idea de la hegemonía del proletariado en la revolución y de la misión de vanguardia del partido proletario.

En un ambiente de inmenso entusiasmo se celebró en Londres el III Congreso del partido. Los mencheviques no asistieron a él y convocaron su conferencia en Ginebra. El congreso trazó el plan estratégico y la táctica revolucionaria del partido en la insurrección revolucionaria democrático-burguesa y aprobó resoluciones sobre el Gobierno Provisional revolucionario y la actitud hacia los campesinos y con los liberales. Fue aprobada la definición leninista del primer artículo de los Estatutos del partido. Todos los acuerdos del congreso estaban penetrados del énfasis de la revolución recién iniciada.

Nadezhda Konstantínovna, que participó con la mayor actividad en el congreso, fue incluida en la comisión de redacción de las actas. Pero resultó que, al volver a Ginebra, este difícil trabajo tuvo que hacerlo ella sola, porque uno de los miembros de la comisión se fue y al otro le encomendaron nuevas tareas. Días enteros estuvo sentada Krúpskaya en el comedor de los Lepeshinski, entrevistándose con los delegados, comparando juntos los textos de las intervenciones y, a veces, discutiendo con ellos. Este trabajo se prolongó unos cuantos días, desde la mañana a la noche.

Lenin y Krúpskaya estaban dominados por un solo pensamiento: marchar a Rusia, meterse en la entraña de los acontecimientos. Mas no era posible que fueran juntos inmediatamente: había aún demasiadas tareas a las que se debía dar cima. Y por penoso que les fuera separarse y no quisiera ella dejar que marchara solo su marido, Krúpskaya tuvo que esperar allí algún tiempo. Entre los dos ordenaron,

clasificaron y metieron en sobres los papeles, las cartas y los documentos del congreso. Llenaron toda una maleta con los documentos más importantes del partido y se la dejaron en depósito a Karpinski.

A fines de octubre marchó Lenin. Un mes después emprendería el viaje Krúpskaya. Por su aspecto no se distinguía en nada de una intelectual europea occidental, pero había en ella algo típicamente ruso que dio lugar a que en Estocolmo fuera seguida por un polizonte. Nadezhda Konstantínovna no dejó ver que había advertido la vigilancia, todo lo hizo tranquilamente, sin volver la cabeza ni apresurarse. Realmente, allí, hasta la frontera rusa no le amenazaba nada, pero en la misma frontera le esperaban contrariedades, porque la policía tenía orden de detenerla en cualquier lugar por donde intentase entrar en el Imperio Ruso. Se salvó de casualidad. El polizonte subió con Krúpskaya al mismo tren que iba a Helsingfors. La revolución alcanzaba su apogeo. En Finlandia había huelgas, los obreros estaban armados. El vagón iba de bote en bote, la gente estaba agitada. Krúpskaya oyó que en el compartimiento vecino hablaban en alemán, se cambió a él y entró en la conversación. El polizonte también fue allí. Y en ese momento, a Nadezhda Konstantínovna le sonrió la suerte, pues la charla tomó un rumbo muy necesario para ella. Un militante obrero hablaba con entusiasmo de la revolución y dijo de pasada: "Hemos detenido y encarcelado a todos los polizontes". Mirando a su espía, Krúpskaya intercaló: "Podrían venir otros". El obrero la entendió al vuelo: "Muéstrémoslo usted, y en el acto le detenemos". Precisamente el tren entraba en una estación donde pararía un minuto. El polizonte se apresuró a bajar del vagón.

Más tarde Krúpskaya escribiría sobre su llegada a San Petersburgo: "Había vivido cuatro años en el extranjero y me moría de añoranza por San Petersburgo. Yo sabía ya que todo él bullía, y el silencio de la estación de Finlandia, donde bajé del tren, era tan contrario a lo que yo pensaba de San Petersburgo y de la revolución que de pronto creí que no había descendido del tren en San Petersburgo, sino en Párgolovo.

Confusa, me acerqué a uno de los cocheros allí parados y le pregunté: "¿Qué pueblo es este?" El se quedó atónito, y luego, con guasa, me miró de pies a cabeza y, poniéndose en

jarras, me contestó: "Esto no es un pueblo, sino la ciudad de San Petersburgo".

A recibir a Krúpskaya acudió P. Rumiántsev, director de la revista *Véstnik Zhizni* ("El Mensajero de la Vida"), que la llevó a su casa. Allí vivía, sin figurar en el registro de pasaportes, Vladímir Ilich.

A la mañana siguiente, Krúpskaya andó por la ciudad en busca de habitaciones amuebladas donde no se exigiera registrar el pasaporte, ya que a Lenin le cohibía mucho estar en casas ajenas, empezaba a ponerse nervioso y le rendía menos el trabajo. En habitaciones amuebladas vivieron poco tiempo los Uliánov, porque sus condiciones eran las más impropias para trabajar. Entonces los camaradas decidieron facilitarles pasaportes para que los inscribieran legalmente.

Estando de nuevo en Rusia, Nadezhda Konstantínovna tuvo posibilidad de relacionarse con muchísimas personas y asistir a asambleas. Sus observaciones se las comunicaba siempre a Lenin. Sabía tratar a los obreros, que le hablaban de los asuntos con detalles vivos, lo que permitía a Lenin determinar el nivel del entusiasmo revolucionario de las masas.

Sobre Krúpskaya, como secretaria del CC, recaían infinidad de asuntos y obligaciones. Estaba responsabilizada de las direcciones clandestinas, del contacto con los camaradas y de las relaciones con los comités. Recordando su trabajo de secretaria del Comité Central, Krúpskaya escribió: "Afluían hacia nosotros raudales de gente, la inducíamos con toda clase de razones y la proveíamos de lo necesario: literatura, pasaportes, instrucciones, y aconsejándola".

En el período de mayor auge de la revolución se observó un grandioso avivamiento del trabajo. Aparecían varias publicaciones bolcheviques. El periódico *Nóvaya Zhizn* ("Vida Nueva") lo editaba María Andréieva, antigua conocida de Krúpskaya, pero, en realidad, era dirigido por Lenin. En él se publicaban con regularidad sus artículos. Lenin llamaba a emplear nuevas formas de lucha: a constituir, manteniendo el aparato conspirativo del partido, organizaciones legales y semilegales suyas. Propugnaba una amplia afluencia de los obreros al partido y que se extirpara el espíritu de corrillo, peligroso en el período de la revolución.

Nadezhda Konstantínovna, ya en los primeros días de su llegada a San Petersburgo, fue al arrabal de Névkaya

Zastava para ver cómo se desenvolvía la escuela nocturna y dominical. Todo había cambiado. En aulas colmadas hablaban abiertamente los propagandistas del partido. En una clase Krúpskaya captó en seguida que los alumnos escuchaban con atención a un propagandista e incluso sacaban algunos apuntes, pero ninguno hacía preguntas y no surgía la discusión. Notábase la poca experiencia del joven propagandista, que no sabía tocar en lo vivo a los oyentes. En cambio, se había elevado muchísimo el grado de conciencia de los obreros. Esto lo pudo apreciar bien al encontrarse con antiguos discípulos suyos. En la calle se le acercó uno de ellos, Bakin, el obrero que un lejano día asombró al gerente de la fábrica de Maxwell con sus juicios sobre el aumento de la productividad del trabajo, que le valieron ser despedido y enviado a su lugar natal bajo escolta. Trabajaba en una tahona. El alumno y la maestra hablaron largamente de la revolución, de la lógica de la lucha revolucionaria. Bakin le contó cómo había transcurrido la huelga de panaderos.

El zarismo pasó a la ofensiva. El partido perdía combatientes. El 18 de octubre fue asesinado en Moscú Nikolái Bauman, destacado dirigente del partido; en Ivánovo-Voznesensk cayeron los magníficos bolcheviques: F. Afanásev y O. Guénkina. Por muchas ciudades se propagó la ola de represión.

El 3 de diciembre, cuando Krúpskaya iba a la redacción de *Nóvaya Zhizn* la paró uno de sus reporteros, advirtiéndole que en ella se estaba efectuando un registro. El periódico fue suspendido.

Cuando ya había empezado en Moscú la insurrección armada, en Tammerfors (Finlandia) se celebró una conferencia de los bolcheviques. Duró del 12 al 17 de diciembre y asistieron a ella 41 delegados de las organizaciones de San Petersburgo, Riga, Tula, Kazán, Yaroslavl, Nikoláev, Taganrog, Ufá y otras ciudades. La conferencia se inició con informes de los delegados acerca de la situación en sus ciudades. Lenin presentó un informe sobre la situación actual y el problema agrario.

La conferencia aprobó los proyectos de resoluciones propuestos por Lenin sobre la reorganización del partido y el problema agrario. Se tomó un acuerdo sobre la unificación del partido. Esto lo exigía el desarrollo de la revolución. La

conferencia encomendó al Comité Central que convocara el congreso de unificación del partido.

En Tammerfors se recibió la noticia de que en Rusia había sido promulgada una ley electoral. Como la lucha revolucionaria continuaba en ascenso se decidió llevar a cabo el boicot activo a las elecciones a la Duma del Estado. En la resolución de la conferencia se decía: "La insurrección debe ser preparada inmediatamente, organizada en todas partes, ya que sólo su victoria permitirá convocar una representación auténticamente popular, o sea, una asamblea constituyente elegida libremente en base al sufragio universal, igual, directo y secreto".

Refiriéndose al ambiente en la Conferencia de Tammerfors, Nadezhda Konstantínovna escribió: "¡Qué lástima que no se hayan conservado las actas de esta conferencia! ¡Con qué entusiasmo transcurrió! La revolución estaba en pleno ascenso y cada camarada rebosaba de entusiasmo y todos estaban dispuestos a combatir. En los intervalos se aprendía a disparar. Una tarde fuimos a una asamblea finlandesa de masas que se celebró a la luz de antorchas, y la solemnidad de aquella asamblea correspondía plenamente al estado de espíritu de los delegados. Difícil es que haya olvidado esta conferencia ninguno de los que asistieron a ella. Allí estaban Lozovski, Baranski, Yaroslavski y muchos otros. He recordado a estos camaradas porque fueron muy interesantes sus "informes locales".

La insurrección armada de diciembre fue aplastada. La revolución se replegó con combate. La autocracia intensificó la ofensiva. Envío expediciones punitivas. Se efectuaron detenciones y fusilamientos en masa. El partido volvió a la clandestinidad. En marzo de 1906, Lenin fue a Moscú, conversó con los camaradas del partido, persuadiéndoles de que en modo alguno se podía caer en el pánico y el abatimiento y de que se vencería de seguro.

Al enterarse de que Vladímir Ilich había regresado, Krúpskaya se apresuró a ir adonde vivía. En la esquina de la calle, apoyado contra la columna para fijar periódicos, estaba un hombre de edad. Por la penetrante mirada que clavó en ella, comprendió que era un polizonte. Más adelante, cerca de la casa, a la entrada de un patio había otro hombre, hablando indolentemente con un portero. Al entrar en el portal, Krúpskaya tropezó, por último, con otro individuo de

traza policíaca. Al ver a Lenin, hasta se olvidó de saludarle y sólo le preguntó: "¿Por qué han empezado a vigilarte de esta manera?" Vladímir Ilich quedó muy sorprendido. Mirando a la calle a través de los visillos comprendió que era preciso marchar de allí inmediatamente. En la maleta de Lenin vio Nadezhda Konstantínovna unas gafas azules. "¿Pero es que fuiste con ellas?" En efecto, a Lenin se le enmascaró así en Moscú. Krúpskaya no pudo contener la risa al contemplar a su marido con aquellas gafas. "Te dan tal aspecto de expropiador que si yo hubiese sido policía te habría seguido la pista, por si acaso hacías explotar algo".

Salieron de la casa ceremoniosamente, cogidos del brazo. Sin embargo, esto no les impidió hacer trotar a los agentes secretos. Pasaron por patios abiertos, subieron a un coche de punto y pasearon por tortuosas travesías. Después de comprobar varias veces que se habían librado de sus seguidores, para evitar percances marcharon a pasar la noche en la casa de Olga Vítker, completamente "limpia" de sospechas policíacas.

Y otra vez volvieron a la vida clandestina, vida llena de peligros y de vagabundeo por casas ajenas y habitaciones de hoteles.

Nadezhda Konstantínovna tenía toda una serie de lugares de citas clandestinas, donde recibía a los recién llegados, hablaba con ellos, les daba instrucciones y, a algunos, les facilitaba entrevistas con Lenin.

Los lugares para las citas se hallaban en los sitios más diferentes: en gabinetes de dentistas, en el depósito de la editorial *Vperiod*, en el comedor del Instituto Politécnico. Un día, encontrándose con V. Menzhínskaya, su ayudante permanente, en el depósito de *Vperiod*, llegó presuroso uno de los empleados. "¡La policía, un registro!" Krúpskaya no se desconcertó. "¡Vamos a la tienda! ¡De prisa!" (La tienda era contigua al depósito.) Se mezclaron entre los compradores, aparentando hojear con toda tranquilidad las novedades librerías expuestas en el mostrador. El comisario de policía fijó la mirada en los compradores y, no viendo entre ellos con quién tomarla, gritó: "¡Fuera de la tienda!". Krúpskaya y su ayudante se apresuraron a cumplir esta orden.

Otro día le dieron la dirección equivocada de la dentista Lavréntieva. Era un error "insignificante": la casa N° 33 en vez de la casa N° 32. Al pararse ante la puerta del piso, a

Krúpskaya le extrañó que no tuviera la placa con el nombre de la dentista. Llamó. Su asombro fue mayor al ver que abría un ordenanza. Ya no se podía retroceder y entró en el apartamento. “¿Acaso no es hoy día de consulta?”, preguntó lo más serena posible. El ordenanza, cuadrándose, le informó: “El señor coronel no está en casa”. Resultó que allí vivía el coronel Rimán, del Regimiento Semiónovski, el hombre que había reprimido la insurrección de Moscú. Después de explicar tranquilamente al ordenanza que necesitaba un dentista, Krúpskaya, con sus cifras, direcciones y literatura clandestina, entró en la casa N° 32.

No temía nada para sí misma, no pensaba en los peligros que le amenazaban, pero día y noche se sentía inquieta por su marido, al que buscaba obstinadamente poco menos que toda la policía secreta.

Los Uliánov hicieron una tentativa más de vivir juntos. Mas una noche Vladímir Ilich no fue a dormir. Todo el tiempo lo pasó Krúpskaya sentada junto a la ventana, con el oído pegado a los pasos en la calle y en el portal. ¿Sería posible que le hubiesen detenido? Creyó que aquella noche no terminaría nunca. Por la mañana dudó entre ir a ver a los amigos o esperar. Por fin le comunicaron que a Ilich se le había pegado un “rabo” tan ducho que por un poquito más no le apresan, en vista de lo cual y con ayuda de los amigos marchó directamente —sin pasar por su casa— a Finlandia, donde la policía rusa no podía detenerle.

Estaba próximo el IV Congreso (de Unificación) del POSDR. Y como siempre, sobre Nadezhda Konstantínovna recaían las preocupaciones de la organización. Kliment Efrémovich Voroshílov, delegado a este congreso por Lugansk, recordaría que apenas llegar a San Petersburgo se encontró en la editorial *Vperiod* con Bonch-Bruiéovich, quien le aconsejó: “... vaya a la sección de tecnología y vea a Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya, esposa del camarada Lenin. Ella le pondrá al corriente de los acontecimientos”. Se entrevistaron en el comedor del Instituto Tecnológico. Allí iban centenas de personas, y los encuentros conspirativos pasaban desapercibidos. Voroshílov, recordando aquellos días, escribió: “Nadezhda Konstantínovna me recibió como a un viejo conocido, por lo visto le habían hablado de mí. Me

preguntó mucho sobre la actividad de la organización del partido en Lugansk, sobre los activistas y los militantes clandestinos y sobre el estado de ánimo de los obreros. Yo hablaba y ella tomaba nota de todo en un cuaderno de apuntes pequeñito. Luego me instruyó en detalle acerca de cómo debía conducirme en San Petersburgo y me dijo algo sobre el próximo congreso. “Lo más probable —explicó— es que el congreso se celebre en el extranjero. Sin embargo, todavía no está determinado cuándo y adónde hay que ir. Esperaremos. Entre tanto, conozca la ciudad, descanse... Tenga cuidado, aquí hay polizontes a montones”.

El congreso hubo que reunirlo en Estocolmo, y no en Rusia. De nuevo Krúpskaya se vio agobiada de tareas: proporcionaba pasaportes para el extranjero, entregaba dinero y formaba los grupos para el viaje a Suecia, procurando incluir en cada uno de ellos a una persona que ya hubiera estado en el extranjero y conociese algún idioma.

Los mencheviques mandaron sus delegados utilizando otros itinerarios.

Krúpskaya recibió el mandato de la organización de Kazán y marchó a Estocolmo después de haber enviado allí a todos los delegados. Fue en un grupo del que, entre otros, formaba parte Klavdia Novgoródtseva, esposa de Yákov Sverdlov. Novgoródtseva contaría después que el grupo lo constituían también P. Tuchapski, A. Búbnov, unos hombres más y otra mujer. “Muy pronto, ya el primer día, nuestra compañera de viaje nos agrupó en torno suyo en charlas comunes y haciendo todo juntos durante el transbordo del tren al buque, con la particularidad de que en su conversación con nosotros no hubo ninguna importunidad ni nada de superioridad por su parte, aunque se percibía que tenía mucha más experiencia que nosotros y que no era la primera vez que salía al extranjero. Nos fue muy útil al advertirnos cómo deberíamos proceder en el extranjero, y nos hicimos muy amigos de ella, considerándola una encantadora camarada.

Esta camarada era Nadezhda Krúpskaya, esposa de Vladímir Ilich”.

Cuando preparaban el Congreso de Unificación del partido, Lenin y los bolcheviques subrayaron que esta unificación sólo era posible en base a los principios ideológicos y de organización del marxismo revolucionario.

El congreso transcurrió en medio de una porfiadisima lucha. Los mencheviques constituían la mayoría, a causa del aplastamiento de las organizaciones bolcheviques por la policía. En el congreso se discutieron el problema agrario, el momento actual y las tareas de clase del proletariado, la cuestión de la actitud ante la Duma del Estado y los Estatutos del partido. Lenin presentó el informe sobre el problema agrario. Propugnó que se cambiara el programa del partido, ya que no se trataba de devolver los llamados "recortes" de tierra a los campesinos, sino de la destrucción revolucionaria de todo el viejo régimen de propiedad agraria. Lenin pronunció también el informe *Acerca del momento actual y de las tareas de clase del proletariado*. Fue un gran éxito la fusión de las organizaciones socialdemócratas nacionales en un POSDR único. Sin embargo, en el congreso se pusieron de manifiesto claramente las discrepancias ideológicas y políticas entre los bolcheviques y los mencheviques. Estos, de mes en mes, fueron retrocediendo cada vez más hacia la derecha, haciendo tabla rasa de las decisiones del congreso. El periódico *Sotsial-Demokrat*, de órgano de todo el partido, lo convirtieron en un órgano fraccionalista.

Después del congreso, Krúpskaya y Lenin volvieron a San Petersburgo. Comenzaba un nuevo ascenso de la lucha revolucionaria de las masas. El 9 de mayo, Vladímir Ilich habló en un gran mitin celebrado en la Casa del Pueblo fundada por la condesa Pánina. Intervino con el apellido de Kárpov. Al mitin acudieron representantes de diversos partidos, entre ellos muchos obreros. La presidencia estaba formada principalmente por demócratas constitucionales*. Habló en primer lugar el demócrata constitucionalista Ogoródnikov. Nadezhda Konstantínovna casi no le oyó.

Cuando la presidencia anunció: "Se concede la palabra al señor Kárpov", Lenin se dirigió al escenario. Krúpskaya sabía cuán emocionado estaba. Era la primera vez que ella le oía hablar ante tan amplio auditorio de obreros rusos. En distintos sitios de la sala estallaron aplausos: los camaradas del partido habían reconocido a Lenin.

* *Demócratas constitucionales*: miembros del principal partido de la burguesía contrarrevolucionaria liberal-monárquica en Rusia. Se fundó durante la revolución de 1905-1907 en Rusia.

Después del discurso de Lenin los obreros no quisieron oír a nadie más. Rasgaron camisas rojas para hacer banderas y, con canciones revolucionarias en los labios, marcharon hacia sus barriadas. Lenin y Krúpskaya, rodeados de camaradas, salieron a la calle. En San Petersburgo era la época de las noches blancas. ¡Quién iba a dormir! Marcharon por la avenida Nevski, cada cual hablando de algo agitadamente. Para no llevar detrás de él a un polizonte, Lenin se fue a pasar la noche a casa de un camarada.

Lenin ya no pudo hablar más en público. Nadezhda Konstantínovna volvió a ser su enlace y secretaria. Iba a las redacciones, a las citas clandestinas y organizaba reuniones conspirativas.

La reacción intensificó su ofensiva. El 8 de julio fue disuelta la Duma. De otro lado, cobraron renovado vigor las acciones campesinas y se produjeron acciones armadas de soldados y marinos en Cronstadt, Sveaborg y Reval, pero fueron aplastadas. En estas sublevaciones participaron también los bolcheviques.

En los momentos más difíciles Krúpskaya daba prueba de entereza, sangre fría y valor. El día de la sublevación en Sveaborg, algunos camaradas del partido se reunieron en casa de las hermanas Menzhínskaya. Esperaban con inquietud noticias sobre el curso de la sublevación. Mas fueron pasando las horas, y los telegramas no llegaban. Entonces Lenin envió a Vera Menzhínskaya a casa de Schlichter: era preciso ir a Sveaborg. Alguien recordó casualmente que el bolchevique Járrik trabajaba en la redacción del periódico demócrata constitucionalista *Rech* ("La Palabra"). Quizá allí ya tuviesen noticias. Krúpskaya se levantó, decidida. "Iré, me enteraré de lo que saben". En la redacción no estaba Járrik, pero ya había llegado un telegrama anunciando el aplastamiento de la sublevación. En una galerada de telegramas uno de los correctores de guardia escribió a Krúpskaya la dirección de Járrik. Krúpskaya fue hacia donde vivía. En la tranquila travesía de Gúsev paseaban dos mujeres, cogidas del brazo. Advirtieron a Nadezhda Konstantínovna que en el piso de Járrik había montado una emboscada la policía. Se apresuró a volver a casa de las Menzhínskaya.

Una vez más el partido pasó a la rigurosa clandestinidad. Vladímir Ilich marchó a Finlandia, a la localidad de Kuokkala.

Entre tanto, la preparación del V Congreso seguía su curso. Los delegados iban llegando; Nadezhda Konstantínovna les recibía por parte de los bolcheviques. La situación era complicada: la policía actuaba ferozmente.

El V Congreso fue el segundo al que no pudo asistir Krúpskaya. Acerca de esto recordaría: "Yo misma no estuve en el congreso. No había nadie a quien se pudiera encargar del trabajo de la secretaria, y los tiempos eran difíciles. La policía actuaba con toda desvergüenza y la gente empezaba a temer que los bolcheviques pernoctaran en sus casas o se vieran en ellas. Yo me encontraba a veces con gente en la redacción de *Véstnik Zhizni*. A Piotr Rumiántsev, director de la revista, le cohibía decirme él mismo que no organizara citas en ella, y azuzó contra mí a un obrero con el que yo hablaba a menudo de los asuntos. Fue enojoso que no me lo dijera él mismo". Rumiántsev resultó ser uno de aquellos que querían participar en el movimiento sin arriesgar nada. Cuántos compañeros de viaje como él se convertirían posteriormente en enemigos de la Revolución de Octubre. También Piotr Rumiántsev habría de terminar sus días en Berlín como rencoroso emigrante.

Una tarde, al regresar de San Petersburgo, Nadezhda Konstantínovna vio luz en todas las ventanas de la casa. Vladímir Ilich había vuelto del congreso. Al primer instante no le reconoció: se había afeitado la barba y tenía el bigote corto. El chalet estaba lleno de gente: toda la fracción bolchevique. No dejaron de hablar hasta la mañana siguiente; discutían las acciones futuras.

En el congreso se enfrentaron una y otra vez más las dos líneas políticas inconciliables. El informe sobre la actividad del CC lo hizo Márto. No pudo velar el hecho de que los mencheviques se habían equivocado en la cuestión fundamental, la de quién debía ser la fuerza hegemónica de la revolución, y habían ido deslizándose hasta las posiciones de apéndice de la burguesía liberal.

En toda una serie de cuestiones de primera importancia, el congreso aceptó el criterio de los bolcheviques. Aprobó su resolución acerca de la Duma del Estado.

Krúpskaya oía atentamente los fervientes discursos. Dijérase que los camaradas acabaran de salir del fuego más intenso de un combate. Vio claramente cuán cansado estaba Vladímir Ilich.

El cansancio se revelaba en el insomnio, tremendos dolores de cabeza y falta absoluta de apetito. Aconsejándose de los camaradas, Krúpskaya insistió en que Vladímir Ilich marchara a descansar en Stirsuden, donde la familia de Lidia Knipóvich ocupaba ella sola un chalet. Por su parte, Krúpskaya permaneció algún tiempo aún en Kuokkala, pues debía finalizar algunos asuntos y organizar el paso del partido a la clandestinidad. Después ella también marchó a Stirsuden.

Mar, pinares y silencio. Los Uliánov se bañaban, paseaban en bicicleta, oían música (una pariente de Knipóvich era cantante). En su vida había habido pocos días como aquellos.

En agosto Nadezhda Konstantínovna despidió a Lenin, que salió para Stuttgart, con el fin de asistir al congreso internacional. Ella se incorporó activamente al trabajo.

Una vez que regresó Vladímir Ilich todavía vivieron algún tiempo en Kuokkala, hasta noviembre de 1907, en que Lenin tuvo que trasladarse a Oglbiu, una pequeña localidad más al interior de Finlandia. La reacción atacaba rabiosamente. La policía ya no tenía en cuenta la autonomía de Finlandia y empezó a practicar registros. Durante dos años, en el chalet de Kuokkala se había acumulado una enorme cantidad de documentos de archivo y publicaciones clandestinas. Sin precipitarse, pero con diligencia, Krúpskaya y la esposa de Bogdánov ordenaron estos archivos. Lo máspreciado, lo que era necesario conservar, fue entregado a camaradas finlandeses, y lo demás se quemó. Alrededor del chalet la nieve quedó ennegrecida por la ceniza: tuvieron que tomar medidas de precaución.

Al fin todo quedó en su lugar. Nadezhda Konstantínovna marchó a San Petersburgo, dejó instalada a Elizaveta Vasílievna, concertó los enlaces con los camaradas que permanecerían allí y marchó presurosa a Estocolmo, adonde ya había sido enviado Vladímir Ilich. Lenin tardaría algún tiempo en contar a su esposa cómo estuvo a punto de perecer cuando al atravesar el Golfo de Finlandia empezó a desaparecer el hielo bajo el agua. Krúpskaya se imaginó claramente la situación: la noche, la ventisca, los crujidos de la fina capa de hielo.

Volvían a la emigración, pero no les quedaba otro remedio. Sabían que la reacción se prolongaría largos años. Fueron otra vez a Ginebra, a través de Berlín. Allí acababan

de efectuar detenciones entre los emigrantes. A fin de no comprometer a nadie, los Uliánov pasearon todo el día por la ciudad. Por lo visto, en algún café tomaron algo que les sentó mal. Medio enfermos, el 7 de enero de 1908 llegaron a Ginebra, fría, helada. "Siento como si hubiéramos venido exactamente a meternos en el ataúd", se le escapó a Vladímir Ilich.

Comenzaba su segunda emigración.

Ginebra—París

En enero de 1908 vivían en Ginebra nada más que unos cuantos bolcheviques emigrados: M. Tsjakaya, Karpinski y algunos otros. Lenin y Krúpskaya alquilaron una habitación en un espacioso apartamento, en la calle des-Deux-Poudes. Era una pieza fría e incómoda. Nadezhda Konstantínovna escribió: "Nos fue difícil después de la revolución volver a acostumbrarnos al clima de la emigración. Vladímir Ilich se pasaba días enteros en la biblioteca, pero por las tardes no sabíamos dónde meternos. No deseábamos quedarnos en la habitación fría e incómoda que habíamos alquilado, nos atraía estar entre la gente, y cada día íbamos al cine o al teatro, aunque rara vez aguantábamos hasta el fin, y solíamos marcharnos mediado el espectáculo a vagar por alguna parte, casi siempre por la orilla del lago".

A pesar de la derrota de la revolución en Rusia, Lenin estaba seguro de su victoria futura. Y todos sus pensamientos y toda su actividad se entrelazaban con la revolución rusa.

Los tiempos eran difíciles. En Rusia imperaba ferozmente la reacción. El partido atravesaba por una dura crisis orgánica, ideológica y política. Entre sus militantes, bajo el influjo de la derrota, se produjeron la dispersión ideológica, vacilaciones, surgieron diversos grupos: los "otzovistas" *, los "liquidadores" **, los "conciliadores" ***.

* *Otzovistas*: grupo oportunista que propugnaba la retirada (*otzyv*) de los diputados socialdemócratas a la Duma y se negaba a participar en la labor de los sindicatos y otras organizaciones legales de los trabajadores.

** *Liquidadores*: grupo menchevique, oportunista, que exigía la liquidación del partido revolucionario clandestino del proletariado y la formación de un partido obrero legal que actuara en el marco de las leyes zaristas.

*** *Conciliadores*: grupo partidario de la conciliación de los intereses del proletariado y la burguesía; velaba los antagonismos entre ellos y proponía una

En Ginebra se decidió editar el periódico bolchevique clandestino *Proletari* ("El Proletario"). Su publicación exigió de Vladímir Ilich muchos esfuerzos y energías. En febrero se congregaron en Ginebra los otros miembros de la redacción de *Proletari*: Bogdánov y Dubróvinski. Era preciso organizar el enlace con Rusia y el transporte del periódico. Estas preocupaciones recayeron en gran medida sobre Nadezhda Konstantínovna.

Los bolcheviques, dirigidos por Lenin, condujeron la lucha por el fortalecimiento del Partido Bolchevique clandestino.

En febrero de 1908 apareció el primer número (21) de *Proletari*, que anteriormente se había imprimido en Rusia.

El peso del trabajo de la redacción gravitaba sobre Krúpskaya, que leía y corregía las galeras de los artículos y llevaba la correspondencia. Procuraba descargar de trabajo a Lenin, que entonces se dedicaba a estudios filosóficos y escribía el libro *Materialismo y empiriocriticismo*.

La derrota de la revolución había movido a una parte de la socialdemocracia a intentar la revisión de los principios básicos del marxismo, y surgieron tendencias que pretendían quebrantar la concepción materialista. Buscaban salida a la tenebrosa realidad en una imaginaria nueva religión sutil, tratando de fundamentarla filosóficamente. Al frente de esta nueva escuela filosófica, que abría las puertas a todo género de búsquedas de Dios, estaba Bogdánov. A él se unieron Lunacharski y Bazárov.

En los años de reacción la nueva filosofía, que dejaba expedito el camino a cualquier misticismo, podía florecer con exuberancia. En Rusia se publicaron los *Esbozos de filosofía del marxismo*, que incluían artículos de Bogdánov, Lunacharski, Bazárov y otros. A Lenin le indignó profundamente este libro. Por las tardes y durante los pocos paseos, Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna discutían problemas de la filosofía marxista y hablaban de la nueva obra de Lenin.

A pesar del recargado trabajo del partido, fue precisamente en Ginebra donde Krúpskaya logró, al fin, dedicarse

línea "media" en las discrepancias fundamentales existentes en la socialdemocracia de Rusia.

de lleno al estudio de la pedagogía. Además, se incorporó a unos cursillos de francés que se daban anualmente en verano para pedagogos extranjeros.

Por fortuna, de Rusia llegó otra vez a fines de abril Elizaveta Vasílievna, que libró a la hija de las ocupaciones del hogar. Los Uliánov se mudaron a la calle Maregni, limpia y agradable, en la que alquilaron un cómodo apartamento de dos piezas en el cuarto piso de la casa N° 61.

En los cursillos, Nadezhda Konstantínovna estudió también el método de enseñanza para adultos, estudió, como ella escribiría, "el don suizo de trabajar con diligencia, intensa y concienzudamente".

Durante seis semanas estuvo muy ocupada. Vladímir Ilich oía con interés lo que ella le contaba de las clases y repasaba los manuales, descansando del trabajo para el libro de filosofía.

Poco a poco se fue concertando la correspondencia con Rusia. Como emigrantes llegaban partidarios de Lenin. Iban arreglándose también los asuntos económicos de los bolcheviques. Nikolái Shmith, un bolchevique que era propietario de una fábrica de muebles en la barriada Presnia de Moscú y murió en la cárcel, legó sus bienes a los bolcheviques. La herencia se recibió, y la redacción de *Proletari* pudo a partir de entonces pagar los artículos a los corresponsales.

Sin embargo, en el aspecto político se hizo difícil vivir en Ginebra.

El centro de la emigración se había desplazado a París, donde también, a fines de 1908, se empezó a imprimir *Proletari*. Suiza estaba invadida de espías de la policía secreta zarista y era leída la correspondencia de los emigrantes rusos. En la familia de los Uliánov se comenzó a hablar cada vez más del traslado a París. Lenin estaba indeciso: le preocupaban la carestía de la vida y el ajetreo de la gran ciudad. Verdad era que allí estaba en ascenso el movimiento revolucionario, lo que no ocurría en Suiza, que sacaba rentas de sus bellezas naturales. En París la vigilancia sería menor. Este argumento convenció definitivamente a Lenin y Krúpskaya.

Marcharon a París en diciembre de 1908. Del 21 al 27 de este mes se celebró allí la V Conferencia Nacional del POSDR. La conferencia condenó enérgicamente el liquidacionismo y trazó la línea revolucionaria y la política

organizativa del partido en el período de reacción. La lucha en el seno del partido arreciaba de día en día.

Al principio, los Uliánov (con ellos habían llegado de Ginebra María Ilínichna y Elizaveta Vasílievna) tomaron casa en un suburbio de la ciudad, en la calle Beaunier. Era un piso alquilado para ellos por los amigos, y los Uliánov quedaron asombrados: cuatro habitaciones, claras, de techos altos y con espejos sobre las chimeneas. Aquel apartamento armonizaba poco con sus costumbres y los "muebles" traídos de Ginebra. La portera miró con extrañeza las mesas y los taburetes simples y blancos, los cajones con libros y unas cuantas maletas. Por eso, cuando en la biblioteca exigieron la garantía del dueño de la casa, éste dudó en darla, pues le parecían demasiado pobres sus inquilinos.

Ir a la biblioteca resultó muy engorroso. La Biblioteca Nacional, en la que se había inscrito Lenin, estaba lejos, y andar en bicicleta por París no era muy agradable. Por añadidura, en la biblioteca se hacía un intervalo para almorzar y tardaban mucho en recoger los libros pedidos. Nadezhda Konstantínovna quiso ayudar a su marido y escribió a uno de los profesores que habían dado clases en los cursillos en Ginebra, pidiéndole que le recomendara bibliotecas cómodas en París. El profesor no tardó en contestar, pero Lenin, después de haber visitado todas las bibliotecas señaladas, optó por volver a la Nacional.

Cada día de Krúpskaya estaba cargado de asuntos: cartas, trabajo en la redacción del periódico y visitas a escuelas. Además, había que acomodar a los camaradas que llegaban a París. En los momentos difíciles Nadezhda Konstantínovna salía a pasear por las calles, por malecones y parques, a conocer París. En el verano, los Uliánov se proporcionaron unas bicicletas y empezaron a ir a pasear al bosque de Meudon, próximo a la capital francesa.

Para deslindarse de los "otzovistas", los bolcheviques celebraron en junio una conferencia ampliada de la redacción de *Proletari*, en la que intervino Lenin sobre la cuestión del "otzovismo" y el "ultimatismo" y las tareas de los bolcheviques respecto a la actividad de la Duma. Se trabajaba en un tenso clima de escisión, discrepancias y discusiones. Por si fuera poco, en aquellos días sufrió un ataque de nervios uno de los delegados a la conferencia, Shuliátikov, lo que produjo penosa impresión a Krúpskaya.

Eran muchos los que no podían soportar la emigración: se volvían locos o acababan suicidándose. Aquella situación extenuaba.

En la conferencia ampliada de la redacción de *Proletari* se planteó especialmente el problema de la escuela de Capri, fundada por Bogdánov, Aléxinski, Gorki y Lunacharski. La conferencia condenó la escuela, calificándola de nueva fracción.

Las organizaciones del partido en Rusia apoyaban calurosamente la lucha de Lenin contra los enemigos del marxismo. Esta lucha consumía muchas energías de Vladímir Ilich. Sus nervios estaban en tensión. Necesitaba descanso. Gorki le invitó a ir a Capri, pero allí le esperaban las mismas discusiones, la misma lucha. Los Uliánov, leyendo los anuncios, encontraron una pensión barata en Boumbon, una localidad rural. Fueron a ella los cuatro: Lenin, Krúpskaya, María Ilínichna y Elizaveta Vasílievna. Sólo tenían que pagar diez francos al día por todos. En la pensión vivían pequeños empleados, dependientes y sirvientas. Los Uliánov observaban su vida con interés y prestaban oído a sus conversaciones. Todos los alojados en la pensión obraban realmente como pequeños burgueses, pero, al mismo tiempo, se pirraban por parecer "verdaderos señores". A la mesa común se sentaban las familias enteras. Sin reparar para nada en la presencia de los niños, los adultos contaban chascarrillos demasiado verdes. Krúpskaya quiso evitarlo, mas no logró nada.

Los Uliánov dejaron de sentarse a la mesa con todos. Paseaban cada día, deleitándose con la naturaleza: los alrededores de Boumbon hacían recordar los campos y bosques rusos; "corrían" en bicicleta, iban a ver los lugares notables de los contornos, como los restos de la muralla de una antigua fortaleza en Champeaux y las ruinas de un castillo en Blandy.

El mes transcurrió imperceptiblemente.

De vuelta en París, Lenin y Krúpskaya cambiaron de casa, yendo a vivir a la calle Marie-Rose. El pequeño piso de dos habitaciones compaginaba mejor con sus gustos y costumbres. Allí los taburetes y las sencillas mesas parecían más adecuados. Verdad es que a la portera le disgustaba que visitara tanta gente a los nuevos inquilinos, pero ellos mismos eran de su agrado. En la calle Marie-Rose vivieron casi tres

años. La cocina les servía de recibidor, en el que se entablaban conversaciones sobre sus asuntos del partido y cordiales charlas.

La vida de los Uliánov en París era apurada en extremo, ya que no recibían nada por la labor literaria y sólo contaban con el sueldo del partido. Por eso, ahorraban cada céntimo, incluso gastando lo menos posible en tranvías.

Lenin pasaba toda la mañana en la biblioteca. Krúpskaya se ocupaba de su trabajo de secretaria. Gracias a su esfuerzo fue organizada en Francia toda una red de puntos de remisión de correspondencia donde vivían leninistas. Krúpskaya enviaba con regularidad a cada uno de ellos sobres con las direcciones escritas y ejemplares de los números del *Sotsial-Demokrat* (periódico clandestino, órgano del POSDR, que inició su publicación en 1908) impresos en papel de fumar. El camarada correspondiente debía meter el periódico en el sobre y enviarlo desde el lugar donde residía.

Una vez Serafima Gópner preguntó a Krúpskaya por qué escribía ella misma los sobres cuando eso lo podían hacer los propios agentes. Nadezhda Konstantínovna le contestó: "No olvide que usted misma se dispone a marchar pronto a Rusia, y no hay que dar a conocer su letra a los gendarmes". Además de las cartas sobre los asuntos del partido, Krúpskaya mandaba invariablemente notas muy breves con informaciones de los acontecimientos en Rusia y tenía al corriente de todo a los camaradas.

Los Uliánov estudiaban con interés la vida del París obrero. Asistían a mítines, paseaban por los arrabales obreros, iban a pequeños teatros, oían a *chansonniers*, que reflejaban en sus canciones la vida y el estado de ánimo de las masas.

Krúpskaya escribió a María Alexándrovna: "¡Ya hace todo un año que vivimos en París! Hemos ido adaptándonos poco a poco, pero es lástima que apenas veamos la verdadera vida de aquí.

Recién estuvimos en un pequeño teatro próximo a nuestra casa y quedamos muy contentos. El público era totalmente obrero, las mujeres iban con niños de pecho; la gente no llevaba sombrero, era parlanchina y viva. Nos pareció interesante la espontaneidad con que reaccionaba ante la interpretación. No aplaudía la buena o mala interpretación, sino las buenas o las malas acciones. La pieza

teatral estaba en correspondencia con esto, era ingenua, con palabras acertadas, consonaba con el gusto del público. Causaba la impresión de algo muy vivo y espontáneo". Esta carta fue escrita en diciembre de 1909, y el 2 de enero de 1910 Vladímir Ilich escribió a su hermana, contándole la vida que hacían: "Hasta ahora aquí el invierno no es invierno, sino primavera. Hoy, por ejemplo, hace un día verdaderamente primaveral, soleado, seco y templado, que hemos aprovechado Nadia y yo para dar un magnífico paseo matinal por el bosque de Bolonia. En general, durante las fiestas, "parrandamos": fuimos a museos y al teatro, visitamos el Musée Grévin, del que quedé contentísimo. Hoy también me dispongo a ir a una animada taberna para asistir a una *goguette révolutionnaire* (canciones y coplas revolucionarias.— *N. de la Red*) con cantadores (desafortunada traducción de *chansonniers*)"*.

Estos conciertos de *chansonniers* eran popularísimos en los arrabales obreros. Los cancionistas sabían establecer estrecho contacto con su auditorio y se hacían eco de todos los acontecimientos de la vida que les rodeaba. Alguno de los emigrantes más antiguos en el país presentó a los Uliánov al célebre Montégus, hijo de uno de los comuneros de París. Estuvieron en muchos de sus conciertos. Montégus salía a escena con el aspecto de un joven obrero igual a los que llenaban la sala. Sus canciones, rebosantes de odio a los ricos y saciados, electrizaraban al público. A Lenin le gustó sobre todo la canción *Os saludo, os saludo, soldados del 17*, el regimiento que se negara a disparar contra el pueblo insurrecto. Más tarde les apenaría saber que Montégus empezó a cantar canciones chovinistas durante la primera guerra mundial.

En un mitin electoral multitudinario oyó Krúpskaya por primera vez a los famosos oradores socialdemócratas Jaurès y Vaillant. La gente les escuchaba con fervor, se percibía que eran muy estimados por los obreros. A Krúpskaya le agradó más el discurso de Vaillant, antiguo comunero. Fue más espontáneo, en tanto que cada palabra de Jaurès estaba ajustada a todas las reglas de la oratoria.

A Nadezhda Konstantínovna le produjo extraordinaria impresión una manifestación de cien mil personas, organiza-

* V. I. Lenin. *A M. I. Uliánova. 2.I.1910. O.C.*, t. 55, pág. 302.

da como protesta contra la ejecución de Francisco Ferrer en España, acusado de que preparaba una insurrección en Barcelona. A través de París desfilaron potentes columnas de obreros, que imponían por su unidad. Aquello no se parecía en nada a la fiesta de Mayo en Alemania. En París se sentía la presencia de una fuerza organizada y dispuesta a la acción.

Al mismo tiempo que participaba activamente en la lucha en el seno del partido, Krúpskaya tampoco descuidó en París su ilustración pedagógica. Pertrechada ya con un buen bagaje teórico, continuó estudiando obras de pedagogos de todos los países, visitaba escuelas e instituciones de puericultura de la ciudad. Muchas veces repasó obras de Marx y Engels, leyendo atentamente sus observaciones sobre la educación. Siempre estaba al corriente de la literatura pedagógica más moderna aparecida, seguía las revistas especializadas y leía las reseñas de congresos y conferencias de pedagogos. Basándose en sus impresiones personales, Krúpskaya escribió uno de sus primeros artículos pedagógicos: *Colonias escolares, viajes en días de fiesta y terrenos de juego y recreo infantiles*. Lo envió a San Petersburgo y fue publicado en el número de septiembre de 1909 de la revista *Nasha shkola* ("Nuestra escuela"). El artículo tuvo gran eco entre los lectores rusos.

En él Nadezhda Konstantínovna hablaba con toda claridad de la penosa situación de los niños en Rusia, de la falta de preocupación del Gobierno zarista por su salud y desarrollo. Centró la atención de la opinión pública en la circunstancia de que los hijos de los trabajadores vivían en Rusia en condiciones antihigiénicas, se agolpaban durante el verano en patios sucios, respiraban el aire viciado de los sótanos y carecían de terrenos para juegos y jardines. Exponía sus impresiones de las visitas a jardines de infancia en Berlín y Viena. Explicaba la organización de las colonias escolares de verano, subrayando que eran sufragadas por los sindicatos.

En rigor, su primer artículo pedagógico, *En una escuela suiza*, Krúpskaya lo escribió cuando vivía en Ginebra, y contenía sus reflexiones sobre lo observado por ella en una escuela.

El 10 de marzo de 1910, en una carta a Iván Gorbunov-Posádov, conocido escritor y pedagogo que dirigía la

editorial *Posrédnik*, Krúpskaya le comunicaba: "... Le envió otro pequeño artículo: *En una escuela suiza*. Se lo mandé hace un año a Vl. Dm. Bonch-Bruievich a San Petersburgo, pidiéndole que lo ofreciera a alguna publicación. Lo aceptaron en la nueva *Zhurnal dlia vsej* ("Revista para todos"), pero en el verano cambió de local la redacción y el artículo se perdió. Ahora he intentado reproducirlo. No sé si servirá para su revista. Me asombró muchísimo lo que vi en una escuela de Ginebra y quisiera contar mis impresiones".

¿Qué fue lo que tanto conturbó a Nadezhda Konstantínovna en la pretendida escuela ejemplar de Ginebra?

A su solicitud de que se le permitiera conocer la organización de la enseñanza escolar en Ginebra, los funcionarios del Ministerio de Instrucción Pública mostraron la benevolencia de autorizar a Krúpskaya para que asistiera a las clases durante una semana en la referida escuela y visitara el jardín de infancia anexo a ella.

Resumiendo sus impresiones, escribió: "He visto muchas escuelas distintas, pero de ninguna saqué una impresión tan penosa y deprimente como de esta escuela ejemplar de Ginebra".

Krúpskaya fue conociendo activamente la vida pedagógica de la capital de Francia. Buscaba siempre en los periódicos los anuncios de conferencias, informes y exposiciones sobre asuntos pedagógicos y asistía a gran parte de ellos. Por ejemplo, estuvo en una asamblea en la que se trató de las posibilidades que brindaba el cine en la explicación de los programas escolares. Es significativo que los maestros franceses se mostraran indiferentes ante aquella conferencia tan interesante, sorprendiéndose Nadezhda Konstantínovna de que casi todos los congregados para oírla fueran emigrantes rusos.

En Francia, además de los artículos señalados, escribió *Acerca de la escuela libre* (1909), *¿Se debe enseñar a los chicos labores femeninas?*, *El método positivo en la enseñanza* (1910), *Acerca de los tribunales escolares*, *La coeducación*, *El futuro social*, *Consejos a las madres*, *Dos tipos de organización de la enseñanza escolar* y *Sobre la autonomía escolar* (1911).

A la par que estudiaba la organización de la instrucción pública en el extranjero, Krúpskaya prestaba atención al desarrollo de las ideas pedagógicas en Rusia y examinaba minuciosamente los informes y memorias de los departamen-

tos pedagógicos. No pasó desapercibido para ella el informe del Consejo de Tutela sobre el constante aumento de los casos de suicidio entre los alumnos de los liceos y de las escuelas de la Rusia zarista.

“...No es el propio hecho de la muerte lo que espanta —escribiría Nadezhda Konstantínovna—... Lo que espanta es que un niño pueda caer en un estado anímico tan terrible, llegar a tal desesperación”. Krúpskaya sacaba la conclusión de que era sólo la inutilidad de todo el sistema escolar implantado lo que podía acarrear semejante situación, y hablaba de la necesidad de transformaciones pedagógicas radicales. A este problema dedicó especialmente el artículo *El suicidio entre los escolares y la escuela laboral libre*. En él, a la vez de criticar acerbamente la escuela rusa, reconocía que “el suicidio de escolares no se podía atribuir por entero a la escuela: es la realidad rusa, que ejerce un influjo deprimente sobre la mentalidad de los niños, lo que juega el papel principal en este aspecto”.

A Krúpskaya le ilusionaba la escuela del futuro, en la que los alumnos constituirían una colectividad cohesionada, que “se plantearía el objetivo de abrirse camino, mediante sus esfuerzos mancomunados, hacia el reino de las ideas”.

En sus escritos, Krúpskaya denunciaba la naturaleza del sistema escolar en los Estados burgueses y criticaba con energía el sistema clasista-estamental de la instrucción en Europa. A este sistema lo denominó “elaboración mecanizada de las almas y las mentes infantiles conforme a uno u otro esquema”. Ya entonces, en París, empezó a estudiar el problema de la educación laboral del niño.

Escribió que la escuela no debía establecer diferencias entre niños y niñas al inculcarles hábitos laborales. Consideraba que tanto niños como niñas debían aprender a reparar la ropa blanca, hacer punto y todas las labores que en la vida son imprescindibles.

Al mismo tiempo, Krúpskaya se ocupaba del problema de la lucha contra la religión y se oponía al influjo de ésta sobre los niños. Una noche estival, a Vladímir Ilich y a ella les despertó el repique de campanas. Krúpskaya se acercó a la ventana y vio una lúgubre procesión que desfilaba en completo silencio por la calle oscura. Unos caballos, cubiertos de caparzones negros, tiraban de un coche fúnebre. Tras él iban lentamente niñas, vestidas con túnicas, que llevaban

velas encendidas en las manos. Era el entierro de una escolar que había muerto en un orfanato católico. La Iglesia había rodeado de tanta solemnidad el sepelio que, por supuesto, no lo olvidaría ninguna de las pequeñas asistentes a él. Krúpskaya no pudo ya cerrar los ojos aquella noche. Sí, la Iglesia sabía montar tales espectáculos, no tenía escrúpulos en aprovecharse de las alegrías y los dolores humanos.

Con gran simpatía recordaba Nadezhda Konstantínovna a una lavandera analfabeta de Pornic, pequeña ciudad de veraneo. Los jesuitas de un monasterio vecino la acosaron literalmente para que llevara a la escuela del monasterio a su hijo, un chico talentoso y capaz. Poniéndose en jarras, mostrando su tífico temperamento meridional, la lavandera contó a Krúpskaya: “Le eché con cajas destempladas. Así se lo dije: “No he parido a mi hijo para hacer de él un vil jesuita””. En esta actitud suya se reveló la inteligencia natural y la desconfianza en el clero, arraigada a lo largo de siglos.

Krúpskaya se interesaba extraordinariamente también por la literatura para niños que se publicaba en París. Leía gran cantidad de libros para diferentes edades y se indignaba de su contenido. Escribió: “... caí en París, en el que bullía la vida. Allí a los niños se les surtía en abundancia de pequeños libros infantiles. Mas de qué moral pequeño-burguesa, de qué sumisión ante la riqueza estaban impregnados todos ellos... Ya no hay en el mundo “ensenadas tranquilas”. El capitalismo, en su ocaso, se agarra, como a un clavo ardiendo, a la joven generación y trata por todos los medios, entre otros a través de libros infantiles, de nublar la conciencia de la juventud. Estos libritos se escriben hábilmente. Están escritos de manera emocionante, sencilla y, a la vez, engañosa”. En 1908 Krúpskaya empezó a luchar por una literatura infantil con espíritu de clase.

En los años vividos en París se templó Nadezhda Konstantínovna como pedagogo marxista, como luchadora por la nueva escuela proletaria. Trabajó mucho e intensamente, se relacionó con muchas personas, se la veía en bibliotecas y centros docentes, asambleas de mujeres y manifestaciones. A pesar de sus muchas ocupaciones, Lenin y Krúpskaya tenían puestos todos sus pensamientos en Rusia. De lo más profundo del alma de Nadezhda Konstantínovna salieron las líneas de su carta a Elena Gorbunova-Posádova:

“¿Qué hay de su traslado al extranjero? ¡Oh, a amigos y enemigos les prohibiría marchar al extranjero! Aquí la gente languidece con espantosa rapidez. Llega una persona pletórica de vida, habla de esto y de lo otro, pero al cabo de dos meses está igual que si le hubieran arrancado el alma. Si puede evitarlo de algún modo, no vaya al extranjero. Venir sin asuntos, por dos meses, para ver cómo es la gente, eso es otra cosa, mas para vivir...”

En enero de 1910 se produjo en París una tremenda inundación. El Sena se desbordó, anegando las calles inmediatas. El metropolitano y los trenes eléctricos dejaron de funcionar. El agua no llegó hasta la apartada calle Marie-Rose, pero Lenin y Krúpskaya fueron varias veces a los sectores anegados en tranvía de caballos. Los periódicos de todos los países hablaron de la “Venecia parisiense”, pero a los pobres la inundación sólo les acarreó calamidades, ya que las aguas desmandadas invadieron los sótanos, donde vivían hacinados los menesterosos, y muchas empresas quedaron paralizadas, dejando sin trabajo a muchísimas personas.

París atraía a Krúpskaya y Lenin en tanto que ciudad de la Comuna y de grandes tradiciones revolucionarias. Cada primavera visitaban el cementerio del Père-Lachaise para depositar ramos de claveles rojos al pie del Muro de los Federados.

Una vez los Uliánov supieron que se había inaugurado una exposición dedicada a la revolución de 1848. Al día siguiente, con bastante dificultad, dieron con ella en una de las pequeñas calles próximas a su casa. “La exposición era sumamente modesta —escribió Nadezhda Konstantínovna—, ocupaba dos pequeñas habitaciones. De ella, por lo visto, no se había dicho nada en los periódicos. Cuando fuimos, la visitaban dos obreros. No había guías. Sin embargo, estaba hecha con solicitud y buen sentido. Ilich se comía todo con los ojos; le interesaba cada pequeña cosa. Para él esta exposición era un pedazo de la lucha viva”.

En la primavera de aquel año, 1910, Krúpskaya y Lenin visitaron a los Lafargue. Paul Lafargue y su esposa, Laura Marx, vivían a veinte kilómetros de París. Fueron en bicicleta a verles. Vladímir Ilich ya había conversado una vez con Lafargue. Nadezhda Konstantínovna sentíase inquieta: ¿cómo les recibiría la hija de Marx? ¿De qué hablarían? Por

desgracia, la entrevista resultó un tanto forzada. Lenin y Lafargue casi inmediatamente anudaron un diálogo sobre filosofía y el libro *Materialismo y empiriocriticismo*, de Lenin. Laura invitó a Krúpskaya a pasear por el jardín. Y entonces a Nadezhda Konstantínovna le traicionó su timidez. Trató de encontrar en los rasgos de la amable ama de la casa los de su padre, el gran Marx, y habló tímidamente del movimiento revolucionario ruso y de la participación de las mujeres en él. Laura Lafargue contestaba con cortesía, pero sin gran interés. Las mujeres volvieron a la casa y se sumaron al diálogo filosófico, que continuaba. Una frase dejó prendida la atención de Krúpskaya. Laura dijo, mirando de un modo algo extraño al marido: “Pronto demostraré hasta qué punto son sinceras sus concepciones filosóficas”. Los visitantes no se atrevieron a pedir aclaración a esta frase, mas sólo transcurriría poco más de un año para que se esclareciera el sentido de sus palabras: los Lafargue se suicidaron. Creían haber envejecido y que ya no podían luchar activamente. Su muerte estremeció a los Uliánov.

El 20 de noviembre de 1911 el París revolucionario acompañó a su última morada a Lafargue y su esposa. Hacía mucho que los parisienses, estacionados a lo largo de las aceras, no habían visto un desfile como aquél. En el cementerio del Père-Lachaise se celebró un mitin ante el Muro de los Federados. En nombre del Partido Socialista Francés habló Dubreuil, y en el del Partido Socialdemócrata de Alemania, Karl Kautsky. Jean Jaurès pronunció un inspirado discurso. En representación del POSDR intervino Lenin. En su discurso no hubo abatimiento, sino únicamente aflicción viril por los luchadores desaparecidos. Lenin, todo él impulsado hacia el futuro, habló ante la opinión progresista de Francia de la lucha del proletariado ruso y de las perspectivas del movimiento obrero mundial.

Nuevo ascenso del movimiento revolucionario

En 1910, el movimiento revolucionario en Rusia comenzó a recobrar vigor. El correo aportaba cada día nuevos hechos demostrativos de que estaba desapareciendo el cansancio derivado de la derrota en 1905-1907. Había cambiado la situación en Rusia. El proletariado era más poderoso y su lucha adquiría otro carácter. Muchos veían claramente que en la nueva revolución el proletariado no sería una fuerza conducida, sino rectora, y que el caballo de batalla no iba a ser una Constitución raquítica, sino la destrucción radical del régimen social imperante en Rusia. El Gobierno zarista también tenía presente la experiencia de 1905 y procuraba envolver a las organizaciones revolucionarias en una red de provocadores.

“Como hongos”, según la expresión de Nadezhda Konstantínovna, habían crecido grupos liquidadores de toda índole, contra los que Lenin y sus compañeros de lucha habían de sostener un combate inconciliable. Los otzovistas organizaron en Bolonia una escuela para obreros, en la que leían conferencias destacados líderes mencheviques.

La reanimación del movimiento obrero en Rusia exigía del partido nuevas actividades. Lenin planteó a los bolcheviques la tarea de hacer resurgir la prensa marxista legal. En diciembre de 1910 se empezó a publicar en San Petersburgo el semanario *Zvezdá* (“La Estrella”), y en Moscú, la revista marxista legal *Mysl* (“El Pensamiento”). Lenin orientó la labor de las dos publicaciones y escribió mucho para ellas.

En 1911, a propuesta de Vladímir Ilich, se decidió organizar en Francia una escuela bolchevique para obreros,

que fue inaugurada en el pueblecito de Longjumeau, cercano a París. Eligieron este lugar porque allí no vivían emigrantes rusos ni iba gente a veranear. En Longjumeau había una pequeña fábrica de curtidos, y los Uliánov se alojaron en el apartamento de un obrero curtidor, tomando en arriendo dos pequeñas habitaciones en el primer piso de una casa de ladrillo.

En el extremo opuesto del pueblo, Inessa Armand alquiló una casa grande, cuya planta baja era un taller de carpintería, que adaptaron para aula. En la casa se instaló también el comedor y la residencia para los alumnos.

De Rusia las organizaciones locales del partido enviaron a la escuela a sus mejores representantes: de San Petersburgo llegaron I. Bielostotski y M. Klókov, obreros metalúrgicos, y una obrera de la fábrica *Treugólnik*, A. Ivanova; de Moscú, el obrero curtidor I. Prisiaguin; de Sórmovo, el obrero techador I. Chugurin; de la provincia de Ekaterinoslav, el obrero Y. Zevin; de Bakú, el obrero A. Dogádov, y del distrito Dabrowski de Polonia, el electricista E. Prujniak. En la escuela estudiaron asimismo los revolucionarios profesionales G. Ordzhonikidze, I. Shwartz y B. Bréslav.

Para algunos de los alumnos alquilaban viviendas Nadezhda Konstantínovna e Inessa Armand. A las amas de casa les decían que los huéspedes eran maestros rurales llegados de Rusia a fin de descansar y conocer la historia y la cultura de Francia.

Las clases empezaron en mayo. La mayor parte de las lecciones —de Economía política, el problema agrario y teoría y práctica del socialismo— las daba Lenin. Eran maestros también Semashko, Armand, Zinóviev, Riazánov, Lunacharski y otros. Krúpskaya estaba encargada del seminario sobre la actividad periodística. Enseñaba a los alumnos cómo debían escribir notas e informaciones, les explicaba cuáles eran las cuestiones que interesaban al centro del partido y les instruía sobre las reglas de la conspiración y el cifrado de la correspondencia. Krúpskaya procuraba inculcarles el don de ver en las cosas pequeñas la manifestación de grandes procesos sociales. En estos seminarios se reveló brillantemente su talento pedagógico.

En aquellos meses Nadezhda Konstantínovna fue en París algo así como la representante de los bolcheviques, porque no se podía permitir que apareciesen en Longjumeau

cuantos necesitaran entrevistarse con Lenin o aconsejarse de él, ya que la escuela era clandestina. Todos sus alumnos deberían volver a Rusia y había que evitar exponerles a un peligro. Por eso, dos o tres veces a la semana, Krúpskaya marchaba por las mañanas a París. Iba en bicicleta y llevaba materiales para el periódico *Zvezdá* y la revista *Mysl*, galeradas corregidas por Lenin y cartas para los camaradas. Por la tarde regresaba a Longjumeau.

La escuela funcionaba felizmente. Lenin estaba contento. Entre alumnos y maestros se establecieron las relaciones más cordiales y amistosas. Por las tardes salían todos al campo, sentándose sobre el heno recién segado. Hablaban del trabajo, bromeaban, cantaban canciones rusas.

En agosto terminó el curso en la escuela. Los Uliánov volvieron a París.

El grupo bolchevique en París en 1911 lo integraban cuarenta personas; estaba ampliamente relacionado con la patria y luchaba contra los oportunistas de toda laya.

De la labor de Krúpskaya en París aquel año dejó testimonio T. Liudvinskaya, una de las militantes más antiguas del partido. "Nadezhda Konstantínovna participaba activamente en el trabajo de la sección parisiense de los bolcheviques —escribió—, y yo, como miembro del comité de esta sección, hube de acudir con frecuencia a ella para pedirle consejo y ayuda. La organización estaba muy necesitada de dinero. Lo obteníamos de ordinario organizando conferencias e informes, loterías, veladas artísticas, etc. La sección me encargó de organizar una de aquellas veladas, y decidí aconsejarme de Nadezhda Konstantínovna con este fin. Juntas preparamos el programa".

Krúpskaya quería que se diera a estas veladas una orientación ideológica. A participar en una de ellas invitó a Montégus, que cantó con gran éxito canciones revolucionarias de los obreros franceses.

En unión de Liudmila Stal, Krúpskaya participaba asimismo en el trabajo entre las mujeres de la emigración rusa y las artesanas (modistas, costureras) francesas. En asambleas de mujeres hizo informes sobre la misión de la mujer en la lucha revolucionaria.

En 1911 se planteó como tarea inmediata la reconstitución del centro dirigente del partido y la convocación de una conferencia nacional. A fines de mayo del mismo año se

celebró una reunión del CC, en la que se tomó el acuerdo de convocar la conferencia.

Vladímir Ilich se entregó por entero a la preparación de la VI Conferencia del partido. Como siempre, Krúpskaya le prestó la mayor ayuda. Mas no pudo ir a Praga. Quedó en París para tener a Lenin al corriente de los acontecimientos y no interrumpir el trabajo del partido y la labor editorial. A Krúpskaya acudían los camaradas recién llegados para que les enviara a la conferencia, y de ella recibían la dirección de Praga. Por cierto que Nadezhda Konstantínovna evitó que personas sospechosas asistieran a la conferencia. Poseía una intuición especial para descubrir a los individuos falsos e hipócritas. Oía atentamente a los que llegaban, se enteraba de sus contactos y de la esfera de su actividad. Los camaradas desconfiaron de un tal Briandinski. Krúpskaya pidió a Filipp (Goloschiokin) que llevase a este hombre (Briandinski fue detenido y puesto en libertad poco antes de su llegada a París) a hablar con ella y no le dijera de momento dónde se reuniría la conferencia. "La conversación con Brendinski* —escribiría Nadezhda Konstantínovna— resultó muy extraña... Le pregunté a qué señas y a quién transmitía las publicaciones, él se turbó y me dijo que no las entregaba a la organización, porque esto era entonces peligroso, sino a obreros conocidos. Le pregunté cómo se llamaban, él dijo nombres claramente al tuntún, y las señas no las recordaba. No cabía duda de que mentía. Le pregunté qué lugares visitaba y algo sobre alguna ciudad, si mal no recuerdo Yaroslavl, y me contestó que allí no podía ir porque había sido detenido en ella. Le pregunté: "¿Por qué causa?" Y me respondió: "Por causa criminal". Me quedé pasmada. Cuanto más hablábamos, más embrolladas eran sus respuestas. Entonces inventé que la conferencia tendría lugar en Bretaña, que Ilich y Zinóviev ya habían salido para allí. Luego me puse de acuerdo con Filipp para que él y Grigori marcharan por la noche a Praga y dejasen una nota a Brendinski, diciéndole que se iban a Bretaña. Así lo hicieron. Después fui a ver a Búrtsev, que a la sazón estaba especializado en descubrir a los provocadores... Me enorgulleció mucho haber librado de una provocación a la conferencia".

* Briandinski.

La Conferencia de Praga tuvo gran significado porque fue la primera conferencia del partido con asistencia de dirigentes locales de Rusia celebrada desde 1908. En ella se aprobaron resoluciones sobre la situación actual y las tareas del partido, sobre las elecciones a la IV Duma del Estado y la actuación de la minoría socialdemócrata en ella, sobre el liquidacionismo y el grupo de liquidadores, a más de otras resoluciones.

La conferencia eligió el Comité Central del partido. El centro organizador del trabajo y de la lucha fue trasladado entonces a Rusia. Se trazó la línea política y la táctica del partido en las condiciones de nuevo ascenso revolucionario. La conferencia tuvo asimismo gran alcance internacional.

Los bolcheviques deseaban vivamente trabajar en Rusia. Lenin y Krúpskaya decidieron aproximarse ellos también a la frontera rusa. Les pareció que el lugar más apropiado era Polonia. Nadezhda Konstantínovna escribió a Viacheslav Alexéievich Karpinski, pidiéndole que se informara de las condiciones de vida en Polonia:

“Querido camarada:

Se dice que está usted relacionado con Yazvitski, que vive actualmente en Cracovia. ¿No podría escribirle y enterarse de las condiciones de vida para los emigrantes en Cracovia? ¿Hace falta alguna documentación y cuál precisamente (acta de nacimiento, etc.)? ¿Existe algo parecido al *permis de séjour**? ¿Se vigila mucho a los rusos? ¿Pueden darse denuncias y *registros*? ¿Es muy cara la vida? ¿Es posible arreglarse en vida de familia con unos 200 francos?

En fin, pídale que escriba cuanto antes sobre todo lo que sabe de Cracovia, desde el punto de vista policíaco y económico.

Esto es muy, muy urgente.

Nuestra marcha a pasar el verano en Ginebra está todavía en el aire...

Bueno, le deseamos todo lo mejor.

Esperamos su contestación.

N. K. 3 de junio (1912)”

Apresuráronse para el viaje, iban a Polonia casi como a su país, ya que estaba tan cerca de Rusia. El piso de la calle Marie-Rose lo traspasaron por anuncio a un chantre polaco

* Autorización para residir en el país.

de Cracovia. Examinó con quisquillosidad las dos pequeñas habitaciones, donde todo estaba ya preparado para la marcha, miró la cocina, salió al diminuto balcón. Luego entabló con Vladímir Ilich un “conciencioso diálogo” sobre el aspecto económico, la carestía de la vida y el modo de vivir en París. Nadezhda Konstantínovna y Elizaveta Vasílievna difícilmente pudieron contener la risa al ver cómo Lenin se encogía perplejo de hombros en contestación a las preguntas del chantre sobre los precios en el mercado. Al polaco le interesaba saber lo que costaban los gansos, la ternera y otros productos que los emigrantes rusos ni siquiera probaban. Cuando, al fin, se marchó el chantre, Nadezhda Konstantínovna dijo: “Ay, Volodia, ¿por qué no le has ilustrado? ¿Acaso no recuerdas lo que costó el último ganso de Navidad?” A lo que Lenin repuso, riéndose: “El último ganso lo comí en Shúshenskoe y no me costó nada”.

En Polonia

A la estación de Cracovia fue a recibirles Bagotski, un polaco, antiguo preso político y emigrante. En un pintoresco cabriolé atravesaron la ciudad, hasta llegar al arrabal Zwieżyniec. Calor sofocante (llegaron a Cracovia en julio de 1912), suciedad y polvo. Sin embargo, junto a la casa discurría el Vístula, al que los Uliánov habrían de ir diariamente a bañarse. A cinco kilómetros de Zwieżyniec estaba el soberbio bosque de Wola, que luego sería el lugar predilecto de sus paseos en bicicleta. En aquellos contornos la naturaleza era muy parecida a la de Rusia.

En septiembre, los Uliánov pasaron a vivir a Cracovia, a la calle de Lubomirski, 47. "Cracovia le ha gustado mucho a Ilich", recordaría posteriormente Krúpskaya.

A Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna les agradaba pasear por las tranquilas calles de la Cracovia medieval, y también deambulaban por los suburbios de la ciudad, donde vivía hacinada la gente pobre. "Ilich observaba atentamente las pequeñeces de la vida de la población de Cracovia, de los pobres, de los obreros. A mí también me gustó Cracovia. En la tierna infancia, en la edad de dos a cinco años, viví en Polonia, y algo había quedado en mi memoria, me atraían los pequeños corredores de madera descubiertos en los patios, haciéndome recordar aquellas pequeñas galerías en cuyos peldaños yo jugara en otro tiempo con niños polacos y judíos. Me atraían los "ogrudki" (jardinillos), en los que vendían "kvasne mleko s zemniakami" (leche agria con patatas). Esto le traía también a mi madre el recuerdo de sus años juveniles, e Ilich se alegraba de haber podido evadirse del cautiverio parisiense; bromeaba alegremente, elogiaba la "kvasne mleko" y la "motsna starka" (vodka fuerte) polaca".

Nadezhda Konstantínovna tuvo posibilidad de conocer más a fondo la vida del pueblo polaco. En aquel tiempo perduraban aún en Polonia costumbres feudales. Cuando iba de compras al mercado, Krúpskaya presenciaba escenas horribles: los campesinos besaban la mano a los terratenientes nobles y se arrodillaban para implorar limosna.

Como sabía polaco, Krúpskaya se enteraba de lo que hablaba la gente en las calles, los mercados y las tiendas baratas que ella frecuentaba. El pueblo odiaba a los terratenientes, vivía hundido en la miseria y oprimido y sólo esperaba su hora para rebelarse contra los señores. La situación del pueblo en Polonia era peor y más humillante todavía que en Rusia.

Organizar allí su vida les fue mucho más difícil. En Polonia no había gas, la calefacción era de carbón y en todo se ponía de manifiesto la falta de la más elemental cultura. La primera vez que fue a comprar comestibles quedó asombrada de su carestía y volvió triste a casa. Una tarde le visitó Bagotski, y al oír las lamentaciones de Nadezhda Konstantínovna le preguntó en serio: "¿Por supuesto, señora, habrá regateado usted?" Krúpskaya alzó las cejas: "¿Regatear?"... "Sí —le explicó Bagotski—, hay que ofrecer una cantidad insignificante, y luego hacer ver que se marcha, procurarán retenerla y, al fin, se pondrán de acuerdo. Mas como lo hace ahora, pagará como mínimo el doble por todo". Estos espectáculos diarios en las tiendecillas cansaban a Krúpskaya y le quitaban mucho tiempo.

El trabajo del partido se desarrollaba intensamente. Los contactos con Rusia se hicieron regulares y más seguros. Los periódicos les llegaban de Rusia al tercer día. El 22 de abril de 1912 apareció el primer número del diario bolchevique *Pravda* ("La Verdad"). Lenin tenía entonces posibilidad de participar del modo más activo en su edición. Casi cada día enviaba sus artículos y cartas a Rusia. Cuando salía para el mercado, Krúpskaya llevaba las cartas. Allí, al ver a alguna campesina de Rusia le pedía que echara la carta en el buzón de correos al otro lado de la frontera. De ordinario, por un poco de dinero, las campesinas aceptaban cumplir este encargo. Así, las cartas no llevaban el timbre extranjero en el sobre y, por lo común, no llamaban la atención de la censura policíaca.

Krúpskaya organizó el paso semilegal y clandestino de

revolucionarios a través de la frontera. A los habitantes de las zonas fronterizas, tanto rusos como polacos, se les extendían autorizaciones de tránsito especiales. Krúpskaya enseñaba a los camaradas cómo debían proceder, cómo contestar en polaco a las preguntas ordinarias de los conductores y gendarmes. Muchos camaradas lograron pasar varias veces la frontera sin ningún contratiempo.

Krúpskaya y Lenin se vieron incluidos muy pronto en el centro de la actividad de la socialdemocracia polaca. Adhirieron a la Asociación de Ayuda a los Presos Políticos de Cracovia y pertenecieron a ella hasta su marcha a Poronin (a fines de abril de 1914). Krúpskaya servía de enlace entre los miembros de su comité y Vladímir Ilich. En el libro de direcciones del CC del POSDR, que llevó Krúpskaya en 1912-1914, figuran las señas de dicha asociación, escritas por ella en polaco. Se ha conservado el archivo de la asociación, y en la lista de personas a las que se enviaban siempre las circulares del comité aparece también el nombre "N. Uliánova".

Durante el verano, Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna marchaban a la montaña. En la aldea de Bialy Dunajec, situada en la zona premontañosa de los Altos Tatras, alquilaron una barraca a la campesina Teresa Skupién. A Krúpskaya y Lenin les agradó mucho la sencillez de la vivienda: supieron que los bancos de madera labrada, las camas, las mesas y los pequeños armarios eran obra del diestro dueño de la casa.

Por las tardes, los Uliánov se sentaban en el balcón, desde el que se ofrecía una maravillosa vista de los Tatras. Como en todas partes donde habían tenido ocasión de vivir, con frecuencia daban grandes paseos, subían a las altiplanicies y desde ellas contemplaban largo rato los caprichosos copetes nevados de las cimas montañosas. A veces iban a Zakopane, un pequeño lugar veraniego vecino, en el que vivía un emigrante bolchevique. Todos juntos ascendían a bastante altura del monte, lejos de la gente y donde se podía hablar de todo con plena libertad. A Krúpskaya le encantaban estos paseos, pues el magnífico aire de montaña hacía recuperar muy bien las fuerzas.

Tampoco en Polonia interrumpió Krúpskaya sus ocupaciones pedagógicas. Entabló conocimiento con pedagogos polacos, que le proporcionaban literatura. Ya en septiembre

de 1912 escribió desde Cracovia a E. Gorbunova-Posádova: "...Le envío una brevísima nota y una versión de *La luz solar y el libre trabajo creador de los niños**, hecha por mí del alemán. No sé si valdrá, la forma es extraña. Sin embargo, Richard Hennings lo ha escrito con gran sinceridad.

Estoy leyendo con mucho interés el informe sobre el congreso de maestros alemanes celebrado en Berlín. Dentro de unos días mandaré un artículo a este propósito (el artículo *El problema de la escuela laboral en el congreso de maestros alemanes de Berlín* fue publicado en el Nº 7 de la revista *Svobódnoe vospitanie* ("Educación libre"), correspondiente a los años 1912-1913.—*N. de las Aut.*). Ahora dispondré de más tiempo libre, aunque carezco de literatura pedagógica. Dicen que hay interesante literatura polaca sobre la educación libre..."

Es comprensible por qué precisamente el libro de Richard Hennings, que vio la luz en 1912, atrajo la atención de Krúpskaya. Las ideas del autor sobre el vigor y la importancia del trabajo creador en la educación de los niños estaban en consonancia con los pensamientos de Nadezhda Konstantínovna. Hizo una traducción abreviada del libro para el lector ruso, destacando lo fundamental y más interesante de las tesis del autor, que hasta hoy día conservan vigor.

Al trasladarse los Uliánov a vivir a Cracovia, esta ciudad se convirtió en el centro de la vida de partido de los bolcheviques. Por allí pasaban todos los que iban a trabajar a Rusia; se detenían en Cracovia para hablar de los asuntos rusos. Los bolcheviques lograron gran éxito en las elecciones a la IV Duma del Estado, en las que triunfaron cinco candidatos, miembros del POSD(b) de Rusia.

Apenas celebradas las elecciones, en casa de los Uliánov se presentó de improviso Muránov. Al preguntarle cómo había podido llegar, dijo tranquilo que cruzó la frontera clandestinamente. No sabía que ya gozaba de inviolabilidad parlamentaria y podría viajar por vía legal. Muránov habló en términos vivos de cómo habían transcurrido las elecciones en Járkov y de su trabajo. Se decidió celebrar en diciembre una reunión especial con los diputados a la Duma.

Para participar en ella llegaron poco tiempo después

* Hennings, Richard. *Im sonnigen Schulland. Aus der Praxis der neuen Schule.*

Petrovski y Badáev, proletarios auténticos y templados en la lucha, y algo más tarde Medvédev, que no era diputado a la Duma, pero trabajó intensamente en la labor de propaganda electoral.

Sobre Krúpskaya recayó muchísimo trabajo. Petrovski hablaría de él así: "Nadezhda Konstantínovna fue la secretaria de la reunión. Además de esta tarea grande y de responsabilidad, se encargó, con otras mujeres, de asegurar la comida para todos los que asistíamos a la reunión. Esto se hizo con el fin de ahorrar tiempo y por razones de conspiración.

Comiendo en casa de Lenin, evitábamos encuentros con espías en los restaurantes.

Krúpskaya y las mujeres que le ayudaban levantaron acta de todas las intervenciones hechas en la reunión, y durante este tiempo todos estábamos absorbidos por nuestro trabajo... Observé a menudo cómo Krúpskaya, en los instantes libres, apuntaba en una hoja de papel sus sugerencias para las intervenciones (habló sobre todo de las cuestiones de organización).

En los días de la reunión, Nadezhda Konstantínovna organizó para nosotros, los diputados, el contacto con los ilegales (así se llamaba a los bolcheviques que trabajaban en Rusia en la clandestinidad). Nos dio referencias de ellos, nos explicó cómo se debía informarles sobre los documentos de la reunión y contribuir a que los comprendieran bien y cómo enseñarles a informar ellos mismos a los obreros y a ampliar el contacto con las masas.

Pude observar cómo Nadezhda Konstantínovna mostró en el curso de la discusión su desacuerdo con la opinión de Lenin en algunas cuestiones. Esto fue muy interesante. Impugnar a Vladímir Ilich era muy difícil, porque todo lo que decía estaba bien meditado y era lógico. Sin embargo, Nadezhda Konstantínovna advirtió "faltas" en su discurso, excesivo entusiasmo por algo... (se trataba de la misión de las guerrillas en la revolución.— *N. de las Aut.*). En respuesta, Nadezhda Konstantínovna dijo que en la vida podían ocurrir las cosas de otro modo y que quizá Vladímir Ilich se apasionara más de la cuenta con las guerrillas. Cuando Nadezhda Konstantínovna hizo sus objeciones, Vladímir Ilich se rió, al tiempo que se rascaba la nuca. Todo su aspecto denotaba que también a él se le apercibía alguna que otra vez.

Krúpskaya mostró gran atención por todo lo que necesitábamos. Nos dio direcciones clandestinas en Rusia por medio de las cuales podríamos escribir al CC y a Lenin. Cuando elegíamos literatura clandestina nos dijo que sería mejor que la llevásemos asimismo para otros camaradas. Al marchar de Cracovia, todos queríamos comprar algo para la familia, y Nadezhda Konstantínovna, a pesar de sus ocupaciones, nos ayudó a adquirir regalos para nuestras esposas e hijos".

Decidieron celebrar Año Nuevo todos juntos. Eligieron un pequeño café en una tranquila calleja de la ciudad. Todos estaban de excelente humor, todos miraban con optimismo el futuro, tenían fe en que se avecinaba una nueva revolución y que esta vez triunfaría. Fieles a la costumbre, las mujeres llevaban vestidos claros, lo que daba aire de fiesta a la amistosa cena. Hablaron de la patria, cantaron canciones populares rusas. Quisieron bailar, pero en aquel café no había orquesta. Sin embargo, uno de los camaradas exclamó: "¡Eh, amigos, recordemos nuestros años mozos!", y sacó el peine de un bolsillo. Su ejemplo lo siguieron los demás hombres. Envolvieron los peines en papel de fumar y en la sala resonaron los acordes melódicos y amortiguados de un vals.

Petrovski se acercó a Krúpskaya: "¿Me permite, señora, que la invite a bailar el vals?" Después bailaron una polca. Todos lo pasaron muy bien. Nunca olvidarían aquella velada de Año Nuevo.

En febrero de 1913, Lenin organizó en Cracovia otra reunión de miembros del CC y los diputados, en la que Nadezhda Konstantínovna también participó activamente.

Como siempre, los forasteros se alimentaron en casa de los Uliánov. Esta vez en ayuda de Krúpskaya acudió María Alexándrovna, pues les había enviado un paquete postal con pescado ahumado, caviar y otras cosas. La madre de Lenin quería "endulzar el paladar" a sus hijos. Elizaveta Vasílievna estaba enferma, y por eso Krúpskaya hubo de hacer de ama de casa. Vladímir Ilich agradecía infinitamente la solicitud de su esposa. A Lenin le placía agasajar lo mejor y más gustosamente posible a los camaradas, pero la mayor parte de las veces su situación económica no les permitía cumplir este deseo. Los Uliánov siempre compartieron lo que poseían, aunque era muy poco.

Del estado de ánimo de los Uliánov en aquellos días se puede juzgar por una larga carta que Nadezhda Konstantínovna mandó a G. Shklovski, a Suiza. "Solamente hoy, querido camarada —escribió—, puedo contestar a su archipesimista carta, que ahora acabo de leer otra vez. Fue escrita hace un mes, en este mes hemos visto a muchísimos rusos —hubo una reunión del CC con dirigentes locales— y hemos vivido tantas cosas buenas en él que su carta pesimista me parece terriblemente vieja... Nuestros contactos aumentan de día en día. En San Petersburgo hay ahora una organización muy seria, creada desde la base. Al principio se celebraron mítines en las fábricas, y luego las organizaciones distritales organizaron su CP. El CP imprime volantes, trabaja... Con Moscú estamos bien enlazados, lo mismo que con su región, y ahora con las provincias de Vladímir y Kostromá. Tenemos contacto con la organización de Járkov, con Ekaterinoslav, Kíev y Najicheván, con diversas fábricas, con el comité urbano de Bakú (100 personas), que se ha formado de tres grupos bolcheviques... Además, todos los contactos tienen un carácter algo distinto que antes... No, los asuntos del bolchevismo marchan mejor que nunca".

Krúpskaya dedicaba mucho tiempo a las cartas. Comprendía lo importante que era para todos los que vivían en el extranjero recibir información detallada. Sus cartas infundían ánimo, unían, organizaban, impulsaban a trabajar activamente. Eran enviadas a todas partes de Europa y se esperaban con impaciencia. Nadezhda Konstantínovna no escatimaba sus misivas pormenorizadas, llenas de hechos. Cada línea de ellas es historia viva del partido, templado y fortalecido en los combates contra el zarismo y contra el oportunismo, del partido que se granjeó la confianza de millones y millones de proletarios de Rusia. En una carta a M. Gorki, del 11 de febrero de 1913, Krúpskaya le expresa su júbilo.

"Pues bien, cuando se celebró la reunión estábamos como embriagados de alegría, porque de los informes quedó claro que nada se ha perdido en balde, que la masa obrera, después de duros años de vida, ha madurado, y que en los lugares más perdidos hay organizaciones obreras socialdemócratas, que, aunque no están ligadas con los centros del partido, pertenecen a él por su espíritu y han actuado todo el tiempo. Las elecciones jugaron un papel extraordinario. Ha desaparecido la sensación de aislamiento que oprimía

antes a los obreros. La organización avanza hoy por doquier. Dijérase que sólo ahora está formándose un auténtico partido obrero".

El trabajo hacía que los días transcurrieran imperceptiblemente. Estaba próxima la primavera. Por entonces Nadezhda Konstantínovna empezó a notar que se fatigaba pronto, comenzó a tener palpitaciones. Al principio, ella y Vladímir Ilich lo atribuyeron a agotamiento. Pero un día de abril que fueron a pasear por el bosque de Wola, a duras penas pudo volver a casa. Inquieto, Lenin insistió en que Nadezhda Konstantínovna visitara a un médico. El diagnóstico fue que padecía la enfermedad de Basedow y agotamiento nervioso. Necesitaba aire de montaña y pleno descanso. En una carta cifrada dirigida a Lidia Knipóvich a Gadiach, Krúpskaya decía, además de transmitirle información de partido: "Queremos lograr marcharnos a vivir unos cinco meses en plena naturaleza; aquí no nos ata nada, y en cuanto al correo procuraríamos organizarlo de manera que funcionara no peor que aquí. Así trabajaría en el verano, pues por ahora no hago más que remolonear..."

A fines de abril, toda la familia se trasladó a Poronin, una pequeña localidad, y Lenin comunicó a su hermana menor: "Hace pocos días que nos hemos trasladado (en parte por la enfermedad de Nadia —la enfermedad de Basedow—, que me tiene muy intranquilo) a pasar el verano en la aldea de Poronin, en la montaña, a siete kilómetros de Zakopane. Es cerca de los montes Tatras, de seis a ocho horas de ferrocarril al sur de Cracovia. La comunicación con Rusia y con Europa se hace a través de Cracovia. Estamos más lejos de Rusia, ¡pero qué se le va a hacer!

Alquilamos un chalet (¡enorme, demasiado grande!) para todo el verano, hasta el I.X del nuevo calendario, y nos hemos trasladado con mucho ajeteo. Parece que el traslado ha empeorado la enfermedad de Nadia. Tal vez tenga que llevarla a Berna para que se someta a tratamiento..."

El lugar en que estamos es maravilloso. El aire, magnífico, y la altura, cerca de 700 metros. No tiene ninguna comparación con el lugar bajo y un poco húmedo en Cracovia...

La población se compone de campesinos polacos, *hurals* (montañeses), con los cuales me entiendo en un polaco increíblemente desfigurado, del que sólo sé cinco palabras, y

el resto en un ruso chapurreado. Nadia habla un poco en polaco y puede leer el idioma.

La aldea es de tipo casi ruso. Techumbres de paja, miseria. Mujeres y niños descalzos. Los campesinos usan la vestimenta de los montañeses: pantalones de paño blanco, lo mismo que el capisayo, especie de media capa, media cazadora. El lugar en que estamos no es un balneario (Zakopane lo es), y por eso es muy tranquilo. Espero, pues, que con toda esta tranquilidad y el aire de montaña, Nadia se reponga. Hemos comenzado a hacer una vida aldeana. Nos levantamos temprano y nos acostamos casi con las gallinas. Nuestro camino de cada día es el del correo y el de la estación”*.

Lenin concedía extraordinaria importancia a *Pravda*. Una vez preguntó a Nadezhda Konstantínovna si sería posible calcular dónde y en qué número había suscripciones al periódico y quiénes eran los suscriptores. De la redacción les enviaron la lista de suscriptores, y Nadezhda Konstantínovna y su madre se dedicaron a clasificarlos por ciudades y aldeas. Fue un trabajo minucioso, pero atrayente. Resultó, por ejemplo, que en un poblado desconocido había bastantes suscriptores de *Pravda*. Consultando una guía, Krúpskaya supo que en él estaba ubicada una fábrica grande, de la que ellos, por vivir en el extranjero, no tenían noticia.

Obtuvieron un cuadro muy interesante. Lenin se pasó horas enteras mirándolo; confirmaba cuánto se había desarrollado y fortalecido el proletariado de Rusia.

Krúpskaya no mejoraba de salud. Vladímir Ilich se aconsejó de los médicos. Bagotski y otros especialistas recomendaron que fuese operada. Sin embargo, Nadezhda Konstantínovna estaba indecisa: abrigaba la esperanza de que el aire de montaña haría un milagro y ya no sería necesaria la operación. Escribió a María Alexándrovna: “Estoy mejorando ya. Las palpitations son mucho menos intensas. Siguiendo el consejo del doctor, como por los tres, me harto de leche, tomo el preparado de hierro de Robin y, en general, todo va muy bien. Volodia se inquieta mucho. Sobre todo le turban el ánimo con Kocher. Me alegra mucho que Dm. Il. le haya escrito que no vale la pena hacer la operación, etc., pues le llenan la cabeza con toda suerte de

* V. I. Lenin. A M. I. Uliánova. O.C., t. 55, pág. 339.

cosas: que si puedo quedarme ciega, que si debo estar tendida e inmóvil un año y medio, etc. Mas lo cierto es que mi enfermedad no está muy avanzada, y durante el verano me curaré...

Estoy muy contenta de vivir sin tropel. En cuanto a mi trabajo, también es mínimo. Lo que más leo son novelas polacas, pero sin gran empeño”.

Lenin no ocultaba su intranquilidad ni dejaba de aconsejarse de los médicos. En cada carta que escribía, a quienquiera que fuese, había líneas que mostraban su alarma por la enfermedad de Nadezhda Konstantínovna. Parecía haber mejorado, pero fue por poco tiempo. Las palpitations se hicieron más prolongadas. Vladímir Ilich escribió a Shklovski, a Suiza: “Querido Sh.: Fíjese en el cambio de mi dirección. Vinimos aquí, a una aldea próxima a Zakopane, para que Nad. Konst. se cure de la enfermedad de Basedow con el aire de la montaña (aquí hay unos 700 metros de altura). Me asustan: si descuida la enfermedad, no tendrá remedio, llévela *inmediatamente* a Berna, para que la vea Kocher, que es una eminencia de primera magnitud... De un lado, Kocher es cirujano. A los cirujanos les gusta cortar, y además parece que esta operación es peligrosísima y dudosa en extremo... De otro lado, se cura con aire de montaña y *tranquilidad*. Pero es difícil que podamos tener “tranquilidad” con una vida de nervios. Pues es una dolencia de carácter nervioso. Fue tratada tres semanas con corrientes eléctricas. El resultado=0... Le estaría muy agradecido si pudiera obtener una información seria en Berna *sobre* Kocher o *de* Kocher (esto último sería lo mejor, por supuesto). Si la información *aconseja* el viaje a Berna, escríbame cuándo recibe Kocher, cuándo se marcha a veranear y cómo habrá que estar en Berna, en una clínica (y si cuesta muy cara) o de otro modo”*.

Shklovski contestó que Kocher era una lumbrera, que estaba especializado en las operaciones de la glándula tiroides y que de operarse, debía ser por él. A mediados de junio los Uliánov salieron para Berna. De camino pararon en Viena, donde se vieron con los camaradas y hablaron de sus asuntos.

En Berna les recibió Shklovski y les persuadió para que se

* V. I. Lenin. A G. L. Shklovski. 8 de mayo de 1913. O.C., t. 48, pág. 179.

alojaran en su casa. Kocher les recibió al cabo de una semana. Mostró frialdad, pero pudieron percibir que, en efecto, era un médico muy entendido y experto. Los amigos, por consejo del doctor Vogt, advirtieron que Vladímir Ilich pidiera internar a Nadezhda Konstantínovna no en la clínica particular de Kocher, donde él experimentaba libremente, sino en la clínica quirúrgica de la Universidad, en la que trataba a sus pacientes con mucha más atención y rigor.

Dos semanas prepararon a Krúpskaya para la operación. En la clínica había un magnífico jardín. Allí iba Lenin todas las mañanas, y estaba con Nadezhda Konstantínovna hasta la hora del almuerzo. Hablaba a su esposa de las novedades interesantes y gratas y le llevaba las cartas de familiares y amigos, frutas y flores. El 23 de julio, día de la operación, Vladímir Ilich se despertó temprano y en seguida fue a la clínica. Sabía que debería esperar mucho, pero la inquietud le empujó allí.

Al fin, en el vestíbulo de la clínica vio Lenin a una enfermera que se acercaba presurosa a él: todo había salido bien. Se le autorizó a entrar por un momento en la habitación de la paciente. Tres días después Lenin escribió a María Alexándrovna, que se hallaba en Vólogda: "Querida mamita: Por fin, el miércoles, después de dos semanas de "preparación" en la clínica, operaron a Nadia. Según parece, la operación ha sido afortunada, pues ayer ya tenía bastante buen aspecto y empezó a beber con agrado. La operación parece haber sido bastante difícil; atormentaron a Nadia durante casi tres horas, sin anestesia, pero ella lo soportó valientemente. El jueves estuvo muy mal: fiebre muy alta y delirio, lo que me asustó bastante. Mas ayer hubo una evidente mejoría: no tuvo fiebre, el pulso era mejor, etc."*

Empezó a restablecerse poco a poco. Lenin se animó y ya no se opuso al deseo de Nadezhda Konstantínovna de que le pusiera al corriente de los asuntos del partido. Kocher les aconsejó que después de salir Krúpskaya de la clínica marcharan por dos semanas al sanatorio de montaña de Beatenberg, pero de Polonia recibían una carta tras otra, y el 4 de agosto emprendieron el regreso.

* V. I. Lenin. *A. M. A. Uliánova*. 26.VII. 1913. O.C., t. 55, págs. 343, 344.

Vueltos a Polonia, inmediatamente se metieron de lleno en el trabajo. Se preparaba una reunión del partido, que se celebraría en Poronin del 23 de septiembre al 1 de octubre y a la que se le dio el nombre de "Conferencia de verano".

Para asistir a ella, aparentando ser turistas, llegaron casi todos los diputados de la minoría de la Duma y representantes de las organizaciones del partido de Kíev, los Urales, San Petersburgo y Moscú. En total, se reunieron 22 personas. La mayoría se hospedaron en la pensión de Guta Mostowy.

Las sesiones tenían lugar en la pensión y en casa de los Uliánov. Vladímir Ilich presentó un informe sobre la labor del CC e hizo otro informe, muy importante, sobre el problema nacional, que había cobrado especial significación en aquel período de desenfreno ultrarreaccionario del nacionalismo. Teniendo en cuenta el cambio de la situación en el país, la conferencia planteó que era necesario convocar el congreso del partido.

Nadezhda Konstantínovna, también entonces, estuvo al frente de la secretaría, levantaba las actas y comprobaba escrupulosamente la fidelidad de las anotaciones de los discursos. Además, hizo un informe sobre la propaganda y la agitación, proponiendo que se incorporara a la lucha revolucionaria a las familias de los obreros, cuestión de gran interés e importancia. "Nadezhda Konstantínovna nos recomendaba con insistencia —escribió G. Petrovski— que proporcionáramos publicaciones a las familias obreras y organizásemos círculos políticos integrados por trabajadoras y mujeres de obreros; propuso a los diputados que fueran al extranjero con sus esposas e hijos para que allí adquiriesen experiencia. Todo lo que decía nos era singularmente entrañable a los diputados obreros. En los intervalos entre las sesiones, al hablar con grupos de delegados o con algún camarada fijaba sobre todo la atención en la necesidad de que mantuvieran correspondencia con Vladímir Ilich, con el CC y con ella personalmente".

En las conversaciones personales con los delegados a la conferencia, Krúpskaya subrayaba el gran contraste que existía a veces entre las concepciones revolucionarias de los obreros y las opiniones pequeñoburguesas y estrechamente familiares de sus esposas. Instaba a buscar en Rusia camaradas inteligentes y combativos, capaces de sentar las bases del trabajo entre las mujeres.

Terminada la conferencia, los Uliánov siguieron viviendo unas dos semanas en Poronin. El otoño era claro y hermoso.

En plena conferencia de Poronin llegó Inessa Armand, que acababa de lograr que la pusieran en libertad. Había estado encarcelada en condiciones muy difíciles, y en ella descubrieron síntomas de tuberculosis. Sin embargo, Inessa conservaba toda su energía, una fogosidad peculiar. Empezó a visitar a menudo a los Uliánov, Krúpskaya oía con interés sus relatos sobre los hijos y miraba sus fotos. Entonces Armand hizo compañía a los Uliánov en sus paseos por los alrededores. Los demás habitantes de la colonia de Cracovia llamaron a este trío "la fracción de paseantes". Inessa, que conocía magníficamente el arte de la música, convenció a los camaradas para comprar a escota un abono a los conciertos de obras de Beethoven. Ella misma tocaba con frecuencia para los amigos sus obras predilectas. A los camaradas, que estaban absorbidos por los asuntos y las preocupaciones del partido y vivían siempre como en un vivaque, les deleitaban estos ratos de contacto con la naturaleza, la música y los amigos.

Los Uliánov se interesaban por las condiciones de vida de los camaradas y en los momentos difíciles siempre acudían en su ayuda, sin esperar a que se la pidieran. Habían vivido largo tiempo en el extranjero y sabían muy bien lo duro que era verse en un país ajeno sin medios de existencia. Con palabras no se remediaba la situación. Hacía falta actuar rápidamente, y así procedía Nadezhda Konstantínovna. En una carta a Shklovski —una más de las muchas que escribió a este propósito— le pedía su ayuda: "En Zurich vive ahora un camarada letón, Knundzin. Este otoño estuvo de paso en Cracovia. Es joven y capaz. Cumplió ocho años de cárcel y trabajos forzados, sin dejar de estudiar en todo ese tiempo. Tiene aptitud para las matemáticas. Ahora ya lleva medio año en el extranjero y ni siquiera puede encontrar trabajo (es carpintero). Sus nervios, destrozados en el presidio, no pueden resistir, simplemente, este bautismo en la emigración, y temo que acabe por suicidarse... Es muy necesario ayudar a este muchacho a encontrar camino. Escriba cuanto antes".

Los acontecimientos revolucionarios iban en ascenso. Para apreciarlo bastaba ver que los bolcheviques tenían ya en

muchas ciudades industriales no sólo su periódico, sino también revistas. El 8 de marzo de 1914 vio la luz en San Petersburgo el primer número de *Rabótnitsa* ("La Trabajadora"); en su fundación corresponde un gran mérito a Krúpskaya.

En febrero de 1914, atareada con la preparación del primer número de la revista, Nadezhda Konstantínovna escribió a Anna Ilínichna a Moscú: "Querida Ania: Por lo que se refiere a la revista femenina, hasta ahora todo se desenvuelve un tanto espontáneamente. En cuanto al dinero, en Moscú prometen organizar una velada, no sé si saldrá algo. El suplemento al periódico no costaría menos, sino más. La revista tendrá importancia en el sentido de la organización, en este aspecto es mejor que el suplemento..."

Me preocupa mucho cómo se arreglará lo que concierne a la redacción. Aquí nuestro asunto va mal, en el sentido de que dos están aquí, dos en París, y respecto al quinto miembro, la cosa no es nada fácil. En París, la gente es muy capaz.

A Liudmila (L. N. Stal.— *N. de las Aut.*) ya la conoces. La otra es una persona aún más firme de principios, y todo lo que toma a su cargo, lo hace bien (se trata de I. F. Armand)... Así, pues, escribe detalladamente sobre la revista femenina. Creo que te entregarás completamente a ella. Puede resultar una gran cosa. A mí, en todo caso, empieza a despertarse el apetito".

Krúpskaya se esforzó cuanto pudo para incorporar a la revista a los mejores y más antiguos militantes del partido. Pidió que en torno a ella se formara un amplio círculo de activistas corresponsales. En *Rabótnitsa* aparecieron con regularidad artículos de Nadezhda Konstantínovna sobre las cuestiones más actuales y palpitantes. Uno de sus primeros artículos, publicado en el número sexto de la revista, fue *La mortalidad infantil entre los obreros de San Petersburgo*, en el que Krúpskaya demostraba con cifras que la mortalidad infantil dependía directamente de la situación económica de la familia.

¿En qué veía la autora el remedio para salvar a los niños? En la expansión de la lucha de los obreros por sus derechos y en la incorporación de las madres a esta lucha. Sólo un régimen social mejor podía evitar que los niños murieran de hambre.

Arreciaba el movimiento revolucionario. De 18 sindicatos de San Petersburgo, en las juntas directivas de 14 los leninistas constituían la mayoría. Aumentaban las huelgas. Krúpskaya escribió de la envergadura de la prensa del partido: "De *Put Pravdi* se imprimieron el domingo pasado 29.000 ejemplares (no hubo bastantes), de *Sévernaya Rabóchaya Gazeta*, 15.000. Los domingos *Proletárskaya Pravda* llevará ahora una hoja suplementaria. *Shajtiór* aparece los miércoles. Tiene 910 suscriptores urbanos, y de otras partes, 3.626. En Moscú se publicará un semanario de los sindicatos. A requerimiento de los sindicatos, toda la redacción será *pravdista**, y los sindicatos la han encomendado que siga las huellas de *Nash Put***. En general, la prensa obrera se desarrolla extraordinariamente. La demanda es enorme. La línea de *Pravda* triunfa más y más"...

La huelga de los obreros petroleros de Bakú en mayo de 1914 estremeció a todo el país. Se les apoyó en diversas ciudades. Los obreros de la fábrica Putílov organizaron un mítin de solidaridad con ellos, asistiendo 12.000 personas. El 7 de julio, en San Petersburgo estaban en huelga 130.000 obreros. Se levantaron barricadas. Pero el 19 de julio, Alemania declaró la guerra a Rusia. El 21 de julio entró en la guerra Francia, y el 22 lo hicieron Bélgica e Inglaterra. El 24, Austria-Hungría declaró la guerra a Rusia. Comenzó la primera guerra mundial. En Polonia se creó una situación de intranquilidad: la zona en la que vivían los Uliánov formaba parte de Austria-Hungría. Los *hurals* de Zakopane no comprendían contra quién era la guerra y qué causas la habían desatado. Los prestes católicos polacos atizaban el chovinismo y el odio a todo lo ruso, y en particular a los emigrantes.

El 25 de julio se presentó en casa de Lenin el sargento de la gendarmería con testigos para efectuar un registro. Se vio claramente que él mismo ignoraba lo que debía buscar. Por eso, hurgó en cajones y armarios sin ningún entusiasmo. Se llevó un viejo revólver descargado y algunos cuadernos

* *Pravdistas*: así se llamó a los bolcheviques en el período de la publicación de *Pravda* en 1912-1914.

** *Put Pravdi* ("El Camino de la Verdad"); *Sévernaya Rabóchaya Gazeta* ("Gaceta Obrera del Norte"); *Proletárskaya Pravda* ("La Verdad Proletaria"); *Shajtiór* ("El Minero"); *Nash Put* ("Nuestro Camino").

escritos. En secreto comunicó a Vladímir Ilich que había una denuncia contra él. Se le acusaba de espionaje y debía ser encarcelado. Mas en Poronin no había prisión ni autoridades militares, por lo cual dijo a Lenin que se presentara voluntariamente a las seis de la mañana para tomar el tren y que él le conduciría a Nowy Targ.

En la situación de psicosis bélica ya iniciada era muy peligrosa la detención: en la cárcel podían matarle sin ninguna instrucción de causa. Ganetski, que vivía en Poronin, inmediatamente envió un telegrama al diputado socialdemócrata Marek. Lenin mismo pidió aclaraciones por telégrafo a la policía de Cracovia, en la que estaba registrado como emigrante político.

Toda la noche la pasaron en vela Nadezhda Konstantínovna y Vladímir Ilich, pensando en las posibles consecuencias de la detención y en lo que se debería hacer para que pusieran en libertad a Lenin. Alboreaba cuando salieron de la casa. Apenas hablaron mientras recorrían el camino de la estación. El gendarme ya les esperaba. Quedó sorprendido de la tranquilidad exterior de los Uliánov y de que la señora rusa no llorase. Sin embargo, Krúpskaya, después de despedir al tren con la mirada, apenas tuvo fuerzas para regresar a casa.

Ganetski fue a Nowy Targ y, venciendo dificultades, logró entrevistarse con el jefe de policía. Le dijo que Lenin era una persona conocida y que se apelaría de su detención. Consiguió que autorizasen a Krúpskaya a entrevistarse con Vladímir Ilich. Por la tarde, Krúpskaya y Ganetski escribieron una carta a Víctor Adler, diputado socialdemócrata austríaco, miembro del Buró Socialista Internacional. Nadezhda Konstantínovna decía: "Estimado camarada: Mi esposo, Vladímir Uliánov (Lenin) ha sido detenido en Poronin (Galitzia) por sospecha de espionaje. Aquí la población está muy excitada y en cada extranjero ve un espía. Por supuesto, al efectuar el registro no encontraron nada, pero unos cuadernos con notas estadísticas sobre el problema agrario en Austria causaron impresión al gendarme local. Detuvo a mi esposo y le condujo a Neumarkt. Allí fue interrogado, y la absurdidad de todas las sospechas es ahora evidente para las autoridades civiles, pero no han querido asumir la responsabilidad de ponerle en libertad... y la detención puede prolongarse unas semanas. En época de guerra no

habrá tiempo para aclarar pronto este asunto. Por ello, le pido encarecidamente, estimado camarada, que ayude a mi esposo. Usted le conoce personalmente, como sabe, fue largo tiempo miembro del Buró Socialista Internacional y es bien conocido en la Internacional. Le rogaría que enviase un telegrama urgente al fiscal de Neu-Sandetz, diciéndole que conoce bien a mi esposo. Puede usted asegurar que esto es una confusión. Pida también al fiscal que en caso de que los autos hayan sido transmitidos a las autoridades militares, remita a éstas su telegrama... Estoy segura de que usted y otros camaradas austriacos harán todo lo posible para coadyuvar a que mi esposo sea puesto en libertad”.

Autorizaron las entrevistas. Cada mañana los vecinos de Poronin veían cómo Nadezhda Konstantínovna iba a tomar el tren de las seis. La inquietud le levantaba del lecho cuando era de noche todavía, y llegaba a la estación mucho antes de la entrada del tren. ¿Qué pasaría en Nowy Targ? Lenin y ella sabían mirar a la verdad a la cara y comprendían todo el peligro de la situación.

Sentada en el vagón del tren, lleno de gente, junto a las campesinas que iban al mercado, Nadezhda Konstantínovna prestaba oído a sus conversaciones. Para aquellas sencillas mujeres polacas, los primeros días bélicos habían sido algo remoto, completamente incomprensible. Sin embargo, cada día la guerra penetraba más en su modo de vida y en su conciencia. La guerra se les llevaba cada vez más maridos e hijos, y en sus conversaciones resonaba ya la alarma, la aflicción y, con frecuencia, el odio a los “enemigos”, a los rusos, ingleses y franceses. El tren llegaba a Nowy Targ a las siete de la mañana, pero la entrevista estaba autorizada a las once. Krúpskaya no sabía cómo matar el tiempo durante aquellas cuatro horas interminables. Iba a correos, al mercado, deambulaba simplemente por las calles.

Vladimir Ilich estaba siempre animoso y procuraba levantar el espíritu de Nadezhda Konstantínovna. En tonos humorísticos le hablaba de los moradores de la prisión. Era una cárcel para presos comunes, y en ella se hallaban reclusos principalmente campesinos culpables de algo: unos porque se había extinguido el plazo de su pasaporte, otros por haber regañado con el jefe o porque no pagaron los impuestos. Vladimir Ilich no sólo organizó pronto su régimen carcelario, sino que también abrió una especie de

consulta jurídica. Escribía peticiones, solicitudes, etc. En la prisión continuó reflexionando sobre la táctica de los socialdemócratas en las condiciones de la guerra imperialista.

Los amigos hacían todo cuanto podían para salvar a Vladimir Ilich. Víctor Adler escribió así de esto: “Eran las primeras semanas de guerra, los momentos en que todos estaban grandemente excitados, y más que nada en las zonas de operaciones militares todos veían espías por doquier. A mí me preocupaba no tanto la duración del encarcelamiento, por el que yo no temía, como la posibilidad de un enjuiciamiento militar sumario. Fui inmediatamente a ver al ministro del Interior, el barón Heinold, le dije todo lo que sabía y le hice una característica de la personalidad del camarada Lenin”. Más adelante, Adler decía que había procurado “...subrayar que el camarada Lenin era un antiguo enemigo irreconciliable del zarismo y que, cualquiera que fuese su actitud hacia Austria, no podía dedicarse al espionaje en beneficio del Gobierno zarista... Logré convencer al ministro de que no había que temer ninguna confusión fatal. Por lo que recuerdo, ya en mi presencia telefoneó a la Dirección de policía de Cracovia. Tanto esta vez como en la segunda entrevista con él a propósito del asunto de Lenin, el ministro sólo se interesó por saber si, efectivamente, Lenin era un verdadero enemigo del zarismo, cosa que yo le pude asegurar con la conciencia tranquila”.

El 13 de agosto, Nadezhda Konstantínovna, como siempre, se acercó a la puerta de la prisión y presentó su pase. Mas aquel día, en vez de llevarla a las oficinas, la acompañaron directamente al edificio de la cárcel. Miró con asombro a los presos, vagando por el patio. Hacia ella fue radiante Vladimir Ilich. Le habían puesto en libertad.

En el mercado alquilaron un carro y marcharon a Poronin.

Al día siguiente, los Uliánov comenzaron a gestionar su traslado a Cracovia. A todos les alegraba la libertad de Lenin. Krúpskaya envió el 20 de agosto una tarjeta postal a Adler, a Viena. “Estimado camarada —le decía—: Les agradezco a usted y al camarada doctor Diamand su amable ayuda y mediación en este asunto. Mi esposo ya está en libertad; ha quedado aclarada la absurda confusión. Una vez más mi agradecimiento y saludos.

N. Uliánova”

Vladímir Ilich añadió: "P. S. Por mi parte le envío también mi sincero agradecimiento y saludos.

V. Uliánov (*Lenin*)"

A fines de agosto, los Uliánov se trasladaron a Cracovia. Se alojaron en un hotel barato, próximo a la estación. A la mañana siguiente observaron una terrible escena. En el andén de la estación entró un tren con heridos. Un día antes se había reñido una batalla en los alrededores de Krasnik. En la estación todo eran gemidos: los familiares recibían a los combatientes. Tras las camillas con heridos graves, envueltos en vendas rojas de sangre, corrían las madres, las esposas. Desde todas partes se tendían brazos de ayuda a los soldados.

Por muy atareada que estuviera con el trabajo del partido y cualesquiera que fuesen sus ocupaciones, Krúpskaya no perdía nunca de vista las cuestiones pedagógicas y de la instrucción pública. En este sentido ofrece particular interés el proyecto de discurso de un diputado bolchevique a la Duma del Estado, escrito por ella: "Acerca de la política del Ministerio de Instrucción Pública". En el original del proyecto hay algunas enmiendas de Vladímir Ilich; lo utilizó A. Badáev en el discurso que pronunció en la Duma el 16 de mayo de 1914.

Krúpskaya denunciaba la política de la autocracia en la esfera de la instrucción pública, ponía al descubierto la naturaleza reaccionaria del proyecto de ley gubernamental sobre la implantación de la instrucción primaria obligatoria. Al mismo tiempo, Krúpskaya formuló las reivindicaciones de la socialdemocracia revolucionaria: separación de la escuela y la Iglesia, transmisión de la dirección de los asuntos escolares a los órganos democráticos de administración local, etc.

Con motivo de la convocación del Congreso de Instrucción Pública de Rusia, Nadezhda Konstantínovna escribió en diciembre de 1913 en el periódico bolchevique *Proletárskaya Pravda* algunos artículos en los que procuraba "exponer lo más plenamente posible la concepción del socialismo en la cuestión escolar".

Para impulsar el trabajo en las organizaciones socialdemocráticas internacionales era indispensable abandonar Polonia. Los Uliánov recibieron con bastante facilidad

autorización para marchar a Suiza, país neutral. Tardaron casi una semana en llegar a Viena. El tren se detenía horas enteras en estaciones y apeaderos, y en todas partes presenciaban la misma escena: al frente iban trenes cargados de tropas, cañones y pertrechos bélicos; en dirección contraria volvían fúnebres trenes sanitarios: la guerra lisiaba y aniquilaba la vida de millares de jóvenes obreros y campesinos. Y allí, en las estaciones, andaban al retortero las monjas y las representantes de diversas organizaciones femeninas, que realizaban entre los soldados una propaganda chovinista y patrioter.

En Viena recibieron la garantía necesaria para entrar en Suiza. A los Uliánov les dio la garantía Greulich, el más antiguo socialdemócrata de Suiza. Vladímir Ilich visitó a Adler para agradecerle su ayuda. El 5 de septiembre, los Uliánov pasaron la frontera suiza y se dirigieron a Berna.

Últimos años de emigración

Lenin y Krúpskaya no habían decidido aún si vivirían en Berna o en Ginebra. Al principio quedaron en Berna, y ya al día siguiente todos los bolcheviques residentes en ella se reunieron en sus alrededores para discutir los acontecimientos en curso. Fueron separadamente, uno a uno, al bosque y al lugar de la reunión. Aprobaron una resolución que fijaba su actitud ante la guerra como guerra de rapiña, imperialista. La conducta de los jefes de la II Internacional, que habían votado a favor de los créditos de guerra y entrado en los gobiernos burgueses, fue calificada de chovinismo y traición a la causa del proletariado mundial.

Las tesis de Lenin sobre la guerra formaron la base del manifiesto del CC del Partido Bolchevique titulado *La guerra y la socialdemocracia de Rusia*, escrito por Vladímir Ilich en octubre de 1914. En este manifiesto Lenin formuló el lema de transformación de la guerra imperialista en guerra civil.

Inicióse una tensa lucha en el ámbito internacional contra los oportunistas traidores. Se planteó la cuestión de fundar la III Internacional, auténticamente comunista. Por consejo de los amigos, los Uliánov resolvieron quedarse en Berna, ya que en Ginebra se habían congregado muchos emigrantes de todas las tendencias.

Alquilaron dos habitaciones amuebladas, decidiendo no poner casa, pues Elizaveta Vasílievna estaba muy debilitada y se sentía indispuesta continuamente. Krúpskaya volvió a dedicarse a su trabajo habitual: establecer contacto vivo con Rusia. Entonces la tarea era mil veces más difícil, porque Europa estaba cortada por los frentes y el correo y la prensa tardaban meses enteros.

Todos los partidos socialdemócratas bullían. La actitud ante la guerra había revelado, como un papel de tornasol, el verdadero espíritu revolucionario. Corrieron rumores de que Plejánov se había hecho defensorista. Lenin no quiso creerlo. Y cuando le anunciaron que Gueorgui Valentínovich iba a pronunciar en Lausana un informe sobre la guerra, Vladímir Ilich “se puso a preparar el informe —escribió Nadezhda Konstantínovna—, yo procuraba librarle de toda clase de ocupaciones y convine con nuestra gente en quiénes irían de Berna, etc.”.

Krúpskaya no pudo desplazarse a Lausana; fueron los bolcheviques que tenían posibilidad de hacerlo. Lenin temía que los mecheviques no les permitieran entrar a todos en el local. Pese a todo, aún tenía esperanzas en que Plejánov mantuviera una actitud correcta, pero su informe no dejó lugar a dudas: Plejánov era un defensorista rematado. Aunque asistía muchísimo público, sólo Lenin pidió la palabra. En su breve discurso (sólo le dieron diez minutos para intervenir) hizo añicos las concepciones defensoristas de Plejánov y desarrolló las tesis fundamentales del manifiesto del CC sobre la guerra.

El 14 de octubre, en el mismo local, Lenin presentó un informe sobre el tema *El proletariado y la guerra*, que lo leería también en varias ciudades. Planteó la cuestión muy crudamente. La lucha ya no atañía sólo a los asuntos de Rusia; había cobrado carácter internacional.

Se hizo imprescindible discutir las tareas del partido en la situación de guerra, y Lenin estimó necesario convocar una conferencia de los grupos de socialdemócratas rusos en el extranjero. Como siempre, le ayudó Nadezhda Konstantínovna. No cabía pensar en que llegara gran número de representantes de Rusia.

Aquel otoño los Uliánov mostraron un buen ánimo combativo.

Vivían junto al bosque de Berna y los domingos, días que estaban cerradas las bibliotecas, iban a pasear con los amigos por el espléndido bosque otoñal. Lenin les explicaba sus planes para inclinar hacia los bolcheviques en la cuestión de la guerra a los socialdemócratas residentes en el extranjero.

La conferencia de las secciones bolcheviques en el extranjero se inauguró en Berna el 14 de febrero de 1915.

Estuvieron representadas las secciones de París, Zurich, Londres, Ginebra, Berna, Lausana y Baugy. Lenin dirigió la labor de la conferencia y presentó el informe *La guerra y las tareas del partido*.

Krúpskaya era delegada de la sección de Londres. Su trabajo fue muy intenso. Participó en los debates políticos, levantó las actas, escribió varias resoluciones. Ayudó a los delegados a alojarse en Berna. Por las tardes, en el pequeño apartamento de los Uliánov se entablaban fogosas y animadas discusiones. Los amigos iban allí "de tertulia".

La Conferencia de Berna aprobó en todas las cuestiones fundamentales los proyectos de resolución presentados por Lenin y señaló medidas concretas para transformar la guerra imperialista en guerra civil. La conferencia exigió que los socialdemócratas de todos los países votaran contra los créditos de guerra, salieran de los ministerios burgueses, se negaran a acuerdos de cualquier género con la burguesía y denunciaran activamente la política de "paz nacional". La conferencia instó a formar organizaciones clandestinas donde no fuese posible luchar legalmente. Elaboró un programa para unir a todos los verdaderos revolucionarios internacionalistas del mundo entero.

Krúpskaya fue elegida para el Comité de las organizaciones en el extranjero (COE), del que también formaban parte I. Armand, G. Shklovski y V. Kaspárov. En aquel duro período de crisis la actuación del comité cobró singular importancia. Debía unir a todos los grupos extranjeros, dirigirlos y organizar la información recíproca. Otra tarea suya, nueva y considerable, era la agitación política entre los prisioneros de guerra, el trabajo permanente en los campos y la lucha contra el chovinismo. En la primera reunión del comité se distribuyeron las funciones de sus miembros. Nadezhda Konstantínovna fue encargada de reunir publicaciones, preocuparse de la revista *V plenú* ("En el cautiverio"), que editaba el COE, y apuntar las direcciones de los campos de prisioneros. Se han conservado notas de Krúpskaya sobre conferencias e informes que se dieron en los campos y bibliotecas organizadas en ellos, así como los autógrafos de su llamamiento a los prisioneros de guerra titulado *¿Vivirá con más alivio el pueblo después de la guerra?* y de la *Carta de un viejo propagandista a los prisioneros*, para la revista *V plenú*. En esta carta Krúpskaya aconsejaba a cada prisionero que

reflexionara sobre diversas preguntas: ¿A qué se debe la guerra actual? ¿De qué clases se compone el pueblo ruso? ¿Son enemigos recíprocos los obreros de diferentes países? ¿Cómo se puede poner fin a las guerras? La carta contenía 24 preguntas. Nadezhda Konstantínovna pedía a los prisioneros que se hicieran eco de su llamamiento. Y recibía cartas de ellos. Este trabajo lo realizó hasta el momento de su salida para Rusia.

A Krúpskaya le preocupaba mucho el estado de salud de su madre. Elizaveta Vasílievna iba consumiéndose día tras día. Para Krúpskaya, su madre era una fiel amiga, una ayudante, ya que vivía consagrada a su hija y a su yerno.

Elizaveta Vasílievna falleció el 21 de marzo. Fue incinerada en el crematorio de Berna.

Aquellos días Nadezhda Konstantínovna no dejó de pensar en su madre. Recordó los días de la niñez y de la juventud. Elizaveta Vasílievna había sido una mujer inteligente, de talento. Su vida no la vivió en balde, pues en el trabajo de los Uliánov había una partícula de su amorosa labor.

A continuación de la conferencia de las organizaciones bolcheviques en el extranjero, en Berna se celebró también la Conferencia Socialista Femenina Internacional, a la que asistieron 30 delegadas. Había sido preparada en 1914, pero no pudo reunirse hasta la primavera de 1915. Inauguró sus sesiones el 26 de marzo. La delegación rusa, que representaba al CC, estaba integrada por Sáblina (Krúpskaya), Inessa (I. Armand), Elena (Rozmiróvich), Zina (Lilina) y Anna (Kámenskaya, que representaba a Polonia). El retorno de las delegadas a la patria se había hecho tan difícil que decidieron ocultar sus nombres. En la conferencia no fueron anunciados los nombres de las delegadas, y al intervenir se decía simplemente: Tiene la palabra la delegada de tal país.

La iniciadora de la conferencia y su presidente fue Clara Zetkin. Había adoptado una actitud de concesiones a los pacifistas, pues creía que si la conferencia fracasaba se acusaría de ello a la delegación alemana, como representante de un país que iba venciendo en la guerra, y el fracaso haría bailar los ojos a los chovinistas de todos los países. "Por esto —escribió Nadezhda Konstantínovna—, Clara Zetkin hizo concesiones a los pacifistas, lo que significaba cercenar el contenido revolucionario de las resoluciones. Nuestra delega-

ción —delegación del CC del POSDR— mantuvo el punto de vista de Lenin, expuesto en su carta a Kollontái. No se trataba de lograr una agrupación global, sino de una agrupación para la lucha revolucionaria contra el chovinismo, para la lucha revolucionaria inconciliable del proletariado contra la clase dominante. En la resolución, elaborada por una comisión de alemanas, inglesas y holandesas, no se condenaba el chovinismo. Intervenimos en la conferencia con nuestra declaración... Nos quedamos solas. Todas reprobamos nuestra política "escisionista". Sin embargo, la vida no tardaría en confirmar que nuestra actitud era justa. El bondadoso pacifismo de las inglesas y holandesas no hizo avanzar ni un solo paso la acción internacional. Lo que influyó en acelerar la terminación de la guerra fueron la lucha revolucionaria y el deslindamiento con los chovinistas".

Las delegadas rusas se reunían por las tardes en casa de los Uliánov, discutían todo lo acaecido en la conferencia y escuchaban los consejos de Vladímir Ilich, que atribuyó inmensa importancia a aquel foro femenino y, por eso, no podía dejar de participar directamente en él.

La lucha continuó en los pasillos y en las conversaciones entre las delegadas. Las bolcheviques aprovechaban cualquier oportunidad para convencer de la justedad de sus opiniones a las enemigas o vacilantes y atraerlas hacia ellas. Mas entonces no se pudo lograrlo.

Acontecimientos como aquella conferencia, que alcanzó enorme resonancia política en todo el mundo, exigieron una colosal tensión intelectual y física. Y no debe olvidarse que era preciso atender, además, la correspondencia diaria del partido y muchos otros deberes y ocupaciones.

A Krúpskaya no sólo la conocían los emigrantes rusos. Con ella tenían trato también muchos socialdemócratas de Europa. Por eso no fue casual que se la eligiera secretaria de la Caja de ayuda a los emigrantes políticos constituida en Suiza. La caja llevaba a cabo una labor cultural-educativa, principalmente entre los suizos. Se necesitaba gran iniciativa e ingenio para lograr que asistiera mucha gente a las veladas literarias y los conciertos que organizaba la caja. El dinero hacía mucha falta, porque en los años de guerra los emigrantes rusos pasaban grandes privaciones, ya que les era casi imposible encontrar trabajo. El dinero que ingresaba en la caja se dedicaba también a ayuda para los camaradas

presos, desterrados o que cumplían trabajos forzados. Al preparar los programas de las veladas, Nadezhda Konstantínovna insistía siempre en que tuvieran una orientación ideológica.

Berna asombraba a los emigrantes políticos rusos por su espíritu pequeñoburgués. Este espíritu había penetrado en todas las capas de la sociedad y era difícil combatirlo.

Dondequiera que viviesen Krúpskaya y Lenin, hacia ellos se sentían atraídos y alrededor de ellos se agrupaban los bolcheviques y todos los que intervenían en la actividad revolucionaria. Su vida modesta y sencilla, sus relaciones, rebosantes de amor y respeto recíprocos, y su identidad espiritual les granjaban el afecto de la gente. A las camaradas les placía visitarles por las tardes. Todos se sentaban en torno de una mesita redonda. Nadezhda Konstantínovna, que ocupaba su plaza en el sofá, les servía el té. Hablaban de los problemas vitales del movimiento revolucionario en Rusia.

Por mucho que fuera el trabajo del partido, Krúpskaya no dejaba pasar un solo día sin ocuparse del estudio pedagógico. El 22 de diciembre de 1914, Vladímir Ilich escribió a su hermana María: "Vivimos más o menos bien, tranquila y pacíficamente en la soñolienta Berna. Hay buenas bibliotecas, y me he arreglado bastante bien en cuanto a la utilización de los libros. Es agradable incluso leer un poco, después de mi trabajo periodístico diario. Nadia tiene aquí también una biblioteca pedagógica y está escribiendo un trabajo sobre pedagogía"*.

En sus artículos, Krúpskaya mostraba siempre las raíces clasistas de la pedagogía burguesa, sus tendencias políticas, de clase. En este sentido es muy elocuente su artículo *El "espíritu de la época" en la escuela pública alemana*. En él señalaba que, apenas declarada la guerra, "la escuela alemana se convirtió en un semillero del chovinismo más rabioso". Hacía un análisis de dos folletos publicados inmediatamente después de la ruptura de las hostilidades.

En este artículo, Nadezhda Konstantínovna fue la primera entre los científicos pedagogos que puso al desnudo el chovinismo y el militarismo de la pedagogía burguesa

* V. I. Lenin. A M. I. Uliánova. 22.XII.1914. O.C., t. 55, pág. 357.

alemana, alertando sobre el peligro que entrañaba tal orientación.

Por entonces Krúpskaya dio cima a su importante libro *La instrucción pública y la democracia*, al que había dedicado varios años de intenso trabajo.

En primavera, después del fallecimiento de Elizaveta Vasílievna, Krúpskaya se sintió mal. Eran consecuencias de la conmoción nerviosa. Los médicos encontraron en ella una recidiva de la enfermedad Basedow, aconsejándola que marchara a la montaña. Y Vladímir Ilich volvió a leer (como en Francia) los anuncios de los periódicos. Les interesó un hotel-pensión barato en el pueblecito de Sörenberg, apartado de los balnearios de moda. Se alojaron en el Hotel Marienthal, en una habitación clara, cuya ventana daba a las cumbres nevadas de los Alpes. Dormían con la ventana abierta, y por las mañanas les despertaban los brillantes rayos de sol que bañaban de luz a Sörenberg. Trabajar en aquel pueblecito tranquilo y retirado no era peor que en Berna o Ginebra. Desde allí, en plena montaña, se podía pedir cualquier libro a la biblioteca y recibirlo gratuitamente dos días después.

En Sörenberg dio Krúpskaya las últimas pinceladas a su libro. En él estaba condensado un inmenso trabajo, el estudio de un número incontable de fuentes originales. Sólo las citas sacadas de ellas llenaban 26 cuadernos. Durante esta labor, Nadezhda Konstantínovna había conocido las obras de los principales pedagogos del pasado y de los pedagogos contemporáneos de Europa y Norteamérica.

Primeramente Krúpskaya dio a su libro el título, *La instrucción pública y la clase obrera*, pero luego tuvo que renunciar a él debido a los obstáculos de la censura.

Estaba contenta de su trabajo, tenía buen ánimo y, además, se sentía bastante mejor. Sin duda, esto era efecto del prolongado descanso en la montaña. Terminado ya el libro, surgió el problema de dónde editarlo y quién se encargaría de hacerlo. En una carta a María Ilínichna, Krúpskaya escribió: "En los últimos tiempos me he dedicado muchísimo a la pedagogía en general, y a la historia de la pedagogía en particular, de modo que estoy bastante enterada en esta esfera. He escrito incluso todo un folleto: *La escuela pública y la democracia*. La primera parte ya está preparada, se titula *La función del trabajo productivo en la*

instrucción pública. Son de seis a siete pliegos de imprenta. Me parece que resulta bastante interesante. Y lo que quisiera rogarte es que busques editor".

Vladímir Ilich pidió su mediación a Gorki, que tenía grandes posibilidades en la editorial *Parus*. En febrero de 1916 le remitió desde Berna el manuscrito de Krúpskaya, al mismo tiempo que le enviaba una carta:

"Muy estimado Alexéi Maxímovich:

Le envío por correo certificado el folleto de mi esposa *La instrucción pública y la democracia*.

La autora viene dedicándose desde hace mucho, más de veinte años, a la pedagogía. En el folleto están recogidas sus observaciones personales y materiales sobre la escuela nueva en Europa y Norteamérica. Por el índice verá usted que contiene también en la primera parte un esbozo de la historia de las ideas democráticas. Esto es asimismo muy importante porque, de ordinario, las ideas de los grandes demócratas del pasado son expuestas en forma inexacta o desde un punto de vista erróneo. No sé si tendrá tiempo para leerlo y si le interesará; los capítulos 2 y 12 podrían servir de ejemplo. Los cambios en la escuela en la última época, la imperialista, se esbozan según los materiales de los últimos años y proyectan una luz muy interesante para la democracia en Rusia.

Me haría usted un gran favor si ayudase —directa o indirectamente— a la edición de este folleto. Es probable que la demanda de obras de este género haya aumentado considerablemente en Rusia.

Con mis mejores saludos y votos.

V. Uliánov"*.

Nadezhda Konstantínovna también escribió a Gorki:

"Muy estimado Alexéi Maxímovich:

Quisiera ponerle unas letras a propósito del folleto remitido. Dado que tuve ocasión de conversar con gente obrera sobre el tema abordado en el folleto, puedo decir que siempre encontré de su parte gran interés por estas cuestiones. De otro lado, en nuestro medio hube de chocar hasta ahora con absoluta indiferencia hacia ellas, e incluso lo

* V. I. Lenin. A A. M. Gorki. O.C., t. 49, págs. 182, 183.

que Marx dijo acerca de este problema quizá sea demasiado poco conocido... Por supuesto, tal actitud provenía del período vivido, en el que la atención estaba fijada en otras cuestiones más palpitantes. El campo se dejó por completo a la familia demócrata constitucionalista y populista. Sólo bajo la luz encendida por ella conocieron estas cuestiones los obreros y maestros. Entre tanto, en Europa, por influjo del extraordinario progreso técnico, el problema de la instrucción pública se convirtió en uno de los más actuales. Ahora, en tiempo de guerra, en Alemania, por ejemplo, está en marcha una febril reorganización de las escuelas, su adaptación a la vida en rápido desarrollo, su transformación, de escuela libresca, de escuela de estudios, en escuela de oficios. Es indudable que también en nuestro país pronto le llegará el turno a este problema, de ello se cuidará la competencia en el mercado mundial. Y no es posible que la democracia, a la que atañe más que nada, se muestre apática e insensible ante este asunto.

En otras esferas hay tradiciones. En esta, por desgracia, no las hay todavía”.

La censura zarista no permitió que se imprimiera el libro de Krúpskaya, a pesar de todos los esfuerzos de Gorki y otros destacados literatos.

El folleto sólo se publicó en 1917, con el título de *La instrucción pública y la democracia*, impreso por la editorial *Zhizn i znanie* (“La vida y el saber”).

En el preámbulo a la cuarta edición, que apareció después de la Revolución de Octubre, Krúpskaya escribió que el plan de este libro lo discutió con Vladímir Ilich. Y una vez que terminó el trabajo, Lenin lo leyó atentamente. Krúpskaya subrayaba que Lenin siempre había concedido gran importancia a la instrucción pública.

En su obra, Krúpskaya hacía magníficas semblanzas de eximios pensadores pedagogos de los siglos XVIII y XIX. Al calificar las obras de Juan Jacobo Rousseau, destacaba ante todo sus opiniones sobre la función del trabajo productivo en la instrucción pública. Subrayó especialmente la consideración de Rousseau acerca de que el trabajo es una obligación inevitable del hombre social.

En Suiza las ideas de Rousseau, expuestas inspiradamente en *Emilio*, causaron profunda impresión al sabio pedagogo Pestalozzi. Analizando la obra del célebre pedagogo suizo,

Krúpskaya puso de relieve que “todas sus obras están animadas de ferviente amor al pueblo”.

Según Krúpskaya, “la idea fundamental de Pestalozzi, expresada por él con tanta fuerza, de que el centro de la actividad educativa debe ser el trabajo productivo es completamente justa y está en plena consonancia con los intereses de la clase obrera...”

El error de Pestalozzi fue únicamente que concebía este trabajo productivo en la forma que existía en su tiempo: bien en la forma de trabajo para el empresario, bien en la declinante forma de trabajo para el consumo propio”.

Más adelante Krúpskaya caracterizaba con rigor a Emanuel Fellenberg, contemporáneo de Pestalozzi, que postuló la teoría, e intentó demostrarla “en la práctica, de que el trabajo productivo infantil es compatible con la enseñanza y puede a este respecto cubrir el costo del mantenimiento de los niños”.

Krúpskaya recalcó que a través de toda la teoría de Fellenberg “pasa como hilo de engarce la educación estamental”, contraria a toda la concepción democrática de Pestalozzi.

A Nadezhda Konstantínovna le interesaron grandemente las ideas pedagógicas y sociales de Robert Owen. De la doctrina del conocido utopista le atraía la orientación clasista de sus opiniones. Señaló que Owen quiso hacer cambiar la norma de las relaciones sociales y elaboró todo un plan de organización superior de la sociedad. En tanto que J. J. Rousseau y, tras él, Pestalozzi, Fellenberg y Owen intentaron demostrar la necesidad de una amplia enseñanza politécnica, en el tiempo de la Revolución Burguesa en Francia, la Convención quiso llevarla a la práctica, pero... “a la Asamblea Nacional no le dio tiempo de hacer nada”, constató Krúpskaya.

Refiriéndose a lo que pensaba la clase obrera sobre la función del trabajo productivo en la instrucción pública, Krúpskaya señaló que “la clase obrera ha sido la heredera directa de las concepciones de Bellers, Rousseau, Pestalozzi, Owen y Levoisier acerca del papel que juega el trabajo productivo en la instrucción pública. Hizo suyo todo lo bueno y vital que había en estas concepciones y las ha desarrollado y completado... Fue Marx sobre todo quien analizó en todos sus aspectos este problema. Y Engels

mantuvo el mismo punto de vista que Marx". La necesidad de cambiar la educación moderna en la dirección señalada (enlazando la educación con la producción material) fue planteada por Marx en estrecha conexión con la necesidad de suprimir la división del trabajo existente en la sociedad.

En *La instrucción pública y la democracia* hizo Krúpskaya un análisis crítico de la "escuela de estudios". Los alumnos preparados en estas escuelas, escribió, "...muestran una incapacidad verdaderamente increíble de exponer de modo breve y coherente la idea más simple, no saben en absoluto ni observar ni pensar por sí mismos".

Lo característico de la "escuela de estudios" en el siglo XIX eran la desmedulación del pensamiento vivo y el divorcio con la vida.

A medida que se desarrollaba el capitalismo, la "escuela de estudios" revelaba cada vez más su imposibilidad de satisfacer la creciente demanda de los fabricantes para recibir obreros técnicamente cualificados. Y fue entonces cuando se inició el proceso de transformación de la "escuela de estudios" en "escuela laboral".

La escuela adquiere carácter profesional cuando pasa a preparar obreros cualificados para la gran producción. A fines del siglo XIX, los principales pedagogos de Europa y Norteamérica hablaron de la necesidad de transformar la "escuela de estudios" en "escuela laboral". Krúpskaya decía que "mientras la organización de la obra escolar esté en manos de la burguesía, la escuela laboral será un arma apuntada contra los intereses de la clase obrera. Sólo la clase obrera puede hacer de la "escuela laboral" un arma para la transformación de la sociedad contemporánea".

Como es fácil de comprender, los estudios pedagógicos de Krúpskaya suscitaban gran interés en Rusia y otros países. Con ellos se dio comienzo en la literatura pedagógica mundial al esclarecimiento de la doctrina de Marx y Engels sobre la educación y a la exposición de la imagen marxista de la historia de la génesis y el desarrollo de la idea del anudamiento del estudio con el trabajo productivo.

El libro en el que Krúpskaya fijaba su posición clasista y daba un nuevo enfoque a los fenómenos de la pedagogía ha alcanzado varias ediciones y goza de merecida demanda entre los lectores, siendo obra predilecta de los pedagogos dedicados a la enseñanza.

En el otoño de 1915, los Uliánov volvieron a Berna. La habitación que alquilaron tenía luz eléctrica, rara comodidad en aquel tiempo. Trasladaron a ella sus libros, ropa y enseres.

Vladímir Ilich se apresuró a ver a los amigos, quería conocer cuanto antes todas las novedades.

Poco después tuvieron que irse a vivir a otra barriada. Arrendaron una habitación sin luz eléctrica, pero acogedora y barata, cosa esta última que entonces era muy importante para ellos. Antes, de algún modo, la reducida pensión de Elizaveta Vasílievna les sacaba de apuros en los momentos de más agobio. Desde que ella falleciera, iban gastando poco a poco el escaso dinero que les había dejado. Vivir con aquellos recursos era difícilísimo. La guerra provocó la carestía. De la caja del partido no querían recibir nada, porque entendían que muchos otros lo pasaban peor que ellos. Los amigos íntimos se daban cuenta de que los Uliánov enfermaban con creciente frecuencia y se alimentaban muy pobremente. Sabían también que no pedirían ni aceptarían ayuda nada más que en el caso de suma necesidad. Más, ¿quién podía determinar este último límite?

Sí, su situación económica era penosa. Y los dos, deseando librar de preocupaciones el uno al otro, buscaban algún trabajo. Krúpskaya escribió a María Ilínichna: "...Ahora te escribo con un motivo especial. Dentro de poco se acabarán todas nuestras viejas fuentes de existencia, y el problema del salario se planteará con bastante acritud. Aquí es difícil encontrar alguna ocupación. Me prometieron una clase, pero las cosas se alargan, me aseguraron trabajo de correspondencia, pero tampoco sale nada. Intentaré algo todavía, mas todo es muy problemático hasta ahora. Hay que pensar en obtener algún ingreso de la labor literaria. No quisiera que este aspecto recayese completamente sobre Volodia. Ya sin eso trabaja mucho. Pero el problema del salario le preocupa bastante".

Vivir en la capital de Suiza resultaba cada vez más complicado. Berna estaba separada de los centros políticos. Difícilmente se podía hacer nuevos conocimientos, la colonia de emigrantes era pequeña y, además, no había ninguna biblioteca que pudiese utilizar Lenin para el gran trabajo que había iniciado entonces: escribía el libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. A mediados de febrero de 1916, los

Uliánov se pusieron en camino: marcharon a Zurich. Pensaban vivir en esta ciudad unas semanas y trabajar en las bibliotecas. Mas se quedarían allí todo un año. Dejando el equipaje en la estación, fueron a buscar alojamiento. Les llamó la atención un anuncio sobre la casa № 7 de la calle Geigergasse. La habitación y el precio les convenían. Sin embargo, a la mañana siguiente el ama de casa, turbada, dijo que había vuelto el anterior inquilino y había pagado el cuarto por adelantado. Mas expresó a sus nuevos huéspedes que no debían afligirse, ya que les sería fácil encontrar otra habitación y podrían comer en casa de ella, frau Prelog. Y, en efecto, así lo hicieron los Uliánov durante casi dos meses. Encontraron habitación en una casa vieja y sombría, en el hogar del zapatero Kammerer. Allí el ambiente era muy distinto. En aquel piso "internacional" se hospedaban varias familias: una, alemana; otra, italiana; austríaca la tercera, y llegaban ellos, rusos.

Los Uliánov se conocieron y trabaron amistad rápidamente con sus vecinos. Les agradó sobre todo el ama de la casa, esposa de un obrero y mujer de profunda conciencia proletaria. Una vez Nadezhda Konstantínovna contó jubilosa a Vladímir Ilich: "Hoy se ha reunido en la cocina toda la Internacional femenina de la casa. Gertruda lloraba, inquieta por el marido, y nuestra frau Kammerer dijo: "Los soldados deben apuntar las armas contra sus gobiernos". "¿Así dijo? —se admiró Lenin—. ¡He ahí lo que significa la raigambre proletaria! En cambio, nuestros socialministros votaron el presupuesto de guerra".

Frau Kammerer, observando cómo vivían sus huéspedes, percibió que andaban muy estrechos de medios económicos, y un día propuso a Krúpskaya: "Frau Nadezhda, venga conmigo y le enseñaré dónde podrá comprar más barato y mejor. También se puede preparar más económicamente la comida". Y dio a Krúpskaya toda una lección sobre la cocina barata y nutritiva de los pobres.

Viviendo en Zurich, los Uliánov se vincularon estrechamente con los socialdemócratas de izquierda suizos, dirigidos por Fritz Platten. Hijo de obrero y luchador entusiasta y dinámico, gozaba de gran influencia entre las masas. Platten conservaría toda la vida la amistad con los Uliánov. Unos años más tarde, después de la Revolución de Octubre, salvó la vida a Vladímir Ilich, protegiéndole con su cuerpo cuando

los contrarrevolucionarios dispararon en Petrogrado contra el automóvil en el que iba. En Zurich, Fritz Platten relacionó a los Uliánov con los obreros y les ayudó a conocer de cerca a los jóvenes emigrantes, que eran dirigidos por Willi Munzenberg.

Una antigua militante del partido, R. Jaritónova, esposa del secretario de la sección de los bolcheviques en Zurich, recordaría que Krúpskaya era bien conocida en los medios obreros de Zurich, sobre todo entre la parte de la juventud revolucionaria que luchaba contra la influencia de la Iglesia y de la burguesía sobre los niños de los obreros.

El año 1916 lo pasó Lenin preparando su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Esta obra exigió de él un trabajo muy intenso.

Entonces también se esforzó Krúpskaya por ayudarle. Vertió para él del inglés varios libros sobre las colonias africanas. "El estudio de la economía del imperialismo, el análisis de todas las partes componentes de esta "caja de velocidades" —escribió Nadezhda Konstantínovna—, el abarcamiento de todo el cuadro universal del imperialismo, último escalón del capitalismo que marcha hacia su muerte, permitieron a Ilich plantear con nuevo enfoque algunas cuestiones políticas y abordar más profundamente el problema de las formas por las que discurriría la lucha por el socialismo en general, y particularmente en Rusia".

En el verano de 1916 se recrudeció la dolencia de Nadezhda Konstantínovna y los Uliánov decidieron ir a la montaña.

Esta vez fueron a un pequeño lugar situado a gran altura, no lejos de Zurich: a la pensión Tschudiewięse. Les atrajo la extraordinaria belleza del paisaje y la baratura: dos francos y medio por persona al día. Apenas llegar, los Uliánov se enteraron de que la pensión era "láctea". Mas no estaban mimados por balnearios de moda, el lugar les encantó y combinaron la dieta láctea con raciones de frambuesa y zarza, que abundaban en las laderas de los montes circundantes. En la pensión no había criados. Los propios huéspedes arreglaban las habitaciones y se limpiaban el calzado. La clientela era la más democrática, y las distracciones, muy simples. Por las tardes, el hijo del dueño tocaba el acordeón.

El tiempo transcurrió rápidamente.

En Tschudiewiese era costumbre que todos los huéspedes fueran juntos a despedir a quienes se marchaban y que repicase una campana en honor de ellos. Llegó el día en que la campana tintineó en despedida de los Uliánov.

Una vez en Zurich, volvieron al "viejo nido" de la calle Distelweg. Frau Kammerer les recibió con alegría. Reanudaron el modo de vida acostumbrado. Vladímir Ilich se pasaba los días enteros en las bibliotecas.

Al día siguiente de su retorno, Krúpskaya se vio con Félix Kon para volver a trabajar en la caja de los emigrantes. Resultó que, en realidad, no podía encargarse de nada, pues la caja estaba casi vacía. Mas el número de emigrantes políticos necesitados era mayor que nunca. De nuevo tuvo Krúpskaya que ayudar a colocarse a unos, dar míseros subsidios a otros; animar a algunos con buenas palabras, enviar a quienes lo necesitaban a la consulta del médico "de ellos", que les asistiría gratis. A veces, reunidos, los miembros de la caja discutían algún proyecto, estudiaban "cómo enriquecerse". Durante algún tiempo les sedujo la idea de fundar un sanatorio en el que todo lo harían los propios pacientes y las ganancias obtenidas de la agricultura se ingresarían en la caja común (en Suiza había sanatorios de esta clase). Mas para ello era preciso un capital inicial y no había nadie que quisiera facilitarlo.

En este período, cuando en Rusia estaba próxima una nueva revolución, la vida en la Suiza neutral se hacía insoportable. Las cartas se recibían al cabo de meses, todas las "novedades" envejecían mientras llegaban a Zurich.

En este período Lenin se ocupó en primer término de los problemas relacionados con la democracia, el Estado y la dictadura del proletariado. Cuando paseaban hacía partícipe de sus pensamientos a Nadezhda Konstantínovna. Los jueves las bibliotecas sólo estaban abiertas hasta la hora del almuerzo. Esos días, al volver a casa, Vladímir Ilich compraba dos tabletas de chocolate con nueces, que eran la golosina predilecta de su esposa. Después de almorzar, los Uliánov, con libros y el chocolate, iban al monte, a Zurichberg. Allí tenían su sitio preferido, apartado de las sendas de los turistas y en pleno bosque. Tendían una manta de viaje y cada uno quedaba embebido en su libro. A ratos, interrumpían la lectura y hablaban de Rusia, daban rienda suelta a sus anhelos, procuraban adivinar el curso de los

acontecimientos. En su memoria resurgían una y otra vez los renglones de las cartas recibidas de la patria.

Nadezhda Konstantínovna perseveraba en su labor pedagógica, visitaba constantemente las escuelas y los establecimientos de puericultura de Zurich. Una vez, Vladímir Ilich, después de examinar los numerosos apuntes y guiones de Nadezhda Konstantínovna, le propuso que pensara en publicar una enciclopedia pedagógica, y en seguida empezó a buscar editor. Ante todo escribió a Mark Timoféievich Elizárov, a Rusia.

Esta carta es de extraordinario interés para nosotros, pues muestra la fe de Lenin en el talento literario y pedagógico de su esposa. Lenin escribió: "Querido Mark Timoféievich: Por lo que adjunto verá usted que Nadia se propone publicar un *Diccionario pedagógico* o una *Enciclopedia pedagógica*.

Apoyo decididamente este plan, que, en mi opinión, llenará un vacío muy importante en la literatura pedagógica rusa, será un trabajo muy útil y nos proporcionará ingresos, *lo que para nosotros es sumamente trascendental*.

Ahora en Rusia, debido al aumento del número y de los círculos de lectores, es grande y crece mucho la demanda precisamente de *enciclopedias* y publicaciones análogas. El *Diccionario pedagógico* o la *Enciclopedia pedagógica* se convertirá en un libro de consulta y alcanzará varias ediciones.

Estoy seguro de que Nadia podrá hacerlo, pues lleva ya muchos años estudiando pedagogía, ha escrito sobre ella y se ha preparado sistemáticamente. Zurich es el centro más adecuado para este tipo de trabajo. El Museo Pedagógico de aquí es el mejor del mundo".* A Lenin le preocupaba cómo serían planteadas las cuestiones pedagógicas en una enciclopedia de este género. Por eso era importante que su autor fuera un pedagogo marxista, como lo era Nadezhda Konstantínovna.

En su *Carta al editor que quisiera publicar el Diccionario pedagógico*, Krúpskaya escribió: "Del siglo XX es extraordinariamente característico el grandioso ascenso, verdaderamente febril, de las ideas pedagógicas y de la organización pedagógica en los países capitalistas, tanto europeos como no europeos. El desarrollo industrial plantea más y más

* V. I. Lenin. *A M. T. Elizárov. O.C.*, t. 55, pág. 369.

exigencias a la población, y satisfacerlas es cuestión de vida o muerte para los países adelantados..." En esta carta mostraba que era necesario elevar el nivel cultural general del pueblo y que por eso, incluso entonces, en el período de guerra, Alemania, Francia e Inglaterra se ocupaban de la reforma radical de la escuela pública. "A muchos de los problemas que se discuten ahora allí —continuaba Krúpskaya—, en un futuro próximo les llegará su hora en Rusia. Las revistas pedagógicas informan de ellos al mundo pedagógico ruso. Sin embargo, para muchísimos maestros está completamente confuso todavía el peso específico de todas estas cuestiones pedagógicas que cada día afloran a la superficie de la vida social. Por lo común, al maestro ruso le falta la perspectiva que le ofrecería la posibilidad de tener en cuenta la importancia relativa de los problemas pedagógicos y no ve claramente su nexos con lo que exige el desarrollo cultural general. Únicamente habiendo comprendido este nexos podrá explicarse la importancia de tal o cual problema para la realidad rusa". Seguidamente, Krúpskaya exponía el plan del *Diccionario pedagógico*, al alcance de todos por su contenido, en el que se presentaba un cuadro de la instrucción pública en diversos países.

¡A Rusia!

El 2 de marzo empezó como siempre. Lenin y Krúpskaya pasaron la mañana en la biblioteca. Volvieron a casa un poco antes que de costumbre. Después de almorzar, cuando los Uliánov se disponían a salir de nuevo, en el piso irrumpió literalmente Bronski, gritando: "¿No saben nada? ¡En Rusia estalló la revolución!"

Luego, apenas despidieron a su visitante, fueron a la orilla del lago, donde había una cartelera en la que se fijaban todos los periódicos en cuanto aparecían. Leyeron una y otra vez los telegramas. ¡Sí, en Rusia se había realizado la revolución!

Por doquier corrieron las cartas de Vladímir Ilich: expandir la revolución, ganar a nuevas capas de la población, armar a las masas, alzarlas a la toma del poder.

Comenzaron días y noches de impaciente búsqueda de vías que les llevaran a su patria. Quedarse allí, en Suiza, no tenía ningún sentido. Uno tras otro forjaron planes, y uno tras otro se vinieron abajo. Los países de la Entente se negaban a permitir que pasaran a Rusia los internacionalistas rusos. Inglaterra estaba cerrada para ellos, allí no daban entrada a los rusos aunque tuvieran en regla toda la documentación. Era preciso, pues, marchar clandestinamente, ya que no existían caminos legales. Mas, ¿cómo hacerlo? Lenin había perdido el sueño desde el momento en que llegó la noticia de la revolución, y por las noches se trazaban planes inverosímiles.

Lo más desagradable de todo era que, por orden de la policía rusa, en las listas de control militar internacionales fueron incluidos todos los que se oponían a la guerra. Al

igual que Gobierno zarista, el Gobierno Provisional sólo dejaba ir a Rusia a los defencistas. El 6 de marzo, en una reunión que tuvieron en Berna, Mártoov sugirió pasar a través de Alemania, en canje de ciudadanos alemanes internados en Rusia. Vladímir Ilich aceptó decididamente esta idea, pero el Gobierno suizo, escudándose en la neutralidad del país, no quiso entrar en negociaciones oficiales con Alemania. Entonces asumió las funciones de mediador Robert Grimm, líder del Partido Socialdemócrata Suizo, siendo reemplazado después por Fritz Platten, viejo y probado amigo, que llevó a cabo su tarea enérgicamente. Cada día informaba a los Uliánov de la marcha de las negociaciones. Los mencheviques se acobardaron y desistieron del viaje. Estaban seguros de que el Gobierno Provisional tomaría un acuerdo denegatorio.

Al fin, Platten les comunicó las condiciones en las que él se había comprometido a escoltar a través de Alemania el vagón en que irían los emigrantes rusos. Todas las conversaciones y relaciones con las autoridades alemanas las llevaría únicamente él. El vagón gozaría del derecho de extraterritorialidad, no se efectuaría ningún control de pasaportes ni de equipaje. Nadie debería salir del vagón ni tener contacto alguno con los socialdemócratas alemanes. Quedaba excluida cualquier detención en el camino.

Aquellas semanas los Uliánov vivieron con el pie en el estribo. Esperaban impacientes el resultado final de las negociaciones. Llegó, al cabo, la carta que lo anunciaba: ¡había sido concedida la autorización!

"...Ilich lo decidió en el acto: "Iremos en el primer tren". Hasta el momento de su salida quedaban dos horas. En esas dos horas deberíamos liquidar toda nuestra "hacienda", pagar al ama, devolver los libros a la biblioteca, hacer el equipaje, etcétera. "Marcha tú sólo. Yo me iré mañana". Pero Ilich insistió: "No, iremos juntos". En dos horas ordenamos todo: empaquetamos los libros, destruimos las cartas, recogimos la ropa y las cosas necesarias, dejamos arreglados todos los asuntos. Nos fuimos en el primer tren que salió para Berna", escribió Nadezhda Konstantínovna.

En Berna los viajeros se congregaron en la Casa del Pueblo. La salida se demoraba. Empezó la Pascua y muchas instituciones cerraron. Lenin estaba furioso: cada día de retraso le parecía interminable.

El 7 de marzo fueron todos a la estación. El vagón lo ocuparon treinta adultos y niños. Al fin, desde las ventanillas del tren miraron cómo iba quedándose atrás la pequeña y limpia Berna. El tren fue acelerando la marcha. Krúpskaya, de pie, meditativa, contemplaba los pueblecitos, los montes y los floridos jardines. Lenin y Platten recogían firmas para el documento oficial. Krúpskaya lo leyó atentamente: "Compromiso de los participantes en el viaje a través de Alemania.

Confirmando:

1) que se me ha puesto en conocimiento de las negociaciones de Platten con la Embajada de Alemania;

2) que me subordino a todas las disposiciones del jefe del tren, Platten;

3) que conozco la noticia del *Petit Parisien* sobre que el Gobierno Provisional ruso ha amenazado con declarar reos de alta traición a los que pasen a través de Alemania;

4) que asumo exclusivamente sobre sí la responsabilidad política derivada de este viaje;

5) que mi viaje ha sido garantizado por Platten sólo hasta Estocolmo.

Berna—Zurich.

9 de abril de 1917".

Al pie de este documento ya había sido estampado un nombre: *Lenin*. Nadezhda Konstantínovna pasó los ojos otra vez por la declaración, tomó la pluma que le tendía Vladímir Ilich y escribió con trazo firme: *Lénina*. Vladímir Ilich y Fritz Platten siguieron adelante por el vagón, recogiendo firmas.

Anocheció. En el compartimiento vecino se habían juntado casi todos los habitantes del vagón. Entre ellos se debatía con vehemencia sobre el carácter de la revolución. De cuando en cuando Krúpskaya oía la voz de Vladímir Ilich. Para él no era aquella una discusión en abstracto. Días después se iniciaría una lucha porfiada, durísima, y en el debate con los camaradas quería Lenin comprobar una y otra vez cada una de sus ideas y tesis, que ya al día siguiente podrían convertirse en lemas de la revolución y llevar tras ellos a millares y millares de trabajadores.

A la mañana del día siguiente se despertaron en Alemania. Todos se pegaron a las ventanillas. Les sorprendió no ver a hombres. En el campo y las estaciones trabajaban mujeres, adolescentes o ancianos. Era tiempo de guerra. Sin embargo, los alemanes quisieron mostrar a los emigrantes

rusos que tenían mucho de todo. Alimentaron a los viajeros con comida abundante, nutritiva y sabrosa. Hacía mucho que la mayoría de los emigrantes se había olvidado de aquellos manjares.

Todos estaban inquietos, sólo pensaban en la próxima llegada a la patria. ¡Sí, los Uliánov llevaban ya diez años fuera de Rusia! ¿Cómo sería la vida entonces en la Rusia bélica, efervescente, revolucionaria? En general, hablaban de pequeñeces, procurando no revelar su creciente impaciencia y alarma. El 13 de abril llegó el tren a la pequeña estación de Sassnitz. Desde allí un buque-balsa lo pasaba a Trolleborg, en Suecia. Entró el tren en el buque. Alemania había quedado atrás. Pudieron salir a cubierta. Hallábanse ya muy cerca de su país.

Trolleborg parecía deshabitado. El buque-balsa amarró a las seis de la tarde. En cuanto tendieron la escalerilla subió rápido a cubierta un sueco alto, rubio y de ojos azules. "Otto Grimlund", dijo Fritz Platten al presentarlo a los emigrantes políticos.

Nadie durmió la noche anterior a la llegada a Estocolmo. Aquella noche de camino hacia la capital de Suecia, Y. Ganetski la describió así: "En un compartimiento íbamos Vladímir Ilich, Nadezhda Konstantínovna, Zinóviev, Rádek y yo. Charlamos hasta altas horas de la noche. Vladímir Ilich no hacía más que preguntar sobre las últimas noticias de Rusia. Hablaba de la empeñada lucha que habría de sostener el proletariado, de las perspectivas de desarrollo de la revolución y de la forma que debería adoptar".

Los viajeros se durmieron poco antes de amanecer. Y, de pronto, al parar el tren a las ocho de la mañana en una estación, invadió el vagón toda una muchedumbre de periodistas que se habían enterado por sus colegas de Malmö de la salida de Lenin para Estocolmo. Vladímir Ilich se negó a hacer declaraciones hasta su llegada a la ciudad. En la estación recibieron a los bolcheviques destacados dirigentes de la socialdemocracia sueca: los diputados al Parlamento Lindhagen, Carlsson, Ström, Ture, Nerman y otros. Conviniendo con ellos, Lenin fijó claramente la actitud de los bolcheviques ante la Revolución de Febrero y trazó a grandes rasgos el programa de acción de su partido: todo el Poder a los Soviets, la paz a los pueblos y la tierra a los campesinos.

Después de almorzar, les quedó algún tiempo libre hasta

la hora de la salida del tren. Nadezhda Konstantínovna, Vladímir Ilich y los amigos suecos fueron a pasear por la ciudad.

Aquel día se sacó una fotografía que habría de hacerse histórica: Lenin y sus acompañantes en Estocolmo. Nadezhda Konstantínovna ha quedado rezagada del esposo, confundida entre la gente: ha procurado apartarse para no aparecer en la foto.

De nuevo, al tren. Fueron en él hasta la frontera de Suecia, su punto final. Allí montaron en unos *veikko*, coches de caballos finlandeses, típicos también del viejo San Petersburgo. Sintieron en un ambiente familiar. Les agradaron incluso los mediocres vagones de tercera clase abarrotados de soldados.

Este camino lo recordaría Krúpskaya toda su vida. En el tren, frente a Lenin y a ella se sentó un teniente. Entablaron conversación. El joven oficial era defensorista. Vladímir Ilich expuso su criterio. Los dos se acalararon en la discusión. Nadezhda Konstantínovna quiso contener a Lenin: ¿para qué perder energía con aquel oficial? Mas observó de pronto que en el pasillo había algunos soldados, atentos a la discusión. Sus rostros estaban tensos y concentrados. El teniente empezó a perder los nervios, se daba cuenta de que todas las simpatías se las granjeaba aquel emigrante y percibió también la hostilidad de los soldados. Se retiró, sin terminar la discusión. Krúpskaya miró a los soldados y prestó oído a lo que hablaban. Aquel era el pueblo ruso. Cómo habían cambiado, cuánto habían crecido los hombres. Con ellos irían en filas cerradas.

Bieloostrov. En el andén les acogía el entrañable rostro de María Ilínichna. Con ella estaban Liudmila Stal, trabajadoras y camaradas del partido. Saludos, abrazos. Liudmila trató de convencer a Nadezhda Konstantínovna: "Dígalas unas palabras, sólo unas palabras, la conocen a usted, la esperan". Mas Krúpskaya únicamente pudo saludarlas con inclinaciones de cabeza, callada; tenía los ojos inundados de lágrimas.

Llegaron a Petrogrado. En el andén había formada una guardia de honor: marinos del Báltico. Les esparaba una multitud de amigos. El capitán, bizarramente, hizo los honores y dio el parte a Lenin. Turbado, Vladímir Ilich se llevó la mano a la visera. Acudieron a recibirles incluso los

mencheviques Chjeídze y Skóbelev, como representantes del Soviet de Petrogrado. Chjeídze intentó pronunciar un discurso, pero Vladímir Ilich no quiso oírle. Ante la estación se elevaba el tempestuoso clamor de un mar humano. Banderas, pancartas. Lenin subió a un carro blindado. "¡Viva la revolución socialista mundial!"; su voz se expandió por la gran plaza. Aquel fue uno de los instantes más felices en la vida de los Uliánov.

Oyendo el discurso de Lenin, Krúpskaya no dejaba de mirar los rostros jubilosos de los hombres, imantados por cada palabra de Vladímir Ilich, y percibía con toda el alma la unión entre el pueblo y Lenin, su ligazón indisoluble.

Apenas llegar a Petrogrado, Krúpskaya empezó a trabajar en la secretaría del CC del partido, pero pronto comprendió que allí difícilmente podría reportar gran provecho. Estaba acostumbrada a otras funciones de secretaria muy distintas, a una gran actividad e iniciativa.

En seguida Krúpskaya se metió de lleno en la nueva vida. Observaba ávidamente todo lo que acaecía a su alrededor, conversaba con los dirigentes locales del partido que llegaban a Petrogrado desde distintos lugares del país. Tardaba horas enteras en recorrer la distancia entre el palacio de Kshesínskaya y la calle Shirókaya, pues le atraían los mítines y las conversaciones callejeros y se paraba a oírlos. La vida bullía. En una u otra parte se entablaban apasionadas discusiones. En torno a los polemistas se apiñaba instantáneamente una muchedumbre y surgían ardientes mítines, discurseaban los oradores.

"Enfrente de nuestra casa había un patio —recordaría Krúpskaya—. Abrías la ventana por la noche y oías porfiadas discusiones. Estaba sentado un soldado y junto a él siempre había alguien, cocineras, sirvientas de las casas vecinas, jóvenes. A la una de la madrugada llegaban a nuestros oídos palabras sueltas: bolcheviques, mencheviques... A las tres: Miliukov, los bolcheviques... A las cinco, todo era igual, política, mítines. En mis pensamientos las noches blancas petersburguesas están siempre enlazadas con mis recuerdos de aquellos mítines nocturnos".

A comienzos de abril se celebró en Petrogrado el Congreso de Maestros de Rusia. Casi todo el magisterio estaba bajo la influencia de los socialistas revolucionarios, y

los oradores, en su mayoría, se mostraron rabiosos defensores. Los socialdemócratas, que entre bolcheviques y mencheviques internacionalistas eran unos veinte, se reunieron en una pequeña habitación y examinaron cómo debía ser la escuela nueva.

En el congreso hablaron las figuras más destacadas de la instrucción pública. En un patético discurso, el pedagogo Charnoluski, demócrata constitucionalista, declaró sin ambages que "las reformas deben realizarse desde arriba para evitar que puedan llevarse a cabo desde abajo". Seguidamente a él ocupó la tribuna el curador de la circunscripción escolar de Petrogrado, Vóronov, en uniforme, tranquilo, presuntuoso, y exhortó a los maestros a no apresurarse, a esperar hasta que se instaurara un régimen estable, que debería asegurar la Asamblea Constituyente.

Al volver a casa, Krúpskaya se sentó inmediatamente a escribir. No podía pensar en ninguna otra cosa. Cuando llegó Lenin, ya había terminado su artículo *Acerca del Congreso de Maestros de Rusia*. Lenin lo leyó. Krúpskaya se expresaba con laconismo y, a la vez, con apasionamiento. Después de explicar que el congreso estaba fundamentalmente influido por la burguesía, ya que bajo el zarismo no llegaba hasta los maestros la voz de los socialdemócratas, Krúpskaya decía: "La burguesía sabe perfectamente qué poderoso instrumento de dominación es la escuela y quiere seguir teniéndolo en sus manos. Teme que comience desde abajo la reorganización de toda la única obra que puede hacer a la escuela verdaderamente libre y convertirla en potente arma de la emancipación de las masas populares... Llamamos al magisterio no a esperar pacientemente, sino a desplegar la iniciativa y realizar un trabajo revolucionario creador en la esfera de la instrucción pública en estrecha unión con las amplias masas populares". Krúpskaya concluía el artículo con estas palabras: "Sólo este constructivo trabajo revolucionario asegurará la escuela libre, que tan necesaria es al pueblo. ¡A trabajar, camaradas!"

El artículo agradó a Lenin, y él mismo lo transmitió a la redacción de *Pravda*. Por encargo de Vladímir Ilich, Krúpskaya formuló las debidas enmiendas a las cuestiones de instrucción pública planteadas en el programa del partido. Los bolcheviques se preparaban para la VII Conferencia del partido.

El proyecto de enmiendas a los puntos del programa concernientes a la instrucción pública lo hizo Nadezhda Konstantínovna tomando en consideración las nuevas condiciones históricas que se crearon después de la Revolución de Febrero y la lucha del Partido Bolchevique por transformar la revolución democrático-burguesa en revolución socialista. En el prólogo al folleto *Materiales sobre la revisión del programa del partido*, Lenin escribió: "...Un proyecto de modificaciones de los puntos del programa del partido referentes a la instrucción pública, acompañado de breves notas explicativas. Este proyecto fue redactado después de la Conferencia por N. K. Krupskaya" *.

Entre tanto, la lucha arreciaba, y esto se percibía en todo. En respuesta a la declaración de Miliukov sobre que la guerra se continuaría hasta la victoria final, los obreros salieron a la calle exigiendo la paz. Sus consignas eran "¡Abajo la guerra!", "¡Abajo Miliukov!" "¡Todo el Poder a los Soviets!"

He aquí cómo describió Krúpskaya el aspecto de la avenida Nevski el 21 de abril de 1917: "Desde el arrabal de Névskaia Zastava avanzaba una gran manifestación obrera. Era saludada por los obreros que llenaban las aceras. "¡Vamos! —gritó una joven obrera a otra que estaba en la acera—. ¡Vamos, andaremos toda la noche!" En dirección contraria a la manifestación obrera iba otra muchedumbre de hombres con bombín y sombrero de fieltro. Desde las aceras les saludaban otros bombines y sombreros de fieltro.

Por la parte del arrabal de Névskaia Zastava predominaban los obreros; por la de la calle Morskaya, cerca del puente Politseiski, tenían más fuerza los bombines. Entre esta muchedumbre corría de boca en boca que Lenin, con ayuda del oro alemán, había sobornado a los obreros, y que todos estaban con él. "¡Hay que matar a Lenin!", gritó una señorita vestida a la moda. "¡Hay que matar a todos estos canallas!", se enardeció uno de los bombines. ¡Clase contra clase! La clase obrera estaba de parte de Lenin".

Aumentaba sin cesar la persecución contra Lenin. Nadezhda Konstantínovna vivía en constante sobresalto. Masas

* V. I. Lenin. *Materiales sobre la revisión del programa del partido*. O.C., t. 32, pág. 137.

ignorantes y semianalfabetas se dejaban seducir por la agitación burguesa. En aquellos días Krúpskaya escribió su primer artículo sobre Lenin. Se titulaba *Una página de la historia del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia* y estaba destinado para las amplias masas proletarias. En forma sencilla y clara, Nadezhda Konstantínovna mostraba el camino revolucionario recorrido por Lenin y su larga vinculación con la lucha de la clase obrera. "El proletariado petersburgués —decía— dispensó una solemne acogida a Lenin porque conocía su actividad pasada y sabía que había vuelto para luchar. Con rabiosa maldad se han lanzado contra Lenin toda la burguesía, todas las fuerzas tenebrosas. Contra Lenin han vertido todo su odio a las masas populares que se alzan hacia el poder. Para ellas Lenin es la encarnación del paso del poder a los obreros, que amenaza a todo el régimen existente, a todos los privilegios de los potentados, imperantes hasta hacía poco". Este artículo apareció el 13 de mayo en el periódico *Soldátskaya Pravda* ("La Verdad del Soldado").

Krúpskaya y Lenin se veían cada vez menos. Cuando él llegaba por las tardes a casa, era tal su aspecto de cansancio y preocupación que Nadezhda Konstantínovna no se atrevía a preguntarle nada. Sin embargo, entre ellos seguía siendo una necesidad conversar, comunicarse sus pensamientos y analizarlo todo juntos. A veces Ilich convencía a Nadezhda Konstantínovna de salir a pasear. Deambulaban por las calles de Petrogrado, escogiendo los arrabales obreros, apartados y no ruidosos. Había días en que a ellos se unían algunos amigos. Muchos años después Krúpskaya escribiría: "Entre tanto, mi labor en la secretaría seguía sin arreglarse. Por supuesto, para Ilich era mucho más difícil trabajar sin secretario particular, pero, en las condiciones de Rusia, para ser la secretaria particular de antes se debía estar en la redacción del periódico y asistir a las reuniones del CC, lo cual resultaba incómodo. Ilich y yo tratamos de esto y decidimos que dejaría el trabajo de secretaria y me dedicaría a la labor de educación. Cuando ahora pienso en esto, me lamento de lo que hice. Si me hubiese quedado junto a Ilich quizá le habría librado de preocupaciones en muchas cosas menudas". Ya entonces Krúpskaya también pensó en ello, pero Vladímir Ilich consideraba que Nadezhda Konstantínovna debía dedicarse a un gran trabajo independiente.

En junio se celebraron en Petrogrado las elecciones a las

Dumas municipales de distrito. Krúpskaya fue a ver cómo se realizaba la campaña electoral en la barriada obrera de Vasílievski Ostrov. Vestida modestamente, peinada con sencillez, tranquila y mesurada, no llamaba la atención a nadie e iba de grupo en grupo de obreros para escuchar lo que hablaban. Oyéndoles, se persuadía con orgullo de cómo se había elevado poderosamente la conciencia de clase de los obreros y las obreras. En este distrito, la mayoría de ellos apoyaban la política de los bolcheviques.

Krúpskaya fue presentada como candidato a concejal de la Duma del distrito de Vyborgski, en el que la campaña electoral se desarrollaba en porfiada lucha. Allí, contra los bolcheviques se habían agrupado todos: demócratas constitucionales, socialistas revolucionarios y mencheviques. Pretendían separar del partido de Lenin a los obreros y mantener a toda costa la mayoría de esos partidos en la Duma.

El partido de Lenin aceptó el combate. El 3 de junio de 1917, primer día de las elecciones, en *Pravda* apareció el llamamiento *A los obreros del distrito de Vyborgski*, en el que se exhortaba a los proletarios a ser no simplemente electores, sino también propagandistas y organizadores de las masas. El comité distrital del partido celebró mítines electorales en fábricas, calles y plazas, en los que, denunciando la política de los partidos pequeñoburgueses, hablaron destacados dirigentes bolcheviques. Los jóvenes difundieron *Pravda*, *Rabótnitsa* y octavillas de propaganda electoral.

La victoria de los bolcheviques fue completa. De los 64 concejales de la Duma del distrito, 37 eran bolcheviques.

La primera sesión de la Duma del distrito de Vyborgski tuvo lugar el 16 de junio. Para formar parte de los organismos de trabajo (presidencia, secretaría, consejo municipal del distrito y sus comisiones) fueron elegidos únicamente bolcheviques. A Krúpskaya se la eligió miembro del consejo y presidente de la comisión de Educación y Cultura. "El trabajo en el distrito de Vyborgski fue de extraordinario provecho para mí, fue una buena escuela de actividad de partido y en los Soviets", diría más tarde Nadezhda Konstantínovna. En realidad, su labor en la Duma tuvo que empezarla sobre vacío, ya que bajo el zarismo no hubo en aquel distrito casi ninguna institución cultural y educativa, y las pocas existentes eran manejadas por los socialistas

revolucionarios, quienes en su actividad se limitaban a pronunciar floridos discursos.

A iniciativa de Krúpskaya, en la Duma se organizó el Consejo de Instrucción Pública, del que formaban parte representantes de todas las fábricas del distrito. Nadezhda Kanstantínovna escribió entonces: "Los bolcheviques entendemos por administración autónoma local la más amplia participación de las masas en la construcción de todo el modo de vida urbano. Su participación en esta construcción radica no sólo en que la población elige por sufragio a sus representantes, los cuales deben velar por sus necesidades, sino también en que vigila constantemente con la mayor atención la actividad de estos representantes en los que ha puesto su confianza, les ayuda en su labor y colabora con ellos en el sentido más amplio".

A fin de desarrollar extensa y planificadamente la red de instituciones culturales y educativas y de abarcar con ellas a toda la población, el consejo municipal del distrito organizó comisiones en fábricas, instituciones y unidades militares. Por lo general, al frente de estas comisiones estaban bolcheviques. En la fábrica de laminación de cobre Rosenkranz dirigía la comisión S. Lóbov; en la fábrica *Stari Parviainnen*, K. Krivonósov; en la fábrica de cartuchos, G. Pyláev. I. Gordienko, diputado al Soviet por la fábrica de maquinaria Nobel, pidió a Krúpskaya que le confiara el trabajo con los niños en edad preescolar.

Muy pronto Krúpskaya alcanzó gran popularidad entre los habitantes del distrito de Vyborgski. La gente acudía gustosa a aconsejarse de ella sobre los más diversos asuntos. Organizaba una tras otra comisiones formadas por los propios obreros y obreras. Su distrito luchaba activamente contra el analfabetismo. Hasta septiembre de 1917 se habían inaugurado 30 escuelas para adultos, a las que asistían de 150 a 200 obreros de cada fábrica. Krúpskaya explicaba que las fabricantes no facilitarían voluntariamente locales para las escuelas y que se les debía obligar a entregarlos. Y esto es lo que hacían los obreros. Al discutirse en las comisiones el programa de enseñanza, los obreros no sólo planteaban la cuestión de aprender a leer y escribir, sino la de impartir conocimientos más amplios a los trabajadores.

Krúpskaya formó un consejo especial integrado por 35 maestros, incluyendo en él a los camaradas más experimenta-

dos y políticamente instruidos. La política estaba presente en toda la labor de enseñanza y educación. Los obreros ya no querían oír a quienes intentaban hacer propaganda burguesa.

Nadezhda Konstantínovna incorporó a la obra de instrucción de las masas a personas de vasta cultura y verdaderos bolcheviques. Recibió gran ayuda de E. Shalashina, S. Shulgá y D. Léschenko, pedagogo de rica experiencia. Ya a fines de julio, aplicando el programa municipal de los bolcheviques, como dijo Krúpskaya en un informe, en el distrito de Vyborgski había dos escuelas con dos turnos de alfabetización, siete grados para obreros adultos (257 alumnos) y dos para adolescentes (100 alumnos). Estaba previsto ultimar la formación de la red de escuelas de instrucción general con la apertura de una Universidad Popular para los obreros del distrito de Vyborgski.

Este solemne día llegó en agosto de 1917. En una barraca de madera, arreglada y puesta en orden por obreros y obreras, en la casa № 53 del malecón de Vyborgski, inauguró Nadezhda Konstantínovna la Universidad Popular. En aquel acto no disimuló su alegría y emoción. Véanse realizadas sus viejas ilusiones. Vino a su memoria lo que, bromeando, le dijera una vez Vladimir Ilich: que antes de llevar a cabo su idea de la transformación de la instrucción pública era preciso tomar el poder. Desde entonces habían transcurrido nada más que diez años, y el obrero ruso, ávido de conocimientos, los empezaba a recibir en un volumen inaudito incluso para el "ilustrado" Occidente.

Deseosa de propagar con la mayor amplitud la alfabetización entre los adolescentes que trabajaban, Krúpskaya propuso organizar la enseñanza simultaneándola con el trabajo. La comisión de la Duma del distrito aprobó unánime una resolución, en la que se decía: "La enseñanza en las escuelas debe efectuarse a expensas de la jornada laboral, y toda la organización de la obra escolar será controlada por los obreros". La resolución se redactó por Krúpskaya.

La organización de escuelas no abarcaba toda la actividad de Nadezhda Konstantínovna. Ella y sus ayudantes formaron una comisión especial que se ocupó de las bibliotecas: catalogaron el fondo de libros y facilitaron el acceso de los trabajadores a las bibliotecas. Verdad es que en el distrito

sólo había tres, que además las utilizaban únicamente empleados y estudiantes, pues la mayoría de los obreros ignoraba su existencia. Krúpskaya supo disponer de tiempo para visitar las bibliotecas, conocer a su personal, enterarse del número de lectores y examinar atentamente los catálogos. Casi carecían de libros populares y científicos. Incluso las secciones de bellas letras eran pobres y poco interesantes para los obreros. En un informe presentado a la Duma distrital, Krúpskaya propuso ampliar con literatura científica los fondos de las bibliotecas, interesar por la labor de éstas a los comités sindicales de las fábricas y a los comités de casas y organizar "bibliotecas volantes" y bibliotecas especiales para niños. Era inmenso el afán de lectura de la población. "En el distrito, nuestros folletos... los quitan de las manos —escribió Nadezhda Konstantínovna—. Los obreros del distrito de Vyborgski gastan en la compra de libros seguramente mucho más que, por ejemplo, los suizos, aunque, sin embargo, la utilización de las bibliotecas no se ha hecho costumbre todavía".

Además, Krúpskaya participaba muy activamente en la organización de clubes obreros, que en bastantes casos se convertían en el centro de toda la labor cultural y educativa. Causa verdadero asombro, al calificar la labor educativa de la Duma distrital, ver cuánto lograron hacer los bolcheviques solamente en unos meses. De junio a octubre, en el distrito de Vyborgski funcionaron 40 escuelas y diversos cursillos para adultos, 10 escuelas para adolescentes, 40 bibliotecas y salas de lectura, 10 clubes para adultos y 6 para adolescentes y jóvenes.

Y todo esto sólo constituía uno de los aspectos de la actividad de Krúpskaya en el período de su trabajo en la Duma distrital.

Allí iban trabajadoras y mujeres de soldados. El trato con ellas fortalecía a Nadezhda Konstantínovna, arraigaba su seguridad en la victoria. ¡Cómo se habían templado las mujeres en los años transcurridos desde la primera revolución! Aquella misma, por ejemplo, de la que más tarde hablaría Krúpskaya. Era una mujer joven, bien vestida, que, sentada ante ella, reflexionaba en voz alta: "Años lleva ya mi marido en el frente. Antes vivíamos en armonía. Ahora yo soy bolchevique. Me paso las noches sin pegar el ojo, no hago más que pensar: ¿y si no ha comprendido aún con

quiénes hay que ir?” Manchas rojas ardían en sus mejillas. Estaba enferma. Mas no era su dolencia lo que le preocupaba, sino que su marido y ella pudiesen discrepar de opiniones. Krúpskaya la tranquilizó: “¿Qué dice? Las trincheras son el mejor agitador, no olvide que nadie más que los bolcheviques proponen la paz. En el frente hay muchos bolcheviques”. “¿Cree usted?”, suspiró aliviada la obrera, y empezó a contar a Krúpskaya cómo habían organizado una casa-cuna en la fábrica.

Dirigida por Krúpskaya, la comisión de ayuda a las mujeres de soldados quedó convertida en el centro del trabajo de propaganda entre las mujeres. Se organizaron asambleas de mujeres de soldados en las fábricas y mítines de mujeres en el distrito; los miembros de la comisión visitaban las viviendas de familias de soldados. Los partidos burgueses y pequeñoburgueses trataban de atraer a las mujeres. El Gobierno Provisional convocó la llamada “Conferencia Democrática”, en la que, en nombre de las mujeres, habló una tal Novítskaya, declarando que las mujeres eran partidarias de continuar la guerra hasta la victoria final.

Krúpskaya organizó una asamblea general de mujeres de soldados de todo el distrito de Vyborgski, en la que se aprobó una resolución redactada por ella. “Después de conocer el discurso de Novítskaya —se decía en la resolución—, que ha hablado en nombre de todas las mujeres de soldados en la Conferencia Democrática, declaramos que siempre hemos estado junto a nuestros esposos, hermanos y padres, junto a la clase obrera, los soldados y los campesinos, en su lucha contra el capital y contra toda conciliación con la burguesía. Hemos luchado y seguimos luchando por el paso del poder a manos de los Soviets, por la confiscación de las fincas a los grandes terratenientes, por el control sobre la producción, por la paz inmediata...”

Krúpskaya formó un amplio grupo de mujeres activistas para hacer propaganda en las unidades militares acantonadas en su distrito. Simulando que eran vendedoras de pepitas de girasol y *kvas**, las mujeres entraban en los cuarteles y hacían propaganda bolchevique. Sobre este

* *Kvas*: bebida rusa fermentada, hecha a base de regaliz, agua y diversas clases de pan.

aspecto de su actividad, Krúpskaya escribió: “Reunía a las delegadas de las mujeres de soldados, examinaba con ellas el estado de cosas en las casas infantiles, organizábamos el control sobre las mismas, les daba instrucciones y realizaban una gran labor de esclarecimiento”.

De extraordinaria importancia fue también el trabajo de Krúpskaya entre la juventud en los inolvidables días de la preparación de la Revolución de Octubre. Apenas llegar del extranjero, Nadezhda Konstantínovna entró en contacto con las organizaciones de la juventud, en embrión por entonces. Ya en mayo de 1917 apareció su primer artículo dedicado a la juventud: *La lucha por la juventud obrera*. En él escribió que de los primeros pasos dependería “...por qué camino habrá de marchar todo el movimiento: si la organización de la juventud en Rusia será una organización proletaria, irá unida con la organización obrera de su país y con la Internacional Juvenil y editará su órgano propio, proletario, en el que sean abordadas con lenguaje sencillo y comprensible todas las cuestiones de la vida económica y política, o la organización de la juventud obrera se aparte por algún tiempo del movimiento obrero y edite un órgano de carácter cultural-educativo, en el que tenga acusado reflejo la influencia burguesa y se trate de diversas cuestiones abstractas”.

“La juventud es nuestro futuro”, le gustaba decir a Nadezhda Konstantínovna, y se entregaba a la porfiada lucha por captar la voluntad de millares y millares de muchachos y muchachas que se incorporaban resueltamente a la vida política.

Los bolcheviques procuraban conducir a la juventud por el camino justo. Con motivo de los preparativos para la manifestación del 1º de Mayo se celebró una asamblea, a iniciativa de los jóvenes proletarios del distrito de Vyborgski, en la que se constituyó una comisión de 16 personas, encargada de hacer propaganda en otros distritos. Fue decidido que los jóvenes irían a la manifestación formando columna propia. Krúpskaya habló en la asamblea de activistas de la juventud de todos los distritos de la ciudad. Les saludó en nombre del Partido Bolchevique, explicó la situación política del país y definió exactamente las tareas de la organización juvenil. En todos los distritos de Petrogrado se celebraron en los primeros días de mayo de 1917

asambleas juveniles en las que se discutió la fundación de Uniones de la Juventud.

Una de las primeras asambleas tuvo lugar en Kolómenski, antiguo distrito industrial. En el comité distrital del partido se les dijo a los jóvenes que en su reunión pronunciaría un informe la esposa de Lenin. Al local del comité del partido no sólo acudieron muchachos y muchachas; les acompañaban sus padres, hermanos y hermanas mayores, que les habían ayudado a organizarse, atrayéndoles a la lucha de los bolcheviques contra el Gobierno Provisional. Mucho antes de la hora señalada, en el edificio del comité entró una mujer de mediana edad, modestamente vestida... “¿Está aquí la Unión Socialista de la Juventud del distrito de Kolómenski?”, preguntó. Al recibir una respuesta afirmativa, se presentó: “Soy Krúpskaya, he venido a vuestra asamblea”. Aquellos jóvenes no se podían imaginar que la esposa de Lenin tuviera otro apellido y por eso pidieron a la visitante que esperara. Y se olvidaron de ella, preocupados por la tardanza de la informante. Nadezhda Konstantínovna se sentó y sacó un libro de su bolso. Mas en vez de leer, estuvo observando atentamente a muchachos y muchachas, con el oído pegado a sus conversaciones. Ya se habían congregado todos. El camarada de guardia telefoneó al comité de Petrogrado, y le comunicaron que hacía mucho que la esposa de Lenin salió para la asamblea. Al oírlo, entró presuroso en la sala: “Muchachos, hay que ir por el distrito, no vaya a ser que le haya ocurrido algo a la informante”. Nadezhda Konstantínovna se levantó de su asiento. “Ya llevo aquí un buen rato”, dijo. “Hablamos de la esposa de Lenin, debe informar en nuestra asamblea”, se le explicó. “Yo soy la esposa de Lenin”. Los jóvenes se turbaron. Krúpskaya, riéndose, les animó: “Todo esto son pequeñeces. Empecemos”.

Su intervención no fue un informe propiamente dicho, sino una animada charla sobre las tareas de la Unión de la Juventud, la preparación de la revolución socialista y la participación de la joven generación en ella. Nadezhda Konstantínovna preguntó a los jóvenes cuál era la situación en las fábricas donde trabajaban. Escuchó con interés lo que contaban de su vida y les preguntó cómo veían su futuro. Muchas veces pasó por su mente un pensamiento: “¡Esto le interesará mucho a Ilich!” Como siempre, Krúpskaya seguía

relatando a Vladímir Ilich todas las cosas notables vividas por ella.

Muchachos y muchachas la retuvieron largamente entre ellos, pidiéndole, al fin, que les visitara aunque sólo fuera dos veces al mes y dirigiese allí un círculo de estudios, en el que les enseñara el bolchevismo. Krúpskaya lo pensó bien, pues todo su tiempo estaba ocupado, pero se sintió sin fuerzas para negarse. Y, sacudiendo significativamente una mano, aceptó: “Bueno, pues, procuraré ganar tiempo para dedicároslo dos veces al mes”. En tropel la acompañaron hasta el tranvía y durante unos minutos aletearon sus manos en pos del vagón que se alejaba.

Desde entonces, dos veces al mes, en domingo, marchaba a las once de la mañana al distrito de Kolómenski. Iba en tranvía hasta la plaza Sennaya, y allí tomaba el vagón de caballos que recorría la avenida de Ekateringof. En el lugar de trasbordo ya la esperaban los jóvenes. Ella se sentaba en el vagón y ellos ocupaban la “imperial”. Por supuesto, todos hacían ver que no se conocían. Los jóvenes protegían a su conferenciante. Krúpskaya descendía en el jardinillo de la plaza Kalínkina y, al pie del antiguo obelisco, mojón de la época isabelina, se encontraba con otro grupo de alumnos. Acompañada por todos ellos, entraba en el viejo castillo donde tenía su sede la Unión de la Juventud del distrito de Kolómenski.

Nadezhda Konstantínovna dirigía el círculo con verdadero agrado. Muchachos y muchachas, muy jóvenes aún, crecían a vuelta de ojo, convertíanse en auténticos leninistas.

Más tarde el comité de los bolcheviques de Petrogrado puso a Krúpskaya al frente de un grupo especial encargado de trabajar entre los jóvenes. Por su cargo en la Duma del distrito de Vyborgski, Krúpskaya pudo reunir interesantes datos sobre la vida y la labor de la Unión de la Juventud distrital: “El 15 de julio tenía 5.800 afiliados; ahora (en agosto.— *N. de las Aut.*) ya llegan a 6.000. En total, hasta el 15 de julio ingresaron en la organización 1.572 rublos 87 kopeks, abonados por sus miembros”. Para los jóvenes militantes de la Unión se dictaron conferencias de biología, fueron organizadas excursiones al campo, se abrieron una biblioteca y dos escuelas primarias, etcétera.

Nadezhda Konstantínovna escribió el proyecto de *Estatu-*

tos de la Unión de la Juventud Obrera de Rusia, publicado en *Pravda* el 20 de junio de 1917.

— Cuando redactaba el proyecto, Krúpskaya se aconsejó más de una vez de Vladímir Ilich. En el proyecto formulaba ante todo las tareas y los principios políticos generales de la organización de la juventud. Trazaba en él los objetivos concretos e inmediatos de la lucha de los jóvenes: jornada laboral de seis horas, supresión de los trabajos nocturnos para los adolescentes, aumento de salarios, representación en los sindicatos, aprendizaje general, etcétera. Krúpskaya hacía hincapié en la necesidad de inculcar en la conciencia de los jóvenes un espíritu proletario y el sentido de la organización. “La concienzación y el hábito de la organización —escribió— son indispensables a los jóvenes obreros para que puedan cumplir dignamente las grandes tareas que harán caer sobre ellos los efervescentes acontecimientos mundiales”.

En sus asambleas los jóvenes discutían los artículos de Krúpskaya, los leían, los esperaban, debatían sobre ellos. El 2 de julio de 1927, Nadezhda Konstantínovna pronunció el informe *Acerca de la Unión de la Juventud* en la II Conferencia del POSDR(b) de la ciudad de Petrogrado. Clarificó los métodos de trabajo entre la juventud y expuso cómo el comité de Petrogrado luchaba por influir en la Unión contra los conciliadores. Subrayó la importancia de la educación revolucionaria de la juventud.

No es casual, pues, que el tema de las Uniones de la Juventud se discutiera en el VI Congreso del Partido Bolchevique. Después del congreso, Nadezhda Konstantínovna reunió a los activistas de la juventud e instó a los jóvenes a incorporarse a la Guardia Roja para hacer frente a la contrarrevolución. “Septiembre y octubre —escribió en el artículo *La Unión de la Juventud Obrera de Petrogrado en el verano de 1917*— han transcurrido bajo el signo del creciente influjo de los bolcheviques, se ha robustecido la organización, ha cambiado también la fisonomía de la Unión de la Juventud Socialista Obrera”.

Con amor y admiración observaba Nadezhda Konstantínovna el despertar de todos los estratos del proletariado y con qué ardor se incorporaba a la lucha consciente contra la explotación.

Algo después, en noviembre de 1917, Krúpskaya escribió a Gorbunov-Posádov: “Muy estimado Iván Ivánovich: Desde

mi llegada a Rusia me dispuse muchas veces a escribirle, pero no he logrado hacerlo hasta hoy. Me absorbieron la vida y el trabajo. Todo el tiempo he vivido en uno de los distritos obreros urbanos, el de Vyborgski, y me familiaricé con él de corazón. Sabe, Tolstói contaba en sus artículos pedagógicos cómo una niña de familia humilde escuchaba en la escuela los relatos de historia sagrada: nunca decía palabra y sólo movía levemente los labios, pero, de pronto, una vez contó magníficamente lo que había oído. Tolstói escribía que esto le dejó sobrecogido, como si estuviera viendo exactamente el misterio del despertamiento del alma. Tolstói no lo decía con estas palabras, pero el sentido era el mismo. Pues bien, ahora, cuando se vive entre las masas, con frecuencia se experimenta la sensación de que se asiste al misterio de la espiritualización, de la humanización de la vida de las masas. Y lamento enormemente que no haya aun verdadero artista que pueda reflejar este proceso en una obra creativa... Observando de cerca la vida obrera, siempre me asombra ahora el inmenso espíritu creador que muestran los obreros, cuán grandiosos son su talento de organización, su energía y su idealismo. Está en marcha una infatigable transformación de los propios pilares de la vida: la vida se espiritualiza, se depura, cobra sentido. Se temple una moral propia, superior, proletaria. Cuando se oyen esos eternos reproches de analfabetismo, ignorancia y otras cosas dirigidos a las masas, y hechos, por cierto, con altivez, apena la ceguedad de los reprochadores. El analfabetismo es, en efecto, descomunal, doloroso, ata de pies y manos, pero ese analfabetismo no impide formar claro juicio de la realidad y calar escrupulosamente, con avidez escrutadora, en cada hecho de la vida. A veces se siente mucha pena. Un obrero es excelente organizador, orador, militante consciente, pero cada vez que ha de escribir la más simple nota debe correr en busca de un intelectual. El ansia de conocimientos también es inmensa”.

Los años y la experiencia de la vida no hicieron de Nadezhda Konstantínovna una persona fría e indiferente. No sabía calcular y preservar sus fuerzas, se entregaba enteramente a la obra amada, ponía en ella todos sus pensamientos, su corazón, su talento, sus conocimientos. Y buscaba compañeros de lucha, exhortándoles no a una proeza instantánea, sino a una hazaña laboral de largos años. Para ella, el propio trabajo era alegría, felicidad. He ahí por

qué la gente se sentía atraída hacia ella y por qué las amistades anudadas un día se mantenían fuertemente entrelazadas a través de los años. Su romanticismo no estaba desligado de la vida, no; era el romanticismo de la lucha, de la superación de los obstáculos. Todos sus pensamientos estaban prendidos en el futuro y hacía cuanto estaba de su mano para cambiar el presente, para aliviar ya la situación de los trabajadores.

Empero, la guerra acarreaba más y más calamidades. El hambre se abalanzaba sobre Petrogrado. Krúpskaya se esforzó mucho por organizar comedores gratuitos para los niños en el distrito de Vyborgski. En septiembre se aseguraba alimentación gratuita a 500 niños. Nadezhda Konstantínovna era infatigable. Difícilmente se la podía encontrar en la Duma distrital. Visitaba escuelas, asistía a las clases, organizaba a los jóvenes, comprobaba qué alimentación se servía en los comedores. Por la mañana, durante el día y al atardecer podía vérselo en diversos puntos confinantes del distrito. Uno de los concejales de la Duma distrital, A. Ivanov, recordaría: "En una ocasión, muy avanzado ya el otoño, me la encontré en el orfanato para expósitos del malecón de Chiórnaya Rechka. Llovía, todo estaba enfangado y no cabía pensar en ningún medio de transporte. Le pregunté qué hacía allí tan tarde y cómo haría para llegar a casa, pues las calles, fangosas, no estaban alumbradas y debería ir a pie.

— Es que hemos discutido cómo organizar aquí una escuela, preparar el edificio para el invierno y ordenar la enseñanza para niños y adolescentes —me contestó—. Llegaré a casa, no se preocupe, ya estoy acostumbrada".

En la labor con las masas, la Duma del distrito de Vyborgski aventajaba a muchas otras Dumas distritales.

En otro tiempo cada intervención oral había sido un martirio para Nadezhda Konstantínovna. Ahora hablaba casi cada día entre obreros y obreras y en diversas comisiones e instituciones. Siempre intervenía muy tranquila, sin elevar la voz; cada planteamiento de sus informes era bien argumentado por ella y lo respaldaba con cifras y hechos. En su palabra se percibía profundo convencimiento en la justedad del camino emprendido por el partido.

En agosto de 1917, en la Duma urbana de Petrogrado se celebró una Conferencia sobre instrucción pública, a la que,

además de los delegados de todas las Dumas de distrito, asistieron representantes del Gobierno Provisional: la viceministro de Instrucción Pública, condesa Pánina; el Presidente de la comisión de instrucción pública de la Duma urbana, A. Gurévich, y otros.

Cuando el presidente leyó la lista de asistentes y pasó al temario de la conferencia, Krúpskaya pidió la palabra para proponer que se oyera en primer término el informe del Ministerio de Instrucción Pública. La condesa Pánina empezó su informe. Con rebuscamiento y altilocuencia declaró que el Gobierno Provisional se proponía realizar la reforma escolar y ocuparse de la instrucción entre los adultos.

Después del informe de Pánina, Krúpskaya, con resolución, volvió a pedir la palabra para formular una pregunta. "Dígame, condesa (premeditadamente llamó a Pánina por su título y no por su nombre), ¿qué se ha realizado ya de esos planes?" La condesa quedó confusa unos instantes, y luego, alzando altivamente las cejas, contestó: "No se olvide que ha transcurrido demasiado poco tiempo, hay guerra y nuestros planes exigen dinero". "En una palabra —resumió Krúpskaya—, no se ha hecho nada". Pánina guardó silencio. Con la misma tranquilidad, pero haciendo preguntas concretas y directas, Nadezhda Konstantínovna hizo ver que tampoco la comisión de la Duma urbana había dado un solo paso para mejorar el estado de la instrucción pública.

A continuación intervinieron los delegados de las Dumas distritales. ¡Cuántas iniciativas, qué abnegado trabajo y multitud de ideas, cuánta comprensión de los intereses y las necesidades de la población proletaria de la ciudad! De la labor en el distrito de Vyborgski habló Krúpskaya, terminando su intervención con estas palabras: "He aquí lo que han hecho el Ministerio y la Duma urbana y lo que han realizado las organizaciones sociales y los bolcheviques".

Estas batallas políticas fueron forjando a Nadezhda Konstantínovna como una magnífica oradora y propagandista bolchevique, que sabía hablar ante cualquier auditorio.

Cada éxito en la obra de la instrucción de las masas trabajadoras, por muy pequeño que fuera, hubo que lograrlo en porfiado combate.

Los acontecimientos se desarrollaban con una rapidez vertiginosa. Así como la manifestación del 10 de junio transcurrió pacíficamente, bajo las consignas de los bolchevi-

ques, la siguiente, que tuvo lugar el 18 de julio con asistencia de 400.000 personas, mostró con toda claridad al Gobierno Provisional a quiénes apoyaban las masas. Entonces el Gobierno decidió jugarse el todo por el todo y lanzó una ofensiva en el frente, pero el día 28 del mismo mes el ejército ruso empezó a conocer la derrota.

Las masas marchaban decididas hacia la insurrección. El 3 de julio quiso iniciarla el regimiento de ametralladoras estacionado en el distrito de Vyborgski. Dos días antes, Krúpskaya había convenido celebrar una reunión conjunta de dos comisiones culturales-educativas: la de la Duma del distrito y la del regimiento de ametralladoras. Para asistir a la reunión no se presentó nadie del regimiento. Entonces Krúpskaya resolvió ir al CC del partido a fin de informarse sobre la situación. En la avenida Sampsónievski alcanzó al regimiento. Los soldados iban alineados, con los rostros abstraídos y sin cantar. Los obreros llenaban las aceras. Ante el palacio de Kshesínskaya fueron congregándose un regimiento tras otro y columnas de obreros. El CC acordó convertir la acción de masas en una manifestación pacífica. Se enviaron agitadores a las fábricas y al regimiento.

En las fábricas se fue a la huelga. De Cronstadt llegaron los marinos. Los bolcheviques tuvieron que salir a la calle junto con las masas. El 4 de julio se ametralló a la manifestación, y la sangre regó las calles de Petrogrado. El Gobierno había pasado a la ofensiva.

Los bolcheviques tuvieron que volver a la clandestinidad. A Lenin le buscaban los sabuesos del Gobierno Provisional. Aquella noche la pasó en casa de los Sulímov. Luego se acordó ocultarle en el domicilio de Kaiúrov, concejal obrero de la Duma del distrito de Vyborgski. El 6 de julio, Nadezhda Konstantínovna y Kaiúrov fueron directamente desde la Duma a casa de Sulímov para trasladar a Lenin. Krúpskaya dejó a Kaiúrov en el bulevar, unas manzanas antes de la casa. Vladímir Ilich ya la esperaba. Salieron cogidos del brazo y hablando a media voz. En el bulevar se unió a ellos Kaiúrov. "Ibamos los tres lentamente —recordaría Kaiúrov tiempo después—. Distraído en la conversación, alguna vez aligeraba el paso sin darme cuenta, por la fuerza de la costumbre, a pesar de haberme advertido Vladímir Ilich que Nadezhda Konstantínovna no podía andar de prisa. Así fuimos, sin fijarnos en los transeúntes, entre los que,

seguramente, habría bastantes que hubieran hecho pedazos a Lenin, tan odiado por ellos".

Inquieto por su esposa, Vladímir Ilich le propuso con reiteración que volviera a la Duma, pero ella se limitaba a mover denegadamente la cabeza. Al fin, después de cruzar el puente Grenadiorski, entraron en el barrio obrero de Vyborgski. Krúpskaya respiró con alivio, pues allí era mucho menor el peligro.

Aquel mismo día los cadetes destrozaron la redacción de *Pravda*.

El 7 de julio, el Gobierno Provisional dio orden de detención contra Lenin, Zinóviev y Kámenev. Lamentablemente, la casa de Kaiúrov no quedaba fuera de peligro. Lenin se trasladó a la vivienda de Allilúev.

Allí fue también Nadezhda Krúpskaya, en compañía de María Ilínichna. Encontraron a Lenin discutiendo fogosamente con los camaradas. Vladímir Ilich buscaba una salida a la situación y argumentaba la conveniencia de comparecer ante el tribunal, porque de este modo sería desbaratada inmediatamente la calumnia.

Por la tarde, a la puerta del piso de la calle Shirókaya llamaron con golpes apremiantes. Iban a efectuar un registro. Un coronel preguntó: "¿Cuál es la habitación de Lenin?" A Nadezhda Konstantínovna se le heló el corazón. "¿Sería posible que ya le hubieran detenido?" El coronel estuvo mirando los libros, recogió de la mesa apuntes y algunos documentos de Krúpskaya y, con fingido tono de indiferencia, preguntó: "¿Sabe usted dónde está ahora Lenin?" La pregunta dilató el ánimo a Nadezhda Konstantínovna, y, con el mismo tono indiferente, repuso: "No, no lo sé". Después no podría recordar cómo pasó aquella noche, en la que nadie de los Uliánov pudo dormir. Mark Timoféievich procuró tranquilizar a las hermanas de Vladímir Ilich y a Nadezhda Konstantínovna. Era un hombre que en ninguna circunstancia perdía el sentido del humor, nunca le abandonaba la tranquilidad y la fe en la victoria de su causa. Todo lo hacía con calma, pero a conciencia y con escrupulosidad. Estuvieron sentados en torno a la gran mesa de comedor. El samovar ya se había apagado y Mark Timoféievich les habló de su niñez, transcurrida en Kostromá, y de su madre, mujer analfabeta, aunque muy inteligente. Apenas empezó a amanecer, Krúpskaya se dispuso a salir.

“¿A dónde vas?”, le preguntó María Ilínichna. “Iré un momento a casa de Smilg, está a dos pasos, quizá sepa algo”. Volvió de allí en volandas: Lenin y Zinóviev se ocultaban. Así lo había decidido el Comité Central. Era demasiado grande el riesgo y el partido resolvió guardar a su jefe en la profunda clandestinidad.

Dos días después se hizo otro registro en el piso de la calle Shirókaya. Esta vez fueron los cadetes quienes irrumpieron en la casa. Todo lo pusieron patas arriba. Tomaron por Lenin a Mark Timoféievich, que les mostró su documentación. “Tonterías —replicó el teniente—. Con dinero alemán se puede adquirir cualquier documento”. Dirigiéndose a Krúpskaya, le preguntó: “Usted, *madame*, ¿tampoco reconoce en él a Lenin-Uliánov?” “Lenin es mi esposo” —contestó tranquila Nadezhda Konstantínovna. La esposa de este señor está ante ustedes —señaló a María Ilínichna—. ¿Cómo buscan a quién ustedes mismos no conocen?”. El oficial se encolerizó: “Mejor sería que se callara”. “En efecto —replicó Mark Timoféievich—, ¿de qué se puede hablar con ustedes?”, y, ostensiblemente, tomó un libro del estante y se puso a leer. Llevaron a la habitación a Annushka, la sirvienta, una muchacha aldeana. “¿Quién, quién es éste?”, gritaron los cadetes. La joven no supo qué decir y guardó silencio.

Después de escarbar todo el piso, los cadetes detuvieron a Nadezhda Konstantínovna, Mark Timoféievich y Annushka. Krúpskaya trató de interceder por ella: “¿Por qué la detienen? ¿Acaso no está claro que no conoce aún la ciudad ni entiende nada de política?” “Ya lo aclararemos”, fue la respuesta.

A los detenidos, inexplicablemente, les llevaron al Estado Mayor General. Se les sentó en una habitación, a bastante distancia entre ellos. Junto a cada uno se puso un centinela. Transcurrió media hora. De pronto, se oyó ruido, resonaron gritos en el pasillo. “¿Dónde está ese Lenin?”, “¿Para qué perder tiempo? Ahora mismo le juzgaremos nosotros”. Unos oficiales borrachos irrumpieron en la habitación y se lanzaron sobre los detenidos. Los soldados se desconcertaron. “Esto es el fin”, pensó instantáneamente Krúpskaya. Mas en ese momento resonó una voz autoritaria: “¡Atrás!” En el cuarto entró el coronel que ya conocían y, mirando a

los detenidos, dijo: “Estas no son las personas que necesitamos”, y dio orden de que se les pusiera en libertad.

El Gobierno Provisional seguía intranquilo. La jauría de sabuesos policíacos corría a la busca de Lenin. Unos días después, al volver del trabajo, Nadezhda Konstantínovna vio centinelas ante el portal de su casa; la calle estaba llena de curiosos que esperaban el resultado del registro. Por un momento se paró en la esquina, miró las ventanas del piso y decidió volver a la Duma. Iba despacio, a paso cansado, andando maquinalmente el camino tan conocido. La niebla ensombrecía la tarde. En la Duma no había luz; todos se habían marchado. La portera, refunfuñando, le abrió. Fue a su gabinete, se dejó caer en una silla y empezó a leer los periódicos que acababa de comprar. A la puerta se asomó Slutski, asombrado: “¿Qué hace usted aquí?” “Lo que usted”, le contestó Krúpskaya. “Acaban de ponerme en libertad y no tengo otro sitio adonde ir”. “Lo mismo me pasa a mí”. Estuvieron pensando donde podrían pernoctar, pues no iban a quedarse allí durmiendo sobre las mesas. Salieron juntos a dar una vuelta por el distrito. Les ofreció asilo Margarita Vasílievna Fofánova.

Por la mañana María Ilínichna se presentó en la Duma. Dijo a Krúpskaya que el registro se efectuó sin percances y no detuvieron a nadie.

Todo este tiempo Vladímir Ilich estuvo escondido en casa de Emeliánov, ocultándose en una choza a la orilla del lago Razliv. Mientras Vladímir Ilich vivió junto al lago, Nadezhda Konstantínovna no fue a verle, ya que estaba vigilada. Alguna que otra vez, alguien de los amigos le transmitía una esquela de Lenin y sus encargos.

El Gobierno Provisional, en su intento de aplastar la revolución, desató una feroz persecución. Cada día anunciaba “novedades”: encarcelamiento de bolcheviques, la suspensión de *Pravda*, *Okópnyaya Pravda* (“La Verdad de las Trincheras”) y otras publicaciones de los bolcheviques, prohibición de mítines en el frente y la implantación de la pena de muerte. El odio a Kerenski iba en aumento. Un día de julio condujeron desarmado a través de la ciudad al regimiento de ametralladoras que iniciara la acción insurreccional. No se pudo pensar nada que surtiera más efecto entre los soldados, rebosantes de espíritu revolucionario. En

octubre, este regimiento se pasaría, como un solo hombre, a los bolcheviques.

En una situación semilegal se celebró el VI Congreso del partido, que mostró el inmenso aumento numérico de sus filas y la gran expansión de su influencia. El congreso orientó al partido hacia la insurrección armada.

Krúpskaya fue elegida delegada al congreso y participó activamente en su labor, dedicando mucho tiempo a la sección encargada del trabajo entre la juventud.

En agosto avanzó hacia Petrogrado el general Kornílov, nuevo pretendiente al papel de Napoleón. Los obreros se alzaron valientemente en defensa de la ciudad. Ampararla era vital para ellos. "Me acuerdo —escribió Krúpskaya— de un muchacho, obrero de nuestro distrito de Vyborgski. Participaba en la organización de la obra de alfabetización. Fue de los primeros que marchó al frente. Pues bien, recuerdo que al volver del frente, todavía con el fusil al hombro, se apresuró a ir a la Duma del distrito. En la escuela de alfabetización faltaba tiza. Entró el joven, con el fragor del combate reflejado aún en el rostro, dejó el fusil en un rincón y se puso a discurrir con vehemencia sobre la tiza y los encerados. En el distrito de Vyborgski tuve ocasión de observar diariamente cómo los obreros ensamblaban su lucha revolucionaria con la lucha por la adquisición de conocimientos y cultura".

Estaba operándose una intensa consolidación de las fuerzas. Los bolcheviques formaban destacamentos de combate, armaban a los obreros. El CC actuaba bajo la dirección de Lenin; el contacto con él no se había interrumpido un solo día, aunque se hacía cada vez más difícil burlar a los sabuesos policíacos.

Agosto de 1917 fue frío y lluvioso en los alrededores de Petrogrado. Por las mañanas, en la choza donde se ocultaba Lenin hacía mucho frío, sobre el lago pendía una espesa niebla. Ya no era posible seguir en Razliv. Por añadidura, el cerco de la búsqueda, organizada por el Gobierno Provisional, se contraía más y más. Corrían persistentes rumores de que a Lenin lo ocultaban los obreros de Sestroretsk.

Una lóbrega noche de agosto, Lenin, acompañado por unos camaradas, abandonó Razliv. Vivió algunos días en la aldea de Yalkala y de allí marchó a Helsingfors.

En la mañana del 9 de agosto, como todos aquellos días, Krúpskaya fue a trabajar en la Duma del distrito de Vyborgski. El eco de un obsesivo pensamiento de alarma retumbaba en su corazón: "¿Qué era de Ilich? ¿Cómo estaba?" Delante de ella, entre la multitud de transeúntes, vio a Shotman, al que conocía desde los años de emigración. Involuntariamente apretó el paso, hasta darle alcance. Se tranquilizó: Lenin había recorrido sin tropiezos la primera parte del camino. Aquel día trabajó con gran ligereza, sin sentir nada de cansancio. Ilich estaba fuera de peligro.

Cualquiera que fuese el trabajo que realizara Krúpskaya, en ningún momento dejaba de pensar en Vladímir Ilich. Estaba acostumbrada ya a seleccionar los hechos que pudieran serle útiles, a fijar la atención en el estado de ánimo de las masas y a recordar todo lo que podía tener interés para él.

Por las tardes, al volver a casa, Krúpskaya pasaba por el piso del maquinista Yalava, que vivía en el mismo barrio, para recibir noticias de Vladímir Ilich. A veces, Yalava le traía cartas cifradas de Lenin, en las que contaba cómo vivía y pedía noticias sobre la situación en Petrogrado.

"Las cartas eran breves —recordaría Nadezhda Konstantínovna— y en ellas hacía diversos encargos fáciles. Después de cada una de aquellas cartas sentía tremendos deseos de verle, de hablar con él aunque sólo fueran cuatro palabras".

Al marchar a Finlandia, Lenin le prometió que en la primera oportunidad la llamaría, mas hubo de esperar casi dos semanas.

Cada vez que recibía carta de Lenin, Nadezhda Konstantínovna se encerraba en su pequeña habitación, encendía el quinqué y calentaba la carta sobre la abertura de su tubo de cristal. El papel amarillecía lentamente y aparecían las letras de color canela. Al fin, en la última carta leyó que podía marchar a Helsingfors. En la hoja de papel estaba dibujado un plano de cómo debía ir desde la estación a la casa donde vivía Vladímir Ilich sin preguntar a nadie la dirección, para no atraer la atención de la policía. Leyendo impacientemente línea tras línea, Krúpskaya acercó demasiado la hoja al tubo del quinqué y el papel ardió, quemándose un pedacito del plano.

La frontera con Finlandia sólo podía pasarse teniendo autorización especial para ello. A Krúpskaya le sacó del

apuro N. Emeliánov, que había ocultado a Lenin en Razliv. En aquel tiempo, Sestroretsk se hallaba en la zona fronteriza y muchos de sus vecinos tenían derecho a cruzar la frontera. Se logró para Nadezhda Konstantínovna el pasaporte de Agafia Atamánova, que vivía en la zona fronteriza. Pero Agafia era una mujer de edad, ya sesentona. Tuvieron que pensar mucho cómo hacer mejor la fotografía. Krúpskaya se retrató con un pañuelo blanco, caído sobre la frente y atado como lo hacían todas las obreras fabriles, y con la cabeza ligeramente inclinada. Los camaradas se lamentaron de que no tenían afeites para maquillarla. En la foto, preparada entre las risas de todos, Krúpskaya salió sonriente. Al verla, Emeliánov abrió los brazos: no era la más adecuada para el pasaporte de una anciana. Pensó sin embargo, que no habría dificultades, pues los policías de la frontera no se distinguían por su vigilancia.

En Helsingfors se andaba tan mal de alimentación como en Petrogrado, por lo que Nadezhda Konstantínovna quiso llevar algún regalo a Vladímir Ilich. No pudo encontrar carne ni mantequilla. María Ilínichna logró de algún modo una latita de caviar. Krúpskaya recogió su ración para algunos días, porque no quiso crear más agobios a las personas en cuya casa vivía Lenin.

El plan del paso de la frontera se calculó con todo detalle. Un día, al atardecer, llevando puesta una chaqueta oscura sobre el vestido y con un atillo en la mano, Krúpskaya fue a casa de Emeliánov. El y su esposa la llevaron hasta la frontera. Se fijó bien en los sitios por los que iban, procurando recordar el camino. Fueron a través de un bosque nórdico poco alto y por dunas. Estaban inquietos y casi no hablaron.

Llegaron al puesto fronterizo. Por un puentecillo iba y venía la gente. A un extremo del puente había policías rusos; al otro, finlandeses. Entre dos luces la fotografía del pasaporte no despertó ninguna sospecha y entraron felizmente en Finlandia. Hasta la estación de Olilla, perdida entre dunas y bosques, tuvieron que recorrer aún cinco kilómetros. Los Emeliánov dejaron sentada a Nadezhda Konstantínovna en el pequeño vagón del ferrocarril de vía estrecha y esperaron hasta que arrancó el tren.

Lo más difícil estaba por delante. Al salir a la estación de Helsingfors, Krúpskaya se desconcertó en los primeros

momentos, aunque durante todo el camino había repetido para sí misma los nombres de las calles en el orden que figuraban en el plano de Lenin. La estación era enorme, ruidosa, allí había centenas de personas, pero no podía recurrir a nadie. Tampoco le servirían de ayuda sus conocimientos de cuatro idiomas: era entonces una vieja obrera semianalfabeta. Avanzó despacio hasta la plaza extendida ante la estación. Con la misma lentitud, perdida entre los transeúntes, marchó por una calle, procurando leer disimuladamente los rótulos con el nombre de las travesías. Al fin llegó al sitio donde la calle hacía una revuelta y, unas decenas de metros después, otra. Hasta allí todo fue exacto. Mas el nombre de la calle siguiente se quemó en el quinqué. ¿Hacia dónde tenía que torcer? Siguió hasta el final de la calle, pasó a la acera opuesta y volvió a andar el mismo camino en dirección contraria. Creyó haber encontrado el sitio donde debía torcer: una travesía que, sin duda, cruzaba la calle en la que vivía Lenin. La ley de la conspiración era inexorable. Qué impaciente estaría Vladímir Ilich en aquellos momentos, sin que pudiera salir a la calle, ir a encontrarla. Krúpskaya dio con la casa que buscaba y llamó. Una mujer abrió al instante, como si estuviera esperando detrás de la puerta. Inmediatamente, en el vestíbulo apareció Lenin.

Emilia Blomqvist, en cuyo piso vivió Lenin, escribió: "Nadezhda Konstantínovna vino a pasar unos días con nosotros; fueron los días más felices de Vladímir Ilich. Habría que haber visto sus ojos resplandecientes para imaginarse su estado de ánimo".

Y Krúpskaya habló de esto así: "Ilich se alegró mucho. Saltaba a la vista que se consumía de pena viéndose en la clandestinidad en los momentos que tan necesario era estar en el centro de la preparación de la lucha. Le hablé de todo lo que sabía".

Aquel día conversaron largamente. Vladímir Ilich mostró a Krúpskaya los capítulos del libro *El Estado y la revolución*, que entonces estuvo escribiendo todo el tiempo, le preguntó por los camaradas y sobre el estado de espíritu de las masas. Lenin miró con inquietud su rostro enflaquecido. Sólo a la mañana siguiente, acordándose de pronto, Nadezhda Konstantínovna entregó el regalo a su marido: la latita de caviar. Lenin la regañó benignamente por aquel gasto inadmisibles y poco antes de la hora del almuerzo ofreció el caviar al ama

de la casa. Minutos después ésta entró en la habitación de Lenin, con la latita de caviar abierta y un cepillo de calzado en la mano, y preguntó qué zapatos debía limpiar. Criada en el seno de una familia obrera, Emilia nunca había visto caviar y creyó que era betún negro.

Dos días transcurrieron en un vuelo. Llegó la hora del regreso de Krúpskaya. Se puso el pañuelo blanco. Vladímir Ilich le ofreció la chaqueta y empezó a vestirse él mismo. Nadezhda Konstantínovna le miró asombrada, pero Lenin dijo categóricamente que la acompañaría tan sólo hasta la primera esquina que debía doblar. Ya en la calle, decidió que iría con ella hasta la segunda esquina, luego insistió en seguir hasta la otra, y en definitiva llegaron juntos a la estación. Convinieron que Krúpskaya volvería a Helsingfors poco después. A la entrada de la estación, Nadezhda Konstantínovna volvióse, y sobre las cabezas de la gente quedó mirando unos instantes la conocida figura de Vladímir Ilich en el cruce de calles. En el tren rememoró aquellos días y fue pensando cómo podría cumplir mejor y más rápidamente los numerosos encargos que le había confiado Vladímir Ilich.

Lenin advirtió al partido y al pueblo que, a espaldas del Gobierno Provisional, se preparaba una conjura contrarrevolucionaria, que la burguesía intentaba ahogar en sangre la revolución a manos de un dictador militar. Nadezhda Konstantínovna transmitió al CC las indicaciones de Lenin. En las dos semanas siguientes cambió radicalmente la correlación de fuerzas políticas. Los obreros, dirigidos por los bolcheviques, aplastaron la intentona kornilovista. En los Soviets de Moscú y Petrogrado la mayoría pertenecía ya a los leninistas.

A comienzos de septiembre, Krúpskaya, sirviéndose del mismo pasaporte de Agafia Atamánova, marchó otra vez a Helsingfors.

Retenida por asuntos de trabajo en la Duma, decidió no pasar por la casa de Emeliánov e ir ella misma hasta Olilla. El camino seguía la línea de la costa del golfo de Finlandia. No vio a un alma. Llegó al puentecillo del río Rzhávaya, donde estaba instalado el puesto de control. El oficial, al ver a aquella mujercita medio helada, la dejó pasar en seguida, sin fijarse apenas en su pasaporte. Comenzó a llover. En el bosque oscureció casi completamente. El estrecho sendero se

perdía entre los árboles. Los pies empezaron a hundirse en la arena. Krúpskaya supuso que se había extraviado y se reprochó no haber ido a casa de Emeliánov. Mas ni siquiera le vino a la cabeza que debería desandar el camino. Seguía adelante con obstinación, de duna en duna. Inesperadamente, el cielo se despejó y dejó ver la pálida luna otoñal. Entonces todo le pareció acogedor y familiar. Allí estaba el torcido abedul de Carelia con tres ramos iguales. Era el sitio en el que debía tirar a la derecha, y desde el cerrillo siguiente se vería la estación. ¡Lo importante era no tardar al tren! Divisó las luces de Olilla. En el andén deambulaba la gente, pero el tren no había llegado. Se apoyó tranquilamente contra la pared de la taquilla de los billetes y esperó.

A duras penas se abrió paso en el vagón, lleno de soldados y marinos. Tuvo que ir de pie todo el viaje, pero no sintió cansancio. En el vagón surgió un apasionado mitin. Los oradores sólo hablaban de política e instigaban abiertamente a la insurrección. Nadezhda Konstantínovna no dejaba de mirar los rostros conmovidos y los ojos ardientes. Procuraba grabar en la memoria todo lo que se decía. ¡Era tan valioso para Ilich!

Por la mañana, Krúpskaya bajó del tren en el andén ya conocido. El trayecto desde la estación a la casa en la que vivía Lenin lo recorrió segura y rápida. Como medida de precaución, fue por otras travesías, para comprobar si la seguía alguien. Todo transcurrió de la mejor manera. Ni en Petrogrado ni en Sestroretsk nadie había descubierto que Agafia Atamánova era la esposa de Lenin, al que se buscaba por todas partes.

En sus memorias, Krúpskaya escribió que cuando "refería a Vladímir Ilich estas conversaciones entre los soldados, su rostro cobró un aspecto meditativo, y luego, hablara de lo que hablase, ese aire pensativo no desapareció ya de él. Era evidente que hablaba de una cosa y estaba pensando en otra, en la revolución, en cómo prepararla mejor".

Al despedirse en Helsingfors sabían que pronto volverían a verse en Petrogrado. Lenin ardía en deseos de encontrarse en la misma entraña de la lucha. Se avecinaba el día de la insurrección.

Octubre: ¡La victoria!

Los preparativos para la insurrección armada se realizaban con gran celeridad. El Comité Central propuso a Vladímir Ilich que se trasladara a Petrogrado, pues era imprescindible estar en contacto permanente y operativo con él. Era necesario que la insurrección se preparara bajo su dirección inmediata. Margarita Fofánova, camarada de confianza, bolchevique, ofreció vivienda clandestina para Lenin. Krúpskaya habló mucho con ella sobre las condiciones de la conspiración, a fin de evitar que Vladímir Ilich fuese detenido. Días antes de su llegada, Krúpskaya y Fofánova hicieron el mismo trayecto que pronto debería recorrer Lenin. Primeramente fueron hasta la estación de Lánskaya, situada muy cerca de la casa de Fofánova. Mas al bajar del vagón al andén observaron inmediatamente que la estación se hallaba en un cerrillo bastante alto, por lo cual se podía distinguir bien a todos los que descendían por él a la ciudad. Entonces decidieron cambiar el itinerario: Lenin debería salir del tren en Udélnaya, la penúltima estación, y seguir a pie hasta la calle Serdobólskaya. Cuando hizo su segunda visita a Finlandia, Nadezhda Konstantínovna llevó a Lenin el plano y las llaves del piso de Fofánova. Posteriormente, Krúpskaya recordaría: "Fofánova vivía en una casa grande, habitada por obreros, lo que la hacía inaccesible a los sabuesos policíacos. Una ventana daba al jardín, situado en la parte posterior del edificio, y por ella, en caso de registro, se podía descender a él. Muy pocas personas conocían el piso y nadie iba allí sin acuerdo previo (sólo lo visitaban cuando lo requería algún asunto). Fofánova pertenecía a la organización del partido del distrito de Vyborgski y ocupaba ella sola

el apartamento. Durante el tiempo que Ilich vivió en él tampoco fue nadie a ver a Fofánova, salvo dos o tres veces, y ella procuró librarse cuanto antes de los visitantes".

El 7 de octubre, Lenin llegó a la casa de Fofánova. Acordaron que Vladímir Ilich no se acercaría a la puerta ni la abriría cuando llamaran a ella, si no era con la señal convenida. Al marcharse, Krúpskaya llevó una carta de Lenin dirigida a la Conferencia urbana de Petrogrado, en la que advertía a los bolcheviques petrogradenses que estaba próximo el duelo último e implacable con el Gobierno de Kerenski.

El 10 de octubre se celebró una reunión del CC en la que se aprobó la resolución leninista sobre la insurrección armada. Los acontecimientos se desarrollaban a velocidad vertiginosa. Zinóviev y Kámenev votaron en contra de la resolución.

El 15 de octubre, Krúpskaya, formando parte de la delegación del distrito de Vyborgski, asistió a la Conferencia de la organización del partido en Petrogrado, reunida en el Palacio del Smolny, que ya se había convertido en el Estado Mayor de la preparación de la insurrección.

La Conferencia se pronunció por la insurrección. Toda la delegación del distrito de Vyborgski votó también por ella.

Aunque ya era tarde, Nadezhda Konstantínovna fue a la calle Serdobólskaya. Entró en la casa y vio que un hombre estaba parado ante la puerta del piso de Fofánova. "¿Qué es esto? ¿Un registro? ¿Una celada?", se dijo. Decidida, subió a la meseta de la escalera. "¿A quién busca?" El hombre se volvió hacia ella. Krúpskaya recobró el aliento. Era un amigo íntimo de la familia de Fofánova. "¿Sabe? Alguien se ha metido en el piso. He llamado y me ha contestado una voz de hombre. He vuelto a llamar, y nada". "Eso le ha parecido a usted. Margarita no está y no vendrá hoy. Mejor será que venga a verla mañana. Yo también he subido, y sólo ahora he recordado que Margarita asiste a una asamblea y que yo misma debo ir a ella". Salieron juntos del portal y se dirigieron a la parada del tranvía. "¿Hacia dónde va?", le preguntó Krúpskaya. Cuando el joven se lo dijo, ella inventó un sitio que estaba en la dirección contraria. Por fortuna, llegó el tranvía que necesitaba el joven. Nadezhda Konstantínovna se despidió del visitante importuno y volvió a la casa de Fofánova.

El 16 de octubre, en la Duma subdistrital de Lesnaya se celebró una reunión ampliada del CC, a la que asistieron también representantes de la Comisión Ejecutiva del Comité del partido de Petrogrado, de la organización militar del Soviet de Petrogrado, de los comités de los sindicatos, de las fábricas y de los ferrocarriles y del Comité comarcal de Petrogrado. La reunión eligió el Comité Militar Revolucionario. Por la insurrección inmediata votaron 19 personas, 2 se pronunciaron en contra y 4 se abstuvieron. Kámenev, en nombre propio y en el de Zinóviev, hizo al periódico semimenchevique *Nóvaya Zhizn* unas declaraciones en las que descubriría la resolución secreta del CC sobre la insurrección. De este modo, el enemigo fue prevenido y empezó a actuar.

Hacia Petrogrado fueron enviadas tropas; todas las fuerzas de la contrarrevolución se agruparon. En la noche del 18 al 19 de octubre, en una reunión especial del Gobierno Provisional se discutieron medidas de lucha contra los bolcheviques. Los miembros del Gobierno exigieron la más despiadada represión contra el partido de Lenin.

El Comité Ejecutivo Central menchevique-eserista acordó aplazar hasta el 25 de octubre el Congreso de los Soviets de toda Rusia.

Vladímir Ilich insistió en que los traidores fueran expulsados del partido y que se realizaran con más energía la preparación de la insurrección y el armamento de las masas. En todos los distritos de la ciudad se formaron nuevos destacamentos de la Guardia Roja, los obreros aprendían el manejo de las armas. En aquellos días la Duma distrital de Vyborgski se convirtió en el centro organizador de la lucha del distrito. Además de organizarse destacamentos militares, las trabajadoras y las mujeres de los soldados aprendían a hacer vendajes y se capacitaban como enfermeras.

Krúpskaya estuvo siempre donde era necesaria su ayuda; casi todo el tiempo lo pasaba en la Duma del distrito.

El 24 de octubre (6 de noviembre*), cuando conversaba con unas mujeres en la Duma sobre la misión que les correspondía cumplir en los días de la insurrección, Krúpskaya vio a Margarita Fofánova parada ante la puerta de su

* Las fechas entre paréntesis corresponden a las del calendario georgiano, o nuevo, que se implantó en la URSS el 1 de febrero (14 de febrero) de 1918, cuando su diferencia con el calendario juliano, o antiguo, que rigió hasta entonces, había alcanzado trece días.

despacho. "Nadezhda Konstantínovna, Vladímir Ilich ha pedido que se entregue inmediatamente esta esquila en el CC".

Krúpskaya se apresuró a ir al Smolny. Lenin escribía que no era posible ninguna dilación, que "...aplazar la insurrección significaba verdaderamente la muerte" *.

Desde el Smolny volvió Krúpskaya a su distrito. Por unas calles patrulaban guardias rojos, y por otras, cadetes. Continuamente comprobaban la documentación a los transeúntes. El centro de la ciudad aparecía erizado de ametralladoras y cañones que apuntaban contra los arrabales obreros. En algunas partes se habían levantado barricadas. Los barrios obreros estaban en plena efervescencia. Los destacamentos armados se dirigían uno tras otro al Smolny.

El Gobierno Provisional, a fin de aislar el centro urbano de los arrabales, tomó la decisión de abrir los puentes, pero los guardias rojos los ocuparon.

Por la noche, Nadezhda Konstantínovna fue a la calle Serdobólskaya.

La obra a la que habían consagrado su vida comenzaba a realizarse.

Fofánova abrió la puerta. "Se marchó, se marchó al Smolny". Krúpskaya, desfalleciente, se apoyó contra la puerta. "Y ha dejado esta nota: "Me voy, me voy adonde ustedes no querían que fuera. Hasta la vista. Ilich". Nadezhda Konstantínovna no quiso descansar un rato. Desandó todo el camino desde la calle Serdobólskaya hasta la Duma.

Entre tanto, empezaba a propagarse el fuego de la insurrección.

Krúpskaya iba y venía de una habitación a otra de la Duma. Estaban llenas de gente; se percibía el pulso acelerado de la vida. De pronto, a sus oídos llegaron las palabras que Mijáilov, presidente de la Duma distrital, decía a un chófer muy joven: "Irás al Smolny. Encontrarás al camarada Podvoiski..." No oyó más. "Corriendo, al Smolny, allí, al centro de los acontecimientos, junto a Lenin". Con ella fue Zhenia Egórova, secretaria del comité distrital de Vyborgski del partido. En el camino tropezaron con una patrulla emboscada, pero pudieron zafarse de ella y llegaron al

* V. I. Lenin. *Carta a los miembros del CC. O.C.*, t. 34, pág. 435.

Smolny. Más tarde, Nadezhda Krúpskaya escribiría: "El Smolny estaba brillantemente iluminado y en completa agitación. Desde todas partes llegaban guardias rojos, representantes de las fábricas y soldados para recibir instrucciones. Golpeaban las máquinas de escribir, sonaban los teléfonos, nuestras muchachas, sentadas, se inclinaban sobre montones de telegramas, en el tercer piso estaba reunido en sesión permanente el Comité Militar Revolucionario. En la plaza extendida delante del Smolny chirriaban los carros blindados, apuntaba un cañón de tres pulgadas y había apilada leña por si fuera necesario levantar barricadas. A la entrada estaban emplazadas ametralladoras y piezas artilleras, y ante las puertas hacían la guardia unos centinelas".

Krúpskaya no logró hablar con Vladímir Ilich: dirigía la insurrección.

A las diez de la mañana del 25 de octubre (7 de noviembre), el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado publicó el llamamiento *A los ciudadanos de Rusia*, en el que se declaraba derrocado el Gobierno Provisional. Los destacamentos bolcheviques fueron ocupando una tras otra las instituciones gubernamentales. A las 2.35 de la tarde se abrió la sesión del Soviet de Petrogrado. Krúpskaya miró cómo Lenin, a través de la sala que le aplaudía, se dirigió a la tribuna. Su rostro macilento expresaba cansancio, pero los ojos le brillaban jubilosamente y su paso era firme y enérgico. "Camaradas —resonó su voz—: La revolución obrera y campesina, de cuya necesidad han hablado siempre los bolcheviques, se ha realizado" *.

Estalló con tanta fuerza la tempestad de aplausos que pareció estremecer las columnas de mármol. Al fin, Lenin pudo continuar su discurso. No se prodigó en loar la victoria. Dijo que en la historia de Rusia había comenzado una nueva época y señaló las tareas inmediatas que debería cumplir el poder obrero y campesino. Los campesinos recibirían la tierra, los obreros se convertirían en los dueños de la producción, sería formando un nuevo aparato estatal y habría que conseguir la paz a toda costa.

El tiempo no se contaba por días, sino por horas. En la noche del mismo día se inauguró el II Congreso de los

* V. I. Lenin. *Sesión del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917. Informe sobre las tareas del Poder de los Soviets. O.C., t. 35, pág. 2.*

Soviets de toda Rusia. Ya habían llegado los delegados. Los representantes de todos los partidos realizaban un trabajo de captación entre ellos. A Lenin le preocupaba que los eseristas de izquierda pudiesen abandonar el congreso, pues aún les seguía la mayoría de los campesinos. El congreso empezó a las 10.40 de la noche. Por su composición era muy complejo. De 649 delegados, sólo 390 eran bolcheviques. Los eseristas de izquierda tenían 160, y los mencheviques, 72. Los eseristas de derecha y los mencheviques abandonaron el congreso, leyendo antes una declaración de protesta contra la toma del Poder por los bolcheviques. Mientras se celebraba el congreso fue tomado el Palacio de Invierno. Kerenski logró huir, pero se detuvo a los demás ministros. La sesión del congreso terminó a altas horas de la noche.

El 26 de octubre, el congreso, en su sesión nocturna, aprobó los decretos leninistas sobre la paz y la tierra. Los eseristas apoyaron a los bolcheviques. No pudieron hacer otra cosa, porque, en caso contrario, las masas campesinas se habrían separado de ellos. Sin embargo, al discutirse la formación del Gobierno propusieron una coalición de todos los partidos.

Krúpskaya observó cómo Lenin, en los pasillos del Smolny, intentó convencer a los eseristas de izquierda de la imposibilidad de la coalición con los eseristas de derecha y los mencheviques. Recordando el congreso, Nadezhda Konstantínovna escribiría: "La sesión del 26 de octubre... empezó a las nueve de la noche. Asistí a ella. Recuerdo cómo hizo Ilich su informe, fundamentando el Decreto sobre la tierra; hablaba con tranquilidad. El auditorio le escuchaba bebiendo sus palabras. Durante la lectura del Decreto sobre la tierra me saltó a los ojos la expresión de un delegado que ocupaba un asiento próximo al mío. Era un hombre de aspecto campesino, ya entrado en años. La emoción había dado cierta transparencia a su rostro, y parecía propiamente de cera. Sus ojos refulgían con un resplandor singular".

El triunfo de la insurrección de Octubre en Petrogrado provocó la resistencia desesperada de la contrarrevolución. Al frente de la lucha contra ella estaba Lenin, que fue elegido Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. En los primeros días que siguieron a la victoria de la revolución, Nadezhda Konstantínovna y él se vieron poco. Ella continuó trabajando en la Duma y vivía en casa de Anna Ilínichna.

Vladimir Ilich pasaba la mayor parte de las noches en el Smolny. La situación exigía su presencia permanente en el Estado Mayor de la lucha. Mas precisamente en aquellos días difíciles, cuando diariamente, a cada hora, se debía resolver problemas de los que, a menudo, dependía la propia existencia del Poder soviético, Lenin tenía en gran aprecio los breves paseos y charlas con Nadezhda Konstantínovna.

En el Smolny ocuparon una pequeña habitación, dividida por un tabique de tablas. Detrás de él estaban las camas, muy simples, de hierro, cubiertas con mantas de soldado. Esto era todo el ajuar. Para cuidar de la seguridad de Lenin se había designado a un soldado del regimiento de ametralladoras acantonado en el distrito de Vyborgski. Tomó un cariño infinito a Vladimir Ilich y Nadezhda Konstantínovna. Se preocupaba de ellos como podía, les traía el almuerzo del comedor. Cuando Krúpskaya no volvía tarde de la Duma, procuraba preparar algo para cenar, haciéndolo en un infernillo de alcohol, mientras el soldado no quitaba los ojos de aquel "horno" maravilloso. Una vez que Lenin sorprendió a Nadezhda Konstantínovna en estos cuidados, le propuso: "¿Para qué hace falta todo esto? Mejor será que vayamos a pasear un poco".

Inmediatamente después de la victoria de la Revolución de Octubre, Krúpskaya fue incorporada a la Comisión de Instrucción Pública, dependiente del Consejo de Comisarios del Pueblo, presidida por Anatoli Vasílievich Lunacharski. La comisión se reunió por primera vez el 11 de noviembre en el edificio del antiguo Ministerio de Instrucción zarista, sito en el malecón del Fontanka. La enorme y fastuosa casa estaba desierta; los funcionarios saboteaban al Poder soviético. Sólo iban a trabajar el portero, las limpiadoras, algunas mecanógrafas y unos cuantos empleados inferiores. Los miembros de la comisión recorrieron el edificio y reunieron a todo este personal administrativo en un mitin. Aquella gente quedó estupefacta: intervenía ante ella el propio ministro y se les hablaba de las tareas del Comisariado de Instrucción y de la instrucción pública, se plantearon cuestiones cardinales, serias. Habían servido largos años en aquel ministerio, mas era la primera vez que se les trataba en pie de igualdad, como funcionarios responsables. El discurso de Lunacharski, muy comprensible por su sencillez, produjo honda impresión a todos.

Los miembros de la comisión sesionaron en uno de los despachos para trazar el plan de trabajo. Anatoli Lunacharski clarificó la importancia de la obra de construcción cultural y expuso la línea general del Gobierno soviético en la actividad educacional y docente. A continuación habló Krúpskaya. Con voz mesurada y tranquila explicó cómo se debía proceder con la gente y ayudar a los maestros a abrazar la causa del Gobierno obrero y campesino; qué hacer para aprovechar sus conocimientos. Esta intervención de Krúpskaya la reflejó bien D. Elkina, que asistió a la primera reunión de la comisión. "En las palabras de Nadezhda Konstantínovna —escribió— se veía expresada la sabia experiencia de una marxista revolucionaria, el profundo conocimiento de los hombres y el don de tratarlos teniendo en cuenta las peculiaridades de su trabajo y su vida y las condiciones en que se formaban sus ideas. La intervención de Krúpskaya nos introdujo en el campo de acción de un aparato estatal nuevo, soviético, para la instrucción pública. Nos habló de que el aparato estatal soviético imponía nuevas exigencias a sus funcionarios, completamente distintas de lo que se requería de los funcionarios anteriores. Demandó de nosotros que mostrásemos en el más alto grado iniciativa y espíritu creador en el trabajo, una actitud honrada y sensible hacia las personas y destreza para elevar la conciencia de todos los soviéticos al nivel de las tareas que tenían planteadas: las tareas de la construcción de la sociedad socialista".

En los últimos días de noviembre se hicieron los nombramientos de los jefes de las quince secciones del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Krúpskaya fue designada jefe de la Sección extraescolar; a Dora Lazúrkina, bolchevique de gran experiencia, se le confió la Sección de educación preescolar, y a Vera Menzhínskaya, la de preparación del personal pedagógico. De las cuestiones concernientes a la capacitación profesional se ocupaba Lengnik. Poco después de esta reunión, al Comisariado de Instrucción fue incorporado Lepeshinski, a quien se encargó de lo relacionado con la organización de un sistema único de escuela laboral.

El 15 de enero de 1918, el Consejo de Comisarios del Pueblo nombró a Krúpskaya, Lébedev-Polianski, Póznér, L. Menzhínskaya y Rogalski comisarios gubernamentales ad-

critos al Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Así se formó el Consejo de este Comisariado.

En su primer decreto, el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública suprimió los distritos escolares y los cargos de director, inspector y directora de los centros de enseñanza secundaria y abolió la enseñanza de religión. Poco después fueron despedidos casi todos los antiguos funcionarios del ministerio. El trabajo iba encauzándose paulatinamente. El personal de dirección, los miembros del Consejo y los jefes de Secciones se entregaron por entero a la obra de la instrucción pública. Nadie reparaba en el tiempo; todos continuaban trabajando hasta muy tarde, intervenían ante los obreros y las obreras, participaban en muchas discusiones.

Al principio, el Comisariado de Instrucción tropezó con las mismas dificultades que los demás comisariados: la hostilidad manifiesta de unos y el sabotaje y la actitud expectante de otros. Con la diferencia de que en este Comisariado asumieron la dirección desde el primer momento personas de gran experiencia de actividad pedagógica, política y educacional. Vladímir Ilich estaba convencido de que Nadezhda Konstantínovna debía trabajar en esta esfera. Krúpskaya escribió: "El que yo hubiese trabajado unos meses en un distrito tan revolucionario como el de Vyborgski en los momentos que maduraba la revolución, Ilich lo consideraba una gran ventaja, y cuando se planteó la cuestión de "organizar el aparato de la administración del Estado", en notas suyas me señaló a mí "como viceministro adscrito a Lunacharski". Unos días después de la conquista del poder, se encontró con Anatoli Lunacharski en un pasillo del Smolny, empezó a hablar con él de las tareas que se alzaban ante el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y, de pasada, le dijo: "Está claro que será preciso dar la vuelta a muchas cosas, cambiar, encarrilar por nuevas vías. Creo que deberá sin falta hablar seriamente con Nadezhda Konstantínovna. Ella le ayudará a usted. Ha pensado mucho en estas cuestiones y, a mi juicio, ha trazado una línea correcta..."

A Krúpskaya se le ofreció la posibilidad de dedicarse a la obra para la que llevaba capacitándose tanto tiempo. ¡Encarnar en la realidad aquello que había proyectado en los largos años de vida clandestina y de emigración, aquello que había hecho dolorosamente suyo en incesante lucha política y

acababa de ser conquistado con la victoria de la revolución! ¿Qué mayor felicidad podría desear un comunista? Mas, a la vez, aquello era muy complicado y difícil, pues allí se carecía de experiencia y no había nadie de quien poder aprender y tomar ejemplo. Por lo general, todo lo que da la escuela burguesa constituye una experiencia negativa. Era evidente lo que no se debía hacer. Añádase a esto la pavorosa miseria: no había escuelas, ni manuales, ni papel, ni lápices. Se debía recorrer muchos kilómetros para llegar a un centro de distrito, a una estación de ferrocarril. En cien kilómetros a la redonda sólo existía una biblioteca con escaso fondo de libros, parte de ellos innecesarios.

Estas dificultades deberían ser superadas. Krúpskaya fue conociendo uno por uno a todos los empleados, seleccionó el personal, incorporando al trabajo en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública a muchos miembros del partido, a personas con las que estaba relacionada desde los años de emigración. Invitaba a todos los que podían ser útiles, escribía a diversas ciudades. A Iván Gorbunov-Posádov, antiguo conocido, hombre que encomió sus primeros artículos pedagógicos, le escribió una carta detallada: "...Deberé ser comisario gubernamental para la instrucción extraescolar. No me agrada mucho el trabajo en los organismos centrales, pero ahora no cabe guiarse por los gustos propios y no puedo excusarme de esta labor. Creo que usted no me negará su ayuda. Para trabajar entre las masas, sobre todo entre la joven generación (he trabajado aquí con la juventud obrera, y es gente magnífica, abnegada), quisiera agrupar al mayor número posible de los míos, a fin de que llevaran los asuntos con sentido innovador, como lo exige la época que vivimos. Yo, como en los viejos tiempos, idealizaba a los maestros, pero ahora veo que en los años de mi ausencia ha cambiado mucho el personal pedagógico. Y no porque su preparación sea mala, sino porque reina cierta actitud hostil hacia los obreros, cierta altivez, el temor al control desde abajo, etc. Se habla en lenguajes completamente distintos. No sé, quizá esto sea así en nuestro distrito de Vyborgski. Quisiera crear una escuela popular libre, mas para ello hace falta primero agrupar a gente joven avanzada.

Le ruego que me escriba contándome lo que hacen ustedes en Moscú respecto a la creación de la escuela libre

masiva, envíeme *Educación libre*, si es que se publica, e indíqueme a qué personas se puede acudir para pedirles su concurso, consejo, etc..."

Aprovechando su estrecha relación con los obreros del distrito de Vyborgski, Krúpskaya formó un amplio círculo de activistas obreros en torno a la Sección extraescolar. En su despacho siempre había animación y gente. Era corriente que ella estuviese sentada, inclinada sobre sus papeles, y al lado se discutieran los asuntos inmediatos. Los camaradas le hacían preguntas a menudo y ella interrumpía su labor, escuchaba atentamente y daba su respuesta. A veces se mezclaba en la discusión. A Krúpskaya, lo mismo que a Lenin, le era inherente la capacidad de aprender de las masas, extraer conocimientos de quienes la rodeaban. Colectivamente se elaboró el *Abecé del ciudadano*, especie de manual que debía conocer cada obrero para participar en la labor de todos los organismos a que dieron vida los Soviets y en la actividad de los propios Soviets.

Nadezhda Konstantínovna siempre volvía al Smolny muy tarde, y allí continuaba el trabajo. En los pasillos y despachos había mucha gente a cualquier hora del día y de la noche, y a ella se acercaban los amigos, con algunos de los cuales hacía muchos años que no se veía. Hablaban de la situación en sus lugares y de la lucha por el fortalecimiento de la dictadura proletaria.

Eran las vísperas de 1918. En el distrito de Vyborgski se preparaban para celebrar solemnemente su entrada, a la par con la despedida a los camaradas que marchaban al frente. Nadezhda Konstantínovna propuso a Vladímir Ilich pasar la velada de Año Nuevo entre los obreros.

Tardaron casi una hora en llegar a la antigua Academia de Cadetes Mijáilovski. El automóvil se atascaba a cada paso entre los montones de nieve, que no se recogía hacía ya dos meses.

Lenin pronunció un pequeño discurso, exponiendo algunos pensamientos constantes en él: cómo los obreros, a través de los Soviets, deberían cambiar toda su vida. Explicó cómo tenía que hacerse en el frente la propaganda entre los soldados. A los Uliánov les agradó mucho el concierto. Los jóvenes cantaron y bailaron. Se representaron breves escenas satíricas. Cuando la alegría general estaba en su apogeo, muy

pasada ya la medianoche, los Uliánov se marcharon disimuladamente. En el coche, Vladímir Ilich dijo que se sentía como si hubiera bebido agua viva.

Los familiares y amigos y los camaradas del partido comprendían que tanto Lenin como Krúpskaya trabajaban hasta agotarse y que necesitaban cuando menos un pequeño descanso. En consejo familiar se decidió que Nadezhda Konstantínovna, Vladímir Ilich y María Ilínichna irían a Finlandia para pasar algunos días en una casa de reposo.

Allí los Uliánov pasaron mucho. Por las tardes, María Ilínichna tocaba al piano fragmentos de Chopin y Chaikovski. Incluso en los momentos que oía música, el rostro de Lenin parecía ensombrecido por las preocupaciones.

Nadezhda Konstantínovna se daba cuenta de que el descanso no reportaba fruto. Lenin tenía puestos todos sus pensamientos en Petrogrado, en los grandes y acuciantes problemas. Allí también escribía artículos y meditaba sobre cómo organizar la vida económica de cada día y mejorar las condiciones de existencia de los obreros.

"...“Vivir descansando” mucho tiempo no era posible; habían transcurrido cuatro días y era necesario volver a Petrogrado —escribió Krúpskaya más tarde—. No sabría decir por qué en la memoria han quedado grabados sobre todo el camino invernal, el viaje a través de los pinares finlandeses, la maravillosa mañana y el rostro preocupado y meditabundo de Ilich. Pensaba en la lucha inminente". En los días inmediatos se decidiría el problema de la Asamblea Constituyente. Había que intentar, o bien desvanecer las ilusiones de las masas en torno a la Asamblea, o bien obligar a ésta a servir a la dictadura del proletariado. Es sabido que la Asamblea Constituyente mostró ser reaccionaria de cabo a rabo y fue disuelta. Esto les tenía sin cuidado a las masas, ya que la Asamblea no gozaba de ningún prestigio entre ellas.

Ante el partido y el Gobierno se planteaba imperiosamente el problema de la paz. Los alemanes atacaban. No obstante, la república ponía todo el empeño en llevar a cabo sus planes de desarrollo económico y cultural.

Krúpskaya jugó un inmenso papel en la formación de la nueva escuela y en la educación política de las masas. En periódicos y revistas aparecían uno tras otro sus artículos sobre los problemas más importantes y debatidos de la

instrucción pública. Escribía sobre la reforma de la escuela secundaria; comentaba una medida tan cardinal del Gobierno soviético como la separación entre la Iglesia y el Estado y la escuela de la Iglesia; resumía las opiniones de Marx sobre la instrucción pública; propagaba el control obrero sobre la enseñanza, y llamaba a los maestros a cobrar conciencia de su misión en la construcción del nuevo Estado.

En toda una serie de artículos, Krúpskaya explicaba que la feliz organización de la instrucción pública era una obra que debía ser atendida no sólo por el Comisariado de Instrucción; en su realización habrían de participar otros Comisariados del Pueblo, los Soviets y todas las organizaciones sociales.

Nadezhda Konstantínovna denunciaba sin cesar a los revisionistas, que pretendían sustituir las tesis marxistas sobre la escuela con abstractas digresiones burguesas acerca de la democratización. Fustigaba a todos los "reformadores" burgueses, que únicamente querían remendar el viejo sistema de educación de la juventud, temerosos de que la nueva doctrina prendiera en los jóvenes. En su artículo *Carlos Kautsky y la unión de la enseñanza con el trabajo*, Krúpskaya escribió: "Los que aprendimos mucho de Kautsky vemos con indignación y amargura cómo hunde su buen nombre en el lodo. Cubriéndose con la toga de fiel discípulo de Carlos Marx, que hizo mucho para popularizar sus ideas, hoy se esfuerza, con sus impotentes y seniles manos, por detener el movimiento de la rueda de la historia, y quiere hacer creer al proletariado que no es tiempo todavía de expropiar a los expropiadores y que lo mejor que puede hacer hoy es volver a poner la cabeza bajo el yugo del capital. ¡Qué malignamente se ha burlado el destino de este anciano, arrancándole el alma de revolucionario y dejándole vivir en los momentos de titánica destrucción del viejo régimen! ¡Compadezcámonos del desgraciado!"

Cada día visitaban a Krúpskaya decenas de personas. Sabía confortar a los cansados, persuadir a los vacilantes y atraer a los jóvenes y viejos. Jamás cedía lo más mínimo en su rigor doctrinal bolchevique y se mostraba dura e implacable con los que obstaculizaban el trabajo, eran perniciosos para el nuevo régimen y hostiles a él. El destacado historiador soviético M. Pokrovski escribió de Krúpskaya en estos términos: "...así como Nadezhda Kons-

tantínovna es una de las fundadoras de nuestro partido, una de las componentes del compenetradísimo círculo que ayudó a Lenin en esta gigantesca obra, en lo que se refiere a la pedagogía marxista es el único fundador... En primer lugar, no todos saben y aprecian como se debe que Nadezhda Konstantínovna era una teórica-pedagoga mucho antes de la revolución y que en ella tenemos al primer especialista pedagógico de nuestro partido. La actividad que desarrolló en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública habría sido irreal e incomprensible si hubiera sido movilizada para el trabajo pedagógico de la misma manera que lo fuimos muchos de nosotros después de la Revolución de Octubre. En rigor, lo que a muchos pancistas les pareció un "arrebato revolucionario" de Nadezhda Konstantínovna no fueron otra cosa que intentos de encarnar en la vida su idea hacía mucho concebida y profundamente meditada, que a veces había expresado por partes en publicaciones ya en los años 1910-1911".

La situación en el país se agravaba más y más. Sobre el Estado socialista se cernía una gran amenaza. Los alemanes exigían una paz anexionista. Vladímir Ilich consideraba necesario aceptar sus condiciones. La paz era entonces cuestión de vida o muerte. Cada día de demora en la firma de la paz amenazaba con una catástrofe bélica. Trotski, que presidía la delegación soviética enviada a Brest-Litovsk, rompió las negociaciones. En el CC a Lenin sólo le apoyó la minoría. Los "comunistas de izquierda" llegaron al extremo de considerar preferible la pérdida del Poder soviético que una paz deshonrosa. El 11 de enero, al votarse la cuestión de la paz en el CC, nueve personas se pronunciaron a favor de la propuesta de Trotski: no concertar la paz y desmovilizar el ejército; siete personas la rechazaron. Dos meses duró la porfiadísima lucha interna en el partido, y sólo cuando los alemanes empezaron a tomar ciudad tras ciudad y presentaron su ultimátum el 23 de febrero, señalando un plazo de 18 horas para contestar a él, cambió la correlación de fuerzas. Triunfó el criterio de Lenin. En el VII Congreso del partido una mayoría abrumadora de delegados aprobó lo que proponía Vladímir Ilich.

A comienzos de marzo se acordó trasladar el lugar de residencia del Gobierno de Petrogrado a Moscú. Los últimos

días que pasó en Petrogrado fueron difíciles para Nadezhda Konstantínovna. No sólo porque tuvo que preparar su Sección del Comisariado para la marcha a Moscú y tampoco porque el trabajo era muy intenso. Lo peor para ella fue despedirse de la ciudad. Amaba a Petrogrado; uníale entrañablemente con él su infancia, su juventud, la fundación del partido y el encuentro con Vladímir Ilich.

Moscú

Un tren especial les llevó a Moscú. De noche, sin embargo, en el tren casi nadie durmió. Vladímir Ilich trabajó durante el viaje. Nadezhda Konstantínovna dio vueltas a la memoria: ¿había hecho todo antes de salir de Petrogrado? Recordó la expresión de amargura de Anna Ilínichna, que les acompañó hasta el tren.

En Moscú, desde la estación se les trasladó al Hotel Nacional. Durante el día, los Uliánov fueron al Kremlin para ver el edificio del Consejo de Comisarios del Pueblo y el apartamento en que vivirían. El edificio del Senado, donde tendría su sede el Consejo de Comisarios del Pueblo, estaba desierto; los funcionarios lo habían abandonado, en su mayoría incluso sin hacer entrega de los asuntos. Subieron al segundo piso, y Lenin, al observar que los techos estaban a seis metros de altura, o sea, que el segundo piso correspondía al quinto de una casa ordinaria, preguntó con inquietud a Bonch-Bruievich si el ascensor funcionaba con regularidad: muchos camaradas padecían del corazón y les sería difícil subir a pie.

El despacho del Presidente del Consejo ya había sido instalado; en las habitaciones contiguas trabajarían los funcionarios de la secretaría, la cancillería y la administración; el apartamento destinado para los Uliánov se hallaba en reparación. A Vladímir Ilich le agradó que fuera contiguo al edificio del Consejo. Mas Nadezhda Konstantínovna movió pesarosa la cabeza: "Sí, muy cómodo, ni descanso, ni intervalo alguno, ¡trabajo completo!"

El hotel elegido para la Sección extraescolar había pertenecido a una rica mercadera. Era una casa suntuosa. La

cancillería ocupó una gran sala de dos filas de ventanas y techo modelado. El despacho de Krúpskaya había sido el de la dueña de la casa; las librerías estaban al nivel del primer piso; circundaba el despacho un balcón esculpido, al que llevaba una elegante escalera de caracol. La sección de bibliotecas ocupó lo que fuera alcoba del ama. Sus funcionarios no pudieron acostumbrarse a los paneles de madera de color limón y al tapizado de seda lila de los muebles.

Fue preciso empezar todo de nuevo, comenzando por acomodar el hotel para el trabajo. Hubo que buscar otras personas que integraran las diversas secciones y comisiones y formar un amplio círculo de activistas sociales en torno de la Sección extraescolar.

Nadezhda Konstantínovna estaba tan poco acostumbrada a disponer de un despacho para ella sola, de secretarias y de condiciones laborales normales que al principio le desalentaron las pretensiones de algunos funcionarios jóvenes. Una vez, en su despacho irrumpió uno de ellos. "No puedo trabajar así. ¡Esto es un desbarajuste!", gritó desde la puerta. Krúpskaya, interrumpiendo la conversación con Zinaída Krzhizhanóvskaya, entornó sus ojos miopes—: "¿Qué ocurre?", preguntó. "¡Qué trabajo es este, cuando ni siquiera tengo mesa de escribir!" Se hizo un breve silencio. "Llévese la mía, por favor, ya me las arreglaré de alguna manera", dijo, de pronto, Nadezhda Konstantínovna. El camarada enmudeció, al tiempo que su rostro enrojecía lentamente. Krzhizhanóvskaya, con pausada voz de bajo, recalcó: "¡Nadezhda! ¿Cómo puedes hacer eso? ¡Si eres la jee-fa!" El joven funcionario salió presuroso del despacho, y Nadezhda Konstantínovna se disculpó turbada: "Tú sabes, Zina, que lo he dicho espontáneamente. La verdad es que necesita mesa".

En el primer período de actividad en Moscú, el centro de gravedad de la labor de Krúpskaya fueron las escuelas para adultos. En el país que había realizado la revolución un inmenso número de obreros y campesinos no sabían leer ni escribir. Sin embargo, ya en aquellos días no dejaba de pensar en los clubes obreros, las bibliotecas y la instrucción politécnica. Su capacidad de trabajo era asombrosa. Se quedaba hasta muy tarde en el Comisariado de Instrucción, ocupándose de los asuntos urgentes; luego, en casa, se dedicaba a la obra de estudio.

Ya en los largos años de emigración, Vladímir Ilich y ella habían ido estableciendo un régimen del día. Lenin trabajaba hasta altas horas de la noche: necesitaba silencio. Nadezhda Konstantínovna se acostaba a las once, pero se levantaba de las cinco a las seis de la mañana y, en las claras horas matutinas, antes de empezar su trabajo cotidiano, podía a veces escribir varios artículos y contestar a bastantes cartas. Siempre desayunaban juntos: Nadezhda Konstantínovna, Vladímir Ilich y María Ilínichna.

La vida en el Kremlin fue normalizándose. El apartamento era cómodo y acogedor: cuatro pequeñas habitaciones. El dormitorio de Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna; el cuarto de trabajo de ella; la pieza de María Ilínichna, y el comedor. A menudo, les despertaban las llamadas telefónicas nocturnas, se recibían telegramas urgentes. La situación del joven País de los Soviets se había complicado. Guerra civil, amenaza inminente de hambre. En Moscú ya se empezaba a especular con el pan. Lenin sostenía una lucha implacable contra los especuladores.

Rara vez lograban los Uliánov pasar algunos ratos juntos. Un día decidieron ir a las colinas Vorobiovy. En Moscú eran pocos los que conocían de vista a Lenin y podían ir tranquilamente a pie o en vehículo por la ciudad y hablar con la gente. Durante uno de estos paseos conversaron con un campesino. Krúpskaya se acercó a él y le preguntó qué tal le iban los asuntos, cómo estaban las cosas con el pan. "Bueno, pues ahora no se vive mal, trigo tenemos mucho y se comercia bien", se franqueó poco a poco el campesino. De pronto, sus palabras revelaron una naturaleza tan bestial de *kulak** que a Nadezhda Konstantínovna se le cortó la respiración. "En Moscú hay hambre, y temen que pronto no habrá nada de pan. Ahora pagan bien por el pan, dan mucho dinero. Pero hay que saber comerciar. Yo tengo unas buenas familias; les llevo la harina y recibo el dinero sin ninguna molestia..."

Vladímir Ilich se arrimó a ellos y escuchó en silencio la conversación. El *kulak* dio unas señas. "¿Dónde está eso?", preguntó Krúpskaya. "¿Cómo, eres moscovita, y no lo sabes?", se asombró el especulador. "No soy de aquí, sino de Petrogrado". "¡A-aah! ¿De dónde ha venido Lenin? Nos está

* *Kulak*: campesino rico que explotaba a jornaleros.

fastidiando a los campesinos. Y no hay quien le entienda. Anda recogiendo por las aldeas máquinas de coser para su señora. A mi hija le han quitado una. Dicen que todo el Kremlin está lleno de máquinas". Cuánto odio cerril había en sus palabras. Por supuesto, no se podía imaginar a Lenin sin apropiarse de algo para sí.

En el mismo Comisariado de Instrucción Pública tenía Krúpskaya que luchar también no sólo por la nueva escuela y por organizar el trabajo con los adultos. Lo que ante todo exigía su esfuerzo era inculcar en los maestros una actitud distinta hacia los alumnos. Lenta, muy lentamente iba poniendo buena cara al maestro a la pedagogía nueva, marxista. La situación en los lugares era difícil. Muchos creían que al Poder soviético le quedaba poca vida y estaban a la expectativa.

El verano de 1918 fue durísimo. Los *kulaks* organizaron sublevaciones y escondieron el trigo. Los alemanes iniciaron una ofensiva; en Vladivostok desembarcaron tropas japonesas y norteamericanas; se sublevó el cuerpo de ejército checoslovaco formado en Rusia. Maduraron numerosos complotos de los guardias blancos. Los eseristas de izquierda desencadenaron el 6 de julio una sublevación en Moscú. Los eseristas de derecha, divididos en grupos de combate, emprendieron la vía del terror.

El 30 de agosto, Vladímir Ilich recibió un telegrama, en el que se le comunicaba el asesinato, a las diez de la mañana, de Uritski, presidente de la Cheka* de Petrogrado. Dzerzhinski salió para allí. Aquel mismo día, Lenin, a petición del Comité de Moscú del partido, debía intervenir en dos mítines: en los distritos Basmanni y Moskvoretski. Krúpskaya, después de la hora del almuerzo, continuó participando en la sesión del Congreso de Instrucción Pública, que se celebraba en la 2ª MGU (hoy, Instituto Pedagógico Lenin).

Terminada la sesión, unos maestros rodearon a Nadezhda Konstantínovna, y todos juntos se dirigieron a la salida. Ante el portal esperaba un automóvil, y Krúpskaya invitó a una maestra conocida: "Suba, le llevaremos a casa". Conducía un chófer desconocido. "Camarada —le dijo Krúpskaya—, primero iremos a Zamoskvorechie, y luego al

* *Cheka*: Comisión extraordinaria para la lucha contra el sabotaje y la contrarrevolución (1918-1922).

Kremlin". El chófer asintió con la cabeza y el automóvil partió rápido.

A Nadezhda Konstantínovna le extrañó que fueran velozmente hacia el Kremlin, pero no le dio tiempo a hacer ninguna objeción. Ante la entrada, el chófer abrió la portezuela y, con un acento raro en la voz, dijo a la maestra: "Aquí tiene usted que salir del coche". Nadezhda Konstantínovna se sorprendió, pero algo inquietante que advirtiera en el rostro del chófer le impidió insistir en el viaje a Zamoskvorechie. A la puerta del edificio del Gobierno les esperaba el chófer de Lenin, Stepán Guil. "Nadezhda Konstantínovna, en la fábrica de Mijelson..." Esto fue bastante para que Krúpskaya comprendiera todo: "¿Vive Ilich?, dígame sólo eso: ¿vive?"

El pasillo se le hizo interminable.

La puerta del apartamento estaba abierta, unos hombres se movían agitados en el vestíbulo. De la perchera pendían varios abrigos. A quien primero vio fue a Yákov Sverdlov; le alarmó la expresión de su rostro. "¿Por qué tiene esa cara? ¿Será posible que haya muerto?", le pasó por la mente. "Había que cruzar una pequeña habitación, pero atravesarla me pareció una eternidad. Entré en nuestra alcoba. La cama de Ilich había sido corrida al centro del aposento; Lenin estaba en ella, pálido, con el color de un cirio. Viome, y al cabo de un minuto me dijo en voz queda: "Has venido, estás cansada. Ve a acostarte". Eran unas palabras absurdas, sus ojos decían algo muy distinto: "Se acabó". Salí de la alcoba para no inquietarle y quedé junto a la puerta de manera que yo pudiera verle sin que él me viera a mí".

Se congregaron los médicos. La primera asistencia la recibió de Vinográtov y Vera Velíchkina (Bonch-Bruievich), luego le reconocieron los profesores Rozánov y Mintz. Su estado era grave. Las balas pasaron muy cerca de arterias vitales, y una le perforó un pulmón. Los médicos temían que hubiese tocado el esófago y prohibieron a Lenin que bebiera, aunque, por haber perdido mucha sangre, le atormentaba la sed. Los médicos se fueron. De la habitación de Lenin salió la enfermera: "Nadezhda Konstantínovna, pide que se acerque usted a él". Entró en la alcoba. Vladímir Ilich esbozó una sonrisa, estuvo callado unos instantes y pidió en voz baja: "Anda, tráeme una taza de té". Cuánto hubiese querido Krúpskaya satisfacer su deseo, pero, ¿y si, en efecto,

estaba perforado el esófago y un sorbo de agua podía acarrear un mal irreparable? Se inclinó cariñosamente sobre el lecho y le puso la mano en la frente: "Tú sabes que los médicos te han prohibido beber". Comprendiendo que su ardid había fracasado, Vladímir Ilich cerró los ojos: "Bueno, vete".

Hora tras hora siguió Nadezhda Konstantínovna sentada en el pasillo, ante la puerta de la alcoba.

A la mañana siguiente, el estado de Lenin era algo mejor. Los médicos, reunidos en concilio, llegaron a la conclusión de que el esófago no había sido afectado y que la hemorragia interna en la pleura se resorbería; era preciso hacer un vendaje para que el brazo izquierdo quedara inmóvil. El profesor Rozánov dio ánimos a Nadezhda Konstantínovna: "No se inquiete. Vladímir Ilich tiene el corazón sano y vivirá".

Durante toda una semana, Lenin luchó valerosamente con las consecuencias de las heridas. Krúpskaya pasó a su lado todos los momentos que tenía libres. Lenin se mostró animoso, y los médicos ya quedaron seguros de que se restablecería. Apenas se sintió mejor, empezó a impacientarse por el trabajo y pidió que se le autorizara a ir al Consejo de Comisarios del Pueblo.

Por las tardes, sentada al pie de su cama, Krúpskaya le comunicaba las novedades más importantes y le hablaba de su trabajo en el Comisariado de Instrucción. Los médicos insistieron en que descansara fuera de la ciudad, y los funcionarios de la administración del Consejo de Comisarios del Pueblo encontraron un buen lugar de reposo: la finca de Reinbot, ex gobernador de Moscú, que estaba a treinta kilómetros de la capital. Un hermoso día otoñal los Uliánov marcharon por primera vez a Gorki. La carretera serpenteaba por entre los campos y bosques de los alrededores de Moscú. Era un día cálido e iban en automóvil descubierto. Tras la última revuelta del camino, en un cerrillo a la orilla del río Pajrá, se alzaba una típica casa de terrateniente, adornada con columnas y rodeada de un parque. Resplandecía el follaje amarillento-rojizo de sus árboles seculares.

En aquellos días de septiembre pasaron por el parque, charlaron con campesinos de la aldea de Gorki e hicieron amistades entre los niños que vivían en los contornos.

Vladímir Ilich se fortaleció. A esto le ayudaron las buenas noticias que se recibían de los frentes: las unidades del

Ejército Rojo habían liberado Kazán, Volsk, Jvalynsk, Simbirsk, Samara, Grozni y Uralsk. El 9 de noviembre de 1918 comenzó la revolución en Alemania.

Habíase ampliado el trabajo en el frente de la instrucción. Krúpskaya dirigía los congresos y conferencias de maestros, trabajadores de las instituciones preescolares y del departamento de educación política. Cada día escribía por las mañanas artículos para periódicos y revistas. Explicaba infatigablemente la política del partido, movilizaba y organizaba a todas las fuerzas para actuar entre las masas. Mas la grave conmoción nerviosa que le produjo el atentado a Lenin y el trabajo sin reposo habían quebrantado su salud. Empezó un acceso de la enfermedad de Basedow.

En noviembre, una tarde que asistía a una reunión en el Comisariado de Instrucción, notó de pronto que en la sala oscurecía rápidamente. Las lámparas estaban encendidas, pero su luz apenas pasaba a través de espesas tinieblas. Miró sus papeles y no vio nada. Le asaltó un pensamiento: "Me he quedado ciega". Para no inquietar a los presentes, susurró a Gópner, llamándola, por costumbre, por su sobrenombre de partido: "Natasha, lléveme de aquí, por favor. Parece que he perdido la vista". Haciendo esfuerzos por mostrarse firme y segura, Krúpskaya se disculpó ante los reunidos y salió de la sala del brazo de Serafima Gópner. Ya en su despacho, llamaron al médico. Después de haberla reconocido, dijo: "Es agotamiento nervioso, una recidiva de la enfermedad de Basedow. Recobrará la vista, pero necesita descansar bien. Lo mejor sería que saliera de la ciudad".

En casa le esperaba Vladímir Ilich, al que Zinaída Krzhizhanóvskaya ya había advertido de todo. La acostaron. Lenin telefoneó a Semashko, Comisario del Pueblo de Sanidad, para aconsejarse sobre el lugar más conveniente al que podría ir Krúpskaya. En los alrededores de Moscú eran pocos los sanatorios, y se decidió que fuese a Sokólniki, donde había una escuela-sanatorio infantil en el bosque. "Allí no tendrás con quien hablar de política", bromeó Lenin.

La escuela estaba en una gran casa de madera, rodeada de bosque. Lenin examinó "con quisquillosidad" la habitación preparada para su esposa y habló con el director de la escuela.

Krúpskaya se hizo amiga de muchos niños. Rodeada de aquella compañía infantil y espontánea, sus nervios comenza-

ron a volver a la normalidad. Vladímir Ilich y su hermana la visitaban con frecuencia, y pronto se ganaron también amigos entre los niños.

1919 estaba a la puerta. Lenin, en una de sus visitas, propuso a Nadezhda Konstantínovna organizar la fiesta del árbol de Año Nuevo. María Ilínichna y él traerían regalos; los adornos para el abeto los harían los propios niños. Quedaron de acuerdo. Desde entonces en la habitación de Krúpskaya trabajó un "taller": se hacían cadenas de papel de colores y juguetitos de adorno.

Llegó el día tan deseado. El abeto se alzaba en el centro de una salita. Esperaban a los queridos invitados, pero transcurría el tiempo, sin que apareciesen. Krúpskaya empezó a preocuparse. Al fin, alguien gritó: "¡El automóvil, el automóvil!" En el vestíbulo entraron Vladímir Ilich, María Ilínichna, el chófer Guil y el camarada guardaespaldas. Este era portador de un gran bidón —el regalo principal— lleno de leche. Los niños saltaron de alegría en torno de ellos. Lenin sonreía, mas Nadezhda Konstantínovna comprendió al instante que algo había ocurrido. Llamando aparte a Lenin, le preguntó: "¿Por qué os retrasásteis?" El se turbó, pero era incapaz de mentir a su esposa. Tuvo que contarle la agresión de unos bandidos, que se llevaron el automóvil.

Aquella divertida fiesta la recordarían los niños toda la vida: juegos, canciones, regalos, el rostro animado y alegre de Vladímir Ilich. Cuando los pequeños se calmaron y se les llevó a dormir, Vladímir Ilich y su hermana relataron a Krúpskaya todo lo sucedido.

En los comienzos de 1919, Krúpskaya se dedicó a preparar el I Congreso de Instrucción Extraescolar de Rusia. En la situación de guerra civil, de hambre y desbarajuste económico hubo que congregarse en Moscú a los trabajadores en la esfera de la instrucción pública. En su artículo *El Congreso de Instrucción Extraescolar de Rusia*, Krúpskaya escribió que no había entonces un solo órgano de los Soviets o del partido que no participara de uno u otro modo en la labor extraescolar, importante e inmensa. Abarcaba las escuelas para la liquidación del analfabetismo, los teatros, las salas de lectura rurales, las bibliotecas, las publicaciones de divulgación y las conferencias. Pese a la falta de gente, estaba creándose un paralelismo interdepartamental que dispersaba más aún las

fuerzas. En opinión de Krúpskaya, el congreso debería coordinar el trabajo, trazar la perspectiva de la actividad de todas las instituciones dedicadas a la labor extraescolar, fijar un plan concreto para el futuro y hacer el balance del camino recorrido.

El congreso se inauguró el 6 de mayo de 1919 en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos, con asistencia de más de 700 delegados del país. Fueron invitados muchos más, pero gran parte de ellos había sido movilizada para incorporarse al frente. Muchos delegados no eran miembros del partido.

En el congreso Lenin dirigió unas palabras de saludo y pronunció un discurso en el que denunció el engaño al pueblo con las consignas de libertad e igualdad. Mostró que sólo en las condiciones de la democracia permanente —la democracia de la mayoría, la democracia del proletariado— nacida del Poder soviético estas consignas estaban encarnadas en los trabajadores.

Krúpskaya presentó el informe *El momento actual y la instrucción extraescolar*. Subrayó la importancia del trabajo extraescolar y del anudamiento de la educación política y la instrucción técnica y profesional; habló de cómo los estratos más amplios y profundos de la sociedad deseaban adquirir conocimientos. Sin embargo, "en la obra de la instrucción extraescolar hemos hecho demasiado poco todavía. Trabajamos aún cada cual por su lado. Hasta ahora no hemos atraído a las masas a esta labor en la medida necesaria... Es indispensable que concertemos el trabajo lo antes posible, porque toda la existencia del Poder soviético depende de que sepamos organizarnos a tiempo".

El congreso se prolongó dos semanas. Los delegados lo consideraron un seminario, una escuela que debía ayudarles en su actividad práctica. Krúpskaya oyó atentamente a los oradores, tomó notas e invitó a muchos delegados a que fueran al Comisariado de Instrucción para entrevistarse personalmente con ella. El congreso aprobó resoluciones trascendentales sobre las escuelas para adultos, las universidades proletarias, el trabajo entre los jóvenes obreros y campesinos, la organización de conferencias, las Casas del Pueblo, los clubes y las bibliotecas. "En una palabra —escribió Krúpskaya—, el congreso sacó la conclusión de que todo el inmenso aparato extraescolar debe servir los

finés de una propaganda comunista más profunda, cuyo objetivo consiste en abrir los ojos de las masas ante todos los fenómenos que se producen en la naturaleza, en la estructura de la sociedad moderna y en su desarrollo”.

El congreso elaboró el reglamento general *Acerca de la organización de la instrucción pública en la República Rusa*. En todos los documentos y resoluciones adoptados había una buena parte de trabajo de Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya.

Evento de extraordinario alcance en la historia universal fue la fundación de la III Internacional Comunista. El 2 de marzo de 1919, en la Sala de Mitrofán del edificio del Gobierno, se inauguró la Conferencia Internacional Comunista, que pasó a la historia como el I Congreso de la III Internacional Comunista, cuya fundación se formalizó el 4 de marzo.

Al congreso asistieron representantes de treinta países, en total, 52 delegados con derecho a voto o con voz consultiva. Krúpskaya recibió tarjeta de invitado. Entre los invitados había muchos camaradas procedentes de diversos lugares. En un intervalo los Uliánov se encontraron con Serafima Gópner, que entonces trabajaba en Ucrania. Vio cómo había adelgazado y lo desmejorada que estaba Nadezhda Konstantínovna, y le propuso que fuera a Ucrania. “Allí ahora no faltan alimentos y el tiempo es bueno. Haremos todo para que descanse bien”. La reacción de Lenin fue instantánea, pero un tanto inesperada para Gópner. “No, no, no es posible —objetó Vladímír Ilich sin pararse a pensar, resueltamente—. Aunque en Ucrania abunden los alimentos, la situación no es tranquila. Además, sin Nadia, pasaré dificultades —e insistió—. No, no, mejor será que no vaya...”

— Era evidente —añadiría Gópner— que a Vladímír Ilich le entristecía la sola idea de separarse de su esposa.

No obstante, unas semanas después Nadezhda Konstantínovna comenzó a hablar de un gran viaje a provincias.

A fines de abril de 1919 se inició el viraje en el Frente Oriental. El Ejército Rojo fue expulsando a los guardias blancos de una ciudad tras otra. Cada victoria era motivo de inmensa alegría, a la vez que exigía llevar a cabo un gran trabajo. Urgía realizar una labor política entre la población de las zonas liberadas.

Cuando se recibió un telegrama que anunciaba la liberación de Ufá, Krúpskaya quiso ir ella misma a estas regiones conquistadas a la contrarrevolución. Por eso, en cuanto fue decidido acondicionar el buque “Krásnaya Zvezdá” (“La Estrella Roja”) para fines de agitación y propaganda por las ciudades del Volga y el Kama, resolvió inmediatamente que iría en él. Vladímír Ilich se opuso, ya que ella se sentía mal. Pero, finalmente, cedió a sus deseos, después de prometerle Nadezhda Konstantínovna que procuraría no agotarse y le escribiría y telegrafiaría con regularidad.

Una tarde Lenin llevó a casa un mapa de la región del Volga que tenía en su despacho. Comprobaron atentamente todo el itinerario y acordaron dónde haría escala el buque, por cuántos días, con quiénes se debía hablar y qué organizaciones habría que visitar.

El buque “Krásnaya Zvezdá” estaba magníficamente dotado; tenía sala de proyección, imprenta, emisora de radio y bastante reserva de literatura. El grupo de propagandistas lo formaban representantes de diversos Comisariados del Pueblo, personas de gran experiencia, preparadas en una buena escuela de educación de las masas. Por el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública iban Krúpskaya y el bibliotecario Tsikulenko.

El 27 de junio los componentes del equipo de propagandistas marcharon en tren a Nizhni Nóvgorod. Vladímír Ilich acompañó a su esposa a la estación de Kursk.

En cada estación, obreros, obreras y soldados rojos asediaban el tren. Tomaban al instante las publicaciones, periódicos, folletos, todo lo que se les ofrecía. Y allí mismo se enfrascaban en la lectura. En todas partes había mucha gente. Los pasajeros, cargados de bultos, pugnaban por meterse en los vagones, subir a los techos, sentarse en los topes.

Por la mañana llegaron a Nizhni Nóvgorod. El buque les esperaba ya en la ensenada de Doskinski. Junto a él se balanceaba una vistosa barcaza pintada de rojo y con carteles de agitación pegados a las bordas. En ella se había instalado el cinematógrafo, el depósito de libros y una pequeña tienda.

Los moscovitas pasaron el día acomodándose en el buque y trabando conocimiento entre ellos. Por la tarde, Krúpskaya estuvo sentada largo rato sobre cubierta, contemplando cómo

el enorme sol de color carmesí descendía lentamente a las aguas del Volga. En rededor reinaba un sereno silencio. De tarde en tarde lo rompían las sirenas de los remolcadores. La noche era cálida, pero no bochornosa. El buque se mecía casi imperceptiblemente. Desde algún lugar se expandía la alargada tonada de una canción rusa. Qué sosiego y sensación de libertad emanaba de la naturaleza circundante... ¡Cuánto hacía que Vladímir Ilich y ella soñaban con viajar juntos por el Volga!

En Nizhni Nóvgorod el "*Krásnaya Zvezdá*" estuvo anclada siete días, que transcurrieron entre mítines, reuniones y charlas con las personas más distintas. El 29 por la mañana fueron al Kremlin de la ciudad: allí, en el Palacio de la Libertad, se celebró una asamblea de funcionarios responsables. Asistieron unos 150, entre ellos muchos obreros promovidos por la revolución a cargos en el partido y los sindicatos. La asamblea duró una hora, aproximadamente. Después marcharon a Sórmovo. En la Casa del Pueblo, cuya sala sólo tenía cabida para 700 personas, se había apiñado cerca de un millar.

Se oyó con profunda atención los discursos de los moscovitas. Krúpskaya habló de las tareas de las escuelas de educación política, del trabajo extraescolar, de la incorporación de muchos activistas a esta labor y del control obrero sobre la escuela. Después del mitin todos se pusieron en pie y cantaron *La Internacional*.

Cuando los moscovitas volvieron al "*Krasnaya Zvezdá*", a pesar de que era tarde, en la ensenada había mucha gente, pues en la barcaza proyectaban una película. Incluso en Nizhni Nóvgorod, gran ciudad industrial, el cine era un espectáculo raro y atraía numeroso público. Entre los adultos andaban al retortero traviesos chicuelos. Sólo al cerrar la noche todo quedó en silencio. Krúpskaya no se acostó en seguida. Anotó sus impresiones en el diario que había decidido escribir durante el viaje e hizo el plan para el día siguiente. Alguien dio unos golpecitos en la puerta de su camarote: "Nadezhda Konstantínovna, hace rato que todos duermen, y es hora de que usted descanse también".

El día siguiente lo dedicó por entero Krúpskaya a asuntos del Comisariado de Instrucción. Estuvo en la Sección provincial de instrucción pública de Nizhni Nóvgorod y por la tarde asistió a la sesión del Soviet urbano, celebrada para

tratar sobre problemas de la instrucción. Oyó atentamente el informe dedicado al trabajo extraescolar, percibiendo que allí se habían trazado una línea correcta: hacer hincapié en los distritos obreros. Pero faltaban hombres, dinero y publicaciones...

El 1 de julio, Krúpskaya, como otros moscovitas, tuvieron que intervenir dos veces: en el mitin de los trabajadores del transporte fluvial y, luego, en un mitin de toda la ciudad. Le entusiasmaron los discursos de los marineros y obreros. "Qué bien se ha aprendido a hablar en Rusia", escribió en su diario. Al mitin urbano acudieron unas mil quinientas personas. A la puerta del local recibió y saludó a los moscovitas una delegación de jóvenes con bandera. A Krúpskaya, sentada en la presidencia, le entregaron una nota: el Consejo de mujeres le pedía que se quedara para asistir a una velada de despedida de 45 enfermeras que marchaban al frente. Eran obreras que habían hecho cursillos especiales. ¿Cómo podía negarse Nadezhda Konstantínovna?

La organizadora de las mujeres, A. Gulévich, contó a Krúpskaya que, aunque sólo llevaban trabajando dos meses, más de un centenar de mujeres participaban ya en la labor de agitación. Iban a las fábricas, a los talleres, celebraban asambleas y sostenían charlas individuales.

Rodeando a Krúpskaya, las mujeres le pidieron: "Háblenos de Lenin". Y ella les contó episodios de su vida y lucha. Mucho de lo que dijo fue un descubrimiento para las jóvenes obreras. Nadezhda Konstantínovna notó cómo absorbían cada una de sus palabras. A la ensenada, hasta el buque, le acompañó una muchedumbre femenina.

Las mujeres, aquellas mujeres adormecidas e ignorantes, que en el pasado rara vez pensaban en algo que se saliera del marco de sus miserables viviendas, ya hablaban viva y apasionadamente de casas-cuna, de los sindicatos, de la ayuda al frente y de la derrota de la contrarrevolución. Como las demás noches, Krúpskaya quedó preparándose para la jornada siguiente: tendría lugar la asamblea urbana de maestros.

Se reunieron unos cuatrocientos maestros de las escuelas de primero y segundo grados. Krúpskaya desarrolló un informe sobre el planteamiento general de la instrucción pública en Rusia, hablando más en detalle de la escuela

laboral. Empezaron a intervenir los maestros y en seguida saltó a la vista que el magisterio, en su inmensa mayoría, estaba a la expectativa, permanecía ajeno a la lucha general o seguía a los eseristas de derecha. Sólo dos maestros se pronunciaron en apoyo de la política del Gobierno soviético y de la escuela laboral. Los demás se lamentaron de la difícil situación económica y de la abundancia de innovaciones en la enseñanza, que no comprendían ni aceptaban. Subió a la tribuna un miembro de la antigua Unión de Maestros de Rusia. Declaró sin ambages que la escuela no debía cambiar su carácter de clase. Por supuesto, se debía facilitar que a la escuela de segundo grado fueran los alumnos más capaces de procedencia proletaria, pero que era una utopía suponer que el hijo de un obrero o un campesino podría estudiar cinco años en la escuela de primer grado. El orador terminó su perorata exigiendo un racionamiento más abundante, aumento de sueldos y vacaciones dobles.

En sus palabras de clausura, Nadezhda Konstantínovna dijo que la situación del magisterio sería mejorada, pero que debía prepararse, y prepararse seriamente, para la situación en que los hijos de los obreros y campesinos, todos sin excepción, no sólo terminarían los estudios en la escuela de primer grado, sino también en la de segundo grado.

Aquella tarde Krúpskaya permaneció unas horas sentada sobre cubierta. Sentíase cansada. Sería difícil, arduo, lograr que todos los intelectuales se inclinaran hacia las masas proletarias, extirpar la actitud de menosprecio al "tosco campesino". Sería difícil que los maestros enraizaran en la nueva vida.

A la mañana siguiente Krúpskaya estuvo en la Sección de instrucción pública de Sórmovo. En Sórmovo, distrito proletario, vivían decenas de millares de familias obreras, allí se podía formar un inmenso núcleo de activistas obreros. Sin embargo, la Sección de instrucción pública ocupaba una isba diminuta y trabajaba en completo aislamiento de las masas. Las dos Casas del Pueblo del distrito sólo se utilizaban para espectáculos públicos. Únicamente había abiertas cuatro pequeñas bibliotecas, y en ellas treinta mil libros estaban arrinconados, por no haber sitio donde colocarlos.

A Nadezhda Konstantínovna le enseñaron con orgullo el club obrero, instalado en un cómodo hotel antiguo. Tenía salón de té y una pequeña sala de lectura; había juegos de

damas y ajedrez. El encargado mostró a Krúpskaya toda la casa y lamentó que no hubiera hecho la visita por la tarde, pues habría visto el club lleno de gente.

Como lo había presentado Lenin, a Nadezhda Konstantínovna no le quedaba nada de tiempo para descansar. Incluso se alimentaba a ratos perdidos y como podía.

Apenas volvió de Sórmovo, tuvo que ir a Kanávino, otro distrito obrero, donde la esperaban para que hiciera un informe a los jóvenes: *El papel de la juventud comunista en la construcción de la nueva vida*. A oír a Krúpskaya acudieron jóvenes y adultos. "Después de la charla —escribió Nadezhda Konstantínovna en su diario— se acercó a mí una mujer ya madura, con pañuelo negro a la cabeza y rostro simpático y bondadoso. Empezó por agradecerme el informe. "Ha dicho usted todo muy bien, hasta he llorado". La pregunté: "¿Por qué ha llorado?" "Tenía un hijo de diecinueve años, era comunista, claro, se fue al frente, y lo han matado... Sé que es por una causa justa, pero siento pena". Enjugóse las lágrimas con una punta del pañuelo. Después, cuando ya me iba, acompañada por los jóvenes, se me acercó otra vez: "Mi hijo menor tiene trece años, vino junto a mí y me ha dicho: "Mamá, lo entendí todo". Tan pequeño, y ya comprende, también es comunista".

Krúpskaya visitó una escuela especial del partido. En su jardín, ante el edificio, se reunieron unos cien alumnos y todos los profesores. Al tiempo que saludaba a los jóvenes, se iba fijando en sus rostros animosos, en los ojos ardientes de entusiasmo. Un soldado rojo barbilampiño tomó la palabra, y dijo: "¡Juramos —su templada voz juvenil se elevó impetuosa— entregar la vida por la República Soviética!" Luego todos cantaron fervorosamente *La Internacional* y *La Varsoviense*.

Por la tarde, Krúpskaya asistió a otra reunión de jóvenes: los oyentes de los cursos especiales de educación extraescolar que trabajaban en Nizhni Nóvgorod. De los ochenta oyentes, el 15% eran obreras. Nadezhda Konstantínovna habló mucho con ellos, y después todos la acompañaron hasta el buque.

Aquella misma tarde levó el ancla el "*Krásnaya Zvezdá*". Krúpskaya estaba apoyada en el frontal de la borda. La estrecha franja de agua entre la banda del buque y el muelle fue agrandándose. El atracadero iba quedando más y más

atrás. Ante los pasajeros se ofreció el panorama de la ciudad, coronada por la muralla y las torres del antiguo Kremlin. En el barco todo se hizo silencio únicamente al despuntar el alba, cuando en el cielo ya se había encendido la aurora.

El "*Krásnaya Zvezdá*" hizo escala primeramente en Rabotki, un pueblo grande. Krúpskaya vio enjambres de hombres y niños (¡cómo iban a perderse aquel acontecimiento!) que asediaban la barcaza y recibían periódicos y folletos.

Los moscovitas conocieron a los miembros de la célula del partido en el pueblo. Sólo eran seis, pero todos ellos firmes y dinámicos; cada uno ocupaba algún cargo social. La Sección de instrucción pública la dirigía un mozo muy joven, que había sido actor. Le era difícil trabajar, porque nadie de la provincia ni del distrito iba por allí y no recibía ningunas instrucciones. Krúpskaya le propuso pensar juntos cómo iniciar las tareas. "Aquí tienen Casa del Pueblo, mas por qué sólo la utiliza como escenario. Organice conferencias, consultas sobre cuestiones políticas y económicas. Quizás se pueda empezar con la lectura de periódicos en voz alta".

En la biblioteca, Nadezhda Konstantínovna examinó las fichas de lectores, cuidadosamente llenas. "¿Cómo puede ser así? —habló Krúpskaya a la bibliotecaria, que era muy joven—: A los mayores, cuentos, y a los chicos, *El Diablo*, de Tolstói. No olvide que su misión no consiste simplemente en entregar cualquier cosa, sino en propagar el libro y moldear el gusto del lector".

En la escuela, a Krúpskaya le agradó el maestro de ciencias naturales, pues en su clase los chicos aprendían incluso empleando el microscopio, cuando no lo había siquiera en la mayor parte de las escuelas de Moscú. Para los maestros no era nada fácil enseñar. En la escuela de segundo grado los alumnos tenían de 14 a 19 años de edad. "Me lo han dicho claramente —explicó una maestra—: queremos estudiar economía política e historia de la cultura. ¿Y de dónde voy a sacar la literatura sobre esto? Les leo lo que he podido encontrar. En invierno estudian bien, mas después de la Pascua, los pequeños se quedan y los adolescentes se van en busca de un jornal".

La noticia de que había llegado la esposa de Lenin se extendió instantáneamente por el pueblo. En la calle detuvieron a Krúpskaya cuatro mujeres de la provincia de Vladímir. Su aspecto denotaba agotamiento, extenuación. En

su aldea el hambre era pavorosa y salieron de allí para comprar trigo en otra provincia. Los kulaks del lugar las conocían, pues el marido de una de ellas formaba parte de uno de los destacamentos de obreros y campesinos que velaban por el cumplimiento del sistema de contingentación de cereales y forrajes. Por eso, no les vendían trigo, soltándoles con desdén: "Preferimos dárselo a las bestias".

Así apareció ante Nadezhda Konstantínovna la vida rural después de la revolución. Uno de los participantes en el viaje, Víctor Voznesenski, miembro del partido desde 1912, describió un episodio en Rabotki. Acompañada por él y otros jóvenes, Krúpskaya iba por el ribazo del río, empinado y arcilloso. Hacia arriba serpenteaba una vereda, que se perdía en una loma ribereña. Nadezhda Konstantínovna andaba con dificultad, mas procuraba disimularlo para que no lo notaran los jóvenes. "Descansemos un poco", propuso a sus acompañantes al llegar a lo alto.

"Nos sentamos sobre la hierba verde —escribió Voznesenski—. Enfrente mismo de nosotros se alzaba la aldea de Peschery, bastante grande, pero poco atrayente. Hasta ella habría unos cuatrocientos metros. Abajo, se veía bien la ancha lumbre del río, y detrás de él, bosques y bosques... Entre ellos plateaban sin brillo las aguas de un lago. El buque y la barcaza estaban a la orilla, y desde arriba se los distinguía muy bien, en relieve: la nave blanca y la barcaza encendida de rojo. Krúpskaya, con la mano a modo de visera, oteaba meditabunda el paisaje extendido más allá del río.

— ¿Estuvo alguna vez en el extranjero? —me preguntó, y mordisqueaba el tallo de una hierbecita seca.

— No, nunca estuve en ninguna parte.

— Pues yo miro este paisaje —y señaló con la cabeza la otra parte del río— y me parece mucho mejor que todas las Suizas. Bueno, vamos, que ya es hora.

Nos encaminamos hacia la aldea. Allí Sasha Lemberg ya andaba a vueltas con un perrito. Se quitó una zapatilla y le amenazó, pero el chucho siguió ladrándole, sin retroceder. Sasha saludó a una mujer que sacudía unos sacos:

— Mandad a los chicos a nuestro buque y venid vosotras mismas. ¡Daremos cine!

— Sí, sí que os los vamos a mandar —le contestó la mujer—. El año pasado los blancos también llevaron a

nuestros chicos al barco, se fueron con ellos, y desde entonces, ni señales de vida.

En otra isba, junto a una ventana, estaba sentado un anciano de larga barba blanca.

Sasha se acercó a la ventana:

— Oye, abuelo, ¿te has enterado de que la gente se ilustra?

— Qué más me da a mí vuestra ilustración, con vuestra ilustración ya llevamos año y medio sin kerosén.

Se anudó la plática. Entramos en la isba. Hablamos de la familia, de los hijos. Nos dijo que tenía cuatro hijos en el Ejército Rojo.

— Y tú, ¿eres casada o viuda? —preguntó el anciano a Krúpskaya.

— Es casada —contesté por ella—. ¿Y sabes quién es su marido? ¡Lenin!

— ¡Oh! —el viejo volvió rápidamente la espalda a la ventana—. ¿No me mientes? El más grande de los grandes, ¿ése es tu marido? ¿Por qué él mismo no ha venido contigo?

— No puede, está muy ocupado —contestó tranquila Nadezhda Konstantínovna.

— Sí, claro, tiene muchos asuntos —coincidió el abuelo—. ¿Y qué dice del futuro? ¿Eh?...

— Pues dice que venceremos a Kolchak, luego pondremos fin a la guerra y construiremos una economía nueva —repuso reflexivamente Nadezhda Konstantínovna.

— Sí —confirmó el anciano—, eso mismo escribe Petruja desde el Ejército Rojo. “Venceremos, asegura, y arreglaremos la vida”.

Krúpskaya siguió charlando calmadamente con él. Su sencillez y cordialidad cautivaron del todo al anciano. Levantóse, se puso unos zapatos rotos y declaró:

— Iré a vuestro barco, y también al cine. Y ahora voy a llamar a los de la aldea. A mí sí que me escuchan.

Nos despedimos. Frente a la ventana pasó Lemberg, corriendo.

— ¡Eh, tú, camarada pies desnudos! —gritó el viejo—. ¡Espera nuestra visita!

El anciano no nos había engañado. Fue él mismo y llevó a la gente. Los hombres andaron por el buque, dieron un vistazo a la exposición y “miraron el cine”.

La gran tensión de los días pasados en Nizhni Nóvgorod y los primeros encuentros en las aldeas no tardaron en dar que sentir.

Nadezhda Konstantínovna hubo de guardar cama. Sonriendo con expresión de culpabilidad a la amonestación del médico de a bordo, dijo: “No sé hacer las cosas a medias”. Tuvo que subordinarse a sus prescripciones, tomar las medicinas y descansar. Por tres días quedó acostada en el camarote, mas al arribar el buque a Cheboksari fue a la ciudad, pasó todo un día en una reunión del Comité Ejecutivo del Soviet, estuvo en la Sección de instrucción pública y asistió a los cursos de agricultura e instrucción extraescolar organizados para los maestros. En su diario escribió con orgullo: “En Cheboksari se realiza trabajo entre las mujeres. Dedicamos gran atención a los niños y a la instrucción pública, como se hace casi siempre que el comité ejecutivo está encabezado por obreros”.

Pronunció un informe a los maestros y le alegró mucho que la mayoría de ellos “se apoya sobre la plataforma del Poder soviético”. A pesar de la fatiga, no pudo contenerse y marchó con otros oradores a participar en un gran mitin obrero convocado en Márinski Posad.

En Kazán, cartas de Vladímir Ilich, de María Ilínichna y del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública esperaban la llegada de Nadezhda Konstantínovna. De toda la correspondencia entre Lenin y Krúpskaya sólo se han conservado estas pocas cartas y telegramas correspondientes al período del viaje del “*Krásnaya Zvezdá*”. Nadezhda Konstantínovna guardó amorosamente dos cartas de Vladímir Ilich, y sólo al cabo de algunos años, sometiéndose a la resolución del CC según la cual todos los documentos leninistas debían estar depositados en el archivo del Instituto de Lenin, entregó al mismo dos hojas amarillecidas por el tiempo.

Lenin le escribió a Kazán: “Querida Nadiushka: Me alegro mucho recibir noticias tuyas. Ya había enviado un telegrama a Kazán y, como no tuve respuesta a él, mande otro a Nizhni, de donde han contestado hoy que el “*Krásnaya Zvezdá*” debe hacer escala en Kazán el 8.VII y estará allí un día, por lo menos. En ese telegrama preguntaba si sería posible darle un camarote a Gorki en el “*Krásnaya Zvezdá*”. Gorki llegará aquí mañana y yo desearía mucho sacarlo de Petrogrado, donde está con los nervios

deshechos y se ha aplanado. Espero que a ti y a los demás camaradas os encantará viajar con Gorki. Es un muchacho muy agradable, un tanto caprichoso, pero eso no tiene importancia.

Leo las cartas de petición de ayuda que te llegan a veces, y procuro hacer lo que puedo...

Te abrazo fuertemente, te ruego que escribas y telegrafíes con más frecuencia.

Tuyo, V. Uliánov

NB: Obedece al médico: come y duerme más; así para el invierno estarás en *perfectas condiciones de trabajar**.

A una carta de Zinaida Krzhizhanóvskaya, en la que le preguntaba si se disponía a regresar y cuál era la suerte del artículo que había prometido escribir para el Día de la propaganda soviética, a la vez que le informaba sobre los asuntos corrientes, Krúpskaya contestó: "Querida Zinusha: Gracias por tu carta, que sólo recibí ayer. Me he metido de cabeza en el trabajo, son muchas mis nuevas impresiones. Ahora no me es posible regresar; el buque, seguramente, irá al Frente Sur, aguas abajo del Volga, y de ningún modo puedo marcharme actualmente. Dejad de preocuparos de mí y comprended que me he pasado diez años en el extranjero, y luego dos en el centro, y deseo apasionadamente sumergirme en lo más hondo de la vida en provincias. La vemos de cerca. Lo único que hay de malo es la pesada vida en el buque. De noche nos lleva de un lugar a otro, y de día está anclado y corremos con la lengua fuera de instituciones a asambleas. El calor es tremendo. Y como con nosotros viajan 180 personas más, en el buque dura el rumor hasta las dos o las tres de la madrugada. Me miman de mil modos; no obstante me las he ingeniado para caer en cama, y sólo hoy estoy algo recobrada. En el buque me traen al retortero: apenas me echo a descansar, y recibo una esquila de los obreros del transporte fluvial: "que nos diga aunque sólo sean dos palabras, y si no las puede decir, que por lo menos se deje ver". Y claro, hay que ir a hablarles. Se me fue completamente de la cabeza que debo escribir para la revista, y no escribo nada, sólo apunto las impresiones. He asistido a muchas asambleas y cursos de maestros. Las cosas no van

* V. I. Lenin. A N. K. Krúpskaya. 9.VII.1919. O.C., t. 55, págs. 373, 374.

mal. Incluso en lo de la escuela laboral única, el asunto no está nada feo. He tenido ocasión de conocer a un activista de la instrucción extraescolar (en Kozmodemiansk) que me ha encantado. Fue muy interesante lo que dijo de las formas en que se puede llevar la instrucción extraescolar a la calle en las aldeas. Por cierto que en el distrito de Kozmodemiansk los que realizan la instrucción extraescolar están obligados a conocer todos los decretos que deben explicar en los lugares. No estaría mal adoptar esto como norma general. En todas partes por los Soviets hay desparramados obreros de Petrogrado, que son de ordinario los propulsores más dinámicos de los principios del Poder soviético. Mas, en general, en los lugares no hay gente, y por eso no se debe sacar funcionarios de ellos, porque entonces allí el trabajo se vendrá completamente abajo.

Se deja sentir el estar tan aislados de Moscú, a veces incluso me aburro por la falta de costumbre. Esto son naderías, por supuesto.

Bueno, os deseo salud a todos.

La verdad es que no sé la fecha fijada para el Día de la propaganda soviética.

Muchos besos

N. K."

El día que llegó el "*Krásnaya Zvezdá*" a Kazán, los periódicos locales anunciaron que Krúpskaya intervendría por la tarde en un mitin de intelectuales en la Universidad.

El paraninfo de la Universidad, una de las más antiguas de Rusia, estaba de bote en bote. Había gente sentada en las peanas de las ventanas, y de pie, arrimada a la pared o en los pasillos. Se congregaron unas setecientas personas: maestros, estudiantes, obreros, funcionarios del partido; resaltaban los pañuelos de las aldeanas y las barbas cerradas de los campesinos.

El mitin se alargó mucho. Los oradores hablaron con fervor, con vehemencia. Finalmente, cuando el público empezó a marcharse, unas cien personas formaron un apretado anillo en torno de Nadezhda Konstantínovna, acosándola a preguntas y pidiéndole que transmitiera saludos a Lenin. Ya sentada en el automóvil, Krúpskaya siguió contestando a preguntas y estrechando las manos que le tendían de todos lados.

Al día siguiente hicieron muchos descubrimientos desagradables. Resultó que en aquella ciudad grande, con Universidad, sólo estaban abiertas las antiguas bibliotecas privadas, en tanto que 300.000 tomos de los libros requisados en bibliotecas urbanas y provinciales los tenían amontonados en el Palacio Obrero, por falta de locales para bibliotecas y salas de lectura. Disgustó también a Krúpskaya que en los cursos de cuatro meses sobre instrucción extraescolar se estudiara un programa incoherente y leyeran las conferencias personas casuales.

Krúpskaya logró disponer de tiempo para visitar algunas escuelas y residencias infantiles, comprobando que sus edificios habían sido ocupados por el Comisariado de Guerra, mientras que los cuarteles estaban vacíos. Lo único que le alegró fue ver que la enseñanza no estaba mal organizada y que los maestros tenían experiencia y comprendían bien, en lo fundamental, las tareas del momento.

Por la tarde, en el buque, al hacer el balance de la jornada y fijar el plan para el día siguiente, Krúpskaya tuvo que porfiar con Mólotov. Cuando ella dijo que se proponía ir por la mañana al distrito, Mólotov contestó: "No se lo permito. Le pido que no vaya, Nadezhda Konstantínovna, no olvide que las fuerzas humanas tienen un límite. Puede ir cualquier otra persona". Krúpskaya le replicó: "No puede impedírmelo. Es un asunto de suma importancia. Y no vamos a discutir, pues de todos modos iré". Trató de convencerla, se lo rogó, pero Nadezhda Konstantínovna se mantuvo firme en su propósito.

Sin duda, Mólotov se quejó ante Vladímir Ilich de que Krúpskaya trabajaba sin descanso ni intervalos, ya que momentos antes de zarpar de Kazán el buque, ella recibió otra carta de Lenin, en la que mostraba su inquietud y preocupación.

"15/VII.

Querida Nadiushka: Aprovecho el viaje de Krestinski a Perm para escribirte. Tal vez llegue a tiempo.

Ayer recibí un telegrama de Mólotov desde Kazán, y le contesté, de modo que tú deberás recibir la respuesta antes de la salida de Kazán, fijada, según me dijeron, para las tres de la noche.

Por Mólotov me enteré de que, en efecto, has tenido un ataque cardíaco. Eso significa que trabajas *desmedidamen-*

te. Debes observar con más rigor las normas y obedecer bien a los médicos.

¡De lo contrario no estarás en condiciones de trabajar en el invierno! ¡No lo olvides!

Sobre los asuntos en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública ya te he teleografiado.

La situación en los frentes del Este es magnífica. Hoy me he enterado de la toma de Ekaterinburgo. En el Sur se ha producido un viraje, pero aún no se advierte un cambio favorable. Esperamos que lo haya.

No pude convencer a Máximo Gorki de que hiciera el viaje, aunque puse empeño en ello.

Ayer y anteayer estuve en Gorki con Mitia (que se encuentra aquí por cuatro días) y Ania. Florecen los tilos. Descansamos bien.

Te abrazo y beso fuertemente. Te pido que descanses más y trabajes menos.

Tuyo, V. Uliánov" *.

Krúpskaya no abandonó su propósito de ir al distrito, y así se lo dijo a Mólotov: "Las quejas no le ayudarán. Debe comprenderlo usted: ¿Cuándo volveré a tener ocasión de ir a sitios tan apartados! ¡Quiero ver todo por mí misma!"

Al día siguiente, Krúpskaya salió para el distrito. El cielo estaba despejado. Fueron en automóvil descubierto, a lo largo de la ribera del Volga.

Primeramente visitaron una antigua hacienda en la que funcionaban los cursos sobre instrucción escolar y extraescolar. Era una casa grande y clara, en la que vivían y estudiaban 250 maestros y maestras. El orden en la casa era ejemplar. Por las tardes, los oyentes de los cursos trabajaban en la huerta y en el jardín. Allí todo estaba organizado a base del autoabastecimiento. A Krúpskaya le agradaron las clases y los propios alumnos.

Luego estuvieron en los cursos para maestros tártaros, en los que se capacitaban trescientas personas.

Todos los maestros del distrito debían asistir obligatoriamente durante el verano a los cursos, lo cual repercutía favorablemente en su preparación. De esto hizo Krúpskaya especial mención en su diario de viaje.

* V. I. Lenin. A N. K. Krúpskaya. 15.VII.1919. O.C., t. 55, pág. 377.

Con afán incansable, escrutaba la vida circundante. Aprendía y enseñaba. No escribió nada a Zinaída Krzhizhánovskaya de lo violento que había sido el "mitin de intelectuales" en Chístopol. Acudieron unas mil personas. Tranquilamente, aunque intuía una hostilidad agazapada, Krúpskaya hizo el informe *La intelectualidad y el Poder soviético*. Los aplausos fueron tibios y vacilantes. Después de una corta pausa embarazosa, se levantó un hombre con lentes, una barbita absurda y camisa sucia. Se presentó a sí mismo poco menos que como una personalidad de la escuela superior y de la pedagogía científica. Empezó diciendo que la informante tenía razón, por supuesto, en lo concerniente a la escuela laboral, pero en seguida rompió a hablar de las crueldades de la Cheka, de encarcelamientos injustos y de que no podía expresar libremente su opinión en la prensa. Le respaldaron algunos maestros de evidente corte eserista de derecha.

"Fue preciso —se lee en el diario de Krúpskaya— referirme en las palabras de clausura a la libertad de prensa burguesa y explicar por qué en nuestro país no hay libertad de prensa, por qué es necesario aplastar la resistencia de la burguesía y de los guardias blancos por medio de las comisiones extraordinarias. K.* se amustió, los pequeños burgueses se mordieron la lengua y alguno que otro maestro intentó justificarse".

Nadezhda Konstantínovna volvió fatigada al buque, con un peso en el corazón. Cuántos enemigos, cuántos pancistas estaban en acecho todavía hasta ver quién quedaba señor del campo. Inesperadamente, llamaron a la puerta del camarote: "Nadezhda Konstantínovna, ahora se celebrará otro mitin a la orilla del río. ¿Irá usted?" Krúpskaya preguntó: "¿Quiénes se reúnen?" "Soldados rojos. Ha atracado un barco con dos millares y medio de combatientes". Krúpskaya salió a cubierta. Una muchedumbre cubría la orilla del río. Soldados rojos alineados y, rodeándoles, obreros de las empresas locales. Los oradores subían, uno tras otro, a la alta pasarela de tablas. Los soldados rojos juraban que no vacilarían en dar la vida por el Poder soviético. "La tarde era apacible —escribió Krúpskaya. El ambiente, todo, creaba una grandiosa y potente vinculación entre los oradores y la muche-

* Krestinski.

dumbre. Resonaron vigorosos los acordes de *La Internacional* y, a continuación, de *La Varsoviense*. Veíase que eran siberianos. Tardaré mucho en olvidar este mitin".

El "*Krásnaya Zvezdá*" navegaba lentamente de ciudad en ciudad y de pueblo a pueblo. Lugares recientemente reconquistados a los guardias blancos. Amargura, miseria, casas y escuelas destruidas, bibliotecas incendiadas, tumbas en las que acababan de ser sepultadas las víctimas del terror blanco. Krúpskaya observaba con dolor que los maestros, a menudo aún, se iban con los guardias blancos. Sin embargo, los que se quedaban convertíanse en auténticos luchadores por la causa justa, por la política del partido. Elabuga, la fábrica de Bondiuzha, Nikolo-Beriózovka, la fábrica de Kambárovo, Sarapul... Entrevistas, mítines, charlas, reuniones...

Qué grato es ver al frente de las masas a un antiguo militante del partido, a una persona a la que se conoce y en la que se tiene completa fe. Por ejemplo, en Nikolo-Beriózovka el comité ejecutivo del Soviet rural lo dirigía S. Borísov, miembro del partido desde 1908 y, más tarde, delegado al IX Congreso del PC (b) de Rusia. Después de un mitin, conversó largamente con Nadezhda Konstantínovna. Encanecido, con el rostro cubierto de arrugas, preocupado, Borísov dijo: "Hemos echado a los blancos. Empezamos a poner en orden la economía. Me inquieta mucho el trabajo cultural y educativo. No tenemos todavía ni club ni Casa del Pueblo. Y no sabemos aprovechar las bibliotecas. Gracias a que por lo menos hay suficientes escuelas y maestros. Hay una cosa que desearía expresarle, Nadezhda Konstantínovna: es muy importante que haya venido usted por aquí. Ahora, en todo el distrito entre los campesinos corre de boca en boca que desde el centro deberían venir a vernos con más frecuencia. Esto tiene gran importancia..."

En Sarapul, una tarde, ante la puerta de su camarote resonó de pronto el tintineo de espuelas y la voz profunda de un jefe militar: "Quisiera hablar con Nadeshda Konstantínovna". Era Azin, el legendario jefe de división. Krúpskaya, con gran sorpresa, le oyó decir: "Soy Azin, narodovólets* por convicción". Sólo tenía 24 años, pero parecía más

* *Narodovólets*: así se llamaba a los miembros de Voluntad del Pueblo, organización de los populistas revolucionarios en los años 70 del siglo XIX.

joven aún. Era el jefe predilecto del Ejército del Este. Se había ganado el cariño de los soldados rojos por su abnegado valor y su ingenuo "comunismo de los soldados". Krúpskaya habló dulce y afectuosamente con este héroe, aunque a veces le fue difícil contener la sonrisa al oír sus reflexiones sobre la guerra "alemana" (así llamaba él a la guerra imperialista). Hubo momentos que en algunas de sus palabras brotaban la crueldad y el rencor. Nadezhda Konstantínovna pensó que aquel hombre debería estudiar mucho todavía para ser un verdadero comunista. Antes de que transcurriera un año el heroico jefe de división sería asesinado ferozmente por los blancos.

Vótkinsk. Los blancos abandonaron esta ciudad a mediados de junio. De sus 40.000 habitantes sólo quedó la mitad. Hacía mucho que no se recibían periódicos, no había radio.

La gente vivía de rumores y relatos de testigos. Los destacamentos punitivos actuaron con implacable crueldad. Mataban a tiros a los adolescentes que eran miembros del club juvenil. Se enseñaron con todos: hombres, mujeres, ancianos y niños. Oyendo aquellos espantosos relatos y mirando atentamente los rostros de hombres y mujeres que esperaban ayuda y consejos, a Nadezhda Konstantínovna le atraía cada vez más la idea de quedarse en los Urales, de trabajar en la entraña misma de la vida del pueblo.

Escribió una carta a Vladímir Ilich, preguntándole cómo vería que ella viviese y trabajara por algún tiempo en los Urales. Vaciló en enviar la carta, pero al fin lo hizo y quedó a la espera de la respuesta de Lenin.

El buque arribó a Perm. Incluso a esta gran ciudad no llegaba la prensa, y por allí corrían bulos fantásticos, como los de que Moscú había ardido, que Petrogrado lo tomaron los guardias blancos y otras cosas por el estilo. Era muy necesario que hablaran los moscovitas. Krúpskaya hubo de volver a guardar cama. Otra vez le falló el corazón. Eran consecuencias del agotamiento físico y nervioso. A su camarote iban constantemente camaradas: a conversar, pedir consejo o comunicar algo interesante.

Un día se presentó un militar desconocido; era alto y llevaba un lazo rojo sobre el pecho. "Soy Popov —dijo con profunda voz de bajo—, agitador de la 1ª Batería. Quisiera pedirle que venga a hablar en nuestro regimiento". "No me siento completamente bien —se disculpó Krúpskaya—, y

temo que me falten las fuerzas para intervenir ante un gran auditorio". Sin embargo, el militar fue tan persuasivo que ella no se pudo contener y aceptó la petición.

A la mañana siguiente Popov fue a buscar a Nadezhda Konstantínovna. En el embarcadero esperaba un birlocho. Se han conservado cuadros de película en los que se ve a Nadezhda Konstantínovna y Popov en el carruaje. Ella sonríe y habla animadamente de algo. Durante el trayecto se enteró con asombro de que el agitador bolchevique había sido cura antes de la revolución, aunque cura rebelde. En el monasterio le castigaron a pelar patatas por haber defendido a León Tolstói. Al enterarse de que había estallado la revolución, dejó a su mujer y los cuatro hijos que tenía y marchó a unirse con los bolcheviques. Ante Nadezhda Konstantínovna se mostró el alma grande y hermosa de un hombre sincero y con inquietudes.

El último mitin en que intervino durante este viaje, Krúpskaya lo describió con estas palabras: "Tuve que hablar no ante un batallón, ni tampoco ante doscientas o trescientas personas, como yo había creído. Acudieron seis mil, todos eran soldados rojos de la ciudad. Difícilmente oiría alguien lo que yo dije, pero el mitin fue interesante en extremo. El cura de poco antes era un orador extraordinario. Aunque recurrió a comparaciones bíblicas, como la de que "los bolcheviques, al igual que los apóstoles, se han unido al pueblo para llevarle la luz de la verdad", en general habló juiciosamente y se pudo apreciar bien la gran significación de su discurso. "¿Y qué piensa del bautismo?", preguntó un soldado rojo. "¿Del bautismo? Para hablar en detalle de esto harían falta dos horas, pero, brevemente dicho, sólo es un engaño". La gente le escuchaba atenta: ¿quién sino un antiguo cura podía saberlo mejor? Era evidente el gran alcance propagandístico de los discursos de este cura-agitador. Recuerdo también las palabras de un jefe del Ejército Rojo. "Nuestro país es invencible respecto al espacio y la cuadratura", dijo. Más tarde, al contarle yo esta intervención, Vladímir Ilich opinó que esa idea, aunque errónea de forma, era muy justa. La República Soviética Húngara no habría sido vencida tan rápidamente de no ser tan pequeña, ya que Budapest estaba, como máximo, a 60 verstas de la frontera".

De pie en una alta tribuna improvisada Krúpskaya vio, de pronto, un rostro conocido. Era Krestinski, que la

saludó con la mano. Terminada su intervención y habiendo contestado a las preguntas que le hicieron, Krúpskaya se acercó a él. Después de unas palabras de saludo, Krestinski dijo: "Querida Nadezhda Konstantínovna, recibí en Viatka un telegrama de Vladímir Ilich. Insiste en su regreso inmediato a Moscú y me ha encargado de llevarla a usted". Krúpskaya se rió. "¿Qué significa esto? ¿A la fuerza?" "Bueno, confío en que no se llegará a eso y usted irá por propia voluntad". Pensativa, Nadezhda Konstantínovna repuso lentamente: "Es lástima, mas debo regresar. Sí, verdaderamente, ya es hora. Se ha hecho mucho, y me siento mal".

En el "*Krásnaya Zvezdá*" lamentaron que partiera, aunque todos comprendían que Krúpskaya estaba ya en el límite de sus fuerzas. A Moscú marchó en barco, con Krestinski. Sólo se detuvieron en Kazán, donde hicieron transbordo al buque "*Karl Marx*", y en Nizhni Nóvgorod organizaron un mitin. El viaje de vuelta lo dedicó Krúpskaya a corregir sus apuntes; reflexionó e hizo memoria sobre lo que había visto y vivido en aquellos días.

Otra vez se sumió Nadezhda Konstantínovna en el trabajo del Comisariado de Instrucción. Uno tras otro fueron apareciendo artículos suyos en periódicos y revistas.

Su actividad era multifacética, y sería difícil decir qué aspecto tenía más importancia, ya que su labor abarcaba la lucha contra el analfabetismo, la escuela laboral, el movimiento juvenil y la agitación y propaganda.

Fue elegida delegada al VIII Congreso del partido. Participó intensamente en la comisión programática del congreso. Por entonces escribió artículos para periódicos y revistas centrales sobre los problemas de mayor actualidad: el adiestramiento militar de la juventud, el trabajo cultural y educativo de las organizaciones juveniles, la labor cultural en el campo, los clubes, las bibliotecas, la combinación de la enseñanza con el trabajo productivo, etc. Krúpskaya recurrió ante el CC del Partido Comunista de Rusia con motivo de la propuesta de autorizar la enseñanza de religión en la escuela fuera del horario de clases.

En octubre de 1919 se celebró en Moscú el II Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas Obreras y Campesinas (RKSM), en el que participó Krúpskaya con gran interés. Los

jóvenes comunistas consideraban a Nadezhda Konstantínovna como una persona íntima, afín a ellos, y en su despacho había siempre muchachos y muchachas de las organizaciones juveniles moscovitas, del CC de la RKSM y forasteros de todo el país. En su saludo al II Congreso de la RKSM, Krúpskaya evocó el camino recorrido por el Partido Bolchevique y llamó a los jóvenes a alinearse en las primeras filas de los constructores de la sociedad socialista, sociedad nueva, jamás vista.

En la antevíspera del 1 de enero de 1920, Lenin, Krúpskaya y María Ilínichna estuvieron por la tarde en los distritos de Presnia, Rogozhsko-Símonovski y Lefórtovo. Volvieron a casa, al Kremlin, a altas horas de la noche, comentando durante el camino los encuentros de aquella tarde. Sentíanse admirados de la abnegación y la fuerza de los obreros; les confortaba ver que el proletariado y su partido estaban estrechamente unidos y eran invencibles.

El trabajo, el trabajo de cada día y a cada hora, era ley para los Uliánov. Y los dos trabajaban sin tregua, olvidándose de dormir, de comer, de descansar. Mas en su vida había viejas costumbres de las que nunca se apartaron: el día del cumpleaños de Vladímir Ilich lo celebraban los dos juntos, aunque fuera únicamente por unas horas, pero solos. En 1920, en la mañana de este día Lenin encontró unos regalos sobre su mesa de escribir: en la familia se procuraba guardar la tradición, conmemorar el cumpleaños de cada uno de ellos haciéndose obsequios como modesto signo de atención. Aquella vez fue un grueso diccionario alemán-ruso, que hacía mucho deseaba poseer, y un ramito de campanillas azules en un vaso tallado.

Por el ventanillo abierto entraba un aire vigorizador y transparente. Eran las nueve de la mañana. La temperatura apenas pasaba de cero grados, pero en la calle el tiempo parecía mucho más templado, pues los rayos de un sol brillante inundaban de luz las plazas y calles del Kremlin. Mucho antes habían decidido que aquella mañana saldrían los dos de la ciudad. Esto también era una tradición.

Como siempre, se desayunaron charlando animadamente, aunque aquel día sin apresuramientos. Incluso María Ilínichna, muy puntual, se permitió retrasarse unos minutos.

Guil, al volante del automóvil, ya esperaba ante el portal. La muralla del Kremlin estaba cubierta de escarcha plateada

por el sol y ofrecía un aspecto muy elegante y grandioso. Moscú se despertaba. Como era de costumbre en él, Lenin miraba con atención a los viandantes. Se les veía preocupados, mal vestidos todavía. En primavera las calles parecen más limpias y vistosas, pero el invierno había sido riguroso. Moscú pasaba hambre y frío. Se derrotaría al enemigo, sería vencida la contrarrevolución exterior e interior y entonces se triunfaría también sobre el desbarajuste económico y el hambre. Fuera de la ciudad se percibía más vivamente la primavera: nieve ennegrecida, muchos lugares deshelados, incipiente susurro de los ríos durante el día.

Descendieron del automóvil y se internaron en el bosque. Cuando paseaban juntos, Nadezhda Konstantínovna nunca rompía el silencio, pues no quería ahuyentar las meditaciones de Ilich; estaba segura de que él mismo hablaría de todo lo que le abrumaba y le tenía en espinas. Recordando esto, Krúpskaya escribiría: "... durante el paseo, charlando de las cosas cotidianas más simples, Lenin pensaba constantemente en la obra a la que había consagrado toda su vida, todas sus energías, cada minuto de su existencia... El aire primaveral, el bosque que comenzaba a esponjarse, los botones hinchados de las flores, todo creaba un estado de espíritu singular, llevaba el pensamiento adelante, suscitaba el deseo de mirar el futuro".

Quizá fuera precisamente este día el que Krúpskaya evocase más tarde: "Primero habló de diversos asuntos corrientes, pero cuando nos habíamos adentrado en el bosque calló por algún tiempo, luego volvió a hablar —en relación con un invento— de cómo los nuevos inventos en la ciencia y la técnica harían tan poderosa la defensa de nuestra patria que sería imposible cualquier ataque contra ella. Después la conversación giró sobre el tema de que el poder lo orienta la burguesía, cuando lo tiene en sus manos, a oprimir a los trabajadores, y que cuando está en manos del proletariado consciente y organizado, éste lo lleva a suprimir toda clase de explotación y acabar con todas las guerras. Ilich hablaba cada vez más bajo, casi susurrando, como ocurría cuando hablaba de sus más caros deseos, de lo más anhelado".

En el bosque primaveral sentíanse muy bien, pero era preciso regresar a Moscú. Nadezhda Konstantínovna pidió que le llevaran al Comisariado de Instrucción.

¡Cuántos asuntos, cuántos documentos y cartas pueden amontonarse en unas horas! En la antesala de su despacho había varias personas sentadas. ¿Acaso podría ella negarse a recibirlas, decirles que volvieran otro día? Conversó sin premura con ellas. Escuchó atentamente lo que motivaban, tomó algunas notas.

A la hora del almuerzo, toda la familia se congregó en el pequeño comedor de la casa. Charlaron animada, gozosamente. Mas cuando se empezó a hablar de la velada solemne organizada por el Comité de Moscú del partido, Lenin manifestó categóricamente que sólo podía asistir al concierto que seguiría a la sesión. Nadezhda Konstantínovna y María Ilínichna deberían ir solas a la apertura del acto.

Lenin estaba presidiendo aún una reunión cuando en la gran sala del Comité de Moscú del partido, colmada de público, todo estaba dispuesto para dar comienzo a la velada comunista dedicada al quincuagésimo cumpleaños del jefe de la revolución.

Krúpskaya fue acogida con gran alegría. Los amigos la felicitaron, ofreciéndole flores. Dichosa, sonriendo, contestó: "Basta, basta, que no es mi cumpleaños". Zinaída Krzhizhanóvskaya la salvó con energía de aquel acoso, separando a la gente hasta conducir a Nadezhda Konstantínovna y María Ilínichna a sus sitios en la presidencia. Empezaron los discursos. Krúpskaya se emocionó. Por primera vez se hablaba así, públicamente, de la gran hazaña que significaba la vida de Lenin, de lo que le debían el partido y todo el país. Hablaron compañeros suyos, camaradas de lucha.

Ocupó la tribuna Máximo Gorki. Krúpskaya observó que estaba turbado y conmovido. Tosió para aclarar la voz. Y por la sala fluyeron sus palabras lentas y penetrantes: "... Y este hombre existe para vuestra dicha, para la felicidad de todo el país. Hay que apreciarle mucho, hay que amarle más, hay que ayudarle mucho en su grandioso trabajo, en su trabajo universal, planetario. Sí, en su persona la historia rusa ha creado algo casi milagroso... Y como mejor podemos honrar su ingente labor, como mejor podemos agradecer todo lo que ha hecho no sólo por Rusia, sino también por la humanidad entera, es con un trabajo honrado, con un trabajo intenso, con el amor al trabajo..."

¡El trabajo, sí! Krúpskaya quedó pensativa. De pronto, oyó las palabras de Olminski, dirigidas a ella: "...Luego,

cuando yo había conocido ya un poco a Vladímir Ilich y a Nadezhda Konstantínovna, a la que considero necesario recordar, ya que en todos los momentos difíciles de su vida (aplausos atronadores sacudieron la bóveda de la sala), y no sólo en los difíciles, sino también en los minutos de felicidad, realizó todo, por decirlo así, el trabajo basto, dejándole a él lo que llamaríamos el trabajo más puro, siendo ella misma la que llevaba todas las relaciones conspirativas, la correspondencia cifrada, el transporte y el contacto con Rusia. Cuando decimos que Lenin es un gran organizador, yo agrego que Lenin, con ayuda de Nadezhda Konstantínovna, es un gran organizador”.

Olminski subrayó que el partido agradecía a Krúpskaya su labor, ya que sin ella Vladímir Ilich no habría podido trabajar tanto y tan fecundamente. Todos se pusieron en pie, volviéndose hacia Nadezhda Konstantínovna, y en la sala estalló una tempestad de aplausos.

Muchas, gratas y sinceras palabras se pronunciaron en aquel acto. Cuando finalizaba, llegó Lenin. La presidencia le pidió que dijera algunas palabras. Su discurso no tuvo nada de conmemorativo. Lo dedicó enteramente a las tareas inmediatas del Partido Bolchevique. Después se dio un concierto.

Krúpskaya nunca se había parado a pensar qué lugar ocupaba en el partido. Ofrendó su vida a él y no esperaba recompensa alguna por ello. Mas sus méritos los proclamaba no sólo el partido, personificado en los viejos y probados luchadores que la habían tratado personalmente. Era conocida y estimada por millones de personas. Iban a verla, la escribían.

El nombre de Krúpskaya se conocía ampliamente también lejos del país.

Un corresponsal inglés recién llegado a Moscú, al preguntársele por funcionarios del Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros a quién deseaba ver, dijo que tenía grandes deseos de hablar con la “señora” Lenina. Fue al hotel que ocupaba el Comisariado de Instrucción. Había allí mucha gente, muy distinta. Obreras, campesinos, intelectuales. Todos atareados y diligentes. Al serle presentado el periodista, la secretaria entró en el despacho de Nadezhda Konstantínovna. Salió en seguida e invitó a pasar al extranjero, que ya tenía en las manos el cuaderno de notas y

la pluma estilográfica. La mujer de edad sentada ante el escritorio se levantó, adelantándose a saludarle. Le tendió la mano y dijo en inglés: “Le escucho, siéntese, por favor”. Confuso, el corresponsal se sintió cohibido al empezar sus preguntas. Quería dejar grabado en la memoria el aspecto tan modesto de la esposa del primer ministro ruso. Hubo de reconocer que la señora Krúpskaya hablaba un agradable y correcto inglés. “Vivimos en Londres —Nadezhda Konstantínovna contestó tranquilamente al halago—. Bueno, dígame, ¿qué ha visto ya en Rusia y qué le interesa en nuestro Comisariado del Pueblo?”

Ante el corresponsal estaba una representante completamente digna, inteligente y erudita del partido gobernante en Rusia.

El periodista inglés se despidió, y Krúpskaya tardó poco en olvidarle. Fue él mismo quien se hizo recordar. Un día, al llegar del Comisariado a casa para almorzar, recibió de Lenin un periódico inglés. El corresponsal había descrito todo en detalle: el aspecto de Krúpskaya y su despacho, cómo y de qué hablaron. Entre líneas se captaba involuntariamente su extrañeza ante aquella primera dama de Rusia, que no entraba en el marco de los conceptos pequeñoburgueses. Oyendo la lectura del artículo, Krúpskaya rió: “El pequeño burgués siempre es pequeño burgués. No comprendió nada. Lástima del tiempo que perdí con él”. Es significativo que las publicaciones más reaccionarias y los autores más hostiles al Poder soviético escribieran sobre Krúpskaya con respeto, alabando sus merecimientos y abnegado trabajo. En 1924 apareció en Berlín el libro *Con la mirada puesta en Rusia*, de Gueorgui Popov, un periodista medio ruso, medio alemán, que había visitado la Rusia Soviética dos veces, en 1922 y 1923, como corresponsal del consorcio de prensa norteamericano Hearst-Press y del periódico alemán *Frankfurter Zeitung*. Hablando de sus entrevistas con destacados dirigentes del partido y del Estado, Popov decía de Krúpskaya: “De ella me hicieron esta característica, “Krúpskaya es una trabajadora aplicada, una mujer bondadosa y sencilla, entregada toda ella al trabajo, en una palabra, una “populista”. Este calificativo —“populista”— es el mejor que podía habersele dado. En ella no hay nada de la “representatividad” de la esposa del primer ministro, del primer mandatario de la República”.

Popov logró autorización para entrevistarse con Nadezhda Konstantínovna. Por entonces el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública estaba en el bulevar Srétenski. Después de describir detalladamente el ambiente, a los visitantes y a los funcionarios que llenaban el edificio, el periodista decía que, cuando miraba los carteles de propaganda colgados en la antesala, "...se abrió de pronto una puerta y entró una mujer de edad, toda vestida de negro, y habló por teléfono durante unos minutos. Mostrábase muy tranquila y segura y daba la impresión de una honorable abuela... Cuando salió me dijeron que era la esposa de Lenin. Unos minutos más tarde ya estaba sentado delante de ella y me sentía del mismo modo que si la conociese desde hacía muchos años. De cerca me pareció mucho más joven; cuando hablábamos de cosas muy estimadas por ella, sus ojos chispeaban con resplandor juvenil. Seria, reflexiva, un tanto tímida, en general, simpática. En el contacto personal con ella se percibe efectivamente que le es extraño todo lo aparente y "representativo". Le mueven otros intereses". A continuación, Popov escribía sobre el júbilo con que Krúpskaya le habló de los éxitos en la instrucción de las masas, de las nuevas escuelas y de lo que el Poder soviético hacía para los trabajadores.

Wells no comprendió a Lenin, y el perspicaz Bernard Shaw no entendió del todo a Krúpskaya. Bernard Shaw fue a Gorki el verano de 1931, acompañado de lady Astor, millonaria norteamericana. Krúpskaya y María Ilínichna les recibieron cordialmente. En la mesa pusieron miel fresca y bayas, compradas en el sovjós próximo. Llevaron la mesa a la terraza, desde la que se ofrecía una magnífica vista del verde y umbroso jardín. Lady Astor expresó su admiración. Bernard Shaw regaló a Nadezhda Konstantínovna una gran caja de bombones y la última edición de sus obras. La conversación se anudó premiosamente, como sucede cuando se encuentran personas que no se conocen, y más aún siendo representantes de dos ideologías distintas. Se pasaba rápidamente de un tema a otro. Los espectáculos en Moscú y Londres, la enseñanza, etcétera. Conversaban en inglés. De pronto... a Nadezhda Konstantínovna le pareció no haber entendido bien una pregunta de Bernard Shaw. El dramaturgo la repitió: "¿Cómo Vladímir Ilich le dejó a usted asegurada la vida?" A Krúpskaya no podía caberle en la

cabeza que aquel hombre inteligente pudiese hacer una pregunta tan absurda. Dudosa, propuso continuar la conversación en francés. "Creo no haberlo entendido bien. En francés hablo mejor". Mas también en francés oyó la misma pregunta: "¿Cómo su esposo le dejó asegurada la vida?" Krúpskaya sonrió: "De ninguna manera". ("¡Oh! Esta palabra —"asegurar"— no cuadra en modo alguno con Volodia", fulguró en su mente.) "¿De ninguna manera! —en los rostros de los visitantes se expresaron sincero recelo y asombro—. Bueno, pero usted ya no es tan joven". "No me creo una vieja". Bernard Shaw se turbó: "No, no. Yo quería..." mas sin terminar la frase, se dirigió a lady Astor, añadiendo en su característico tono sarcástico: "Escribe: en el País de los Soviets tampoco se puede hablar de su edad a una mujer". En su rostro se apagó la sonrisa, y aclaró a Krúpskaya: "Nada más deseaba decir que en la vida del hombre llega inevitablemente un momento en que es necesario preocuparse de asegurar la vejez". Krúpskaya miró a Maniasha, que se había inclinado profundamente sobre la taza de té. No obstante, se pudo notar el temblor de la risa en sus hombros. No quisieron discutir, cortar la conversación, pues hubiera sido descortés. "En Europa, sí —repuso Krúpskaya—. En nuestro país, esta preocupación la toma sobre sí el Estado. ¿Para qué voy a pensar yo en eso?" Escéptico, Bernard Shaw prosiguió, alargando las palabras: "¿La asistencia social? He estudiado esta cuestión en nuestro país, en Inglaterra, y de ello se habla mucho también en el suyo". Lady Astor no perdía la esperanza de llegar a esclarecer el asunto y, sin contemplaciones, interrumpió al dramaturgo. "Bien, pero en la Unión Soviética no se han suprimido los derechos de autor. Las obras de Lenin se editan en muchos idiomas. ¿Le han sido legados a usted los derechos de autor?" La cara de Krúpskaya se hizo impenetrable. "Las obras de Lenin pertenecen al pueblo, al Estado Soviético", resonó su respuesta. Deseando cortar el diálogo, Bernard Shaw se volvió rápidamente hacia lady Astor y dijo: "¿Comprendes? ¿Es una contestación inteligente a una pregunta estúpida!" "Después de que muere el marido, a la viuda le dan una pensión. ¿La recibe usted?", insistió lady Astor. "No, trabajo y me aseguro (Krúpskaya, instintivamente, recalco esta palabra) a mí misma. ¿Para qué me hace falta esa pensión?" "¿Cómo que para qué?" Lady Astor abrió los

brazos y pasó tan significativamente la mirada por el vestido y los zapatos de Krúpskaya, por la vajilla tan simple y el modestísimo agasajo que no fue preciso seguir hablando. "¡Renunciar a la pensión y vivir así!": era inconcebible.

Krúpskaya empezó a perder la paciencia y, para romper el embarazoso silencio que se había hecho y poner fin de alguna manera a la entrevista, tomó de una mesita su libro *Recuerdos sobre V. I. Lenin* y se lo alargó a Bernard Shaw, que, llevándose la mano al corazón, expresó su agradecimiento: "Es una gran alegría para mí, me emociona, le estoy agradecido. Deben ser muy amenos los recuerdos sobre Lenin escritos por usted". Sin embargo, hizo una pausa y pronunció esta frase de salón: "Claro que por los recuerdos de la esposa sobre su marido no se puede conocer la verdad". El abismo que separaba a los dos mundos se reveló en toda su profundidad. Esta frase habría sido atinada en reuniones de la alta sociedad londinense y quizá la hubieran acogido como una agudeza, pero allí, en Gorki, donde vivió y falleció Lenin, y ante su familia... Únicamente su extraordinario dominio de sí misma permitió a Krúpskaya ocultar cómo le habían ultrajado aquellas palabras. No obstante, su voz siguió siendo suave, inmutable, cuando contestó: "Lenin y yo pertenecemos al partido, en primer lugar, pertenecemos al partido, y esto determina todo. En el libro hablo de nuestra lucha común". Mas el abismo era demasiado ancho para que Bernard Shaw pudiera saltarlo. Y su "los hombres siempre son hombres" quedó en el aire. Tomaron el té, vieron la casa, pasearon por el espléndido jardín, pero los dueños y los visitantes comprendieron que no podrían encontrar un lenguaje común. Bernard Shaw y lady Astor se despidieron atentamente. Su automóvil partió de la casa. Al quedar solas, Nadezhda Konstantínovna y María Ilínichna se miraron y rieron. "Ya sabía yo que de este encuentro no saldría nada, pese a que es un hombre muy inteligente", dijo Krúpskaya.

Hasta el fin de la vida de Krúpskaya, su nombre, su propia vida y su quehacer atrajeron la atención en el mundo. En la prensa de los más diversos países aparecerían continuamente artículos dedicados a ella. Hoy, en su habitación del apartamento del Kremlin, entre los documentos y otros materiales, se conserva, amarillecido por el tiempo, el periódico norteamericano *Pittsburgh Press* del 30

de diciembre de 1934. El periódico fue enviado a través del Buró Soviético del Comité Internacional de Mineros. En la cuarta plana se inserta un largo artículo de Richard Halliburton sobre Krúpskaya. He aquí lo que escribía para los lectores norteamericanos: "Moscú. URSS. Junto a la mesa, en un despacho pequeño, pero muy cómodo, está sentada la primera lady de Rusia. Es la ciudadana Krúpskaya, viuda de Lenin... Su nombre es uno de los que conoce cada ruso. No hay mujer que haya hecho tanto como ella... Cuando entré en el despacho (ella es uno de los comisarios, viceministro de Instrucción Pública), estaba sentada, acodada sobre la mesa, como si sintiera una enorme fatiga. Una toquilla negra cubría sus hombros. El cabello blanco, en torno al rostro de vigorosos rasgos y bondadosa expresión, lo llevaba recogido en un moño descuidado. Tenía los párpados medio caídos de cansancio. Veía yo a una mujer que ha pasado por muchos sufrimientos y emociones en su vida, que ha luchado, ha luchado siempre, por alcanzar lo mejor, por ver realizado un sueño... Cuando sonreía, su rostro cansado se animaba, y cuando comenzó a hablar se hubiera podido quitarle cuarenta años de encima. Hablaba rápida y enérgicamente. Su lucidez de pensamiento y la fuerza de su carácter me cautivaron al instante, como seducen a cada persona que tiene ocasión de tratar con esta encantadora dama de edad avanzada. Ahora comprendo por qué como orador y como dirigente ha sido una de las fuerzas más potentes de la revolución. Hoy incluso interviene a menudo en asambleas y por la radio, y sus discursos los oye toda Rusia. Me autorizaron a conversar con la señora Lenina casi una hora (por fortuna, habla inglés). Actualmente se ocupa de la instrucción pública y de la emancipación de la mujer. En estos aspectos, la estimada ciudadana Krúpskaya y su Ministerio han realizado una revolución".

Reuniones, entrevistas, artículos... mucho de esto vendría después. Mas entonces, en el año 20, estaban sentados en el comedor y se reían al leer las digresiones del inglés que había mirado mucho, pero vio muy poco en Rusia, en el país que asombraba constantemente al mundo por su titánica lucha contra el pasado a fin de construir el futuro.

En noviembre de 1920 se celebró la Conferencia de los órganos de educación política de las secciones de Instrucción

Pública provinciales y distritales de Rusia. La preparación de este gran acontecimiento se había iniciado mucho antes. En la sección que dirigía Krúpskaya se intensificó el “inacabable ajetreo”, ya que los representantes locales empezaron a llegar a ella para recibir instrucciones. En plena preparación de la Conferencia enfermó Nadezhda Konstantínovna. Los médicos le impusieron un rigurosísimo régimen de cama. A espaldas de los familiares y los médicos, Krúpskaya, inquieta ante la situación, telefoneaba a unos u otros funcionarios o les invitaba a que la visitaran. D. Elkina cuenta:

“Una vez me avisó para que fuese a verla y me dijo en secreto que Ilich la prohibía tener conversaciones de trabajo, pero que en aquel momento no estaba en casa y hasta que llegase tendríamos tiempo de hablar de muchas cosas. Empecé a tomar nota de todo lo que Nadezhda Konstantínovna nos encargaba que hiciésemos hasta su restablecimiento y quedé asombrada del gran trabajo realizado por ella y de lo minuciosamente que había meditado cada detalle no sólo de su informe, sino de los que deberían pronunciar en el Congreso los otros informantes.

— Con este camarada —me dijo, dándome su nombre, patronímico y apellido y el Comisariado del Pueblo donde trabajaba— hay que hablar de manera que comprenda la peculiaridad de nuestro auditorio. A él le gustan las estadísticas, y no vaya a ser que por las cifras se olvide de la obra viva. Este otro —y de nuevo, el apellido, etcétera— propende a pintar de color de rosa la vida del País de los Soviets, como será dentro de diez o veinte años. Pídanle que clarifique los fenómenos actuales, y no sólo los positivos, sino también los negativos, y que haga ver a nuestros trabajadores de la educación política cómo han de combatir tales fenómenos. No se puede luchar contra el mal cerrando los ojos ante él.

Aunque Nadezhda Konstantínovna se apresuraba y yo procuraba anotar con presteza sus encargos, el tiempo transcurrió rápidamente, y nos abstraíamos tanto que ni siquiera nos dimos cuenta de cómo había entrado Vladímir Ilich. Al verle, Nadezhda Konstantínovna se turbó como una escolar que ha cometido una falta y empezó a asegurarle que no nos habíamos ocupado de asuntos de trabajo y que no se sentía nada, nada de cansada. Vladímir Ilich se rió y la amenazó con un dedo...”

La conferencia se inauguró el 1 de noviembre en el Gran Auditorio de la Casa de los Congresos del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. La sala, para algunas centenas de personas, estaba de bote en bote. El 3 de noviembre, Vladímir Ilich pronunció un discurso. Al día siguiente, Krúpskaya leyó el informe *Plan de las tareas inmediatas del Comité Principal de Educación Política*. Se hizo un silencio tan profundo que cada palabra pronunciada suavemente por Krúpskaya era oída por todos los delegados. Uno de ellos, bibliotecario rural, dijo de su informe: “Nadezhda Konstantínovna ha hablado más bajo que todos, pero su voz ha sido la más fuerte: ha oído exactamente las cuestiones con que he venido aquí y ha contestado a ellas”.

1920 fue para Krúpskaya un año muy cargado de trabajo. Documentos de los años que siguieron a la revolución muestran la estrecha colaboración entre Vladímir Ilich y Nadezhda Konstantínovna en la redacción de una serie de decretos y disposiciones sobre la centralización de la obra bibliotecaria, la propaganda laboral, la formación del Comité Principal de Educación Política, la Proletkult*, la reorganización del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y la enseñanza politécnica.

Poco después del IX Congreso del partido, Krúpskaya escribió el folleto *Acerca de las tareas de instrucción general y tecnoprofesionales de la actividad extraescolar*. Siendo una de las redactoras de la revista *Kommunistka* (“La comunista”), Krúpskaya escribía continuamente artículos dedicados a los temas *La guerra y la procreación, El derecho matrimonial y de familia en la República Soviética, Las trabajadoras en la organización de los Soviets* y otras cuestiones relativas a la mujer. En la revista *Kommunisticheski internatsional* (“La Internacional Comunista”) se publicó su artículo *Balance del trabajo de educación política en los tres años de Poder soviético*. En el semanario *Pravda* apareció una detallada recensión suya de la primera edición norteamericana del libro *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed. En 1923, este libro se editó en ruso con un prólogo de Krúpskaya.

* Proletkult era la abreviatura del nombre de la organización educativa y cultural Cultura proletaria, fundada en septiembre de 1917. Entre otros planteamientos esenciales erróneos, Proletkult propugnaba la creación de una “cultura puramente proletaria”, rompiendo con el desarrollo cultural anterior.

El X Congreso del partido se inauguró el 8 de marzo de 1921 en el Kremlin. Lenin planteó las cuestiones de la nueva política económica y de la nueva forma de relaciones entre la clase obrera y los campesinos.

A Lenin y sus adeptos les fue difícil defender la unidad del partido y la nueva línea política frente a los que, premeditadamente o no conscientes de que sus teorías eran erróneas, pretendían desviar el partido del camino comunista. Sin embargo, triunfó el criterio de Lenin. El congreso aprobó una resolución sobre el paso al impuesto en especie, es decir, aprobó la nueva política económica.

Krúpskaya habló en el congreso de la labor de educación política. Subrayó el carácter estrictamente partidario del Comité Principal de Educación Política y de sus medidas. Dijo: "...el partido no puede dejar de ver órganos propios en los órganos del Comité Principal de Educación Política. Fue en el pasado cuando la burguesía ocultaba, fingía y proclamaba que la instrucción dirigida por ella no tenía espíritu de partido. El proletariado no tiene por qué fingir, puede decir abiertamente que sus órganos de instrucción pública deben ser órganos comunistas. Con el trabajo de educación política podemos prestar un gran servicio al partido".

Habló también de que los sindicatos y la Unión de Juventudes no podían hacer aisladamente propaganda educativa y política, separándola de la propaganda del partido. La intervención de Nadezhda Konstantínovna en el X Congreso fue un magnífico modelo de espíritu leninista y de fidelidad a los principios del partido.

El congreso se clausuró con el pleno triunfo de Lenin y los leninistas. Trazó la vía de paso del capitalismo al socialismo y los métodos de la construcción del socialismo. Hizo hincapié en la necesidad de la estrecha alianza del proletariado y los campesinos y en la función determinante del partido en la dirección de la vida estatal, económica y cultural del país. A la vez de condenar el trotskismo, a la "oposición obrera" y al grupo de Bujarin, el congreso llamó a salvaguardar la unidad del partido y sostener una lucha implacable contra el fraccionalismo en su seno.

Los últimos años de Vladímir Ilich

En 1921 empezaron a manifestarse los primeros síntomas de la grave enfermedad que aquejaba a Lenin. Por supuesto, fue Nadezhda Konstantínovna quien lo notó antes que nadie. Venía observando con creciente frecuencia cómo Lenin no podía dormir toda la noche ni aliviar con ningún medicamento su dolor de cabeza. Los médicos aconsejaban una cura de reposo, pero esto no era posible, ya que demasiados problemas imperiosos exigían una rápida solución.

Terminaba el año 1921. Había sido un año muy duro, mas el país lo resistió. Fue difícil también para Krúpskaya. La simple enumeración de los asuntos y acontecimientos en los que intervino directamente y con el mayor celo muestra que estuvo atareadísima y con sus fuerzas en extraordinaria tensión. Dedicó mucho tiempo y energías a la discusión sobre los sindicatos. Participó en muchas asambleas. Aquel año se prolongó el debate acerca de la enseñanza escolar, iniciado en 1920. Los partidarios de la escuela politécnica tuvieron que reñir más de una batalla contra los defensores de la instrucción monotécnica. En 1921 se publicaron las directrices del CC del PC(b) de Rusia sobre la labor del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y un artículo de Lenin acerca del mismo tema, se celebró el Congreso de las secciones de Instrucción Pública provinciales y fue organizada la Sección Pedagógica del Consejo Científico del Estado. En el país abrieron sus puertas las primeras escuelas de aprendizaje fabril. Precisamente en 1921 se discutieron las formas que debería tener el movimiento infantil en las condiciones soviéticas y la actitud ante el movimiento de los *boys scouts*.

Nadezhda Konstantínovna siguió trabajando en la revista *Kommunistka*. Continuó dirigiéndola y escribió artículos para ella. En uno, *El problema de la educación comunista*, abordó la cuestión de la escuela laboral única como célula que pertrecha de conocimientos al hombre y le capacita para la actividad laboral, le inculca el hábito del trabajo colectivo y, principalmente, le enseña a organizarse para él, ya que uno de los problemas cardinales del comunismo estriba en “preparar a las jóvenes generaciones para la producción comunista”.

Era inmensa la gama de los problemas que interesaban a Krúpskaya, todo de lo que ella consideraba necesario hacerse eco. Baste decir que, a la par con las tareas concernientes al trabajo del partido y a la actividad en la esfera de la instrucción pública, se ocupaba de cuestiones como el sistema Taylor y la organización del funcionamiento de las instituciones soviéticas. Sobre este tema se publicó un artículo suyo en la revista *Krásnaya nov* (“La Actualidad Roja”).

El 31 de diciembre, Nadezhda Konstantínovna y María Ilínichna se preparaban para celebrar la entrada de Año Nuevo. En verdad, su estado de ánimo no estaba para fiestas. Y esto saltaba a la vista, aunque las dos sabían dominarse. Constantemente miraban el reloj, pareciéndoles que sus agujas habían quedado inmóviles. Vladímir Ilich se hallaba al lado: en su despacho sesionaba el Buró Político. Al fin, Lenin entró en la habitación, intentando disimular su pesadumbre. El CC le había impuesto unas vacaciones de seis semanas, sin derecho a ir a Moscú desde Gorki. Se le autorizó a hablar por teléfono no más de una hora al día. La mayoría del CC insistió en que guardara el régimen prescrito: sólo así podría ser vencida la enfermedad.

Los Uliánov marcharon a Gorki apenas empezar el mes de enero y vivieron allí hasta el día 17. Krúpskaya iba cada día a Moscú, al Comisariado de Instrucción. Únicamente pernoctaba en el apartamento del Kremlin cuando alguna reunión terminaba muy tarde.

Sin embargo, vivirían poco tiempo en Gorki: los chekistas descubrían una conspiración tras otra. En los alrededores de Gorki fueron detenidos algunos sospechosos.

Del 17 de enero al 1 de marzo, Lenin vivió en la casita de un guardabosque próxima a la aldea de Kóstino. Desde este lugar era difícil ir diariamente a Moscú, por lo que

Krúpskaya sólo podía quedarse en la aldea el sábado por la tarde y el domingo.

Toda la semana vivía en inquietud constante por su esposo: ¿cómo estaría allí? Cada vez que iba en automóvil a Kóstino no le cabía el corazón en el pecho y el camino se le hacía interminable. Mas en cuanto veía aparecer la entrañable figura de Lenin empezaba a respirar con alivio. A veces, el resto del camino lo recorrían los dos a pie. Lenin la asediaba a preguntas, y ella le respondía circunstanciadamente, comunicándole las novedades y transmitiéndole los saludos, echando atentas miradas a su rostro: tenía mejor aspecto y estaba muy animoso. El domingo era muy corto para hablar de todo lo que deseaban.

Más tarde, a Lenin, como recordaría Krúpskaya, “... le instalaron en Korzínkino*, en la antigua casa de un terrateniente... Yo también fui a pasar allí una semana con Ilich. Por cierto que necesitaba ver qué literatura había dedicada a la cuestión antirreligiosa”.

Como sucedió a menudo en su vida, también entonces estudiaron temas afines. Krúpskaya escribía acerca de la educación ateística y Lenin preparaba el artículo *Sobre el significado del materialismo militante*.

Unos días después de su llegada a Korzínkino, desde Moscú les enviaron un gran paquete recibido de Norteamérica. El conocido escritor Upton Sinclair remitió a Nadezhda Konstantínovna diversas novelas y algunos libros sociológicos suyos, acompañándolos de una carta, en la que expresaba su gran estima por la actividad cultural y educativa de Krúpskaya y hablaba de la lucha contra la religión sostenida por él a través de sus libros.

Por las mañanas, Lenin y Krúpskaya trabajaban mucho e intensamente. Por las tardes, sólo leían. Durante el día paseaban por el bosque. “En los paseos —escribió Krúpskaya— hablábamos de Drews y Sinclair, de lo superficialmente que se plantea la propaganda antirreligiosa en nuestro país, de cuánta vulgarización hay en ella, de lo poco profunda que es su conexión con las ciencias naturales, de que apenas se revelan las raíces sociales de la religión y de que esta propaganda satisface escasamente las inquietudes de

* *Korzínkino*: lugar próximo al pueblo de Troitse-Lykovo, del distrito de Moscú, en el que vivió Lenin del 6 al 25 de marzo de 1922.

los obreros, que han crecido de modo gigantesco en los años de la revolución. Mas una tarde Ilich tuvo el primer acceso de hemorragia interna y sintió náuseas. Urgentemente marchamos a la ciudad; se me fue de la cabeza toda la propaganda antirreligiosa y no contesté a la carta de Sinclair. Me alarmó el estado de salud de Ilich”.

Había llegado el tiempo que Krúpskaya caracterizaría más tarde de andadura por el borde de un precipicio. Lenin seguía trabajando en el Consejo de Comisarios del Pueblo, escribía artículos, participaba en la preparación del XI Congreso del partido, pero los intervalos en su trabajo se hacían cada vez más prolongados.

Casi todo el verano de 1922 lo pasaron los Uliánov en Gorki. Nadezhda Konstantínovna ya no se separaba ni un instante de su esposo. Cuidaba de que todas las prescripciones de los médicos se cumplieran con la mayor exactitud y hacía cuanto era posible para crear en la casa un ambiente de ánimo, de seguridad en que todo se arreglaría. Escribía artículos y preparaba informes durante la noche y continuaba dirigiendo toda la labor del Comité Principal de Educación Política.

En el otoño se inició un mejoramiento en la salud de Lenin. Y por eso, el aliento brota en una carta de Krúpskaya a Varia, hija de Inessa Armand: “Mi niña querida, recibí tus dos cartas, y por ellas te beso fuertemente... ¿Por qué no has de poder estar con nosotros? Al contrario, este año viviremos más en familia y abiertamente, pues V. I. no puede trabajar más de ocho horas y, además, deberá descansar dos días a la semana. Por esto, siempre le agrada tener invitados. Se ha disgustado mucho cuando le he dicho que estás enferma y ha escrito especialmente a Zhidelev, hablándole de ti y de Lidia Alexándrovna, y pidiéndole que se preocupe de vosotras. Ahora V. I. se considera restablecido, y desde el lunes (hoy es sábado, 30 de septiembre, el día de mi santo) se ocupará de sus asuntos... En general, todo ya empieza a normalizarse. Foerster (el médico) se marchó a su país, a Alemania, y el doctor que vivía aquí se ha trasladado a la ciudad.

Ayer fuimos al paso de las aves (pero sin escopetas, con una cesta para setas), vimos una chocha, cuatro arándanos, una decena de viejos hongos y hojas otoñales muy lindas. Nuestro perro, ¿sabes?, es admirable, hace muestra magníficamente y,

cuando una vez se perdió, fue directamente al Soviet local, y de él nos lo trajeron”.

¡Ilich está mejor! Pronto reanudará su actividad. Esta idea ayuda a vivir, a trabajar.

Krúpskaya no podía ser indulgente consigo misma ni siquiera una hora. Sólo el trabajo, un trabajo infatigable y sin tregua, le servía de ayuda. El prólogo al folleto *La Unión de Juventudes Comunistas de Rusia y el boyscoutismo*, de Nadezhda Konstantínovna, llevaba la fecha del 1 de enero de 1922. En el Komsomol y en el Comisariado de Instrucción se continuaban discutiendo los problemas relacionados con la formación de la organización infantil. Existían ya algunos grupos y destacamentos. En mayo de 1922 se fundó la organización única de los jóvenes pioneros.

Con la participación directa de Krúpskaya, en 1922 aparecieron dos nuevas revistas: *Kommunisticheskoe prosveschenie* (“La Instrucción Pública Comunista”) y *Na putiakh k nóvoi shkole* (“Hacia la Escuela Nueva”); de ésta sería directora durante largos años. En 1922 colaboró 67 veces en la prensa. Eran artículos sobre la educación y los nuevos programas, un artículo tan polémico como *La revolución proletaria y la Proletkult*, el folleto *Organización de la autodidáctica* y reseñas de revistas y publicaciones pedagógicas soviéticas y extranjeras, que Krúpskaya seguía con gran atención, comentando inmediatamente todo lo nuevo e interesante. Escribió el prólogo a la edición rusa del libro *¿Cómo amar a los niños?*, de J. Korszak.

A su atención no escapaba ningún manual, ningún programa escolar. Fundamentó los principios básicos de los nuevos programas escolares.

Dedicó mucho tiempo y gran esfuerzo a la preparación del III Congreso de las secciones de Educación Política, en el que hizo un informe. Intervino también en el Congreso de las secciones provinciales de Instrucción Pública y en el Congreso para la instrucción de los adolescentes obreros de Rusia.

En octubre tuvo lugar el V Congreso del Komsomol. Ya a fines de septiembre, los jóvenes comunistas, como de costumbre, pasaban continuamente por el despacho de Krúpskaya, siempre abierto para todos. En aquel ambiente juvenil Nadezhda Konstantínovna sentíase rejuvenecida: examinaba con los komsomoles el temario del congreso, les

aconsejaba lo que deberían mostrar a los delegados forasteros. Y preparaba su informe.

Piotr Rúdnev, que asistió a la apertura del congreso de los jóvenes comunistas, escribió sobre la participación de Krúpskaya en él:

“La vi por primera vez el 11 de octubre de 1922, en la apertura del V Congreso del Komsomol. Ya había empezado la sesión cuando se acercó al presidente una mujer (era N. K. Krúpskaya) vestida modestamente y le entregó un pequeño sobre. Unos minutos después el congreso oyó las palabras del último llamamiento de V. I. Lenin a la juventud soviética: “Estoy seguro de que la juventud sabrá desarrollarse con el éxito que le permita estar plenamente a la altura de las tareas cuando madure el momento siguiente de la revolución mundial”*. En aquella misma sesión, uno de los discursos de saludo al congreso fue el de Nadezhda Konstantínovna, en nombre del Comité Principal de Educación Política. “...La experiencia de cinco años de revolución —dijo— nos muestra que en nuestro país faltan conocimientos y arte para organizar”, y que la juventud, que “ya ha percibido la necesidad de adquirir conocimientos..., demostrará el mismo heroísmo que está poniendo en la lucha contra la burguesía rusa y extranjera”. De su discurso, breve, sencillo y un tanto severo, emanaba gran optimismo, fe y calor humano. Al oírla, sentíase escuchar a una persona conocida de viejo, íntima y entrañable.

Krúpskaya intervino también en dos secciones del congreso, en las que presentó informes: *El sistema soviético de instrucción pública y la RKSM*, en una, y *Autodidáctica de la juventud*, en la otra.

Ningún dirigente de nuestro partido tomó parte tan activa, profunda y sistemática en el trabajo del Komsomol como Nadezhda Konstantínovna”.

Para diciembre estaba previsto reunir el Congreso de los Trabajadores de Educación Política, y, por supuesto, tenía muchísimo trabajo. Y en casa... Veía que a Vladímir Ilich empezaba a atacarle de nuevo la enfermedad. De ahí que procurase buscar cualquier posibilidad para que descansara. Una tarde de octubre decidieron ir al Teatro de Arte, que les gustaba a los dos.

* V. I. Lenin. *Al V Congreso de la RKSM*. O.C., t. 45, pág. 219.

A propósito entraron en el palco cuando ya se habían apagado las luces, a fin de que nadie fijara la atención en ellos. Representaban la adaptación de una obra de Dickens. En la penumbra del palco, Nadezhda Konstantínovna observó cómo Lenin iba sintiendo tedio. Entonces dijo: “Volvamos a casa, algo anda revuelto en el corazón”. Aquella fue la última vez que estuvieron en un teatro.

A mediados de diciembre empeoró el estado de salud de Lenin. Se le dieron vacaciones extraordinarias, pero no pudieron marchar a Gorki. En la noche del 15 al 16 de diciembre se sintió mal. Por la mañana pidió a Nadezhda Konstantínovna que escribiera algo que él quería dictarle. En silencio, Krúpskaya se sentó a la mesa, tomó pluma y papel. Lenin empezó a dictar una carta para los vicepresidentes del Consejo de Comisarios del Pueblo. Siempre dictaba con dificultad, no podía adaptarse a que alguien escribiese sus pensamientos. Krúpskaya conocía muy bien a Vladímir Ilich, y por eso escribía con más facilidad que las secretarías. Lenin hacía entrega de los asuntos a los vicepresidentes. Esto significaba que se daba cuenta de que aquella vez la situación era seria.

Le visitaron los médicos. Para ocuparse de algo, Krúpskaya empezó a leer las cartas recibidas. Una era de N. Merkúlov, un antiguo amigo. Ya en los años 90 en su casa se reunía el círculo dirigido por Lenin. Le contestó inmediatamente:

“Querido camarada: Ya he perdido casi por entero la capacidad de escribir cartas. En mi vida escribí millares de ellas, mas hoy han de darse circunstancias verdaderamente excepcionales para que conteste a una carta. Vivo como en un volcán, agitada de doce a catorce horas al día y con las fuerzas muy menguadas ya, así que contestar a las cartas queda de ordinario en el reino de las buenas intenciones. Sin embargo, la suya ha llegado en un momento en que el trabajo va mal, y por ello tomo la pluma.

Sí, desde el tiempo en que nos veíamos, ha transcurrido toda una vida, y, además, una vida en una época en que cada mes se puede contar por un año... Durante muchos años fui secretaria del partido, y desde 1917 trabajo en la esfera de la instrucción pública. Es una actividad que conozco y me atrae. ¿Si me satisface? En verdad, no lo sé.

Hay que hacerla, y la hago en la medida de mis fuerzas y entendimiento.

Ahora hay que trabajar como una fiera, calculando cada minuto, porque de lo que se trata hoy es de asentar la base bajo las conquistas de la revolución, pues de otro modo lo sacrificado será en vano. Las posibilidades son infinitas y se debe aprovecharlas por entero. ¿Cómo construimos la vida? A lo ruso: inhábilmente, pero aprendiendo poco a poco en el curso del trabajo. Las pérdidas de tiempo y energía son tremendas aún, mas paso a paso las cosas avanzan.

... Todos nos hemos hecho viejos. Y Vladímir Ilich también se ha agotado de tanto trabajar; hay que decirlo claramente: ha perdido las fuerzas en el trabajo y está muy enfermo.

He leído su carta con extrañeza: ¿cómo es posible permanecer al margen del trabajo porque unas personas no agradan en él? Los hombres son producto de las circunstancias. ¿Cómo podrían, pues, hacerse ideales? Sólo en la lucha pueden transformarse: la vida cambia mucho a los hombres. Hay que trabajar con las personas que se tienen a mano, y el arte de la organización consiste precisamente en tomar de cada individuo lo bueno que puede dar, poniéndole en condiciones en las que pueda desarrollarse lo que hay de bueno en él. Creo que si se buscaran personas ideales, todos tendrían que cruzarse de brazos..."

Krúpskaya no estaba cruzada de brazos. En el IV Congreso de la Internacional Comunista oyeron su palabra comunistas de diferentes países. Presentó un informe sobre la actividad de los partidos comunistas en el ámbito de la instrucción y la educación de las masas.

Entre tanto, al apartamento de los Uliánov iban los médicos y celebraban concilios en él. "Para que recobre la salud es imprescindible que tenga tranquilidad absoluta. Nada de visitas ni de discusiones de trabajo", dictaminaron los médicos.

Podían prohibírsele las conversaciones y las reuniones de trabajo, pero era imposible impedir que pensara. Y el cerebro de Lenin siguió trabajando con exactitud e intensidad. Lo que más le inquietaba entonces era el problema del monopolio sobre el comercio exterior. Diversas personas abogaban por suprimirlo, sin comprender que esto equivaldría a asestar un golpe a todo el sector socialista de la

economía. La resolución definitiva debería adoptarla el Pleno del CC, y Lenin esperaba su decisión.

El 18 de diciembre, el Pleno del CC del partido confirmó que el monopolio del Estado sobre el comercio exterior era inalterable. Después de una consulta entre ellos, los médicos autorizaron que se comunicara a Lenin la resolución del Pleno.

El estado de Vladímir Ilich se agravó. En su apartamento hacían guardia permanente médicos y enfermeras. Krúpskaya casi no salía del Kremlin.

El 23 de diciembre, Lenin pidió a los médicos que le permitieran dictar algunas líneas a una mecanógrafa, alegando que no podría dormirse si no dejaba escrita su idea. Así empezó a surgir la *Carta al Congreso*. Vladímir Ilich pidió que en los sobres lacrados en que, por deseo suyo, se guardaban las copias de los documentos, fuera anotado que únicamente podía abrirlos V.I.Lenin y, después de su fallecimiento, Nadezhda Konstantínovna.

Los amigos se esforzaban por confortar a Nadezhda Konstantínovna. Recibía muchas cartas. Pero le irritaban aquellas que, en tonos condolientes, decían que toda la vida de Lenin y Krúpskaya había transcurrido entre luchas y privaciones. Con toda sinceridad contestó a O. Vítker, una vieja amiga: "¿Por qué me compadece usted? De ningún modo la vida es mala para mí. Al contrario, me siento muy feliz de haber vivido la revolución, me agrada mucho mi trabajo actual y ha sido muy grata mi vida privada. Y si suele haber momentos penosos, ¿quiénes no pasan por ellos? Todos los años bullía la vida, se desbordaba. No, no tengo de qué quejarme. Si tuviera que empezar a vivir la vida, serían pocas cosas, pequeñeces, lo que desearía cambiar en ella".

Como siempre, Vladímir Ilich y su esposa cambiaban opiniones sobre los problemas más candentes de la actualidad, juzgaban del trabajo del Comisariado de Instrucción y de los artículos de la propia Nadezhda Konstantínovna.

Al cabo de muchos años, Krúpskaya, refiriéndose al artículo *La base de la cultura*, el último que Lenin y ella examinaron juntos, escribió: "...de Vladímir Ilich era muy peculiar la profunda fe en la fuerza creadora de las masas. Al principio, él mismo se dispuso a escribir este artículo, pero luego, al percibir que las fuerzas le abandonaban definitivamente, dijo que lo escribiese yo y que él agregaría

algo. Escribí el pequeño artículo *La base de la cultura*; lo vio y dijo que estaba bien, quiso corregir algún pasaje y dictar una nota, mas esto fue a comienzos de marzo de 1923, en vísperas de otra recaída de su enfermedad. Así pues, no pudo Ilich hacer la nota. Debería haber sido un llamamiento a las masas, a los obreros, a los campesinos, exhortándoles a emprender ellos mismos la obra de su instrucción”.

Antes de que lo anunciaron los médicos, Krúpskaya comprendió que se avecinaba un nuevo acceso de la dolencia de Lenin. El 10 de marzo perdió el habla.

Para Krúpskaya fue insoportablemente penoso ir el 17 de abril a la apertura del XII Congreso del partido. El primer congreso celebrado sin Lenin. ¡No, esto no es verdad! ¡En cada resolución, en cada documento del congreso estaba expresado el pensamiento de Lenin! Los delegados, aunque era mucha la gente, notaron en seguida la presencia de Nadezhda Konstantínovna. Y todos sólo le hacían una pregunta alarmada: “¿Cómo está Ilich?” Ella no podía contestarles nada consolador.

En su primera sesión, el congreso aprobó un saludo a Lenin.

Con un enorme esfuerzo de voluntad, Krúpskaya se impuso a sí misma escuchar atentamente los informes y las intervenciones.

El congreso advirtió que se continuaría enérgicamente la lucha contra todos los que intentaran romper la unidad del partido y desviarlo de la vía leninista.

De otro lado, el congreso hizo recaer sobre el partido la responsabilidad principal por la actividad económica y subrayó —lo cual tuvo singular importancia— la justedad e inmutabilidad de la línea leninista en lo concerniente al monopolio del comercio exterior.

Al volver del congreso, Krúpskaya y María Ilínichna trataron de comunicar únicamente a Lenin las buenas noticias. Sin embargo, por la penetrante mirada y el impaciente “¿Qué?” con que las recibió, comprendieron que presentía muchas cosas, presentía la lucha entablada en el congreso y la nueva maniobra de Trotski.

Poco a poco Vladímir Ilich fue recobrando las fuerzas, y en mayo los Uliánov marcharon a Gorki. Nadezhda Konstantínovna luchaba abnegadamente por la salud, por la vida de

Lenin. Después de haber aprendido un método especial, se dedicó a hacerle recuperar el habla y le ayudó a aprender a escribir con la mano izquierda.

Como de ordinario, su trabajo en el Comisariado de Instrucción era intenso. Por ello, se levantaba lo más temprano posible, con objeto de terminar todo lo necesario antes de que se despertara Lenin.

A fines de mayo tuvo lugar en Moscú el II Congreso sobre la liquidación del analfabetismo en Rusia. En él Krúpskaya presentó el informe *La liquidación del analfabetismo en el trabajo de educación política*.

En la enfermedad de Lenin se produjeron mejorías y recaídas. Todos los pensamientos de Nadezhda Konstantínovna estaban puestos en su restablecimiento.

En julio, contestando a una carta de Lunacharski, a la que acompañaba como obsequio su libro *Problemas de la instrucción pública*, que acababa de editarse, Krúpskaya escribió:

“Querido Anatoli Vasílievich:

Siempre me dispongo a telefonearle, pero ahora estoy totalmente dedicada a los asuntos de la casa y tengo todo el tiempo ocupado. En las dos semanas últimas se ha observado una mejoría en el restablecimiento de Vladímir Ilich, y ahora es un período en que mucho depende de mí. Los doctores creen que el restablecimiento transcurre muy rápidamente y que lo que tarda semanas y meses en lograrse, se ha alcanzado, por ejemplo, en la última semana. No figuro entre los optimistas, pero, desde luego, puedo decir que está mejorando. Querido Anatoli Vasílievich, le agradezco mucho el libro de sus artículos que me ha enviado y su cariñosa actitud conmigo, aunque su apreciación de mis fuerzas no corresponde a la realidad”.

A continuación la carta estaba llena de consejos relacionados con el trabajo. En cualquier carta escrita por Krúpskaya en 1923 que leamos hay invariablemente unas líneas dedicadas a Vladímir Ilich.

Sobre todo eran enternecedoras y sinceras las cartas de Nadezhda Konstantínovna a Varia e Inna, las hijas de Inessa Armand. Hasta el fin de su vida mantendría con ellas una gran amistad, y con ellas, que tan bien conocieron y amaron a Vladímir Ilich, hablaría gustosamente de él y le recordaría. En una carta a Varia, desde Gorki, decía: “No sé qué

escribir. Aquí las cosas van así, así, pero a veces parece que una se engaña a sí misma. Como quiera que sea, todo avanza mucho más despacio de lo que desearíamos. En fin, ya veremos... Vamos a por setas a un bosque lejano, en automóvil, y leemos los periódicos. Han retirado definitivamente a las enfermeras. Los médicos han sido reducidos al mínimo. En realidad, no vivimos mal, si no pensáramos, y yo procuro dedicarme lo menos posible a esto”.

El mismo día —13 de septiembre— Krúpskaya escribió aparte a Inna Armand, que entonces vivía en Alemania: “¿Recibiste mi carta con la foto de V.I.? Aquí la mejoría prosigue, aunque todo esto va terriblemente despacio. La entereza de V.I. es inmensa, trata de ocultar a todos cuánto sufre. En general, nadie puede decir hasta dónde llegará la mejoría, incluso puede haber pleno restablecimiento. Sólo cabe una cosa: llenarse de paciencia. Vamos en automóvil a un bosque lejano, leemos los periódicos, paseamos por el jardín...”

“Hay que llenarse de paciencia —dijo una vez Krúpskaya a Lenin—. Consideraremos la enfermedad como reclusión carcelaria”. En aquel momento la enfermera estaba en la habitación, y al oír las palabras de Krúpskaya, se indignó y abrió los brazos: “Cómo se puede hablar así, qué tiene que ver esto con la cárcel”. Más Vladímir Ilich había comprendido y sonrió: debía sufrir la enfermedad como el encarcelamiento, como una separación temporal y violenta del trabajo. Y mantenerse firme

Lenin leía con mucha atención todos los periódicos, exigía que no se le ocultasen las novedades y preguntaba por los amigos. “Vladímir Ilich —escribió Krúpskaya— escuchaba muy atentamente y a veces hacía preguntas. El periódico facilitaba adivinar el sentido de las preguntas de Vladímir Ilich. Era posible adivinarlo porque cuando habíamos vivido juntos la vida, yo sabía qué asociaciones de ideas podían surgir en él. Le hablaba, por ejemplo, de Kalmykova y sabía que su entonación interrogativa de la palabra “qué” pronunciada seguidamente significaba preguntar por Potréssov, por su actitud política a la sazón. Así se fue creando entre nosotros una singular posibilidad de conversar”.

Es comprensible por qué en aquellos difíciles días Lenin quería estar con su esposa. A ella no era necesario explicarle nada, repetir las preguntas.

Krúpskaya iba a la ciudad sólo una vez a la semana, después del almuerzo. El 18 de octubre, junto con Vladímir Ilich, se acercó al automóvil. Supuso que Lenin le acompañaba para despedirla, pero él, resueltamente, se sentó al lado de Guil e hizo un elocuente ademán con la mano que significaba “vamos”. Ya varias veces se había hablado del viaje a Moscú, aunque los médicos y familiares trataron de convencer a Lenin de que no lo hiciera. Discutir con él aquel día habría sido inútil. Su rostro reflejaba una decisión inquebrantable. Volvieron a Gorki al día siguiente.

En Gorki todo siguió discurriendo por su cauce habitual. Aun siendo grande el peso que llevaba en el alma, Krúpskaya no dejaba de trabajar. La educación social, la escuela laboral, el sistema de instrucción pública en la Federación Rusa: estos sólo son algunos de los temas que Nadezhda Konstantínovna desarrollaba en sus artículos. Cada uno de ellos era el resultado de profundas reflexiones y una seria preparación.

A veces, incluso esta valerosa mujer caía en el desaliento... Y brota como un gemido en una carta suya a Inna Armand (28 de octubre de 1923): “Estamos en otoño, el jardín ha quedado desierto y nos aburrimos en él. En verano la gente se agolpa, pero ahora no hay nadie, y V.I. siente gran tedio, sobre todo durante los paseos. Cada día trae alguna conquista para él, pero todas las conquistas son microscópicas, y todo parece seguir colgado entre la vida y la muerte. Los médicos dicen que todo muestra que se restablecerá...”

En la tarde del 21 de enero de 1924 Vladímir Ilich perdió el conocimiento y entró en la agonía.

Nadezhda Konstantínova permaneció sentada, inmóvil, junto al lecho de Lenin, con una mano suya entre las de ella. La mano estaba seca y muy caliente. En torno de ellos se movían los médicos, hablando ya en ruso, ya en alemán. Sus palabras no llegaban a la conciencia de Krúpskaya. De pronto se hizo un silencio y oyó decir, en voz muy baja, al profesor Foerster: “Ende”. “¿El fin?” ¡No, no, su vida no podía terminar de aquella manera, en aquel momento!

Krúpskaya continuó sentada en silencio, apretando la mano de Vladímir Ilich. Llegó corriendo María Ilinichna, la abrazó por la espalda y también quedó inmóvil, con la mirada fija en el rostro de su hermano. La lúgubre noticia

fue extendiéndose hasta la aldea de Gorki y los campesinos empezaron a congregarse ante la casa.

El cuerpo de Lenin lo colocaron en el primer piso. Su rostro tenía una expresión tranquila, y por eso le parecía desconocido a ella. Una hora, dos, tres horas estuvo mirándole, sin darse cuenta de cómo iba pasando la gente ante ella y se cambiaba la guardia de honor.

El 22 de enero, a mediodía, se reunió en el Gran Teatro el XI Congreso de los Soviets de Rusia. Abrió la sesión Mijaíl Ivánovich Kalinin: "Camaradas: Les pido que se pongan de pie. Camaradas, debo comunicarles una grave noticia. (*Todos guardaron un silencio inquieto.*) En el último tiempo la salud de Vladímir Ilich había experimentado una considerable mejoría. Pero ayer tuvo un ataque, y Vladímir Ilich ha fallecido. (*Se hizo una pausa, Kalinin no podía hablar. En la sala estallaron sollozos. Al fin, sobreponiéndose, Kalinin continuó.*) Voy a leerles el dictamen firmado por los médicos. (*Lee.*)

Camaradas: No existen las palabras que sería necesario pronunciar ahora. Creo que la tarea principal y básica que se alza ante nosotros es conservar las conquistas de las que Vladímir Ilich fue el principal creador..."

Aquel día se extendió por todo el mundo el comunicado del Gobierno de la URSS sobre el fallecimiento del Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Vladímir Ilich Lenin.

En la mañana del 23 de enero, ante la casa de Gorki se congregaron los campesinos de las aldeas vecinas. Llegó la guardia militar. El ataúd con el cadáver de Lenin lo llevaron sobre los hombros sus compañeros de lucha más cercanos. A Krúpskaya y a las hermanas de Vladímir Ilich se les invitó a ir en automóvil hasta el ferrocarril. No quisieron. Lentamente, apoyándose mutuamente, fueron andando estas tres mujeres extraordinarias, comunistas inquebrantables, las personas más íntimas y queridas de Vladímir Ilich.

A lo largo del camino estaban de pie mujeres, niños, ancianos. El frío era rigurosísimo, pero cuando el ataúd pasaba frente a ellos, los hombres se quitaban los gorros y con la cabeza descubierta se unían al cortejo fúnebre.

El ataúd fue colocado en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos.

Días y noches estuvo pasando por la Casa de los Sindicatos la inacabable fila de hombres. Eran moscovitas,

eran forasteros de la región del Volga, de los Urales, de Siberia. Todos los que aquellos días pasaron por la Sala de las Columnas vieron constantemente a Krúpskaya. No lloraba.

Llegó el 27 de enero de 1924. A las cuatro en punto de la tarde, en la Plaza Roja, el país daba sepultura a Vladímir Ilich Lenin-Uliánov. Pitaron las sirenas de todas las fábricas de Moscú y del país. Era el último saludo de despedida al gran dirigente... Durante cinco minutos cesó la vida en la inmensa Unión Soviética: se detuvieron los trenes en el camino, pararon todas las máquinas. Las unidades militares de Moscú dispararon 25 salvas de artillería en honor de Lenin.

Nadezhda Konstantínovna, acompañada de las personas más queridas, volvió al piso del Kremlin. Por primera vez traspasó su umbral ella sola...

En la víspera del entierro, el 26 de enero, se inauguró el II Congreso de los Soviets de la URSS. Su primera sesión estuvo dedicada a la memoria del jefe. Ninguno de los delegados podía imaginarse que vería en la tribuna a Krúpskaya, que oiría de ella palabras tan penetrantes y sinceras.

"Camaradas: Estos días, estando junto al ataúd de Vladímir Ilich, he recordado toda su vida, y he aquí lo que quisiera decirles. Su corazón latía movido de ardiente amor por todos los trabajadores, por todos los oprimidos —Krúpskaya hablaba a media voz, dirigiéndose a los hombres del País de los Soviets—. Nunca habló de esto él mismo, y yo, quizá, tampoco lo habría dicho en otro momento menos solemne. Hablo de ello porque este sentimiento lo heredó del heroico movimiento revolucionario de Rusia".

De la impresión que produjo a todos la intervención de Krúpskaya hablaría muchos años después Félix Kon, revolucionario polaco, uno de los más antiguos militantes de Partido Comunista: "Cuando le vi a usted en la tribuna del II Congreso de los Soviets y oí su llamamiento a mantener enarbolada la bandera de Lenin, comprendí cuál había sido la misión de usted en el partido desde el momento de su fundación y qué fuerza de voluntad hubo de poseer para cumplir este deber ante el partido".

Sin Lenin, por el camino de Lenin

Nadezhda Konstantínovna no recordaba desde cuándo no había conocido Moscú un invierno como aquel: el termómetro marcaba invariablemente -25° o más frío aún. Por la parte del río Moscova soplaba un viento glacial y el disco carmesí del sol apenas se distinguía a través de la niebla blanca agrisada. Aquel día estaba sola en casa. María Ilínichna pasaría toda la jornada en la redacción, y, al marcharse, le había prohibido terminantemente que saliera a ningún sitio, asegurando que telefonaría para comprobarlo. Por añadidura, los médicos no le permitían trabajar, pues sus palpitaciones eran más intensas. Con frecuencia le daban mareos. En el piso reinaba el silencio; incluso el teléfono permanecía mudo: nadie quería perturbar su tranquilidad.

En el reloj del comedor sonaron gravemente cinco toques. Entornó sin ruido la puerta de su habitación y se sentó junto a la mesa de escribir.

Como de costumbre, pasó la hoja del calendario: 28 de enero. Era ya el séptimo día que había dejado de latir el corazón de Ilich. Casi maquinalmente se puso a examinar los fajos de cartas amontonadas en aquellos días. De pronto, una letra conocida atrajo su atención. Sí, era de Máximo Gorki; a él había que contestarle sin tardanza: tenía tanto cariño a Vladimir Ilich. Escribió lentamente, como si estuviera conversando con Gorki: "Querido Alexéi Máximovich: Ayer dimos sepultura a Vladimir Ilich. Hasta el mismo momento de la muerte fue el de siempre: un hombre de inmensa voluntad, dueño de sí mismo, que se reía y bromeaba ya a punto de morir y mostraba tierna solicitud por los demás. Por ejemplo, el domingo por la tarde visitó a Vladimir Ilich

el oculista, Prof. Averbaj. Ya se habían despedido, y al poco rato volvió para ver si le dábamos de comer. Nuestras conversaciones giraban en torno al periódico que leíamos cada día. Una vez se inquietó mucho cuando leyó que usted estaba enfermo. A todos nos preguntaba, intranquilo: "¿Qué? ¿Qué?"

Por las tardes le leía los libros que él escogía de los paquetes traídos de la ciudad. Apartó un libro de usted, *Mis universidades*. Al principio me pidió que le leyera algo sobre Korolenko, y después, *Mis universidades*".

Al fin se oyó cerrar la puerta del piso, volvió María Ilínichna. Aquella tarde conversaron largamente. María Ilínichna tomó té para entrar en calor y le contó las últimas novedades. De pronto, recordó que en la redacción deseaban vivamente que Krúpskaya escribiera unas líneas para *Pravda* sobre cómo perpetuar la memoria de Lenin, pues les habían inundado de cartas que proponían los proyectos más grandiosos.

Krúpskaya sabía, sentía que podría decir al pueblo cómo quisiera ella perpetuar la memoria de Lenin.

En la mañana del 30 de enero todo el país leyó:

"Comaradas obreros y obreras, campesinos y campesinas:

Debo haceros un gran ruego: no dejad que vuestra pena por Ilich se deje manifestar en la exaltación exterior de su persona. No le elevéis monumentos y palacios que ostenten su nombre, no organicéis suntuosas solemnidades en su memoria, etcétera. En su vida dio tan poca importancia a todo esto, le hastiaba tanto. No olvidad que todavía hay mucha pobreza y desarreglo en nuestro país. Si queréis honrar el nombre de Vladímir Ilich, instalad casas-cuna, jardines de infancia, casas, escuelas, bibliotecas, dispensarios, hospitales, casas para inválidos, etcétera, y lo primero de todo, llevad enteramente a la vida sus legados".

Los días iban transcurriendo uno tras otro, pero el dolor de la pérdida seguía siendo muy agudo. Hacíase difícil entrar en el piso vacío, sentarse a la mesa y ver delante el sitio desocupado de Vladímir Ilich. "Sin Lenin...": esta idea no existía para Krúpskaya, porque, al dejar de existir, Vladímir Ilich había quedado para siempre en la vida del país, del pueblo, del partido, en la propia vida de ella.

Lo muy exigente que era de sí misma y el sentido del deber ante el partido y el pueblo ayudaron a Nadezhda

Konstantínovna a sobreponerse a esta terrible pérdida y reintegrarse a la vida, a la gente, al trabajo.

Desde entonces su vida iba a quedar subordinada a una tarea: "ayudar por poco que sea a la realización de lo que deseaba Vladímir Ilich...", y se sentía alegre cuando algo de ello era logrado.

La actividad de Krúpskaya en 1924 fue cada vez más intensa. Ha quedado constancia de 140 intervenciones y artículos suyos, sin contar las cartas.

Ya unos días después del fallecimiento de Lenin, preparó el folleto *Los legados de Lenin en la esfera de la educación*. En 1924 aparecieron cuatro ediciones de este folleto, y en 1925, tres.

Escribió artículos sobre cuestiones escolares, el trabajo entre las mujeres, el movimiento de los pioneros, la recapacitación de los maestros, la ayuda a la infancia abandonada y asuntos de la escuela superior.

El partido, con el CC al frente, se preparaba para el XIII Congreso. En ligazón con la brusca diferenciación de clases en el campo surgió la necesidad de reforzar el trabajo en él y de aplicar una política claramente definida respecto a los campesinos: a los pobres, a los medianos y a los ricos, los *kulaks*. La situación era muy seria. El Pleno del CC encargó a Krúpskaya de presentar en el congreso un coinforme sobre la labor cultural en el campo.

Conocía perfectamente la situación en el agro, ya que recibía una enorme cantidad de cartas y era visitada en el Comisariado de Instrucción por bibliotecarios y maestros rurales. En las conversaciones con ellos comprobaba cada planteamiento de su próximo informe. En casa volvía a consultar las obras de Lenin, se aconsejaba de él, releía todos los artículos en que Lenin hablaba del plan de cooperación, de la situación en el campo y del futuro de los campesinos.

En abril de 1924, Krúpskaya publicó en *Pravda* el artículo *Acerca del trabajo en el campo*. "Ahora el trabajo en el campo —decía en él— es uno de los problemas más importantes y urgentes... El *kulak* es más fuerte que el campesino medio y el campesino de pocos recursos, y, por eso, sólo aunando sus fuerzas pueden los campesinos luchar contra el *kulak*".

El único camino posible para sacar al campesino de su pobreza era el de la cooperación. Nadezhda Konstantínovna trató de este tema repetidamente. *Sobre la labor cultural en el*

campo, De cara al campo, La labor cultural y educativa entre las campesinas, La diferenciación de clases en el campo, Los pioneros en el campo, En torno a la labor de las Secciones culturales: he aquí una pequeña parte de sus artículos dedicados al estudio de la situación en el agro.

Hizo fervientes llamamientos a las mujeres, a los jóvenes del campo y a los pioneros, exhortándoles a luchar día tras día y a cada hora contra la ignorancia y la incultura de la vida aldeana e ir creando un nuevo modo de vida.

De cómo vivía, Krúpskaya habló a V. Armand en una carta del 12 de junio de 1924. "Vivo como siempre; estuve en mi predilecta Prójorovka, en las manufacturas de Golútvinskaya y en la fábrica de Lievers; andé bastante por allí, incluso asistí a las octubrinás* de un recién nacido. Me agrada mucho estar en las fábricas. Claro, también he procurado ver a los jóvenes, estuve en la Facultad Obrera de Pokrovski, en la Universidad; en la Academia Agrícola Timiriázev, hice informes sobre el trabajo en el campo, y también sobre la liquidación del analfabetismo. Además, iré a las ciudades de Tver, Yaroslavl e Ivánovo-Voznesensk.

No iré a descansar, mas pasaré tres días a la semana en Gorki. Ya estuve la semana pasada, y voy hoy. Allí se escribe mejor.

María Ilínichna sigue indispuesta. Hoy los doctores también me van a ver a mí, pero sólo estoy de acuerdo en tomar cualquier ingrediente, por abominable que sea, y de antemano digo que no me someteré a ningún otro régimen...

Ahora me he especializado en el trabajo en el campo y me enganchan a toda clase de comisiones que se ocupan de él, el trabajo aumenta sin cesar".

Sí, el trabajo aumentaba sin cesar...

En mayo de 1924 se inauguró en Moscú el XIII Congreso del PC(b) de Rusia. Para Krúpskaya, como había sido siempre para Lenin, el congreso del partido constituía un gran acontecimiento, una gran fiesta. Indignada por la campaña provocadora de Trotski y por su imposición de una discusión artificial que no era ya la primera, Krúpskaya

* *Octubrinás* ("Oktiabriny"): costumbre revolucionaria que existió poco tiempo en la URSS en sustitución del bautizo. Era una amplia reunión solemne en la que se daba nombre al recién nacido.

estaba segura de que la abrumadora mayoría del partido daría una réplica unánime al trotskismo. Era doloroso advertir que el fallecimiento de Lenin había facilitado que Trotski llegara a perder los estribos.

Después de la muerte de Lenin se anunció la promoción leninista; en el partido ingresaron los obreros fabriles más conscientes. Como resultado de la promoción, engrosaron sus filas 240.000 representantes avanzados de la clase obrera. En el momento de la apertura del XIII Congreso, el partido agrupaba cerca de 736.000 militantes: su número casi se había doblado desde la fecha del XII Congreso. El congreso aprobó la política del CC en la lucha contra el trotskismo y ratificó la resolución de la XIII Conferencia del PC(b) de Rusia, en la que se declaraba que el trotskismo era una desviación pequeñoburguesa. El congreso subrayó el extraordinario alcance de la formación marxista-leninista de los miembros del partido. Prescribió que toda la labor de capacitación política en el partido fuese vinculada "a las etapas fundamentales de la historia de nuestro partido, en relación con la excepcional importancia que tienen en ella las ideas directrices del camarada Lenin".

Todas las resoluciones del congreso tendían a impulsar la edificación del socialismo, a fortalecer la ligazón entre la clase obrera y los campesinos y a elevar el papel dirigente del partido.

En cada una de las delegaciones al congreso se dio lectura a la *Carta al Congreso*, de Vladímir Ilich Lenin, conocida con la denominación de *Testamento*. Esta carta, después de fallecer Vladímir Ilich, Krúpskaya la entregó al CC del partido. Dirigiéndose a los delegados, Lenin hacía hincapié en la necesidad de mantener la unidad del partido, de crear un CC estable, capaz de impedir la escisión del partido. Señalaba la actitud "no bolchevique" adoptada por Trotski.

En el congreso se discutió ampliamente la situación en el campo. Sobre esta cuestión informó M. I. Kalinin. Krúpskaya presentó el coinforme *Sobre la labor cultural en el campo*. En las tesis de su intervención escribió: "Ahora el campo se encuentra en la encrucijada, está viviendo un momento crítico; ahora se está formando su nueva fisonomía. De cómo vaya a ser esta fisonomía depende el destino del Poder soviético y de nuestro partido. Por eso, el trabajo en el

campo en la actualidad es uno de los más importantes, uno de los trabajos de choque".

En el informe de Krúpskaya se recalca la idea de Lenin, expresada por él reiteradamente en sus últimos discursos, sobre que el avance por la vía de la construcción del socialismo sólo era posible en base a la elevación cultural del campo.

El informe de Krúpskaya tuvo gran resonancia entre los campesinos. Recibió cartas de los pueblos y aldeas más apartados, de campesinos, de jóvenes.

En el XIII Congreso se eligió a Krúpskaya miembro de la Comisión Central de Control, lo cual acrecentó su trabajo. Fue una grande e importante misión que le confiaba el partido. En una carta a María Ilínichna, Krúpskaya decía: "Me he incorporado a la labor de la CCC: en ella no habrá mucho trabajo. Pienso escribir un pequeño artículo sobre la CCC, y entro en contacto con las personas relacionadas con ella. Hay que leer algunas publicaciones. No se qué ocurrirá más adelante. Son muchos los escritos de toda clase que es preciso leer".

Se acercaba el séptimo aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre: el país iba a celebrar por primera vez esta fiesta sin Lenin. Aquellos días fueron muy penosos para Krúpskaya. Además, su estado de salud había empeorado sensiblemente. No obstante, el 7 de noviembre estuvo en la Plaza Roja.

En julio de 1924 se reunió el VI Congreso del Komsomol. No fue casual que los delegados pidieran precisamente a Krúpskaya que hablase de lo que consideraba principal en la vida del joven leninista, de lo definidor en la vida privada del hombre del nuevo régimen social. Por aquel tiempo, entre cierta parte de la juventud se discutía sobre si el joven comunista podía tener familia y cómo combinar la vida social con la privada. Dirigiéndose a los delegados, Krúpskaya dijo:

"Vivimos en una época en que ya comprendemos claramente que la vida privada no puede separarse de la vida social. En el pasado quizá no se viera claro que esa ruptura entre la vida privada y la social lleva tarde o temprano al hombre a traicionar la causa del comunismo. Hemos de aspirar a que nuestra vida privada se entrelace con la lucha, con la obra de la construcción del comunismo.

Esto, por supuesto, no significa que debamos renunciar a la vida privada. El partido del comunismo no es una secta, y por eso no se puede predicar semejante ascetismo...

Hay que saber fundir la vida propia con la social... merced a esta fusión, merced a que la causa común de todos los trabajadores se convierte en un asunto personal, merced a eso, la vida privada se enriquece. No se hace más pobre, ofrece vivencias tan radiantes y profundas como nunca tuviera la vida familiar pequeñoburguesa. Esto, saber fundir la vida propia con el trabajo en pro del comunismo, con el trabajo, con la lucha de los trabajadores por la edificación del comunismo, es una de las tareas que tenemos planteadas. Vosotros, los jóvenes, empezáis a crear vuestra vida, y podéis crearla de manera que no haya ruptura entre la vida privada y la vida social”.

Así vivió siempre ella misma, y nunca hubo ninguna ruptura entre la vida privada y la social. Incluso cuando descansaba no podía desligarse de los intereses sociales; por doquier encontraba algún asunto atrayente, en todas partes estaba rodeada de gente. En cualquier circunstancia, Krúpskaya no dejaba de ser una propagandista y agitadora profesional. Consideraba que para realizar fructuosamente la labor de propagandista era indispensable estudiar con toda amplitud a las masas.

La desgracia caída sobre ella la impelía a trabajar más intensamente, a dedicar más tiempo aún a la obra social. En la III Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas hizo un informe sobre la educación social de las trabajadoras; en el Pleno de la CCC del PC (b) de Rusia disertó acerca de la ética de partido; presentó un informe sobre el trabajo con la promoción leninista. En 1924 se celebraron congresos de la Federación Rusa y de la URSS sobre la liquidación del analfabetismo, la actividad bibliotecaria y la educación preescolar; el congreso de los funcionarios de los clubes; el congreso de las escuelas para los funcionarios del partido y de los Soviets. En la agenda de todos ellos figuraban informes de Krúpskaya.

Por entonces se preparaba el Congreso de maestros de la URSS. Aparecieron el periódico *Uchítelskaya gazeta* (“La Gaceta del Maestro”) y las revistas *Narodni uchitel* (“El Maestro del Pueblo”) e *Izba-chitalnia* (“Isba-Biblioteca”). Empezó a tomar impulso la revista *Krasny bibliotékar* (“El

Bibliotecario Rojo”), organizada en 1923. En todas estas actividades, Krúpskaya participó muy vivamente.

Así transcurrió el año 1924.

En agosto de 1926, los médicos impusieron que marchara a descansar, aconsejándole que fuera a algún sitio apartado, lejos de todo ajeteo. Así lo hizo, yéndose a un lugar perdido, a la aldea de Gorodniá, de la provincia de Tver, donde vivía una hermana de I. Rádchenko, un amigo de la familia. Desde allí escribió a Varia Armand:

“... Aquí me siento como nueva. Se está muy bien aquí. La calma es maravillosa. Alrededor, en una versta y media, bosque, setas de toda especie, arándano, airela. Los dueños son muy buenos: María Ivánovna, que se ocupa de todos; tres chicos: de 17 años, uno de 14 y otro de nueve, y mi conocida Alisa Ivánovna (Rádchenko.— *N. de las Aut.*). Los chicos son buenos, muy sencillos. En general, aquí todo es muy sencillo, y por eso estoy contenta. Los chicos se pasan el día entero en el Volga. Al principio, paseaba y leía sumisamente. Aquí da gusto leer. He leído varios libros de economía, pero ahora ando de un lado para otro. Primero, porque resulta que he venido a parar a un distrito rural muy famoso: allá por los años 70 hubo aquí unas célebres cooperativas queseras populistas. En una de ellas trabajó Sofía Peróvskaya. Hubo también cooperativas de herrería. Gracias a esto, aquí la población se incorporó fácilmente a la cooperación agrícola. Casi todo está organizado en cooperativas.

Hoy he visitado un pueblo: allí hay escuela, quesería, cooperativa única de consumo, célula del Komsomol, mujeres activistas, un taller de costura organizado por ellas, comité de la sociedad campesina de socorros mutuos. Ahora reglamentan allí el régimen de tierras. Las casas, al estilo de Tver: lindas isbas, aldeas sin barro, con árboles plantados, cada familia recibe el periódico *Tverskaya Pravda* (“La Verdad de Tver”). Lo único malo es que el edificio de la escuela se halla en muy mal estado y que en la isba-biblioteca hacen queso durante el verano. La gente está muy desarrollada, es diestra, todas las directrices las conoce al dedillo. Ya me han hecho hablar aquí en tres sitios.

Eso es una cosa. Otra es que aquí tienen explotaciones de turba, se construye una central eléctrica, y también hay una estación botánica. En los diez días que voy a vivir aquí veré y

conoceré mucho. En una palabra, este año mi descanso ha sido auténtico.

Aquí, de ponerse a ello, puede hacerse mucho. Esto es muy atrayente.

Otra cosa aún. En el último tiempo mi ánimo era tal que sólo deseaba estar tendida; ahora de nuevo quiero ir por ahí, estar en todas partes, trabajar con todas las fuerzas”.

El 28 de enero de 1924, al día siguiente de la inhumación de Vladímir Ilich, Krúpskaya escribió a Inna Armand: “Me he dispuesto a preparar un folleto con pasajes de sus obras que esté al alcance de todos, una recopilación de lo más importante y esencial dicho por él, y ya he comenzado el trabajo. Creo que la recopilación me saldrá bien. Luego ayudaré a examinar documentos en el Instituto Lenin y escribiré sobre nuestra vida. Ahora lo que más deseo es pensar en Vladímir Ilich, en su trabajo, y leerle”.

Pensar en Vladímir Ilich, y no simplemente pensar en él, sino hablar de él y de su obra a todos, propagar sus ideas, luchar por su encarnación en la vida: a esta labor iba a dedicar Krúpskaya muchas energías.

En el otoño de 1924, estando curándose en Kislovodsk, retocó y dejó terminadas las primeras páginas de sus recuerdos sobre Lenin.

Desde entonces hasta los últimos días de su vida, Nadezhda Konstantínovna se ocuparía de escribir sus memorias.

Las memorias de Krúpskaya son un modelo de labor concienzuda y escrupulosa. No confió únicamente en lo que recordaba. Consultó documentos, periódicos y revistas, trabajó en archivos, preguntó a personas que habían conocido a Lenin.

Escribió un libro para las generaciones futuras, poniendo en este trabajo toda su inteligencia, todo su corazón. Al principio publicó fragmentos del libro en el diario *Pravda*.

Las primicias fueron un librito de 62 páginas, que publicó la editorial *Pravda* en 1925. Era un relato sobre la vida y la actividad de Lenin desde 1893 hasta 1902. Un año después, las memorias hablaban ya de la revolución de 1905. Así, fascículo tras fascículo, aparecidos en diversas editoriales, periódicos y revistas, iban viendo la luz los capítulos de sus

memorias. En 1931, el libro tenía ya dos partes, extendiéndose el relato hasta 1917.

Muy exigente de sí misma y de su trabajo, Nadezhda Konstantínovna, antes de entregar los manuscritos a la redacción pedía a los viejos camaradas que los leyeran y examinaba algunos capítulos en círculos obreros. Para ella era importante la opinión de los lectores, necesitaba conocer y percibir su reacción.

Un día llamó a su despacho a Anna Krávchenko, ayudante suya, que se sorprendió un poco al oír a Krúpskaya: “Usted lleva el círculo obrero en la fábrica de calzado *Burevéstnik*, ¿verdad?” Y a continuación le pidió que leyera un ejemplar del comienzo de sus recuerdos sobre Lenin, ya copiados a máquina, y, a ser posible, que lo leyera también a los miembros del círculo. “Pida a los obreros que hagan sus observaciones sobre lo que oigan de usted, escriba todo lo que digan, lo que pregunten, y muéstremelo...” Lo mismo que Lenin, lo que ella apreciaba más era la opinión de los obreros.

Su primer fascículo despertó gran eco. Recibió cartas de todo el país. Los amigos le hacían observaciones críticas. A veces la reprochaban cierta sequedad en los recuerdos. ¿Acaso no era fácil comprender que ella no podía escribir de sus sentimientos, de sus emociones? Vladímir Ilich y ella siempre consideraron que la vida íntima, privada, no se debía sacar a juicio público. Ellos nunca se inmiscuyeron en la vida de los otros. ¡Cómo se podía entonces hablar en el libro de todas sus alegrías y amarguras, de lo que habían vivido juntos a lo largo de tres decenas de años! Ella escribía fundamentalmente de su trabajo, de la obra a la que se habían consagrado durante tantos años.

En su respuesta a la carta de una antigua amiga, María Essen, Krúpskaya decía:

“Escribe usted que es lástima que las memorias sean demasiado parcas. Muchos dicen lo mismo. Quizá esto obedezca a que me es muy difícil escribirlas. Hay en mí un sentimiento doble. De un lado, me parece que debo hacerlo; de otro, creo que a Ilich le disgustaría que yo las escriba. Pienso que por eso escribo parcamente. ¡Además, me estorba la vida que llevo! Literalmente desde por la mañana hasta que anochece, sin intervalo alguno, estoy ocupada con mi trabajo de instrucción, y no hay forma de que pueda

librarme de él. Me propongo aprovechar las vacaciones de este año para escribir las memorias”.

Krúpskaya escribía sus recuerdos de manera argumentada y con rigor testimonial. A través del Instituto Lenin, enviaba los manuscritos a sus camaradas. Tenía en cuenta sus observaciones y les agradecía los relatos y remembranzas que recibía de ellos. Sin embargo, todo intento de “pulir” sus memorias, de darles otro “tono”, quienquiera que fuese el que pretendiera “corregir” el libro, encontraba de su parte una réplica áspera y digna.

Y no cambió ni pulió nada. Cada renglón de su libro era una línea de su vida, una partícula de su corazón. Por eso, no podía por menos de suscitar una reacción espiritual recíproca. Seguramente las cartas más significativas fueron las de Máximo Gorki, que escribió a Krúpskaya desde la lejana Italia: “... ahora he terminado de leer sus recuerdos sobre Vladímir Ilich, ese libro tan sencillo, grato y triste. Habría querido estrechar su mano desde aquí, de lejos, y —a decir verdad, no sé cómo expresárselo— ¿quizá darle las gracias por este libro? En general, quisiera decirle algo, hablarle de las emociones que han despertado en mí sus memorias”.

A Krúpskaya le alegraron estas letras. Leyó turbada otra carta de Gorki, dedicada directamente a ella: “En cuanto a lo de que “algo no me ha agradado”, le digo a usted con toda sinceridad: eso no es cierto...”

No, querida N.K., usted no podía “no agradarme”, porque hay en mí un sentimiento definido de aprecio y simpatía hacia usted. Personas tan firmes como usted hay pocas. Mas a qué voy a decirle yo palabras lisonjeras. Usted misma sabe bien lo difícil y grandioso que ha sido su camino, lo mucho que trabajó usted en la obra de la revolución”.

Inmediatamente, Nadezhda Konstantínovna le contestó: “Querido Alexéi Maxímovich:

No acertaría a decirle cuánto me ha alegrado su carta. Usted sabe que Vladímir Ilich le apreciaba mucho, y por eso su opinión es muy valiosa para mí. Un extraño sentimiento me domina cuando escribo mis memorias. Por una parte, creo que debo relatar a los obreros y a los jóvenes todo lo que recuerdo de Ilich, pero, a veces, me agita la sensación de que, quizá, a Ilich le descontentarían mis recuerdos. Era tan poco lo que él hablaba de sí mismo. Cuando estuvo aquí

sentí grandísimos deseos de hablar con usted sobre Ilich, simplemente, llorar mi pena de mujer en presencia del hombre con el que Ilich hablaba más de sí que con nadie. Pero me dio reparo, la verdad sea dicha, y además me pareció que algo mío no le había agradado.

Por eso, al leer su carta me sentí libre de un gran peso. Sobre todo me alegró que mis memorias despertaran en usted algunos recuerdos sobre Ilich. Los leí muchas veces. Y siempre me venía a la memoria —y en una carta le escribí de esto— cómo Ilich, en el último mes de su vida, buscó el libro en que usted hablaba de él y me pidió leerle en voz alta su artículo. Está ante mis ojos el rostro de Ilich, cómo me escuchaba y, a través de la ventana, tenía puesta la mirada en la lejanía: hacía un balance de su vida y pensaba en usted. Le remito el libro que escribí este invierno: *Cómo hablaba Lenin de los koljosianos*. Lo corregí muchas veces y lo mandé a una comuna de la provincia de Riazán y al grupo de mujeres activistas de una aldea del distrito de Kaluga, para que lo examinaran. Ahora no tengo valor para releerlo, quizá no lo haya escrito como debiera”.

Krúpskaya estimaba profundamente a Gorki como escritor y veía en él a una persona íntima y entrañable.

En septiembre de 1930 le escribió:

“Querido Alexéi Maxímovich:

Después de su carta acerca de mis memorias sobre Ilich me he inclinado a continuarlas, pero es difícil hacerlo entre la bulla del trabajo cotidiano. Hay un montón inconcebible de trabajo, falta una enormidad de gente, todo el personal está con los pelos de punta, todos andan muy nerviosos, desde abajo aprietan increíblemente a propósito de toda clase de estudios, hay cosas interesantísimas a cada paso y no logro apartarme de la vida ni por un instante. Sabe, hubo estos versos: “en los labios vivos busco labios hace mucho enmudecidos; en los ojos, el fuego de los ojos hace tiempo apagados”. Pues bien, toda esta vida que brota a raudales se entrelaza en mí con el recuerdo de Ilich, siempre quiero imaginarme cómo reaccionaría él ante uno u otro hecho, qué le parecería, qué diría. Estuvo aquí una delegación de obreros de la región de Ivánovo —con frecuencia vienen a verme obreros, así, simplemente, para conversar de algo, aconsejarse, contar algunas cosas— y hablamos gratamente. Luego, al despedirse, uno de ellos me dijo: “Hace tiempo

que queríamos hablar contigo, pero no podíamos pensar de ningún modo que tendríamos contigo una conversación tan obrera". Bueno, pues yo veía lo contento que se pondría Ilich cuando yo le contara esto.

Mis vacaciones las aprovecho así: he venido a Gorki y escribo sobre la segunda emigración, cómo vivimos en París en los años de reacción, cómo después, cuando empezó el ascenso del movimiento obrero, nos trasladamos a Cracovia, cómo allí aumentaron los contactos con Rusia y el trabajo se hizo directamente para Rusia, y luego sobre los años de emigración durante la guerra. Ya lo he escrito en borrador, pero todavía será preciso hablar con toda una serie de camaradas, comprobarme a mí misma, y habrá que añadir mucho. Así, por ahora sólo está escrito el esqueleto, y, por lo visto, también hay mucho superfluo. No obstante, pronto estará preparado. Lástima que tenga mala memoria, fueron demasiadas las impresiones de la vida, y vivimos muy dolorosamente muchas de ellas. Además, no escribo tanto de Ilich como de la situación que le rodeaba. Esto hace falta, pero usted también tiene razón: Ilich está todo él en sus palabras, en sus ideas, que eran tantas como escamas tiene un pez. Hoy he recibido sus recuerdos sobre Ilich: son buenos. En ellos, Ilich vive. Lo que escribe del Congreso de Londres está muy bien. Es la pura verdad. Cada frase de sus recuerdos sugiere evocaciones análogas. Por añadidura, usted quería a Ilich. Quien no le hubiese querido no habría podido escribir de esa manera..."

A Nadezhda Konstantínovna le pedían a menudo que hablase de sí misma, que añadiera nuevas páginas a su libro. A este respecto, ella tenía un criterio firme e invariable para siempre. Contestando a D. Shabánov, uno de sus críticos, dijo: "Creo que en las "Memorias" era preciso escribir lo menos posible de mí misma. Esto es el defecto común de todas las Memorias: los hombres escriben más que nada de sí. Yo no quería hablar de mí misma, sino de Ilich; deseaba mostrar el ambiente en medio del que hubo de vivir y trabajar. ¿Mas qué podía contar de mí? Amaba profundamente a Ilich; lo que a él le conmovía, me conmovía a mí; yo procuraba, en la medida de mis fuerzas y de mi entender, ayudarle en su labor, pero no se olvide que yo soy una trabajadora corriente.

¿De qué voy a escribir?"

Las memorias de Krúpskaya atraen la atención de gran masa de lectores no sólo en la URSS, sino también lejos de ella. Todavía en vida de Nadezhda Konstantínovna, su libro fue traducido a diversos idiomas y editado en once países. Lo leían con interés personas de las ideas más diferentes y de distintas edades y profesiones. La prensa insertó muchas recensiones sobre el libro.

Krúpskaya leía los periódicos enviados de Francia, Alemania e Inglaterra que publicaban recensiones. Había opiniones para todos los gustos. Los burgueses de todos los países habían quedado defraudados: ninguna revelación sensacional, nada que cosquilleara los nervios del público saciado de todo. En cambio, para los comunistas, para los obreros significaba una escuela de lucha revolucionaria. He aquí lo que decía *L'Humanité*, el periódico de los comunistas franceses: El público burgués, sin duda, encontrará insípido este libro, ya que no contiene pasajes románticos. Nada para los aficionados a las sensaciones fuertes. Además, para comprenderlo es preciso conocer la historia del movimiento revolucionario ruso, a cuyas características hace alusión con frecuencia N. Krúpskaya. En este libro el lector ve cómo Lenin opone al heroísmo de los combatientes individuales la fuerza y el heroísmo de la clase obrera... Este libro es un documento precioso para los que, ignorando el ruso, no han podido leer sus obras publicadas en la URSS.

Dominando tres idiomas europeos, Krúpskaya podía comprobar ella misma la justedad de las traducciones. En este sentido, ofrece gran interés su correspondencia con la editorial de Berlín. En una de las cartas al editor y al traductor, decía: "Mis enmiendas son de tres clases: 1) las que se refieren a los pasajes donde son erróneos el sentido y la interpretación; 2) a causa de la traducción se le da al texto un tono incorrecto; 3) donde se traduce inexactamente uno u otro término".

Para ella era muy grato saber que la verdad sobre la vida de Lenin se difundía por el mundo entero, que su libro constituía un arma acerada en la lucha contra los que calumniaban al partido y a Lenin.

Paralelamente al trabajo en las memorias, Nadezhda Konstantínovna empezó a crear poco a poco su Leniniana. Escribió numerosos artículos sobre diversos aspectos de la actividad de Lenin: *Lenin y el partido*, *El papel de Lenin en la*

organización de la Revolución de Octubre, Lenin, redactor y organizador de la prensa del partido, Lenin acerca de la moral comunista, La naturaleza humana de Lenin y gran número de otros.

“Ahora se escribe muchísimo de Vladímir Ilich —decía Krúpskaya—. En esos recuerdos se presenta con frecuencia a Vladímir Ilich como un asceta, como un virtuoso pequeño burgués hogareño. En cierto modo, se desfigura su imagen. Lenin no fue así. Era un hombre al que nada humano le era extraño. Amaba la vida en toda su diversidad y bebía ávidamente en ella.

Se describe nuestra vida como llena de privaciones. No es cierto. Esa necesidad de no saber con qué comprar pan no la conocimos. ¿Acaso vivían así los camaradas emigrantes? Hubo quienes estuvieron dos años sin tener un salario ni recibir dinero de Rusia, pasando hambre de verdad. Esto no nos ocurrió a nosotros. Vivíamos modestamente, es cierto. ¿Mas acaso la alegría de la vida consiste en vivir bien comido y con lujo? Vladímir Ilich sabía tomar de la vida sus alegrías. Amaba mucho la naturaleza. No hablo ya de Siberia, también en la emigración salíamos constantemente a alguna parte fuera de la ciudad a respirar a pleno pulmón, íbamos muy lejos y volvíamos a casa embriagados de aire, de movimiento, de impresiones. El modo de vida que llevábamos se distinguía considerablemente de la manera de vivir de otros emigrantes. A la gente le gustaban las charlas interminables, el parloteo junto a la taza de té y entre espirales de humo. Vladímir Ilich se cansaba tremendamente en esas tertulias y siempre insistía en ir a pasear”.

Krúpskaya intervenía mucho y con frecuencia en diferentes actos. Hablaba ante obreros, maestros, pioneros. No sabía negarse a los discursos, de la misma manera que no sabía rehusar el trabajo. Todo lo relacionado con Lenin adquiría para ella singular significación.

En el Kremlin, en la biblioteca de Nadezhda Konstantínovna hay una sección de libros sobre Lenin. Recibía y recogía todo cuanto se escribía acerca de Vladímir Ilich, leyéndolo, comentándolo, acotándolo. Una línea, una interrogación o una admiración al margen de un escrito descubre su actitud hacia lo expresado en él.

Conservaba cuidadosamente los artículos de periódicos, los pequeños folletos y las recopilaciones.

Era la autoridad suprema para todos los que escribían sobre Lenin. A ella se dirigían como a la fuente originaria y le enviaban muchos libros, artículos y obras de arte para que emitiera su juicio. La Leniniana comenzó con la publicación de un gran folio, *Ante la gran tumba*, que debía incluir todo lo aparecido en la prensa durante la primera semana que siguió al fallecimiento de Lenin. Uno de los redactores de la compilación pidió a Krúpskaya que examinase el material periodístico reunido y seleccionara lo necesario. Krúpskaya lo leyó... Centenas, millares de páginas de recuerdos, artículos, relatos, poesías y canciones dedicados a Lenin.

Mucho de ello sublevaba su ánimo; combatía sin desmayo todo lo que desfiguraba la imagen de Vladímir Ilich. Le eran igualmente odiosos el almibarado tono pequeño burgués de algunas remembranzas y las tentativas de canonizar a Lenin, de presentarlo al margen de la vida real y de las masas.

A veces estallaba de ira: se escribían cosas que eran falsedades premeditadas; individuos mezquinos, ruines, querían utilizar el nombre de Lenin en provecho propio, encubrirse con su autoridad. Al margen de tales escritos, anotaba: “No, no hubo nada de esto ni lo pudo haber”, o “El autor inventa, esto no se puede imprimir”, y en otros casos: “Vladímir Ilich no pudo hablar así porque opinaba de otra manera”.

En otros países también se empezó a publicar libros sobre Lenin. En 1924 Krúpskaya recibió un folleto en polaco dedicado a él. El autor le pedía su opinión, ya que se proponía continuar esta labor.

Dos años después le llegó otro libro polaco, regalo de la viuda de Julian Marchlewski, fallecido en 1925.

Había libros que Krúpskaya no podía leer. El verano de 1924 recibió uno en japonés. Sen-Katayama le envió su traducción de la obra de Lenin *El Estado y la revolución*.

“Camarada Krúpskaya:

Le mando la traducción hecha por mí del inglés al japonés del libro de Vladímir Ilich que fue la primera obra suya que leí. Tanto me interesó y enriqueció mis conocimientos que decidí traducirla. Hice la traducción en 1920 en Norteamérica, cuando tuve que ocultarme de las autoridades norteamericanas. El libro fue compuesto a mano e impreso por un camarada, un joven comunista japonés que ahora está en Japón y es uno de los mejores militantes del partido.

Sólo en mayo de este año se logró editar el libro en Vladivostok.

Con saludos comunistas. *Sen-Katayama*"

Las obras de Lenin penetraban en los más diversos países. Qué valentía y decisión eran necesarias para traducirlas, propagarlas y difundirlas. De esto se ocupaban destacados dirigentes del movimiento comunista mundial. Cuántas mentes habían sido conquistadas por las ideas leninistas. Krúpskaya recordó lo que contara Lenin de sus conversaciones con los comunistas de Oriente y con Sen-Katayama. Era un camarada fiel, probado. En su carta no se decía una sola palabra sobre la muerte de Lenin, pero Nadezhda Konstantínova sabía leer entre líneas. Aquella carta le infundía nuevas fuerzas, era una invocación al trabajo, a la propaganda de las ideas de Lenin.

Leer cuanto se escribía sobre Lenin y reflexionar en ello le era necesario e infinitamente grato. Escribía detalladas apostillas, página por página, a todo lo que se le enviaba del Instituto Marx-Lenin. Examinando bien y leyendo con atención estas notas podrá verse cómo Krúpskaya matizaba siempre lo que era principal en Lenin: la lucha política, la agudeza de pensamiento, la gran variedad de intereses, el amor a la vida. Por ejemplo, el 1 de junio de 1929 escribió en su juicio crítico sobre la biografía de Lenin: "Además, desaparece enteramente lo principal: la lucha de Ilich desde el momento de su llegada en 1917. Verdad es que hasta ahora hay pocos testimonios de este período, pero, aun, con todo eso, no se puede silenciar esta época de la vida de Ilich. En general, también en el período precedente desaparecen un tanto las cuestiones de la lucha por el partido, que constituían todo el contenido de la vida de Ilich. Y así resulta no un Ilich vivo, luchador y pensador, sino una especie de benevolente papaíto".

El 20 de junio de 1930, en una carta a V. Sorin, subdirector del Instituto Lenin, decía: "En la presente biografía Lenin aparece ante todo como escritor, como participante en diversas conferencias del partido, se difumina su papel como pensador, como estratega, como organizador, como jefe de las masas".

Krúpskaya procuraba conocer de qué manera se reconstituía la imagen de Lenin en el arte: en cuadros, películas y piezas teatrales. Coadyuvaba siempre a la fundación de

museos consagrados a Lenin. El Museo Central Lenin de Moscú era su segundo hogar.

En casa de Nadezhda Konstantínova, en su mesa de escribir, hay un pequeño álbum de fotografías, a cuya cubierta está pegada una sola palabra: "Ilich". Hablando con visitantes o mientras trabajaba, de cuando en cuando abría las hojas del álbum y quedaba un buen rato contemplando las fotografías. Sobre la mesa tenía una de las fotos predilectas: la sacada en Káshino, en 1920. En ella, Ilich aparece muy contento, tiene aspecto feliz.

El álbum era obra de Varia Armand y ella. Varia quería consolar de algún modo a Nadezhda Konstantínovna después del fallecimiento de Vladímir Ilich y, al ver sobre la mesa algunas fotos de Lenin que Krúpskaya había recortado de periódicos y revistas, le sugirió hacer un álbum. Desde entonces, Krúpskaya siempre lo tuvo sobre la mesa.

Poco a poco fueron apareciendo cuadros y esculturas que representaban a Lenin. Krúpskaya era severa en su crítica, exigiendo del artista que reflejase el estado de espíritu, el humor de Vladímir Ilich en el momento a que se refería la obra de arte. Cuando el artista lograba esto, Krúpskaya se alegraba sinceramente. Le gustaron algunos esbozos del natural hechos por el escultor Andréiev y el retrato *Lenin en Gorki*, del pintor Mijailovski.

Una vez le telefoneó el director cinematográfico Mijaíl Romm, pidiendo ser recibido por ella: "Queremos hablar con usted, Nadezhda Konstantínovna. Empezamos a rodar la película *Lenin en Octubre* y nos es indispensable consultar con usted". Tardó unos instantes en contestar: "¡Ilich en la pantalla! ¿Cómo es posible?" Luego dijo: "Bien, les espero mañana". Dejó el auricular y permaneció unos minutos inmóvil, con los ojos cerrados. Después entró en la habitación de María Ilínichna. "Mañana vendrá aquí un grupo de cineastas. Quieren hacer una película sobre Volodia. ¿Puedes imaginártelo? ¿Sabrán mostrar todo verazmente? ¿Quién interpretará a Volodia? Qué extraño suena esto: "interpretar a Volodia". Hasta muy alta la noche no pudo dormirse, abstraída en meditaciones y recuerdos.

Krúpskaya recibió amable y tranquila a los cineastas. Le presentaron a un hombre joven, achaparrado, de frente ancha y abombada y ojos claros. "Schukin", dijo él, estrechando fuertemente su mano. "No se parece nada a

Volodia, nada. ¿Cómo podrá interpretarle?”, pensó fugazmente. Mas, ante la tensa mirada interrogativa del actor, le sonrió.

Oyó lo que contaron de la película, examinó el guión e hizo algunas observaciones. Al grupo le interesaba todo: los detalles de la actitud de Lenin en tal o cual momento, su manera de hablar y de escuchar. Les contestó tranquila y circunstanciadamente, aunque convencida de que no era posible reflejar, describir con palabras la incomparable imagen de Vladímir Ilich. Al final, les dijo: “Por supuesto, los detalles de los modales y la fisonomía de una persona son importantes, pero nunca encontrarán ustedes la verdadera clave para revelar su imagen si no comprenden su estado anímico, la lógica interna de su conducta. Y para esto deben estudiar las obras de Vladímir Ilich, calar en cada página de la historia del partido. Entonces los detalles aparecerán por sí mismos”. Krúpskaya enseñó todo el apartamento a los visitantes. Por último, les llevó a la cocina. “De ordinario, nos reuníamos aquí”. Cuando iban a sentarse, Nadezhda Konstantínovna sonrió a Schukin: “No, no, usted siéntese aquí, de espaldas al armario. A Volodia le gustaba este sitio”. Para no turbar a Schukin fingió “no haber notado” que no podía tomar el té: al actor le temblaban las manos y, de la emoción, se le había atravesado un nudo en la garganta.

Al despedirse, Romm preguntó: “Nadezhda Konstantínovna, ¿irá usted a ver nuestra película?” “Seguramente iré —le contestó Krúpskaya—, pero no al principio. Deben comprender que es difícil para mí, mas les deseo de corazón que tengan éxito”.

Casi a la par con el estreno de los filmes *Lenin en Octubre* y *Lenin en 1918*, se pusieron en escena dos obras dedicadas a la revolución: *La Verdad*, de A. Korneichuk, en el Teatro Vajtánov, y *El hombre del fusil*, de N. Pogodin, en el Teatro de la Revolución. El papel de Lenin lo interpretaron, respectivamente, Borís Schukin y Maxim Shtrauj. Sólo el 23 de noviembre de 1937, tres semanas después del estreno, estuvo Krúpskaya en el Teatro de la Revolución.

A las personas ajenas podría parecerles que estaba completamente tranquila. Mas esperaba palpitante la aparición de Shtrauj. Toda la compañía teatral atendía con temor y esperanza la escena culminante de la obra. Todos se hacían la misma pregunta: “¿Qué dirá Krúpskaya?” Al fin, con

andar rápido, salió “Lenin” a escena. La sala estalló en aplausos. El público se puso de pie. Y en un palco, aquella mujer ya vieja y de pelo blanco, haciéndose atrás, se cubrió el rostro con las manos. Todo su ser se rebelaba contra la aparición de Ilich en escena. Sin embargo, poco a poco fue calmándose. El espíritu de los espectadores, el amor que mostraban a Lenin y su viva percepción de la presencia de él acabaron por templar el alma de Nadezhda Konstantínovna. Lentamente retiró las manos de su rostro y empezó a mirar al escenario.

Más tarde, el director teatral Nikolái Petrov escribió: “Por magnífica que fuese la interpretación del actor y por mucho que se pareciera a la persona íntima para ti, en esos experimentos escénicos hay, verdaderamente, algo terrible, y lo que para una persona ajena puede parecer hermoso, para ti puede ser humillante. En aquel momento había salido a escena Lenin, protagonizado por Shtrauj, y desde un palco le miraba Nadezhda Konstantínovna. Comprendíamos perfectamente toda la seriedad y responsabilidad del momento e incluso creo que no hubiésemos protestado si ella se hubiera vuelto hacia nosotros, diciéndonos: “No hay que representar esto”. Pero miró al escenario, en silencio y concentrada”.

La representación terminó. El público llamó una y otra vez a los actores. De pie en el proscenio y haciendo reverencias, no dejaban de mirar al palco principal. Nadezhda Konstantínovna estaba sentada, con la cabeza caída y los dedos fuertemente entrelazados. De pronto, se dirigió a Petrov: “Si es posible, quisiera hablar con los intérpretes cuando se hayan quitado el maquillaje”. Al poco rato, ya estaba rodeada de los actores, tímidos y confusos. Se admiró de que el maquillaje cambiara tanto el aspecto de los artistas: Maxim Shtrauj no se parecía nada a Lenin, y, pese a ello, en escena tenía bastante semejanza con él. “Me ha gustado su interpretación —le dijo, como reflexionando en voz alta—, pero ¿por qué anda tan de prisa y hace gestos tan bruscos? Los modales de Vladímir Ilich eran muy suaves. Nunca gesticulaba demasiado. Por lo visto, le confunden a usted los documentos cinematográficos, pero eso es cosa, simplemente, de la imperfección de la técnica”.

Les habló de la misión del teatro en la vida social, del lugar que ocupaba en la obra de educación comunista de las masas. De pronto, interrumpiendo a mitad de palabra su

discurso, se volvió hacia Shtrauj: "Ah, sí, ¿de dónde ha sacado usted ese ademán condescendiente que hace al despedirse de los obreros, tendiéndoles la mano con altivez? No, Ilich saludaba y se despedía sencillamente. Nunca daba a entender a nadie que entre él y su interlocutor había cierta distancia. Deseche ese ademán. Es extraño a Lenin". La conversación se alargó, en un espíritu cada vez más amistoso y de camaradería.

Era muy tarde cuando volvió al Kremlin, a casa. Rendida, se sentó sobre el arca del vestíbulo. Aquello había sido duro para ella, casi tan duro como la visita al Mausoleo.

A Lenin le llevaba siempre en el alma. ¿Acaso necesitaba ella algún monumento para recordar y para conocer a Ilich? El dijo de Krúpskaya que era su "primero y más severo crítico", le leía cada trabajo suyo, cada artículo. Ella también se aconsejaba de él sobre todos los asuntos de su trabajo. Lenin no vivía ya, pero seguía siendo su puntal, su consejero principal y su amigo. Invariablemente acudía a él en las dolorosas horas de duda, cuando sólo su sabiduría podía ayudarla a adoptar una decisión justa. Hasta el fin de sus días no aprendió a hablar de Vladímir Ilich en tiempo pretérito, y en las conversaciones y los discursos decía: "Ilich afirma", "Vladímir Ilich tiene fe en la clase obrera". Reunía todas las ediciones de las obras de Lenin, las leía, hacía acotaciones en ellas. Se pasaba largar veladas leyendo libros de Lenin. Cada nueva edición le llenaba de júbilo y constituía algo así como un nuevo encuentro con Ilich. Transcurrían los años, pero las palabras y las ideas de Lenin no perdían su frescura. Con frecuencia releía sus trabajos, hacía extractos de ellos; dijérase que charlaba con Vladímir Ilich y recibía de él apoyo y aprobación.

En el aposento del Kremlin, en el anaquel de libros puesto sobre el respaldo del diván se conserva la tercera edición de las obras de Lenin. ¡Cuántas acotaciones y señales de páginas no habrá en ellas!

Descifrar y estudiar en detalle estas acotaciones contribuiría grandemente a conocer el sistema de trabajo de Krúpskaya, mostrando a la vez cómo se debe estudiar las obras de Lenin y utilizarlas en el trabajo y en la propaganda de cada día.

En los frentes de la revolución cultural

Cualesquiera que fuesen su actividad y los problemas de que se ocupara y dondequiera que interviniese, Krúpskaya siempre ponía en primer lugar las tareas del partido, cuyos intereses estaban para ella sobre todo. Uno de sus rasgos característicos era abordar todos los asuntos con enfoque estatal y de partido. A pesar de su dolencia y de la edad que tenía, hasta el último día de su vida estuvo al servicio del partido y del pueblo, fue una comunista activa y destacada personalidad estatal.

De los diecisiete congresos del partido celebrados durante su vida, asistió como delegada a quince de ellos. En muchos congresos y conferencias del partido hizo informes, distinguiéndose siempre sus intervenciones por la rectitud de principios y el sentido realista. Exponía valientemente las deficiencias y los errores y promovía importantes cuestiones y tareas.

En los XIII y XIV congresos del partido fue elegida miembro de la Comisión Central de Control, y en los XV, XVI y XVII, miembro del Comité Central.

Después de la Gran Revolución Socialista de Octubre recayeron sobre Krúpskaya grandes obligaciones estatales: fue vicecomisario del pueblo de Instrucción Pública, miembro del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y del Comité Ejecutivo Central de la URSS de todas las legislaturas, diputado al Soviet de Moscú, diputado al Soviet Supremo de la URSS y miembro del Presidium del Soviet Supremo de la URSS.

Krúpskaya consideraba que una tarea estatal de primordial alcance consistía en incorporar a la mujer a la

participación activa en la vida laboral y social. Desde sus primeros pasos en la acción revolucionaria se ocupó de la cuestión femenina.

Su primer folleto, que escribió encontrándose confinada en Shúshenskoe, exponía la vida de las obreras. Este tema lo trataría muchas veces. La Revolución de Octubre permitió llevar a la práctica los principios elaborados por Krúpskaya sobre la emancipación de las trabajadoras y su incorporación a la construcción del socialismo.

Nadezhda Konstantínovna dedicó a la cuestión femenina buen número de artículos e informes. En ellos mostraba la actitud de Lenin sobre la emancipación de las obreras y campesinas.

Viendo cómo cambiaba año tras año la vida en el país y la vida de la mujer en el trabajo y en el hogar, Krúpskaya hablaba con alegría de que en la URSS se había alcanzado la victoria en el frente de la emancipación de la mujer.

Atribuyó una importancia extraordinaria, incluso política, el establecimiento de jardines de infancia en el campo.

"... El jardín de infancia permite acercarse a la campesina casada y encontrar un vivo enlace de sus intereses personales con los sociales. Una tarea del funcionario puericultor estriba en organizar a las campesinas para prestar ayuda al jardín de infancia, darles posibilidad de sentirse trabajadoras sociales. Esta es una labor difícil, que exige mucha atención, mucha perseverancia. Mas una vez que se ha ganado a la campesina para el trabajo en el jardín de infancia, la ganamos para la Sección femenina, para el trabajo social consciente. La arrancamos de las garras de la profunda soledad. A través de la madre campesina encontramos un camino seguro para luchar contra la ignorancia y la rutina aldeanas..."

El 4 de marzo de 1925, a través de *Pravda*, Krúpskaya hizo un llamamiento a todos los obreros, a todos los trabajadores, exhortándoles a ayudar a las mujeres campesinas en la educación de sus hijos y en la construcción de una nueva vida. Era necesario ayudarlas a organizar casas-cuna, jardines de infancia y escuelas y enseñarles después a leer y escribir, a leer libros y periódicos, "hay que ayudarlas en su labor en el Soviet local, en el comité campesino de socorros mutuos, en el Consejo escolar, en las cooperativas. Hay que aclararles la vida que les rodea... Después se debe hablar a

las campesinas de cómo queremos hacer hombres a sus hijos y deseamos su felicidad".

A Krúpskaya le escribían centenas de mujeres, hablándole de su trabajo y su vida. Veía cómo iba cambiando radicalmente la conciencia de la mujer y se incorporaba a la construcción de la sociedad socialista.

En 1936, durante una de las acostumbradas visitas a la fábrica textil *Triojgórnaya manufactura*, Nadezhda Konstantínovna se enteró de que las obreras habían invitado a las familias a llevar a sus hogares en los días festivos a niños de los orfanatos. De su llamamiento se hicieron eco muchas trabajadoras de la fábrica de Moscú. Hablando de este hecho en el discurso pronunciado en una conferencia de esposas de dirigentes de la economía, ingenieros y técnicos, Krúpskaya dijo que era testimonio de la inusitada elevación del grado de conciencia de las mujeres.

Cuando supo que las esposas de los mineros del Donbás habían pedido consejo sobre cómo divorciarse de los maridos que solían faltar injustificadamente al trabajo, Krúpskaya se rió con toda el alma. Mas al poco tiempo les escribió una carta en la que saludaba su afán por mejorar con sus propias fuerzas las condiciones de vida y luchar por la formación de una familia basada en nuevos principios. Les decía que debían ayudar a sus maridos a mantener una actitud consciente hacia el trabajo y educar a los hijos en el espíritu comunista.

Escribía que si la madre y los hijos se avergonzaban de las faltas injustificadas del padre al trabajo y quisieran que fuera un trabajador de vanguardia indudablemente influirían mucho de ese modo en el cabeza de familia y le ayudarían a enmendarse y a sentirse participante en la gran obra de la construcción. Con esta carta se inició la correspondencia entre Krúpskaya y las trabajadoras de la cuenca hullera de la región de Moscú y el Donbás.

Con frecuencia era invitada a ir a fábricas y koljoses. Los trabajadores deseaban alegrarla con los éxitos alcanzados por ellos y le pedían que fuera a verlos, considerándola una persona entrañable.

Las koljosianas de la región de Omsk le escribieron: "Quizá vengas a vernos, tenemos un pan candeal muy bueno".

A veces, las cartas iban acompañadas de fotografías, que

agradaban a Nadezhda Konstantínovna tanto como las propias cartas.

En los últimos días de febrero de 1934, con motivo de su 65 cumpleaños, Krúpskaya recibió de las mujeres de la fábrica *Svetlana* una felicitación y un gran álbum, con muchas fotografías, en las que se reflejaban sus éxitos en el trabajo y en la lucha por un nuevo modo de vida. Habíase realizado la ilusión expresada por Krúpskaya en *La mujer obrera*, su primer folleto: las mujeres ocupaban un lugar de honor en las filas de los constructores de la nueva sociedad.

Krúpskaya fue amiga de muchas revolucionarias notables: Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, Inessa Armand, Vera Zasúlich, Bronislawa Marchlewska.

Le unió particular amistad con Clara Zetkin. Tenían mucho de común: largos años de lucha y de clandestinidad, toda la vida dedicada al partido y consagrada al pueblo. Se vieron con frecuencia en el tiempo que Clara Zetkin vivió en la URSS después de salir de la Alemania fascista. Krúpskaya recordaba bien cómo fue a despedir a Clara Zetkin en agosto de 1932, cuando, completamente enferma, pero enérgica e inquebrantable, marchó a Berlín, donde, como diputado de más edad, le correspondió abrir la primera sesión del Reichstag. Al leer días después el discurso de Clara Zetkin fustigando a los fascistas, Krúpskaya se reafirmó en su admiración por el valor de aquella mujer, indolegable luchadora por la causa de la clase obrera de Alemania.

Desde los primeros días de la fundación del Socorro Rojo Internacional, Krúpskaya participó activamente en la obra de esta sociedad. Ella misma recibía peticiones de ayuda y apoyo desde muchos países. En el archivo de Krúpskaya se conserva una carta del Comité Ejecutivo del Socorro Rojo Internacional, firmada por P. Lepeshinski, antiguo camarada de lucha en la clandestinidad. Se pedía a Krúpskaya que colaborase en el periódico de la sociedad.

En el período de fascistización de algunos Estados de Europa, muchos destacados dirigentes comunistas se vieron obligados a emigrar a la URSS. A Moscú llegaron Clara Zetkin, Wilhelm Pieck, Antonin Zapotocky, Jorge Dimitrov.

El día de la llegada de Dimitrov a la capital soviética se celebró una velada solemne en conmemoración del 65 cumpleaños de Nadezhda Konstantínovna. Fue invitada a

asistir a la velada, pero ella lo rehusó obstinadamente. Luego cambió de parecer y explicó el motivo en las palabras de agradecimiento que pronunció en el acto:

"... La verdad es que no me gustan mucho los homenajes de cumpleaños, pero he deseado ver a los viejos camaradas de trabajo. Me telefonearon diciendo que vendrían los pioneros, y con los pioneros tengo amistad, y que estarían los jóvenes, y con el Komsomol también tengo amistad. He cambiado de propósito, y he venido a la celebración de mi cumpleaños..."

La velada tuvo lugar en la Sociedad de Viejos Bolcheviques. Hablaron miembros de la guardia leninista, camaradas de trabajo clandestino: E. Yaroslavski, G. Krzhizhanovski, N. Semashko, F. Kon y N. Mescheriakov. De pronto, de manera totalmente inesperada, apareció en el escenario Jorge Dimitrov. Todos se pusieron en pie y saludaron a los magníficos luchadores por la causa de la clase obrera.

Unos pioneros subieron a escena y anudaron los pañuelos de pioneros al cuello de Dimitrov y Krúpskaya. Dimitrov pidió la palabra: "Camaradas: Hacé dos días no podía suponer que precisamente hoy, en el día del cumpleaños de nuestra querida Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya, iba a tener la gran felicidad de saludar personalmente aquí, en esta buena familia de ancianos y pioneros juntos, a la camarada Krúpskaya.

Saludo en la persona de la camarada Krúpskaya a uno de los grandes bolcheviques más veteranos de nuestra gran patria común. Saludo en la persona de Nadezhda Konstantínovna a la gran colaboradora de nuestro excelso e inolvidable maestro y dirigente, Vladímir Ilich Lenin".

Los éxitos de la revolución cultural en la URSS están vinculados indisolublemente con el nombre de Krúpskaya. Este era un frente difícil. Todo hubo de hacerse de nuevo: acabar con el analfabetismo, instruir a las masas, reformar el sistema escolar, luchar por la enseñanza politécnica y la instrucción general obligatoria.

Krúpskaya empezó a trabajar en el Comisariado de Instrucción Pública al frente de la Sección de Educación Extraescolar.

En 1920, esta sección, en consonancia con la labor que tenía encomendada, fue convertida en Sección de Educación

Política, y finalmente en Comité Principal de Educación Política de la República, organismo unificador de todo el trabajo de educación política y cultural entre la población adulta, que llevaban a cabo diversos departamentos y organizaciones. Krúpskaya fue la primera presidenta de este comité, desempeñando el cargo hasta el fin de sus días.

Nadezhda Konstantínovna consideraba que la actividad de los organismos de educación política debía estar orientada ante todo a estudiar a las masas y sus demandas, a propagar acertadamente las ideas comunistas entre ellas y a orientar la iniciativa y la acción de las masas en la obra del desarrollo cultural. "Es necesario que cada funcionario ocupado en la educación política estudie a las masas... Este estudio debe asentarse sobre el enfoque marxista... Hay que estudiar atentamente las condiciones concretas en que viven y laboran las masas trabajadoras, hay que estudiar la economía de cada región, su historia, su composición nacional, el nivel cultural, y sólo a base de este estudio trazar el plan de educación política. El funcionario que trabaja en la esfera de la educación política no puede olvidar en ningún momento que su tarea estriba en inculcar en las masas las concepciones revolucionarias".

En sus intervenciones verbales y escritas, Krúpskaya subrayaba que la labor de educación política era un trabajo eminentemente político, ligado con toda la vida del país y la vida de las masas. Atribuía singular importancia a la acción creadora de las masas en el cumplimiento de las tareas fundamentales de la construcción del socialismo, entre ellas el desarrollo cultural. En conversaciones y conferencias decía constantemente que el funcionario dedicado a la educación política debía ayudar a las masas a cobrar conciencia de los cambios que se operaban en la vida económica y política de la URSS, debía saber organizar a las masas para aplicar activamente las decisiones del partido y del Gobierno, estar siempre a la cabeza de las masas y llevarlas adelante.

Era inmensa el ansia de las masas por adquirir conocimientos, por instruirse. La dificultad radicaba en cómo poner a estudiar a millones de hombres y mujeres, de dónde sacar maestros y material didáctico, cómo ordenar el funcionamiento de las bibliotecas para facilitar libros al mayor número posible de personas.

Lunacharski tenía razón, sin duda, al decir que "quizá en ninguna parte se perfila tan trágicamente la diferencia entre las posibilidades y los ideales, entre las posibilidades y las necesidades del país".

Mas la voluntad y el entusiasmo de los que aspiraban a alcanzar la cultura y de los que llevaban a las masas esta cultura, los conocimientos, superaban todas las dificultades y barrían todos los obstáculos.

En 1926, en una sesión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, Krúpskaya dedicó su discurso a la instrucción primaria obligatoria. Habló de la proximidad de la revolución cultural y de la enorme sed de conocimientos, de cultura que sentía el pueblo. En 1926, en *Uchítelskaya gazeta* apareció el artículo de Krúpskaya *Ante la revolución cultural*. En él constataba con alegría que la población se suscribía cada vez más a periódicos y revistas, que por doquier se formaban Rincones Rojos, círculos culturales, y, en las localidades rurales, isbas-bibliotecas y círculos agrícolas, y que cada libro que llegaba al campo era leído hasta que no quedaba página sana de él.

Krúpskaya invocaba a la intelectualidad soviética a participar activamente en los comités para la liquidación del analfabetismo y en los cursillos especiales de preparación de maestros de primer grado. Escribía octavillas y llamamientos, hablaba ante los jóvenes y los pedagogos.

Enseñar a leer y escribir a millones de personas, liquidar el analfabetismo era por entonces la tarea más acuciante. La Rusia zarista había dejado una terrible herencia: millones de analfabetos.

En la carta a Inna Armand del 12 de agosto de 1928, dirigida a Berlín, Krúpskaya decía: "Ayer asistí a la inauguración de una fábrica de ladrillos (cerca de Lobnia, en el distrito rural de Moscú). Ha sido montada con arreglo a la última palabra de la ciencia. Pero, ¡ay, madre mía!, qué contraste tan brusco entre la cultura y la selvaticuez. ¡Cuándo lograremos acabar con nuestro estado primitivo! A cada instante se recuerda lo que Ilich escribía en sus últimos artículos sobre la necesidad de realizar el trabajo cultural más ordinario.

Hoy tenemos en la Plaza Roja una belleza extraordinaria: se celebra la espartaquizada. Varia y Andréi (los hijos de Inessa Armand. —N. le las Aut.) han ido a ella, y yo he

mirado un poco desde las ventanas: precioso. Mas ¡cuándo, al fin, la vida será así de organizada y bella!”

Nadezhda Konstantínovna recordaba con frecuencia que Lenin entrelazaba la liquidación del analfabetismo con la necesidad de elevar toda la cultura en general. Y era muy significativo que en su guión hubiese subrayado con tres líneas la palabra “toda”.

Desarrollando esta idea de Lenin, Krúpskaya decía que no sólo se trataba de establecer suficiente número de centros de liquidación del analfabetismo; era necesario a la vez llevar a efecto un ingente trabajo en la esfera preescolar, en orden a la instrucción escolar, extraescolar y profesional y respecto a la educación política en el partido, extendiéndolo a todo el país. “Aquí también —escribió— es indispensable una inmensa labor de organización. Hay que emprender una gran campaña de prensa. Es preciso aunar las fuerzas en cada lugar. Debe prestarse especial atención a las observaciones críticas de los obreros y las obreras y a sus demandas materiales. No podemos circunscribirnos a dictar disposiciones y, con esto, dar por terminado el asunto”.

Nadezhda Konstantínovna dedicó muchas energías a convertir las bibliotecas, las isbas-bibliotecas y los clubes en auténticos hogares de la cultura y lograr que sus funcionarios fuesen auténticos intérpretes de las ideas leninistas, adalides de todo lo nuevo en la vida social de la ciudad y el campo.

Así, paralelamente a la liquidación del analfabetismo, fue realizándose la ilustración política y cultural de las masas.

Bajo la dirección inmediata de Krúpskaya se prepararon los decretos e instrucciones concernientes a la liquidación del analfabetismo. A este propósito, escribió los folletos *Abajo el analfabetismo*, *A todos los campesinos, Para qué hace falta saber leer y escribir*, *La liquidación del analfabetismo* y muchos otros.

A la vez que se entregaba en cuerpo y alma a esta obra, Krúpskaya exigía lo mismo de sus jóvenes colaboradores. Sin aleccionar ni dar órdenes, sino pacientemente, enseñaba a los jóvenes colaboradores de la Sección de Educación Extraescolar los métodos de la propaganda pedagógica y de la labor de liquidación del analfabetismo.

Por aquel tiempo, las isbas-bibliotecas eran, junto con la escuela, el núcleo cultural más importante en el campo, y

Krúpskaya se ocupaba diariamente de recoger y propagar la experiencia de los mejores bibliotecarios rurales.

En la biblioteca de Krúpskaya hay incluso una sección especial sobre las isbas-bibliotecas. En ellas veía el centro de la lucha contra los kulaks y el obscurantismo clerical, de la lucha por la conquista de las masas campesinas. Krúpskaya fue la promotora del concurso para proclamar la mejor isba-biblioteca de la URSS, anunciado en 1924 a través del diario *Pravda*.

Cinco años después, en bastantes provincias se celebraron congresos de bibliotecarios rurales. En una carta a los de la provincia de Tula, Krúpskaya les exhortaba a no olvidar uno de los legados de Lenin: dedicar acrecentada atención precisamente al trabajo cultural entre los campesinos, sacarles de las tinieblas del analfabetismo y la ignorancia, reforzar su alianza con la clase obrera y con el partido. A juicio de Krúpskaya, la isba-biblioteca debía ser en cada pueblo el núcleo cultural, y a la par, el centro de propaganda de la construcción koljosiana. Nadezhda Konstantínovna se preocupaba no sólo por el número de libros, los temas de las veladas y la envergadura del trabajo de las isbas-bibliotecas. Se interesaba vivamente por la suerte de los bibliotecarios rurales. Muchos de ellos eran buenos conocidos suyos, hacía años que se escribían con ella y la visitaban con regularidad en el Comité Principal de Educación Política. Por ejemplo, I. Shulpín contó cómo Krúpskaya, en cada entrevista con él, se interesaba por su modo de vida y sus necesidades. Al enterarse de que con frecuencia iba andando a lugares lejanos, le ayudó a proporcionarse una bicicleta, que era un vehículo raro en aquellos años.

En la década 20, en Leningrado se fundó el Instituto de Educación Extraescolar, que preparaba trabajadores de la cultura de diferentes modalidades, durante un plazo de estudios de seis meses a año y medio. Pronto, a iniciativa y con el apoyo de Krúpskaya, el instituto fue transformado en centro docente superior, cuyos estudios duraban cuatro años. Krúpskaya siguió de cerca la labor de esta institución de enseñanza, y sus dirigentes le pidieron consejo más de una vez. Les recomendó acercar más el instituto a las masas, ligar el estudio de sus alumnos con un amplio trabajo de ellos entre la población. En la segunda mitad de la década 20, cuando se desplegó el movimiento de masas por la elevación

del nivel cultural de los trabajadores (las campañas de voluntarios para la liquidación rápida del analfabetismo), Nadezhda Konstantínovna supo atraer a profesores y estudiantes a la participación en este importante movimiento.

En los años docentes 1925/26 y 1926/27, Krúpskaya impartió en la Academia de Educación Comunista de Moscú un curso sobre los fundamentos del trabajo de educación política. En una carta a Inna Armand (1926), le hablaba animadamente de su nueva ocupación: "... este año explico en una escuela superior un curso sobre los fundamentos del trabajo de educación política. Me lleva una enormidad de tiempo. El auditorio es grande: 240 personas. En las clases debo emplear cuatro horas a la semana (los alumnos están divididos en dos grupos). La preparación requiere mucho tiempo. Además, escribo las conferencias, y aparecen en fascículos. Los dos primeros ya se han impreso. ¿De qué hablo en estas conferencias? Del Poder soviético y de su influjo en la elevación del nivel cultural, del papel que juega la industrialización en este ascenso, del lugar que ocupan las masas en la doctrina marxista-leninista, de cómo es necesario conocer a estas masas, de cómo hay que estudiar la situación concreta en que viven las masas, de la propaganda y la agitación, de la organización de las masas, etcétera, etcétera... A todos nosotros, a los jóvenes y a mí, nos atrae mucho este curso. Los jóvenes son maravillosos, obreros y campesinos muy entusiastas, con los que vale la pena trabajar...

Otra tarea que me agrada es hacer el balance del trabajo educativo a base del estudio de los territorios... Sobre estos temas hay que hablar en todos los tonos: en el congreso de bibliotecarios, en la conferencia de los burós de metodología, en la reunión de etnógrafos territoriales. Para todo eso es preciso trabajar muchísimo, pero es muy interesante. Esta labor acerca extraordinariamente el centro a las localidades. Cuando un hombre ve que su Riazán o su distrito de Skópino lo conoces tanto como él, en seguida siente ternura por tí. Lo que aprieta es el tiempo, el tiempo...

Sobre el fondo de estas ocupaciones principales, hay todo un montón de otros asuntos. Esta mañana, por ejemplo, hemos planeado una visita a los sindicatos para conseguir de ellos que nos autoricen a organizar en los clubes por las mañanas jardines de infancia para los niños en edad

preescolar, porque tenemos dinero y todo, pero no hay edificios.

Ayer pasé unas horas en la radio. Ahora, en nuestro país, la radio hace grandes cosas. Emite un programa campesino, un programa obrero, otro para los pioneros, se hace amplia propaganda. Ahora me he agarrado especialmente a la radio. Por lo pronto he conseguido que reorganizaran el programa campesino, y luego el obrero".

El desarrollo cultural íntegro es inconcebible sin la organización de una vasta red de bibliotecas, urbanas y rurales. Ya en los primeros años del Poder soviético, Krúpskaya consideró necesario atraer la atención pública hacia las bibliotecas y elevar la actividad de los bibliotecarios.

"Hace falta que en ayuda de las bibliotecas y de los bibliotecarios acudan todas las fuerzas culturales del país: los científicos, todos los trabajadores que por sus conocimientos pueden coadyuvar a la labor de las bibliotecas. Hace falta que ayuden el Komsomol y todas las organizaciones sociales soviéticas. Sólo entonces se podrá organizar como es debido la bibliotecología. El creciente nivel cultural de las masas hace cada vez más imperiosa esta tarea. Emprendamos un trabajo de choque en este sector tan importante del frente cultural".

Con la participación más entusiasta de Krúpskaya, en el país surgieron diversas formas de incorporación de las masas a la construcción cultural: campañas nacionales, concursos, certámenes. Se hizo una campaña por la liquidación del analfabetismo, una campaña de fomento de las bibliotecas. El papel principal en la organización de estas campañas lo jugó el Komsomol, con el que Nadezhda Konstantínovna estaba unida por una vieja amistad. Krúpskaya escribió de continuo en los periódicos centrales, habló por radio, dedicó infinidad de artículos a la actividad bibliotecaria, intervino muchas veces en conferencias y cursos de bibliotecarios y enseñó a éstos a trabajar con los lectores, a propagar el libro, a hacerse eco de los acontecimientos más destacados en la vida del país. En 1933 intervino por radio, en una alocución dirigida a los trabajadores del frente bibliotecario.

En la librería de la habitación de Krúpskaya se guardan números de la revista *Krasni bibliotékar*, de la que ella fue la iniciadora, dirigiéndola por algún tiempo; contienen artículos suyos sobre bibliotecología. En ellos recordaba lo que

decía Lenin acerca de las bibliotecas y los libros, escribía acerca de la experiencia de propaganda del libro y recomendaba lo que se debía leer en relación con uno u otro tema. En la biblioteca de Nadezhda Konstantínovna hay más de cien libros que tratan de las bibliotecas y de la obra bibliotecaria. Las numerosas notas marginales hechas por ella en estos libros acreditan que los había estudiado a fondo.

A iniciativa de Krúpskaya, en 1931 y 1935 se organizaron concursos para premiar a la mejor biblioteca rural. Con este motivo publicó varios artículos: *Concurso para premiar a la mejor biblioteca rural*, *La ayuda de los obreros a las bibliotecas rurales*, *Los pioneros y el concurso para premiar a la mejor biblioteca rural*, *Correspondencia entre los escritores y los lectores de las bibliotecas rurales*. En uno de sus artículos, Krúpskaya decía: "... menospreciamos la función del libro en la revolución cultural... la función del libro como instrumento de la autodidáctica es grande... Todos ustedes saben la inmensa importancia que concedía el camarada Lenin a las bibliotecas. Recuerdo reuniones de distintas comisiones del Consejo de Comisarios del Pueblo en las que él preguntó minuciosamente cómo estaba planteada y organizada esta actividad... El bibliotecario debe saber recomendar al lector el libro más adecuado".

Krúpskaya dedicó gran atención a las bibliotecas infantiles. En la Conferencia de Bibliotecarios Infantiles de toda Rusia celebrada en septiembre de 1928, dijo: "El bibliotecario infantil no sólo debe ser un naturalista y un activista social consciente. Además, ha de conocer bien al niño... De pequeña me apasionaba la lectura. Los libros infantiles me dieron muchísimo. De ahí que me sea afín lo que se refiere a las bibliotecas para niños y a su buena organización".

El primer pedagogo marxista

Como ya sabemos, Nadezhda Konstantínovna estuvo al frente de la Sección de Educación Extraescolar del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y dirigió el Comité Principal de Educación Política. Son verdaderamente extraordinarios su aporte a la creación de la nueva escuela y su contribución a la pedagogía soviética.

Caracterizando el papel de Krúpskaya en la formación de la pedagogía marxista, N. Goncharov, miembro de número de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la URSS, se expresó en estos términos:

"Rigiéndose por la teoría marxista-leninista, Krúpskaya hizo un gran aporte al estudio de problemas muy importantes de la pedagogía: la educación en sí conceptuada como fenómeno social; el objeto, la metodología y los métodos de la pedagogía como ciencia; la escuela y la sociedad, la escuela y la vida; la determinación de los objetivos y las tareas de la educación comunista; el contenido de la instrucción, el nexo de la instrucción intelectual con la educación laboral y la enseñanza politécnica; los problemas de la etnografía territorial; las formas orgánicas de la enseñanza; la educación ética y estética; la educación física; los problemas de la colectividad infantil; la autogestión escolar; las relaciones entre el individuo y la colectividad; los fundamentos del contenido y las formas orgánicas del movimiento juvenil comunista; la formación de la concepción científica del mundo y la educación ateísta; la educación patriótica e internacionalista; los problemas de la educación preescolar y de la autodidáctica de los adultos; las relaciones entre la escuela y la familia, la

propaganda pedagógica, la función y el lugar del maestro y su preparación". Ya esta lista de temas elaborados por Krúpskaya muestra que en el presente libro no es posible abordarlos ni siquiera superficialmente. Son materia de estudio especial. Por eso, las autoras sólo podrán referirse a algunos problemas.

Conviene subrayar una vez más que Krúpskaya fue el primer pedagogo marxista. Inició su formación recogiendo las mejores tradiciones de las ideas pedagógicas rusas. Mas el rasgo distintivo de su metodología habría de ser el análisis marxista de la interdependencia entre la economía, la política y la cultura. Sus trabajos pedagógicos en el período soviético reflejan las tareas planteadas por el partido en cada etapa concreta del desarrollo del Estado soviético, teniendo en cuenta las perspectivas de este desarrollo.

En el artículo *La sociedad de pedagogos marxistas* (1930), Krúpskaya escribió: "En este momento crucial los maestros marxistas, los pedagogos marxistas no pueden, simplemente, dejarse llevar de la corriente. Cada uno de ellos percibe que necesita calar más hondo en todas las cuestiones relacionadas con la construcción cultural en curso, en las cuestiones de la pedagogía marxista y en las que conciernen a la organización de la instrucción pública, enfocadas desde el punto de vista de la teoría revolucionaria, marxista-leninista, a fin de emprender, en unión de las masas y con manos más firmes y seguras, la construcción de la base cultural del socialismo".

Nadezhda Konstantínovna ya había elaborado antes de la revolución los fundamentos de la escuela laboral, politécnica, escuela que impartiría no sólo conocimientos generales, sino que también daría a conocer a los alumnos la producción moderna e inculcaría en ellos ciertos hábitos de trabajo. Entrelazando la creación de la escuela politécnica con el progreso técnico, combatió la interpretación primitiva de tal escuela como escuela de oficios.

Mas para establecer este tipo de escuela eran necesarios maestros de nueva formación.

En los últimos días de 1924 Krúpskaya se preparaba para un gran acontecimiento: en enero de 1925 se reuniría en Moscú el I Congreso de maestros de la URSS. En todo el país, en las grandes ciudades, en los pueblos más apartados, en las escuelas con internado de la zona subártica, por

doquier, los maestros se preparaban para el congreso igual que para una gran fiesta.

En él Krúpskaya debería presentar un informe.

El 10 de enero de 1925, en la víspera de la apertura del congreso, *Pravda* publicó el artículo *El Congreso de maestros de la URSS*, de Nadezhda Konstantínovna, en el que hablaba de la misión de la nueva escuela y de las tareas de los maestros.

Escribía que después de la Revolución de Octubre había sido necesario crear una escuela nueva, que correspondiera a los intereses de los trabajadores. "Esta escuela —decía— debe estar unida sólidamente con la vida, ir al paso con ella y ayudar a los trabajadores a construir la vida en base a los principios del socialismo".

Krúpskaya hizo su informe, *La escuela soviética*, en la sesión del 15 de enero. Recordó a los delegados lo que dijera Lenin en el I Congreso de Instrucción Pública de toda Rusia, celebrado en 1918, acerca de que la escuela soviética estaba ya al servicio del pueblo... Habló de modo que parecía tener ante sus ojos la imagen viva de Lenin; en sus labios volvieron a resonar las palabras dirigidas por Vladímir Ilich a los maestros de Rusia: "Es preciso aplicar todas las fuerzas, energías y conocimientos para levantar lo antes posible el edificio de nuestra futura escuela laboral, la única que podrá preservarnos en el futuro de todas las colisiones y batallas mundiales, semejantes a la que ya ha entrado en el quinto año de duración".

Estas palabras de Vladímir Ilich se las repitió Krúpskaya a los delegados. Les habló de las duras pruebas que habían recaído sobre los maestros y les explicó por qué los campesinos se mostraron recelosos hacia la escuela. Esa incredulidad en la escuela se extendió automáticamente a los maestros, y éstos hubieron de superar tal animadversión a fin de atraer a los hijos de los campesinos a la escuela. Ahora vemos, continuó Krúpskaya, que "el hielo de la desconfianza ha empezado a derretirse". La población tiene más confianza en el maestro y ha aumentado la afluencia de alumnos a la escuela. "En el proceso de este trabajo social el maestro mismo ha aprendido mucho y se han ensanchado sus perspectivas; para él ya está claro que el Poder soviético es el poder de los trabajadores, su propio poder. Está claro que el Partido Comunista, vanguardia de la clase obrera, conduce por el camino justo a la clase obrera y a todos los

trabajadores, a todo el país. Con ese convencimiento ha venido el maestro a este congreso, y precisamente por ello es tan inmensa la significación de este congreso, ya que es exponente de la vinculación entre el magisterio y el Poder soviético. Este congreso muestra la disposición de los maestros a trabajar bajo la dirección del Partido Comunista". Estas palabras fueron acogidas con unánimes aplausos.

A continuación habló en detalle sobre la necesidad de crear la escuela laboral única. En su informe dedicó gran espacio a los nuevos programas escolares. Ningún programa escolar escapaba a su atención. En el archivo de Krúpskaya en su vivienda del Kremlin se guarda gran número de programas con acotaciones y enmiendas hechas por ella. Dijo a los maestros delegados al congreso: "No se puede impartir todos los conocimientos que hay, porque su número es inmenso. Pero de la suma de conocimientos existentes se debe seleccionar los más necesarios, más sustanciales. El programa del Consejo Científico del Comisariado de Instrucción constituye un intento de selección de lo más valioso desde el punto de vista de las capas trabajadoras de la población, de lo valioso desde el punto de vista de la época actual, de lo que necesita la joven generación para reorganizar toda la vida en base a los nuevos principios".

Saludaron al congreso delegaciones de científicos y representantes del Ejército Rojo, del Komsomol y de los pioneros. La repercusión política del congreso fue extraordinaria. Krúpskaya resumió sus resultados en el artículo *El I Congreso de Maestros de la URSS*, empezándolo con estas palabras de Lenin: "El maestro nacional debe ser colocado en nuestro país a una altura en la que jamás se ha encontrado, se encuentra ni se puede encontrar en la sociedad burguesa. Esto es una verdad que no necesita demostración. Hacia un estado de cosas así debemos encaminarnos con un trabajo sistemático, infatigable y perseverante, con objeto de elevar al maestro espiritualmente y prepararle en todos los aspectos para su misión verdaderamente honrosa y, lo que es esencial, tres veces esencial, a fin de mejorar sus condiciones materiales"*.

Krúpskaya señalaba que en aquel tiempo el magisterio había hecho suya la política del partido.

* V. I. Lenin. *Páginas del diario*. O.C., t. 45, págs. 365-366.

Las obras pedagógicas de Krúpskaya, recordaría Anatoli Lunacharski, estaban en la base de los principios de la revolución escolar soviética. Ya en aquellos tiempos, al comienzo mismo de nacer la ciencia pedagógica soviética, los artículos y las intervenciones de Nadezhda Konstantínovna orientaron por buen cauce la corriente del pensamiento pedagógico y ayudaron a la formación del pedagogo soviético. Krúpskaya dirigió la Sección pedagógica del Consejo Científico del Comisariado de Instrucción. Logró incorporar a la labor de las secciones del consejo a muchos científicos y pedagogos destacados, como N. Vavílov, D. Priánishnikov, V. Obratsov, N. Chéjov, M. Pistrak, A. Kaláshnikov, M. Krupénina y otros. Se pudo, asimismo, atraer al trabajo en ellas a la mejor parte de la intelectualidad pedagógica no perteneciente al partido. En aquellos años toda la actividad en las secciones iba acompañada de la búsqueda de nuevas vías de desarrollo de la escuela y de la elaboración del nuevo programa escolar.

Los programas compuestos por el Consejo Científico bajo la presidencia de Krúpskaya tomaban en consideración que los escolares no sólo debían recibir determinado bagaje de conocimientos, sino también aprender los fundamentos de las ideas comunistas. Lunacharski escribió sobre la importancia de las obras de Krúpskaya, en particular de su libro *La instrucción pública y la democracia*:

"El libro de Nadezhda Konstantínovna, que trata de la vieja escuela y enseñanza y de la orientación que debe seguir la escuela nueva, promovió los principios politécnico y laboral y fue la base de la que, al elaborar los programas, partimos en todo nuestro trabajo, tanto en orden a la creación de nuevas ideas sobre la escuela como a la realización de las mismas, a la labor pedagógica práctica y al proceso pedagógico real en millares y millares de escuelas de la nueva república".

Krúpskaya escribió casi cincuenta artículos dedicados a los programas escolares. Junto a sus reseñas de los programas de ruso y literatura para las escuelas de segundo grado vemos observaciones al proyecto de programas de matemáticas, física y capacitación profesional para las escuelas de aprendizaje fabril. Bastan estas reseñas para formarse idea de la amplitud del horizonte pedagógico de Krúpskaya. Tampoco pasó por alto los proyectos de programas de otro

carácter, como los de música, los destinados para jardines de infancia y los de ruso para las escuelas de adultos no rusas.

Era criterio de Krúpskaya que los programas de estudio constituirían un documento estatal obligatorio y debían permitir a los maestros —sin infringir el sistema de enseñanza de los rudimentos de las ciencias— entrelazar el estudio con la realidad contemporánea y utilizar elementos locales. Según ella, esto imprimiría vivacidad a la enseñanza y la sintonizaría con la vida.

Ningún manual escolar dejaba de ser examinado por Nadezhda Konstantínovna. Todos los que aparecían se le enviaban para que dictaminara sobre ellos. Es grandísimo el número de recensiones suyas sobre los manuales de aquellos años. Abarcaban tanto el Silabario como la revista *Blizhe k prirode* ("Más cerca de la naturaleza") o la *Antología de Historia de la Pedagogía*.

Krúpskaya se esforzó para que los manuales escolares contribuyesen a inculcar en la joven generación la auténtica concepción científica marxista-leninista, a la par que fueran comprensibles e interesantes. "Es preciso —escribió— que nuestros manuales, no por su presentación, sino por su espíritu, sean soviéticos; es preciso que se conviertan en un instrumento para la transformación de nuestra escuela en la escuela que el programa de nuestro partido exige crear".

Muchos autores de manuales recibieron ayuda, consejo y apoyo de Nadezhda Konstantínovna.

Una gran parte de la biblioteca de Krúpskaya en el Kremlin está reservada a la literatura pedagógica. En realidad, es una biblioteca independiente, compuesta de 58 secciones e integrada por unos 6.000 libros: obras sobre enseñanza politécnica, pedagogía, manuales para analfabetos, etcétera. Krúpskaya seguía con gran atención toda la literatura pedagógica, tanto soviética como extranjera.

En muchos libros de su biblioteca hay señales amarillicidas. En *La ciencia y la escuela para el trabajo*, de A. Kaláshnikov, dejó puestas 32 señales y están subrayadas líneas en casi todas las páginas. En el libro se ha conservado el comienzo de una recensión escrita por Krúpskaya. Todo hace pensar que no llegó a escribirla completamente y por ello no fue publicada.

A Krúpskaya se le pedía ayuda y consejo por las redacciones de las revistas pedagógicas y el diario *Uchítelskaya*

gazeta, y por destacados científicos pedagogos. Un eminente científico soviético, el conocido geógrafo I. Baranski, por cuyos manuales estudió más de una generación, escribió en marzo de 1935 a Krúpskaya, pidiéndole un artículo sobre cualquier tema para la revista *Geografía v shkole* ("La Geografía en la Escuela"). "Pues hay que decirlo claramente —y usted sabe que a lo que menos me parezco es a un adulator—: en las cuestiones de pedagogía es usted la única persona en nuestro país que conoce las cosas en lo esencial por la experiencia de la vida y las reflexiones propias, y no por libros o cualesquiera teorías "precipitadas".

Sería deseable sobre todo recibir de usted un artículo sobre la importancia educativa de la geografía, o cómo, a su juicio, debería ser el manual de geografía, o qué libros le parecerían más interesantes, y cuál era la actitud de Vladímir Ilich respecto a la instrucción geográfica; tendría excepcional valor conocer sus observaciones acerca de la revista, de qué adolece, en su opinión, etc."

En la biblioteca de Krúpskaya ofrece gran interés la sección de manuales, muchos de los cuales son hoy ejemplares únicos. En ella hay reunidos 800 manuales de todas las materias. Por ellos se puede seguir el desarrollo de la ciencia pedagógica soviética, sobre la que Krúpskaya ejerció extraordinario influjo en cuanto al perfeccionamiento de la literatura específica y el mejoramiento de los métodos de enseñanza escolar de diversas disciplinas.

En 1936 se concedió a Krúpskaya el título de doctor en Ciencias Pedagógicas, y ya en 1931 había sido elegida miembro honorario de la Academia de Ciencias de la URSS. La secretaria de Krúpskaya, V. Dridzo, recordaría que Nadezhda Konstantínovna era la única persona en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública que conocía tan profundamente las cuestiones teóricas y prácticas de la pedagogía y las cuestiones de la instrucción pública en conjunto.

La estrecha relación con los pedagogos y los alumnos es el hilo de engarce de toda la actividad de Krúpskaya. Hablando de su trabajo, Krúpskaya escribió a Alexandra Kalmykova, una antigua camarada:

"En el Comisariado de Instrucción hay mucho trabajo: ahora tiene singular importancia, pero allí estamos muy mal

organizados, y por eso la labor se hace con enorme derroche de tiempo y de fuerzas. Sí, es grande la envergadura del trabajo en el Comisariado. Por añadidura, están las tareas con los jóvenes y los pioneros. Y ahora me he encargado, además, del trabajo en el campo. Y así ando siempre de prisa y corriendo”.

Nadezhda Konstantínovna, que leía en la prensa todas las noticias sobre la vida escolar, mantenía correspondencia permanente con pioneros y escuelas. Fue la iniciadora de la correspondencia con los alumnos de la escuela del pueblo de Ermólino, del distrito de Viazma (región de Smolensk). “Queridos chicos y chicas —les escribió—: He leído y oído lo que se dice de vuestra escuela. Lo que he oído de ella me ha agradado. Cuando me elogian alguna escuela procuro recordar los años de mi niñez e imaginarme si me sentiría bien en la escuela que alaban. Muchas escuelas que otros elogian, a mí no me parecen interesantes, pero la vuestra creo que me gustaría. Quisiera saber de ella más en detalle, escribirme cómo estudiáis, qué leéis, cómo trabajáis en la escuela y en casa y si vivís amistosamente. Me escriben muchos chicos. Les contesto, pero no con mucha puntualidad, porque estoy muy ocupada. Un chico de ocho años me ha hecho una amonestación seria: “A las cartas hay que contestar, y tú no contestas. Es vergonzoso hacer esto”. Tiene razón. A las cartas se debe contestar, pero el caso es que durante meses enteros no tengo un minuto libre. Esperaré carta de vosotros. Ahora es verano, y, claro, no estáis para cartas. Pero después escribirme de algún modo. Que lo paséis muy bien, camaradas, queridos míos. Desearía que creciérais como buenos leninistas.

N. Krúpskaya.

Ah, se me olvidaba. Quiero pedir os un favor. Tengo que escribir un artículo sobre cómo los niños están organizados en la escuela. Decidme si tenéis comité de alumnos, grupos y, en general, cómo organizáis en común vuestra vida y trabajo en la escuela”.

Cada carta como esta escrita por Krúpskaya a los niños es un documento humano de gran vigor. Les hablaba con profundo respeto, sin zalamerías, tratando seriamente de sus quehaceres. Les hacía partícipes de sus pensamientos y recuerdos, les pedía ayuda y consejo. Y los niños percibían

cordialidad en su actitud, comprendían que las cartas estaban escritas con gran interés por su vida, estudio e inquietudes.

En la carta siguiente a los escolares de Ermólino, Krúpskaya les hablaba de su niñez y de cómo Ilich y ella habían vivido confinados en Siberia.

El director de la escuela de Ermólino, P. Mázurov, le envió sus libros (que se conservan en la biblioteca del Kremlin). En sus viajes a Moscú, siempre iba a visitar a Nadezhda Konstantínovna al Comisariado de Instrucción. Ella estaba al corriente de todo lo que se hacía en la escuela. Mázurov contó a Krúpskaya que cada carta suya significaba una fiesta para los niños. La copiaban esmeradamente con linda caligrafía en grandes hojas de papel y la colgaban de la pared.

Siete años duró la correspondencia entre Nadezhda Konstantínovna y los escolares de Ermólino.

Los maestros hablaban del extraordinario valor educativo de las cartas de Krúpskaya.

Lenin luchó toda su vida por la felicidad de los hombres, por la dicha de los niños. Su actitud hacia el niño se singularizaba por la bondad y la confianza en él. “Vladimir Ilich tomaba seriamente las ocupaciones de los niños, lo que hacían y de lo que hablaban —escribió Krúpskaya—. En él no había nada de esa actitud despectiva, de esa falta de atención hacia los niños tan frecuente en los adultos. Por eso, los niños le tenían gran cariño. No podía soportar que se convirtiera a los niños en un juguete, que se les obligara a repetir palabras cuyo sentido no comprendían, no aguantaba los mimos absurdos. Respetaba los derechos de los niños. En los niños veía el futuro”. Krúpskaya también veía en ellos el futuro, el radiante futuro de la nueva sociedad. Dedicaba mucha energía y atención a la educación de las jóvenes generaciones. No había congreso o conferencia sobre educación preescolar que se celebrara sin su solícito apoyo. Sus escritos sobre la educación de los niños en edad preescolar y escolar podrían constituir un grueso volumen de sus obras pedagógicas.

Nadezhda Konstantínovna poseía un talento pedagógico innato. Dulce y comedida, amaba de corazón a los niños, sabía conversar con ellos y entendía a sus almas.

En la autobiografía que escribió especialmente para los

niños, decía: "Siempre sentí mucho no haber tenido hijos. Ahora no lo siento. Ahora tengo muchos: komsomoles y pioneros. Todos ellos son leninistas, quieren ser leninistas". Deseaba ardientemente que los niños soviéticos vivieran felices, que estudiaran, que se criaran sanos. En las intervenciones orales y escritas de Krúpskaya se subrayaba la necesidad de organizar adecuadamente el régimen de estudio y descanso de los niños, de proveerles con toda la amplitud posible de lo que precisaban. Pero lo que más preocupaba a Krúpskaya es que se formaran como verdaderos ciudadanos de la República de los Soviets, como bolcheviques-leninistas, y exhortaba a inculcar en ellos el espíritu de la colectividad, del internacionalismo, del amor a la Patria. "En nuestro país los niños se desarrollan bien, mas hay que cuidar mucho de ellos todavía para que se hagan hombres conscientes, capaces de llevar hasta el fin la obra por la que Lenin luchó toda su vida...", escribió a los obreros de la fábrica de locomotoras de la ciudad de Múrom.

Aunque ocupada constantemente con los asuntos estatales y del partido, Nadezhda Konstantínovna siempre respondía a cada carta, a cada petición de los niños. Le escribían a menudo, expresándole su cariño y pidiéndola que les hablara de su vida. Una de estas cartas procedía de la aldea de Tajtá, del distrito Léninski, en la provincia del Dvina Septentrional. Los niños escribían:

"Saludos, querida Nadezhda Konstantínovna. Todos nosotros amamos y respetamos a V. I. Lenin. Casi en cada isba está su retrato. Pero ahora Lenin ya no vive, y el amor a él lo pasamos a ti. Nuestra cooperativa se compromete a decirte cómo es nuestro lugar. La aldea de Tajtá está situada a las dos orillas del río Yarenka, que vierte las aguas en el río Víchegda. En la desembocadura se alza Yarensk. La aldea está rodeada de campos y pantanos. Detrás, hay un bosque impenetrable. La aldea tiene dos kilómetros de largo. Las casas forman una calle. El clima de nuestro lugar es riguroso. El invierno dura de cinco a seis meses; el frío llega hasta -35° y 40° . En los espesos bosques se crían animales salvajes (carnívoros y de piel fina) y aves. En invierno los lobos corren por la aldea buscando presa, se les mata con todas las fuerzas, pero no pueden acabar con ellos. Hasta la próxima, Nadezhda Konstantínovna. Esperamos con impa-

ciencia la contestación a esta pregunta: ¿cómo era el lugar donde pasaste la infancia?"

Una vez, en la víspera del 21 de enero de 1925, volvió a casa más tarde de ordinario: el trabajo la retuvo en el Comisariado de Instrucción. En casa la esperaba una carta, que posteriormente conservaría y releería en los momentos de más pesadumbre.

En vísperas del primer aniversario del fallecimiento de Vladímir Ilich, le escribieron unos escolares de la provincia de Tobolsk.

"Nuestra querida tía Nadezhda Konstantínovna: en unión de usted sentimos el dolor del instante que llegará el 21 de enero. Le pedimos que se sobreponga firmemente a ese instante, que es para usted el de la pérdida del grandioso y amado amigo y maestro nuestro, de nuestro padre Vladímir Ilich Lenin. Por encargo del grupo de pioneros que ostenta el nombre de Lenin, le pedimos que vaya a su tumba y transmita nuestras palabras: que recordamos los legados de nuestro querido maestro Lenin, que nos señalaron el camino, y que honramos su memoria, y seguiremos con firmeza sus legados. Le pedimos a usted, Nadezhda Konstantínovna, que tampoco nos deje en la aldea y nos envíe por el camino que nos trazó Ilich.

Le rogamos otra vez, tía Nadezhda Konstantínovna, que se sobreponga firmemente a ese penoso instante. Le saluda el grupo de jóvenes leninistas. Pueblo de Emurzhily del distrito de Tiúmén, en la provincia de Tobolsk".

Krúpskaya no desatendía ninguna carta. Las leía todas y contestaba inmediatamente ella misma o se lo encargaba a su secretaria.

No sólo le escribían los niños; también lo hacían los padres. A veces se quejaban de sus hijos difíciles de educar y le pedían ayuda y consejo. Krúpskaya calaba en cada situación, procurando comprender a través de las cartas lo que oprimía al pequeño ser, lo que le hacía oponerse a los adultos. No podía aprobar en modo alguno la conducta de los padres y madres que intentaban internar a sus hijos en escuelas especiales para adolescentes difíciles o incluso en reformatorios infantiles. Algunas cartas le indignaban. Era incomprensible para ella que una madre no pudiese encontrar el camino del corazón de su hijo y ayudarlo.

Desconfiando del tacto pedagógico y de la sensibilidad de

una madre que era maestra, Krúpskaya le escribió una carta soliviantada: "Quiere usted llevarle a un reformatorio. Estudia en el séptimo grado, déjele que termine de estudiar y elija la ocupación que le guste..."

Que me escriba él mismo, diciéndome lo que le interesa, lo que le atrae y qué desearía ser. Que me escriba si participa en la organización de pioneros o en algún círculo, si realiza algún trabajo social y cuál es. Que la carta me la escriba a mi, sin enseñársela a nadie, quizá podamos entendernos de alguna manera. Y usted no se irrite más de la cuenta. Estrecha su mano

N. Krúpskaya".

En la carta al padre de un niño con grandes dotes intelectuales que le escribió pidiéndole consejo, Krúpskaya decía: "Estimado camarada: Tiene usted razón: debe mostrar singular solicitud por su hijo... No le repita que es un chico muy talentoso. No le haga estudiar excesivamente, no deje que se salte los grados escolares. Que estudie con los chicos de su edad. ¿Qué se debe hacer? En primer lugar, rodearle de un ambiente de camaradería y atraerlo al trabajo social: ayudar a los camaradas rezagados en el estudio, leer en voz alta a los adultos semianalfabetos, interesarle en trabajos independientes: escribir un diario, composiciones sencillas, proponer tareas que dimanen de la vida circundante. Confiarle más cosas en las que pueda aplicar sus conocimientos.

La experiencia enseña que los padres recargan de ocupaciones formales a sus hijos talentosos, y con los años, el talento se difumina, o en el peor de los casos, los niños enferman.

Hay que despertar nuevos intereses, inclinar a trabajos manuales productivos. Siempre deseo proteger a los niños "talentosos", "superdotados" frente a sus padres, que, enorgulleciéndose de sus hijos, olvidan que deben proceder de manera que la vida de los niños sea más plétórica, sin soledad espiritual y sin presunción. No se olvide que los niños tienen derecho a la felicidad".

En la educación infantil Krúpskaya concedía gran importancia a las relaciones familiares. Las nuevas formas de la familia socialista permiten educar a los niños de otro modo, en el espíritu comunista. Krúpskaya consideraba que sólo la educación colectiva, esto es, cuando el niño vive desde la

tierna edad en una colectividad infantil, ofrecía la posibilidad de inculcarle los principios sociales, ayudarle a vivir y trabajar, a construir la nueva vida.

"Las impresiones de la infancia —escribió Krúpskaya— dejan una huella para toda la vida. Las vivencias infantiles influyen sobre toda la formación subsiguiente, sobre todo el trabajo ulterior del hombre, aunque con frecuencia quedan en la esfera de lo subconsciente. El hombre puede olvidarlas, pero ellas, a despecho de su voluntad, a menudo determinan sus acciones".

A temas de la educación preescolar dedicó los artículos *El jardín de infancia en el campo*, *Asuntos preescolares*, *La campesina*, *Más atención a la obra preescolar*, *Los niños de la aldea*, *La campaña preescolar*, *La educación preescolar en el campo* y otros.

Krúpskaya estudió intensamente los problemas de la educación extraescolar de los niños. Escribió sobre la importancia del control de sus lecturas fuera de la escuela y de la organización de juegos para los niños de más corta edad.

Seguía muy de cerca la literatura infantil que se publicaba en aquellos años. Escribió bastantes reseñas de libros para niños. En su afán de orientar por el camino justo a los poetas y escritores jóvenes y ayudarles a inculcar en los niños el espíritu colectivista e internacionalista, Krúpskaya criticó con rigor y, a veces, muy duramente a algunos autores.

¿Qué pedía Nadezhda Konstantínovna del libro infantil, qué esperaba de su autor? Ante todo, amor a los niños, maestría para hablarles en forma literaria del mundo circundante y ayudarles a conocerlo. "En nuestro país son poquísimos los libros infantiles sencillos, enjundiosos, no triviales, libros que muestren la vida en imágenes vivas, a través de las cuales llegue a comprender el niño lo que se realiza en rededor de él".

Nadezhda Konstantínovna reunía libros infantiles para su biblioteca. Son muy interesantes sus secciones *Juegos infantiles*, *Campos de recreo estivales*, *Clubes infantiles* y *La técnica*, a los niños, o sea, literatura especializada.

Un gran deseo de Krúpskaya era que se hiciera una *Enciclopedia infantil*. Días antes de fallecer, escribió: "La *Enciclopedia infantil* es una obra muy necesaria, puede ayudar, si está concebida debidamente, al desarrollo de los adolescentes".

A Krúpskaya le agradaba mucho estar con los niños.

Cuando, al leer la lista de las visitas del día, veía que entre ellas figuraba alguna delegación infantil, decía, sonriendo: "Hoy los "pionerillos" vendrán a vernos".

Ponía gran empeño en incorporar a los pioneros y a los jóvenes a la participación activa en la vida del país. En la década veinte, el partido planteó la tarea de liquidar el analfabetismo en brevísimo plazo. Krúpskaya escribió un artículo, haciendo un llamamiento a niños y jóvenes: *Joven leninista, lucha contra el analfabetismo* (*Pravda*, 25 de diciembre de 1924). Entre los papeles de Nadezhda Konstantínovna figura una interesante octavilla editada en 1928 por *Pionérskaya pravda* ("La Verdad de los Pioneros"). Era la respuesta a una carta de Krúpskaya aparecida en este periódico, en la que criticaba la labor de los grupos de pioneros que habían olvidado concatenar con los intereses sociales cada paso en su trabajo. En la octavilla hay muchas acotaciones y enmiendas de Krúpskaya. Tachó caricaturas con versos primitivos que se pensaba publicar. Corrigió también su propia carta, a fin de hacerla más sencilla y comprensible para todos.

Prestaba atención a la prensa infantil y juvenil. En 1934 se suscribió a los periódicos *Koljoznie rebjata* ("Jóvenes Koljosianos"), *Pionérskaya pravda* y *Komsomólskaya pravda* ("La Verdad del Komsomol") y a las revistas *Vozhati* ("El Guía de Pioneros"), *Internatsiónálnaya molodiozh* ("La Juventud Internacional"), *Kommunistícheskaya molodiozh* ("La Juventud Comunista"), *Molodaya gvardia* ("La Joven Guardia"), *Molodói bolshevik* ("El Joven Bolchevique"), *Pioner* ("El Pionero"), *Yuni kommunist* ("El Joven Comunista") y otras. Colaboraba en periódicos y revistas infantiles y juveniles.

Krúpskaya se preocupó mucho por remediar la situación de los niños abandonados y vagabundos. El día de la apertura de la Conferencia de Moscú sobre la lucha para acabar con la vagabundería infantil, reunida en 1924, pidió a todos los órganos de los Soviets y del partido que ayudaran a poner fin a este fenómeno. De este llamamiento se hicieron eco centenas de organizaciones e instituciones, amas de casa, jóvenes comunistas, estudiantes y jóvenes obreros, Krúpskaya recibió infinidad de cartas, en las que se ofrecía ayuda a los niños abandonados.

Nadezhda Konstantínovna se interesó por la organización de orfanatos y escuelas para ellos. En la revista *Na putiáj k nóvoí shkole* ("Por la Vía de la Escuela Nueva") expresó a

profesores y organizadores de orfanatos cómo pensaba, cómo quería que fuese el orfanato soviético: "... debe ser una institución que haga posible para los niños su desarrollo físico en todos los aspectos, que les pertreche con un apreciable caudal de conocimientos y les enseñe a aplicarlos en la vida, que inculque en ellos el hábito y la aptitud para vivir y trabajar colectivamente, que les haga comprender la vida y les capacite para ocupar en ella el puesto de miembro útil de la sociedad".

Krúpskaya visitaba orfanatos, conversaba con sus maestros, educadores y niños, leía la literatura que clarificaba las cuestiones relativas a la educación de los niños abandonados.

La vitalidad de los planteamientos de Krúpskaya, su profunda comprensión de la mentalidad de los niños desgajados del medio familiar, sus reflexiones y preceptos pedagógicos pueden servir de pauta también hoy para los educadores de los orfanatos, de guía sobre cómo hay que tratar al niño, granjearse su aprecio y moldear su carácter de nuevo ciudadano soviético.

No era fácil engañar a Nadezhda Konstantínovna con bellas apariencias. Habiendo recibido una carta del jefe de la sección infantil de la biblioteca de Yakutsk, a la que adjuntaba unas fotografías de pequeños lectores, Krúpskaya le contestó inmediatamente, diciéndole que las fotos no le habían gustado. Y explicaba por qué: todos los niños iban muy bien vestidos, y de la misma manera. Por tanto, o se trataba de alumnos de una escuela especial preparados de antemano para retratarlos, o, lo que era peor, a la biblioteca no podían ir, ni mucho menos, todos los niños. Krúpskaya sabía que la vida de muchos niños en las ciudades y aldeas no estaba arreglada aún, que no se disponía de todo lo necesario.

El 20 de abril de 1930, Krúpskaya, en el artículo *Carta abierta al Soviet de Moscú*, publicada en el periódico *Rabóchaya Moskvá* ("Moscú Obrero"), hizo un llamamiento a las organizaciones sociales de la capital.

Se lamentaba de que en el verano muchos niños no podrían marchar de la ciudad al campo y ni siquiera ir al Jardín Neskuchni o a las Colinas de Lenin. "*Es preciso organizar excursiones infantiles más próximas* —decía—... Hay que organizar paseos de los niños con el concurso de voluntarios —guías de pioneros, delegadas de colectividades, miembros de los consejos escolares de padres, miembros de

las cooperativas de viviendas— que acompañen a los niños a pasear por los bosques cercanos y fuera de la ciudad. Es preciso que los niños no queden azotando calles, sino que salgan de la urbe por dos o tres horas, y corran, canten y jueguen”. Proponía al Soviet que organizara el transporte gratuito de los niños a las afueras de la ciudad. A continuación, preguntaba: “¿Qué opina sobre esto el Soviet de Moscú?”

¿Qué opinan los médicos, los maestros, los obreros y obreras, el Buró Central de las organizaciones infantiles comunistas, los miembros del Soviet?

¿Cómo se podrían evitar los embrollos burocráticos?

Este asunto hay que decidirlo antes del 1º de Mayo.

¿Es posible o es imposible hacerlo?”

El trato con los niños significaba una inmensa alegría para Nadezhda Konstantínovna. Fue constante su desvelo por construir una vida mejor y más dichosa para ellos. Y lo que deseaba sobre todo era que los niños soviéticos “... vivan amistosamente, se afanen por estudiar bien, se hagan buenos leninistas y procuren ser trabajadores útiles e inteligentes”.

Apretados lazos unían a Krúpskaya con el Komsomol. Ya en 1917 llevó a cabo una gran labor en la Unión de Juventudes de Petrogrado. Los artículos suyos publicados en *Pravda* en la primavera y el verano de 1917 ayudaron a elaborar las bases orgánicas y políticas de las organizaciones juveniles comunistas en todo el país. Sus consejos fueron aprovechados también por los miembros del comité organizador de la convocatoria del I Congreso del Komsomol.

Desde los primeros días de la fundación del Komsomol, entre su Comité Central y Krúpskaya se establecieron relaciones de trabajo y amistad. Se acudía a ella en busca de consejo y ayuda. Krúpskaya participó activamente en la labor de los congresos del Komsomol. A iniciativa suya, el Komsomol participó en la realización de muchas obras. Cuando en 1927 se vio que el país no había logrado aún liquidar el analfabetismo, este problema se discutió a fondo en el Comité Principal de Educación Política. Krúpskaya dijo que era necesario interesar a las masas obreras y campesinas, ayudar a que se organizaran para alfabetizarse. Al preguntársele qué organización podría ser la más dinámica y capaz de encabezar este movimiento de masas, Nadezhda Konstantínovna contestó al instante: “¡El Komsomol! Con él hay que empezar”.

Así fue cómo el Komsomol se puso al frente de la campaña por la liquidación del analfabetismo. La campaña cultural, la campaña por las bibliotecas, la politecnización de la escuela: en muchos frentes de la revolución cultural el Komsomol marchó en vanguardia.

Al iniciar alguna nueva actividad, los funcionarios del CC del Komsomol y de la organización de pioneros se dirigían a Krúpskaya para aconsejarse de ella. Por su parte, Nadezhda Konstantínovna decía a menudo: “Voy a ver a los komsomoles, a charlar con ellos, a desahogarme”. “Esto significaba—recordaría L. Potápova, antigua funcionaria del Comisariado de Instrucción— que Nadezhda Konstantínovna se disponía a ir al CC del Komsomol. Y siempre, después de estas conversaciones, veíamos los resultados concretos de la ayuda del Komsomol a las bibliotecas”.

El Gobierno soviético mostró su alto concepto de la actividad de Krúpskaya. Por sus relevantes méritos en la obra de instrucción de las masas y su multifacética labor estatal, de partido y social, Krúpskaya fue condecorada con las ordenes de Lenin y de la Bandera Roja del Trabajo.

En el diploma del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia por el que se concedía a Nadezhda Konstantínovna la Orden de la Bandera Roja del Trabajo, su actividad era calificada así:

“El Presídium del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia señala el considerable fruto de su trabajo creador, extraordinariamente multifacético, en la esfera de la educación política y cultural de las masas trabajadoras a lo largo de diez años. Con su participación rectora fue creado el nuevo tipo de escuela laboral soviética y se organizó el Comité Principal de Educación Política. Por Usted se han dado las ideas básicas en el ámbito de la instrucción y la educación extraescolar; son inmensos sus méritos en la obra de educación antirreligiosa; ha dedicado atención constante al movimiento de los pioneros y del Komsomol: tal es su inabarcable campo de acción en el último decenio.

El Presídium del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, cumpliendo los fervientes deseos de las masas obreras y campesinas, tomó el acuerdo, en su sesión del 11 de marzo de 1929, de condecorarle a Usted con la Orden de la Bandera Roja”.

Una trabajadora excepcional

La actividad de Krúpskaya en el período postrevolucionario causa verdadero asombro por el volumen de trabajo y la diversidad y amplitud de intereses. Sobre ella recaían grandes obligaciones de partido y estatales, dispensaba gran atención a la formación de los niños y de los jóvenes y a la educación comunista de las mujeres. Todo esto por encima de su trabajo en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública.

En cada asunto de que se ocupaba, Krúpskaya veía una parte de la obra general del partido. Cualquier aspecto de la enseñanza, la instrucción y la educación lo relacionaba con las tareas de la formación revolucionaria de la sociedad, con las tareas de la transformación del nuevo hombre.

Como científico pedagogo, Krúpskaya es bien conocida y altamente apreciada en la URSS y en otros países. Sus artículos aparecían sistemáticamente en los periódicos *Pravda*, *Izvestia* ("Las Noticias") y *Komsomólskaya pravda* y ocupaban el lugar central en revistas como *Krasni bibliotékar*, *Na putiáj k nóvoi shkole*, *Rabótnitsa* y *Krestianka*, a la vez que veían la luz en decenas de otras publicaciones periódicas. Basta tomar una breve lista de los artículos publicados en 1933 para apreciar el enorme círculo temático que lograba abarcar Krúpskaya: *Más alta la bandera de la lucha por la calidad de la enseñanza*, *El trabajo cultural entre las nacionalidades*, *En el País de los Soviets también las obreras y campesinas construyen el socialismo*, *El II Congreso del partido*, *La reestructura del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y el frente bibliotecario*, *La biblioteca debe entrar en el modo de vida*, *La función de los koljoses en la emancipación de la mujer*, *La*

lucha por la organización cultural de la vida, por la vida ilustrada y culta, *El libro infantil*, *Lenin y Gorki*, *La Unión de la Juventud Obrera de Petrogrado en el verano de 1917*, *Marx y la educación comunista de la joven generación*, *Lenin ha muerto, pero su obra vive*.

Cada día de Krúpskaya transcurría entre reuniones, recepción de visitantes, respuestas a las numerosas cartas recibidas y el trabajo dedicado a sus memorias y artículos o recensiones.

En el escritorio de Krúpskaya en la vivienda del Kremlin se conservan fichas en las que, cuidadosamente escrito por ella, se indican las reuniones celebradas, los informes hechos y las cartas contestadas cada mes. Por ejemplo, en vísperas del XVII aniversario de la Revolución de Octubre, Krúpskaya escribió: "Trabajo desde el 1.X al 1.XI.1934. *Artículos* (11)

1. Acerca de la comunidad de los komsomoles (*Komsomólskaya pravda* del 12.X).

2. En memoria de VI. Nik. Rozánov (*Pravda de Crimea* del 18.X).

3. Los primeros pasos de *Uchítelskaya gazeta* del 26.X.

4. Recensión de *La Tierra*, de Pearl Buck (*Krasni bibliotékar*, № 11).

5. Participación de los bibliotecarios en la campaña de elección de cargos (*Krasni bibliotékar*, № 11).

6. Sobre las elecciones a los Soviets (*Krestianka*, № 20).

7. Sobre el completamiento de las bibliotecas (*Udárnik* de Kursk del 30.X).

8. Participación de los trabajadores de la enseñanza en la campaña electoral (*Izvestia* del 30.X).

9. Acta taquigráfica del discurso en la reunión de mujeres activistas del CEC (transmitido por radio).

10. Acerca de los métodos de propaganda (*Pómosch partuchobe*, № 29-30, octubre de 1934).

11. Stan. Teof. Shatski (*Pravda* del 31.X).

12. En *Pravda*, trabajo *Sobre la enseñanza de la lengua rusa*.

Discursos

1. En el club Kor. Con las amas de casa.

2. En el club Babáev con las muchachas del Metropolitano.

3. En la fábrica *Krasni Bogatir*.

4. En el club de MOGES.

5. En la conferencia de la Sección cultural del Soviet de Moscú sobre la liquidación del analfabetismo.

6. Ante los koljosianos del parque de máquinas agrícolas y tractores de Bor.

7. En la reunión de mujeres activistas del CEC.

Reuniones

1. Informe de las regiones de Ivánovo y Kursk acerca de la Conferencia sobre las bibliotecas.

2. Acerca de la correspondencia con bibliotecas.

3. Sobre la preparación de material para la comisión electoral.

4. Sobre el libro infantil.

5. Reunión de la Comisión Central Electoral.

6. Reunión del Buró de Organización.

7. “ de la dirección del Instituto Lenin.

8. Informe sobre el Instituto Bibliotecario.

9. Reunión para la organización del entierro de Shatski.

10. Cartas: 235”*.

En su balance del trabajo realizado en 1934, Krúpskaya señala cifras que dejan atónito a cualquiera: 90 discursos, 90 artículos, 178 reuniones, 2.525 cartas leídas y contestadas. Esta labor sólo abarca diez meses, ya que aquel año pasó un mes en el hospital y el siguiente estuvo descansando.

Una vez, en una reunión del grupo de conferenciantes del CC del partido surgió una conversación sobre cuántas conferencias habían dictado y qué número de artículos escribieron los funcionarios dirigentes y conferenciantes del Comité Central. Resultó que Krúpskaya figuraba en primer lugar.

“Bueno, Nadezhda Konstantínovna, nosotros no podemos igualarnos con usted —dijo Yaroslavski-, pues tiene la capacidad de trabajo y el espíritu metódico laboral leninista. Y, además, qué entrenamiento...”

“Sí, eso es verdad —le contesó Nadezhda Konstantínovna.— Ilich y yo cuidábamos mucho de que nuestro trabajo fuera cada día más productivo. Porque no sólo los obreros deben preocuparse de elevar la productividad del trabajo. Es necesario que esto lo procure hacer cada funcionario del aparato del Estado y cada funcionario del partido”.

* Despacho y vivienda de V. I. Lenin en el Kremlin. Archivo personal de N. K. Krúpskaya.

Tener tiempo para todo y cumplir todo sólo era posible merced a la más rigurosa distribución de la jornada laboral.

El día de trabajo de Krúpskaya empezaba entre las cinco y las seis de la mañana. En las primeras horas matutinas le cundía mucho la labor. Por las tardes llevaba a casa desde el Comisariado de Instrucción los documentos que debía examinar con urgencia y las cartas.

Vera Dridzó, que fue secretaria de Krúpskaya durante veinte años, contó:

—De ordinario, yo llegaba a su casa a las nueve de la mañana. A esta hora ya tenía sobre el escritorio el trabajo terminado, y me daba un artículo listo, el dictamen sobre algún programa, las respuestas a las cartas y sus observaciones a los documentos que le habían entregado el día anterior... Todo ello había sido profundamente pensado y escrito con la letra “escolar” menuda y clara característica de Nadezhda Konstantínovna.

Unos momentos antes de salir para el Comisariado de Instrucción, Krúpskaya apuntaba el plan aproximado de trabajo para la jornada, en el que estaba calculado cada minuto.

—A los compañeros de trabajo y las personas más cercanas a Krúpskaya les sorprendía y admiraba su extraordinaria capacidad laboral y disciplina en el trabajo —recordó E. Tsimjes, antigua funcionaria del Comisariado de Instrucción—. Al fin de la jornada yo le entregaba los manuscritos, y a la mañana del día siguiente ya me daba sus observaciones sobre ellos.

Esta aptitud para distribuir el tiempo y planificar el trabajo, Krúpskaya la enseñaba a sus colaboradores. “Recuerdo que me llamó a su despacho —escribió L. Potápova, antigua funcionaria de la Sección de Educación Extraescolar—, tomó su cuaderno de notas y me dijo: “Mi plan de trabajo para hoy es éste. ¿Y qué piensa hacer usted?” Por fuerza hube de planificar mi labor y cumplir sus encargos de manera que mereciese su aprobación y la sonrisa de sus ojos inteligentes y bondadosos”.

Krúpskaya hablaba a menudo con los funcionarios para explicarles con paciencia cómo debían organizar racionalmente su jornada laboral y aconsejarles que hicieran un plan diario.

Sin coartar la iniciativa de los funcionarios, siempre les expresaba su opinión, y a veces les criticaba muy ásperamente. De continuo llamaba a que cada persona pensara por cuenta propia, actuase con decisión y responsabilidad y resolviera los asuntos con diligencia. He aquí lo que dijera a G. Budni, uno de los organizadores de la Universidad Obrera de Rostov, que le escribió, anunciándole unas nuevas medidas que proyectaban: "No les podemos aconsejar nada. Es un asunto nuevo, y parece que, en general, lo han planteado ustedes correctamente, pero lo importante es lo que saldrá de la práctica. Entonces, cuando realicen sus planes, podremos hablar. Si salen bien, les alabaremos; si salen mal, les reñiremos... No puede ser de otro modo, la responsabilidad es de ustedes. Mas no se turben, decidan ustedes mismos lo que es mejor hacer, sobre el terreno verán más claramente".

Desde diversos lugares llegaban a aconsejarse de ella funcionarios dedicados a la labor de educación política, que tenían distinta preparación; unos eran jóvenes principiantes, y otros, profesores expertos. Para cada uno de ellos sabía encontrar Krúpskaya el lenguaje necesario y el consejo oportuno, y a todos lograba tranquilizarlos.

"Después de hablar con ella —dijo la subdirectora del Instituto de Educación Política de Leningrado, refiriéndose a sus entrevistas con Krúpskaya—, siempre me iba dominada por una sensación de solemnidad, de gratitud, de infinito aprecio, y convencida de la sencillez y comprensión de aquella magnífica, inteligente y encantadora mujer. La atenta y respetuosa actitud de Nadezhda Konstantínovna con los visitantes siempre animaba, infundía energías, más amor a tu trabajo. Sus movimientos eran calmosos, parecía cansada, saltaba a la vista que estaba enferma. Sin embargo, nunca dejaba de ser atenta, afable, benévola. Todos los programas y documentos recibidos por ella previamente, ya los había examinado. A veces, llevaban sus acotaciones, pero más a menudo expresaba oralmente su opinión: no tenías más que escribir. Consideraba que todo el trabajo de educación política, incluido el bibliotecario, era profundamente creativo, exigiendo iniciativa, madurez política y una actitud clarividente hacia las masas".

En la Sección de Educación Extraescolar del Comisariado de Instrucción, Krúpskaya reunía de tiempo en tiempo al

personal para discutir unos u otros asuntos. A veces se entablaban porfiadas discusiones. Cuando había divergencia de opiniones, ponía el asunto a votación, aunque formalmente podía no hacerlo y decidir por sí misma. De ordinario, el personal coincidía con el criterio de Krúpskaya, pero se daban casos en que discrepaba de él. Entonces Nadezhda Konstantínovna se sometía a la opinión mayoritaria, aunque haciendo la salvedad de que la vida mostraría quién tenía la razón y el tiempo sería la piedra de toque de la justedad del acuerdo adoptado.

Nadezhda Konstantínovna siempre procuró conocer más profundamente a las personas con las que trabajaba. Inculcaba en los camaradas la rectitud de principios y les enseñaba a trabajar a la manera leninista.

"No todos saben aprender de la vida y de los hombres. Ilich lo sabía", hacía recordar Krúpskaya. Ella también lo sabía. Y la gente percibía su sinceridad, franqueza y bondadoso espíritu. Tan grandes eran el prestigio de Krúpskaya, la confianza y el aprecio puestos en ella que no tenía nada de extraño que le pidieran apoyo y consejo no sólo los funcionarios del Comisariado de Instrucción y quienes la conocían personalmente, sino hombres y mujeres que no la habían visto nunca y vivían en los lugares más diversos de nuestro inmenso país.

Los compañeros de trabajo recordaban cuántas chapuceñas se logró suprimir merced a la oportuna intervención de Krúpskaya y a cuántos funcionarios inteligentes y dignos prestó ayuda para que conservaran sus empleos, defendiéndoles contra acusaciones injustas.

Una vez le comunicaron que se intentaba calumniar a una bibliotecaria muy capaz y diligente. Contra ella se había iniciado toda una campaña difamatoria. "Cuando Nadezhda Konstantínovna se enteró de esta persecución, dispuso que la camarada viniera a Moscú. Más tarde, esta mujer contaría lo difícil que le había sido decidirse a ir a ver a Nadezhda Konstantínovna: temía deshacerse en lágrimas ante ella, sin acertar a explicarle nada. Pero todo sucedió de manera muy distinta. Cuando entró en el despacho, Nadezhda Konstantínovna se levantó, adelantándose para saludarla, le dio la mano y la invitó a sentarse a su lado. Inició la conversación hablando de V. I. Lenin, de ella misma, de las penosas épocas que hubo en su vida y de cómo supieron superarlas. Tal

comienzo de la entrevista calmó inmediatamente a la camarada y permitió que pudiera relatar todo fácil y sencillamente, pero lo que más le sorprendió fue que dejara de parecerle terrible todo lo que le había ocurrido. Sintióse segura de sí misma, de que podría vencer aquella adversidad y sabría demostrar su razón”.

Cuando regresó a su lugar de residencia, el calumniador ya había sido destituido, probablemente con intervención de Krúpskaya.

Una funcionaria del Comisariado de Instrucción, María Smúshkova, escribió sobre el ambiente de cordialidad y benevolencia reinante en la Sección de Educación Extraescolar, dirigida por Krúpskaya.

“Por entonces eran bastantes los funcionarios de la Sección de Educación Extraescolar, pero ella los conocía a todos: sabía no sólo cómo trabajaban, sino también cuál era su vida. La delicada actitud de Krúpskaya hacia mí me impresionó profundamente desde el comienzo mismo de nuestro trabajo conjunto. Una mañana, a fines de 1919, llegué muy disgustada: mi marido y mi hija de dos años habían enfermado a la vez de “la española”, como entonces se llamaba a una forma grave de la gripe. Al marchar al trabajo, les dejé en la vivienda fría y sin ningún alimento. Es lógico que yo estuviera afligida en el trabajo. Nadezhda Konstantínovna me llamó para esclarecer alguna cuestión y en seguida se dio cuenta de mi estado de ánimo.

—¿Qué le pasa, hija mía?—me preguntó.

Su pregunta fue inesperada para mí, no pude contenerme y me eché a llorar. No me dejó salir de su despacho hasta que le conté detalladamente cómo vivíamos, cómo nos alimentábamos, etc. Transcurrieron unos días. De la cancelería de la Sección de Educación Extraescolar se me llamó para comunicarme que habían destinado para mí y mi familia una habitación de la tercera planta del edificio del Comisariado de Instrucción. Esto lo había gestionado Nadezhda Konstantínovna de propia voluntad, sin ninguna petición por mi parte”. La gente confiaba a Krúpskaya sus penas y alegrías, pues sabía que pesar le causaban las desgracias ajenas y qué sincero júbilo le producían las venturas humanas.

“La queremos porque es una magnífica camarada, por su extraordinaria delicadeza y por su bondad”, escribió Anatoli Lunacharski.

Los funcionarios del Comisariado de Instrucción se dirigían a Krúpskaya para exponerla toda clase de asuntos: sociales y estrictamente privados, íntimos. Ninguna petición dejaba de ser atendida por ella. Una joven funcionaria se lamentó:

— Soy muy desgraciada. Tengo unos hijos tan pequeños...

Nadezhda Konstantínovna se rió de buena gana.

— ¡Cómo que es desgracia! ¡Al revés, eso debe ser motivo de gran alegría!...

La joven madre, turbada, le contó que sus hijos eran gemelos, les faltaba poco para cumplir tres años y por eso no los admitían en el jardín de infancia. Mas no tenía con quien dejarlos en casa y se vería obligada abandonar el trabajo. Krúpskaya tranquilizó a la madre y escribió en su solicitud: “Pido que los niños gemelos sean admitidos en el jardín de infancia”.

Krúpskaya intervenía con frecuencia en reuniones y asambleas, ante los más diversos auditorios. Camaradas suyos relataron con qué gran cuidado meditaba cada detalle de sus discursos. Cuando intervenía, siempre era escuchada en medio de un atento silencio.

“Nadezhda Konstantínovna hablaba en términos muy corrientes y con tranquilidad, sin ningún efectismo, pero cada una de sus palabras acreditaba que conocía bien la realidad, que conocía todas las dificultades existentes en nuestro trabajo. Sus palabras eran asimismo testimonio de profunda convicción en la fuerza de la clase obrera, que había tomado el poder en sus manos, y en la posibilidad de vencer mediante el esfuerzo común todos los obstáculos que se alzaban en la vía de la construcción de la nueva vida.

“No teman las dificultades —decía Nadezhda Konstantínovna—, hablen valiente, abiertamente de ellas en las asambleas obreras, y con la ayuda de los obreros siempre se encontrará salida a la situación”.

¿Qué otra peculiaridad había en su lenguaje? Cada uno suponía que hablaba precisamente para él, contestando a sus preguntas y desvaneciendo sus dudas. Al mismo tiempo, las palabras de Krúpskaya unían a todos los oyentes en una colectividad indivisible”.

Los últimos días

A comienzos de febrero de 1939, Nadezhda Konstantínovna, examinando el correo matutino, vio una carta de Olga Yákovleva, de Leningrado, que fue maestra al mismo tiempo que ella en la escuela dominical nocturna del arrabal de Névkaya zastava.

¡Hasta Olga escribía de lo mismo! Qué cosas se les ocurrían, pese a todo habían decidido celebrar solemnemente el septuagésimo aniversario de su nacimiento. Sí, en el Comisariado de Instrucción algo tramaban, aparecían algunos corresponsales, se reunían con algún fin.

Días después, Krúpskaya envió una carta a Leningrado:

“Querida, entrañable Olechka: Me siento terriblemente culpable de no haber contestado hasta ahora a tu carta anterior. Mas este invierno he tenido un trabajo increíble, y mis fuerzas ya son pocas, cuando llego por la tarde a casa los ojos dejan de ver, y debo aprovechar cada minuto por las mañanas. Ahora bien, el que no te haya escrito, no significa en modo alguno que durante este tiempo no haya pensado en ti, querida mía.

En cuanto al museo de instrucción pública, deseo mucho que refleje realmente el camino recorrido en los años de existencia del Poder soviético, a fin de que el presente se entrelace apretadamente con el pasado. Me ha quedado un recuerdo extraordinariamente grato de nuestro último encuentro y de tus relatos sobre las Facultades Obreras. Por eso me pareció necesario que el museo de instrucción pública estuviera más vinculado a ti. Ignoro lo que habrá resultado de este museo. El que enviaran a una persona para hablar contigo está bien, pero si se limitó a recoger datos referentes

a mí, eso es inadmisibile. No puedo soportar la celebración de aniversarios. Quisiera reducir al mínimo las conversaciones relacionadas con ello. Si vuelven a molestarte sobre esto, mándales con mil diablos.

Ahora el trabajo cultural ha vuelto a progresar rápidamente, se plantea con más seriedad, mejor. Esto anima mucho”.

El 22 de febrero visitó a Krúpskaya una delegación del Instituto de Investigación Científica de Bibliotecología para pedirle que hablase en una Conferencia científica. Los delegados tuvieron que descubrir su secreto: la Conferencia había sido fijada para la fecha del cumpleaños de Nadezhda Konstantínovna. Esta astucia bienintencionada hizo sonreír a Krúpskaya, que se vio obligada a aceptar.

La entrevista fue larga: hablaron de la preparación del XVIII Congreso del partido, de los asuntos del instituto, de las novedades literarias.

En la mañana del 23 de febrero de 1939, como de ordinario, Krúpskaya examinó la correspondencia. Abrió un paquete postal, con el primer regalo por su cumpleaños: el nuevo libro *Pedagogía*, de B. Esipov y N. Goncharov.

Nadezhda Konstantínovna puso el volumen en la librería. Siguió leyendo las cartas y decidió contestar a los niños de la escuela de ciegos de la ciudad de Griázovets, de la región de Vólogda: “Queridos míos: Me pedís que os diga qué canciones me gustan más, pues queréis aprenderlas. Mi canción predilecta es *La Internacional*. Me gusta mucho también la canción *El Ejército Rojo* (“El ejército blanco y el barón negro el trono zarista de nuevo quieren imponernos”, etc.), que en los tiempos de guerra civil cantaban en el Kremlin los soldados rojos, y a Ilich y a mí nos agradaba mucho escucharla.

Os saludo cariñosamente, queridos niños”.

Terminada la carta, Nadezhda Konstantínovna miró qué hora era y se apresuró. Aquella mañana debía intervenir en una sesión del Consejo de Ministros de la Federación Rusa. En la agenda de la sesión figuraba un asunto de excepcional importancia: el tercer plan quinquenal en la esfera de la instrucción pública.

En la sesión, Krúpskaya habló del desarrollo cultural de la población, de los grandes cambios operados en el campo en la esfera de la cultura, y subrayó la necesidad de

desplegar la construcción de clubes y bibliotecas rurales, indispensables para la juventud koljosiana, que aspiraba a una vida nueva, culta.

Volvió a casa a media tarde. Fue la última jornada de trabajo de su vida. Ni siquiera llegaría a pasar la hoja del calendario de mesa.

Para aquella tarde se había propuesto salir de la ciudad. En los últimos años iba con frecuencia a Arjánguelskoe, a la casa de reposo de los viejos bolcheviques. Allí, entre camaradas y amigos, descansaba muy bien... Al día siguiente, que era festivo, debería descansar un poco, pues en el último tiempo sentía molestias en el corazón y se cansaba pronto.

A la mañana siguiente, para estar con ella, llegaron a la casa de reposo viejos y fieles amigos. Primeramente aparecieron los Krzhizhanovski: Zinaída, inquieta y adorable, y Gleb.

Pronto llegaron Vera Menzhínskaya, Félix Kon y Dmitri Ilich Uliánov. Se sentaron a desayunar. Empezaron las felicitaciones, evocaron el pasado, bromearon, rieron...

Luego decidieron fotografiarse juntos, pues eran pocas las veces que los amigos lograban reunirse. Todo transcurría felizmente... Mas por la tarde, de pronto, Nadezhda Konstantínovna se sintió muy mal. El tremendo dolor le hacía perder a ratos el conocimiento. Se avisó al médico. Este propuso que fuese trasladada a Moscú, al hospital, formando un diagnóstico previo: peritonitis. Unas horas después ingresó en el hospital del Kremlin.

Al final del día empeoró: médicos y enfermeras hacían guardia continua junto a ella. Al día siguiente, 25 de febrero, su estado se hizo gravísimo. Sólo al final del día recobró el conocimiento.

El 26 de febrero de 1939 todo el país celebró el septuagésimo aniversario del nacimiento de Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya. Todos los periódicos centrales publicaron el saludo del CC del PC (b) de la URSS y del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS:

"A la camarada Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya. El Comité Central del PC (b) de la URSS y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS le envían a Usted, vieja bolchevique y compañera de Lenin, un caluroso saludo en el día de su septuagésimo aniversario.

El Comité Central del PC (b) de la URSS y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS le desean salud y muchos

años de fructífero trabajo por la gran causa del comunismo y en provecho de nuestro partido y de los trabajadores de la Unión Soviética".

En el Kremlin, a nombre de Krúpskaya, se recibían montones de telegramas y cartas de felicitación de centenares de organizaciones, camaradas, amigos.

En la noche del 26 al 27 de febrero el estado de Nadezhda Konstantínovna empeoró bruscamente, sin que apenas recobrase el conocimiento. A pesar de todas las medidas adoptadas por los mejores especialistas, nada se pudo cambiar. La enfermedad progresó rápidamente y a las 6 horas y 15 minutos Nadezhda Konstantínovna falleció.

El 28 de febrero, los periódicos de la Unión Soviética aparecieron con la primera plana orlada de luto. El CC del PC (b) de la URSS y el Consejo de Comisarios del Pueblo comunicaron a todo el país el óbito de Nadezhda Konstantínovna. "La muerte de la camarada Krúpskaya, que consagró toda su vida a la causa del comunismo, constituye una gran pérdida para el partido y los trabajadores de la Unión Soviética".

En *Pravda* se publicaron los mensajes de pésame de los comités regionales y urbanos del partido de Moscú y Leningrado, del CC del PC (b) de Ucrania, del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, del Presídium del Consejo Central de los Sindicatos de la URSS, del CC del Komsomol, de la Región Militar de Moscú, de los electores de la ciudad de Sérpujov.

Poco antes de su fallecimiento, Krúpskaya, hablando ante sus electores, dijo: "He tenido la gran felicidad de ver cómo nuestro país, de un país ignorante y pobre, de un país pisoteado por el zarismo, los terratenientes y los capitalistas, se ha transformado en el país del socialismo... La vida de nuestra Patria es feliz, radiante. De esto podemos hablar con toda la razón, pero es necesario seguir avanzando, avanzar cada vez más..."

Fechas principales de la vida y actividad de N. K. Krúpskaya

- 1869, 14 (26) de febrero. Nace en San Petersburgo, en el hogar de una familia democrático-revolucionaria.
1887. Termina el VIII grado pedagógico en el liceo.
- 1889-1890. Estudia en los Cursos Superiores Femeninos Bestúzhev.
1890. Entra en contacto con el grupo socialdemócrata de M. I. Brúsnev.
- 1891-1896. Trabaja en la escuela nocturna dominical del arrabal de Névskaia zastava.
- 1894, febrero. Conoce a V. I. Uliánov.
1895. Fundación de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera.
- 1895, diciembre. Después del encarcelamiento de V. I. Uliánov y de otros miembros de la Unión de Lucha, Krúpskaya, junto con las camaradas que quedaron en libertad, dirige el trabajo para restablecer la organización.
1896. 12 (24) de agosto—12 (24) de marzo de 1897. Detención y encarcelamiento.
- 1898, 7 (19) de mayo. Llegada a Shúshenskoe. 10 (22) de julio. V. I. Lenin y N. K. Krúpskaya contraen matrimonio.
1899. Krúpskaya escribe el folleto *La mujer obrera*.
- 1900-1901, marzo. Cumple la pena de confinamiento en Ufá y participa en la organización socialdemócrata local.
- 1901-1905. Primera emigración, trabajo en la redacción del periódico *Iskra* ("La Chispa") y en las redacciones de los periódicos *Vpered* ("Adelante") y *Proletari* ("El Proletario").
1901. En *Samárskaya gazeta* ("La Gaceta de Samara") aparecen los artículos de Krúpskaya: *El aspecto social de los problemas pedagógicos* y *La escuela y la vida*.
- 1903, julio. Participa en la labor del II Congreso del POSDR. Después del congreso, Krúpskaya desempeña el cargo de secretaria de la Sección para el extranjero del Comité Central del partido.
- 1905, mayo. Toma parte en los trabajos del III Congreso del POSDR.
- 1905, 18 de noviembre (1 de diciembre). Retorna de la emigración a San Petersburgo. Trabaja en el Secretariado del CC del POSDR.
- 1905, diciembre. Krúpskaya es delegada a la I Conferencia del POSDR, celebrada en Tammerfors.
- 1906, abril—mayo. Delegada al IV Congreso (de Unificación) del POSDR.
- 1907, diciembre—1917, abril. Años de la segunda emigración.
- 1907-1910. Secretaria del centro bolchevique y miembro de la comisión administrativa de la redacción ampliada del periódico *Proletari*; luego, secretaria del órgano bolchevique *Rabóchaya gazeta* ("La Gaceta Obrera").
1911. Participa en la organización de la escuela del partido en Longjumeau y da clases en ella. Ayuda a V. I. Lenin a preparar la VI Conferencia Nacional del POSDR, celebrada en Praga. En 1909-1912 escribe artículos sobre cuestiones de pedagogía. En la revista *Svobódnoe vospítanie* ("La Enseñanza Libre") aparecen trabajos suyos.
- 1912-1914. Publica en *Pravda* ("La Verdad") diversos artículos sobre aspectos palpitantes de la instrucción pública.
- 1915, marzo. Delegada a la Conferencia Femenina Internacional de mujeres socialistas de izquierda.
1915. Termina el libro *La instrucción pública y la democracia*.
- 1916-1917. Participa en el Comité de las organizaciones en el extranjero encargado de trabajar entre los prisioneros de guerra.
- 1917-abril. Regresa a Rusia, trabaja en el Secretariado del CC del POSDR (b), en la oficina de prensa del CC, entre las obreras y los jóvenes obreros, en los periódicos *Pravda* y *Soldáiskaya pravda* ("La Verdad del Soldado"). Abril—mayo. Después de la VII Conferencia de toda Rusia del POSDR (b), a la que fue delegada, Krúpskaya elabora, por encargo del CC, el *Proyecto de enmiendas a los puntos del programa del partido concernientes a la instrucción pública*. Junio. Es elegida a la Duma del distrito de Vyborgski y se le encarga en ella de dirigir la labor cultural y educativa.
- Julio—agosto. Es delegada al VI Congreso del POSDR (b) y participa en la elaboración de la resolución sobre las organizaciones de la Juventud Comunista. *Principios de octubre*. Es confirmada como miembro del grupo municipal adjunto al CC del POSDR (b). Participa activamente en el trabajo del estado mayor revolucionario del distrito de Vyborgski.
- Fines de octubre. Es designada por el partido para trabajar en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Se le nombra jefe de la Sección de Educación Extraescolar.
1918. Es designada viceministro del pueblo de Instrucción Pública.
- 1919, verano. Participa en el viaje de propaganda por el Volga y el Kama en el buque "*Krásnaya zvezdá*" ("La Estrella Roja").
- 1920-1930. Dirige el Comité Principal de Educación Política.
- 1921-1933. Presidente de la Sección pedagógica del Consejo Científico del Estado.
- 1924-1927. Miembro de la Comisión Central de Control elegida en el XIII Congreso del partido. N. K. Krúpskaya fue elegida delegada a los VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI y XVII congresos del partido.
- 1927-1939. Miembro del Comité Central del Partido. Fue elegida por primera vez miembro del CC del PC (b) de la URSS en el XV Congreso.
- 1924, julio. Interviene en el VI Congreso del Komsomol. N. K. Krúpskaya hizo intervenciones en los II, III, IV, V, VI, VII y VIII congresos del Komsomol.

- 1929-1939. Vicecomisario del pueblo de Instrucción Pública de la Federación Rusa.
 1929. Es condecorada con la Orden de la Bandera Roja del Trabajo.
 1931. Es elegida miembro honorario de la Academia de Ciencias de la URSS.
 1933. Es condecorada con la Orden de Lenin.
 1936. Se le concede el título de doctor en Ciencias Pedagógicas.
 1939. 27 de febrero. Fallecimiento de N. K. Krúpskaya. Sus cenizas reposan en la muralla del Kremlin, en la Plaza Roja.

Bibliografía breve

- V. I. Lenin. *Obras Completas*, en 55 tomos, Moscú, Politizdat.
 Vladímir Ilich Lenin. *Crónica biográfica*, Moscú, Politizdat, tomos 1, 2, 3, Moscú, Politizdat, 1970, 1971, 1972.
 Recopilación leninista, tomos II, VIII, X.
 El PCUS en las resoluciones y acuerdos de los congresos y conferencias y de los Plenos del CC, Moscú, Gospolitizdat, partes I, II, 1954.
 Correspondencia de V. I. Lenin y la redacción del periódico "Iskra" con las organizaciones socialdemócratas de Rusia. 1900-1903, Moscú, edit. "Mysl", 1969.
 Recuerdos sobre V. I. Lenin, en cinco tomos, Moscú, Politizdat, 1968-1969.
 Recuerdos de camaradas de Nizhni Nóvgorod sobre V. I. Lenin, Gorki, 1960.
 Lenin en Ginebra, Moscú, Politizdat, 1967.
 Lenin en Bashkiria, Ufá, 1970.
 Lenin. Recuerdos de contemporáneos extranjeros, Moscú, Politizdat, 1962.
 El 50 aniversario del nacimiento de V. I. Uliánov-Lenin, Moscú, Gosizdat, 1921.
 El X Congreso del PC de Rusia. Actas taquigráficas, Moscú, Gosizdat, 1921.
 Actas del II Congreso del POSDR, Moscú, Politizdat, 1959. N. K. Krúpskaya. *Obras pedagógicas*, en 11 tomos, Moscú, edit. de la Academia de Ciencias de la URSS, 1957-1963.
 N. K. Krúpskaya. *Recuerdos sobre V. I. Lenin*, Moscú, Gospolitizdat, 1957.
 N. K. Krúpskaya. *En los días de Octubre*, Moscú, Politizdat, 1957.
 N. K. Krúpskaya. *Lenin*, Moscú, Politizdat, 1965.
 N. K. Krúpskaya. *Acerca del arte y la literatura*, Leningrado-Moscú, 1963.
 N. K. Krúpskaya. *Fundamentos de la obra de educación política*, Moscú-Leningrado, 1927.
 N. K. Krúpskaya. *El sistema Taylor y la organización del trabajo en las instituciones soviéticas*, "Krásnaya nov" 1921, № 1.
 Comentarios de N. K. Krúpskaya a recuerdos y documentos bibliográficos sobre V. I. Lenin, "Istoricheski arjiv", 1957, № 2.
 N. K. Krúpskaya. *Bibliografía de las obras y publicaciones sobre su vida y actividad*, Moscú, edit. "Kniga", 1969.
 Recuerdos sobre N. K. Krúpskaya, Moscú, edit. "Prosveschenie", 1966.

Eminente pedagoga soviética. Selección de artículos, Minsk, edit. del Ministerio de Instrucción Pública de la RSS de Bielorrusia, 1961.

N. S. Alf. *La familia de Krupsky en San Petersburgo*, Leningrado, edit. "Znanie", 1965.

N. K. Goncharov. *Aporte de N. K. Krúpskaya a la formación y el desarrollo de la pedagogía soviética en la escuela*, Moscú, edit. "Znanie", 1969.

V. S. Bridzó. *N. K. Krúpskaya*, Moscú, edit. "Détskaya literatura", 1969.

N. A. Konstantínov. *Vida y actividad pedagógica de N. K. Krúpskaya*. Conferencias, Moscú, 1948.

S. M. Levidova, S. A. Pavlótskaya. *Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya*, Leningrado, Lenizdat, 1962.

La obra cultural y educativa de N. K. Krúpskaya. Colección de artículos, Leningrado, Lenizdat, 1969.

Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya. Ante el 65 aniversario de su nacimiento, Moscú, edit. "Stari bolshevik", 1935.

D. K. Mijalúтина. *Actividad propagandística y revolucionaria de N. K. Krúpskaya en el período de 1890-1900*, Moscú, edit. de la Universidad de Moscú, 1959.

N. V. Néchkina. *Nuevos documentos sobre la situación revolucionaria en Rusia (1859-1861)*, "Literatúrnoe nasledstvo" t. 61, Moscú, edit. de la Academia de Ciencias de la URSS, 1953.

Concepciones pedagógicas y actividad de N. K. Krúpskaya, Moscú, edit. "Prosveschenie", 1969.

E. I. Rúdneva. *El sistema pedagógico de N. K. Krúpskaya*, edit. de la Universidad de Moscú, 1968.

Al lado de Lenin. Ante el centenario de su nacimiento, Moscú, Politizdat, 1965.

M. A. Silvin. *Lenin en el período del nacimiento del partido*, Leningrado, Lenizdat, 1958.

V. M. Stepánov. *V. I. Lenin y la organización rusa de "Iskra"*, Moscú, edit. "Mysl", 1968.

Charles Feld. *Cuando Lenin vivió en París*, París-Moscú, 1969.

Jean Freville. *Lenin en París*, Moscú, edit. Progreso, 1969.

Gloriosos bolcheviques, Moscú, Gospolitizdat, 1968.

A. N. Atsarkin. *Bajo la bandera bolchevique*, Leningrado, Lenizdat, 1958.

V. D. Bonch-Bruiévích. *Obras Escogidas*, t. II, Moscú, edit. de la Academia de Ciencias de la URSS, 1969.

Recuerdos sobre el II Congreso del POSDR, Moscú, Gospolitizdat, 1959.

K. E. Voroshilov. *Relatos de la vida*, libro 1, Moscú, Gospolitizdat, 1971.

M. Gorki. *Obras*, en 30 tomos, Moscú, 1955.

G. Popov. *Anhelantes de ir a Rusia*, Berlín, 1924.

El Primero de Mayo y el proletariado de Rusia, Petrogrado, 1922.

G. Serebriakova. *De otros y de mí misma*, Moscú, edit. "Sovietski pisátel", 1968.

Leonard Haas. *Lenins Frau als Patientin bei Schweizer Arzten Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, Berna, 1969.

Indice

LOS PADRES

49

LA NIÑEZ

55

LA JUVENTUD

63

LA UNION DE LUCHA POR LA EMANCIPACION DE LA CLASE OBRERA

77

SHUSHENSKOE. UFA

98

ISKRA

136

EL II CONGRESO DEL PARTIDO

152

LA PRIMERA REVOLUCION RUSA

173

GINEBRA—PARIS

187

411

NUEVO ASCENSO
DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

200

EN POLONIA

206

ULTIMOS AÑOS DE EMIGRACION

226

¡A RUSIA!

243

OCTUBRE: ¡LA VICTORIA!

274

MOSCU

289

LOS ULTIMOS AÑOS DE VLADIMIR ILICH

329

SIN LENIN, POR EL CAMINO DE LENIN

344

EN LOS FRENTES
DE LA REVOLUCION CULTURAL

365

EL PRIMER PEDAGOGO MARXISTA

377

UNA TRABAJADORA EXCEPCIONAL

394

LOS ULTIMOS DIAS

402

FECHAS PRINCIPALES DE LA VIDA
Y ACTIVIDAD DE N. K. KRUPSKAYA

406

BIBLIOGRAFIA BREVE

409

412

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica
Usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así
como de su traducción, presentación e impresión. Le
agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS